GEOFFREY PARKER (Ed.)

Historia de la guerra

akal

AKAL UNIVERSITARIA
Serie Historia moderna

Director de la serie:
Fernando Bouza Álvarez

Diseño interior y cubierta: RAG

© Cambridge University Press, 2005

© Ediciones Akal, S. A., 2010
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-2560-3
Depósito legal: M-293-2010

Impreso en Lavel S. A.
Humanes (Madrid)

GEOFFREY PARKER (Ed.)

HISTORIA DE LA GUERRA

Traducción de:
José Luis Gil Aristu

PRÓLOGO

El planteamiento adoptado en este libro expone a sus autores a la acusación de eurocentrismo, tal como ocurrió con su predecesor *The Cambridge Illustrated History of Warfare: The Triumph of the West* (1995); no obstante, proponemos tres razones en nuestra defensa. En primer lugar, habría sido imposible proporcionar en un solo volumen una exposición adecuada de la historia militar de las principales culturas (algunas de las cuales se remontan, como en el caso de la práctica china de la guerra, a fechas anteriores a las de Europa). En segundo lugar, prestar una atención meramente superficial a las tradiciones militares y navales de África, Asia y América, reservando al mismo tiempo a Occidente el interés principal, constituiría una distorsión imperdonable. Finalmente, según se explica en la Introducción, la conducción occidental de la guerra se ha impuesto, para bien o para mal, en todo el mundo. En los siglos XIX y XX fueron notablemente escasos los Estados y culturas que lograron resistir largo tiempo a las armas occidentales –y los pocos que lo hicieron lo consiguieron, en general, mediante imitación o adaptación–. Nos parece, por tanto, que merece la pena examinar y analizar el auge y desarrollo de esta tradición dominante, junto con el secreto de su éxito.

El director de la obra ha acumulado numerosas deudas de gratitud. Dado que todos los colaboradores del libro escribieron sus originales al mismo tiempo, fue necesario un considerable trabajo de revisión y reescritura para lograr que cada capítulo complementara los demás, pero sin repetirlos. Así pues, deseo manifestar mi gratitud ante todo y sobre todo a mis coautores, que tuvieron la gentileza de aceptar más intromisiones editoriales de las que debería soportar cualquier estudioso y me proporcionaron, además, una ayuda y un estímulo incalculables. Estoy, además, encantado de poder expresar mi reconocimiento al apoyo com-

prensivo e ilustrado de nuestro director de edición en la Cambridge University Press, el Dr. Peter Richards; él fue el primero en proponerme la idea de este libro, que nunca habría llegado a concluirse sin su consejo y perspicacia. Todos nos sentimos, finalmente, agradecidos a quienes nos ofrecieron propuestas y referencias: a Jon Sumida, que me prestó algunos consejos excelentes en una fase temprana; a Michael Howard y Donald Kagan, que leyeron la obra completa en su primera versión; y a los muchos colegas cuya ayuda a cada uno de los colaboradores se reconoce en las páginas 505-509.

Al preparar esta edición revisada, los colaboradores y yo hemos corregido algunos errores de menor cuantía que se introdujeron inadvertidamente en el texto original. Damos las gracias a Peter Pierson y Jon Sumida por habérnoslos hecho notar. También hemos puesto al día las bibliografías de cada capítulo y ampliado la cobertura de los acontecimientos hasta el año 2004. Para concluir, los autores dedican respetuosamente este libro a Michael Howard y William H. McNeill, que establecieron el criterio de calidad al que aspiramos.

Geoffrey Parker

LA PRÁCTICA OCCIDENTAL DE LA GUERRA

Geoffrey Parker

Todas las culturas desarrollan su propia manera de hacer la guerra. Las sociedades con territorio abundante y escasez de recursos humanos suelen preferir conflictos de carácter ritual en los cuales sólo luchan realmente unos pocos «adalides», aunque su destino decide el de todos los demás. Las «guerras de las flores» de los aztecas y los combates «amok» de los isleños de Indonesia causaban derramamientos de sangre relativamente reducidos, pues su objetivo era adueñarse de gente y no de territorio, aumentar el número de hombres de que podía disponer un determinado señor de la guerra, en vez de derrocharlo en combates cruentos. También en China la estrategia tenía como meta conseguir la victoria sin batallar: según Sun-Tzu, el teórico militar más respetado (que escribió en el siglo IV a.C.), «someter al enemigo sin lucha es el colmo de la destreza» (aunque el resto de su libro trata, en realidad, de la manera de vencer combatiendo). Muchas tradiciones militares no occidentales han mostrado una gran continuidad a lo largo del tiempo: así, en los años sesenta, algunos antropólogos pudieron estudiar todavía las guerras de los pueblos de las tierras altas de Irian Jaya (Indonesia), que seguían dirimiendo sus disputas de la misma manera ritual que sus antepasados. Para entonces, sin embargo, las demás culturas militares habían sido transformadas en su mayoría por la práctica de Occidente –de Europa y de las antiguas colonias europeas en América.

La conducción occidental de la guerra, que posee también una gran antigüedad, se asienta sobre cinco bases principales. En primer lugar, las fuerzas armadas de Occidente han confiado considerablemente en una tecnología superior, por lo general para compensar su inferioridad en recursos humanos. Esto no quiere decir que Occidente disfrutara de una superioridad tecnológica *universal* –hasta la aparición de las descargas de mosquetería y la artillería de campaña, a comienzos del siglo XVII, el

arco recurvado utilizado en toda Asia por arqueros montados a caballo resultaba mucho más eficaz que cualquier armamento occidental–, pero, fuera de unas pocas excepciones, los jinetes arqueros de Asia no amenazaron directamente a Occidente; y, cuando lo hicieron, su amenaza no fue constante. Además, no todas las técnicas avanzadas tuvieron origen occidental: muchas innovaciones fundamentales, entre ellas el estribo y la pólvora de cañón, llegaron de sus adversarios orientales.

La tecnología militar suele ser la primera que toman prestadas todas las sociedades, pues el castigo por no hacerlo puede ser inmediato y fatal; pero Occidente parece haberse mostrado prematuramente receptivo a las tecnologías nuevas, tanto si provenían de sus propios inventores como si llegaban de fuera. La innovación técnica y la capacidad igualmente esencial para reaccionar ante ella se convirtieron pronto en una característica acreditada de la práctica occidental de la guerra. De hecho, a partir de las Guerras Médicas del siglo V a.C. escasean los periodos en que Occidente no consiguió reclutar fuerzas capaces de luchar con superioridad contra sus adversarios inmediatos.

El predominio de la técnica y la disciplina

Sin embargo, la «superioridad técnica» ha sido raras veces suficiente por sí sola para garantizar la victoria. Según escribió a comienzos del siglo XIX Antoine-Henry Jomini, autor suizo de temas militares, «la superioridad del armamento puede aumentar las posibilidades de éxito en la guerra, pero no gana batallas por sí misma». Incluso en el siglo XX, el resultado de las guerras ha estado menos determinado por la técnica que por unos planteamientos bélicos mejores, por la sorpresa, por una mayor fuerza económica y, sobre todo, por una disciplina superior. La práctica militar occidental ha exaltado siempre la disciplina –más que el parentesco, la religión o el patriotismo– como el instrumento primordial que transforma unas bandas de luchadores individuales en soldados que combaten integrados en unidades organizadas. Los demás factores cumplen, naturalmente, una función: muchas formaciones militares, incluso en el siglo XVIII, provenían de una misma comarca y servían a las órdenes de sus dirigentes locales como si fueran casi una familia extensa; la «causa protestante» resultó ser en el norte de Europa una poderosa divisa de cohesión durante gran parte de los siglos XVI y XVII; y la consigna «Tu país te necesita» ha ayudado, junto con otros lemas similares, a alistar gente hasta el día de hoy. No obstante, estos elementos han quedado siempre eclipsados en Occidente por el primado de la disciplina bajo sus dos formas gemelas de instrucción y servicio militar a largo plazo.

Los propios hoplitas de la Grecia del siglo V, que eran ante todo granjeros y, luego, soldados, salían a luchar tan a menudo integrados en

falanges que alcanzaron un elevado grado de eficacia en combate, pues el componente decisivo de la disciplina es la capacidad de una formación para resistir frente al enemigo, tanto cuando ataca como cuando es atacada, sin ceder a los impulsos naturales del temor y el pánico. Todas las actividades de grupo repetidas, tanto si guardan relación directa con el combate (prácticas de tiro) como si no (instrucción), tienen el efecto de crear grupos de parentesco artificial –algunos de los cuales, como la cohorte, la compañía y el pelotón, se refuerzan adicionalmente al generar dentro de la unidad pequeñas cuadrillas destinadas a incrementar todavía más la cohesión y, por tanto, la eficiencia en el combate.

La ventaja fundamental radica, una vez más, en la capacidad para compensar la inferioridad numérica, pues tanto al defender Europa frente a una invasión (como en Platea el 479 a.C., en la batalla de Lechfeld el 955 d.C., y en Viena en 1683), como al someter los imperios azteca, inca o mogol, las fuerzas occidentales se hallaron siempre en inferioridad numérica en una proporción de, al menos, dos a uno, y a menudo mucho mayor. Esa disparidad habría resultado abrumadora sin una espléndida disciplina, unida a una tecnología avanzada. Es difícil que el propio Alejandro Magno y sus 60.000 soldados griegos y macedonios hubiesen podido destruir en el siglo IV a.C. las fuerzas del Imperio persa sin una disciplina superior, pues sus adversarios contaban, probablemente, dentro de sus propios ejércitos con un número mayor de soldados griegos (los cuales luchaban equipados con un armamento muy similar al de sus compatriotas).

La disciplina demostró ser especialmente importante para los ejércitos occidentales en otro sentido, pues, al margen de algunas excepciones sorprendentemente escasas, ganaban sus guerras con la infantería. Al largo reinado de los hoplitas y los legionarios le siguió un milenio durante el cual unos hombres que combatían a pie ganaron la mayoría de las batallas (y soportaron, por supuesto, el peso principal de los asedios, todavía más numerosos). El auge de las armas de tiro –primero, arcos; luego, armas de fuego– sirvió tan sólo para reforzar la tendencia. Sin embargo, resistir toda una carga de caballería sin arredrarse requería siempre una instrucción ardua, una fuerte cohesión por parte de la unidad, y un magnífico dominio de sí. Lo mismo puede decirse de las guerras navales: la disciplina y el adiestramiento demostraron ser esenciales, tanto para resistir un abordaje en una galera como para aguantar una andanada a bordo de un navío de línea.

Continuidad de la tradición militar occidental

El reforzamiento de estos elementos y, desde luego, su perfeccionamiento representa una notable continuidad en teoría militar. La his-

toria del *Compendio de asuntos militares*, un tratado breve de práctica militar romana escrito por primera vez por Flavio Renato Vegecio hacia el 390 d.C. (y revisado hasta alcanzar su forma definitiva unos cincuenta años más tarde), ofrece, quizá, el ejemplo más notable. A comienzos del siglo VIII, Beda, el erudito originario de Nortumbria, en el margen noroccidental del antiguo mundo romano, poseía un ejemplar del *Compendio;* en el siglo IX, Lotario I, el soberano carolingio, encargó un resumen de la obra que le ayudara a idear una estrategia eficaz para hacer frente a las invasiones escandinavas; y en 1147, durante un asedio en el que participaba el conde Godofredo Plantagenet de Anjou, se construyó y utilizó un artefacto incendiario gracias a una lectura de Vegecio. La constante popularidad del *Compendio de asuntos militares*, traducido a muchas lenguas vernáculas (francés, italiano, inglés, alemán, español e incluso, quizá, hebreo) entre finales del siglo XIII y comienzos del XVI, está atestiguada, además, por el número de manuscritos medievales conservados, algunos de ellos reducidos a tamaño de bolsillo para su utilización en el campo de batalla. Todavía a mediados del siglo XVIII, el joven George Washington poseía un ejemplar anotado por él mismo.

Otras obras clásicas sobre cuestiones militares gozaron también de popularidad e influencia constantes. En 1549, Mauricio de Nassau y sus primos idearon en los Países Bajos la decisiva innovación del fuego de mosquetería por descargas tras haber leído en la *Táctica* de Eliano (escrita hacia el 100 d.C.) la descripción de las técnicas empleadas por los lanzadores de jabalinas y honderos del ejército romano, y dedicaron los diez años siguientes a iniciar a sus soldados en la instrucción practicada por las legiones. En el siglo XIX, Napoleón III y Helmut von Moltke tradujeron, cada uno por su parte, las crónicas de las campañas de Julio César, escritas casi 2.000 años antes, mientras que el conde Alfred von Schlieffen y sus sucesores en el Estado Mayor general prusiano tomaron como modelo de su estrategia para destruir Francia en la «siguiente guerra» la táctica del movimiento envolvente, de éxito abrumador, atribuida por autores romanos a Aníbal en la batalla de Cannas del 216 a.C. En 1914, dicha táctica estuvo a punto de alcanzar el triunfo. En fecha aún más reciente, el general George C. Marshall sostenía que los soldados debían comenzar su formación militar leyendo la *Historia de la guerra del Peloponeso* de Tucídides, escrita casi 2.500 años antes.

Estas llamativas continuidades derivan del hecho de que los antiguos teóricos y los modernos practicantes de la guerra compartían no sólo un amor por los precedentes y una convicción de que los ejemplos del pasado podían y debían influir en la práctica actual, sino también la voluntad de aceptar ideas de cualquier procedencia. Es raro que las constricciones religiosas e ideológicas hayan obstaculizado en

Occidente los debates sobre la guerra o su realización. Por un lado, las «leyes de la guerra» han sido formuladas (hasta el siglo XIX) de manera sumamente genérica y solían carecer de mecanismos eficaces de aplicación. Por otro, desde la Academia de Platón hasta las modernas academias militares, la censura –religiosa o laica– brilló en general por su ausencia, lo cual permitió una plena sistematización de esos conocimientos. Algunas ideas centrales se han mantenido, por tanto, notablemente constantes. Entre ellas hay que contar no sólo el continuo hincapié en la necesidad de una técnica y una disciplina superiores, sino también una visión de la guerra centrada en el logro de una victoria decisiva que traiga consigo la rendición incondicional del enemigo. Según dijo Carl von Clausewitz en su tratado *Sobre la guerra*, escrito a comienzos del siglo XIX: «La aniquilación directa de las fuerzas del enemigo debe constituir siempre la consideración dominante», pues «la destrucción de las fuerzas enemigas es el principio supremo de la guerra». Otros teóricos insistieron, sin embargo, en una estrategia distinta para la obtención de la victoria total: el desgaste, del que la historia militar de Occidente ofrece también abundantes ejemplos, como el del romano Fabio Cunctátor (el «Retardador»), cuya confianza en el tiempo, en la «fricción» generada por la campaña y en un acopio superior de recursos acabó invirtiendo el veredicto pronunciado en Cannas; o el del duque de Alba, al servicio de la España del siglo XVII; y hasta el de Ulises S. Grant frente a Robert E. Lee durante la última fase de la Guerra Civil norteamericana (1864-1865).

No obstante, el objetivo general de la estrategia de Occidente mediante combates, asedios o desgaste siguió siendo la derrota y la destrucción total del enemigo, en fuerte contraste con la práctica militar de muchas otras sociedades. Numerosos autores clásicos comentaron el carácter absolutamente despiadado de hoplitas y legionarios y, en la Edad Moderna, la frase *bellum romanum* adquirió el sentido de «guerra sin cuartel» y se convirtió en la técnica militar habitual de los europeos en ultramar. Así, los naraganset del sur de Nueva Inglaterra desaprobaban la manera de hacer la guerra de los occidentales: «Es excesivamente feroz», dijo un guerrero indio a un capitán inglés en 1638, «y acaba con la vida de demasiados hombres». El capitán no lo negó; los indios, conjeturaba, «podrían guerrear durante siete años sin matar a siete personas». En 1788, algunos observadores europeos pensaban lo mismo sobre la guerra en África occidental, y los caudillos locales confirmaban que «el único objeto de sus guerras era procurarse esclavos, pues no podían obtener mercancías europeas sin esclavos, y no podían conseguir esclavos sin combatir para hacerse con ellos». Es evidente que los pueblos que luchaban para esclavizar a sus enemigos, más que para exterminarlos, como habían hecho los habitantes indígenas de América, Asia sudoriental y Siberia antes que ellos, demostraron es-

tar mal preparados para oponer resistencia a aquellas desconocidas tácticas de destrucción utilizadas contra ellos por los europeos.

La dinámica de desafío y respuesta

Pero la continua expansión del poder militar occidental se basó en mucho más que en la tríada de técnica, disciplina y una tradición militar agresiva. Muchas otras culturas militares (como las de China y Japón) hacían gran hincapié en la técnica y la disciplina, y las enseñanzas de Sun-Tzu presagiaron de forma llamativa numerosas concepciones desarrolladas posteriormente por Clausewitz y Jomini. Sin embargo, Occidente fue diferente en dos aspectos fundamentales: en primer lugar, por su singular capacidad tanto para cambiar como para mantener sus prácticas militares en función de la necesidad; y en segundo lugar, por su destreza para financiar esos cambios.

Ciertas zonas dominadas por una potencia hegemónica única, como el Japón de la dinastía Tokugawa o la India mogol, se enfrentaron a un número relativamente escaso de desafíos que amenazasen su existencia, por lo cual las tradiciones militares cambiaron con lentitud, si es que lo hicieron; pero en zonas disputadas por múltiples sistemas de gobierno, la necesidad de innovación militar podía llegar a ser extremadamente fuerte. No hay duda de que, cuando los Estados permanecían en situación de relativo subdesarrollo, con instituciones e infraestructuras políticas y económicas atrasadas, la tensión entre desafío y respuesta no solía conducir a un cambio rápido y significativo. Pero donde los principales Estados rivales eran numerosos y, al mismo tiempo, institucionalmente fuertes, la dinámica de desafío y respuesta podía llegar a ser autónoma, y su incremento generaba (de hecho) un mayor desarrollo.

Este mecanismo se ha comparado con el llamado modelo biológico del «equilibrio puntuado», en el cual la evolución avanza mediante breves estallidos de cambio rápido intercalados por periodos más largos de alteración más lenta y gradual. Así, en el siglo XIV, tras un largo periodo en que la infantería había crecido en importancia de manera lenta pero constante, los piqueros suizos y los arqueros ingleses mejoraron su función de manera espectacular; luego, después de cien años de experimentos, aproximadamente, la artillería con pólvora comenzó a revolucionar la poliorcética en la década de 1430; y alrededor de un siglo más tarde, tras una experimentación constante (y extremadamente costosa), una nueva técnica defensiva, conocida con el nombre de fortaleza artillada, restableció la correlación de fuerzas en la guerra de posiciones. Cada innovación alteraba el equilibrio imperante y provocaba una fase de transformación y ajuste rápidos.

Sin embargo, la capacidad para reproducir técnicas y estrategias militares desconocidas requería algo más que meros cambios en el arte de la guerra. Un sistema militar basado en el mantenimiento de la superioridad militar es, ante todo y por definición, costoso: los sistemas que requieren mucha *mano de obra,* que basan su impacto en la concentración de un número de hombres aplastante, exigirán, quizá, a una sociedad la movilización de sus varones adultos –probablemente, sólo por poco tiempo–, equipados con armas tradicionales (armas a veces de considerable antigüedad, como ocurría con las espadas japonesas o de la Edad Media europea, susceptibles de ser reutilizadas a la manera de Excalibur). La carga económica de la lucha podía extenderse a un amplio grupo social e, incluso, a lo largo de varias generaciones. En cambio, un sistema que requiera mucho *capital* exigirá hacer acopio de una extensa panoplia de armas que, a pesar de ser extremadamente caras, quedarán, quizá, pronto obsoletas. Su atractivo, con todo, radica precisamente en la combinación de un coste inicial elevado y un gasto de mantenimiento reducido: así, la construcción del castillo de Harlech, una de las espléndidas fortalezas de Eduardo I en Gales, costó casi los ingresos de todo un año, pero en 1294 una guarnición de sólo treinta y siete soldados lo defendió con éxito de un ataque. La visión estratégica del rey fue un presagio del «Proyecto Manhattan», en el que se gastaron millones de dólares para producir artefactos nucleares que, arrojados en dos mañanas de agosto de 1945 por sólo un par de aviones, precipitaron la rendición incondicional del Japón imperial y de los millones de soldados japoneses aún en armas diseminados por todo el sureste asiático.

Tras la introducción de las armas de pólvora y las defensas artilladas, el coste de cada guerra fue significativamente más elevado que el de la anterior, mientras que el de los equipos militares alcanzó un grado tan alto que sólo un Estado centralizado podía permitirse adquirirlos. La provisión de los medios para financiar una forma de guerra tan cara sirvió claramente para realzar el poder del Estado en Occidente; cada cambio en el tamaño o los pertrechos de las fuerzas armadas requería nuevas actuaciones para extraer recursos de la población sometida, expandiendo al mismo tiempo la estructura burocrática necesaria para gestionarlos. Como es natural, una presión económica prolongada suscitaba a menudo la oposición entre aquellos a quienes se exigía el pago; pero también esto podía conducir a incrementar el control –y aumentar, por tanto, el poder interno– del Estado sobre sus súbditos, lo cual permitía más innovaciones y avances militares. Este hecho fue especialmente cierto en el caso de las guerras entabladas para lograr o expandir la hegemonía, con la consiguiente exigencia de transferir continuamente a escenarios bélicos distantes dinero recaudado de manera centralizada y municiones, pues esa actividad fomentaba un au-

mento de los impuestos, unos empréstitos mayores y una creciente integración. La actividad militar y la formación del Estado en Occidente quedaron, por tanto, inextricablemente vinculadas: los Estados hacían la guerra, pero la guerra hacía también Estados. Por emplear otra analogía biológica, recordemos la estructura de «doble hélice» de la molécula del ADN, con dos espirales complejas que interactúan en múltiples puntos distintos.

La complejidad de esta imagen sirve para recordar que la imitación de la práctica occidental de la guerra suponía una adaptación en muchos niveles. La simple copia de las armas recogidas en el campo de batalla no podía ser suficiente en ningún caso; requería también la «replicación» de toda la estructura social y económica que sustentaba la capacidad para innovar y responder con rapidez. La «occidentalización de la guerra» dependía de la aptitud de los guerreros, uno de los grupos tradicionalmente más conservadores, para aceptar tanto la necesidad de cambio como la de ser adiestrados por «inventores» de procedencia social diferente (y, normalmente, inferior). También presuponía cierta capacidad por parte del Estado para conseguir recursos con rapidez, en grandes cantidades y, a menudo, durante largos periodos, a fin de poner remedio con presteza a cualquier inferioridad técnica manifestada en el curso de un conflicto. Como es natural, cuanto menos desarrollada estuviera una economía, menos facilidades tenía para poder absorber el coste de la preparación militar –incluso en Occidente–. Así, en 1904, Francia gastó en armas el 36 por 100 de su presupuesto, mientras que Alemania les dedicó tan sólo el 20 por 100; pero en la realidad eso significaba que Francia invirtió únicamente treinta y ocho millones de francos, frente a los noventa y nueve de Alemania. Francia dedicó, pues, el doble de su presupuesto para gastar sólo la mitad que su principal contendiente. La continuidad de este modelo durante una gran parte de la década siguiente ayuda a explicar por qué, al estallar la guerra en 1914, Francia se hallaba en una situación de tanta desventaja, especialmente en artillería.

Sin embargo, la introducción de impuestos nuevos e ingeniosos, junto con otros medios para extraer riqueza «momentánea», demostró ser mucho menos importante para dar pábulo a Marte que el desarrollo de nuevas técnicas dirigidas a la obtención de créditos –como los bancos nacionales, el papel moneda, las letras de crédito y los bonos– a partir del siglo XVI, pues no hay muchos Estados que consigan financiar una guerra importante con sus ingresos corrientes. Ahora bien, la creación y (todavía más) la conservación de una base crediticia adecuada resultó una tarea sumamente inasequible. Según la sugerente frase del inglés Charles Davenant, especialista en economía política del siglo XVIII:

> De todos los seres que sólo existen en las mentes humanas, ninguno es más fantástico y delicado que el crédito. Nunca hay que forzarlo; está al arbitrio de la mera opinión. Depende de nuestras pasiones de esperanza y miedo; muchas veces se presenta sin buscarlo, y a menudo desaparece sin motivo; y, una vez perdido, es difícil recuperarlo del todo.

No obstante, al menos en la Inglaterra del siglo XVIII, el crédito parecía existir por todas partes. Los contemporáneos calculaban que dos tercios de las transacciones comerciales recurrían al crédito más que al dinero en efectivo, y en 1782 el Banco de Inglaterra manejó por sí sólo letras de cambio por un valor total de más de 2 millones de libras esterlinas al año –una asombrosa extensión de los fondos monetarios disponibles.

Sin embargo, los préstamos para financiar guerras están sometidos no sólo a la existencia del crédito privado, sino también a una convergencia de interés entre quienes hacen el dinero y quienes hacen la guerra, pues los préstamos públicos dependen de encontrar no sólo prestamistas dispuestos a concederlos, sino también contribuyentes capaces de proporcionar su devolución final. En Inglaterra, los ingresos fiscales aumentaron seis veces en el siglo siguiente a 1689. Según la exclamación de un alarmado miembro del Parlamento:

> Basta con que un caballero consulte los códigos legales depositados sobre nuestra mesa para ver en ellos cómo se han hinchado las leyes referentes a los impuestos hasta alcanzar una mole tan enorme, un número de volúmenes tan grande... Es monstruoso y hasta horrendo ojear los índices, donde, a lo largo de varias columnas, no vemos otra cosa que impuestos, impuestos, impuestos.

Empero, la mayoría de los diputados, contribuyentes ellos mismos, aceptaban la necesidad de pagarlos; y también la mayoría de la nación política. En 1783, al concluir la fracasada Guerra Americana, la deuda nacional de Gran Bretaña se situaba en 245 millones de libras esterlinas, cantidad equivalente a los ingresos de más de veinte años; y, sin embargo, muchos de los préstamos se habían contratado a un interés de sólo el 3 por 100. La cuestión de «quién paga y por qué» es tan importante en la conducción occidental de la guerra como la de «quién lucha y por qué», y la capacidad de conseguir créditos a largo plazo para financiar empréstitos públicos en tiempo de guerra (y, por tanto, la existencia de un mercado de capital seguro y complejo) era un «arma secreta» fundamental de Occidente.

También servía para definir qué Estados podían adoptar la «práctica occidental de la guerra». Los que se mostraron capaces de per-

manecer mucho tiempo en la carrera fueron relativamente pocos, debido sobre todo al coste de estar a la altura de los cambios tecnológicos y mantener los recursos para desarrollarlos con eficacia. Algunos eran demasiado pequeños (como Dinamarca a partir de 1660), o estaban demasiado fragmentados (como Polonia después de 1667); otros (como Suecia y Suiza, o como Bélgica, con menos éxito) optaron por la neutralidad. Otros más, en particular en regiones con economías menos desarrolladas, dirigieron las energías de sus fuerzas armadas a contener y combatir amenazas internas. En cambio, aunque no todos los Estados occidentales demostraron poseer la capacidad de guerrear a la manera de Occidente, otros países sí lo hicieron. Japón nos brinda el ejemplo clásico, gracias a la esencial combinación de disciplina, flexibilidad doctrinal y una compleja estructura financiera que, en el siglo XVI y de nuevo en el XIX, le permitieron adquirir una tecnología militar cara y llevar a cabo las adaptaciones, igualmente caras, requeridas para situarse a la altura, si no por delante, de todos sus rivales.

La tradición militar dominante

Estas diversas circunstancias tenían una importancia que iba mucho más allá de su región de origen, pues la agresión –la «exportación de la violencia»– desempeñó un cometido esencial en el «auge de Occidente». Durante la mayor parte de los últimos 2.500 años, la expansión occidental estuvo sostenida por la superioridad militar y naval, más que por unos recursos mejores, una mayor rectitud moral, una sagacidad comercial incontenible o, hasta el siglo XIX, una organización económica superior. Esta ventaja militar supuso que el propio Occidente padeciera sólo en contadas ocasiones invasiones eficaces. Fue raro que ejércitos procedentes de Asia o África se introdujeran en Europa, y muchas de las excepciones –Jerjes, Aníbal, Atila, los árabes y los turcos– sólo obtuvieron un éxito limitado. Ninguno provocó la destrucción total de su adversario. En cambio, las fuerzas occidentales, aun siendo numéricamente inferiores, no sólo derrotaron a los invasores persas y cartagineses, sino que consiguieron destruir de raíz los Estados que los habían enviado. Las propias fuerzas del islam no lograron dividir nunca Europa en «esferas de influencia» a la manera occidental. En cambio, una correlación de fuerzas favorable en el poder militar favoreció, sin embargo, una y otra vez la expansión de Occidente. Según observaba en 1614 Jan Pieterzoon Coen, uno de los fundadores del dominio holandés en Indonesia,

> el comercio en Asia debería guiarse y conservarse bajo la protección y con la ayuda de nuestras armas, y esas armas se han de empuñar con

> los beneficios obtenidos por el comercio. El comercio, por tanto, no puede mantenerse sin guerra, ni la guerra sin comercio.

En 1650, una generación después de que se escribieran estas palabras, Occidente había logrado ya el dominio militar –y, por tanto, el económico– en cuatro zonas distintas: América del Sur, Central y del Nordeste, Siberia, algunas comarcas litorales del África subsahariana, y una gran parte de las Filipinas. Además, sus barcos navegaban a su arbitrio por los siete mares, y en la mayoría de ellos podían regular, y en algunos casos controlar, el comercio marítimo de sus rivales en las actividades mercantiles.

En 1800, los Estados occidentales controlaban en torno al 35 por 100 de la superficie terrestre del mundo; en 1914 habían incrementado ese total hasta alcanzar casi el 85 por 100 –tras hacerse con 16 millones de kilómetros cuadrados entre 1878 y 1914 solamente–. Incluso en el siglo XXI, y a pesar de que la zona sometida a su control directo se ha reducido de forma espectacular, la capacidad de las fuerzas armadas de Occidente para intervenir directa y decisivamente por tierra y mar donde más o menos quieran sirve para salvaguardar los intereses económicos de los Estados que lo integran y perpetuar un equilibrio de poder mundial favorable a ellos. Las aptitudes militares que preservaron Occidente en Salamina (480 a.C.) y Lechfeld (955 d.C.) y expandieron su influencia en Tenochtitlán (1519-1521) y Plassey (1757), sigue sustentando, para bien o para mal, su función preponderante en el mundo actual. El auge de Occidente es inconcebible sin esas aptitudes.

PRIMERA PARTE

LA ÉPOCA DE LA INFANTERÍA MASIVA

I. GÉNESIS DE LA INFANTERÍA

Victor Davis Hanson

Al comenzar el tercer milenio a.C., el éxito de la agricultura intensiva de regadío en las llanuras de Egipto y Oriente Próximo cambió la cultura de la guerra organizada, consistente hasta entonces en pequeñas escaramuzas entre grupos rivales de miembros de tribus nómadas. Proyectos hidráulicos, técnicas agronómicas mejoradas y economías planificadas en Sumeria, Ur, Babilonia, Asur, Nimrod y Egipto generaron el capital necesario para sustentar ejércitos, logística y fortificaciones.

Pero todavía fue mucho más importante un arrollador aliciente territorial inducido por aquella agricultura perfeccionada: unas poblaciones en aumento, pero sedentarias, buscaron medios cada vez más eficaces para defender y adquirir tierras cultivables productivas. Oriente Próximo ofrecía, además, el terreno de juego ideal para unos ejércitos numerosos y móviles: un clima cálido durante una larga estación de cultivo, junto con unas extensas llanuras interrumpidas por ríos accesibles. Las montañas abruptas, las zonas pantanosas, la nieve, el hielo y las lluvias repentinas –elementos calamitosos para las operaciones militares a gran escala y decisivas– brillaban casi por su ausencia.

Los excedentes agrarios de sumerios, hititas y egipcios liberaron de la carga diaria de producir alimentos a una importante minoría de estos pueblos, que pudo, en cambio, dedicarse a fabricar metales para armas y a criar caballos para tirar de carros de guerra. Sin embargo, la práctica guerrera compleja no fue una mera consecuencia del nuevo metal del bronce, unas armas afiladas o un aumento en el número de caballos de poca alzada, por más espectaculares que fueran esos progresos. Un hecho de igual importancia fue la aparición de una complejidad social y económica nueva centrada en torno al «palacio», ins-

titución que creó autoridades subordinadas con responsabilidades especializadas de carácter militar, político y religioso –precisamente las disciplinas requeridas como condición previa para una guerra a gran escala–. Hititas, egipcios y asirios poseyeron por primera vez los medios necesarios para reclutar ejércitos numerosos. Y tuvieron la capacidad y la voluntad de eliminar a miles de combatientes en una sola batalla, acabando con culturas enteras en función de las órdenes y la aprobación de las poderosas autoridades religiosas y políticas de aquellos palacios. Así, el antiguo soberano asirio Teglatfalasar (*ca.* 1100 a.C.) se jactaba con expresiones casi épicas por haber destruido Hunusa:

> Destruí a sus guerreros en medio de las colinas como una ráfaga de viento. Les corté las cabezas como a corderos; hice que su sangre fluyera por los valles y los lugares altos de las montañas... Capturé esa ciudad, me llevé a sus dioses, saqué de ella sus bienes y posesiones y la incendié. Arrasé y destruí sus tres grandes murallas, construidas sólidamente con ladrillos cocidos, y la ciudad entera, y la reduje a escombros y ruinas y sembré en su suelo.

Aunque las fuerzas militares de la Edad del Bronce, así como (más tarde) las de Asiria y Persia, constituyeron despiadados sistemas de muerte –no igualados, por lo general, en capacidad letal a lo largo de las épocas griega y romana ni, incluso, en tiempos modernos–, la organización de aquellas sociedades militares adolecía de limitaciones inherentes. La dependencia, por ejemplo, del arco y la honda, el caballo y el carro, requería cierta profesionalidad y, por tanto, la creación de castas militares especializadas. La propensión de Oriente Próximo a construir –y destruir– amplias fortificaciones consumía también recursos en un grado asombroso. El conocido relato bíblico de la destrucción de Jericó por Josué nos da cierta idea de la capacidad para provocar mortandades:

> ... El pueblo lanzó un gran alarido, las murallas se desplomaron y el ejército dio el asalto a la ciudad, cada uno desde su puesto, y la conquistaron. Consagraron al exterminio todo lo que había dentro: hombres y mujeres, muchachos y ancianos, vacas, ovejas y burros, todo lo pasaron a cuchillo.

Pero el hecho más importante es que las sociedades de la Edad del Bronce eran autoritarias y muy estrictamente jerárquicas: la facultad de iniciar, llevar a cabo o concluir guerras se hallaba exclusivamente en manos de unos poquísimos privilegiados. Un único gobernante podía reivindicar a menudo haber esclavizado a miles de personas. La

muerte de un hombre fuerte, las subsiguientes luchas por su sucesión en la realeza y las enemistades entre soberanos rivales podían causar la movilización –y la aniquilación o la esclavitud– de millares, aunque de ello se derivaran pocas ventajas económicas o sociales para la mayoría de los combatientes. De manera similar, la pérdida o eliminación de los pocos que poseían la pericia y autoridad requeridas para dirigir unas guerras a menudo necesarias podían mermar gravemente el potencial militar de toda una sociedad y poner, por tanto, en peligro su supervivencia. No es de extrañar que la captura, la tortura o la ejecución de un potentado rival, seguidas por la ulterior destrucción de su fortaleza, aparezcan con tanta frecuencia en los anales dinásticos y en los jeroglíficos y relieves en piedra de Oriente Próximo. En Oriente Próximo no había normas militares de guerra ni protocolos compartidos que limitaran el conflicto a los propios combatientes, moderando así las tendencias destructivas de aquellos regímenes.

Los pequeños propietarios de la *polis* griega

La práctica de la guerra experimentó una segunda transformación en Grecia, como consecuencia, una vez más, del desarrollo de la actividad agraria. En los milenios segundo y tercero a.C., la agricultura griega era una actividad burocratizada al estilo de la de Oriente Próximo. La sociedad micénica del continente griego (1600-1200 a.C.) era análoga en gran parte a las de otras monarquías palacianas del Mediterráneo y Asia –y ofrecía, por tanto, muy escasas oportunidades a la experimentación militar, y mucho menos a la difusión de la planificación y la responsabilidad militar más allá de un círculo muy reducido–. Sin embargo, una vez que la guerra se «liberó» –si se nos permite utilizar esta palabra hablando de matanzas organizadas– del control palacial centralizado para pasar a manos de individuos particulares, los combates pudieron evolucionar de una manera ignorada hasta entonces. Para conocer los orígenes de la práctica occidental de la guerra y la génesis de una metalurgia y unas técnicas complejas, una disciplina superior, la inventiva en los desafíos y sus respuestas, y la creación de una tradición militar amplia y compartida por la mayoría de la población debemos dirigir la mirada hacia el hundimiento de los palacios micénicos en el continente griego y la posterior Edad Oscura (1100-800 a.C.).

En el siglo VIII a.C. surgieron comunidades de propietarios iguales entre sí: la cultura naciente de la *polis* (ciudad-Estado) griega. Con la *polis* comenzó la práctica militar de Occidente tal como ahora la reconocemos –una práctica que, ya en el momento de nacer, se opuso en gran medida al fervor moral, fue inmune a interferencias religiosas

y tuvo como eje el enfrentamiento decisivo en batallas campales, más que la comodidad de unas poses belicosas y el simple número de combatientes o la pericia de ingenieros y expertos en logística–. En fechas tempranas, los griegos reconocían, con un sentimiento muy patriotero, que su ciudad-Estado constituía una institución singular, en claro contraste con las culturas palacianas del pasado. El poeta primitivo griego Focílides escribió en tono de suficiencia: «Si sus asuntos se manejan ordenadamente, una *polis* pequeña sobre un cabo es superior a la insensata Nínive». Alceo, otro poeta del siglo VI a.C., abordó un tema populista similar: «Lo que hace a la *polis* no son sus casas bien techadas, ni las piedras de unas murallas bien construidas, ni siquiera los canales o los muelles, sino unos hombres capaces de enfrentarse a los retos planteados».

La clave del renacimiento cultural griego de los siglos VIII y VII a.C., del paso de lo colectivo a lo individual, se halla en un cambio radical en la producción agraria y, al mismo tiempo, en la práctica de la guerra. Al estar sometidos a la presión del crecimiento demográfico, los griegos recurrieron a unas explotaciones agrarias familiares de propiedad privada que, mediante prácticas intensivas, garantizaban excedentes alimenticios y permitían, no obstante, que aquella prosperidad agraria estuviera libre de intromisiones burocráticas impuestas desde arriba. En resumen: en ese momento iba a dejar de existir un «arriba». En cambio, para proteger y conferir poder a este nuevo grupo de campesinos en auge surgieron unas oligarquías de base amplia y una ética cultural de igualitarismo entre pequeños terratenientes, basado en la propiedad. Los campesinos constituían la ciudadanía con derecho a voto de más de un millar de pequeñas ciudades-Estado diseminadas por todo el mundo de habla griega.

En este clima de actividad agraria apareció el combatiente «hoplita», o soldado de infantería con armamento pesado. En su obra *Económico,* Jenofonte, el historiador del siglo IV a.C., subrayó justamente esa conexión entre los pequeños propietarios y el grupo que combatía formando una falange: «El cultivo de la tierra enseña a ayudar a los demás. Así, al luchar contra los enemigos es necesario, lo mismo que al trabajar la tierra, contar con la ayuda de otras personas». En la mayoría de las regiones griegas, sólo los pequeños agricultores, y no unos aristócratas ociosos, unos monarcas hereditarios o unos matones o conspiradores a sueldo, fueron cada vez más quienes hicieron las leyes, cultivaron productos alimenticios y libraron las guerras de sus ciudades durante los siglos VII y VI.

La práctica bélica griega se mantuvo sin cambios a lo largo de dos siglos (700-500 a.C.), en el sentido de que las batallas entre hoplitas derivaron de unos hábitos agrarios extendidos y generaron un protocolo militar que reducía deliberadamente cualquier conflicto a un cho-

que entre columnas de lanceros revestidos de bronce librado en una sola tarde. Cuando surgía un conflicto –motivado casi siempre antes del siglo V a.C. por algún territorio en disputa, a menudo marginal y fronterizo–, las ciudades-Estado acordaban resolver el problema mediante una colisión súbita entre columnas de hombres acorazados. Cada terrateniente guerrero compraba su propia armadura, cuyo peso en madera y metal podía alcanzar unos abrumadores 35 kilos: grebas (piezas de bronce para proteger las piernas), yelmo, un escudo cóncavo y redondo, coraza, jabalina de punta doble y una espada corta como arma secundaria.

De uno en uno y aisladamente, los hoplitas griegos agrarios constituían un blanco lento e indefenso. Si se actuaba con destreza, era fácil vencer a un hoplita. Se le podía cortar el paso, sobre todo si se aventuraba por terrenos abruptos en puertos de montaña, o, lo que era peor, si jinetes o soldados con armadura ligera y armas arrojadizas lo sorprendían en campo abierto. Así pues, en cierto sentido, el guerrero de infantería estaba intrínsecamente mal adaptado al relieve natural y al terreno de Grecia. Pero la mayoría de los campesinos griegos no tenían ninguna intención de luchar en solitario ni lejos de sus campos de cultivo llanos, su terreno favorito, y mucho menos contra magnates a caballo o, en las colinas, contra merodeadores sin tierra, claramente inferiores a ellos en rango social. Reunidos en las apretadas filas de la falange, optaban, en cambio, por un tipo de guerra agrícola, en la cual imponían sus condiciones predominantemente agrarias: campesinos que combatían contra otros campesinos por tierras cultivables sobre campos de cultivo. La acumulación de altos escudos a lo largo de columnas acorazadas y las lanzas salientes de las tres primera filas hacían que las densas líneas de la falange resultaran invencibles frente a unos atacantes provistos de armas ligeras o montados a caballo. «Cuando marchaban al paso al son de las flautas, sin dejar un resquicio en su línea de batalla y sin sentir confusión alguna en sus corazones, avanzando con calma y alegría hacia el peligro, su visión era formidable y aterradora al mismo tiempo», observaba Plutarco, el biógrafo del siglo I d.C., refiriéndose a la falange espartana y tomando su descripción de fuentes que tenían siglos de antigüedad.

Una vez que la guerra griega se redefinió como una lucha sostenida exclusivamente entre hoplitas ricos y pobres, quedaron relegados a un rango secundario en el campo de batalla –la clase en ascenso de los pequeños propietarios independientes había modelado los enfrentamientos, convirtiéndolos en un reflejo de sus planteamientos políticos y económicos–. Si las zonas rurales iban a ser un mosaico de haciendas aproximadamente similares trabajadas por pequeños propietarios vestidos de cuero, la falange sería también una red análoga de combatientes con idéntica armadura. De la misma manera que la agricul-

tura intensiva de la Grecia de las *poleis* se había tragado los espacios abiertos propios del caballo, los hoplitas desplazaron también en ese momento al guerrero montado. Cuando Jenofonte se mofaba diciendo que «sólo las personas de mayor debilidad física y con menos ansias de gloria» montaban a caballo, reflejaba la ideología hoplita dominante entre los siglos VII y V a.C.

En otra ocasión, Jenofonte recordó a sus 10.000 hoplitas mercenarios: «Nadie ha perdido nunca la vida porque un caballo le haya mordido o coceado, sino que son los hombres quienes hacen cuanto hay que hacer en combate». Durante los mil años siguientes, el jinete aristocrático estuvo al servicio de la infantería en la práctica bélica occidental en un sentido muy real.

Cuando los hacendados griegos votaban para combatir más allá de sus fronteras, las aldeas locales y los grupos de parentesco se apresuraban a alistarse en las filas de la falange de su correspondiente ciudad-Estado. La marcha por las montañas, la lucha y el regreso al hogar no solían requerir una salida de más de tres días. Hasta el siglo V a.C. se prestó poca atención a la logística. El propio combate resultaba igualmente económico. Una vez que los atacantes habían incitado al enemigo a efectuar una salida –a menudo mediante la tala de unos pocos árboles y cepas–, ambos bandos formaban para luchar. La expresión «líder del combate» es mejor que la palabra «general» para designar a un oficial situado en primera fila y cuya única responsabilidad consistía en liderar con su ejemplo y, por tanto, luchar y morir al frente de sus hombres. El poeta Arquíloco observaba en el siglo VII a.C.: «No me gusta un general alto y de buena planta, orgulloso de sus bucles y bien afeitado. Dadme, en cambio, un tipo pequeño y sólidamente erguido sobre sus piernas, un hombre todo corazón a quien no podrán arrojar del lugar donde plante sus pies». Una vez que un comandante de esas características había pronunciado una breve arenga y que el vidente había ratificado antes de la batalla el sacrificio de un carnero o una cabra frente a la falange, las dos columnas solían chocar (en palabras del poeta Tirteo) «puntera contra puntera, apretando escudo contra escudo, penacho contra penacho y casco contra casco».

Para el hoplita campesino, la clave de esta lucha peculiar consistía en abrir un hueco en la línea del enemigo. Una ruptura así permitiría a sus camaradas acorazados ser empujados tras él, sembrando el desorden en el interior de los beligerantes y causando de ese modo el pánico entre las masas de los hoplitas enemigos, que no podían oír y apenas ver. Los autores antiguos hacen hincapié en el polvo, la confusión y la sangre derramada en la refriega de la falange, y hay buenas razones para admitir que una batalla griega de aquella época constituía una escena horrenda, y no una contienda a empujones entre columnas bien escuadradas. De hecho, según dice Tucídides, en la batalla de

Delio, librada el 424 a.C. durante la Guerra del Peloponeso, los atenienses, «embarullados en su movimiento envolvente, se mataron unos a otros». Más tarde, en Sicilia, «cayeron en medio de una confusión, hasta acabar chocando entre sí en muchos puntos del campo de batalla, amigos contra amigos y ciudadanos contra ciudadanos, y no sólo se aterrorizaban mutuamente, sino que llegaron incluso a luchar entre ellos y sólo pudieron ser separados con dificultad».

Solidaridad y disciplina

En el tumulto del campo de batalla, la táctica y la estrategia carecían de significado para los hoplitas. El propósito deliberado de la lucha era prescindir por completo de la necesidad de reservas, articulación, estratagemas y maniobras. Todavía en el siglo IV a.C., Jenofonte podía observar correctamente que la «táctica constituye sólo una pequeña parte del mando de un ejército». En los días gloriosos de los hoplitas prevalecía, en cambio, un código agrario que desaconsejaba la astucia y hasta las gestas heroicas individuales fuera de las filas de la falange.

Bajo aquel sistema de combate en campo abierto anterior a la Guerra del Peloponeso (431-404 a.C.), las luchas intestinas podían ser muy frecuentes entre las ciudades-Estado griegas, pero sus gastos de defensa seguían siendo escasos. Las armas eran iguales, casi uniformes, en todos los bandos, y por tanto reciclables, además de duraderas y reparables. No existía un reducido cuerpo de oficiales. En una batalla campal, las víctimas mortales se situaban en torno al 10 por 100 de los respectivos ejércitos, pues las persecuciones a gran distancia eran impracticables y se solían evitar. La instrucción militar y el tiempo dedicado a las campañas eran igualmente desdeñables. La soldada, los asedios prolongados y las amplias fortificaciones característicos de la guerra griega más tardía eran todavía fenómenos esporádicos.

Los historiadores parecen a veces reacios a tener en cuenta la naturaleza deliberadamente agraria de aquella forma de combate: el grado asombroso en que el protocolo del cultivo y la sociología rural de la *polis* definía la práctica de la guerra en todo el abigarrado paisaje de las nacientes comunidades griegas. No obstante, los propios griegos reforzaron continuamente esas prácticas mediante su literatura, su filosofía, su cerámica pintada, su escultura y sus celebraciones públicas, que insistían de manera incesante en la bravura y cohesión de los hoplitas, glorificando sus armas y armaduras y exaltando su sacrificio final en la batalla ante los ojos de amigos y familiares, quitando siempre importancia, de manera implícita, a quienes luchaban con armas de tiro, a la infantería ligera e, incluso, a los caballeros, más adinerados que ellos.

Estos guerreros no compartían necesariamente las concepciones de exclusivismo agrario peculiares de los hoplitas. No se sentían comprometidos, como lo estaba el hoplita, a preservar las estructuras de propiedad existentes, el control territorial por parte de los consejos y asambleas con derecho a voto y la dependencia de la producción local. En vez de luchar por todo ello, los pobres y las elites preferían las armas de tiro y los caballos, las emboscadas y las persecuciones, las escaramuzas y los asedios, en los cuales la proeza militar no se basaba de manera simplista en la exhibición de fuerza muscular y nervios de acero a lo largo de una hora.

Pero quienes no eran hoplitas formaban una minoría despreciada. En el primer siglo d.C., el geógrafo Estrabón afirmó haber visto una inscripción sobre una columna antigua que prohibía absolutamente las armas de tiro en la práctica primitiva de la guerra en Grecia. Refiriéndose a su herida mortal por una flecha perdida, un hoplita espartano expresó su famosa queja de que «no le preocupaba la muerte, salvo por el hecho de haber sido causada por un cobarde arquero». «Los griegos del pasado», escribía con nostalgia el historiador Polibio en el siglo II a.C.,

> no optaban siquiera por derrotar a sus adversarios recurriendo al engaño, y pensaban, en cambio, que los éxitos militares no tenían nada de glorioso ni firme a menos que un bando matara al enemigo alineado para combatir en campo abierto. Existía, por tanto, un acuerdo de no utilizar contra el adversario armas desconocidas o de tiro, y se había decidido que el verdadero árbitro de los sucesos fuera únicamente la lucha frente a frente en columnas masivas. Por ese mismo motivo se anunciaban unos a otros públicamente y con antelación las guerras y batallas, el momento en que decidirían entablarlas e, incluso, los lugares en cuestión donde se enfrentarían y organizarían sus líneas.

En la época clásica de las batallas entre hoplitas, en los años 700-431 a.C., la prosperidad material generalizada y la constante evolución cultural de las ciudades-Estado griegas se debían en gran parte a las meticulosas *limitaciones* impuestas a la lucha. Los ciudadanos no intentaron realizar esfuerzos utópicos (y, por tanto, condenados al fracaso) para poner fin a la guerra. En cambio, elaboraron rituales que permitían conflictos frecuentes e inevitables y gestas heroicas en el campo de batalla –todo ello sin un coste real para la infraestructura de la sociedad griega, que siguió siendo marcadamente agraria durante los dos o tres primeros siglos de las *poleis*–. En resumen, la cultura de la *polis* griega, a diferencia del antiguo Oriente Próximo, floreció precisamente porque las matanzas organizadas y los gastos en defensa se mantuvieron dentro de unos límites «razonables». El historiador Tu-

cídides, que escribía a finales del siglo V a.C., observó, refiriéndose a tiempos anteriores:

> Nadie entablaba una guerra por tierra que pudiera ser para algunos origen de poderío, sino que todas las que tenían lugar eran las de cada ciudad con sus vecinas, y los griegos no emprendían expediciones a tierra extraña, lejos del territorio propio, para la conquista de otras ciudades. La explicación está en que no se habían formado alianzas en torno a las ciudades mayores, y ni siquiera éstas llevaban a cabo expediciones comunes en plano de igualdad, sino que, más bien, los vecinos guerreaban aisladamente unos contra otros.

El siglo V a.C. introdujo un cambio en esta situación.

Oriente se encuentra con Occidente

Nuestro conocimiento de la práctica bélica griega antes de las Guerras Médicas (490, 480-478 a.C.) es esquemático. Hay que reconstruirla a partir de la poesía lírica y elegíaca, de conjeturas posteriores de historiadores, filósofos y estudiosos de la Antigüedad, y de los restos físicos de armas y armaduras. En cambio, las luchas de la infantería y las fuerzas navales de los siglos V y IV a.C. están bien documentadas en las grandes historias de Heródoto, Tucídides y Jenofonte. Y si las invasiones persas aparecen como algo trascendental, diferente a cualquier otra experiencia griega de los dos siglos anteriores, ello se debe, por ejemplo, a la historia de Heródoto.

Un sondeo preliminar realizado por los persas el 490 a.C. bajo el monarca expansionista Darío I fue paralizado contundentemente por los atenienses en Maratón, donde los persas se jugaron con imprudencia el resultado en un único choque entre las fuerzas de infantería sobre el espacio cerrado de la llanura litoral del Ática. La victoria de los griegos estableció un modelo de enfrentamiento entre Oriente y Occidente que se mantuvo prácticamente sin cambios durante los tres siglos siguientes: si la infantería oriental era lo bastante necia como para cargar en algún momento, en algún lugar y con un número de fuerzas cualquiera contra las filas disciplinadas de los lanceros occidentales acorazados, acababa inevitablemente destrozada. Y sin embargo, a pesar de la posterior glorificación y exaltación de los heroicos «hombres de Maratón» en la literatura ateniense, su victoria sólo consiguió posponer durante una década la invasión de Oriente. Cuando los persas regresaron el año 480 a.C. a las órdenes de Jerjes, hijo y heredero de Darío, la situación militar había cambiado por entero, el desafío fue excepcional y los invasores demostraron mayor refinamiento

y mejor preparación. Según lo expresó el dramaturgo contemporáneo Esquilo, los orientales no buscaron una batalla única y campal, sino que planearon «someter a la Hélade al yugo de la esclavitud».

El ataque de Jerjes contra Grecia el 480 a.C. no consistió en una brigada expedicionaria, sino en una auténtica ciudad políglota itinerante compuesta por miles de personas, que se abría camino lentamente en dirección al sur, hacia el interior de Grecia, engullendo ciudades-Estado por capitulación o acuerdo a medida que avanzaba. Los persas, acompañados por una flota prodigiosa, no tenían intención de librar una única batalla de infantería. En realidad, se mofaban de las llamadas «leyes de los griegos», que restringían la conducción helénica de la guerra a una sola batalla terrestre. «Estos griegos», reflexionaba Mardonio, «están habituados a guerrear entre sí de la manera más insensata, pues en cuanto se declaran la guerra buscan el terreno más aprovechable y despejado y bajan a luchar allí, de manera que hasta los vencedores acaban retirándose con numerosas pérdidas; no necesito mencionar a los vencidos, pues resultan aniquilados. Es evidente que, como todos hablan griego, deberían intercambiar más bien heraldos y negociadores y dirimir así sus diferencias por cualquier medio que no sea el del combate». Los persas, en cambio, llegaban resueltos a obtener una conquista rotunda, y las ciudades-Estado griegas conocían claramente el reto planteado: se necesitaban sin excepción contingentes humanos, marinos, táctica, fortificación, evacuación, argucias, subterfugios y generalato, y además con rapidez. De la noche a la mañana, estas características pasaron a formar parte de la práctica griega de la guerra.

Un contingente espartano cayó segado en posición avanzada, víctima de una aniquilación gloriosa, mientras defendía un alto paso fronterizo en el norte, en las Termópilas (480 a.C.); su rey, Leónidas, fue decapitado, y su cabeza empalada en una estaca. Una flota dirigida por atenienses seguía de cerca las naves orientales que se aproximaban mientras Jerjes atravesaba Grecia central y se abría paso hasta llegar a una Atenas abandonada. En aquel nuevo mundo de guerra total, algunos griegos se vieron obligados no sólo a definir de nuevo su manera tradicional de combatir, sino a cambiar también su concepción de la propia ciudad-Estado. Al fin y al cabo, la *polis* (la ciudad-Estado) no era una mera entidad física de edificios, una acrópolis y los campos circundantes de sus labriegos, sino de «personas». Lo único importante era la gente: los residentes nativos de todas las clases que podían ser salvados mediante evacuación para regresar como vengadores por tierra o por mar. Los terratenientes conservadores de Atenas que llamaban a los campesinos a entablar un único combate de hoplitas al estilo antiguo con el fin de proteger la ciudad propiamente dicha y el prestigio agrario de la comarca rural no estaban sólo equivocados, sino que

eran, además, unos lunáticos. Así pues, los atenienses abandonaron su *polis* a la antorcha del invasor y la evacuaron para marchar al territorio libre de una zona próxima, confiando en las «murallas de madera» de sus barcos para derrotar a los persas frente a las costas de la isla aledaña de Salamina. Fueran cuales fuesen las posteriores quejas de los filósofos reaccionarios atenienses sobre la falta de heroicidad del poder marítimo (el antidemócrata Platón consideraba, un siglo después de Salamina, que la victoria ateniense conseguida allí había «empeorado» a los griegos como pueblo), todos los griegos sabían que la destrucción de la armada persa en Salamina había echado por tierra la moral de los persas y levantado el escenario para una batalla final en Platea en la primavera siguiente.

De pronto, privados de su flota, los altivos invasores persas se sintieron aislados. A medida que acudían hoplitas de todas partes de Grecia central y meridional para formar un gran ejército a fin de plantear la resistencia definitiva en la cercana localidad de Platea, en la frontera entre Atenas y Beocia, los persas se hallaron en una posición cada vez más insostenible. La disciplina espartana y el poder de «la lanza de los dorios», que, en palabras del tragediógrafo Esquilo, «derramó sangre en un sacrificio sin medida», respaldados por el entusiasmo ateniense y la simple masa de la infantería griega (la Grecia clásica no volvería a alinear nunca una fuerza cercana a los 70.000 combatientes), quebraron el ejército persa y masacraron luego a los supervivientes en su huida.

Repercusiones de las Guerras Médicas

A raíz de la invasión y derrota de los persas –como suele suceder en cualquier circunstancia de gran convulsión social y cultural– se produjo una vuelta deliberada a la normalidad en la práctica griega de la guerra. Durante un tiempo volvemos a tener noticia de una serie de «guerras» de infantería por cuestiones de fronteras entre ciudades-Estado resueltas a la manera antigua: enfrentamientos tradicionales de una hora en las batallas de Dipaia (471 a.C.), Tanagra y Enofita (457 a.C.), y Coronea (447 a.C.). Pero la experiencia persa había arrojado piedras al estanque hoplita, y las múltiples lecciones aprendidas de las victorias sobre Jerjes agitaron lentamente las aguas de las ciudades-Estado griegas. Las principales realidades nuevas fueron dos fenómenos que ayudan a explicar la profunda ruptura con la conducción de la guerra practicada en el pasado por las *poleis*.

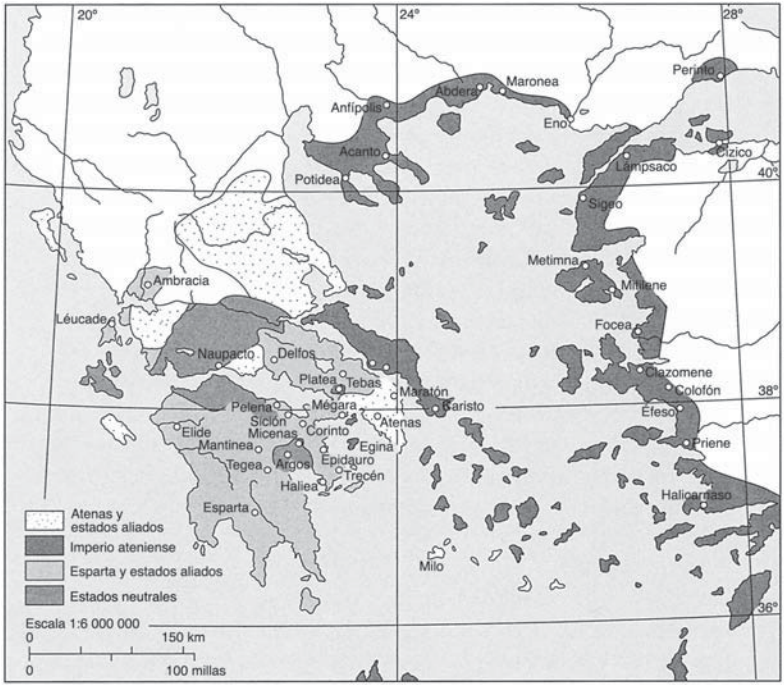
En primer lugar, la victoria dejó con prestigio y preeminencia a sólo dos ciudades-Estado: Esparta y Atenas. Ambas eran *poleis* griegas insólitamente poderosas y atípicas –además de antitéticas–, que

podían permitirse ignorar las antiguas normas de la guerra agraria. Los espartanos, sostenidos por cerca de 200.000 ilotas, siervos de la gleba que trabajaban las haciendas de Mesenia y Laconia, formaron un ejército de hoplitas profesionales, una infantería permanente que no estaba sujeta a las limitaciones normales impuestas por la agricultura libre a los pequeños terratenientes en las batallas entre infantes. El rey espartano Agesilao pidió en cierta ocasión a su ejército de aliados del Peloponeso que se pusieran de pie por profesiones –alfareros, herreros, carpinteros, albañiles y demás–. Al final, sólo permaneció sentada la minoría de sus espartiatas, los que sólo se dedicaban a guerrear. «Ya veis», se burló Agesilao, «cuántos más soldados enviamos a luchar que los que mandáis vosotros». Plutarco cuenta que los espartanos podían ufanarse diciendo: «Si hemos llegado a ser dueños de estos campos no ha sido por haber cuidado de ellos, sino porque hemos cuidado de nosotros mismos».

Tampoco los atenienses, cada vez más democráticos, se sentían cómodos limitándose a continuar con la práctica del tradicional choque artificioso entre campesinos oligárquicos revestidos de armadura. La flota de Atenas siguió creciendo tras la retirada persa (479 a.C.). Alimentados con el tributo de algunos Estados vasallos del Egeo, los trirremes atenienses no quedaron varados, sino que se convirtieron en una especie de fuerza policial «benevolente» para sus súbditos aliados griegos de ultramar. Al igual que los espartanos, la Atenas imperial no consideró muy necesario limitar la guerra a una única tarde de verano, y tampoco, dado el éxito de su evacuación frente a Jerjes y de la ulterior respuesta naval, a arriesgar toda su infantería en defensa de las tierras cultivables del Ática.

En segundo lugar, el éxito de las fuerzas no hoplitas en las Guerras Médicas dejó una profunda huella en los griegos. Los barcos, las tropas ligeras y la caballería habían estado presentes en una multiplicidad de teatros de operaciones y terrenos, poniendo de relieve lo vulnerable e inadecuada que podía llegar a ser la falange hoplita ante cualquier adversario que (prudentemente) no estuviera dispuesto a enfrentarse a ella en una sola batalla campal.

El problema para la *polis* griega no consistía sólo en alistar esa clase de contingentes diversos, sino en resolver los inevitables desafíos sociales planteados por el empleo de tales fuerzas. Si se confería importancia militar a remeros, merodeadores o jinetes, peligraba el viejo exclusivismo agrario de la *polis* –la propia contextura e ideología de la ciudad-Estado griega–. Los granjeros con armadura pesada y lanza no eran ya la garantía de un rango social y político privilegiado. Según observó en cierta ocasión Aristóteles en su *Política,* «en la *polis,* aquellos que combaten tienen el poder supremo, y son ciudadanos quienes poseen las armas».



Mapa 1. En vísperas de la Guerra del Peloponeso, Atenas contaba con un enorme imperio marítimo e importantes aliados, lo que le aseguraba una armada formidable, abundantes recursos humanos y unas copiosas fuentes de capital. Sin embargo, Esparta y Tebas disponían de los mejores hoplitas del mundo griego y podían cercar a Atenas por el norte y el sur. La situación de punto muerto estuvo asegurada hasta que Atenas se agotó mediante intervenciones fallidas en Beocia, el Peloponeso y Sicilia, lo cual permitió a Esparta hacerse con una flota competente que fue minando el debilitado imperio colonial de los atenienses.

La ulterior Guerra del Peloponeso entre Atenas y Esparta no se decidió en una tarde, ni siquiera a lo largo de uno o dos veranos. La matanza se arrastró a lo largo de veintisiete años. Es fácil ver por qué. Al haber abandonado su territorio rural a los invasores espartanos, Atenas renunció a enfrentarse en batalla campal con los formidables hoplitas de Esparta. Refiriéndose a los campesinos hoplitas que se vieron obligados a trasladarse al interior de los muros de la ciudad, Tucídides comentaba en tono conmovedor: «La mayoría de los atenienses seguían viviendo en sus granjas con sus familias y miembros de su hogar y, por tanto, no se sentían dispuestos a mudarse en ese momento, sobre todo porque hacía poco que se habían reinstalado tras la invasión de los persas. Su descontento e infelicidad al dejar tras de sí sus hogares eran profundos».

Lo que hizo, en cambio, Atenas, una vez cercada, fue aumentar las importaciones de alimentos y materiales a su puerto del Pireo mientras enviaba su espléndida flota a estabilizar su imperio marítimo e impedir infiltraciones de sus adversarios del Peloponeso. Esparta, a su vez, se encontró con que la antigua estrategia de arrasar las tierras de cultivo resultaba desconcertantemente ineficaz: en el Ática, sus hoplitas no conseguían hacer salir al ejército ateniense ni doblegar económicamente la ciudad. En consecuencia, ambos beligerantes recurrieron a una multiplicidad de teatros de guerra por todo el mundo del Egeo y Asia Menor. Paradójicamente, en aquellas posteriores guerras por delegación libradas entre el 421 y el 404 a.C., Atenas utilizó a sus hoplitas en operaciones marítimas, mientras que Esparta y sus aliados crearon con el tiempo una flota competente. A lo largo de toda la Guerra del Peloponeso no se libraron más de tres o cuatro batallas a la antigua usanza. El vacío fue llenado por mercenarios, merodeadores con armas ligeras, marinos e ingenieros de asedio. Todas estas fuerzas eran costosas y, al parecer, incapaces de rematar por sí mismas un combate de manera contundente mediante la destrucción o la humillación de las fuerzas enemigas en el campo de batalla –lo cual resultó desastroso para ambos bandos.

La estrategia ocupó un lugar destacado, mientras los atenienses realizaban incursiones sin consecuencias en territorio espartano y, en un episodio sumamente trágico, perdieron todo un cuerpo expedicionario de cuarenta mil hombres a mil quinientos kilómetros de distancia, en reiteradas derrotas frente a la ciudad siciliana de Siracusa (415-413 a.C.). Tucídides resumió de la siguiente manera aquella novedosa experiencia griega de exterminio militar: «Los atenienses», escribió, «fueron derrotados en todos los terrenos y absolutamente; fue la ruina total, según el dicho, de su flota, su ejército de tierra y todo lo demás, y sólo unos pocos de muchos que eran regresaron a casa». Esparta, por su parte, actuando con mayor pragmatismo, instaló sistemáticamente guarniciones en el Ática para estimular las deserciones y provocar el trastorno local del comercio mientras ejercía una presión constante para arrebatarle a Atenas sus aliados tributarios del Egeo, que constituían el alma de los recursos económicos de la ciudad y de sus reservas militares.

No es de extrañar que, después de casi tres décadas, al concluir la guerra el año 404 a.C., Atenas se hallara en bancarrota, agotada y desmoralizada. Pero Esparta y sus aliados no estaban en condiciones de asumir una hegemonía duradera sobre Grecia. Un efecto secundario de la Guerra del Peloponeso fue la finalización de las luchas agrarias de la antigua *polis*, pues, a partir de ese momento, hacer la guerra significó expandir el conflicto hacia una diversidad de horizontes nuevos costosos y letales.

El gusto por el choque entre columnas de infantería no cayó del todo en el olvido durante el siglo siguiente. A pesar de los intentos de algunos estudiosos modernos por detectar una evolución de la táctica en las falanges de hoplitas en el siglo IV a.C. –tropas de reserva, fintas, estratagemas–, los choques entre columnas experimentaron, realmente, en sí mismos pocos cambios, según lo atestiguan las retrógradas batallas entre dinosaurios hoplitas de Nemea (394 a.C.), Coronea (394 a.C.), Leuctra (371 a.C.) y Mantinea (362 a.C.). En realidad, ni siquiera un hoplita de Leuctra (371 a.C.), la batalla supuestamente más revolucionaria del siglo IV a.C., habría extrañado nada –en armamento, práctica de combate y espíritu– entre las filas de sus antepasados que lucharon trescientos años antes en Hisias (669 a.C.). Refiriéndose al horrendo combate librado al modo antiguo entre hoplitas espartanos y tebanos en la segunda Batalla de Coronea, Jenofonte, testigo contemporáneo, concluyó fríamente que se trataba de algo predecible: «Chocaron, empujaron, pelearon, mataron y murieron». Lo que se había transformado, y además de manera muy radical, no era el combate, sino la guerra. Ahora, luchar consistía en organizar escaramuzas, guarnicionar los pasos elevados, realizar incursiones mercenarias, ataques navales y asedios y levantar contramurallas. El saqueo y la toma de cautivos reflejaba las nuevas realidades económicas, pues la guerra se había convertido en una fuente de capital para el Estado, una entrada más en los presupuestos estatales. Y esta confusión se produjo de manera inevitable, pues una vez que Grecia volvió a formar parte del tejido general de la historia mediterránea en los siglos V y IV a.C., su maravilloso absurdo de la ciudad-Estado –dominada por una trinidad excluyente: el pequeño propietario productor de alimentos / el infante hoplita / el legislador– resultó un sistema *cerrado*. La *polis* no estaba dispuesta a asimilar una riqueza que no procediera de la tenencia de tierras, a unos extranjeros con talento y a quienes luchaban al margen de la falange agraria. El genio había salido de la botella: la práctica occidental de la guerra, creada como mecanismo de protección para su ciudad-Estado agraria, había entrado en una fase nueva, mucho más compleja y mortífera, divorciada de las constricciones sociales, pero alimentada, no obstante, por el genio griego para innovar y dar respuestas.

II. DE LA FALANGE A LA LEGIÓN

Victor Davis Hanson

Las declinantes ciudades-Estado griegas intentaron con ánimo valiente –pero más a menudo de forma trágica– incorporar métodos de combate nuevos, aunque fueran la antítesis de la antigua lucha hoplita no profesional y de las normas tradicionales de la guerra agraria. La nostalgia de lo antiguo pervivió, pero los dirigentes políticos se vieron obligados a enfrentarse a las nuevas realidades militares. «Nada ha experimentado una revolución y una mejora mayores que el arte de la guerra», advertía el orador Demóstenes a su público de atenienses del siglo IV a.C., satisfechos consigo mismos. «Sé que, en los tiempos antiguos», continuaba, «los espartanos solían dedicar, como todos los demás, cuatro o cinco meses del verano a invadir y asolar territorio enemigo con una milicia de hoplitas y ciudadanos, para regresar luego a casa. Eran tan anticuados –o tan buenos ciudadanos– que nunca recurrieron al dinero para aprovecharse de nadie, sino que sus luchas eran justas y abiertas».

Para entonces, el rango social era en gran parte ajeno al campo de batalla. Los griegos ricos, medianos y pobres podían pelear a caballo, lanzar jabalinas o blandir lanzas como guerreros a sueldo o como miembros renuentes de una milicia. Había desaparecido la equiparación exclusiva entre campesino y soldado de infantería. Jenofonte se quejaba en su obra *Los ingresos* de que, en Atenas, la falange estaba perdiendo estima al reclutar para las filas de la infantería a extranjeros residentes en la ciudad. «La *polis* saldría también mejor librada», aconsejaba, «si nuestros ciudadanos prestaran el servicio militar agrupados y dejaran de mezclarse con lidios, frigios, sirios y bárbaros de todo tipo, que constituyen una gran parte de nuestra población residente extranjera».

El principal problema de aquel mundo feliz y en expansión de la práctica de la guerra en la Grecia del siglo IV a.C. era su coste. Las ca-

tapultas de torsión, los merodeadores mercenarios, las flotas permanentes, los arqueros expertos, los honderos y los lanzadores de piedras, la capacidad para hacer frente a cualquier tipo de desafío militar en todo momento, requerían un capital. Sin embargo, paradójicamente, el paso a una situación de enfrentamientos permanentes en todos los teatros de operaciones del Mediterráneo constituía también una garantía de que las fuentes esenciales de ingresos militares de los griegos –el comercio, la agricultura y la calma en las zonas rurales– iban a sufrir un constante trastorno.

La guerra se vuelve demasiado costosa

Muchas ciudades-Estado se vieron, por tanto, en un dilema: no podían soportar las provocaciones y el saqueo de su territorio, pero tampoco podían permitirse reclutar las fuerzas permanentes necesarias para asegurarse la tranquilidad. Jenofonte vio que la complejidad de la guerra entre las pendencieras ciudades-Estado se había vuelto demasiado cara para la mayoría de las haciendas de las *poleis* y, por tanto, la beligerancia exigía una actitud más pragmática que heroica: «Es posible que alguno me pregunte», conjeturaba, «¿debe una *polis* mantener la paz con su agresor, incluso cuando ha sido tratada injustamente? No, por supuesto que no. Pero sí digo que seremos más afortunados frente a un enemigo si, de entrada, no provocamos a nadie actuando con injusticia nosotros mismos».

Tras la batalla de Mantinea (362 a.C., librada entre Tebas y Esparta), en la cual no se llegó a una conclusión clara, pocas milicias hoplitas se enfrentaron en batallas campales decisivas –y ni siquiera el choque entre falanges determinó ya el resultado de las guerras–. De hecho, el último enfrentamiento hoplita, entre espartanos y tebanos en Mantinea, no resolvió nada: en las últimas páginas de su historia de Grecia, Jenofonte afirmó que, tras la batalla, «ninguno de los dos bandos se halló en mejor situación que antes, y tampoco consiguió territorios ni *poleis* adicionales ni una mayor influencia. En realidad, después de la batalla hubo en Grecia más confusión y desorden que antes». Al fin y al cabo, una vez despojada del protocolo agrario que la envolvía y protegía, la falange resultaba de por sí problemática desde un punto de vista táctico: era torpe como instrumento de persecución y estaba mal adaptada para destruir las fuerzas cada vez más diversas que actuaban en el terreno. Si había perdido la capacidad de lograr resultados decisivos, otras fuerzas contratadas por el Estado podrían hacerlo.

Así, el combate de repertorio fue sustituido por la audacia y la fanfarronería de capitanes mercenarios y condotieros itinerantes, guerre-

ros con patente de corso que ignoraban el protocolo de las antiguas ciudades-Estado griegas. Isócrates, orador ateniense del siglo IV a.C., se quejaba de que sus compatriotas no escogían ya a comandantes militares entre sus políticos no especializados, sino que recurrían a turbios profesionales: «Como si desconfiáramos de su inteligencia, no elegimos para generales a hombres cuyo consejo seguimos en ámbitos de la máxima importancia. En cambio, enviamos ahora al campo de batalla, con una autoridad ilimitada, a aquellos cuyo consejo nadie desearía para guiar sus asuntos o los de la *polis*». Los principales actores –Atenas, Esparta, Tebas, Argos, Corinto, Tesalia y Sicilia– utilizaron todas las fuerzas de que disponían, recurriendo a alianzas y contraalianzas, a subterfugios y conjuras, para mantener un equilibrio de poder agotador y, no obstante, tosco, durante la primera mitad del siglo IV a.C., mientras contemplaban con aprensión la nueva amenaza de Macedonia, en el norte.

Reinvención de la falange

Por desgracia para las ciudades-Estado griegas, Filipo II de Macedonia no era un simple líder hoplita a la antigua usanza. Y mucho menos un bandolero meramente astuto y con escaso poder, capaz tan sólo de arrebatar o arrancar unos pocos años de hegemonía a las comunidades griegas. Muy al contrario, a lo largo de más de dos décadas (359 338 a.C.), Filipo organizó con meticulosidad y de manera subrepticia un ejército nuevo y grandioso, pertrechado, dirigido y organizado de forma completamente diferente de todo cuanto había constituido la antigua práctica griega.

Filipo añadió a su falange de implacables «compañeros de a pie» profesionales *(pezetaíroi)* –«los macedonios más altos y fuertes», según un comentarista contemporáneo– la «caballería de camaradas» *(hetaíroi)*, un cuerpo de elite formado por jinetes aristócratas sólidamente acorazados sobre fuertes monturas. Otro contingente de la infantería, quizá con menos armadura, los «portadores de escudos» *(hypaspistái)*, ocupaban el centro de la línea de combate macedonia, al lado de la falange. Los *hypaspistái* solían ser las primeras fuerzas de infantería que seguían tras la arremetida de la caballería, creando así un vínculo esencial entre el ataque inicial de los jinetes y la ulterior acometida de la falange propiamente dicha. Unos cuerpos profesionales de infantería ligera, honderos, arqueros y lanzadores de jabalina, completaban aquel grupo de ejército compuesto aportando un bombardeo preliminar y un fundamental apoyo de reserva.

Estos contingentes macedonios no constituían una fragmentación de fuerzas, sino una diversificación y refinamiento de armas: no eran

una cacofonía, sino una sinfonía de hombres profesionalmente equipados. La falange fue rehabilitada a fondo por Filipo y adquirió una importancia nueva; pero con él se aceleró la evolución que la alejaba de sus raíces agrarias. El general ateniense Ifícrates, del siglo IV a.C., había previsto esas polifacéticas innovaciones militares cuando, de manera típicamente griega, comparó el nuevo ejército con un organismo humano: los soldados con armas ligeras eran las manos; la caballería, los pies; la falange de infantería propiamente dicha, el pecho y la coraza; y el general, la cabeza.

La aportación de Filipo a la historia de la práctica occidental de la guerra fue tanto organizativa como táctica. Al principio, el equipamiento y las tácticas de su falange macedonia no diferían considerablemente de las columnas tradicionales de hoplitas de las ciudades-Estado griegas. Se conservó, por ejemplo, la lanza *(sarissa)*, pero alargándola de dos metros y medio a casi cuatro y medio. Ahora, su control y manejo adecuados requerían el uso de ambas manos. El escudo redondo se redujo, mientras que las grebas, la mayoría de los petos y el pesado yelmo fueron sustituidos por piezas de cuero o materiales compuestos, o bien se abandonaron.

Pero la idea central de una masa combatiente conservó su primacía. Onasandro, el teórico militar que escribía en época romana, observó, refiriéndose a la falange macedonia, que «las formaciones en posición de avance parecen más peligrosas por el esplendor de sus pertrechos», y que «esa terrible visión infunde el miedo hasta la propia alma del enemigo». En realidad, la falange de Filipo, compuesta por piqueros y formada y protegida por fuerzas tan diversas, era a la vez más letal y versátil que las columnas tradicionales de hoplitas. Ahora, el enemigo podía ser alcanzado por las cinco primeras filas, y no por tres, como al principio. El historiador Polibio, del siglo II a.C., sabía que un cuerpo de infantería que se enfrentase a semejante «tormenta de lanzas» podía tener concentradas sobre cada uno de sus hombres hasta diez puntas de acero. «Nada puede oponerse a la falange», era la sencilla conclusión de Polibio. «Un romano por sí solo, con su espada, no tiene capacidad de acuchillar ni abrirse paso entre las diez lanzas que ejercen presión sobre él conjuntamente.» Al fin y al cabo, los hombres de la falange macedonia podían fijar su atención exclusivamente en empujar con sus temibles lanzas, sin el agobiante peso de la antigua panoplia del hoplita o la necesidad de proteger con un enorme escudo al camarada situado inmediatamente a su izquierda. Ahora, lo único que contaba era el ataque, las picas y el movimiento hacia adelante; la defensa, los escudos largos y la preocupación por cubrir al vecino tenían poca importancia.

El objetivo de los macedonios era el avance y la anexión, no la salvaguarda de sus fronteras. La nueva falange macedonia, utilizada con

gran precisión y potencia, solía descargar un golpe demoledor una vez avistado el blanco y después de que el trabajo de la caballería y los contingentes auxiliares lo hubieran hecho vulnerable. Los ataques de la caballería batían al enemigo como un martillo contra el tosco y larguísimo yunque de la falange con sus lanzas hirsutas (aunque aquella masa de infantería debía procurar siempre, como explicaba el historiador griego Polibio, permanecer sobre «terreno despejado, libre de zanjas, barrancos, árboles, crestas y cursos de agua, todo lo cual puede detener y romper una formación de esas características»). Aquella coordinación entre infantería caballería era un fenómeno completamente nuevo en la historia de la conducción de la guerra en Occidente, muy alejado de la capacidad o visión táctica incluso de los griegos más innovadores del siglo IV a.C.

El dominio macedonio

Filipo aportó también a la práctica occidental de la guerra una ideología de combate completamente nueva. Es verdad que la lucha real de enfrentamiento suponía todavía asaltos frontales y, por tanto, seguía siendo tan gallarda como en las antiguas falanges griegas del pasado. El choque a la carrera entre cuerpos de infantería masivos y la punta de la lanza dirigida hacia el rostro del enemigo constituían todavía el dogma predilecto de cualquier miembro de la falange macedonia alineado en columnas. Pero la conducción de la guerra se había convertido en algo que iba mucho más allá del valor personal, la bravura y la fuerza física.

Además, los macedonios de rostro implacable no mataban sólo para obtener territorios. La batalla está pensada más bien como instrumento de una ambiciosa política estatal. El mecanismo destructivo de Filipo, dirigido a la conquista y la anexión, era una fuente radical de agitación social y convulsión cultural, y no una institución griega conservadora dirigida a preservar la comunidad agraria existente. Sus hombres eran también de una especie completamente distinta a la de los hoplitas del pasado. En su comedia *Filipo*, el dramaturgo Mnesímaco (*ca.* 350 a.C.) hace que sus típicos soldados de la falange macedonia se ufanen con las siguientes palabras:

> ¿Sabéis contra qué clase de hombres tendréis que luchar?
> Cenamos espadas afiladas,
> y tragamos antorchas ardientes como si fueran vino.
> Luego, como postre, nos traen dardos cretenses rotos
> y astas de lanza astilladas. Nuestras almohadas son escudos
> y petos, y a nuestros pies yacen arcos y hondas.
> Nos coronamos con guirnaldas hechas de catapultas.

La conocida hostilidad de Filipo hacia las ciudades-Estado independientes compuestas por pequeños terratenientes hoplitas explica la desmesura de su retrato en la oratoria conservadora de las *poleis* griegas del siglo IV a.C. Demóstenes lo describió como un monstruo cojo y tuerto, «que disfruta tanto con el peligro... que, para agrandar su imperio, ha sido herido en todas las partes de su cuerpo luchando contra sus enemigos» –un terrible supermán que guerreaba en todo momento y de todas las maneras–. Demóstenes advertía a los atenienses:

> Os dicen que Filipo marcha sin que nadie lo detenga no porque dirija una falange de hoplitas, sino por ir acompañado de merodeadores, jinetes, arqueros, mercenarios y otras tropas similares. Cuando, apoyándose en esas fuerzas, ataca un pueblo en el que reina la discordia, y cuando, debido a la desconfianza, nadie sale a luchar por su país, él saca sus máquinas de guerra y monta un cerco. Apenas necesito deciros que Filipo no distingue entre el verano y el invierno y no reserva ninguna estación para la inactividad.

En Queronea (338 a.C.), Filipo y su hijo Alejandro, de dieciocho años, hicieron añicos la falange de tebanos y atenienses, quebrantando así la resistencia nacional de Grecia. Debemos cuidarnos de atribuir exclusivamente las causas de aquella victoria decisiva a la superioridad de los macedonios en técnica, destreza o innovación táctica: lo que debilitó de manera fatal la cohesión de las líneas griegas fueron el pánico y el hundimiento del flanco izquierdo de los atenienses, que avanzaban aterrados. La infantería de Atenas estuvo a punto de irrumpir entre las filas de los macedonios, mientras sus aliados tebanos, situados en el flanco derecho, aguantaban con obstinación en la llanura el ataque del joven jinete Alejandro.

En cambio, la disciplina macedonia, la espléndida integración entre caballería e infantería, el dominio pleno del campo de batalla y el control de todos los contingentes explican –más que la longitud de sus lanzas o la fingida retirada de Filipo– el triunfo de los norteños. Al concluir la batalla, los tebanos yacían aniquilados sobre el campo. El cuerpo de elite, su «batallón sagrado», compuesto por 150 parejas de amantes homosexuales, había caído como un espléndido ciervo herido para ser inhumado más tarde bajo el león de piedra que se yergue todavía al lado de la moderna carretera. Un conmovedor epitafio dejó el siguiente testimonio sobre los atenienses masacrados en Queronea, la última generación de la infantería de hoplitas libres:

> Que el Tiempo, el dios que supervisa toda clase de asuntos,
> lleve a todos los hombres el mensaje de nuestros padecimientos,

de cómo caímos muertos en las afamadas llanuras de Beocia, esforzándonos por salvar la sagrada tierra griega.

Occidente se encuentra con Oriente

La experiencia de las batallas de Maratón y Platea (véanse pp. 29-31) había permitido que los griegos supieran que Persia era vulnerable. El 401 a.C., los valientes «10.000», una fuerza mercenaria contratada por Ciro II para recuperar el trono de Persia, descubrieron esa misma realidad, aunque se vieron obligados a emprender una retirada tras la muerte de su patrón en la batalla de Cunaxa. Los espartanos enviados para expulsar a los persas de Asia Menor en la década de 390 a.C. se dieron cuenta de que la infantería griega tenía pocas dificultades para desbaratar cualquier cuerpo de infantería que los persas pudieran reclutar. Curiosamente, la principal preocupación de un ejército expedicionario griego en el este era hacer frente a los hoplitas mercenarios de su propio país, pagados por los persas y omnipresentes. Antioco, por ejemplo, embajador de una ciudad-Estado griega, se mofó a su regreso de una visita a Asia (367 a.C.) diciendo que había visto a «multitudes de panaderos, cocineros, escanciadores y porteros» del rey de Persia, «pero, por lo que respecta a hombres capaces de combatir contra los griegos, no había logrado encontrar ninguno, a pesar de haber mirado atentamente».

La idea de hacer conquistas en Oriente había ocupado, por tanto, las mentes de algunos griegos durante generaciones. Al fin y al cabo, la enorme riqueza del Imperio persa resultaba especialmente tentadora para los políticos griegos, habida cuenta de sus crecientes dificultades económicas y del desgaste acelerado del control imperial al otro lado del Egeo, en territorio asiático. Pero el quid de la cuestión había sido siempre el abandono de la vieja idea de una milicia hoplita, para idear en su lugar un sistema logístico y un ejército leal y unificado procedente de todas las ciudades-Estado griegas, una amalgama social y militar susceptible de ser aprovisionada a larga distancia mientras se enfrentaba a una multiplicidad de tropas enemigas en cualquier terreno. Ésa era, justamente, la razón de que, en el siglo IV a.C., el rey espartano Agesilao hubiera deplorado, según se suponía, las constantes luchas intestinas entre los griegos, mientras su enemigo, los persas, no sufría ningún ataque: «Si vamos a seguir destruyendo a los griegos que consideramos culpables, deberemos procurar que nos queden hombres suficientes para conquistar a los bárbaros».

Tras el asesinato de Filipo (336 a.C.), el joven Alejandro, de veinte años, inició la invasión de Persia, planeada por su difunto padre, con una victoria a orillas del río Gránico, cerca del Helesponto (334 a.C.).

No existe ninguna batalla «típica» de Alejandro; ningún plan exacto explica las victorias tácticas del joven general. Pero en su primera arremetida feroz a orillas del Gránico, Alejandro estableció una pauta que iba a caracterizar sus tres principales triunfos bélicos después de aquel primero: Isos (333 a.C.), Gaugamela (331 a.C.) y el Hidaspes (326 a.C.).

La pauta consistía en lo siguiente: (1) adaptación brillante al terreno local, a menudo desfavorable (todas sus batallas fueron libradas a orillas de un río o en sus proximidades); (2) liderazgo, con varios ejemplos aterradores de valor personal –siempre rondando la muerte– al frente de su séquito de jinetes; (3) unas sensacionales cargas de caballería centradas en un punto concreto de las líneas enemigas, destinadas a dirigir al enemigo desconcertado hacia las lanzas de la falange en pleno avance; (4) la asignación de unidades especializadas para realizar fintas iniciales o reforzar lugares problemáticos; y (5) la ulterior persecución o destrucción de las fuerzas enemigas en el campo de batalla, como reflejo de la decisión impulsiva de Alejandro de lograr la eliminación, y no sólo la derrota, de los ejércitos enemigos.

En la batalla de Gránico, por ejemplo, Alejandro se sobrepuso a la ostensible desventaja en que se hallaba cruzando el río crecido tras haber descubierto que los persas habían situado una fuerza de caballería ligera delante de su falange de mercenarios griegos. Alejandro se centró en la sección central izquierda de la línea enemiga para asestar su golpe principal. Con el fin de impedir que el adversario se concentrara en ese preciso punto de ataque, Alejandro lanzó una carga inicial de jinetes macedonios –condenada al sacrificio– más a la izquierda de las líneas persas, adonde el enemigo envió refuerzos instintiva y equivocadamente. De pronto, Alejandro salió en persona del río Gránico dirigiendo una acometida oblicua de caballería pesada. La caballería enemiga vaciló y, luego, cedió terreno en la feroz refriega. Plutarco relata que, en el combate cara a cara, Alejandro estuvo a punto de perecer, pues su escudo chillón y su penacho blanco atraían los disparos de un gran número de proyectiles. Una jabalina hizo blanco en su peto; un hacha de guerra estuvo a punto de partirle el casco en dos.

La falange macedonia y los *hypaspistaí* avanzaron de inmediato sumergiéndose en el agua, trepando por las orillas y demoliendo –como han hecho las columnas de lanceros a lo largo de la historia– la caballería enemiga, presa de la confusión. Con el frente de la caballería persa hecho pedazos, la falange griega enemiga de la retaguardia quedó pronto envuelta por las alas izquierda y derecha de la victoriosa caballería macedonia. Sólo faltaba encauzar a los mercenarios helénicos, ya condenados, hacia el avance de la infantería. Los griegos a sueldo perecieron o se rindieron en su totalidad. Las bajas macedonias no llegaron a 200; el número probable de persas y mercenarios grie-

gos muertos fue de 10.000. No es de extrañar que los macedonios de Alejandro –nobles, campesinos y tipos duros por igual– siguieran a un comandante como aquél hasta adentrarse en los ricos territorios del interior de Asia.

No obstante, por más espectaculares que fueran estas obras maestras de combate, por más decisiva que resultase la «estrategia bélica» de Alejandro, consistente en ir en busca de fuerzas enemigas en vez de territorios, los principales enfrentamientos campales no sumaron más de una semana de acción de los cerca de 3.600 días de campaña continuada. Por tanto, es acertado recordar también los asedios, las marchas y las escaramuzas –mucho menos pregonados–, operaciones que formaron parte igualmente de la notable destrucción de la civilización asiática llevada a cabo por los macedonios a lo largo de una década. El valor personal de Alejandro, incluidas sus espléndidas –y casi suicidas– incursiones en las líneas enemigas, resulta bastante engañoso: lejos de ser un exaltado, era un logístico calculador y magistral. Con una rara destreza para reclutar ingenieros innovadores, intendentes eficaces y sólidos estrategas, Alejandro inventó en esencia las principales disciplinas de la organización militar occidental, demoliendo así el imperio oriental de forma sistemática y metódica.

Los macedonios, a diferencia de los griegos anteriores a ellos y de los persas, contemporáneos suyos, solían llevar consigo sus propias provisiones y pertrechos. No contaban con un largo convoy de bagajes, mujeres y ganado. «Cuando Filipo organizó su primer ejército», escribía el compilador militar romano Frontino 400 años más tarde, «ordenó que nadie utilizara un carro. A los jinetes les permitió llevar un sirviente cada uno, pero en la infantería sólo consintió un ordenanza por cada diez hombres, al cual se encomendaba el transporte de los útiles de molienda y las cuerdas. Cuando el ejército salía durante el verano, se ordenaba a cada hombre cargar a sus espaldas las provisiones para treinta días». Era habitual que se obligara a funcionarios locales a proporcionar con antelación alijos de comida, lo que permitía al depurado ejército de Alejandro saltar de un depósito a otro. «Filipo», escribía Polieno, retórico militar de la época romana, «hizo que los macedonios marcharan 300 estadios [unos 55 kilómetros diarios] portando sus armas y llevando, asimismo, escudos, grebas, lanzas, provisiones y sus utensilios cotidianos». En ausencia de un reconocimiento del terreno y de la comida prometida, no había, sencillamente, campaña. El enorme aparato de los mercados itinerantes se oponía a la norma primordial macedonia de velocidad, ataques rápidos y golpes súbitos y decisivos. En resumen, el ejército macedonio viajaba, exactamente, de la misma manera que atacaba.

Aquella misma organización logística de la guerra se aplicaba también, curiosamente, a las operaciones sedentarias; la burocratización

era claramente evidente en el dominio macedonio de la poliorcética, o «cerco de una *polis*». Alejandro tomó al asalto tres grandes ciudades: Halicarnaso (334 a.C.), Tiro (332 a.C.) y Gaza (332 a.C.). Aquellas tres ciudadelas se consideraban casi inexpugnables; las tres fueron reducidas por el dominio de la ingeniería, la paciencia y la utilización de tropas que combatían con armas arrojadizas, de contingentes navales y de una innovadora maquinaria balística. Alejandro realizó igualmente varias incursiones menores y expediciones de castigo contra contingentes irregulares de montañeses y jinetes rebeldes en las montañas de Bactria, Escitia y Afganistán. En aquellas campañas estableció una serie de fuertes fronterizos desde donde la caballería macedonia, fuertemente armada, podía efectuar salidas y mantener en jaque la insurrección hasta que Alejandro, mediante sumas de dinero y promesas de lealtad, lograba sobornar a sátrapas rebeldes de los márgenes del Imperio persa. Aunque recordaba la marcha realizada setenta y cinco años antes a través de Persia por los desesperados Diez Mil, esa versatilidad superaba los recursos y la imaginación de cualquier *polis* griega de los dos siglos anteriores.

Ejércitos descomunales

Al morir Alejandro el 322 a.C. –agotado y alcoholizado a sus 33 años–, las tierras heredadas y conquistadas por él fueron divididas entre los principales comandantes macedonios del campo de batalla y de la patria griega. Los generales de la vieja guardia, Pérdicas, Crátero y Eumenes, fueron eliminados muy pronto, y, al faltar ellos, se llevó a cabo un reparto provisional de esferas de influencia entre los jefes menores supervivientes: Antípatro controló Macedonia y Grecia, Ptolomeo recibió Egipto, Antígono ocupó Asia Menor, Seleuco heredó Mesopotamia y el Oriente hasta la lejana India, y Lisímaco conservó Tracia y las tierras en torno al mar Negro. La posterior victoria de Seleuco sobre Antígono en Ipsos (301 a.C.) demostró que ningún individuo normal y corriente heredaría el legado de Alejandro, por lo cual sus sucesores macedonios, rivales entre sí, sostuvieron durante el siguiente siglo y medio una serie de guerras nada concluyentes a lo largo y ancho de Grecia y Asia, en un intento vano de reconstituir el breve imperio de Alejandro.

Las batallas de los «sucesores» ejercen sobre el historiador militar una fascinación innegable: las lanzas se alargan hasta más de seis metros, los elefantes aparecen de manera habitual, las ciudades son asaltadas con enormes y vistosas máquinas de asedio. Los tesoros y demás capitales procedentes del hundimiento de la hegemonía persa hicieron inevitable una carrera armamentista. Una vez que aquel dinero inaca-

bable se dedicó a la actividad bélica y que el genio tecnológico y filosófico de los griegos se aplicó a la nueva ciencia militar, las masacres organizadas se convirtieron en una forma artística en sí misma. La constante complejidad técnica refinó a lo largo del periodo helenístico tanto las fortificaciones como las máquinas balísticas, mientras un debate ininterrumpido redefinía la función propia de la falange. En ambos casos, la tradición cedió siempre el paso a la innovación. Cuando a Antígono Gónatas (320-239 a.C.) le preguntaron, por ejemplo, cómo había que atacar al enemigo, él se limitó a dar esta respuesta utilitaria: «De todas las maneras que parezcan provechosas».

Nunca hubo nada comparable al puro terror provocado por una falange macedónica. El general romano Emilio Paulo, que el 168 a.C. se enfrentó a ella en Pidna, conservó durante toda su vida una imagen aterradora: «Pensaba en el aspecto formidable de su frente erizado de armas, y el miedo y la alarma se apoderaban de él», dice Plutarco; «nada de cuanto había visto hasta entonces se le podía equiparar. Mucho más tarde recordaba a menudo aquella visión y cuál había sido su reacción personal ante ella». Los enemigos no podían desdeñar tampoco el extenso arsenal –caballería pesada y ligera, infantería ligera, merodeadores, honderos, arqueros y elefantes– que los megalomaníacos comandantes de la época helenística podían aportar al campo de batalla. Sin embargo, la práctica militar helenística adolecía de debilidades inherentes tanto en táctica como en estrategia.

En el siglo III a.C., la mayoría de los integrantes de la falange eran exclusivamente mercenarios a sueldo. Había desaparecido cualquier vestigio de la solidaridad agraria y el brío de los antiguos ejércitos griegos. Se cuenta, por ejemplo, que el rey Pirro del Epiro (m. 272 a.C.) dijo en cierta ocasión a sus oficiales: «Vosotros seleccionad a hombres grandes, que yo los haré valientes». Pero a diferencia de las escuetas fuerzas de Filipo y Alejandro de sólo unas décadas antes, las tropas mucho más numerosas de los sucesores, contratadas a sueldo, requerían un apoyo enorme de no combatientes: transportistas de bagajes, ingenieros, esposas, hijos, esclavos y mercados. Semejante dependencia logística y social solía estar organizada de forma meramente azarosa e ineficiente. Esa relativa falta de cuidado limitaba tanto el alcance como las opciones estratégicas de los grandes ejércitos helenísticos, pues la ocupación y el control del territorio conquistado era cada vez más una simple cuestión monetaria, y no de interés nacional, valentía o patriotismo por parte de los ciudadanos locales. Y todavía era menos de esperar una lealtad duradera a una idea o una persona.

Pero todavía fue más importante el crecimiento incontrolable de la propia falange cuando la longitud de las pesadas picas se acercó a seis o más metros –la fascinante pesadilla de un estratega de salón–. Sin

embargo, la tradición de la sinfonía de los jinetes al mando de Alejandro se descuidó justo en la época en que aquella engorrosa infantería macedónica requería una integración aún mayor, y sus flancos más, y no menos, protección por parte de la caballería.

Los elefantes y la caballería mercenaria no eran la respuesta adecuada, aunque los generales sucesores intentaron de manera simplista ponerse a la altura del genio perdido de Alejandro con recursos humanos comprados y mediante la fuerza bruta de las armas. Aquel poder creciente pero sin gracia hizo, sencillamente, a la falange más vulnerable que nunca: «La formación macedonia», escribía Polibio, «es a veces poco útil, y en otras ocasiones no sirve para nada, pues sus integrantes son incapaces de operar en unidades menores o por cuenta propia, mientras que la formación romana está especialmente bien rematada».

Génesis de los legionarios

La cohesión de la práctica romana de la guerra contrastaba, pues, fuertemente con el caos del estilo militar helenístico. En el plano táctico, los romanos, que habían mantenido durante siglos una actitud provinciana en la península Itálica, asimilaron la antigua falange de los etruscos, institución que éstos habían tomado a su vez de los griegos. En realidad, Roma conservó a lo largo de su historia posterior cierta fascinación por la falange, y a veces, en situaciones de apuro, concentraba sus legiones bucando la máxima fuerza de acometida por parte de unas columnas adensadas. Pero lo que otorgó una capacidad letal novedosa a la infantería romana fueron la movilidad y la fluidez, y no la fuerza desnuda, además de la espada corta y no la pica. Comparando la legión con la falange, Polibio llegó a esta sencilla conclusión: «El legionario romano se adapta a cualquier lugar en todo momento y con cualquier finalidad».

Es difícil hablar con sentido del «ejército romano». Al fin y al cabo, la organización militar romana evolucionó constantemente a lo largo de casi un milenio, desde un instrumento de gobierno republicano, en el siglo IV a.C., hasta el imperialismo autoritario de ocho siglos más tarde; y desde un núcleo de pequeños propietarios itálicos hasta un contingente de profesionales a sueldo extraídos de todo el Mediterráneo. La génesis de la legión se produjo, no obstante, en Italia durante los siglos IV y III a.C. Las limitaciones de la falange romana fueron cada vez más patentes a medida que Roma se expandía lentamente por toda la península italiana y se encontraba con la necesidad de adaptar sus fuerzas a una amplia diversidad de ejércitos diferentes en el norte, este y sur.

Como ejemplo del alcance de las campañas romanas y de las variadas experiencias de sus legionarios, Livio expone el caso, citado a menudo, del soldado ciudadano romano Espurio Ligustino. En sus treinta y dos años de carrera en el ejército (200-168 a.C.), aquel recluta quincuagenario, padre de ocho hijos, luchó contra las falanges macedónicas en Grecia, batalló en España, regresó a Grecia para combatir contra los etolios, luego volvió a servir en Italia y a continuación marchó de nuevo a España. «A lo largo de unos pocos años», afirmaba Espurio en el relato altamente retórico de Livio, «fui cuatro veces centurión mayor. Mis comandantes me elogiaron por mi valor en treinta y cuatro ocasiones y recibí seis coronas cívicas (por haber salvado la vida de un compañero de armas)».

La formación en columna de la falange romana fue desglosada gradualmente en unidades tácticas menores denominadas manípulos («manojos»). En sintonía con esta nueva iniciativa para conseguir rapidez y fluidez, la infantería romana abandonó la lanza y el escudo redondo de gran tamaño en favor del *scutum* curvado y rectangular y de la espada corta y de doble filo para asestar estocadas *(gladius)* –«excelente para estoquear, pues corta eficazmente con sus dos bordes, ya que la hoja es muy fuerte y firme», decía Polibio–. En el siglo II a.C., cuando los romanos se encontraron con los griegos helenísticos, una legión de hombres como Espurio estaba compuesta por unos 4.200 soldados de infantería y 300 de caballería divididos en tres líneas sucesivas de diez manípulos, cada uno de los cuales estaba separado de su homólogo por la anchura aproximada de su propia formación. Así, los diez manípulos independientes de cada línea disponían de espacio suficiente a ambos lados, así como por delante y por detrás –al menos antes de chocar contra el enemigo–. En lo que respecta a la organización, la infantería romana se integraba en la legión por «centurias», grupos de alrededor de sesenta o setenta campesinos italianos dirigidos por un centurión cualificado. Dos centurias luchaban juntas en un manípulo agrupadas una detrás de la otra. En el orden de batalla romano convencional *(triplex acies)* debemos imaginarnos tres líneas sucesivas de apretados rectángulos de infantería formando un escaque *(quincux)* de entre kilómetro y medio y tres kilómetros, en el que cada manípulo se situaba en el hueco de la línea precedente.

Tras las escaramuzas iniciales entre infantería y caballería ligera *(velites)*, la primera línea de diez manípulos, los llamados *hastati* (con una denominación anacrónica que significaba «lanceros») se acercaban hasta unos cuarenta y cinco o noventa metros del enemigo, y a continuación corrían y arrojaban sus jabalinas desde unos veintisiete metros de distancia. Los *hastati* marchaban tras sus proyectiles blandiendo la espada y el escudo y golpeaban con estrépito las atónitas líneas del enemigo, buscando bolsas de hombres caídos a quienes sus

pila acababan de herir o desarmar. La descarga inicial de *pila* llegadas por el aire provocaba aproximadamente el mismo terror que la colisión tradicional de las lanzas de los hoplitas, pero el *gladius* corto permitía a los legionarios, que no portaban picas, una capacidad de maniobra mucho mayor para introducirse en la formación enemiga con su espada y tajar las extremidades expuestas del adversario. En ese momento se adelantaba la segunda línea de soldados romanos armados de espada, los *principes* («guías»), que empujaban a los *hastati* en su avance a través de la línea contraria o –si el enemigo resultaba formidable– servían a modo de reserva aparte, como una segunda oleada, que golpeaba al adversario con una acometida reiterada de nuevas cuchilladas y estocadas cuando la agotada primera línea de *hastati* retrocedía introduciéndose por los huecos de sus propios manípulos en posición de avance.

La segunda línea, formada por los *principes* –los espadas más duros y expertos de la legión–, solía romper la cohesión del enemigo. Pero en caso de no ser así, la tercera y última hilera de manípulos, los *triarii* («terciarios»), aguardaba en retaguardia arrodillada, cubierta con sus escudos y con las lanzas tendidas. Estos diez manípulos, firmes como rocas, se mantenían en guardia, vigilando cualquier vacilación de las dos primeras líneas, y dieron origen a un dicho alarmante: «Las cosas han quedado en manos de los *triarii*». Si la legión se encontraba con verdaderos problemas, los desesperados manípulos de *hastati* y *principes* derrotados y abatidos podían retroceder por separado, infiltrándose a través de los rectángulos protectores de los *triarii* hasta llegar al campamento, rodeado por una empalizada –«lugar de descanso para el vencedor y de refugio para el vencido»–. Sin embargo, dada la frecuencia del éxito de los legionarios romanos, era más frecuente que los *triarii* avanzasen también con cautela en medio de la exaltación de la victoria y asestasen el golpe de gracia a cualquier rezagado en el campo de batalla o a las formaciones que se derrumbaban, momento en que el enemigo «veía con el máximo terror cómo se alzaba de pronto una nueva línea con un número creciente de soldados». Los flancos estaban cubiertos, al igual que en la falange, por caballería auxiliar y aliados que portaban armas ligeras.

Un ejército para todas las estaciones

Como es obvio, la clave del temprano éxito de la legión consistió en la coordinación y la capacidad de adaptación permitidas por las reservas y por la mera diversidad de las fuerzas. Las *pila* concedían a la infantería romana un alcance ofensivo desconocido por la falange, pues su lluvia mortal de jabalinas superaba en potencia mortífera a los pro-

yectiles de las hondas o las flechas de los arqueros. Una vez dentro de la masa desconcertada del enemigo, el *gladius* podía acabar deprisa con los integrantes de una falange, y el gran *scutum* ovoide resultaba práctico para empujar al estilo de esta formación cuando los manípulos –una vez apiñados para la acometida– necesitaban potencia de arremetida para quebrar la sólida línea del enemigo. Los lanceros de la retaguardia impedían que se vinieran abajo. En caso de mecesidad podían arrollar a unos adversarios confusos y desorganizados.

En el plano táctico, el tiempo y el espacio estaban bien controlados por los suboficiales, militares de profesión y formación que podían coordinar las oleadas de sus tres líneas de asalto disponiendo los treinta manípulos de cada legión para conseguir mayor densidad o flexibilidad en las líneas, según lo requiriese la situación. Además, aquel gran número de unidades menores y móviles permitía una verdadera articulación. Al mantener la acción en el centro, los ataques por los flancos, las retiradas y las maniobras envolventes eran otras tantas opciones tácticas. En último extremo, todos los manípulos de una legión podían fusionarse en sentido horizontal y sus líneas unirse también en vertical; en ese caso, la legión formaba, por así decirlo, una enorme falange para lograr mayor fuerza de acometida gracias a la acumulación y empuje de los escudos. Los terrenos planos y sin accidentes no eran tan absolutamente cruciales para la cohesión de la legión como para la falange, pues los manípulos podían abrir distancia entre ellos con igual facilidad a fin de avanzar eludiendo obstáculos. De hecho, los suelos abruptos, que constituían un posible estorbo para una columna enemiga más torpe, solían considerarse oportunos. En consecuencia, la gran variedad del armamento y de las posibles formaciones romanas facilitaba una respuesta rápida a los desafíos tácticos de casi cualquier enemigo armado.

Sólo dos medios resultaban perniciosos para la legión romana. En primer lugar, no debía caer, bajo ninguna circunstancia, en un terreno estrecho y plano donde pudiera quedar atrapada –como ocurrió en Cannas el 216 a.C.– y aplastada en un movimiento de tenaza del enemigo por los flancos. En esos valles y gargantas naturales o artificiales los manípulos no tenían la posibilidad de fluir con independencia, sino que tendían a apiñarse. Y al carecer de margen por los lados, los legionarios individuales perdían su espacio abierto y la fundamental capacidad de utilizar sus espadas con ventaja y, en cambio, eran encauzados en masa, como miembros debilitados de una falange, hacia las columnas de lanceros enemigos más pesados, mientras los demás aguardaban en formación, por así decirlo, incapaces de impedir la predecible aniquilación de su vanguardia.

Igualmente fatal era la situación casi contraria: unas planicies abiertas inacabables y sin árboles. En ese caso, al no contar con una au-

téntica caballería pesada y disponer sólo de unos jinetes ligeros y poco fiables, las legiones romanas podían acabar tragadas por la mera amplitud del terreno, hostigadas y acosadas interminablemente por nómadas y arqueros montados que no podían ser presa, y mucho menos blanco, de los manípulos. En esas condiciones –un buen ejemplo de ello es el de Craso en Carras (53 a.C.)–, la aniquilación mediante el lanzamiento inacabable de proyectiles era más lenta que la pulverización frente a una columna de hombres, pero no menos ineluctable.

La legión representaba, pues, la culminación perfecta de las destrezas militares existentes en Occidente. Inspirándose en una anterior tradición griega de combate consistente en causar conmoción y provocar un enfrentamiento decisivo, unida al legado macedonio de integración y diversidad de las fuerzas, los romanos lograron, con su sentido práctico, un maravilloso equilibrio entre potencia y elegancia. Ayudados por su organización gubernamental, inigualada y compleja, y por el capital de una economía de mercado en expansión, los romanos dotaron al legionario con una rica infraestructura bélica –carreteras, campamentos, hospitales, armas y armadura, servicios de apoyo, pensiones, salarios, cuerpo médico y oficiales–, organizando así la conducción de la guerra como una enorme empresa burocrática, planeando sus legiones de tal modo que, si surgía la necesidad, pudieran hacer frente a desafíos planteados lejos de las fronteras de Italia. El hecho de que su creación perviviera durante medio milenio atestigua la visión e imaginación de la última generación de la República romana.

III. LA PRÁCTICA ROMANA DE LA GUERRA

Victor Davis Hanson

Por más increíble que parezca, en el siglo III a.C. Roma se expandió simultáneamente hacia el este, contra griegos y macedonios, y hacia el oeste y el sur, contra Cartago, la gran potencia comercial y militar desarrollada en el actual Túnez a partir de una colonia fenicia. Las tres Guerras Púnicas (264-241 a.C., por Sicilia; 218-201 a.C., por Italia y España; y 149-146 a.C., por la propia Cartago) fueron una lucha por el Mediterráneo central que culminó con la desgraciada destrucción de Cartago. La superior organización e infraestructura militar de Roma demostró reiteradamente a lo largo de esos conflictos que –mientras lucharan en Italia o en sus proximidades– los pequeños terratenientes que formaban las legiones podían sobreponerse a un liderazgo o una táctica de mala calidad ganando guerras, aunque perdieran batallas importantes.

La aparición de un ejército mediterráneo

Sin embargo, a finales del siglo II y principios del I a.C., el ejército romano se enfrentó a un dilema: la expansión ultramarina estaba superando la capacidad militar tradicional. Las luchas casi constantes en el norte y el oeste contra las tribus germánicas (los cimbrios y los ambrones, 113-102 a.C.), en el sur contra el africano Yugurta en Numidia (112-106 a.C.), y en el este contra Mitrídates, en la región del mar Negro (96-82), exigían una reestructuración de las legiones republicanas o el cese total de esa clase de intervenciones. Las campañas romanas solían abarcar en ese momento el conjunto del Mediterráneo y prolongarse a lo largo de todo el año, dejando a los legionarios pocas posibilidades de regresar a su hogar y sus campos tras una serie de

batallas estivales. Guarnicionar con soldados murallas, fuertes, puertos y fronteras requería unas tropas permanentes y profesionales, capaces de dominar destrezas que iban más allá del mero combate en el campo de batalla, como la construcción, el asedio y las tareas de policía local. El historiador Tácito comentaba más tarde, refiriéndose a la actividad de los legionarios en la frontera alemana a comienzos del siglo I d.C.: «Se quejaban de la dificultad del trabajo, y sobre todo de tener que construir taludes, excavar fosos, recoger leña y combustible para el fuego y realizar otras tareas de campamento necesarias o inventadas para mantener a los hombres ocupados».

A menudo se apelaba a las legiones para crear auténticas infraestructuras en las regiones a partir prácticamente de nada. Un historiador romano anónimo del siglo IV d.C. observaba, refiriéndose a su actividad posterior como tropas de guarnición permanente en Egipto: «Todavía se pueden ver en muchísimas partes de las ciudades egipcias obras públicas del emperador Probo [276-282 d.C.], construidas por él con mano de obra militar... Probo levantó puentes, templos, pórticos y basílicas, todo con el trabajo de los soldados, y dragó muchas desembocaduras de ríos, secó un gran número de pantanos y los convirtió en tierras aptas para el cultivo». Si los soldados romanos tenían que ejercer las funciones combinadas de homicidas profesionales, obreros de la construcción y fuerzas de ocupación, necesitaban una formación y una organización muy superiores. En resumen, a finales del periodo republicano, la tradición secular por la que unos pequeños terratenientes romanos organizados por regiones y dirigidos por oficiales locales aportaban sus propias armas y armaduras se había vuelto completamente inadecuada. Los pequeños propietarios nativos sufrieron enormemente en los siglos III y II a.C., durante las largas ausencias militares de sus granjas, y, sin embargo, las continuas anexiones realizadas por Roma en ultramar –fruto de los esfuerzos de los propios legionarios– produjeron una importación masiva a Italia de capitales no prediales, como esclavos, dinero en efectivo, alimentos y artículos de lujo. Estos botines solían otorgarse a las élites romanas senatoriales y ecuestres, que gozaban ya de una posición acomodada, personas que invertían sus beneficios crecientemente en fincas más extensas, más especializadas y de carácter a menudo absentista: prestigiosas fincas italianas trabajadas en esos momentos por cuadrillas de esclavos y gestionadas por administradores.

En esta relación circular de causa y efecto, el auge de la agricultura empresarial *(latifundia)*, financiada por capital extranjero expropiado, provocó una despoblación gradual del campo italiano –la auténtica cantera de reclutamiento del viejo ejército romano, cuyos recursos humanos habían garantizado en un primer momento el lucro producido por las colonias–. Apiano, historiador romano del siglo II d.C.,

ofreció un retrato retórico pero certero de la problemática situación en que se encontraba la República tardía. Los ricos, afirmaba,

> se estaban apoderando de la mayor parte de las tierras no distribuidas. Como el paso del tiempo les había envalentonado, haciéndoles creer que nunca serían desposeídos tras absorber todas las franjas adyacentes de terreno y los lotes asignados a sus vecinos pobres, en parte mediante compra realizada con métodos de persuasión, y en parte por la fuerza, acabaron cultivando extensas superficies, en vez de fincas aisladas, utilizando esclavos como trabajadores y pastores, por si los campesinos libres eran reclutados para servir en el ejército. Al mismo tiempo, la propiedad de esclavos les aportaba grandes ganancias debido a sus numerosos descendientes, los cuales se multiplicaban, a su vez, al hallarse exentos del servicio militar. Así, algunos hombres poderosos acabaron siendo extremadamente ricos, y el grupo de la mano de obra esclava creció en todo el país, mientras el pueblo italiano menguaba en número y fuerza al verse oprimido por la pobreza, los impuestos y el servicio militar. Y si algún pequeño agricultor no se veía afectado por el agobio de esos males, pasaba su tiempo en la ociosidad, pues la tierra se hallaba en manos de los ricos, que empleaban como agricultores a esclavos en vez de a hombres libres.

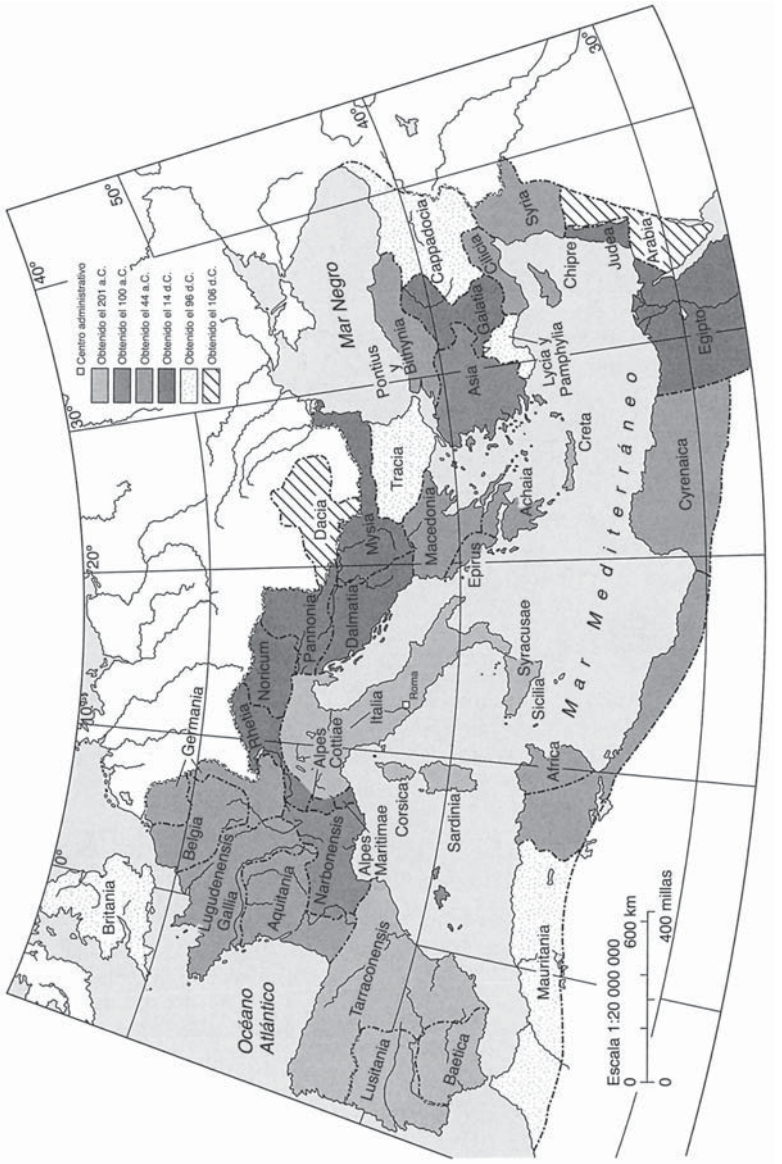
Esta paradoja se parecía hasta cierto punto a la que afectó a las ciudades-Estado griegas en su madurez en el siglo IV a.C., cuando su preponderancia en el Mediterráneo dejó al descubierto las limitaciones de la idea convencional griega de limitar la ciudadanía a sus campesinos locales y organizar la guerra recurriendo únicamente a una infantería dominante formada por pequeños terratenientes. Es verdad que el paso a una legión profesional y una nación cosmopolita de pueblos asimilados era un requisito previo para la compleja gestión económica y militar del imperialismo romano; pero también presagiaba, como era de prever, el fin del antiguo Estado aislado, manantial del que brotaba toda la tradición militar y cívica de Roma. Y en un sentido aún más amplio, este atolladero sociomilitar ha afectado desde entonces a Occidente en repetidas ocasiones: el éxito de unos ejércitos dinámicos en el extranjero cuestiona –y a veces socava– las premisas ideológicas y políticas del orden social establecido dentro de la patria.

La transición definitiva del soldado de infantería pequeño propietario al legionario profesional en el ejército romano aparece bien ilustrada en la carrera del general romano Gayo Mario (157-86 a.C.). Durante la persecución de Yugurta (107-105 a.C.) en el norte de África, Mario pasó, al parecer, por alto la condición de propietario requerida para servir en la infantería romana, y, en busca de más recursos humanos, equipó sus legiones a expensas del Estado. También normalizó

gradualmente un servicio de dieciséis años, en vez de un periodo indefinido. A partir de entonces, el reclutamiento de ciudadanos romanos se disociaría en gran parte del rango social o la fortuna, como en el ejército helenístico. Ello garantizaba una reserva mucho más amplia de posibles soldados, un ejército que podía recurrir exclusivamente al «gobierno» tanto para su manutención como para su retiro. En consecuencia, los legionarios profesionales no sólo no desdeñaban, sino que agradecían manifiestamente «trabajar» de forma continuada en ultramar en las legiones. Según comentaba Vegecio, los reclutas sólo necesitaban ya «una vista aguda, una cabeza erguida, pecho amplio, espaldas musculosas, brazos fuertes, dedos largos, vientre escaso, trasero fino y pantorrillas robustas y nada grasientas».

Pero, al acabar con la tradición de las milicias romanas de voluntarios, Mario sentó también un peligroso precedente. Los ejércitos profesionales –según atestiguan los siglos siguientes– podían trasladar su lealtad «estatal» al general concreto que los dirigía, les distribuía la paga, les proporcionaba los pertrechos, les permitía saquear y (sobre todo) les prometía prestaciones al licenciarse. La desmovilización en tiempo de paz dejó pronto de significar para las crecientes hordas de romanos una vuelta a las labores del campo y supuso, en cambio, la inactividad total y el espectro del paro urbano, así como un empobrecimiento seguro. En vez de un origen rural compartido, por no hablar del convencimiento de estar protegiendo el territorio de Italia, el lazo común que vinculaba a los legionarios fue simplemente la propia profesión –y los deseos concomitantes más viles de dinero, gloria y aventura–. En fechas posteriores, el emperador Alejandro Severo (222-235 d.C.) resumió supuestamente la ideología del legionario con estas palabras: «No hay que temer a los soldados mientras estén adecuadamente vestidos y bien armados y tengan un par de botas sólidas, la tripa llena y algo de dinero en la faltriquera».

Para hacer frente a los nuevos retos militares en diversos terrenos y medios locales, Mario comenzó a aplicar, asimismo, una serie de reformas logísticas y tácticas necesarias desde hacía tiempo (en sentido estrictamente militar). Las cohortes (formadas habitualmente por unos 480 hombres, tres veces más numerosas que los manípulos, compuestos por unos 160) evolucionaron poco a poco hasta convertirse en la unidad táctica fundamental de la legión, que a partir de ese momento pasaría a definirse, por tanto, en general como una agrupación de 4.800 soldados. En el pasado, la cohorte no había sido mucho más que una organización administrativa vagamente definida, formada por tres manípulos distintos tomados cada uno de las tres líneas de la *triplex acies*. Sin embargo, tras las reformas de Mario, cada una de las cohortes se convirtió en cierto sentido en una minilegión por derecho propio, una auténtica formación de combate y no un mero epí-



Mapa 2. Dada la flexibilidad y organización de las legiones y la naturaleza dinámica de las nuevas clases mercantiles romanas, Roma tuvo éxito en casi todos los teatros de operaciones durante los siglos II y I a.C. y en el I d.C. El dominio militar sobre regímenes más civilizados y antiguos del este y el sur estuvo acompañado en el oeste y el norte por la colonización y la explotación implacables de pueblos más bárbaros de una Europa en gran parte inexplorada.

grafe para el reclutamiento y la anotación de registros. Sus tres manípulos se fusionaron uno tras otro o lado a lado, luchando así como una sola masa: los antiguos *hastati* de la primera línea, los *principes* de la segunda y los *triarii* de la retaguardia cedieron cada uno un manípulo para integrarse en la nueva cohorte. A su vez, las cohortes individuales, y no los manípulos, recompusieron en ese momento la nueva *triplex acies* de a cuatro en frente, tres en medio y otras tres detrás.

Con esta cohorte de reciente construcción, los diez segmentos tácticos (en vez de los treinta anteriores) fueron a la vez más poderosos y más versátiles. Eran más capaces de concentrarse en puntos concretos de la línea enemiga. La reforma legionaria garantizó mayor flexibilidad, por lo que los generales romanos no tuvieron que atenerse necesariamente a la triple serie estándar (y predecible) de acometida en toda la legión, sino que podían diversificar su ataque dirigiendo las cohortes hacia los flancos y la retaguardia, donde podían actuar cargando por fases de manera autónoma. Y los comandantes legionarios podían sentirse a partir de ese momento mucho más seguros de que esos cuerpos de actuación independiente no quedarían aislados ni se verían arrollados de golpe, como ocurría con los antiguos manípulos, de dimensiones más reducidas.

En sintonía con esta creciente complejidad militar, Mario intentó normalizar las nuevas legiones profesionales en todos los sentidos. Los hombres (apodados ahora «mulas de Mario») tenían que transportar sus propios pertrechos y armas. Como habían hecho más de dos siglos antes los miembros de la falange macedónica de Filipo, los legionarios realizaban marchas diarias de varios kilómetros sin depender de un apoyo auxiliar en alimentos y bagajes. Un dato todavía más importante fue que los merodeadores (los *velites*: los romanos escasamente armados, con un surtido variopinto de armamento ligero) recibieron un equipo normalizado y quedaron incorporados al sistema normal de la legión; en adelante, y en caso de que fuera necesaria, cualquier tropa de infantería ligera o provista de armas arrojadizas debería estar compuesta exclusivamente por aliados. En esta evolución hacia la cohesión y la uniformidad, los *triarii* de la tercera línea abandonaron su *hasta* (lanza) y recibieron la espada *(gladius)* y la jabalina *(pilum)* normales. Esta última arma adquirió una eficacia militar creciente cuando Mario hizo sustituir por un pasador de madera uno de los remaches que unían la punta de hierro al astil. Ahora, una vez que había dado en el suelo o en su blanco, la jabalina se rompía, sin más, o resultaba inutilizable, impidiendo así a las tropas enemigas tomarla y volver a lanzarla contra el adversario. El historiador del siglo I d.C. Valerio Máximo atribuye a Mario la introducción de métodos uniformes para el manejo de las armas y su técnica:

> Ningún general lo había hecho antes de él, pero Mario convocó a los maestros de los gladiadores de la escuela de Gayo Aurelio Escauro y enseñó a nuestras legiones un método más preciso de parar y asestar golpes. En consecuencia, consiguió una combinación de valor y destreza que se reforzaban mutuamente: el valor complementaba la destreza con todo su celo; y la destreza enseñaba al valor a protegerse.

En un gesto de carácter más simbólico, pero emblemático de la transformación general introducida en el ejército romano, Mario restableció los guiones legionarios dando siempre primacía al águila marcial *(aquila)* y aboliendo los viejos estandartes agrarios del lobo, el caballo, el oso y el minotauro –confirmando, en otras palabras, la naturaleza más mercenaria que agrícola de las nuevas legiones.

El auge de los ejércitos contratados

Sila, oficial de baja graduación a las órdenes de Mario en la guerra contra Yugurta, se unió a su antiguo mentor (e implacable rival en ese momento) para poner fin a la llamada Guerra Social (90-89 a.C.) contra los Estados italianos aliados de Roma (los *socii*), que obtuvieron entonces derechos formales de ciudadanía e igualdad de oportunidades para ingresar en el ejército de Roma. El prestigio de aquella afortunada campaña y la práctica creciente de asignar las nuevas legiones profesionales a un general con mando en el extranjero proporcionaron a Sila una enorme influencia y un ejército de miles de hombres leales no al Senado, sino a su persona. Desde el año 88 a.C. hasta su muerte, ocurrida el 78 a.C., Sila devastó sistemáticamente una gran parte de Grecia y Asia Menor y marchó con seis legiones sobre la propia Roma con el fin de acabar con la oposición popular interna contra los intereses tradicionales de la aristocracia.

En consecuencia, gracias tanto a Mario como a Sila, el ejército romano se había profesionalizado por completo durante la década de los setenta del siglo I a.C., y al mismo tiempo se había integrado firmemente en la política nacional. Esta peligrosa combinación se mantendría casi sin cambios durante los 500 años siguientes. Las ventajas y los predecibles inconvenientes de aquella transformación salieron a la luz en una serie de desafíos ulteriores planteados al gobierno de Roma por legiones rebeldes a las órdenes de Sertorio en España (80-72 a.C.). Los levantamientos de esclavos dirigidos por Espartaco (73-71 a.C.) y las actividades de piratas independientes (67 a.C.) exigieron medidas extraordinarias, al igual que los renovados ataques lanzados por Mitrídates en Asia (74-63 a.C.) y la conquista final de las Galias (58-51 a.C.).

En cada uno de esos teatros de operaciones, la destreza militar romana –en esencia, la profesionalidad y el adiestramiento de las legiones– se impuso a la superioridad numérica, la astucia táctica y un cúmulo de terrenos difíciles. Sólo la desafortunada e incauta maniobra de Craso contra los partos concluyó en desastre en la batalla de Carras (53 a.C.) –una catástrofe que no se repitió hasta la masacre de las legiones de Varo en los bosques de Germania (9 d.C.).

En las luchas casi constantes del siglo I a.C., el resultado fue casi siempre el mismo, tanto si los soldados romanos combatían contra gladiadores profesionales como si lo hacían contra legionarios rebeldes, marinos mercenarios, guerreros de legiones orientales o combatientes irregulares de tribus del norte de Europa: la victoria final en el campo de batalla, la matanza de los combatientes enemigos y la eliminación absoluta de los adversarios, a pesar de sus dotes. Sin embargo, paradójicamente, el prestigio y los saqueos obtenidos por la destreza y la constancia de los soldados romanos en esa década no enriquecieron al gobierno republicano, y mucho menos al legionario individual. En cambio, generales como Metelo, Lúculo, Pompeyo, Julio César y Craso aprovecharon su mando en provincias para apoderarse de capitales del Estado, con los cuales financiaron sus ejércitos privados, cada vez más numerosos, garantizando así la ulterior consolidación de su poder personal.

El relativo éxito de cada uno de esos grandes personajes dependía únicamente de su propio grado de sagacidad militar y su relativa audacia para subvertir por completo cualquier vestigio de idea republicana de servicio público que supusiera una traba para el mando militar y la apropiación de capital extranjero. Así, tres siglos de constante progreso militar romano culminaron en el siglo I a.C. en un aparato militar que aplastó la oposición tanto externa como interna. Tras haber engullido la mayor parte de los territorios del Mediterráneo, las legiones procedieron a devorar la propia constitución que las había engendrado.

Las dos décadas posteriores al cruce del Rubicón por César el 49 a.C. vieron cómo las legiones se enfrentaban unas a otras en una lucha casi continua. Es difícil detectar una superioridad militar cualitativa en los ejércitos respectivos de César, Pompeyo y sus sucesores, aunque los veteranos de las duras campañas de César en las Galias (58-51 a.C.) demostraron ser, quizá, los más experimentados (por no decir los más briosos). Su cuerpo de oficiales de Estado Mayor y sus legionarios endurecidos en el combate contribuyeron poderosamente a la serie de victorias de infantería en las batallas de Farsalia, en Grecia (48 a.C., sobre Pompeyo); de Zela, en Anatolia (lugar del famoso dicho de César: «Vine, vi y vencí», en el 47 a.C., cuando se impuso a Farnaces, hijo de Mitrídates); de Tapso, en Túnez (46 a.C., sobre los

generales que habían seguido a Pompeyo, muerto para entonces); y de Munda (45 a.C., en España, donde destruyó la última resistencia de los pompeyanos). Sin embargo, la victoria de César fue sólo temporal: tras el asesinato del dictador el 44 a.C., la matanza prosiguió en una nueva serie de combates entre la siguiente generación de descendientes de Pompeyo y el heredero de César y vencedor final, Octaviano, quien el 27 a.C. adoptó el título de César Augusto, primer emperador romano.

El éxito militar en las guerras civiles se basaba habitualmente en la logística, el reclutamiento y la propaganda política, dependiendo, pues, en última instancia del control de unas mayores reservas de capital. En este sentido, Octaviano constató, más que ningún otro usurpador del poder en su época, la importancia del factor psicológico y el valor de defender en Italia los valores romanos tradicionales (perdidos en su mayoría), en un intento por retratar a sus adversarios como enemigos del orden romano y colaboradores rufianescos de soberanos extranjeros que intentaban socavar el Estado italiano. El resultado fue que, al final, la aristocracia romana y, en especial, las personas con intereses comerciales recientemente enriquecidas acogieron con los brazos abiertos el sólido pragmatismo de Octaviano y le dieron, por tanto, su apoyo. Sus partidarios vieron acertadamente que, entre todo el confuso panteón de aspirantes a tirano, Octaviano era el más afortunado y el más resuelto en su empeño por consolidar un apoyo económico, reclutar ejércitos y poner fin a los últimos vestigios de republicanismo.

La burocracia de la guerra

Al acceder al poder imperial, el recién proclamado Augusto se vio acosado por un cúmulo de problemas militares que iban más allá de las matanzas y el agotamiento financiero causado por dos décadas de guerra. El díscolo ejército romano necesitaba ser reagrupado bajo un mando central y pagado con regularidad con fondos del Estado. Pero a lo largo del siglo anterior los generales habían descubierto que someter al gobierno su mando en la legión representaba el fin de sus ambiciones, y a menudo el exilio o la proscripción. Por tanto, mediante una serie de complejas maniobras legislativas, Augusto otorgó nominalmente el poder a un Senado de reciente constitución y elegido a dedo, del que recibió a cambio consulados, poder tribunicio y mando en las provincias. A partir de ese momento, las legiones juraron fidelidad personal al propio Augusto, expresando así una aparente lealtad al Estado romano. De ese modo, el problema político-militar amainó, pero nunca se resolvió realmente: en el futuro, nuevos bucaneros se-

guirían abriéndose camino hacia Roma recurriendo a la guerra, obtendrían «autorización» gubernamental y, a continuación, meterían sus manos en las arcas del Estado para pagar el apoyo de sus soldados, ratificado mediante los juramentos personales de los legionarios de tropa.

El historiador Dión Casio (*ca.* 230 d.C.) describió el desarrollo definitivo y lógico de aquel nuevo sistema. A la muerte del emperador Pértinax, el 193 d.C.,

> ocurrió un suceso sumamente desgraciado e indigno de Roma. En efecto, la ciudad y la totalidad del imperio se subastaron, como si se hubieran llevado a un mercado o a una almoneda. Los vendedores fueron quienes habían asesinado al emperador; y los aspirantes a comprarlo, Sulpiciano y Juliano, que aumentaron gradualmente su puja hasta 20.000 sextercios por soldado... Sulpiciano habría sido el primero en ofrecer esa cifra, de no haber sido porque Juliano aumentó su postura no ya en una cantidad pequeña, sino en 5.000 sextercios de una tacada, gritándola en voz alta e indicando además la cuantía con los dedos. Así, los soldados, fascinados por la extravagante oferta y temiendo al mismo tiempo que Sulpiciano pudiera vengar a Pértinax –idea que Juliano les metió en la cabeza–, recibieron a Juliano y lo declararon emperador.

El coste exorbitante de sobornar a las legiones, continúa Dión Casio, significaba que «era imposible abonarles toda su paga, además de los donativos que estaban recibiendo; pero también lo era no abonársela».

Bajo Augusto, los enormes recursos del principado romano y su sistema siempre magistral de administración judicial y civil garantizaron la recuperación rápida de una presencia militar arrolladora tras la devastación de las guerras civiles. En los dos siglos siguientes, el ejército desplegó entre veinticinco y treinta legiones, de 125.000 a 150.000 legionarios, en servicio constante de guarnición en las provincias, con el apoyo, probablemente, de otros 350.000-375.000 soldados de caballería, tropas ligeras y combatientes irregulares de infantería, lo que sumaba un total aproximado de medio millón de soldados en armas y pagados que, de Escocia a Siria, vestían idéntico uniforme, marchaban de la misma manera y defendían murallas similares.

Esto impuso, sin embargo, al enorme ejército imperial romano una función nueva, difícil y ambigua, lo cual constituyó un problema completamente distinto de la tendencia de las legiones a inmiscuirse en política. La expansión se detuvo en el norte a orillas del Rin y el Danubio, en el este con la anexión de Judea (6 d.C.) y los acuerdos con Partia, y en el oeste con la pacificación de España y las Galias y una

incómoda presencia en Britania. La incorporación formal de Egipto como provincia imperial aseguró la costa septentrional de África. En consecuencia, las legiones, sobre todo en el este, dejaron de ser las agresivas unidades guerreras de los tres siglos anteriores para convertirse en una enorme –y costosísima– fuerza de policía. En Antioquía, por ejemplo, el retórico romano Frontón se quejaba de que los legionarios «dedicaban su tiempo a aplaudir a actores y se hallaban más a menudo en la taberna más cercana que en sus unidades. Los caballos tenían las crines greñudas de puro abandono, pero sus jinetes se depilaban de arriba abajo; era raro ver a un soldado con pelos en los brazos o las piernas». La inevitable entropía que se imponía cuando la tropa vivía acuartelada en vez de hallarse en marcha minaba la moral, pues los legionarios, servidos a menudo por auxiliares numerosos pero extraoficiales, se entrometían en la administración local y practicaban a menudo la extorsión. En cierta ocasión, refiriéndose a este problema, Adriano se limitó a deducir, según se cuenta, que «la inactividad es fatal». Y, a veces, las cartas enviadas por los soldados del imperio reflejaban más los aspectos sociales del servicio militar romano en las provincias que los relacionados con la guerra:

> Juliano Apolinario a su padre Sabeno, 26 de marzo [107 a.C.]: Las cosas me van bien por aquí, gracias a Serapis. Llevo una vida muy segura, y aunque otros se pasan el día recogiendo piedras y ocupados en otras tareas, yo, de momento, no he sufrido nada de eso. He pedido al gobernador Claudio Severo que me nombre empleado de su equipo de gobierno.

Las legiones en la frontera

Dadas las enormes dimensiones del imperio, no tardó en imponerse el regionalismo: el ejército profesional romano era multicultural en conjunto, pero cada vez fueron más las legiones provinciales que podían no llegar a ver nunca Italia ni ninguna otra zona del imperio. Las legiones reclutaban a sus hombres y oficiales entre los residentes locales y buscaban la estabilidad dentro de su ámbito inmediato. Esta práctica explica por qué más tarde las insurrecciones revolucionarias solían originarse en la frontera, y por qué los romanos fueron reacios durante siglos a crear una gran reserva centralizada que pudiese dirigir la totalidad de los recursos del imperio contra un único punto candente.

No obstante, a pesar de la creciente burocratización de la rutina diaria en las guarniciones y de la politización del ejército, a pesar de la aterradora perspectiva de tener que matar a otros romanos sin previo aviso, y a pesar de la creciente obsesión por la paga y la jubilación,

la mayoría de las legiones siguieron combatiendo de algún modo espléndidamente en el campo de batalla durante los tres primeros siglos del imperio. Al hablar de la superioridad de los romanos en combate, Josefo, el historiador romano judío de comienzos del siglo I d.C., hizo esta famosa observación, citada con frecuencia:

> Si nos fijamos en el ejército romano, veremos que el imperio acabó en sus manos debido a su valor, y no como un don de la fortuna. En efecto, sus soldados no esperan al estallido de la guerra para practicar con las armas, y en tiempo de paz no se quedan ociosos, movilizándose sólo en época de necesidad, sino que parecen haber nacido con las armas en la mano; nunca interrumpen su instrucción ni esperan a que surjan situaciones de emergencia... No nos equivocaríamos si dijésemos que sus maniobras son como batallas incruentas, y sus batallas maniobras cruentas.

Casi cuatrocientos años más tarde, Vegecio, autor de un manual sobre instituciones militares romanas, consideraba todavía que el éxito bélico de Roma radicaba en esa clase de adiestramiento y organización: «La victoria se lograba no por la mera cantidad numérica y el valor innato, sino por la destreza y la instrucción. La conquista del mundo por el pueblo romano tuvo como única causa, según vemos, el entrenamiento militar, la disciplina en sus campamentos y la práctica de la guerra».

¿Cómo afrontaron aquellas fuerzas adiestradas los retos planteados en las inmensas fronteras romanas? ¿Cuál fue la estrategia defensiva del imperio y su política con los Estados y pueblos clientelares en la frontera o junto a ella durante los casi quinientos años de defensa romana hasta el siglo V d.C.? Algunos historiadores han considerado esa preparación constante contra ataques foráneos como una reacción excesiva: la mera sustitución de una estrategia militar refinada y flexible por hombres y materiales. Otros interpretan, incluso, el medio milenio de servicio fronterizo como una inmensa y engañosa «guerra fría» y piensan que la presencia de enormes ejércitos en la frontera no era otra cosa que el brazo explotador de la economía romana, el medio para extraer capital de los bárbaros extranjeros y llevarlo al imperio, justificando al mismo tiempo la creciente militarización de la sociedad latinizada.

Aunque es posible que no hubiera en ningún momento una «guerra fría» romana organizada por planificadores estratégicos, la amenaza de invasión era, no obstante, real, las medidas para la defensa del imperio intrincadas, y el despliegue de soldados y bases complejo. A partir de los últimos años del siglo I d.C., una serie de emperadores romanos fueron, sin duda, estrategas militares que se esforzaron cre-

ciente y realmente por imaginar un ámbito de civilización romana extenso pero estático, en cuyo seno todos poseerían la ciudadanía y se atendrían a los usos y prácticas de Roma. La estrategia de los emperadores de la dinastía Julio-Claudia (27 a.C.-68 d.C.) –consistente en conseguir reyes clientelares y llevar a cabo acciones ofensivas punitivas en territorio enemigo– dio paso, a partir de Vespasiano (69-79 d.C.), a una defensa más atrincherada, a unas medidas que evitaban la campañas expedicionarias y se caracterizaban más por las fortificaciones permanentes –murallas, campamentos y fuertes–. Y después de que Diocleciano (284-305 d.C.) implantara un programa de construcciones fronterizas, aparecieron por fin reservas de naturaleza más móvil. Bajo Constantino y sus sucesores, las comarcas fronterizas podían cederse y recuperarse a medida que adquiría progresivamente mayor sentido una defensa en profundidad, más que la fijación en una única línea –cada vez más costosa– trazada en la arena.

En resumen, a pesar de la intromisión de las legiones en la política romana y del inmenso territorio que debían cubrir, de los enormes impuestos que había que recaudar, de la creciente corrupción y desorden inherentes al mantenimiento de guarniciones militares permanentes, las legiones imperiales consiguieron preservar durante casi cinco siglos la tradición de disciplina rigurosa y sólida tecnología, tan característica de la superioridad grecorromana en el campo de batalla. Aunque para entonces utilizaba ya la lengua griega, el ejército del imperio romano oriental (o bizantino) seguía empleando todavía en el siglo VIII las voces de mando y las enseñas creadas casi mil años antes para controlar a las «mulas de Mario»; entretanto, en Occidente, el legado militar de Roma prevaleció ochocientos años más.

SEGUNDA PARTE

LA ERA DE LAS FORTIFICACIONES DE PIEDRA

IV. LAS MURALLAS ROMANAS

Bernard S. Bachrach

Desde el reinado del emperador Diocleciano (285-305 d.C.) hasta el descubrimiento de las armas de fuego en el siglo XIV, los aspectos esenciales de la organización, estrategia y táctica militar en Europa muestran una sorprendente continuidad. Este hecho refleja en parte el predominio duradero de la topografía militar romana –la infraestructura conservada de ciudades fortificadas, fortalezas, puertos y carreteras creada entre los siglos III y V–. Tras una gradual disolución del poder imperial en la mitad occidental del imperio durante el siglo V, los responsables de los asuntos militares en los Estados sucesores de Roma no tuvieron ni la tentación ni los recursos para eliminar las murallas romanas. Al igual que los emperadores romanos orientales, los soberanos romanogermánicos se diferenciaban poco de los emperadores de la Roma tardía en cuanto a los medios empleados para controlar y utilizar con eficacia aquel patrimonio. Esa continuidad es también un reflejo de la indiscutida superioridad de la antigua ciencia militar, que los responsables de las decisiones podían encontrar en libros como el *Compendio de asuntos militares* de Vegecio (véase p. 10), y los importantes contactos entre Occidente y Bizancio, que estimularon el intercambio de ideas y el estudio de las antiguas técnicas militares.

Primacía del asedio

La gran estrategia de la época romana tardía giró en torno a la conservación de los centros urbanos, sede de la administración, la organización religiosa, la manufactura y la población, que habían sido fortificados o reconstruidos tras las invasiones y las guerras civiles del siglo III. Aquella red de fortificaciones autónomas –el primer ejemplo

de una estrategia de defensa en profundidad en Occidente– estaba al servicio de dos objetivos. En primer lugar, que cada fortaleza albergara fuerzas de campaña móviles capaces de amenazar los movimientos y líneas de abastecimiento de un invasor. En segundo lugar, que si un enemigo decidía asediar una de las ciudades defendidas, ésta pudiera convertirse en un yunque contra el que el ejército principal de campaña aplastaría al invasor. La calidad de las fortificaciones romanas –y su ubicación estratégica– hacía muy difícil su captura. Se requerían grandes ejércitos bien pertrechados no sólo con máquinas de asedio, sino también con los medios para mantenerse mientras se hallaran desplegados durante meses en campamentos fijos.

La fracasada invasión de las Galias lanzada por Atila el 451 fue un excelente ejemplo del éxito de la estrategia romana de defensa en profundidad. Los hunos y sus aliados agotaron sus recursos a lo largo de varios meses atacando ciudades fortificadas y disfrutando de un éxito limitado a pesar de la ausencia de fuerzas romanas de socorro. Luego, mientras Atila sitiaba la ciudad de Orleans, el general romano Aecio se acercó con un ejército reclutado en gran parte en las Galias. Los hunos se retiraron perseguidos por los romanos. En Châlons, en el centro de las Galias, Atila decidió detenerse y luchar. El ejército de los hunos fue derrotado y se retiró sin haber obtenido ninguna conquista territorial y mucho más pobre que al comenzar la campaña, tanto en hombres como en objetos de valor.

Este sistema de asedio, liberación (la mayoría de los asedios fracasaba, al margen de si se presentaba o no una fuerza de socorro) y batalla o, más probablemente, retirada gradual de la fuerza sitiadora dominó la práctica occidental de la guerra durante un milenio. El asedio se convirtió, con ventaja, en la forma más común de enfrentamiento militar, y las técnicas y tácticas tanto de defensa como de ataque se difundieron ampliamente. Flavio Merobaudes, general romano del siglo V y autor de origen franco, señalaba que los visigodos habían aprendido mucho sobre la conducción de la guerra durante las dos generaciones siguientes a la salida de su patria, más allá del Danubio, el 376. Según Merobaudes, los «teutones», a quienes César había combatido, poseían sólo un «dominio tosco de la práctica bélica y carecían de experiencia en ese arte evolucionado», pero los visigodos no eran ya «una raza salida de una tierra bárbara». Eran «enemigos iguales [a los romanos] en la guerra» y habían adquirido la destreza de defender las ciudades fortificadas del Imperio romano y las ciudadelas de su interior. De hecho, afirmaba Merobaudes, habían aprendido también algunas cosas incluso sobre el arte de construir fortificaciones.

El aumento del tamaño del ejército imperial permitió a los emperadores romanos tardíos defender las imponentes fortificaciones de piedra que salpicaban el paisaje, mientras mantenían una reserva de tropas para

hacer frente a cualquier invasión importante. Durante el Bajo Imperio romano, el número de soldados en armas fue bastante mayor que en los días de Julio César y Augusto. El año 300 d.C., Diocleciano mandó un ejército regular que contaba con más de 435.000 hombres, y las fuerzas conjuntas de las divisiones orientales y occidentales alcanzaron un máximo probable de 645.000 en torno al 430. Además del personal militar «romano», los diversos grupos de germanos y demás colonos asentados dentro del Imperio occidental podían alistar, asímismo, numerosas fuerzas militares. Los visigodos, por ejemplo, instalados en Aquitania por el gobierno imperial, podían movilizar de 20.000 a 25.000 hombres; lo mismo puede decirse de los ostrogodos, que llegaron a dominar Italia bajo su rey Teodorico el Grande (que también prestó servicio como gobernador romano de la región); de los vándalos en el norte de África; y de varios gobernantes francos en las Galias, cuyas fuerzas conjuntas igualaban en efectivos a las de los visigodos. Los ejércitos en campaña eran también muy numerosos. El emperador Juliano, por ejemplo, encabezó un ejército de unos 65.000 hombres en la campaña persa del 357; Valente, en la batalla de Adrianópolis, librada el 378, mandó una fuerza de 30.000 a 40.000 hombres; y el ejército de Aecio en Châlons, reclutado en gran parte en las Galias, sumó entre 40.000 y 50.000 soldados.

Organizaciones militares de la Roma tardía

El Imperio romano tardío conoció dos importantes innovaciones en la organización militar. Mientras el ejército se integraba en las instituciones no militares de la sociedad, sobre todo bajo la forma de soldados rurales, pero también urbanos, la población civil se militarizó gradualmente. La «domesticación» de los militares se hallaba muy avanzada a finales del siglo IV, cuando el autor anónimo de la *Historia augusta* citó un edicto publicado por el emperador Alejandro Severo (222-235 d.C.):

> Las tierras tomadas al enemigo fueron ofrecidas a los dirigentes y soldados de las tropas auxiliares, disponiendo que seguirían perteneciéndoles sólo si sus herederos ingresaban en el servicio militar, y que nunca serían propiedad de civiles, pues él [el emperador] había dicho que los hombres sirven con mayor entusiasmo si defienden sus propias tierras... El emperador añadió, por supuesto, a aquellas tierras tanto animales como esclavos, de modo que los soldados pudieran cultivar lo que se les había dado.

Los soldados acabaron pareciendo campesinos; y los civiles, soldados: en una ley del 406, el emperador Honorio ordenaba a los «esclavos ofrecerse para participar en la guerra... Animamos, desde lue-

go, de manera especial a los esclavos pertenecientes a quienes forman parte del servicio armado imperial, y también a los pertenecientes a aliados y extranjeros libres, pues es evidente que estos esclavos guerrean junto con sus dueños».

Una generación más tarde se llamó a filas para la defensa local incluso a civiles sin contacto habitual con el ejército. El año 440 no se podía obligar a realizar servicio militar regular en el campo de batalla ni a los ciudadanos romanos ni a los miembros de gremios residentes en una ciudad. Sin embargo, el emperador Valentiniano ordenó que ni siquiera esos grupos relativamente privilegiados estuvieran exentos del servicio militar, y les mandó «defender las murallas y puertas de la ciudad cuando lo exigiese la necesidad». La práctica tradicional de la conscripción obligatoria había cesado ya para entonces en la mitad occidental del Imperio romano –probablemente porque se podían reclutar fuerzas suficientes con carácter voluntario–. Incluso en la mitad oriental del Imperio, los ejércitos estaban integrados por voluntarios alistados para operaciones de campaña específicas, los séquitos armados de los generales, y extranjeros reclutados como mercenarios más allá de las fronteras *(federati)*.

Este importante cambio en la política Imperial se produjo no sólo a través de la militarización de la población civil, sino también mediante reclutas realizadas fuera del Imperio. Se animó a diversos grupos asentados más allá de las fronteras –a menudo muy lejos– a instalarse dentro de la parte occidental del Imperio: germanos, alanos (un pueblo nómada procedente del sur de Rusia, entre el Don y el Dniéper), sármatas (un pueblo seminómada o, quizá, pastoril del sur de Rusia) y otros más prestaron servicio militar en Bretaña, las Galias, Italia y España a finales del siglo IV y en el siglo V. Los funcionarios imperiales proporcionaban normalmente a esos inmigrantes haciendas y un tercio de los ingresos fiscales, por lo común en lugares abandonados por sus propietarios. Así, por ejemplo, Pacto Depranio, poeta cortesano de finales del siglo IV, elogió a Teodosio I por su tratado de 383, que asentó a los visigodos en Tracia, pues «has recibido a godos a tu servicio para que den soldados a tu ejército... y labradores a la tierra».

Un grupo más selecto de combatientes servía en los séquitos armados de personajes importantes –altas autoridades imperiales, como duques y condes, así como magnates que ocupaban puestos gubernamentales no específicos–. Aunque el gobierno imperial intentaba de vez en cuando limitar el número de quienes podían emplear un ejército de esas características, los séquitos armados personales se generalizaron en la sociedad romana tardía y medieval. Los hombres que servían en esas unidades, acompañando directamente a sus señores o en algún tipo de campamento, eran, al parecer, guerreros profesionales, a diferencia de los soldados granjeros o los miembros de la milicia urbana, que servían a tiempo parcial.

Cuando los órganos formales de reclutamiento imperial dejaron de funcionar a mediados del siglo V, el ejército romano de Occidente no se limitó a hacer las maletas y marcharse. De hecho, a comienzos del siglo VI, unidades identificables como «romanas» por sus uniformes y estandartes siguieron actuando, por ejemplo, en la región situada al oeste de Orleáns a las órdenes de una dirección política local. Pero los soldados rasos de la antigua institución militar imperial, así como la mayor parte de las fuerzas de combate de los llamados pueblos «bárbaros», fueron absorbidos por la organización militar de los reinos romano-germánicos, y, con el tiempo, la inmensa mayoría de sus descendientes –al igual que los de la población rural indígena, tanto si era libre como si no– se convirtieron en soldados campesinos. Los reyes visigodos de España llamaban, por ejemplo, a filas a laicos y clérigos, al margen de su condición social o legal, para que prestaran servicio militar siempre que organizaban una campaña importante, y también empleaban a numerosos esclavos en esa clase de empresas. Los colonos romanos tuvieron una especial importancia en la dotación de tripulantes y mandos para las operaciones navales de visigodos y vándalos y fueron (por ejemplo) un elemento decisivo en la expedición que, partiendo del norte de África, culminó en el saqueo de Roma del 455.

En otras partes se exigió a un grupo seleccionado de residentes en el campo o la ciudad –la «leva selecta»– cumplir servicio militar con fines ofensivos, más allá de los requerimientos de la defensa local, participando en operaciones militares de amplio alcance. Estos soldados reclutados en ciudades y pueblos integraban la tropa de los ejércitos en campaña. En los ejércitos regulares de los Estados romano-germánicos sucesores del Imperio servían al lado del séquito armado personal de los magnates, y en especial junto al del rey. En la Galia merovingia, y sin duda en otras partes, los varones adultos tenían que prestar también servicio en una leva general para la defensa de la región donde vivían. Este servicio era un «deber público» del que nadie estaba exento, ni los pobres ni siquiera las personas no libres dependientes de instituciones eclesiásticas, mientras que a los moradores físicamente capacitados de las ciudades amuralladas y localidades fortificadas se les exigía guarnecer las defensas, como en la época del gobierno imperial.

Cualquier intento de calcular la población rural militarizada está muy expuesto a conjeturas, pues depende en gran parte de cómo se contabilice el tamaño de la población masculina físicamente capacitada residente en el campo. Así, el número de varones de quince a cincuenta y cinco años de edad que vivían en las Galias en el siglo VI y podían prestar algún tipo de servicio de armas era, probablemente, de entre uno y dos millones. Para las milicias urbanas se pueden proponer, sin embargo, cálcu-

los más precisos. En las Galias es posible identificar, por ejemplo, unas 100 localidades amuralladas con perímetros fortificados de un promedio de 1.350 metros. Dada la tecnología disponible, se requería un hombre para defender 1,20 m de muralla, aproximadamente; por tanto, en las Galias, la sola defensa de las ciudades –por no hablar de otros centros fortificados menores– exigía en conjunto una milicia urbana de, aproximadamente, 100.000 hombres. Las grandes dificultades experimentadas por las fuerzas sitiadoras para capturar las ciudades sólidamente fortificadas del antiguo Imperio occidental indican que las milicias urbanas se mantenían fuertes y en buena forma para el combate.

Los ejércitos de campaña podían ser a veces numerosos. Cuando el rey Guntram de Borgoña (561-592) puso en marcha tanto el ejército permanente de su reino como casi todos los miembros de su selecta milicia para aplastar al usurpador Gundovaldo el año 585, sus fuerzas alcanzaron, probablemente, una cifra de 20.000 hombres. Una generación antes, los reyes ostrogodos de Italia desplegaron a menudo contingentes que superaban los 10.000 soldados contra las fuerzas del Imperio bizantino, en una guerra que duró más de dos décadas, mientras que los vándalos del norte de África podían poner en campaña 15.000 hombres en un plazo muy breve.

Los bizantinos, en cambio, controlaban zonas mucho más extensas, más densamente pobladas, en general, que los reinos romano-germánicos. Así, el ejército de 52.000 soldados reclutado el año 503 por el emperador oriental Anastasio para una guerra contra Persia se podía comparar en cuanto a magnitud con el comandado por sus predecesores, y a pesar de la peste que azotó el Imperio de forma intermitente durante las siguientes generaciones, los ejércitos conjuntos de campaña del emperador Justiniano (527-565) se acercaron, probablemente, a los 170.000 hombres, disponibles para defender un territorio igual al de un siglo antes. Durante las décadas de 530 y 540, por ejemplo, Belisario y Narsés, dos de los generales más exitosos de Bizancio, mandaron una serie de ejércitos con un promedio de unos 20.000 hombres. En el siglo VII, las reformas efectuadas a raíz de las invasiones musulmanas pusieron a disposición del emperador un ejército de campaña de unos 25.000 hombres, instalado en Constantinopla y sus alrededores.

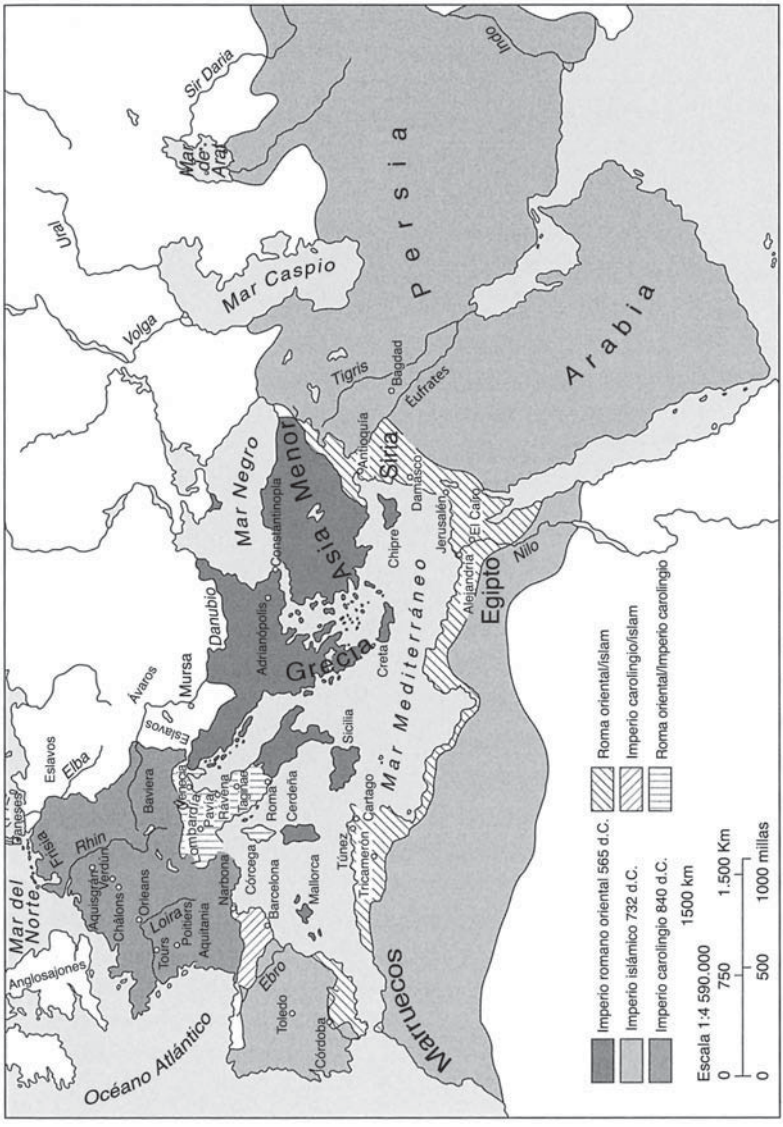
De Justiniano a Carlomagno

Los reinos romano-germánicos establecidos en las Galias, Italia, España, el norte de África y Britania durante el siglo V entablaron guerras intermitentes, induciendo al emperador bizantino Justiniano a intentar reafirmar el control directo sobre la mitad occidental del Imperio. Los planes de Bizancio para la reconquista de Occidente se centraron

en las ciudades y localidades fortificadas de África, Italia y España. En Constantinopla se suponía que las poblaciones romanas de esas regiones, que superaban en número a los vándalos, ostrogodos y visigodos que las gobernaban, preferirían ser recuperadas para el Imperio y lucharían por ese privilegio. Se creía que, allí donde fuese necesario, las milicias urbanas, compuestas en gran parte por «romanos», se impondrían a las guarniciones germanas estacionadas intramuros y entregarían sus ciudades a los ejércitos bizantinos a medida que se acercasen. Al verse despojadas de su infraestructura militar y separadas de sus fuentes de aprovisionamiento, las fuerzas que se mantuvieran leales a los soberanos germánicos se convertirían claramente en «extranjeras» en sus propios reinos y tendrían que luchar contra los bizantinos en campo abierto o llegar a algún tipo de arreglo.

Al principio, la estrategia de Bizancio pareció funcionar bien: cuando Belisario derrotó a los vándalos en la batalla de Tricamerón (535), el rey y su reino cayeron en manos imperiales y fue innecesario organizar asedios complejos para someter las numerosas ciudades fortificadas del norte de África. En cambio, el intento de imponer el control imperial directo en Italia supuso una guerra de asedios durante la cual los bizantinos capturaron a lo largo de veinte años las principales ciudades de Italia. Al final, sin embargo, la posesión de las ciudades no fue suficiente. Narsés, sucesor de Belisario, consideró necesario derrotar al ejército ostrogodo en una serie de batallas que culminaron el 552 con la victoria bizantina de Tagina, donde fue aniquilada una gran parte de la fuerza enemiga. A continuación, los esfuerzos militares de Bizancio se dirigieron al este, contra el Imperio persa, que cayó finalmente el año 628.

Este siglo de guerras entabladas por Bizancio tanto en Occidente como en Oriente debilitó drásticamente el Imperio, a pesar de haber sido libradas con éxito, facilitando así la conquista musulmana de una gran parte del Imperio romano oriental durante los siglos VII y VIII. El mapa militar de la civilización occidental se dibujó de nuevo con un trazado radicalmente distinto. El Estado bizantino quedó irreparablemente debilitado por la pérdida de sus provincias más pobladas y ricas: Siria, Tierra Santa y Egipto. Bizancio perdió también el norte de África y la mayor parte de Italia, donde los frutos de la reconquista de Justiniano se redujeron pronto a unas pocas localidades estratégicas italianas. Además, el reino visigodo de España fue destruido el año 711 y reemplazado por un Estado musulmán, mientras que el sur de las Galias fue objeto de saqueo hasta que los carolingios introdujeron su hegemonía en Aquitania durante los siglos VIII y IX, y a continuación avanzaron más allá del Elba, conquistaron el reino de Lombardía, en Italia septentrional, y penetraron en España hasta llegar a Barcelona.



Mapa 3. El territorio del Imperio romano oriental en su máxima extensión, bajo Justiniano, el año 565, comparado con el Imperio islámico en tiempos de su máxima penetración en Europa occidental (732), y con el Imperio carolingio en su momento culminante, en el 840.

La práctica occidental de la guerra tuvo carácter local durante la mayor parte del siglo VII y comienzos del VIII. Sin embargo, los líderes francos Carlos Martel (m. 742), Pipino (m. 768) y Carlomagno (m. 814) revitalizaron el control central del sistema militar en Occidente. De vez en cuando, ellos y sus sucesores retocaron diversos aspectos del mismo para sostener mejor operaciones prolongadas lejos de sus tierras. El condado (la *civitas* del Imperio romano, parecida a la *polis* de la Grecia clásica) siguió estando sometido a la administración militar y civil de un conde, y el gobierno central ideó diversas fórmulas para garantizar la existencia de fuerzas suficientes. Las levas selectas proporcionaban a los ejércitos carolingios soldados de tropa para operaciones ofensivas. A los ricos, propietarios de doce unidades de labranza, se les exigía presentarse a filas con caballo y armadura. Los hombres que poseían cinco unidades debían prestar, en general, servicio en campaña, pero con menos armamento. Quien viviera cerca del teatro de operaciones podía ser reclutado con sólo tres o cuatro fincas; mientras que los propietarios de tierras que poseyeran sólo la mitad de una unidad de labranza formaban equipos que sumaban una cuantía de cinco fincas, y se les ordenaba proporcionar un soldado para la leva selecta.

Los carolingios, como sus predecesores merovingios, exigían a todos los hombres libres prestar juramento al rey y ser inscritos en los registros del condado donde vivían. La finalidad de esa inscripción no era sólo identificar a las personas aptas para servir en las fuerzas de defensa locales y en la leva selecta, sino también para lograr controlar de manera centralizada a los muchos miles de combatientes muy profesionalizados que servían en los séquitos armados de los magnates laicos y seculares. Cuando, en torno al 750, se vio claro que muchos dirigentes locales reclutaban a hombres no libres para sus comitivas, se exigió el juramento a todos los miembros del séquito que habían sido honrados con el rango de «vasallo».

Carlomagno gobernaba sobre un espacio mucho más extenso que el del Estado bizantino, truncado entonces por las conquistas musulmanas, y podía reclutar para campañas importantes y simultáneas un ejército de hasta, tal vez, 150.000 hombres, 35.000 de los cuales, por lo menos, eran soldados de caballería fuertemente armados. Aunque fuesen poco comunes, no eran desconocidos los ejércitos individuales de 35.000 a 40.000 hombres. Carlos Martel, Pipino y Carlomagno planearon fuerzas expedicionarias cada vez más numerosas y más alejadas de sus bases de origen. En cambio, Lotario I, Luis el Germánico y Carlos el Calvo, nietos de Carlomagno, entre los cuales se dividió el Imperio por el Tratado de Verdún del año 843, solían desplegar ejércitos menores, de 8.000 a 10.000 hombres, en zonas de operaciones comparativamente limitadas.

Durante el periodo carolingio, la estrategia se centró en conservar las ciudades situadas dentro del reino y adueñarse de las de los vecinos. Así, la conquista de Aquitania por Pipino I tuvo como fundamento la captura de Bourges el año 762 y el reconocimiento por parte de sus adversarios de la eficacia de sus máquinas de asedio. El reino lombardo cayó en manos de Carlomagno el año 774, tras rendirse Pavía después de un prolongado asedio; y la marca hispánica se estableció con la caída de Barcelona el 801, tras un cerco de casi dos años. Como las ciudades fortificadas y los condados de su entorno constituían los premios principales, la estrategia de una campaña, y en menor medida las tácticas de combate, reconocían la necesidad de minimizar la destrucción. Las repercusiones estratégicas de esos objetivos se advierten claramente en el relato de Gregorio de Tours sobre una supuesta conversación entre el magnate galo romano Aridio y el rey merovingio Clodoveo (m. 511), mientras éste ponía cerco a la ciudad firmemente fortificada de Aviñón:

> ¡Oh, rey!, si la gloria de tu alteza se digna oír de mi boca unas pocas palabras de humilde consejo... te será provechoso en general, así como para las comarcas que pretendes atravesar. ¿Por qué... mantienes este ejército en campaña, mientras tu enemigo se instala en esta plaza excepcionalmente fuerte? Despueblas los campos, consumes las praderas, cortas las cepas, talas los olivos y destruyes por entero todos los frutos de esta región. Y, sin embargo, no prevaleces contra tu enemigo. Envíale, más bien, un mensajero e imponle un tributo anual, que te pagará para que esta comarca pueda salvarse. Serás su señor y el tributo se te abonará a perpetuidad.

El consejo de Aridio compendia a la perfección las diferencias entre la guerra «bárbara» y las enseñanzas de la antigua ciencia militar. La recomendación se hace eco de las opiniones de Alejandro Magno, quien dijo a su ejército al entrar en Asia que «no debía destruir aquello por cuya posesión luchaba».

Muros nuevos, cimientos viejos

Las raíces de los nacientes Estados nacionales de Europa occidental quedaron expuestas a ataques en medio de la turbulenta disolución del Imperio carolingio. El Tratado de Verdún, acordado el año 843 entre los nietos de Carlomagno, sentó las bases de Francia y Alemania, junto con un reino casi indefendible que se extendía de Frisia a Roma, por el cual lucharían durante mil años sus vecinos del este y el oeste. Inglaterra se forjó en el crisol de las invasiones vikingas, y los diver-

sos reinos de la península Ibérica se fusionaron gradualmente en una azarosa serie de campañas contra los musulmanes. Sólo Italia siguió siendo una mera expresión geográfica.

Los Estados europeos occidentales se hallaban a la defensiva, al igual que Bizancio. Esta situación generó una amplia diversidad de problemas organizativos. Una sociedad en actitud ofensiva podía reclutar cada año sus tropas para la temporada de campaña y mandarlas luego a casa una vez concluidas las operaciones. En cambio, en posición defensiva, era necesario llamar a filas tropas móviles y muy bien entrenadas, dispuestas, además, a responder en todo momento. Había que hallar los medios para mantener un estado de disponibilidad constante, y nadie disfrutaba de las ventajas económicas derivadas de una postura ofensiva atinada. No obstante, algunos dirigentes ingeniosos hallaron los medios para repartir las cargas y volver a construir sobre antiguos cimientos defensivos, renovando las fortificaciones romanas –y las ideas de Roma sobre defensa– hasta que los costes de un asedio resultaron prohibitivos.

La respuesta inglesa

Alfredo el Grande de Wessex defendió sus posesiones contra los vikingos con unas fuerzas estructuradas como las de los antiguos reinos romano-germánicos. Una leva general aportaba la guarnición local, mientas que otra selecta proporcionaba los soldados para los ejércitos en campaña, que servían junto a una elite tomada de las comitivas de los magnates militares, los nobles. Alfredo resolvió el problema de tener constantemente a punto una tropa defensiva dividiendo sus levas selectas en dos secciones: una en campaña, preparada para responder con rapidez a los ataques enemigos, y otra en el solar patrio. Estas fuerzas rotaban con regularidad. Alfredo movilizó, al parecer, los séquitos personales armados de los magnates siguiendo una pauta similar y estableció, asimismo, un cupo de soldados de guarnición pagados en cada uno de los treinta y tres burgos creados para la defensa de Wessex. Estos hombres servían junto con los habitantes de las localidades asignadas a la defensa de la ciudad o el fuerte donde vivían y que compartían la responsabilidad de mantener las murallas en buen estado. Además, en las zonas rurales la defensa local siguió corriendo a cargo de los miembros de la leva general y de la leva selecta que no realizaban servicio activo con el rey.

Esta continuidad de la organización militar romano-germánica fue común en todo el Occidente medieval. La población general en armas suministraba el personal para la defensa local; una selección de la población civil fuertemente militarizada formaba la clase de tropa de las

fuerzas expedicionarias del gobierno; y los soldados de elite provenían en gran parte de los séquitos de hombres armados de los magnates seculares y clericales más importantes, incluidos los reyes y su nobleza de rango superior. En los grandes imperios y en los Estados pequeños, estas unidades básicas de organización militar se mantuvieron constantes hasta el siglo XIII, y a veces hasta más tarde. Las propias ciudades-Estado de la Italia del Renacimiento temprano contaban con una leva selecta de guerreros para llevar a cabo operaciones ofensivas y reclutaban mediante alistamiento general a hombres físicamente aptos para defender el Estado; en Florencia, el límite superior de edad se situaba en los setenta años. Las autoridades de la ciudad movilizaban no sólo a los varones residentes intramuros de la ciudad, sino también a los de las zonas rurales.

Alfredo incrementó sus fuerzas navales construyendo barcos de guerra especiales para oponerse a los vikingos no sólo en tierra, sino también en el mar. Lo normal fueron naves de sesenta remos. El monarca emprendió también considerables obras de construcción, reconstrucción y reparación de fortificaciones. Un documento denominado *Burghal Hidage*, redactado en Inglaterra entre el 899 (fecha de la muerte de Alfredo) y el 914, enumera treinta y tres fortificaciones y nos ofrece un atisbo de la complejidad de la administración militar anglosajona. Se midió o apeó el perímetro de las defensas de esas treinta y tres fortificaciones. Luego, se relacionaron y evaluaron los recursos en bienes raíces para que los rendimientos de un *hide* de tierra –la cantidad de suelo requerido para sostener a una familia– se dedicaran a mantener a un miembro de la guarnición. A cada uno de estos miembros se le exigía, a su vez, defender y reparar el equivalente a 13 metros lineales de muralla. Una muestra de la gran calidad de esta obra administrativa es, por ejemplo, el caso de la antigua ciudad romana de Winchester, donde se asignaron 2.400 *hides* al mantenimiento de la guarnición requerida para defender un perímetro de muralla de 9.954 pies (3,033 kilómetros). El margen de error para la provisión de recursos destinados al mantenimiento de una fuerza de 2.400 combatientes no llegaba a un 1 por 100. El *Burghal Hidage* indica también que los organizadores de las directrices militares anglosajonas poseían un sentido de la estrategia muy desarrollado. La mejor muestra de ello se observa sobre el propio terreno. Ningún burgo se hallaba a más de treinta y dos kilómetros –un día de marcha– de, por lo menos, otro burgo. Así, las fuerzas de apoyo y las columnas de abastecimiento contaba con la ventaja de una línea de marcha defendida, pues ninguna unidad que se hallase de camino entre dos burgos acampaba de noche a la intemperie, donde podría verse sorprendida por un ataque enemigo. Además, las unidades de un burgo podían desplegarse con rapidez para socorrer a las fuerzas de otro cercano sometido a asedio.

El rey Enrique el Pajarero de Alemania (m. 936) procuró también construir un sistema de fortificaciones bien articulado, dotado con guarniciones regulares y un aprovisionamiento eficiente basado en el servicio de los propietarios de tierras y en un impuesto sobre sus productos. Sus intentos guardan un parecido algo más que superficial con los realizados poco antes en la Inglaterra anglosajona. Según el cronista Widukind, Enrique tomó las medidas necesarias para guarnicionar las fortificaciones de Sajonia seleccionando

> a un soldado campesino de cada nueve y exigiéndole vivir en un burgo para trabajar en la construcción de pequeños lugares de residencia [dentro de las fortificaciones] destinados a los ocho miembros restantes de la unidad y recibir un tercio de sus productos y guardarlos en el burgo. Los ocho hombres restantes tenían que sembrar y cosechar el grano [de los campos] del noveno [estacionado en el burgo].

Los sistemas alemán e inglés se inspiraron, probablemente, en gran parte en el principio romano de defensa en profundidad (véanse páginas 69-70), conocido por imitaciones anteriores y no documentadas de ese modelo, por documentos conservados hasta entonces o por su aplicación ininterrumpida en Bizancio.

La respuesta bizantina

El Imperio romano oriental tuvo que defenderse de árabes, persas, kurdos, turcos y jázaros, procedentes del este. Su seguridad, y en especial la de su capital, Constantinopla, dependía en gran parte de la eficacia de su flota. La armada bizantina consiguió mantener durante cuatro siglos los intereses del Imperio no sólo en el Mediterráneo, sino también en el mar Negro y el Danubio. El buque de guerra bizantino convencional era el «dromon», con dos bancos de remeros: 100 hombres en total, a dos por banco. La amura de cada dromon portaba un artefacto a modo de sifón que lanzaba una rociadura de fuego griego sobre los barcos enemigos. El fuego griego podía fumigarse también con armas de mano. Las descripciones de muchos artefactos conservadas hasta hoy son vagas. Uno de ellos disparaba un manojo de pequeñas flechas que se separaban antes de alcanzar al enemigo, a la manera, quizá, de una moderna bomba de racimo. También se arrojaban contra los barcos enemigos recipientes quebradizos que contenían sustancias incendiarias. Los 100 remeros del dromon eran al mismo tiempo soldados de quienes se esperaba que participaran en el combate. Los cincuenta hombres que ocupaban los bancos de la cubierta inferior no portaban armadura, pero los de la cubierta superior iban

revestidos de las de mejor calidad, al igual que los «marines» de a bordo.

En 911 y 949, la flota bizantina llevó a cabo importantes operaciones anfibias contra las fuerzas musulmanas que ocupaban Creta y acabó recuperando la isla el año 961. En el siglo XI se lanzaron numerosos ataques contra la Sicilia musulmana. En aquellas operaciones, los bizantinos demostraron una destreza consumada para transportar caballos por mar a distancias relativamente largas y desembarcarlos en condición de combatir. Los normandos de Italia meridional aprendieron también, a mediados del siglo XII, sus secretos para el transporte de caballos y transmitieron finalmente esa información al duque Guillermo, cuyo éxito en la invasión de Inglaterra en 1066 fue posible gracias a los sistemas de transporte ideados por los bizantinos.

Los bizantinos procuraron mejorar constantemente su tecnología naval. Fueron, por ejemplo, los pioneros en la construcción de barcos con cuadernas. La protección de los secretos militares constituía una importante prioridad, y sus servicios de espionaje y contraespionaje estaban bien organizados. Los musulmanes fueron siempre a la zaga de sus vecinos cristianos, debido, al menos en parte, a la eficacia de la seguridad bizantina. Los jinetes nómadas árabes no contaban con una tradición naval y utilizaron, por tanto, a cristianos –algunos de ellos convertidos al islam– en la construcción y mantenimiento de sus barcos. Varios de los comandantes navales musulmanes más importantes, como León de Trípoli y Damián de Tarso, fueron desertores del Imperio bizantino. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XI, la flota se halló en una situación de decadencia relativa a medida que las ciudades-Estado italianas, en particular Venecia, comenzaron a construir cada vez más barcos con mejores diseños. En 1204, los cruzados saquearon Constantinopla, la capital bizantina, para apoderarse de sus grandes tesoros e integrar a Bizancio en Occidente, poniendo fin al cisma entre el papa y el patriarca. Tras instalar a un cristiano romano en Constantinopla como cabeza de la Iglesia oriental, impusieron como emperador a un occidental.

Pequeños Estados, grandes ejércitos

La amputación del Imperio romano oriental por la conquista musulmana y la fragmentación del Imperio carolingio en un gran número de Estados supusieron que el tamaño de los ejércitos reclutados para operaciones ofensivas tanto en Oriente como en Occidente se situara muy por debajo de los reunidos por los últimos emperadores romanos y Carlomagno. No obstante, a mediados del siglo IX, Bizancio volvió a ser capaz de sostener un ejército regular de unos 120.000 hom-

bres, con un contingente de campaña de unos 25.000 más otro provincial de 95.000 distribuido en veinte temas (distritos militares) a lo largo de todo el Imperio. Esta fuerza se apoyaba en una base demográfica de unos ocho millones de habitantes.

Los pequeños Estados surgidos en la mitad occidental del antiguo Imperio carolingio durante los siglos X y XI tenían que arreglárselas con fuerzas expedicionarias más reducidas. La disminución del tamaño de los ejércitos de campaña no fue, sin embargo, consecuencia necesaria de un descenso notable en el número de soldados; lo que ocurrió fue más bien que los gobernantes se mostraron incapaces de ejercer un mando eficaz sobre los diversos magnates que administraban los condados y eran responsables de aportar sus contingentes a la revista. Así, las cifras de los ciudadanos que cubrían las murallas de sus localidades y las de la población rural militarizada no parecen haber disminuido sustancialmente, pero durante el periodo de las invasiones vikingas debió de haberse producido cierta redistribución demográfica. En Inglaterra, las invasiones y guerras civiles sufridas a finales del siglo IX y en el siglo X se hicieron sentir también en el ejército. Sin embargo, no faltaron soldados. Los burgos de Alfredo el Grande estaban guarnecidos por 28.000 soldados pagados, además de los miembros de la milicia local, mientras que el sistema de reclutamiento militar de cinco *hides* para la leva selecta proporcionaba otro contingente de 20.000 hombres bien entrenados para realizar campañas. Además de esas fuerzas, los reyes anglosajones pudieron utilizar sus propios séquitos armados personales y los de sus magnates en operaciones ofensivas. En la batalla de Hastings, el rey Haroldo reunió unos 8.000 soldados, la mayoría de ellos procedentes de la leva selecta, pero esta cifra constituía únicamente una parte de las tropas anglosajonas disponibles para participar en actividades de campaña.

Al otro lado del canal de La Mancha, Hugo Capeto, rey de Francia (m. 996), pudo alistar una fuerza de 6.000 hombres, tanto de infantería como de caballería, reclutándola en el pequeño núcleo de sus territorios en torno a París, sometidos a su control directo, mientras que uno de sus magnates de mayor éxito, el conde Fulques Nerra de Anjou (987-1040), logró reunir un contingente de unos 6.000 hombres para operaciones defensivas. En 1067, la ciudad de Angers aportó por sí sola unos 1.000 hombres para la leva selecta, mientras que las murallas de la ciudad requerían para su defensa alrededor de 1.500 miembros de la milicia urbana. El duque Guillermo de Normandía, contemporáneo de Fulques y algo más joven que él, consiguió congregar para su invasión de Inglaterra de 1066 una fuerza que rondaba los 14.000 hombres, incluidos algunos mercenarios, y de 2.000 a 3.000 jinetes.

Al otro lado del Rin, los reyes alemanes contaban a mediados del siglo X con el servicio de unos 15.000 guerreros de caballería fuerte-

mente armados, un contingente proporcionalmente acorde, en vista del crecimiento económico y demográfico, con las obligaciones del territorio en tiempos de Carlomagno. En la batalla de Lechfeld, librada el año 955 contra los magiares, la fuerza de Otón el Grande, que sumaba entre 8.000 y 10.000 hombres, constituyó sólo una parte de las fuerzas de campaña disponibles en el reino germano; por aquellas mismas fechas, un ejército aún mayor, reclutada sobre todo en Sajonia, lanzó un ataque contra los eslavos. En su fracasada invasión de Italia del 982, Otón II dirigió un ejército que superaba, probablemente, los 20.000 hombres e incluía a unos 10.000 caballeros fuertemente armados.

Entre 1096 y 1099, un ejército reclutado en gran parte de Europa occidental y compuesto, según cálculos, por unos 60.000 hombres marchó a Oriente Medio para la Primera Cruzada, dirigida por el obispo Ademaro de Le Puy, legado papal. Aquella fuerza doblaba, pues, en magnitud a la reclutada por Carlomagno, y su alcance logístico fue considerablemente mayor, pues estuvo aprovisionada por varias potencias navales cristianas, entre ellas Bizancio y Génova. En la ruta de Constantinopla a Tierra Santa, los cruzados, ayudados a menudo por unidades bizantinas especializadas –desde jinetes ligeros hasta ingenieros y personal naval– derrotaron a varios ejércitos musulmanes numerosos. La Primera Cruzada fue, probablemente, la campaña más compleja y difícil emprendida por un ejército occidental en la Edad Media. El asedio y captura de grandes ciudades fortificadas, como Antioquía (1098) y Jerusalén (1099), constituyeron victorias decisivas en dicha cruzada y permitieron la fundación de reinos cruzados en Palestina y Siria. Los cruzados trabajaron con diligencia para proteger aquellos Estados con una defensa en profundidad fundamentada en castillos que podían utilizarse como bases para lanzar operaciones ofensivas contra el territorio y las líneas de abastecimiento del enemigo.

La infantería contra la caballería

Es difícil hallar batallas medievales en las que el elemento táctico dominante estuviera formado por hombres que luchaban a caballo. En la mayoría de las campañas, los soldados de a pie superaban con mucho a los jinetes: las proporciones de 5:1 y 6:1 parecen haber sido normales en Occidente, mientras que las operaciones bizantinas se acercaban más a un índice de 4:1. Además, en la mayoría de las batallas medievales más significativas, la mayor parte de los caballeros, y a veces todos ellos, desmontaban y combatían a pie. Era raro que se realizaran con éxito ataques montados, sobre todo cuando no contaban con el apoyo de arqueros, ballesteros u otros soldados que lucharan a pie.

Los soldados de a pie que no cedían terreno eran capaces de repeler una carga de caballería, pero, además, si dicha carga estaba mal ejecutada, podían destruir la fuerza atacante. Sin embargo, cuando los soldados de infantería no obedecían las órdenes, podía producirse un desastre. La retirada fingida de combatientes montados solía servir para que un contingente de infantería bien emplazado abandonara sus posiciones de manera indisciplinada, permitiendo así a los caballeros dar media vuelta y contraatacar, arremetiendo aisladamente contra cada uno de los soldados de a pie en terreno abierto. Las falsas retiradas efectuadas en Hastings por las fuerzas de Guillermo el Conquistador tuvieron, sin duda, una gran importancia para su victoria definitiva. El año 982, esas tácticas pudieron ser utilizadas también con eficacia contra otras tropas montadas en el cabo Colonna, donde una fuerza de musulmanes de caballería ligera actuó como señuelo para obligar a los jinetes acorazados del emperador Otón II a emprender una pesada persecución que concluyó en una emboscada contra las fuerzas cristianas, que, una vez agotados sus caballos, fueron acosadas mediante ataques contra los flancos lanzados por una reserva que había ocupado posiciones previamente.

La calidad del adiestramiento de la infantería podía ser muy desigual. Suele citarse a menudo la condena lanzada por el abad Regino de Prüm contra una leva local efectuada en sus tierras de Renania el año 882:

> Se acercó una multitud innumerable de hombres de a pie, reunidos de los campos y las villas hasta formar una masa... Cuando los vikingos se percataron de que [la debilidad de] aquella innoble muchedumbre no consistía tanto en su carencia de armadura defensiva cuanto en su falta de disciplina militar, se abalanzaron sobre ellos dando un grito y segaron sus vidas con una matanza tan grande que no parecía que estuvieran masacrando personas, sino mudos animales.

En el otro extremo, la espectacular victoria lograda en 955 por Otón el Grande sobre los magiares en la batalla de Lechfeld, cerca de Augsburgo, reveló una notable disciplina. La mayoría de los hombres de Otón luchó a pie, por lo cual su victoria sobre unos arqueros a caballo parece todavía más notable.

Observadores contemporáneos identifican con su aprobación y su desaprobación lo que se podría considerar «la doctrina medieval» del combate de caballería. Guillermo el Conquistador se atuvo a una doctrina establecida cuando se negó a permitir en Hastings que sus tropas de a caballo cargaran de frente contra un enemigo afincado en el terreno antes de que sus infantes lo hubieran debilitado mediante andanadas de flechas y ataques. De hecho, la única posibilidad real de que

disponían los caballeros contra un enemigo atrincherado consistía en desmontar y luchar a pie.

Los comandantes de tropas montadas solían verse en dificultades cuando ignoraban las doctrinas acreditadas y cargaban contra un enemigo posicionado sin contar con apoyo o en un ataque frontal. Einardo, el biógrafo de Carlomagno, describe un desastre ocurrido el año 782 en las montañas de Süntal, cuando los francos atacaron a sus adversarios sajones:

> No lo hicieron como quien pretende atacar una línea de batalla organizada, sino como si persiguieran a fugitivos por la espalda y estuvieran recogiendo un botín. Los sajones se mantuvieron en su línea de combate delante de su campamento y todos [los francos], sin excepción, cabalgaron hacia ellos con la mayor rapidez posible. Una vez comenzada la lucha, los atacantes fueron rodeados por los sajones, que dieron muerte a casi todos los francos.

La doctrina de la caballería exigía a las tropas montadas desplegarse contra el enemigo en ataques por los flancos. En Dorilea, durante la Primera Cruzada, en 1097, cuando los musulmanes atacaron a una mitad del ejército, los caballeros desmontaron y lucharon a pie. La otra mitad acudió cabalgando al rescate y atacó por el flanco. El enemigo fue aplastado entre el yunque y el martillo, como si la estrategia de combate hubiera sido ideada de antemano. El año 933, Enrique el Pajarero efectuó en Riade, tras haberlo planeado previamente, un ataque por sorpresa de este tipo en el cual los alemanes lucharon contra una fuerza magiar de arqueros montados. Enrique empleó un contingente de jinetes ligeros como señuelo para atraer al enemigo a una determinada posición; luego, su caballería pesada estableció contacto con espada y lanza antes de que los arqueros de a caballo pudieran disparar más de una andanada de flechas.

Algunos textos medievales dan a entender que la caballería desempeñaba en el campo de batalla un cometido mucho más importante de lo que garantizan los hechos. Así, Ana Comnena, hija del emperador bizantino Alejo, escribe que la carga de los caballeros francos era tan vigorosa que podía atravesar los muros de Babilonia. Según ella, la experiencia de su padre al luchar contra jinetes normandos fuertemente armados le convenció de que aquellas cargas de caballería eran irresistibles. Todavía son más famosas las descripciones de los romances medievales, que presentan a los reyes a caballo como dueños de la guerra. En realidad, Alejo anuló con facilidad las ventajas de que disfrutaban los caballeros normandos, cuyos ataques frontales se malograban por la acción de los abrojos (bolas de hierro con pinchos salientes diseminadas por el terreno) y otros artefactos sencillos. Y los romances ya no son exactos.

Los responsables militares y los combatientes de la Edad Media conocían la realidad e invirtieron enormes recursos en construir y mantener en buen estado las murallas y fortalezas de las ciudades, las máquinas de artillería, las complejas torres de asedio y los arietes, manejados siempre por soldados de a pie. Se hicieron grandes esfuerzos para reclutar y proporcionar instrucción adecuada a los miembros de la milicia local y a los soldados de a pie. La obra profana en prosa copiada, traducida y consultada más a menudo en la Alta Edad Media fue el *Compendio de asuntos militares* de Vegecio, un manual para la instrucción de la infantería que dedicaba escasa atención a la caballería.

El asedio de las fortalezas

Muchas de las fortificaciones construidas en Europa occidental tras la disolución del Imperio carolingio fueron levantadas por magnates locales para proteger de sus enemigos alguna pequeña región. Aquellas construcciones poseían una importancia militar limitada, aunque fueron extremadamente numerosas; existen 400 de ellas sólo en el condado de Wexford, en Irlanda; y en la meseta de España central son tantas que dieron nombre a su principal Estado: Castilla. Las fortificaciones en red eran las únicas que contaban. La estrategia de defensa en profundidad desarrollada por Alfredo en Wessex, por Enrique el Pajarero en Alemania y por Fulques Nerra en Anjou siguió siendo fundamental a lo largo de toda la Edad Media. Lo vemos también, por ejemplo, en el establecimiento por parte de Guillermo el Conquistador de muchas docenas de fortalezas a lo largo y ancho de Inglaterra después de 1066, así como en las actividades de la dinastía de los Capetos para afianzar su control de la Île de France durante el siglo XII.

La guerra de asedio siguió dominando la actividad militar debido al gran número de construcciones, y las grandes batallas campales fueron comparativamente pocas, excepto en los casos en que combatían los sitiadores y un ejército de socorro. Sin embargo, a pesar de los llamativos avances desarrollados en técnica balística, en primer lugar con la introducción del fundíbulo y, luego, con la invención de la técnica del contrapeso (que superaba con creces a las antiguas máquinas en potencia y eficacia operativa), los asedios practicados a partir del siglo XII tuvieron menos éxito y resultaron más costosos. El arte de la defensa se mantuvo a la altura de la tecnología, como lo demuestran unas fortificaciones estructuradas de forma cada vez más compleja. La creciente fuerza política de los principales Estados, como Francia e Inglaterra, hizo también menos probable que concluir un asedio con éxito provocara el derrocamiento de una dinastía.

El entrenamiento arduo y un alto nivel de cohesión en las unidades eran factores esenciales. Un equipo de cincuenta zapadores que excavaran una mina de sólo unos cientos de metros de longitud y a una profundidad de nueve metros bajo la muralla de una ciudad requería un grado de profesionalidad, formación y cohesión que podría competir con el de los tripulantes de un submarino expuesto a un ataque de cargas de profundidad lanzadas por un destructor enemigo. El grupo de combate que manejaba un ariete bajo los proyectiles del enemigo o los servidores de una catapulta que mantenían su arma en funcionamiento día y noche requerían, sin duda, el mismo entrenamiento y cohesión que la tripulación de un tanque moderno o los artilleros de un mortero. Incluso la docena de hombres encargados de transportar una escala de catorce metros de longitud a través de un terreno mortífero de un centenar de metros, colocarla y asegurarla contra la muralla y, a continuación, trepar por ella siguiendo un orden establecido bajo el fuego abrasador del enemigo necesitaba algo más que un «valor ciego».

Durante los dos siglos que siguieron a la Primera Cruzada, los ejércitos de muchos Estados occidentales fueron en aumento. Aquel crecimiento reflejaba el de la población y riqueza de Europa, así como la expansión de unos pocos Estados y la eliminación o absorción de muchísimos más. En Inglaterra, por ejemplo, algunos monarcas de finales del siglo XII podían reclutar unos 20.000 soldados de caballería, mientras que en la batalla de Bouvines, librada en 1214, los ejércitos enfrentados pudieron sumar un total de 40.000 hombres. A finales del siglo XIII, Eduardo I (m. 1307) reunió en repetidas ocasiones unos 25.000 infantes y 5.000 jinetes para sus guerras en Gales y Escocia; y las fuerzas de los reyes de Francia alcanzaron probablemente la misma cifra, si tenemos en cuenta que sólo el sur pudo proporcionar 20.000 hombres a Felipe el Hermoso (m. 1314).

Las fuerzas militares puestas en el siglo XIII a disposición de las ciudades-Estado italianas para operaciones tanto defensivas como ofensivas contra adversarios vecinos parecen inmensas. Hablando de Milán se dice, quizá con cierta exageración por parte de sus propagandistas, que logró reclutar a 10.000 jinetes y 40.000 soldados de infantería entre las 200.000 personas residentes en la propia ciudad –es decir, una cuarta parte del total de la población urbana–, junto con otros 30.000 hombres provenientes de las 600 comunidades que dependían de ella. En el caso de Florencia, las cifras parecen más realistas: 2.000 jinetes y 15.000 infantes movilizados de una población total de 400.000 personas.

El mito de la caballería

Hubo hace no mucho tiempo una época romántica en la que se creía de manera generalizada que la guerra en la Edad Media era asunto de

unos luchadores feudales indisciplinados, impulsados irracionalmente por su ética caballeresca, los cuales combatían individualmente en batallas singulares entre caballeros que se enfrentaban en encuentros montados. Se trata de una idea falsa.

Tres razones fundamentales explican la discrepancia entre la documentación militar medieval y esas interpretaciones tan erróneas. En primer lugar, el sistema feudal desempeñó una función importantísima en el derecho europeo de propiedad (a diferencia de su relativa falta de importancia en cuestiones militares). Ése es el motivo de que los especialistas en historia legal e institucional le hayan prestado una atención considerable. En segundo lugar, la mayoría de quienes poseían un feudo en Europa occidental eran nobles, y han dejado para su estudio un considerable «rastro de documentos en pergamino». Finalmente –y éste es el aspecto más importante para la formación de una imagen sumamente engañosa de los guerreros medievales en todos sus aspectos–, la épica romántica conocida con la expresión de «canciones de gesta» presentó a los caballeros como las figuras que dominaban la guerra medieval y, más en particular, los campos de batalla de Europa –de la misma manera que las películas del «Oeste» del cine norteamericano muestran al *cowboy* conquistador de la frontera con su revólver de seis balas–. Ninguna de esas dos imágenes es verdadera. La literatura medieval de entretenimiento y los juegos practicados en la Edad Media exageraron la importancia del hombre a caballo, y la posteridad ha aceptado durante demasiado tiempo como realidad esa ficción y esos juegos.

Es notable la disposición de aquellos personajes medievales, que se consideraban la elite militar, a propagar mediante cantos y relatos, e incluso con el auspicio de «historiadores» y artistas, el mito de que constituían el elemento esencial del ejército de la Edad Media. Sin embargo, las «huestes feudales» de «caballeros», al servicio de sus señores durante cuarenta días a cambio de feudos, tuvieron en general una importancia relativamente escasa en la organización militar medieval. Las limitaciones que imponía a la formulación de una estrategia y a la realización de campañas prolongadas un plazo de servicio de menos de dos meses de duración menoscababa cualquier valor que los gobernantes feudales pudieran haber visto en tal sistema. No es de extrañar, por tanto, que las referencias a las «huestes feudales» aparezcan más a menudo en las obras de autores modernos que en las fuentes medievales. Además, la formación de milicias de defensa local, junto con el apoyo de las levas de soldados de a pie y un considerable número de arqueros y ballesteros para realizar operaciones militares ofensivas en toda la Europa medieval, indica claramente la importancia atribuida a estas unidades por quienes formulaban la política militar o la gran estrategia. Finalmente, el adiestramiento de las tropas de caballería para luchar a pie y el predominio de

la guerra de asedio nos ofrecen algo más que un indicio sutil respecto a la polifacética naturaleza de la guerra en la Edad Media, en la cual predominaba el cerco, mientras que el caballero de la literatura romántica era sólo una cifra más en una ecuación muy compleja.

V. ARMAS NUEVAS, TÁCTICAS NUEVAS

Christopher Allmand

Aunque los hombres habían luchado a pie durante toda la Edad Media, la infantería comenzó a asumir una función cada vez más importante en la práctica occidental de la guerra a lo largo del siglo XIII. A pesar de haber sido condenada por la Iglesia, la ballesta apareció en acción con frecuencia creciente y constituyó una considerable amenaza para el guerrero montado y su cabalgadura; el arco largo, capaz de disparar flechas a un ritmo de diez por minuto (a diferencia de la tasa de disparo mucho más lenta de la ballesta, que lanzaba dos proyectiles en ese mismo tiempo), podía atravesar con facilidad la armadura de cota de malla. La introducción gradual de la armadura de placas metálicas a partir de 1250, aproximadamente, para reforzar la cota de malla refleja la necesidad reconocida de responder a la evolución del arco, que seguiría influyendo durante siglo y medio en la manera de guerrear.

La protección personal contra los «nuevos» proyectiles era una necesidad, pero convirtió la caballería en una «máquina de combate» mucho más pesada y menos flexible. También hizo que la guerra fuera más costosa. Por motivos sobre todo económicos, el noble, que constituía por tradición la base de la caballería feudal, experimentó dificultades crecientes para mantener su función militar y satisfacer la obligación de luchar derivada de su rango social y su lealtad, pues la disminución de las rentas por bienes raíces y el simultáneo aumento de los costes de la guerra afectaron tanto a su capacidad como a su disposición para combatir.

En Occidente influyeron también diversos factores políticos. Los últimos siglos de la Edad Media fueron testigos de un incremento generalizado en la ambición de las sociedades de gobernarse a sí mismas y librarse de dependencias ajenas. En los primeros años del siglo XIV, los municipios de Flandes se opusieron al dominio feudal de la Corona fran-

cesa; en Escocia, el poder «imperial» del rey de Inglaterra se enfrentó a una feroz resistencia en la Guerra de la Independencia, mientras que, en Suiza, varios cantones se alzaron contra la hegemonía austriaca. A finales del mismo siglo, los portugueses confirmaron su independencia en la batalla de Aljubarrota (1385), mientras que el siglo siguiente conoció el éxito de las guerras entabladas en Bohemia contra el dominio germánico. En estos conflictos, mantenidos con gran intensidad, participaron ejércitos formados cada vez más por la población general interesada.

Picas y arcos

En Flandes, el control económico y político estaba pasando en esos momentos a manos de los habitantes de las ciudades, que formaron entonces la columna vertebral de los ejércitos con los que buscaban su independencia. En Escocia, Robert Bruce (Roberto I) luchó contra Inglaterra con un ejército esencialmente «popular» empleando tácticas de guerrilla incompatibles con la práctica bélica de la caballería asociada a la aristocracia. En Suiza (que, al igual que Escocia, era en gran parte un país montañoso inadecuado para el uso de la caballería pesada), el soldado corriente de a pie tenía más futuro que las unidades montadas, sobre todo cuando se empleaba como parte de una táctica agresiva. Además, aparecieron armas en consonancia con el origen social mucho más modesto de aquellos ejércitos. La lanza, la alabarda, la pica, la maza y el hacha eran de producción relativamente barata; la alabarda, en particular, con su gancho capaz de desmontar a un jinete de su cabalgadura, demostró ser un arma apropiadamente «democrática». Sobre todo el arco largo, un arma barata y «popular», sostenido en la vertical del hombro, podía disparar flechas mucho más lejos y con mejor puntería de lo que jamás había conseguido el arco corto, mantenido y tensado en horizontal. Cuando se utilizaba masivamente, el arco largo se convertía en un arma de suma eficacia. Los ingleses aprendieron también a desarrollar plenamente su capacidad combatiendo en compañía de jinetes armados (que empleaban la lanza y la espada), hombres de armas que luchaban cada vez más a menudo a pie al lado de los arqueros. Aquella táctica ofrecía grandes ventajas. Mantenía cierta continuidad con el pasado, pues otorgaba al hombre de armas (persona de cierto rango social) una función nueva –esencial, en realidad– en la práctica de la guerra, que incluía la dirección de los hombres reunidos en torno a él; y, además, ayudaba a crear y desarrollar un vínculo entre los diferentes elementos del ejército, lo cual contribuyó, a su vez, al éxito del hombre de armas.

Cuando Eduardo I de Inglaterra invadió Gales en el último cuarto del siglo XIII, lo hizo al frente de unos ejércitos compuestos por diez o quince soldados de a pie por cada jinete, con la intención de emplear

a hombres de armas montados en conjunción con arqueros y ballesteros en batallas campales. El sistema funcionó, tanto contra los galeses como contra los escoceses, muy poco tiempo después. Los arqueros y la caballería se unieron a partir de entonces para proporcionar un nuevo sistema táctico: las flechas desorganizaban al enemigo antes de que la caballería avanzara contra él. Acompañado por los hombre de armas (y reforzado por ellos), el arquero podía mantenerse ahora en el terreno; tenía menos motivos que sus predecesores para huir ante la amenaza del avance de la caballería.

Ciertos sucesos ocurridos en los primeros años del siglo XIV pusieron de relieve la vulnerabilidad de una caballería sin apoyo. En julio de 1302, un ejército de flamencos reclutado entre las milicias locales y las fuerzas burguesas, y que utilizaba picas y lanzas, infligió una derrota aplastante en Courtrai, cerca de la frontera francesa, a un ejército de caballeros franceses (matando a unos 1.000). A pesar de su importancia, aquella derrota de la caballería con un número de bajas desacostumbradamente elevado no fue más que un presagio: poco tiempo después, la caballería francesa derrotó a los flamencos en Mons-en-Pévèle (1304) y en Cassel (1328), y los municipios flamencos sufrieron una aplastante humillación en Roosebeek en 1328.

Sin embargo, Courtrai fue algo más que una victoria insólita. En junio de 1314, Eduardo II de Inglaterra, a pesar de ir acompañado de un ejército de más de 21.000 soldados de infantería, dejó que los escoceses, bien dirigidos por Robert Bruce y con una excelente moral, derrotaran a su caballería en Bannockburn, cerca de Stirling, al limitarse a asignar a la infantería inglesa un cometido de importancia secundaria en la batalla. En aquel encuentro decisivo,

> [los escoceses] salieron a pie de entre los bosques formando tres batallones, y mantuvieron con audacia su avance en dirección al ejército inglés, que había permanecido en armas toda la noche con los caballos embridados. Los ingleses, que no estaban acostumbrados a luchar a pie, montaron en medio de una gran alarma; los escoceses, en cambio, habían tomado ejemplo de los flamencos, quienes, combatiendo a pie, derrotaron anteriormente en Courtrai a las fuerzas de Francia. Los mencionados escoceses aparecieron formando una línea de *schiltrons* [conjuntos de lanceros] y atacaron las formaciones inglesas, que se encontraban apiñadas y no pudieron emprender nada contra ellos, pues sus caballos fueron empalados por las picas de los escoceses. Los hombres de la retaguardia inglesa retrocedieron hasta el barranco de Bannockburn, cayendo unos sobre otros.

Esa misma situación quedó confirmada en 1315 cuando una fuerza de caballeros e infantes al servicio de Leopoldo de Austria fue de-

rrotada en Morgarten por unos montañeses reclutados en los cantones suizos de Schwyz y Uri, mientras que, en 1319, unos campesinos lograron otra victoria sobre los caballeros en Dithmarschen (Sajonia).

El éxito obtenido por las milicias escocesas, suizas y sajonas representó el desarrollo de una nueva táctica: la carga de infantería en masa, que, sacando el máximo partido a un emplazamiento, tomaba a los caballeros por sorpresa y los confinaba en un espacio reducido. El futuro estaba cada vez más de parte de quienes tenían capacidad y disposición para luchar en masa o en grandes grupos, un estilo que demostraría ser un acierto tanto en el ataque como en la defensa.

Sin embargo, estas innovaciones no se impusieron en todas partes. En Italia, los caballeros lograron un breve periodo de predominio, y, hasta 1450, fue raro que un cuerpo numeroso de infantería, incluso muy entrenada, pusiera en cuestión la supremacía de los jinetes en el campo de batalla. Se sabe, por ejemplo, que, entre 1320 y 1360, 700 adalides de caballería (la mayoría alemanes) desarrollaron sus actividades en Italia al frente de «compañías libres» de soldados veteranos, al principio como asociaciones temporales para obtener violentamente algún botín de las poblaciones civiles, y más tarde como formaciones militares permanentes que pasaban la mayor parte del tiempo a sueldo de alguno de los numerosos Estados italianos. La «Gran Compañía», dirigida por el caballero provenzal Montreal d'Albarno (llamado por los italianos Fra Moriale), sumó en la década de 1350 la cifra de unos 10.000 combatientes y más de 20.000 seguidores de campamento; su «reinado de terror» no concluyó hasta la llegada de la Compañía Blanca, compuesta por unos 6.000 veteranos de las guerras de Francia, invitados a entrar en Italia por el marqués de Montferrat. En una batalla librada en el puente de Centaurino, al oeste de Milán, la Compañía Blanca (denominada así porque sus miembros portaban armaduras de planchas, bruñidas por sus pajes, en una proporción mayor de lo habitual en Italia) derrotó a su rival en 1363 y, poco después, conducida por sir John Hawkwood, se puso al servicio de Pisa, luego del papado, y finalmente de Florencia –donde Hawkwood sirvió como capitán general hasta su muerte, en 1349–. El servicio al Estado no excluía, sin embargo, la obtención violenta de botín: así, la república de Siena sufrió treinta y siete visitas de compañías libres entre 1342 y 1399, mientras los padres de la ciudad decidían a menudo que apaciguar a aquellos profesionales experimentados resultaba menos costoso y perjudicial que movilizarse para combatirlos.

La Guerra de los Cien Años

En la Guerra de los Cien Años (1337-1435) –el conflicto dominante de la época debido a su duración, considerado una guerra de con-

quista por los ingleses y, en cambio, de defensa y afirmación por los franceses–, las batalles de Crécy (1346) y Poitiers (1365) demostraron la determinación francesa de mantener unas tácticas basadas en gran medida en el impacto que esperaban de su caballería. Al hallarse en situación defensiva, la mayoría de los ingleses desmontaron a fin de absorber el ataque en el momento de producirse, y los hombres de a pie gozaron de una ventaja considerable en la posterior lucha cuerpo a cuerpo. De la misma manera, en Agincourt (1415), el rey inglés Enrique V, enfrentado a un enemigo numéricamente superior, aguardó a que los franceses le atacaran. Y, de nuevo, una gran parte de la caballería y la infantería fue segada en su avance por las flechas (nubes de flechas, según nos cuenta un testigo ocular), antes de poder alcanzar siquiera la línea inglesa.

Si los defensores tenían buen adiestramiento, buen armamento y buena disciplina, los atacantes se encontraban con dificultades crecientes para derrotarlos. Tras absorber un ataque muy debilitado ya por el lanzamiento masivo de flechas, el ejército defensivo estaba listo para tomar la iniciativa contra un enemigo desmoralizado y tenía a mano una caballería para perseguir a quienes pudieran huir del campo de batalla.

Sin embargo, aunque la Guerra de los Cien Años fue testigo de algunas batallas importantes, la principal táctica agresiva de los ingleses en el siglo XIV siguió siendo la incursión –o «cabalgada»– al interior del territorio francés realizada por ejércitos relativamente reducidos, de sólo dos o tres mil hombres. Su propósito principal era debilitar la moral del enemigo y su capacidad para pagar impuestos, además de quebrantar su decisión de resistir, mediante una forma de guerra cuyos principales objetivos no eran otros ejércitos, sino la población, la economía y la infraestructura social. En palabras del poeta italiano Petrarca (nacido en 1309),

> en mi juventud... se consideraba a los ingleses como los bárbaros más sumisos. Hoy son una nación ferozmente belicosa. Han echado por tierra la antigua gloria militar de los franceses logrando unas victorias tan numerosas que, aunque en otros tiempos eran inferiores a los desdichados escoceses, han reducido todo el reino de Francia por el fuego y la espada a tal condición que, al recorrerlo recientemente por cuestión de negocios, me he visto obligado a creer que no me hallaba en el mismo país visto antes por mí. Fuera de las murallas de las ciudades no quedaba, por así decirlo, un edificio en pie.

En aquella guerra de intimidación no se requerían armas defensivas y ofensivas de una gran complejidad; tampoco las virtudes y destrezas tradicionales de la aristocracia militar. Los caballos empleados en

aquellas incursiones podían ser pequeños y de poca casta, mientras que el soldado corriente era tan bueno como su superior social para incendiar un pueblo o el establo de un granjero. Los atacantes se movían con rapidez –cubriendo a veces dieciséis kilómetros diarios, como en el caso de la gran incursión dirigida desde Aquitania por el Príncipe Negro en 1355–, y sus tropas se desplegaban en columnas paralelas para devastar la mayor cantidad posible de territorio enemigo con la esperanza de forzar a los franceses a combatir (y ser derrotados) o huir y dejar el reino expuesto a ulteriores devastaciones. En 1346 (en Crécy) y en 1356 (en Poitiers), los ingleses lograron lo primero; en 1355 (incursión contra Carcasona) y 1359 (campaña de Reims), lo segundo. Y en 1360, gracias a la flexibilidad estratégica de Eduardo III, el tratado de Brétigny concedió a este monarca soberanía plena sobre territorios que abarcaban una tercera parte de Francia, además de un enorme rescate por el rey Juan, tomado prisionero en Poitiers.

Asedios y artillería

Sin embargo, aquel estilo de guerra, por más nocivo que fuera tanto para la economía de Francia como para la reputación de la nobleza francesa, tenía escasas posibilidades de forzar una rendición total. En consecuencia, los ingleses optaron en 1415 por una guerra de conquista, con la esperanza, parcialmente cumplida en 1420, de que este método pudiera otorgarles una victoria completa. El nuevo objetivo requería el uso de métodos distintos y más antiguos, en particular el asedio, pues la toma de un castillo o una ciudad fortificada podía traer consigo el dominio militar de la comarca que los rodeaba y, a veces, cierto grado de control político y administrativo. Si la victoria de Enrique V en Agincourt fue una acción destacada, también lo fueron sus asedios de Harfleur, Falaise, Cherburgo y Ruán, realizados con éxito y que otorgaron a los ingleses el control de Normandía y la posibilidad de ampliar aún más su ambición territorial.

El asedio era una forma lenta y relativamente poco espectacular de hacer progresos. Requería la intervención de especialistas, en particular zapadores y hombres para el manejo de las máquinas de balística –el fundíbulo tradicional y otras armas de tensión y palanca utilizadas todavía a comienzos del siglo XV en paralelo con la nueva artillería de pólvora, aunque no siempre al mismo tiempo que ella (véase el capítulo 6)–. Las nuevas armas daban mayor vivacidad a los asedios: según atestiguan descripciones contemporáneas, la vida de los defensores corría un peligro mucho mayor. El número de ciudades francesas amuralladas aumentó considerablemente a lo largo del siglo XIV para disuadir a quienes emprendían una cabalgada. Sin embargo, constituían

un blanco fijo para un atacante provisto de artillería, con tal de que pudiese acercarse lo suficiente como para tenerlas al alcance efectivo de sus disparos. El alcance era un factor decisivo: a menudo, cuando los sitiadores disponían de piezas artilleras de mayor tamaño, ello otorgaba ventaja a éstos sobre los defensores, cuyos cañones solían ser más pequeños. La cuestión que se planteaba a los sitiados, enfrentados a un ejército bien provisto de artillería, no era si podían resistir, sino cuánto tiempo podrían hacerlo. Según evidencian los datos contemporáneos, lo que permitió al rey Carlos VII de Francia recuperar en unos pocos meses, a mediados del siglo XV, las plazas fuertes que una generación antes habían resistido mucho más tiempo a los ingleses fue la amenaza planteada por su artillería. El cañón producía miedo, además de destrucción.

Husitas y suizos

El creciente uso de la artillería y la necesidad de construir defensas incrementaron considerablemente el coste de la guerra. Sin embargo, no todas las innovaciones resultaron exorbitantemente costosas. El ejército de los husitas de Bohemia y el estilo de combate adoptado por ellos en su guerra de independencia durante el primer cuarto del siglo XV se caracterizaron por su baratura y por un desinterés total por la caballería. Los seguidores de Juan Huss –ejecutado por herejía en 1415– estaban motivados por el nacionalismo, la religión y el igualitarismo social, e intentaron instaurar un Estado que reflejara sus ideas radicales políticas, sociales y religiosas. Al actuar así, introdujeron en la conducción de la guerra métodos innovadores que resultarían influyentes durante largo tiempo. Dirigidos por Jan Zizka, un líder dotado de genio militar, idearon un peculiar estilo de combate. Entre las novedades se hallaba, por ejemplo, el empleo de los *Wagenburgen* –o fortalezas de vagones móviles constituidas por carretas– para crear un elemento que comenzó siendo una unidad defensiva utilizada frente a los ataques de la caballería, pero que más tarde acabó empleándose de manera ofensiva –casi como un tanque– para desarticular y desalojar al enemigo y obligarle a retroceder, como hizo Zizka cuando su ejército estuvo a punto de ser cercado en Kutná Hora (Bohemia), en diciembre de 1421.

La fama y el éxito de Zizka se debieron, al menos en parte, a su inventiva: la carreta era en esencia un instrumento campesino, lo mismo que el mayal (manufacturado en grandes cantidades para la guerra) y la pica, utilizados por sus seguidores. Pero el ejército husita tuvo éxito por otros motivos, en especial por haber sido uno de los primeros en servirse de la artillería en el campo de batalla, pues las carretas

se empleaban para transportar cañones de un lugar a otro. En otras partes, los cañones y morteros pesados se trasladaban de sitio en sitio sobre carros de cuatro ruedas y, una vez en el lugar donde iban a ser utilizados, se descargaban y montaban sobre armones, preparados para abrir fuego. Las fuentes no hablan de cureñas apoyadas en sólo dos ruedas, ni de «muñones» (segmentos adosados a ambos lados del cañón para hacer pivotar el ángulo de posición del arma) hasta mediados del siglo XV –una fecha sorprendentemente tardía–. El grado de movilidad y la superior velocidad conseguida de este modo otorgó a la artillería una función cada vez más esencial en la guerra táctica, sobre todo contra blancos de movimiento lento, como los soldados que intentaban trepar a las fortificaciones de campaña o avanzar en formaciones cerradas por un terreno difícil. No obstante, la lentitud de la velocidad de fuego y el peligro de explosión significaban que la artillería de pólvora era un arma cuya hora estaba todavía por llegar, al menos por lo que respecta a su volumen de empleo.

Por el contrario, las fuerzas suizas que sirvieron en los ejércitos tanto francés como borgoñón en la segunda mitad del siglo XV estaban formadas en gran parte por piqueros y soldados con armas de mano. Su estilo táctico propiciaba la acometida colectiva debido a la elevada proporción de personas con experiencia militar entre la población y a la ausencia general de diferencias sociales. Al enfrentarse a un asedio, los suizos optaban normalmente por una acción rápida, como el asalto a las defensas; y era raro que tomasen prisioneros (práctica común en las sociedades aristocráticas, donde el señuelo de capturar a gente rica actuaba como incentivo bélico). Además, su costumbre de desafiar al enemigo a combatir contrastaba notablemente con la práctica generalmente aceptada de evitar la batalla (y, por tanto, las consecuencias de una derrota). No es de extrañar, por tanto, que los suizos se hicieran populares como mercenarios, pues estaban preparados, por adiestramiento y tradición, a enfrentarse a las cargas de caballería, que, al finalizar el siglo XV, seguían siendo las maniobras más peligrosas practicadas contra ellos.

La supervivencia de la caballería

En efecto, sería un error decir que la caballería era cosa del pasado. Aunque fueran pocas las zonas dominadas por fuerzas montadas en el grado en que lo era Italia, el ejército francés del siglo XV incluía un gran número de jinetes, tanto de caballería pesada como de infantería ligera a caballo, mientras que el ejército rival de los duques de Borgoña encuadraba también caballería pesada. Aquella situación reflejaba diversos factores. Uno era la supervivencia del orden social tradicional, el

feudalismo, en Francia y Borgoña; el guerrero montado, que podía ser un caballero o un miembro de la nobleza, evidenciaba la persistente influencia de dicho orden. También Borgoña mantuvo la influyente tradición caballeresca, fomentada y estimulada deliberadamente durante el largo reinado del duque Felipe el Bueno (1419-1467). La segunda mitad del siglo XV fue testigo del comienzo de un renacimiento de las batallas, relativamente escasas durante los cien años anteriores, debido a las ambiciones territoriales de la corona francesa (recuperada en ese momento de la larga guerra contra Inglaterra). En este sentido, las guerras franco-borgoñonas, en las que participaron activamente fuerzas suizas, son particularmente instructivas respecto a la manera de luchar y a las fuerzas con que se combatía en el tercer cuarto del siglo XV. Al estar entonces más garantizada la protección del caballo y su jinete gracias al desarrollo de una armadura de placas metálicas más compleja (lo que significaba que el caballero podía prescindir del escudo), la caballería reapareció, de alguna manera, en escena. Aunque el cañón y, en especial, las armas de fuego portátiles se utilizaron en proporción creciente, su velocidad de fuego era todavía lenta. Las batallas entabladas por Carlos el Temerario, duque de Borgoña (1467-1477), en Grandson (marzo de 1476), Morat (junio de 1476) y, finalmente, Nancy (enero de 1477) atestiguan el uso de la caballería en la práctica: era improbable que un ejército del siglo XV lograra sin ella una victoria decisiva en el campo de batalla, tanto en ataque como en defensa, sobre todo si el enemigo carecía de una artillería eficaz.

El ejército de finales de la Edad Media

Aquel periodo fue, pues, una época de cambio provocado no sólo por factores técnicos, sino también –lo cual es más importante– por realidades sociales, políticas y económicas. Es posible que el duque Carlos de Borgoña no fuese el Alejandro o el César con quienes él mismo se comparaba, pero sí era lo bastante imaginativo y experimentado como para reconocer la necesidad de dotar a sus ejércitos de una multiplicidad de armas, tanto tradicionales como nuevas. El ejército de 1472, producto de importantes reformas introducidas el año anterior, constaba de una caballería pesada (en torno al 15 por 100), arqueros provistos de animales de carga para el transporte (en torno al 50 por 100), piqueros (en torno al 15 por 100), soldados con armas de mano (10 por 100) y arqueros de a pie (10 por 100). Aunque sólo sean aproximadas, esas cifras ponen de relieve la importancia del caballo en la batalla. Su función no debe ser ignorada ni olvidada.

No obstante, los ejércitos de Carlos el Temerario y otros más siguieron estando dominados por la infantería. En la Inglaterra del siglo XIV, la

proporción normal para la recluta de caballería (hombres de armas) e infantería era de 1:2. Bajo Enrique V, a comienzos del siglo XV, la cifra solía ser de 1:3, y ascendió hasta 1:10 en la década de 1440, cuando el reclutamiento resultó muy difícil. Es significativo que el paso a unas cifras de infantería más elevadas se produjera con mucha mayor lentitud en Francia que en Inglaterra: la proporción se situaba aún en dos hombres de armas por cada soldado de a pie a comienzos del siglo XV, y pasó a 1:2, y luego a 1:5 o 1:6, en las décadas de 1440 y 1450, cuando los ingleses fueron expulsados, primero de Normandía y, finalmente, de Aquitania. En España, el ejército que reconquistó Granada una generación más tarde estaba compuesto por un soldado de caballería por cada tres o cuatro infantes. El índice sólo fue significativamente distinto en un país como Bohemia, donde las guerras se debieron a factores sociales y religiosos. El ejército enviado por Segismundo, emperador del Sacro Imperio Romano, contra los husitas en 1422 sumaba un total de 1.656 jinetes y 31.000 infantes, en una proporción de 1:19.

Los ejércitos variaban considerablemente de tamaño, como es natural, en función de las circunstancias, los objetivos militares y la disponibilidad de dinero. Al final del siglo XIII, muchos de los ejércitos formados por personas obligadas a prestar servicio militar eran de gran tamaño. En 1298, Eduardo I de Inglaterra dispuso de casi 30.000 hombres para su expedición contra Escocia (en una proporción de un jinete por unos ocho infantes). A finales del verano de 1340, Felipe VI de Francia pudo haber tenido a su disposición, en todos los escenarios de guerra, la elevada cifra de 100.000 hombres, pagados directamente o financiados por sus ciudades y nobles, mientras que sus adversarios, Eduardo III de Inglaterra y sus aliados, mantenían a unos 50.000 soldados. De todos modos, esos ejércitos fueron probablemente las instituciones militares más numerosas del final de la Edad Media. El desarrollo de los ejércitos pagados, unido a los efectos adversos de la Peste Negra a partir de 1348, no tardó en reducir el tamaño de los mismos. El ejército francés medio de finales del siglo XIV estaba integrado por unos 5.000 hombres, aunque Enrique V dispuso en torno al doble de esa cifra en 1417, y el ejército veneciano debió de haber contado con unos 7.000 soldados hacia 1430.

La guerra naval en la Edad Media

Las hostilidades no se entablaban sólo en tierra. El largo conflicto entre Inglaterra y Francia contempló una creciente revalorización de la función del mar en la guerra. Para combatir en el continente europeo, los ingleses debían hacerse a la mar con objeto de transportar personal y caballos (por millares), además de todo tipo de armamento, provisio-

nes y pertrechos. Había que encontrar barcos destinados para ello, y los funcionarios del rey requisaban naves de las flotas mercantes para garantizar su disponibilidad cuando se necesitaban (necesidad que podía durar meses). El sistema era lento y provocaba mucho resentimiento en las comunidades de comerciantes y pescadores, cuyas actividades se veían afectadas por las necesidades militares del reino. Entre tanto, en Francia, el rey Felipe IV ordenó a finales del siglo XIII la construcción de un astillero, el Clos des Galées, en Ruán, a orillas del Sena. Su intención era dar a la Corona francesa la posibilidad de construir barcos propios (susceptibles de ser puestos en servicio con rapidez) y dotarla, además, de instalaciones para su reparación.

En junio de 1340, en la primera (y quizá la más sangrienta) batalla de la Guerra de los Cien Años, Eduardo III llevó una poderosa fuerza expedicionaria al otro lado del canal de La Mancha, al puerto flamenco de Sluys, en cuya entrada encontró la flota francesa en formación y decidida a impedirle desembarcar. En palabras del cronista Jean Froissart, «esa batalla de la que hablo fue muy abyecta y horrible, pues los combates y asaltos en mar son más duros y a la vez más crueles que los librados en tierra, ya que no hay posibilidad de huir o retirarse». Según escribió el cronista inglés Geoffrey Le Baker,

> una nube de virotes disparados por las ballestas y de flechas lanzadas por los arcos cayó sobre [los franceses], matando a miles de ellos. Luego, quienes lo deseaban o eran lo bastante audaces, comenzaron a atacarse cuerpo a cuerpo con lanzas, picas y espadas; las piedras arrojadas desde los castillos de los barcos mataron también a mucha gente. En resumen, se trató, sin duda, de una batalla importante y terrible, que ningún cobarde se habría atrevido a observar ni siquiera de lejos.

Los cálculos contemporáneos de las bajas francesas oscilan entre 20.000 y 50.000 (y los modernos entre 16.000 y 18.000), incluidos los dos comandantes, junto con la mayoría de sus barcos. La derrota de Sluys asestó un duro golpe a las pretensiones francesas de ejercer cualquier control marino.

Enrique V apreció también la importancia de conservar el dominio marítimo, manteniendo sus ambiciones militares en Francia con una flota de unos treinta y nueve barcos, algunos de ellos conseguidos por herencia, captura o compra, y otros construidos en los nuevos astilleros creados por él en Southampton (véase página 126).

El navío de borda alta característico de las aguas septentrionales necesitaba instalaciones portuarias (o, al menos, un muelle) para desembarcar su cargamento y sus hombres; pero las galeras, de carena poco profunda e impulsadas por velas o remos, podían desembarcar en una playa. Castilla y Génova fueron los principales proveedores de esta cla-

se de barcos durante toda la Edad Media, y su importancia se puede juzgar a partir de las iniciativas diplomáticas emprendidas tanto por Inglaterra como por Francia para asegurarse su apoyo durante la Guerra de los Cien Años. Así, un día de calma del verano de 1372, una flota de galeras castellanas destruyó una escuadra inglesa en aguas de La Rochelle, en el golfo de Vizcaya; y entre los barcos hundidos o capturados en la desembocadura del Sena el 15 de agosto de 1416 por una escuadra inglesa había varios navíos genoveses que habían ayudado a los franceses en un bloqueo marítimo y terrestre de la ciudad de Honfleur, tomada el año anterior por los ingleses.

La guerra por tierra y la guerra por mar se fundían en esos bloqueos. En 1346-1347, los ingleses impusieron la rendición a la ciudad de Calais mediante un largo asedio terrestre apoyado por un bloqueo marítimo, consiguiendo así en el continente europeo una valiosa cabeza de puente (conservada hasta 1558). Los puertos y su control eran esenciales para defender una larga línea costera (como la de Francia) y también con fines de ataque. Los puertos eran los lugares donde solían reunirse las flotas y donde podían ser destruidas, por lo cual las acciones navales se llevaban a cabo normalmente cerca de la costa, en aguas someras, más que en mar abierto. Los puertos situados en estuarios controlaban también el acceso a los ríos. La toma de Harfleur en 1415 proporcionó a los ingleses la oportunidad de enviar aguas arriba del Sena hombres, artillería y máquinas de asedio hasta Ruán para el largo bloqueo que condujo a la captura de esta ciudad cuatro años más tarde. Los ríos resultaron especialmente útiles para el transporte de cañones y otros pertrechos pesados en el interior de un país. El acceso a los ríos debía lograrse y mantenerse desde el mar, según comprendieron los ingleses. En el siglo xv fue cada vez más importante ejercer cierto «control» sobre el mar. Sin embargo, no era posible conseguirlo sin alguna clase de armada, entre cuyas tareas se incluiría la protección de los legítimos intereses comerciales de un país.

El Estado y la guerra

Tal como escribió Jean de Bueil en su tratado militar de 1466 *Le Jouvencel*, «todos los imperios y señoríos tienen su origen en la guerra», y la época final de la Edad Media no constituyó una excepción. Pero tanto la formación de Estados como su conservación dependían de la posibilidad de disponer de soldados. Esta condición podía suponer ya en 1300 el alquiler de mercenarios, habitualmente para prestar servicios de corta duración. Las ciudades-Estado italianas, entonces en pleno crecimiento, recurrieron a esa práctica, mientras que Inglaterra y Francia, los grandes reinos del norte de Europa, dependieron de su sis-

tema social tradicional para procurarse los hombres necesarios para la guerra. Sin embargo, el declive de la obligación feudal de servir en la guerra, la prolongación de los conflictos y la nula disposición de la gente, presionada por la necesidad económica, a combatir por algo que no fuera una recompensa pecuniaria llevaron inevitablemente a la práctica de pagar a todos los soldados por su servicio militar.

El desarrollo cada vez más extendido de esta práctica a partir de los últimos años del siglo XIII tuvo, sin duda, consecuencias importantes. Al tratarse de sumas enormes, la autoridad central (el rey, el soberano, el Estado) era la única capaz de proporcionar fondos, que sólo podían recaudarse mediante impuestos, repartiendo así la responsabilidad de la actividad bélica entre quienes luchaban y quienes pagaban. En consecuencia, el soberano, por su condición de pagador, se convirtió en el patrón, que se ponía de acuerdo con quienes le servían en función de un contrato militar, conocido según los distintos lugares con las denominaciones de *indenture* (Inglaterra), *lettres de retenue* (Francia) y *condotta* (Italia).

La *indenture* era un documento de importancia tanto práctica como simbólica. Suponía el derecho de los dirigentes de una sociedad a decidir sobre la paz y la guerra. Al mismo tiempo afirmaba el derecho explícito a nombrar comandantes de los ejércitos en tiempo de guerra. (Otra cuestión era cómo debían ser elegidos y en función de qué principios.) Finalmente, otorgaba el derecho a insistir en ciertos criterios encaminados a lograr la eficiencia: quienes recibían una paga estaban obligados a ejercitarse, completar el periodo de servicio convenido (la deserción pasó a ser un delito importante) y recibir el armamento adecuado en función de su posición en el ejército, según se acordaba en el contrato. En las raíces de esta concepción se hallaba la necesidad de imponer una disciplina, derivada en gran parte de la tradición romana y de la recuperación de la idea aristotélica de que toda sociedad debía estar preparada para defenderse. Según algunos, las justas o combates entre dos adversarios, habitualmente a caballo, y los torneos, en los que se practicaban destrezas de equipo, parecían actividades adecuadas. No obstante, también estaba claramente reconocida la necesidad de que otras personas realizaran ejercicios prácticos. En Inglaterra, la ordenanza denominada *Assize of Arms* (1181) y la Ley de Winchester (1285) marcaron el inicio de una serie de medidas inspiradas por la Corona que hacían hincapié en que los varones adultos no discapacitados tenían obligación de prepararse para la guerra. Los siglos siguientes fueron testigos del restablecimiento de esa clase de medidas en toda Europa. En 1363 se exigió en Inglaterra la práctica regular del tiro con arco; en 1456 se instó a los escoceses a abandonar los juegos de pelota y golf con esa misma finalidad, mientras que, en 1473, quienes servían en el ejército borgoñón recibieron órdenes de prepararse tanto para el combate singular como para luchar en formación. La disciplina se impuso mediante el sis-

tema de inspecciones regulares conocidas con la expresión de «formación y revista», basado en gran parte en la práctica inglesa desarrollada durante la Guerra de los Cien Años. En este caso se atribuía especial importancia no sólo al recuento del personal (destinado a evitar que los jefes de unidad recabaran dinero para pagar a soldados que habían desertado o, aún peor, que nunca habían prestado servicio), sino también a garantizar que se mantenían los niveles mínimos de uniformidad y armamento. De ese modo se satisfacían dos exigencias: la parte contratante sabía que estaba recibiendo algo valioso a cambio de su dinero, y, al mismo tiempo, se mantenían los criterios de eficiencia militar.

El soberano podía esperar ciertas cosas de aquellos a quienes empleaba para combatir, pero, de la misma manera, tenía también algunas obligaciones, dos de las cuales eran especialmente importantes. Una consistía en suministrar al ejército las armas, pertrechos (incluidos los costosos cañones) y vituallas que pudiera necesitar en campaña. Esto requería no sólo dinero, sino también el desarrollo de un sistema de organización y administración a fin de que los ejércitos pudieran ser abastecidos de forma adecuada y regular con esos objetos materiales necesarios. La segunda consistía en proporcionar la paga al ejército, normalmente en efectivo. Esta segunda obligación solía ser a menudo aún más difícil de cumplir y provocaba frecuentes actos de indisciplina entre los soldados, quienes, al no recibir la paga, podían atacar algún blanco «fácil» con el propósito de compensar lo que se les debía. Esta práctica les hacía perder el favor de la población civil (y los posibles apoyos «políticos») y les granjeaba las críticas de los comentaristas, cada vez más conscientes en aquellos años de la penosa situación de las víctimas de esa clase de acciones. Pero todavía podía ser más importante el hecho de que ese comportamiento indisciplinado llevaba con rapidez a una pérdida de eficiencia y eficacia militares. No es de extrañar, por tanto, que se comprendiera la necesidad de que los ejércitos actuasen de manera ordenada y se admirara en general la disciplina supuestamente estricta del ejército romano. Los comandantes ingleses, franceses, bohemios, suizos y borgoñones promulgaron ordenanzas destinadas a controlar las actividades de los soldados, mientras que la creación del cargo militar de condestable reflejó la necesidad de imponer orden en el seno del ejército.

El ejemplo de los antiguos

Las ideas en que se apoyaban estas innovaciones se remontaban a tiempos lejanos. Se conocía bien la tradición clásica (en particular la romana) de conducción de la guerra, cuyas principales lecciones se habían comprendido. Un hombre como el duque Carlos el Temerario de Borgoña era muy consciente de los éxitos de los grandes soldados de la

historia; había hecho colgar en la gran sala de su palacio de Bruselas tapices de Alejandro y Aníbal y «disfrutaba con las hazañas de Julio César, Pompeyo, Aníbal, Alejandro Magno y otros hombres grandes y famosos a quienes deseaba seguir e imitar». Carlos tenía, asimismo, una traducción realizada para él de la obra de César *De bello Gallico*. En este sentido, la historia era útil por su valor didáctico. Y también lo eran los autores militares de la Antigüedad. La literatura preferida por la aristocracia militar del siglo XV no era la de ambiente tradicional caballeresco, sino la que se basaba en un aprecio creciente de los valores militares de Roma (en particular) y de lo que éstos podían ofrecerles. Aunque las *Estratagemas* de Sexto Julio Frontino tuvieron una amplia difusión, el *Compendio de asuntos militares* de Vegecio seguía siendo, al cabo de un milenio de haber sido escrito, la obra más citada sobre arte militar legada por el mundo antiguo véase página 10). Sus enseñanzas fueron transmitidas también en forma diluida en obras como las *Siete Partidas* del rey Alfonso X de Castilla y el *De Regimine Principum* de Egidio Romano, escritas ambas en la segunda mitad del siglo XIII, así como en *Les Faits d'Armes et de la Chevalerie*, compuesta un siglo después por Christine de Pisan, en la que se basó el escrito *Fayttes of Armes and of Chyvalrye*, compilado e impreso en Inglaterra en 1490 por William Caxton. De ese modo, la tradición clásica alcanzó en la nueva época mayor difusión que nunca.

Ésa fue también la tradición en la que buscaron inspiración los creadores de un ejército permanente, fundada en la práctica de proporcionar al rey o al príncipe una escolta personal y que no tardó en desarrollarse hasta constituir algo más grande. También derivó de la práctica de recurrir a una fuerza mayoritaria, aunque no exclusivamente, indígena (como reminiscencia de la tradición del ejército de «ciudadanos» del mundo antiguo), que se estaba cultivando en el reino de Nápoles, así como en las repúblicas de Venecia y Milán, en los años centrales del siglo XV. Unas necesidades militares particulares y el creciente rechazo a apoyarse únicamente en una costosa fuerza mercenaria fueron los motivos que sustentaron esos avances organizativos. En Francia, los cimientos del ejército permanente habían sido echados por Carlos VII en 1445 mediante la creación de las Compagnies d'Ordonnance; su sucesor, Luis XI, aumentó considerablemente, a partir de 1470, el número de soldados pagados por el rey. Por esas fechas, su máximo rival, el duque Carlos de Borgoña, estaba haciendo otro tanto. La fase final de la reconquista de España –la recuperación de la Granada mora en 1492– sólo se logró manteniendo a 80.000 hombres a lo largo de diez campañas anuales muy reñidas.

La difusión de las armas de pólvora de producción masiva transformó, sin embargo, con rapidez la naturaleza de la guerra en Occidente. A Carlos el Temerario no le habría resultado muy difícil enten-

der el mundo militar de su bisabuelo, Felipe el Temerario, que había combatido en Poitiers en 1356; en cambio, el de su bisnieto, el emperador Carlos V –quien en 1552 mantenía un ejército que podía llegar a 150.000 hombres que luchaban en cinco escenarios de guerra distintos, tanto en tierra como en el Mediterráneo y en el Atlántico septentrional–, le habría dejado completamente estupefacto debido a la revolución de la pólvora.

VI. LA REVOLUCIÓN DE LA PÓLVORA

Geoffrey Parker

En el tratado militar *The Theory and Practice of Modern Wars [Teoría y práctica de las guerras modernas]*, publicado por Robert Barret en 1598, «un caballero» señalaba a «un capitán» que, en el pasado, los ingleses habían realizado maravillas más con los arcos largos que con armas de fuego; a lo cual el capitán le respondió en tono mordaz: «Señor, entonces era entonces, y ahora es ahora. Las guerras han cambiado mucho desde la aparición de las armas de fuego». La mayoría de los soldados profesionales de la época estaban de acuerdo. Según sir Roger Williams, otro veterano inglés que escribía en 1590, «debemos confesar que Alejandro, César, Escipión y Aníbal fueron los guerreros más meritorios y famosos que hayan existido; sin embargo, le aseguro... que nunca habrían... conquistado países con tanta facilidad si hubieran estado fortificados como se han fortificado Alemania, Francia, los Países Bajos y otros desde la época en que ellos vivieron».

Este reconocimiento de la innovación y el cambio era poco habitual en un tiempo que se enorgullecía de sus precedentes clásicos y su continuidad con ellos, pero los hechos eran incuestionables. La introducción de las armas de fuego, en especial la artillería, y de nuevos sistemas de fortificación había revolucionado la conducción de la guerra.

El auge de las armas de fuego

La fórmula correcta para la elaboración de la pólvora –a base de salitre, azufre y carbón– fue descubierta por primera vez en China, quizá ya en el siglo IX d.C.; y en el siglo XII, los ejércitos de la dinastía Sung utilizaban bombardas y granadas de metal. La nueva técnica se difundió gradualmente hacia Occidente, hasta que a comienzos del

siglo XIV varias fuentes árabes y europeas mencionan armas de artillería hechas de hierro, mientras que la primera ilustración conocida de una bombarda en Europa (fechada en 1327) guarda un parecido sorprendente con la representación más antigua procedente de China (fechada en 1128).

Es significativo que las primeras ilustraciones de cañones realizadas en Occidente los mostraran en acción contra puertas de madera de castillos, pues, durante otro siglo por lo menos, las armas de pólvora se utilizaron en Europa principalmente contra blancos «blandos», como puertas o casas. Según una crónica contemporánea, cuando los ingleses sitiaron Berwick-upon-Tweed (situado entonces justo en la frontera escocesa), en 1333,

> lanzaron numerosos ataques contra la ciudad con cañones y otros artefactos de [asedio], con los que destruyeron más de una hermosa vivienda; también cayeron por tierra algunas iglesias debido a las grandes piedras disparadas despiadadamente por [los] cañones y otras máquinas [de asedio]. Y, sin embargo, los escoceses guardaron bien la ciudad... no permitiendo entrar [a los ingleses]... Éstos, no obstante, permanecieron allí hasta que los habitantes de la ciudad se quedaron sin provisiones; además, estaban tan cansados de mantenerse en vela que no sabían qué hacer.

El relato explica con claridad que, por un lado, la artillería primitiva se utilizaba de la misma manera que las máquinas tradicionales de asedio, como las catapultas y los fundíbulos, para lanzar proyectiles al interior de la ciudad a fin de causar daños en casas e iglesias (más que para batir y derribar murallas); y que, por otro, su impacto no pasaba de ser limitado –aunque podía provocar «cansancio» en los defensores, al mantenerlos despiertos hasta que la ciudad caía por hambre.

Los fundíbulos y otras «máquinas» para lanzar piedras siguieron desempeñando un cometido en los asedios hasta bien entrado el siglo XV. El tratado escrito en 1409 por Christine de Pisan sobre la práctica militar los consideraba tan esenciales para realizar con éxito un cerco como los cañones de hierro; y en la década de 1420 entraron en acción en Francia en varias ocasiones. Pero, diez años después, la bombarda acreditó por fin su valía. Durante la segunda fase de la Guerra de los Cien Años, desarrollada en Francia (véase página 94 y ss.), los grandes cañones provocaron «tanto daño en las murallas del castillo» durante un asedio organizado en 1430, «que la guarnición capituló»; en otro, montado en 1433, la artillería «apuntó contra las puertas y los muros... y les causó daños considerables, abriendo brechas en varias partes»; mientras que en un tercero, en 1437, el fuego de cañón derri-

bó «una gran parte de las murallas... arrasándolas de tal manera que no hubo ya forma de defender [la ciudad]».

Aunque algunas fortalezas podían seguir resistiendo si la topografía las situaba fuera del alcance de los cañones o si la artillería de los sitiadores resultaba inadecuada, las piezas desplegadas por los principales Estados europeos a partir de la década de 1430 podían reducir con éxito a escombros en cuestión de días la mayoría de las defensas verticales. Harfleur, que en 1415 había resistido un asedio durante seis semanas, y en 1440 otro durante seis meses, cayó en manos de Carlos VII de Francia en diciembre de 1449, al cabo de sólo diecisiete días debido al daño infligido por las dieciséis bombardas fundidas especialmente para aquella tarea. Y Harfleur era sólo uno de los más de diecisiete fuertes ingleses en Normandía que serían recuperados por los franceses entre mayo de 1449 y agosto de 1450. No todos fueron sometidos por bombardeo –algunos fueron abandonados por considerarse indefendibles, mientras que un número sorprendente de ellos cayó por traición–, pero la mayoría se rindieron porque el tren de asedio francés hacía imposible una ulterior resistencia. Las rápidas conquistas de Bretaña por Francia y de Granada por Castilla, realizadas ambas en la década de 1480, se lograron también en gran parte gracias a la superior potencia de fuego de los cañones vencedores.

Estos llamativos éxitos fueron el reflejo de unas importantes innovaciones técnicas. La artillería primitiva tenía un alcance limitado, pues para que el impacto fuera de tiro horizontal los cañones debían colocarse a corta distancia; pero si se acercaban demasiado, podían ser capturados o dañados en una salida del enemigo. Todavía en el siglo XVI, los expertos consideraban que una distancia menor de 90 metros era escasa para resultar segura, pero que una separación superior a los 270 metros era excesiva para resultar eficaz. Es evidente que las piezas de artillería de cañón corto de la década de 1320 carecían de potencia para atravesar murallas reforzadas, incluso a una distancia de 90 metros, y lo mismo puede decirse de los primeros años del siglo XV, cuando la proporción entre la longitud del tubo y el calibre del proyectil superaba todavía en raras ocasiones la relación de 1,5:1. Sin embargo, en 1430, esa proporción se había doblado hasta 3:1, lo cual aumentaba no sólo la precisión, sino también la velocidad de salida y, por tanto, el alcance. Estas dos últimas magnitudes mejoraron aún más con el descubrimiento realizado por aquellas mismas fechas de que, por un lado, la pólvora preparada en gránulos pequeños (pólvora «en grano») era mucho más efectiva que antes (tres veces más, según el cálculo de algunos contemporáneos), y de que, por otro, los proyectiles de hierro o plomo provocaban muchos más daños en el blanco que los de piedra. Finalmente, las mejoras conseguidas en metalurgia permitieron fundir cañones de tamaño e impacto sin precedentes: entre los ejemplos conservados de co-

mienzos del siglo XV, la bombarda más pequeña disparaba un proyectil de 12 centímetros de diámetro y la más grande una bala de 76 centímetros y más de 680 kilos de peso.

No obstante, aquellos monstruos se manufacturaban de manera muy similar a los barriles de cerveza, con duelas sujetas mediante flejes de hierro, de modo que no era difícil que ocurrieran desastres. Así, una gran pieza borgoñona utilizada contra los turcos en 1445 estalló por abrir fuego con demasiada frecuencia –primero reventaron dos flejes, y en el siguiente disparo otros dos, más una duela–, mientras que en 1460 Jacobo II de Escocia murió al hallarse demasiado cerca de un cañón cuyas duelas estallaron al ser disparado. Pero otras piezas del tren de asedio del rey escocés, como la «Mons Meg» (expuesta actualmente en el castillo de Edimburgo), demostraron ser mucho más duraderas y eficaces.

Aunque la fundición en bronce en vez de hierro reducía significativamente el peso de las grandes piezas de artillería, sólo las armas de gran calibre resultaban verdaderamente eficaces contra las murallas reforzadas. Todavía dos siglos más tarde, justo después del estallido de una importante sublevación en 1641, los gobernadores de Irlanda veían claramente que,

> además de las ciudades amuralladas que se han sublevado, habrá que apoderarse de un gran número de castillos recurriendo tan sólo al empleo de baterías; y si no tenemos más artillería que culebrinas, las operaciones serán tanto más difíciles... debido a las numerosas descargas que las culebrinas se ven obligadas a disparar antes de poder abrir brecha, mientras que el cañón perfora y desgarra los muros enseguida y bate de tal manera que, a continuación, unos pocos disparos de la culebrina derriban todo cuanto el cañón ha debilitado.

Sin embargo, desplazar unas piezas tan enormes hasta el objetivo asignado requería una ruta segura, lo cual suponía habitualmente contar con la protección de un ejército o una armada. Esto significaba en realidad que, hasta que no hubieran sido derrotadas las fuerzas principales del enemigo, la artillería pesada sólo se podía utilizar contra puertos marinos, como el de Constantinopla en 1453, o formando parte de una campaña de mayor importancia en la que el ejército de tierra y el tren de asedio se desplazasen juntos a paso de tortuga.

Por esa razón era raro que la artillería desempeñara un cometido decisivo en las batallas medievales, y, al principio, sus disparos se utilizaban más para intimidar que para dañar al enemigo: en Crécy (1346), por ejemplo, según un contemporáneo, los ingleses «abrieron fuego con algunos cañones que habían llevado a la batalla para asustar a los [ballesteros] genoveses». Sin embargo, un siglo más tarde, el alcance de la artillería superaba al de los arqueros, mientras que las mejoras introducidas

en su diseño –sobre todo la combinación de muñones y cureñas de dos ruedas– permitían apuntar cada una de las piezas con relativa rapidez.

La primera referencia conocida a armas de fuego manuales en Europa data de 1364, fecha en que un inventario del arsenal de Perugia (Italia) registró «500 bombardas de un palmo de largo, que se sostienen con la mano: son muy manejables y pueden perforar cualquier armadura». Las primeras ilustraciones, en torno a 1400, muestran todavía una «bombarda» en miniatura montada sobre un bastidor de madera para abrir fuego y, al parecer, las armas manuales no se dispararon apoyándolas en el pecho o en el hombro hasta alrededor de 1450. Sin embargo, durante algún tiempo, las armas de fuego portátiles fueron sólo unas más entre otras muchas, superadas de lejos en las acciones por arcos, ballestas, partesanas y picas. El propio duque Carlos el Temerario de Borgoña, que era plenamente consciente de la importancia de la armas de tiro en el combate, seguía confiando más en los arqueros que en los artilleros en la década de 1470. Aunque costaba mucho menos tiempo formar hombres para disparar un arcabuz que para tensar un arco, lo cual permitía movilizar un número de infantes mucho mayor, transcurrió otro siglo hasta que las armas de fuego se convirtieron en los árbitros del campo de batalla en Europa.

Para entonces, el cañón había transformado ya la guerra de asedio. «Grandes ciudades que en otros tiempos podían haber resistido durante un año ante cualquier enemigo que no fuera el hambre caían ahora al cabo de un mes», observaba un cronista hablando de la artillería, que garantizó la rápida conquista del reino moro de Granada, en el sur de España, durante la década de 1480. «Una vez trasladadas [las piezas] hasta las murallas, se instalaban con increíble celeridad. Hacían fuego con tanta rapidez y potencia, dejando sólo intervalos brevísimos entre disparos, que podían hacer en cuestión de horas lo que en Italia solía requerir días», reiteraba un historiador contemporáneo al describir los cañones introducidos por los franceses en Italia después de 1494. Según escribía en 1519 el comentarista militar Nicolás Maquiavelo, «no hay muralla, por más gruesa que sea, que no pueda ser destruida en pocos días por un cañón de artillería».

El problema de los defensores tras la revolución de la pólvora, era, por tanto, cómo mantener en jaque la artillería pesada del enemigo y, en caso de no lograrlo, cómo limitar el daño que pudiera causar. En la década de 1360 muchas plazas fuertes habían instalado sus propios cañones para eliminar los del enemigo o mantenerlos fuera de alcance: Bolonia, en Italia central, contaba con 35 piezas de artillería sobre sus murallas; Malinas, en los Países Bajos, incrementó su arsenal a un ritmo medio de catorce cañones por año entre 1372 y 1382, mientras que Dijon, en Borgoña, poseía trece cañones en 1417, y noventa y dos en 1445. La década de 1360 conoció también la aparición de troneras (a veces, simples ampliaciones de las aspilleras existentes), sobre todo en

las torres de las murallas y de las puertas de acceso, desde donde se podía hostigar al enemigo atacante. Algo más tarde se añadieron nuevas torres a las fortificaciones existentes para incrementar aquel fuego de flanqueo, mientras que tanto las torres como las murallas se reforzaron y engrosaron con el fin de soportar el peso y el retroceso de los cañones pesados colocados sobre ellas y absorber el impacto de los disparos recibidos. Pero esas medidas, al llevarse a cabo dentro del marco de las defensas verticales tradicionales, sólo pudieron retardar, pero no impedir, la mortífera aparición de la cortina de fuego.

El arquitecto y humanista italiano Leon Battista Alberti fue el primero en adivinar la respuesta correcta a la bombarda. Su ensayo *Sobre el arte de la construcción,* escrito en la década de 1440, sostenía que las fortificaciones defensivas serían mucho más eficaces si se «construyeran siguiendo un trazado irregular, como los dientes de una sierra», y conjeturó que una configuración en forma de estrella podría ser la mejor, pues proporcionaría campos de fuego cruzados. Otros autores militares italianos de finales del mismo siglo abogaron también por unas defensas poligonales y en ángulo; pero al principio fueron pocos los gobernantes que les prestaron atención, y aquellos tratados permanecieron largo tiempo inéditos. Sin embargo, en las últimas décadas del siglo, aunque la mayoría de las nuevas fortificaciones siguieron construyéndose según el diseño vertical tradicional, unas pocas fortalezas de Italia central contaron con enormes bastiones en ángulo a intervalos regulares, tanto para mantener alejada la artillería enemiga como para presentar un fuego mortal de flanqueo contra cualquier intento de asalto. Luego, en 1515, se levantó en el puerto papal de Civitavecchia todo un recinto de bastiones cuadrangulares para crear un sistema defensivo completo de campos de fuego. Había nacido la «fortaleza artillada».

Defensa de estilo italiano

Los contemporáneos reconocieron de inmediato el sistema de bastiones –conocido en Italia como de «estilo moderno» *(alla moderna),* y en otras partes como «traza italiana» *(trace italienne)*– como la única defensa plenamente efectiva contra la revolución de la pólvora. Según la sucinta frase del arquitecto militar Francesco Laparelli: «Es imposible defender una plaza sin bastiones contra un ejército con artillería». A su vez, el especialista militar Raymond de Beccarie, señor de Fourquevaux, sostenía que sólo las fortificaciones construidas a partir de 1510 constituían un obstáculo serio para un atacante bien armado,

> pues las fortificadas antes de esa fecha no se pueden calificar de fuertes, dado que el arte de construir bastiones no vio la luz hasta hace

> sólo muy poco tiempo. Sin embargo, las que han sido amuralladas desde entonces o en nuestra época deben considerarse extremadamente difíciles de capturar (con tal de que hayan sido construidas con tiempo y sin prisas).

La distinción entre una construcción apresurada y otra sistemática era importante, pues la edificación de un sistema defensivo «moderno» constituía una tarea importante –quizá la máxima obra de ingeniería de la época–. Así, la ciudadela pentagonal de Amberes, encargada en 1567, supuso la retirada de 590.000 metros cúbicos de tierra y la construcción de otros 200.000 de albañilería a un ritmo no superado hasta entonces de 5.500 metros cúbicos mensuales –aunque, incluso así, costó más de tres años terminarla–. Es evidente que un proyecto tan prolongado, en especial cuando se aplicaba a toda una ciudad, sólo podía emprenderse adelantándose a una amenaza, y no en respuesta a ella.

En un escrito de 1526, Nicolás Maquiavelo preveía tres formas distintas de transformar una ciudad en una fortaleza artillada. Dos de ellas suponían comenzar de cero, derribando las murallas existentes y construyendo un nuevo sistema defensivo que incluyera todos los suburbios y todos los puntos desde donde pudiera amenazar el enemigo (como las cotas altas vecinas), o bien levantando un recinto más reducido que el anterior, abandonando (y aplanando) todas las zonas consideradas indefendibles. Ambos métodos implicaban, no obstante, unos gastos colosales; así, en 1542, el papado abandonó su proyecto de rodear Roma con un cinturón de dieciocho poderosos bastiones cuando llegaron las facturas para la construcción de sólo uno; y en la década de 1590 los venecianos decidieron reducir de doce a nueve bastiones el tamaño de su proyectada fortaleza de Palmanova para poder economizar. Pero la creación de una fortaleza artillada implicaba también elevados costes sociales, pues afectaba por definición a zonas mucho más extensas que antes –sobre todo a los suburbios, situados justo en las afueras de las murallas medievales y en los que solían hallarse edificios importantes, como hospitales, conventos y monasterios, así como instalaciones industriales (molinos y hornos).

El informe escrito por Maquiavelo en 1526 admitía, pues, una tercera técnica para la construcción de fortificaciones modernas, que, aun siendo inferior a las otras, era más rápida y barata. Consistía en una modificación drástica de las defensas existentes mediante la reducción de la altura de las anteriores murallas y el aumento de su anchura, un nuevo diseño de torres y puertas para convertirlas en bastiones y la creación de una escarpa para permitir un campo de fuego adecuado. Es evidente que, cuando no estaban protegidos por ladrillos o piedra, los muros de tierra no solían durar mucho tiempo (los cálculos contemporáneos oscilaban de cuatro años, con un mantenimiento mínimo, a diez)

hasta que los agentes meteorológicos los erosionaban. Pero su levantamiento era relativamente rápido y barato, podían absorber con eficacia las descargas que incidían en ellos, y, si contaban con un número suficiente de defensores decididos, desafiar incluso a los mayores ejércitos de la época. Así, en 1552 la ciudad de Metz, en Lorena (Francia oriental), logró resistir un asedio organizado por 55.000 hombres –probablemente el ejército de campaña más numeroso del siglo–, a pesar de no disponer de un sistema defensivo plenamente «moderno». Los franceses habían tomado la ciudad en mayo, y cinco meses más tarde llegó una enorme fuerza reunida por el emperador Carlos V para recuperarla. No obstante, la guarnición francesa de 5.800 hombres trabajó día y noche para reforzar las fortificaciones existentes levantando «paseos de ronda» (de hasta cinco metros en algunos lugares) con «flancos» a ambos lados, precisamente en los puntos más vulnerables, y consolidando todos los muros con terraplenes y balas de lana. Así, cuando el 27 de noviembre, tras haber disparado más de 7.000 proyectiles contra un sector de la muralla perimetral, los sitiadores provocaron el derrumbamiento de unos 22 metros de la misma, no se atrevieron aún a lanzar un asalto, pues fue imposible silenciar los cañones de los flancos.

Avanzado el siglo, al mejorar tanto la potencia de la artillería como las técnicas de asedio, aquellos complementos añadidos a las defensas medievales resultaron inadecuados. El bastión angular era lo único que ofrecía seguridad, por lo cual las fortalezas artilladas inventadas en Italia central se propagaron de manera constante por toda Europa. En 1550, el nuevo estilo predominaba en la península italiana y a lo largo de las fronteras entre Francia y los Países Bajos y entre las tierras de los Habsburgo y de los turcos. Los años entre 1529 y 1572 fueron testigos de la construcción de unos 42 kilómetros de defensas abastionadas sólo en los Países Bajos: cuatro ciudadelas, doce recintos amurallados completamente nuevos y dieciocho sustancialmente renovados. En 1610, cincuenta fortalezas artilladas tachonaban los 965 kilómetros de frontera terrestre entre Calais y Toulon, mientras que otras defendían sectores estratégicos de Alemania, Inglaterra, Irlanda, Dinamarca, Polonia y Rusia, además de bases coloniales como las de La Habana y Cartagena en el Caribe, Mombasa, Diu y Malaca en el océano Índico, y Manila, Macao y Callao en las orillas del Pacífico.

El impacto de estas innovaciones se hizo sentir de varias maneras. En primer lugar, los asedios duraron mucho más a partir de entonces. Se habían acabado los tiempos en que era posible arrebatar al enemigo setenta y más fuertes en un par de temporadas de campaña (véase página 97), pues, donde hubiera bastiones, las conquistas máximas que podían obtenerse en un año consistían en una o, como máximo, dos fortalezas. La captura de cada fuerte defendido por la traza italiana requería meses, cuando no años. De hecho, poner sitio a una fortaleza ar-

tillada podía resultar casi tan arduo como levantarla: había que construir y guarnicionar un rosario de obras de asedio hasta que los defensores se rendían por hambre; otra alternativa consistía en abrir trincheras lo bastante adelantadas como para permitir bombardear los muros a corta distancia o introducir minas de pólvora bajo un bastión.

Sin embargo, la toma de una fortaleza artillada no sólo duraba más tiempo, sino que implicaba la intervención de muchos más soldados. Por un lado, guarnicionar las obras de asedio requería un ejército sitiador más numeroso: Sébastien le Prestre de Vauban, el principal ingeniero militar del siglo XVII, consideraba esencial para el éxito una proporción de diez sitiadores por defensor, con un mínimo de 20.000 hombres. Por otro lado, la acción ofensiva representaba sólo un aspecto de la campaña, pues también era necesario defender el territorio propio contra un posible ataque enemigo manteniendo unas guarniciones adecuadas y dejando en reserva un posible ejército de apoyo.

En cierto sentido, la traza italiana resultó eficaz para el esfuerzo que requería: la ciudad húngara de Szigeth, defendida por un recinto completo de murallas modernas, desafió con éxito a los turcos en 1566 con una guarnición de sólo 800 hombres. Pero al ser muchas las fortalezas que había que defender, unas guarniciones incluso relativamente reducidas podían llegar a inmovilizar –por acumulación– entre el 40 y el 50 por 100 de las fuerzas de un Estado. El mando supremo del ejército español de Flandes proyectó guarnecer 208 plazas distintas en los Países Bajos del sur para su campaña de 1640, lo que suponía una cifra de 33.399 soldados en un momento en que la fuerza total prevista para el ejército se situaba en tan sólo 77.000 hombres. Algo más tarde, Luis XIV de Francia consideró también prudente dedicar casi la mitad de su ejército a guarnecer los bastiones de la «frontera de hierro» de su reino: 166.000 hombres en 221 fortalezas en 1688, cifras que se elevaron a 173.000 hombres en 297 fortalezas en 1705.

Como es natural, una defensa efectiva exigía algo más que hombres; también requería cañones y munición. En la década de 1440, el ejército francés necesitó sólo 20 toneladas de pólvora y cuarenta cañoneros cualificados para su artillería, pero en 1500 las cifras correspondientes fueron de 100 toneladas y 100 cañoneros, y en 1540 de 500 toneladas y 275 cañoneros.

La difusión y multiplicación de los recursos militares –tanto humanos como materiales– a esa escala crearon problemas estratégicos nuevos y críticos. En su influyente obra *Sobre la guerra*, Carl von Clausewitz, el teórico militar alemán del siglo XIX, tomó prestado de la física el concepto de «centro de gravedad» para explicar lo que le parecía el objetivo esencial de la estrategia: «Un teatro de operaciones, tanto si es grande como pequeño, y las fuerzas estacionadas en él, sea cual sea su tamaño, constituyen el tipo de unidad en el que se pue-

de reconocer un único centro de gravedad, que es el lugar donde debería decidirse la acción».

Clausewitz se basaba en su experiencia directa de las espectaculares victorias francesas del periodo de 1792-1812 (véase el capítulo 11) y en sus amplias lecturas de historia militar para concluir que, «para Alejandro, Gustavo Adolfo, Carlos XII y Federico el Grande, el centro de gravedad era su ejército. Si su ejército hubiese sido destruido, todos habrían pasado a la historia como personajes fracasados». Pero su análisis ignoraba que el ejército de Gustavo Adolfo había sufrido, en realidad, una importante derrota en Nördlingen en 1634 (dos años antes de la muerte del rey en la batalla poco concluyente de Lützen), lo cual no provocó, sin embargo, el «fracaso» de Suecia. Al contrario, cuando la guerra concluyó por fin con la Paz de Westfalia, en 1648, Suecia logró todos sus objetivos bélicos principales: extensas conquistas territoriales, garantías adecuadas para su seguridad futura, y una sustanciosa indemnización de guerra.

La contradicción entre la derrota de Nördlingen y los logros de Westfalia se debió a que Suecia controlaba numerosas fortalezas artilladas que se mantuvieron firmes incluso tras la derrota del ejército principal. En 1648, las fuerzas suecas en Alemania sumaban aún 70.000 soldados, de los que casi la mitad guarnecían 127 plazas fuertes estratégicamente situadas: de ese modo no constituían un «centro de gravedad» susceptible de ser destruido por un adversario de un solo golpe. Otros teatros de operaciones dominados por la traza italiana en los siglos XVI y XVII demostraron ser igualmente resistentes a los golpes demoledores por los que abogaba Clausewitz. El problema fue resumido en frase memorable por don Luis de Requeséns, comandante de las fuerzas españolas que intentaban acabar con la rebelión de Flandes. «Reducir por fuerza 24 villas que hay rebeladas en Holanda, tardándose en cada una de ellas lo que aquí se ha tardado en las que por este camino se han reducido, no hay tiempo ni hacienda en el mundo que baste», advertía a su señor Felipe II en 1574. Y de nuevo, un poco más tarde:

> [Se ha] ganado muchas villas y una batalla, que cada cosa destas suele allanar y aun ganar un reyno de nuevo, aquí no ha sido de efecto ... Piensso que Dios, por mis pecados, me ha querido mostrar aquí tantas vezes la tierra de promissión, como a Moysés, pero que ha de ser otro el Josué que ha de entrar en ella.

Sin embargo, no apareció un Josué español; en cambio, las fortalezas artilladas de Holanda y Zelanda desafiaron todos los esfuerzos de reconquista realizados por Felipe II, hasta que su hacienda se declaró en bancarrota en 1575 y su ejército se amotinó y abandonó sus posi-

ciones en 1576. Hasta el siglo XVIII prevaleció en gran parte de Europa un modelo de guerra en el que la importancia de los asedios eclipsaba la de las batallas y los conflictos se eternizaban.

La proliferación de las fortalezas artilladas incrementó el coste de las guerras en dos aspectos esenciales: aumentando la duración (y reduciendo los beneficios) de cada operación militar, e incrementando el número de soldados y la cantidad de pertrechos requeridos para librarlas. El gasto bélico de España se multiplicó por cuatro a finales del siglo XVI, experiencia compartida por otros Estados menores: en 1565, el primer ministro inglés se quejó con petulancia de la «incertidumbre del coste de la guerra, pues hoy día vemos que todas las guerras cuestan tres veces más de lo que solían».

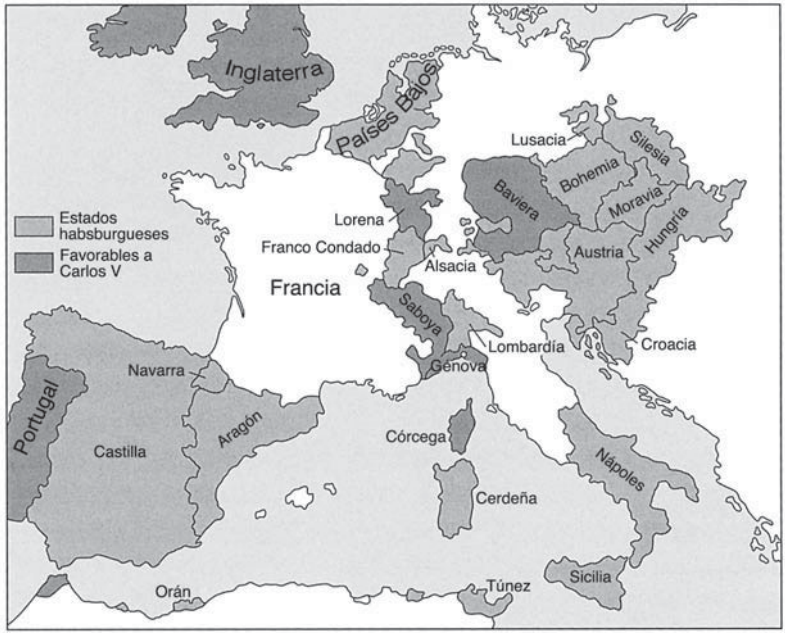
Sin embargo, las cargas de la guerra, que crecieron vertiginosamente en el siglo XVI, se debían a algo más que la mera tecnología. En primer lugar, la «revolución de los precios» ocurrida en aquel periodo incrementó el coste de todas las cosas –estuvieran o no relacionadas con la guerra–. Los productos alimenticios, por ejemplo, costaban por término medio un 4 por 100 más cada año, y el precio de la ropa, armas y otros pertrechos subió de forma correspondiente.

Esta continua inflación de los precios estuvo acompañada, sin embargo, por una expansión espectacular y sostenida de la actividad económica. Entre 1450 y 1580, la población de Europa occidental llegó casi a doblarse, aumentando constantemente la demanda interior, que dio pujanza al cultivo de la tierra, la producción agraria e industrial y el comercio. Esto puso a su vez a disposición de los Estados recursos adicionales (obtenidos mediante préstamos o impuestos, o por ambos medios) que les permitieron sustentar guerras. Es verdad que, como en la Edad Media, muchas partidas del gasto militar se descargaban sobre hombros ajenos. Las ciudades, sobre todo, tenían que pagar su propia defensa. Amberes, por ejemplo, financió sus espléndidas murallas nuevas (con nueve bastiones y cinco puertas monumentales), terminadas entre 1542 y 1557, y posteriormente su ciudadela pagándolas enteramente con préstamos garantizados por los impuestos locales sobre la propiedad y los productos alimenticios (¡al cabo de dos siglos no había sido devuelto aún el «fondo para la fortificación» creado de ese modo!). Además, los gastos corrientes de la defensa local recaían también normalmente sobre las comunidades particulares –entre sus responsabilidades comunes se hallaban las de mantener y guarnecer las murallas, así como las de alojar y alimentar la guarnición–, de modo que entre el 50 y el 75 por 100 de muchos presupuestos municipales estaban asignados a la defensa.

Sin embargo, una circunstancia política fortuita ocurrida en aquel periodo obligó a la mayoría de los Estados de Europa occidental a dedicar a la defensa una parte de sus recursos desconocida hasta entonces, lo cual llevó a imponer fuertes cargas fiscales y solicitar préstamos

más altos y desembocó (en definitiva) en una crisis constitucional, aunque no en una revolución. El matrimonio de Maximiliano de Habsburgo con María de Borgoña (heredera del duque Carlos el Temerario) en 1477 fue el comienzo del rápido ascenso de una dinastía germana meridional de menor importancia a una posición prominente en Europa: gracias a una serie de posteriores uniones acertadas y fallecimientos inesperados, su nieto Carlos V se convirtió en el primer mandatario de los Países Bajos borgoñones (1506), luego, en rey de España y de la Italia española (1516), y finalmente en emperador del Sacro Imperio Romano (1519). Francia, que había sido en otros tiempos el Estado más poderoso de Europa occidental, se sintió entonces cercada por los territorios de un único soberano, y una serie de monarcas franceses lucharon durante más de un siglo para liberarse de lo que consideraban la presa asfixiante de los Habsburgo. Poco a poco se fueron dando cuenta de que su propósito no podía alcanzarse combatiendo en sólo uno o dos teatros de operaciones al mismo tiempo. Por tanto, en otoño de 1552, mientras Carlos V sitiaba Metz, en Lorena, Enrique II mantenía un ejército de observación en Champaña, por si Metz necesitaba apoyo, otro en la frontera septentrional, donde, el mes de diciembre, sitió Hesdin (obligando así al emperador a abandonar el asedio de Metz), y un tercero en Italia, al principio para defender Parma y, luego, para guarnicionar la república rebelde de Siena. Francia combatía, pues, en tres frentes a la vez –en cuatro, si contamos las guarniciones de otras fronteras y las fuerzas que ocupaban Saboya; y en cinco, si incluimos en la cuenta la armada francesa, que actuaba frente a las costas italianas junto con los turcos–. El Estado francés no había intervenido hasta entonces simultáneamente en tantos teatros de guerra diferentes (aunque en el futuro lo haría en repetidas ocasiones).

La combinación de la revolución de la pólvora, la fuerte inflación de los precios y la hegemonía habsburguesa en Europa había creado un molde nuevo y caro para la aparición de importantes conflictos internacionales. El motivo principal de las luchas siguió siendo la rivalidad dinástica; pero mientras los distintos conflictos de la Edad Media solían producirse de manera aislada, a partir de 1500 estuvieron frecuentemente ligados. Además, el desarrollo simultáneo de una técnica nueva en la guerra naval extendió las hostilidades a alta mar, así como a algunas partes de América, África y Asia, de modo que, a partir de ese momento, las principales potencias europeas tuvieron que mantener también unas costosas armadas.



Mapa 4. El emperador Carlos V (1519-1558) recibió cuatro herencias distintas como sucesor de cada uno de sus abuelos. De Fernando de Aragón obtuvo los territorios de Sicilia, Nápoles, Cerdeña y Aragón, a los que añadió Lombardía y Túnez (1535). El legado de Isabel, esposa de Fernando, incluía Castilla, Granada y las Indias occidentales, a las que Carlos añadió México (1519-1522) y Perú (1532-1534). María de Borgoña le aportó la mayor parte de los Países Bajos, a los que Carlos anexionó más provincias en el nordeste. Su esposo, Maximiliano de Habsburgo, le legó Austria y Alsacia y contribuyó a asegurarle la elección como emperador del Sacro Imperio Romano en 1519, mientras Fernando, hermano de Carlos, sumaba Hungría, Bohemia, Moravia, Lusacia y Silesia en 1526. Los territorios de los Habsburgo rodeaban en ese momento a Francia, o –según frase de un ministro español– Francia era «el corazón del Imperio español».

TERCERA PARTE

LA ÉPOCA DE LOS CAÑONES Y LAS VELAS

VII. NAVÍOS DE LÍNEA

Geoffrey Parker

Durante los tres últimos siglos, la guerra naval en Occidente ha estado dominada por grandes barcos de guerra («navíos de primera clase») que utilizaban como arma principal artillería pesada y formaban en una única línea de combate para que sus potentes cañones pudieran disparar andanadas. En 1916, en la era del vapor, las flotas rivales enfrentadas en Jutlandia se desplegaron de manera muy similar a como lo habían hecho los veleros de guerra en los enfrentamientos entre Inglaterra y Holanda (librados casi en las mismas aguas) a mediados del siglo XVII.

Sin embargo, es difícil fechar con seguridad la aparición de esta táctica dominante y duradera. Existe, por ejemplo, una gran incertidumbre respecto al uso de la artillería de pólvora en el mar. Algunos cañones navales chinos de bronce y hierro colado conservados hasta hoy datan del siglo XIV, pero todos son relativamente pequeños. La inscripción de uno de ellos, del año 1372, dice así:

> Escuadra izquierda de la guardia naval, división Chin, nº 42. Tubo de fuego con boca grande en forma de tazón; pesa 26 catis. Fundido en un día propicio, el duodécimo mes del año quinto del reinado Hung-wu, por el Servicio Imperial de Fundición.

El número «42» demuestra que, durante el reinado del primer emperador Ming (Hung-Wu, 1368-1398), existió un plan regular para la fundición de cañones navales, pero aquellas armas de una longitud total de 43 centímetros sólo podían causar daños personales; no tenían capacidad para hundir navíos. Todavía en el siglo XVII, los juncos chinos desplegaban sólo armas contra personas. Un gran buque de guerra imperial visto frente a la costa de Cantón en 1637 por el viajero inglés Peter Mundy presentaba «puertas [es decir, portañolas] en sus costados»,

pero los cañones (observaba Mundy) eran sólo piezas ligeras de hierro colado que pesaban «entre 180 y 225 kilogramos cada una», con un calibre de 2,54 cm, aproximadamente, y disparaban una bala de una libra, aproximadamente. Aquellas armas no podían causar daños estructurales a otros barcos. Según Mundy, los juncos no podían llevar cañones más pesados «porque su entablado y maderamen eran muy débiles».

Pólvora y galeras

Las primeras referencias a la utilización de artillería pesada a bordo de un barco no proceden de China, sino de Europa. La crónica de la Guerra de los Cien Años escrita por Jean Froissart menciona que, en la década de 1340, algunos navíos españoles transportaban «todo lo necesario para su defensa», como «ballestas, cañones de hierro y culebrinas» (la culebrina era un cañón capaz de disparar balas más pequeñas a distancias mayores), y, con el tiempo, aquel armamento pasó a ser normal. Así, un siglo más tarde, según los registros del servicio de artillería de los duques de Borgoña, cada galera de la flota ducal transportaba (al menos en teoría) cinco cañones pesados de 1,20 metros de largo, «cada uno de los cuales disparaba un proyectil [de piedra] de 4 pulgadas [1,20 decímetros] de diámetro» y «estaba provisto de tres recámaras que podían ser utilizadas para todos los cañones», además de dos piezas más ligeras, provistas también de recámaras intercambiables.

Para entonces, la galera –larga, somera e impulsada principalmente a remo– había servido durante siglos como principal buque de guerra en aguas europeas. Pero la introducción de la artillería pesada provocó importantes cambios de diseño: el espolón dio paso a una plataforma especial para la artillería en la proa, en cuyo centro se armaba un cañón pesado flanqueado por algunas piezas más ligeras. En 1506, por ejemplo, la mayor galera española portaba una «bombarda de hierro» que pesaba unas cuatro toneladas como cañón de línea central, junto con otras dos de la mitad de tamaño y otra más cuyo peso era algo superior a una tonelada. Todas estas armas disparaban proyectiles de piedra, pero en la década de 1530 habían sido sustituidas por piezas de bronce que lanzaban balas de metal: la norma fue un cañón en la línea central, flanqueado por otras dos o cuatro piezas pesadas y varias armas más ligeras contra personas. Los cañones de línea central a bordo de las galeras eran, indiscutiblemente, las armas de pólvora más potentes de un barco; aunque predominaban los que disparaban balas de 50 libras (22,70 kilogramos), algunas galeras venecianas de mediados del siglo XVI llevaban cañones de 60 libras (con un calibre de 17,80 cm), e incluso de 100 y 120 libras. Los registros detallados del plan de pruebas de fuego de la República, así como algunas crónicas contemporáneas,

dan a entender que esta clase de cañones poseía un alcance efectivo de hasta 900 metros, y un alcance máximo de 3.200 metros. A partir de la década de 1540 apareció un buque de guerra todavía más poderoso: la galeaza; aquella nave, impulsada tanto a vela como a remo, cargaba ocho o más cañones pesados (repartidos entre la popa y la proa), junto con un complemento apropiado de armas antipersonales más ligeras. La galeaza napolitana *San Lorenzo*, que navegó con la Armada española en 1588, contaba con unas cincuenta piezas de artillería, entre ellas diez cañones y culebrinas.

En la década de 1550, el diseño de las galeras del Mediterráneo volvió a cambiar cuando las naves impulsadas por bancos de tres remos, manejados cada uno por un hombre, dieron paso a otras en las que tres o más hombres accionaban un solo remo enorme. Esta innovación permitió un moderado aumento del tamaño de las galeras y un considerable incremento en el número de remeros –de un total de 144 a 180 e incluso 200 por galera– y de personal combatiente complementario. Algunas naves embarcaban entonces 400 hombres, una población superior a los habitantes de muchos pueblos europeos, de modo que (según comentaba el capitán de una galera del siglo XVII), «cuando todos los hombres se hallan en sus puestos, sólo se pueden ver cabezas de proa a popa». Este aumento numérico acarreó otras dos consecuencias. En primer lugar, la adición de más hombres redujo significativamente las provisiones que podían transportarse por persona. La situación resultó especialmente grave en el caso del agua potable: como cada hombre consumía al menos 2,20 litros diarios, cada galera necesitaba acumular 910 litros de agua en su reducido espacio de almacenamiento por cada día de navegación. Así pues, cualquier aumento de la tripulación reducía la distancia dentro de la cual podía actuar un barco a partir de su base. En segundo lugar, aunque el coste de mantenimiento de cada galera se triplicó entre 1520 y 1590, la creciente capacidad de los Estados europeos para conseguir recursos destinados a la guerra tuvo como consecuencia la creación de flotas de galeras cada vez mayores. Carlos V había realizado sus campañas en el Mediterráneo con menos de 100 galeras, pero su hijo Felipe II de España movilizó casi 200.

En conjunto, estas cuatro innovaciones –galeras de mayor tamaño, con tripulaciones más numerosas, armadas con artillería más potente y con mayor número de piezas– transformaron la naturaleza de la guerra naval con barcos de remo. Por un lado, el alcance efectivo de las principales flotas se acortó de forma drástica; por otro, se redujo el número de puertos y fondeaderos capaces de servir como bases efectivas. La guerra de galeras en el Mediterráneo se convirtió cada vez más en una serie de descomunales ataques frontales contra posiciones sólidamente fortificadas (Djerba en 1560, Malta en 1565, Chipre en 1570-1571, Túnez en 1573-1574), mientras que las escasas grandes

batallas (Prevesa en 1538, Lepanto en 1571) se libraron en los fondeaderos de la flota principal o cerca de ellos. En 1600, la galera había caído en desuso en la mayoría de los países de Europa excepto para la defensa costera y contra la piratería, pues el coste de mantener una fuerza de naves de combate movidas a remo y capaces de lograr objetivos estratégicos importantes había alcanzado alturas prohibitivas. Las flotas de galeras siguieron funcionando sólo en el Báltico, donde los islotes rocosos que bordeaban el litoral complicaban la navegación a vela: los rusos utilizaron galeras para realizar incursiones en la costa sueca en 1719-1721, y los suecos destruyeron la mayor parte de la flota rusa en Svensksund en 1790 gracias al empleo imaginativo de galeras fuertemente artilladas. En otras partes, sin embargo, se fueron a pique por la carga de su propio peso.

El navío de primera clase

Los orígenes del navío de primera clase, que sustituyó a la galera como principal buque de guerra europeo, se sitúan en el siglo XV. Los carpinteros de ribera medievales de los puertos del Atlántico se especializaron en construir barcos de vela en «tingladillo», con las planchas superpuestas y calafateadas en torno a un forro sencillo. Algunos eran muy grandes y podían adaptarse a usos militares. Enrique V de Inglaterra (1413-1422) poseía, por ejemplo, varios buques de guerra de gran tamaño y diseño tradicional: uno, el *Gracedieu*, de 1418, construido con dos capas de tablazón y (probablemente) dos mástiles, podía medir unos 25 metros de roda a popa, desplazaba 1.400 toneladas y transportaba cuatro cañones (aunque todos ellos eran cortos y disparaban desde la cubierta superior). Sin embargo, poco después, los astilleros de la costa atlántica –empezando por España y Portugal– comenzaron a construir sus naves en torno a un esqueleto completo, con cuadernas y abrazaderas, encajando las tablas «a tope», sin superponerlas. La solidez adicional aportada por esta técnica permitía una enjarciadura más compleja: a partir de ese momento, tres mástiles, y a veces cuatro, portaban una multiplicidad de velas, algunas cuadradas, para proporcionar más potencia, y otras triangulares, para ayudar a realizar movimientos laterales. En 1500, el «navío» –una de las máximas invenciones técnicas de la Europa medieval– se había convertido en el barco de vela más importante del Atlántico. Gracias a sus grandes bodegas satisfacía las necesidades de la bullente economía europea; sus espléndidas cualidades veleras le permitían realizar viajes de descubrimiento y colonización ultramarina; y con su sólida construcción, capaz de absorber el retroceso de los disparos de cañón, así como el impacto de los proyectiles recibidos, abrió el camino al fuego de andanada que hacía añicos las naves.

Mapa 5. En el siglo XVI, el Mediterráneo se convirtió en campo de batalla entre cristianos (en el norte y el oeste) y musulmanes (en el sur y el este). Algunos enclaves aislados fueron cayendo gradualmente –el Peñón de Vélez en poder de los españoles; Rodas y Chipre, en el de los turcos–, y las bases estratégicas del Mediterráneo central fueron objeto de ataques cada vez más frecuentes. Túnez, por ejemplo, cambió de manos en cuatro ocasiones: capturada por los cristianos en 1535 y 1573, fue retomada por los turcos en 1570 y 1574. Pero, entonces, estalló la paz: primero los venecianos (1573) y, luego, España (1577) concluyeron un armisticio con los turcos, y las grandes flotas de galeras dieron paso a escuadras piratas más pequeñas.

Sin embargo, el fuego de andanada requería también la invención de portañolas con bisagras en el casco, para que la artillería pesada pudiera desplegarse con seguridad a lo largo de las cubiertas inferiores del barco. Aunque los datos visuales revelan la existencia de portañolas ya en la década de 1470, el primer velero de guerra auténtico capaz de disparar andanadas parece haber sido el *Great Michael,* de 1.000 toneladas, botado en Escocia en 1511, que cargaba doce cañones en cada costado, así como tres «grandes basiliscos» en la amura y en popa, además de unas 300 piezas menores. Funcionaba como buque insignia de una flota escocesa de, al menos, once navíos. La flota sobrevivió a duras penas tras la muerte de su creador, el rey Jacobo IV, en 1513 –el *Great Michael* fue vendido a Francia al año siguiente para ahorrar dinero (¡sus costes de mantenimiento absorbían por sí solos el 10 por 100 del total de los ingresos del Estado!)–. No obstante, resistió lo suficiente como para inducir a Enrique VIII de Inglaterra a iniciar un programa de construcción naval rival y de mayor duración. El *Great Harry,* botado un año después del buque insignia escocés y construido, posiblemente, a imitación suya, desplazaba también 1.000 toneladas y cargaba cuarenta y tres cañones pesados y 141 ligeros, con un total de 100 toneladas (la pieza más larga, de 30,48 centímetros de calibre, medía 5,5 metros). Al morir Enrique en 1547 tras haber derrotado dos años antes a una importante fuerza invasora francesa en el Solent, su armada estaba constituida por cincuenta y tres buques de guerra bien artillados que desplazaban en conjunto unas 10.000 toneladas.

Aquella flota, como la de Jacobo IV de Escocia, resultó también demasiado costosa para perdurar. En 1555 se había reducido a sólo treinta barcos, y los navíos de primera clase habían pasado de doce a tres. Sin embargo, aunque la Royal Navy contaba todavía con sólo treinta y cuatro naves de combate en 1588, dieciocho de ellas superaban las 300 toneladas, y el desplazamiento total de la flota pasaba de las 12.000 toneladas. Todas las naves fueron movilizadas aquel año contra la Armada enviada por Felipe II contra Inglaterra, y los informes españoles conservados señalaron la cortina constante de fuego artillero mantenida por los barcos de la reina: según algunos, los ingleses parecían capaces de disparar cuatro o cinco descargas en el tiempo empleado por la Armada española en disparar uno, mientras que los veteranos de la gran batalla de galeras librada en Lepanto en 1571 consideraban que, en comparación, el cañoneo sufrido por ellos en el canal de La Mancha y el mar del Norte en 1588 fue veinte veces más violento.

Este dato resulta sorprendente, pues la técnica de las baterías navales de largo alcance, al igual que la del navío, tuvo sus orígenes en España y Portugal. Las *Instrucciones* dictadas en 1500 por el rey de Portugal al comandante de una flota enviada al océano Índico especi-

ficaban que, cuando se encontrara con barcos hostiles, tenía que actuar de la siguiente manera: «No deberéis acercaros a ellos, si podéis evitarlo, sino que habréis de obligarlos a arriar velas sólo con vuestra artillería... de modo que esta guerra pueda realizarse con mayor seguridad y que el personal de vuestros barcos sufra, por tanto, menos pérdidas». La precisión de estas órdenes da a entender que no constituían una novedad en 1500. En cualquier caso, entraron en vigor de inmediato y las flotas portuguesas de ultramar se desplegaban en línea de frente para atacar a sus enemigos disparando una andanada y virando luego en redondo para volver y descargar la siguiente. Pero los portugueses no lograron mantener su ventaja técnica en la guerra naval. En su tratado de 1555, *El arte de la guerra en el mar,* Fernando Oliveira reconocía que «en el mar, combatimos a distancia, como si lo hiciéramos desde murallas o fortalezas, y raramente nos acercamos lo suficiente como para luchar cuerpo a cuerpo». También recomendaba la formación de una línea única de frente como formación ideal de combate, pero aconsejaba a los capitanes que sólo cargaran armas pesadas en la proa, como en las galeras, y colocaran en los costados las piezas más ligeras, la mayoría de ellas de avancarga. «No embarquéis piezas de artillería pesada en naves pequeñas», advertía, «pues el retroceso las destrozará». Todavía en 1588, el armamento a bordo de los galeones portugueses que encabezaron la Armada española era aún relativamente ligero: aunque cada nave transportaba hasta cincuenta cañones, la mayoría eran, al parecer, de 14 libras o menos. Para entonces, todos los galeones de la flota inglesa embarcaban tres o cuatro de 30 libras, así como una batería de costado de veinte piezas de 17 y 14 libras. De ese modo, la Royal Navy podía disparar cañones más pesados, y además con mayor frecuencia. Aunque, en 1588, el fuego artillero inglés hundió directamente sólo un barco de la Armada española, varios más sufrieron tales daños por las descargas de la artillería que no sobrevivieron a su viaje de vuelta a España. El propio buque insignia, el galeón portugués *San Martín*, de 1.000 toneladas, sólo consiguió regresar gracias a dos grandes guindalezas atadas en torno a sus costados dañados.

La pérdida de los registros de operaciones ingleses para 1588 impide precisar más los logros de la flota inglesa frente a la Armada española. Sin embargo, los documentos conservados relativos a la incursión de 1596 contra Cádiz, llevada a cabo por dieciséis galeones de la Royal Navy, la vanguardia de una flota de más de 120 navíos ingleses y holandeses, arrojan más luz. Así, por ejemplo, el *Dreadnought*, de 400 toneladas, embarcaba treinta y cinco cañones, diecisiete de los cuales disparaban munición de grueso calibre. El barco partió de Inglaterra con 576 balas redondas de hierro para aquellos diecisiete cañones, y disparó 353 (el 61 por 100). A su vez, el *Rainbow,* de 500 to-

neladas, transportaba veintiséis cañones, veinticinco de los cuales, por lo menos, disparaban munición de grueso calibre. El barco dejó Inglaterra con 670 balas de hierro para aquellas armas y disparó 392 (el 58 por 100). Ahora bien, la descarga de casi 400 disparos de grueso calibre por barco en una sola campaña –muchos de ellos en un único día (el 21 de junio de 1596), en el que, según un relato contemporáneo, «se cruzaron entre nuestras naves, la ciudad y las galeras infinitos proyectiles que les causaron grandes daños, sin que nosotros sufriéramos ninguna pérdida»– marcó un estilo de guerra naval completamente nuevo.

La campaña de la Armada española y la incursión contra Cádiz tuvieron consecuencias significativas. En primer lugar revelaron la debilidad de España en el mar, que llevó a la creación de la flota española de Alta Mar para hacer frente a la nueva amenaza. En segundo lugar, animó a otros a probar suerte contra la demostrada vulnerabilidad del imperio mundial de Felipe II. Los holandeses, al igual que los españoles, comenzaron a construir una armada propiamente dicha. Al principio, las naves se pensaron ante todo para la defensa costera y siguieron siendo relativamente pequeñas, pero a partir de 1596 se proyectaron barcos mayores capaces de llevar la guerra a aguas enemigas. En 1621, la armada holandesa contaba con nueve navíos de primera que desplazaban 500 toneladas o más.

Comenzó en ese momento una carrera de armas navales en la que las principales potencias del Atlántico rivalizaron por producir más y mayores buques de guerra. El *Prince Royal*, de 1.200 toneladas, botado en Inglaterra en 1610, fue probablemente el barco de guerra más grande del mundo y era, sin duda, el que disponía de un mayor número de piezas de artillería pesada, con cincuenta y cinco cañones que superaban por poco las 83 toneladas. Lo mismo puede decirse del *Sovereign of the Seas*, de 1.500 toneladas, botado en 1637, provisto de 104 cañones cuyo peso sobrepasaba las 153 toneladas. Con sus 39 metros de eslora y 13 de manga era, de hecho, sólo un tercio más pequeño que el buque insignia británico de la batalla de Trafalgar (1805), el *Victory*, que medía 52 por 16 metros. Estos barcos de guerra, y docenas más como ellos, superaban el tamaño de una casa rural media y transportaban más artillería que muchas fortalezas de la época.

La línea de batalla

Sin embargo, los navíos de primera clase del siglo XVII cargaban menos de la mitad del velamen de un barco equivalente de la época de Nelson, lo cual los hacía de difícil manejo (tanto más cuanto que la rueda del timón no sustituyó a la caña hasta comienzos del siglo XVIII);

y esa torpeza era, en parte, lo que confería tanto atractivo al combate en una única línea de frente. Las «Instructions for the better ordering of the fleet in fighting» [«Instrucciones para el mejor orden de la flota en combate»], impartidas a la armada inglesa del mar del Norte en 1653, se hacen eco precisamente de esa misma táctica, diseñada para la flota portuguesa de Asia:

> En cuanto vean al *General* [el buque insignia] entablar combate..., cada escuadra deberá situarse en la posición más ventajosa que pueda para enfrentarse al enemigo más próximo a ella; y, siguiendo ese orden, los barcos de cada escuadra se esforzarán por mantenerse en la misma línea que el jefe.

Los holandeses eran ya partidarios de esa misma táctica, por lo que las batallas de las guerras angloholandesas (1652-1654, 1665-1667, y 1672-1674) vieron cómo dos flotas gigantescas de barcos de primera clase tendidos en una única línea de 8 kilómetros o más entablaban un duelo artillero mortal que podía durar varios días. En cada una de las tres batallas navales libradas en el mar del Norte durante el verano de 1673 entre las flotas holandesa e inglesa participaron, por ejemplo, de 130 a 150 barcos de primera clase –conocidos en ese momento como «navíos de línea»–, con una potencia de fuego conjunta de entre 9.000 y 10.000 cañones.

Aunque aquellas naves estaban erizadas de piezas de artillería, era raro que las balas bastaran por sí solas para hundirlas. Ni siquiera un proyectil de 32 libras, el de mayor peso disparado normalmente por un navío de línea, abría un gran agujero al atravesar un barco. Las astillas de roble que estallaban desde el punto de entrada herían y mataban a la tripulación, pero dejaban intacta en gran medida la integridad estructural del buque. Los capitanes no solían arriar bandera hasta que el fuego amenazaba con destruir su nave, cuando las bajas de la tripulación alcanzaban niveles inaceptables o cuando el barco ya no podía maniobrar.

La carrera armamentista naval siguió, por tanto, su curso. En 1688, la flota holandesa contaba con 102 barcos de guerra (entre ellos sesenta y nueve navíos de línea), la inglesa con 173 (incluidos 100 de línea), y la francesa con 221 (con noventa y tres de línea). Casi todos los buques de primera clase eran de dos o tres cubiertas y embarcaban de 50 a 100 cañones pesados –de hecho, su parecido básico dio pie a una estratagema común consistente en enarbolar pabellón falso para engañar a los barcos enemigos– y demostraron hallarse muy a la par. Así, aunque los franceses se vieron sorprendidos por la audaz incursión de Guillermo III contra Inglaterra en noviembre de 1688, la armada de Luis XIV consiguió el control del canal de La Mancha al año

siguiente, lo cual le permitió llevar a cabo una gran invasión de Irlanda, y en 1690 derrotó a la flota conjunta de combate angloholandesa frente a las costas de Beachy Head (un cabo de la costa de Sussex).

Sin embargo, una victoria naval aislada no bastaba si los vencidos seguían conservando una fuerza marina formidable. En palabras del almirante inglés derrotado, «la mayoría de los hombres temía que los franceses llevaran a cabo una invasión, pero yo fui en todo momento de la opinión contraria, pues siempre he dicho que, mientras dispongamos de una flota significativa, no lo intentarán». El almirante tenía razón, y después de Beachy Head, la flota inglesa «significativa» creció constantemente de tamaño: de los 173 barcos con 6.930 cañones y un desplazamiento total de casi 102.000 toneladas en 1688, pasó a 323 barcos con 9.912 cañones y un desplazamiento total de 160.000 toneladas al acabar el siglo. Setenta y uno de los nuevos barcos eran navíos de línea.

No obstante, sólo unos pocos eran de «primera categoría»: los descomunales buques de guerra que cargaban entre 90 y 100 cañones resultaban demasiado caros de construir y excesivamente inmanejables para realizar maniobras excepto en condiciones de calma chicha. Poco a poco se fue reduciendo el peso de los cañones en relación al tamaño del casco, y las jarcias mejoraron constantemente gracias a la adición de más velas, rizos para recogerlas y marchapiés para permitir a los marineros sujetarse con más seguridad en las vergas. En el siglo XVIII, los franceses, que habían creado una escuela de diseño naval más científica (en la que cada astillero tenía un «consejo de construcción» formado por oficiales superiores en funciones y carpinteros jefes), fueron los primeros en presentar dos tipos de barcos de guerra de traza innovadora e influyente: el buque de primera clase con dos cubiertas y setenta y cuatro cañones, el navío de línea más versátil y marinero de todos los existentes –a partir de 1719–, y la fragata ligera, con veintiséis cañones desplegados en una sola cubierta –a partir de 1744–. Otras potencias navales siguieron pronto sus pasos, de modo que el «setenta y cuatro» y la fragata se convirtieron en modelos estándar; pero los barcos de guerra franceses siguieron incorporando durante todo el siglo XVIII innovaciones que revelaban que sus constructores se hallaban en la vanguardia del diseño y la construcción naval –¡hasta el punto de que los almirantes navales británicos hicieron a veces de las presas tomadas a los franceses sus buques insignia!

Cálculo de costes

El coste de la carrera armamentista naval resultaba, sin embargo, paralizante. El gasto de construir un navío de primera clase, que en 1588 ascendía a tan sólo 2.500 libras esterlinas, había alcanzado un siglo más

tarde la vertiginosa cifra de 13.000 libras; para entonces, los astilleros de la armada, con más de 4.000 obreros, eran con ventaja la mayor empresa industrial de Gran Bretaña. Además, los hombres que integraban la flota que derrotó a la Armada española en 1588 eran menos de 16.000, mientras que la flota de Cromwell de la década de 1650 incluía a 30.000, y la de Guillermo III en la década de 1690 sumaba 45.000. ¿Dónde se encontraba a aquellos hombres? Sólo la flota mercante podía suministrar los marineros adiestrados necesarios para tripular una armada en tiempos de guerra, por lo que existía una importante relación entre el tamaño de la marina mercante y la flota de combate. En este punto, Inglaterra cosechó los beneficios de su condición insular, lo que significaba que todo el comercio con el extranjero debía ser por definición marítimo, pues aunque la mitad de las tripulaciones de sus buques de guerra eran «conscriptos», obligados por la fuerza a prestar servicio al Estado, la mayoría estaban habituados a manejar barcos en el mar. Algo más difícil resultó la tarea de encontrar un cuerpo de oficiales adecuado y suficiente para comandar esos barcos; pero, poco a poco, la permanencia de la institución naval comenzó a atraer a personas acaudaladas para servir como oficiales profesionales.

La armada de Inglaterra gastó 1,5 millones de libras durante la guerra contra España entre 1585 y 1604, 9 millones durante el periodo de 1648 a 1660, y casi 19 millones durante la guerra de Guillermo III (1689-1697). Ningún otro Estado europeo podía igualar aquel nivel de gasto, por la simple razón de que todos, excepto Inglaterra, eran potencias continentales, obligadas a mantener un gran ejército de tierra. Esto no significaba que franceses y holandeses no pudieran seguir compitiendo en el mar –lo hicieron en numerosas ocasiones (con cierto éxito) a finales del siglo XVII, y volvieron a hacerlo en torno a 1780–; pero mientras Inglaterra pudo contar con aliados continentales para amenazar a sus enemigos por tierra, éstos no pudieron destruir la supremacía inglesa por mar.

Los primeros imperios marítimos europeos

La carrera armamentista naval en el Atlántico norte culminó, así, en una costosa situación de tablas en aguas territoriales. No obstante, había creado unas flotas capaces de proponerse objetivos estratégicos lejos de la metrópoli. Una vez más, fueron los portugueses quienes mostraron el camino. En 1502, por ejemplo, una escuadra de cinco pequeñas carabelas (barcos de guerra de dimensiones reducidas), tres grandes carracas (naves mercantes armadas de mayor tamaño) y otros diez buques se encontraron con una flota india de unos veinte barcos grandes y sesenta pequeños en las costas malabares. Los indios, animados por su superiori-

dad numérica, cerraron filas para combatir, momento en el cual el comandante portugués

> ordenó a las carabelas colocarse a popa unas de otras formando una línea y soltar todo el trapo posible, disparando sus cañones cuanto pudieran, mientras él hacía lo mismo con las carracas que marchaban detrás. Cada una de las carabelas llevaba treinta hombres, con cuatro cañones pesados abajo y seis falconetes arriba, además de diez piezas ligeras situadas en el alcázar y en las amuras... Las carracas embarcaban seis cañones en cada costado, con otros dos más pequeños en la popa y la proa, además de ocho falconetes y numerosas piezas menores.

A medida que navegaban entre la flota malabar, cada nave abría fuego de andanada y «se apresuraba a recargar los cañones con sacos de pólvora con cantidades preparadas para ese fin, de modo que podían recargar con gran rapidez». Luego, «después de haber atravesado la formación, viraron en redondo» y volvieron a hacer lo mismo. Según este relato, sus cañones grandes apuntaron a la línea de flotación, mientras que los más pequeños se centraron en los mástiles, las jarcias y las personas apiñadas en cubierta. Varios barcos enemigos se fueron a pique, otros sufrieron grandes daños, y la pérdida de vidas fue aterradora. Pero los portugueses salieron más o menos indemnes, pues, aunque los barcos indios «dispararon las numerosas piezas de artillería que portaban, todas eran pequeñas» y no causaron daños estructurales; además, la mayoría de los europeos permaneció bajo cubierta, de modo que no les dañaron ni las balas ni las flechas. Los restos dispersos de la flota malabar emprendieron la huida.

Otros encuentros navales entre los portugueses y sus adversarios concluyeron con victorias similares, lo cual permitió crear una cadena de fuertes y puestos comerciales en la costa del océano Índico y en el interior del mar de la China y regular la mayor parte del tráfico marítimo en aguas del sur de Asia. Los europeos llevaron consigo el dicho, demostrado una y otra vez en la Edad Media, de que no podían comerciar sin guerra ni guerrear sin comercio.

No obstante, es posible que el cañón naval y la línea de combate facilitaran en exceso la adquisición de un imperio. Según un portugués desencantado que escribía a finales del siglo XVII,

> a partir del Cabo de Buena Esperanza no quisimos dejar nada fuera de nuestro control. Estábamos ansiosos por apoderarnos de todo en esa inmensa extensión de más de 5.000 leguas de Sofala a Japón. Y lo que era peor... emprendimos esa tarea sin calcular nuestra fuerza ni pensar en que... esa conquista no podía durar para siempre.

En la década de 1590, las flotas inglesa y holandesa penetraron en el océano Índico y comenzaron a poner en cuestión el control del comercio por los portugueses. En 1602, por ejemplo, la flota enviada por la Compañía Holandesa de las Indias Orientales estaba formada por 14 barcos, nueve de los cuales superaban las 400 toneladas, mientras que la enviada en 1603 incluía el *Dordrecht*, un navío de primera clase de 900 toneladas armado con seis cañones de 24 libras y ocho de 8 o 9 libras. Entre 1602 y 1619, la Compañía había establecido fuertes y puestos comerciales de importancia en trece lugares y enviado a Asia 246 barcos; en cambio, sólo setenta y nueve naves portuguesas alcanzaron su destino en la India, aunque algunas eran de tamaño muy grande. De ellas sólo regresaron cuarenta y tres.

La balanza del poder en América no se había inclinado de momento en perjuicio de las potencias ibéricas –si bien, cuando lo hizo, españoles y portugueses habían logrado ya consolidar allí su poderío con mucha mayor eficacia–. Una generación después del desembarco fortuito de Colón en el Caribe en 1492, un pequeño número de españoles había impuesto, mediante una combinación de fuerza, alevosía y suerte, su control efectivo sobre más de 1.200.000 kilómetros cuadrados del Nuevo Mundo, una superficie cuatro veces mayor que la de la península del Viejo Mundo de donde procedían, y sobre una población de unos veinte millones de almas, siete veces la de España. Además –dato igualmente notable–, gracias a las superiores cualidades veleras y al armamento de sus naves, habían convertido el océano que unía el sur de Europa con el Caribe en un lago español. La siguiente generación de invasores y exploradores ibéricos hizo casi otro tanto: las fronteras de la ocupación europea se ampliaron constantemente, aunque la población nativa incluida en ellas se redujo de forma inexorable, y a raíz de la circunnavegación del globo realizada por Magallanes en 1519-1522, el Pacífico pasó a ser, asimismo, un lago español. Parece una ironía que, en el momento mismo en que se enfrentaba a su amenaza más grave por tierra en varios siglos (encarnada en los turcos otomanos), Occidente iniciara por mar un periodo de expansión sin precedentes, pues el siglo XVI no fue sólo una época de revolución militar y naval, sino también la edad de oro del conquistador.

VIII. LA CONQUISTA DE AMÉRICA

Patricia Seed

«Ellos no traen armas ni las conocen, porque les mostré espadas y las tomaban por el filo, y se cortaban con ignorancia. No tienen algún hierro». Así escribía Cristóbal Colón sobre los primeros nativos que encontró en el Nuevo Mundo el 12 de octubre de 1492. Al llegar a las Bahamas a bordo de uno de los tres barcos armados con artillería ligera, muy empleados en viajes de exploración, Colón recaló en una parte del mundo desconocida por los antiguos.

Aunque se equivocaba en muchas cosas, tenía razón en una: los pueblos nativos del Nuevo Mundo no usaban el hierro. La mayoría de los indígenas americanos utilizaban únicamente técnicas de la Edad de Piedra y no conocieron por vez primera armas de hierro, ni siquiera utensilios de ese metal, hasta después de la llegada de Colón. En sus anteriores viajes de exploración a África y Asia, los europeos se habían encontrado con gente que, como ellos mismos, hacía uso de armas y utensilios de hierro. Cuando los nativos de San Salvador «se cortaban con ignorancia» en 1492, demostraban desconocer por completo el borde afilado que sólo el hierro puede mantener. Aquel filo de hierro sería fundamental para la conquista, pues el hierro (a veces en su forma más pura de acero) era el principal componente de las poderosas espadas, cuchillos, puñales y lanzas y un elemento esencial de las ballestas, armas todas ellas que podían utilizarse para causar lesiones mortales; también era el material más importante de las armas de fuego, el arcabuz y el cañón. Finalmente, constituía el componente clave de los artefactos defensivos, los cascos y las corazas (cotas y hombreras metálicas), con que los europeos se protegían de las armas de los nativos.

Según Colón, los nativos portaban arcos del mismo tamaño que los utilizados en Europa, pero con flechas más largas, hechas de caña o de un tubo de madera afilada, a veces con un diente de pez en la

punta. De hecho, los utensilios de caza y pesca de toda América estaban hechos de varillas, huesos o dientes; de ahí que los ganchos de hierro para cazar y pescar, las puntas de flecha y las hachas de ese metal para cortar madera, así como los cuchillos de hierro para trinchar, fueran pronto los artículos comerciales más solicitados en todas partes del continente americano, pues hacían que la caza y la pesca con fines alimenticios fueran mucho más fáciles que antes. Los mohawks del siglo XVII, que habitaban cerca de Albany, en Nueva York, llegaron a conocer a los europeos por ese motivo con el sobrenombre de «los trabajadores del hierro». Pero las puntas de hierro para las flechas, los cuchillos de tajar y las hachas para cortar fabricadas con ese metal podían utilizarse también como armas, por lo que acabaron modificando para siempre la manera de guerrear de los nativos americanos.

Al principio, los pueblos caribeños que conoció Colón mostraron más interés por las armas más parecidas a las suyas, en especial por la ballesta reforzada con hierro, que disparaba flechas más lejos y penetraba en el blanco con mayor profundidad que los arcos y flechas convencionales. En cambio, las ventajas de las desconocidas espadas de acero no fueron percibidas tan de inmediato. Tras haber observado el interés de los taínos por la ballesta, Colón sacó su espada de la vaina y se la mostró, diciendo que era tan poderosa como la ballesta. Y esas dos armas –la espada y la ballesta– serían las únicas utilizadas en los primeros enfrentamientos militares de los europeos en el Caribe.

El cañón: un efecto impresionante

Los instrumentos de guerra más impresionantes que los occidentales llevaron consigo al Nuevo Mundo fueron sus inventos tecnológicos más recientes –los arcabuces y, sobre todo, el cañón: armas de hierro colado y bronce que habían comenzado ya a modificar la práctica de la guerra en Europa–. Los europeos se mostraron ansiosos por mostrar en toda América sus armas más nuevas y poderosas a los pueblos del Nuevo Mundo, que se sintieron convenientemente impresionados. Tras ordenar disparar con un arco turco en Santo Domingo el 26 de diciembre de 1492, «mandó el Almirante tirar una lombarda y una espingarda [prototipos de cañón y arcabuz]», y «viendo él [el señor] el efecto que su fuerça hazían y lo que pentravan, quedó maravillado. Y cuando su gente oyó los tiros, cayeron todos en tierra». Los nativos entregaron luego a Colón una gran máscara decorada con cantidades considerables de oro.

Aunque no todos los conquistadores recibieron oro por mostrar sus armas, fueron incontables los europeos que ordenaron disparar sus

cañones para impresionar a los nativos con sus capacidades militares. En 1536, en su segundo viaje aguas arriba del San Lorenzo, Jacques Cartier mandó abrir fuego con una docena de pequeñas piezas de artillería montadas a bordo contra los bosques que se extendían frente a los barcos. Los algonquinos «se sintieron tan estupefactos», según Cartier, «como si los cielos hubieran caído sobre ellos, y comenzaron a dar alaridos y a chillar tan alto que se podría pensar que el Infierno se había vaciado en aquel lugar».

También se produjeron casos de identificaciones erróneas. Así, el 29 de agosto de 1564, un rayo cayó cerca del asentamiento francés de la costa de Florida, provocando un incendio que consumió más de 200 hectáreas. En cuanto el fuego se extinguió, seis indios se presentaron ante el jefe de la expedición francesa. Tras ofrendarle varias cestas llenas de maíz, calabazas y racimos, el jefe Timucua dijo que «consideraba muy extraño el proyectil del cañón que yo había disparado contra su campamento. Había hecho que ardiera una infinidad de praderas verdes... y pensaba que iba a ver incendiada su casa». Al darse cuenta de que Timucua había visto el gigantesco relámpago y de que, en vez de considerarlo un acto de la naturaleza, había creído que procedía de un cañón, el comandante francés Laudonnière «fingió», según sus propias palabras, y dijo al jefe que había disparado el cañón para expresar su disgusto, y que había perdonado las casas de los indios a pesar de que podría haber ordenado destruirlas con igual facilidad. Había abierto fuego con el arma «para que [el indio] reconociera su poder». Por razones similares, Hernán Cortés ordenó realizar en México una demostración de disparos de cañón ante un escriba, que documentó sus impresiones en una corteza para que fueran transmitidas al emperador Moctezuma. Los indios americanos no tuvieron ningún problema en reconocer el grado de destrucción que podía provocarse con el cañón.

El cañón siguió siendo útil en demostraciones de fuerza realizadas durante la conquista del Nuevo Mundo, pero raras veces fue necesario en combate. La excepción más famosa fue la del asedio de Tenochtitlán, la capital azteca, en el corazón de la actual Ciudad de México. Los españoles llegaron a la capital el 8 de noviembre de 1519 y se apoderaron de inmediato del dirigente azteca Moctezuma, reteniéndolo como rehén. Casi seis meses después masacraron a un grupo de señores nativos en un banquete y provocaron una respuesta explosiva. A pesar de sus cañones y arcabuces y de decenas de miles de aliados, los soldados españoles sufrieron su máxima derrota y el mayor número de bajas de sus primeros cincuenta años de conquista. Cientos de ellos perdieron la vida –la cifra de muertos pudo ascender a 450 españoles, además de 4.000 aliados indios–, y los restantes tuvieron que retirarse de la capital el 1 de julio de 1520. Para vengar la

derrota, Cortés regresó y adoptó las tácticas de guerra de asedio comunes en Europa.

Tenochtitlán era una isla situada en medio de un lago, unida a tierra firme por tres calzadas. Tras haber cortado militarmente el contacto entre la capital y sus aliados de la ribera del lago y haber estacionado a continuación tres ejércitos de 200 españoles y 25.000 soldados indios en la entrada de cada una de las calzadas, Cortés logró aislar la ciudad. Luego, atacó el acueducto urbano y desbarató el suministro de agua potable. Una vez aislada la ciudad de aquel modo, y tras instalar su artillería en los trece bergantines construidos especialmente para transportar hombres y armamentos, Cortés comenzó a bombardearla a mediados de mayo de 1521. Pero, aunque dominó con facilidad las aguas que circundaban la ciudad y tomó las tres calzadas, no pudo forzar su rendición y, en una ocasión, evitó a duras penas ser capturado y ejecutado él mismo. Cortés se vio obligado a desembarcar sus cañones y destruir la ciudad edificio a edificio y piedra a piedra. Al concluir el asedio, tres meses más tarde, no quedaba intacta ni una sola construcción y hubo que levantar una nueva ciudad en el emplazamiento de la antigua.

Armas de piedra y bronce

La capacidad de los aztecas y sus aliados no sólo para detener, sino para derrotar también, de vez en cuando, a las tropas españolas e infligirles importantes bajas da a entender la existencia no sólo de una fuerza de combate poderosa y muy motivada, sino también de unas armas eficaces. Las tecnologías indígenas habían pasado en tres regiones –las tierras altas centrales andinas, una estribación septentrional de los Andes (la actual Colombia) y las tierras altas de México– de la Edad de Piedra al primer periodo del metal (el Bronce). De los tres pueblos de la Edad del Bronce, sólo los de las tierras altas mexicanas habían ideado usos militares significativos para aquel metal. Las flechas y jabalinas con punta de cobre que los españoles encontraron por primera vez entre los tlaxcaleños impresionaron de tal modo a Cortés que ordenó a los pueblos del entorno que fabricaran decenas de miles de dichas puntas para rearmar a sus ballesteros españoles para el asalto final contra Tenochtitlán. Aunque la fuerza de los virotes de las ballestas seguía generándose mediante un mecanismo de hierro, sus puntas eran en ese momento de cobre. Para contrarrestar estas nuevas armas metálicas, los guerreros de las tierras altas de México idearon prendas protectoras especiales para el combate, corazas de algodón de 5 centímetros de espesor y escudos acolchados. Unas y otros fueron adoptados más tarde en toda América por los españoles, pues constituían una defensa suficiente contra las armas de cobre y bronce de los indí-

genas y su peso era mucho menor que el de la armadura tradicional de hierro (también se oxidaban mucho menos).

Aparte de la conquista de Tenochtitlán, la artillería no fue apenas necesaria, pues los europeos gozaron en un primer momento de una tremenda ventaja tecnológica. Aunque algunos guerreros de las tierras altas de México y Perú portaban armas de bronce, la mayoría disponía sólo de arcos y flechas, escudos confeccionados con pieles de animales locales y mazas de madera. A pesar de que las puntas de las flechas se cubrían a veces con veneno y las mazas se incrustaban con obsidiana, seguían siendo armas de madera manufacturadas lenta y penosamente con utensilios de piedra o madera. La propia obsidiana, una sustancia vidriada formada en las erupciones volcánicas, se quiebra con facilidad al contacto con un metal. La situación era similar en otras partes: las armas originarias de los iroqueses eran los arcos y las flechas, además de unos escudos confeccionados con piel de alce, mientras que los guerreros tupíes (que habitaban en las zonas costeras del actual Brasil) combatían con garrotes y mazas planos y anchos labrados habitualmente en madera negra de gran dureza, tomada del corazón de un árbol parecido a la palma, o en alguna madera roja igualmente dura. Sus flechas estaban hechas también a veces de esa misma madera, con puntas de tallos huecos y cañas. Las armas ofensivas de los indígenas solían ser utensilios corrientes de caza no especializados ni diferenciados. En tiempos de guerra, se añadían escudos y, a veces, cascos, necesarios para la autodefensa cuando se luchaba contra un adversario humano y no contra un animal.

Los tipos de armas utilizadas por la mayoría de los nativos –junto con la ausencia de prendas protectoras o armadura– dan a entender, al igual que muchos relatos europeos tempranos, que su práctica guerrera tenía como finalidad herir al enemigo o dejarlo temporalmente inconsciente para poder capturarlo. Además, en la mayoría de las sociedades nativas del Nuevo Mundo, el objetivo de la guerra era la venganza o la reposición de la mano de obra perdida. En el primer caso, los cautivos eran abatidos o devorados ritualmente; en el segundo, solían ser esclavizados o, incluso, adoptados por la otra tribu. En ambos casos se solía conocer a los enemigos, incluso por su nombre, y las batallas entre indígenas tenían a menudo como objetivo concreto a miembros de tribus rivales. La guerra europea era, en cambio, mucho menos personalizada: los europeos no solían conocer a sus enemigos indígenas, que aparecían con más frecuencia como categorías que como personas dotadas de una identidad. Las diferencias en la manera de practicar la guerra –matar en vez de apresar– y la enorme ventaja técnica de las armas de hierro hicieron que los ataques de los europeos contra los pueblos indígenas parecieran especialmente brutales.

Mapa 6. Los españoles conquistaron en el Nuevo Mundo los grandes imperios de los aztecas, los incas y los mayas, así como civilizaciones menores, entre las que se incluían las de los chibchas y los tarascos. Los soldados españoles combatieron también contra otros varios cientos de grupos indios cuyas únicas armas eran de la Edad de Piedra. En cambio, los colonos portugueses, ingleses, holandeses y franceses de los siglos XVI y XVII concentraron sus asentamientos en un primer momento en los territorios relativamente muy poco poblados de las costas y ríos del litoral oriental americano.

La conquista de los incas

Sin embargo, los dos máximos imperios de América –los incas, cuyo centro se hallaba en Perú, y la triple alianza dirigida por los aztecas en la meseta central de México– disponían de guerreros y armas más especializados. De estos dos imperios, el de los incas contaba con menos armas mortíferas de metal y utilizaba mazas con un extremo se-

micircular de bronce, sin filo, que se doblaban fácilmente al golpear contra el hierro. No obstante, aunque dependían en gran medida de las armas de piedra, los incas empleaban excelentemente esta tecnología, combinándola con los avances estratégicos que les ofrecía su región. Al vivir en un terreno montañoso que producía poca madera, sus armas más eficaces eran las piedras echadas a rodar por las pendientes o disparadas con honda. Pero aunque las piedras arrojadas por los guerreros incas podían matar o aturdir, los cascos de hierro españoles y las cotas de malla o las corazas de hierro repelían normalmente aquellos proyectiles y evitaban que pudiesen causar daños mortales. El grado de ineficacia de las armas de la Edad de Piedra contra las del Hierro se puede observar en el asedio de Cuzco por los incas en 1536; 190 soldados con casco de acero y coraza derrotaron allí a 200.000 personas armadas con piedras. La única baja española fue un soldado que no llevaba puesto el casco. Gonzalo Pizarro afirmó haber cortado en una sola tarde con su espada de filo de acero las manos de doscientos guerreros incas durante la batalla de Cuzco. Los incas no podían hacer nada comparable contra los españoles, aparte de derribar de vez en cuando sus caballos utilizando un lazo de origen local –tres piedras que giraban atadas a una cuerda (técnica empleada todavía para acorralar el ganado en la pampa argentina)–. Sin embargo, era raro que pudiesen acercarse lo suficiente como para sacar partido a aquella ventaja.

Aunque las armas de la Edad de Piedra eran de escasa ayuda frente a las cortantes espadas de acero en las batallas campales, la vertiginosa verticalidad del terreno andino proporcionaba a veces a los luchadores incas una superioridad táctica que no tardaron en aprender a utilizar. La explotación de su ventaja topográfica para atraer a los españoles a pasos estrechos brindó a los incas sus únicas oportunidades de infligir un número considerable de bajas. A diferencia de la mayoría de los pobladores de América, los guerreros incas luchaban históricamente para matar en vez de limitarse a tomar prisioneros, por lo cual, tras bloquear la salida de un paso y ocupar los terrenos situados por encima de los soldados españoles, los incas echaban a rodar rocas enormes hasta el fondo del paso, matando y mutilando a hombres y caballos. En 1536 se produjeron tres ataques de ese tipo. Setenta soldados españoles a las órdenes de Gonzalo de Tapia quedaron atrapados cerca de Huaitará, donde perdieron la vida casi todos; cerca de Parcos fueron muertos cincuenta y siete hombres de un grupo de sesenta comandado por Diego Pizarro; y treinta más capitaneados por Mogrovejo de Quiñones sufrieron un destino similar al descender a la costa desde la cordillera de Chocorvo. Después de aquellos sucesos, los soldados españoles atravesaron los pasos de montaña con mucha mayor cautela.

Además de causar bajas, el aprovechamiento eficaz del terreno vertiginoso de los Andes por parte de los incas obligó a las tropas espa-

ñolas a combatir de manera distinta a como lo hacían en otras partes de América. En el curso de las primeras batallas importantes entabladas cerca de Cuzco (1536-1537), un numeroso contingente de incas ocupó dos fortalezas de piedra casi inaccesibles: Sacsahuamán, que dominaba la ciudad de Cuzco, y la cúspide montañosa de Ollantaytambo. La artillería tendría que haber abierto fuego en un ángulo tan inclinado que el retroceso de los cañones podría haberlos lanzado pendiente abajo. En el asedio de Sacsahuamán, los hermanos Pizarro tuvieron que emplear, por tanto, técnicas de asedio tradicionales, encaramándose a las murallas con escalas.

Aunque los incas explotaron su empinado terreno para organizar dos importantes sublevaciones contra los españoles, las probabilidades estaban, en definitiva, en su contra. Ambos levantamientos fueron reprimidos gracias a una considerable aportación de hombres y material llegados de toda América y de España. Más de mil hombres, cientos de caballos y miles de armas entraron en Perú en 1536 y 1537. La segunda gran sublevación inca concluyó en noviembre de 1539. Aun así, los españoles tardaron décadas en lograr una victoria definitiva en aquel terreno. El último líder militar inca, Tupac Amaru, no fue muerto hasta cuarenta años después de la captura de Atahualpa en los llanos de Cajamarca en 1532. Tupac Amaru resistió aprovechando la ventaja táctica de una ubicación casi inaccesible: la única posibilidad de llegar a Vilcabamba, su última fortaleza, consistía en cruzar puertos de montaña situados a 3.600 metros sobre el nivel del mar, para descender luego a través de estrechos puentes de cuerdas hasta la selva del Amazonas.

Alianzas estratégicas

Aunque las armas de hierro dieron a los europeos una ventaja técnica decisiva en el Nuevo Mundo, los motivos de su éxito, incluso en terrenos difíciles, fueron en parte estratégicos, pues explotaron también con éxito los conflictos entre los nativos. Al llegar inicialmente en grupos relativamente pequeños y no con grandes ejércitos, resultó decisiva su destreza para establecer alianzas con los nativos o para utilizar los odios tradicionales al servicio de sus propios fines. Los invasores españoles, franceses y portugueses practicaron enérgicamente desde el primer momento una política de alianzas con uno u otro grupo de pueblos indígenas. Los portugueses y los españoles lo hicieron de manera intencionada con enemigos tradicionales que pudieran estar buscando nuevos aliados. Cortés se asoció con los tlaxacaleños –que odiaban a los aztecas– a fin de obtener los guerreros y suministros que necesitaba para atacar Tenochtitlán. Diego de Almagro, uno de los ca-

becillas de las fuerzas españolas, consiguió obligar a Manco Inca a retirarse de la abrupta colina de Ollantaytambo a finales de 1537, tras convencer a Paullu, hermano de Manco, y sus seguidores para que desertaran al bando español y le informasen sobre los puntos fuertes y las debilidades de éste. Los hermanos Pizarro y Almagro pudieron encontrar siempre algún dirigente inca con algún derecho a gobernar y que, a cambio de considerables privilegios y honores en el seno de la sociedad española, les garantizaba que el Imperio inca siguiera dividido y una parte del mismo se mantuviera leal a España.

Los portugueses aprovecharon también eficazmente las alianzas locales uniéndose a los tupíes para luchar contra los ayamores en Brasil; por su parte, los franceses a las órdenes de Champlain se aliaron con éxito en Canadá con los algonquinos y los hurones, aunque para terminar enzarzados en una lucha contra los iroqueses. Hasta los holandeses y los ingleses, que en un principio se opusieron a «involucrarse en alianzas» con los pueblos nativos, acabaron por darse cuenta de que no sobrevivirían si no utilizaban las rivalidades nativas y se apoyaban en tales alianzas.

Pero los indígenas no fueron los únicos enemigos contra quienes los europeos hubieron de combatir en América. Los soldados españoles –incluso en los momentos álgidos de las conquistas de México y Perú– estuvieron atareados en luchar y matarse entre ellos. En 1520, en plena campaña contra Tenochtitlán, Cortés tuvo que volver sobre sus pasos para lanzar un ataque contra 900 soldados españoles enviados para derrocarlo. Los odios entre los principales dirigentes de la conquista del Perú (los hermanos Pizarro y Almagro) fueron legendarios –y estallaron en forma de guerra civil en la que ellos (o sus seguidores) se mataron unos a otros en medio de importantes levantamientos de los incas–. Los compañeros de milicia estaban más que dispuestos a recurrir a las armas para luchar por el control del mando militar y las recompensas económicas. Sin embargo, ni siquiera esas peleas consiguieron quebrantar el dominio europeo. Si los nativos hubiesen sabido explotar aquellas divisiones y rivalidades con tanto éxito como los españoles explotaron las suyas, el resultado habría sido más dudoso.

La ventaja del hierro

Aparte del terreno montañoso de Perú y de las flechas y jabalinas con punta de cobre de México, el único peligro que corrían los europeos era el derivado del veneno de dardos y flechas. Los dardos envenenados, utilizados de manera más general por los habitantes del Caribe y de la costa oriental de Sudamérica, se utilizaban principalmente para paralizar piezas de caza o peces de gran tamaño. Las gue-

rras se libraban tradicionalmente con mazas, pero, tras la llegada de los europeos, tecnológicamente superiores, los dardos y flechas envenenados se dirigieron contra presas humanas. Para protegerse, los portugueses recurrieron a armaduras de algodón almohadilladas, que habían comenzado a adoptar en África durante la década de 1440 como respuesta contra los guerreros que les disparaban flechas envenenadas. A partir de 1548 se exigió a todos los colonos portugueses de América la posesión de una pieza almohadillada de algodón, cubierta preferiblemente por un peto de cuero, y los propietarios de ingenios azucareros estaban obligados a tener en su propiedad una reserva de al menos veinte prendas de ese tipo. Así pues, tanto los soldados españoles como los portugueses acabaron adoptando los petos de algodón: los españoles lo aprendieron de los tlaxcaleños, y los portugueses de los africanos, setenta años antes.

Los enemigos en guerra aprenden rápidamente unos de otros en todo el mundo. De la misma manera que portugueses y españoles aprendieron de sus adversarios, los pueblos del Nuevo Mundo aprendieron de los suyos. En toda América se adaptaron rápidamente toda clase de técnicas relacionadas con el hierro: los indígenas hicieron suyos muy pronto instrumentos de hierro para cazar y pescar obtenidos de los europeos donde quiera que fueron introducidos; las bisagras de hierro modificaron la construcción de las casas grandes de los iroqueses y alteraron sus métodos de caza. En 1492, Colón pudo pensar que los nativos «no traen armas ni las conocen», pero eso no seguiría ocurriendo durante mucho tiempo. Dieciocho meses después de que Pizarro apresara al príncipe inca Atahualpa, un guerrero a las órdenes de su sucesor había conseguido una espada, un hacha, un casco y un escudo españoles y los utilizó para defender la fortaleza que campeaba sobre Cuzco. En el lapso aproximado de cincuenta años, los nativos del Nuevo Mundo habían adquirido y dominaban un número suficiente de armas de hierro y acero como para organizar una respuesta eficaz; pero, por desgracia para ellos, era ya demasiado tarde.

Aquel intervalo de cincuenta años transcurrido hasta que los nativos adquirieron un arsenal de armas de hierro y el dominio de las mismas explica las bajas relativamente escasas sufridas por los españoles en sus tempranas conquistas, pues sus principales victorias se produjeron antes de que los pueblos indígenas llegaran a ser competentes en el uso de las mortíferas armas de hierro. Y siempre que los europeos guerrearon contra los nativos en toda América durante los primeros cincuenta años, las características de la lucha fueron similares a las de los primeros años de la conquista española: algún que otro ataque por sorpresa que ocasionaba pérdidas significativas, pero, por lo común, pocas muertes entre los europeos frente a unas fuertes bajas en el bando indígena. Jean de Forest, hugonote francés que combatió en la Gua-

yana en 1624, habló en un informe de «más de 120 enemigos [indios] muertos y una cifra todavía mayor de heridos. Entre los nuestros, sólo hubo un muerto y cincuenta heridos». La guerra contra los pequot en Nueva Inglaterra (1638-1639) estuvo caracterizada por unos resultados parecidos; en el enfrentamiento final, las bajas indias fueron cuantiosas –entre 400 y 500–, mientras que los europeos no sufrieron ninguna muerte y pocos heridos. De la misma manera, un ataque holandés lanzado por 140 hombres contra un poblado indio en Greenwich (Connecticut) en febrero de 1644 acabó con la vida de 500 a 700 indios, pero entre los soldados holandeses no produjo bajas mortales, y sólo quince heridos.

No obstante, la posesión del hierro proporcionó en el Nuevo Mundo tan sólo una ventaja inicial, incluso en el siglo XVII. En la década de 1670, los indios de Massachusetts eran capaces de manufacturar proyectiles y fabricar herramientas para reparar los mosquetes. Los mapuches, un pueblo nómada del sur de Chile, adoptaron el caballo y la pica y demostraron su capacidad para mantener en jaque durante décadas a soldados españoles bien armados. Una vez pertrechados con los productos de la tecnología de la Edad del Hierro, los pueblos indígenas resultaron mucho más capaces de defenderse, y los enfrentamientos entre nativos y europeos fueron mucho menos desequilibrados. Desaparecida la ventaja europea, las bajas aumentaron de forma espectacular –3.000 bajas inglesas en la guerra del Rey Felipe contra los indios, en 1675-1676– y la capacidad para conquistar grandes imperios continentales se desvaneció junto con ella.

De todas las potencias presentes en el Nuevo Mundo, los españoles explotaron hasta el límite la ventaja del hierro –utilizando sus espadas, ballestas y mosquetes, así como sus cascos y corazas, para conquistar con rapidez las sociedades indígenas antes de que pudieran caer en sus manos armas de aquel metal–. Los españoles lograron controlar también sus extensas conquistas, al seguir manteniendo un monopolio sobre las armas de hierro. Aunque tanto las autoridades inglesas como las holandesas acabaron dictando leyes que prohibían cualquier comercio de armas con los nativos tras haber constatado los peligros que entrañaba para ellos, sus conciudadanos se mostraron mucho más dispuestos a obtener beneficios comerciando con armas prohibidas que a colaborar en su prohibición. Pero los antecedentes culturales de los soldados y colonos españoles eran distintos. El derecho a portar armas, que en este caso eran de hierro, estaba asociado tradicionalmente a un privilegio aristocrático; por tanto, mantener las armas fuera del alcance de los indios era en parte una cuestión relacionada con la preservación de las distinciones sociales. Además, los oficiales españoles seguían una práctica ejercida por los musulmanes de la península Ibérica, consistente en prohibir la propiedad de armas de hierro a los pueblos

conquistados. En la Edad Media, se había vedado a los judíos y cristianos derrotados poseer armas de hierro e incluso cuchillos. Tras la Reconquista, los españoles impusieron a los moros derrotados las mismas limitaciones que les habían sido impuestas a ellos: no se permitió la posesión de armas de hierro y se restringió la propiedad de utensilios de este metal, como los cuchillos, que podían utilizarse como armas. Estas condiciones se impusieron a los moros de Granada poco después de 1492. De ahí que la colaboración generalizada con la proscripción de las armas de hierro reales o posibles tuviera un sentido tanto social como estratégico. Al concluir el dominio colonial español a comienzos del siglo XIX, la legislación seguía prohibiendo a los indios la propiedad y el uso de armas de fuego.

Desde un punto de vista histórico y cultural, los españoles estaban preparados, por tanto, para explotar las ventajas técnicas que les confería el hierro. Pero otras potencias europeas no tenían esa predisposición. Más de cien años después de que los españoles hubieran derrocado con tanto éxito importantes imperios del Nuevo Mundo, las autoridades holandesas consideraron más importante, en un primer momento, mantener fuera del alcance de los indios los caballos que los cañones o las armas de hierro. Los primeros colonos holandeses de Nueva York podían vender a los indios armas de hierro y hasta cañones, pero no les estaba permitido dejarles cabalgar ni enseñarles a montar caballos, so pena de perder todas sus propiedades y sueldos y ser expulsados permanentemente de la colonia. Las autoridades holandesas no se percataron hasta más tarde de que el factor decisivo no eran los caballos, sino las armas de hierro, e intentaron prohibir éstas en vez de aquéllos. Pero para entonces era demasiado tarde: los nativos ya habían sido armados; a menudo, por los propios holandeses.

Los comerciantes portugueses proporcionaron en un primer momento a los nativos brasileños hachas y cuchillos de hierro, pues esto hacía mucho más rápida y eficaz su labor de tala de árboles del Brasil. Sin embargo, casi veinte años después de crearse los primeros asentamientos, los colonos cayeron en la cuenta de su error. El primer gobernador general obtuvo poderes omnímodos para detener la ulterior venta a los nativos tanto de armas como de grandes cuchillos. Si la pena había sido anteriormente la excomunión, a partir de ese momento fue la muerte –con un incentivo para el espionaje mutuo, pues quienes denunciaran a alguien por haber vendido armas a los nativos recibiría la mitad de su hacienda.

Caballos

Finalmente, una ventaja secundaria de los europeos fue el empleo de animales domesticados, especialmente caballos, para la guerra. Los ani-

males domésticos del Nuevo Mundo eran pocos –a veces se guardaba en corrales a animales salvajes, por ejemplo, osos, a los que se engordaba para comerlos; y las llamas y las vicuñas (parientes malhumorados del camello, animal conocido por su legendario mal humor) se utilizaban como bestias de carga–. Aunque fue menos decisiva que el hierro para las victorias iniciales de los europeos, la velocidad del caballo en el momento del ataque, unida a las puntas de hierro aguzadas de lanzas y espadas, aumentaba la fuerza con que se asestaban los golpes de las armas. No obstante, hubo ciertas dificultades. Aunque en un primer momento se consideró a los jinetes como un ser único y aterrador junto con su montura, aquella conmoción original no tardó en desvanecerse. Las cargas de caballería lograban su máxima eficacia en regiones de llanuras amplias y abiertas; pero la mayor parte de América central y del sur era terreno montañoso, y una gran cantidad del territorio restante estaba formado por selva húmeda y pantanos. Ninguno de estos dos medios físicos se prestaba a operaciones montadas. Los jinetes sólo podían desplazarse con rapidez en la región de los Andes, cubierta en gran parte por carreteras bien mantenidas, donde aportaban una vanguardia de soldados con capacidad para atacar y retirarse deprisa. Durante el asedio de Cuzco por los incas (1536-1537), cuando la conquista española del Perú pendía de un hilo, lo que mantuvo con vida a los españoles hasta el levantamiento del cerco gracias a la manipulación estratégica de las rivalidades por el liderazgo en el seno de las fuerzas incas y a una afluencia masiva de armas fueron las incursiones relámpago a caballo en busca de comida en las comarcas circundantes. El éxito de aquellas cabalgadas se debió, en parte, a que los incas no tenían caballería ni armas que oponerles para contrarrestarlas. En los Andes, el número de soldados montados se elevaba a veces a un tercio –a diferencia de un máximo del 10 por 100 en el ejército de Cortés–. En fechas muy posteriores, los caballos y las tácticas de caballería adquirirían importancia en las llanuras de Chile, Argentina y, finalmente, América del Norte. Al igual que en otras zonas del mundo en el siglo XVI, las claves del éxito fueron principalmente la infantería y sus armas –arcabuces, ballestas, espadas y, de vez en cuando, artillería de campaña.

Enfermedades

Una última arma involuntaria introducida por los europeos y que contribuyó a sus victorias fueron ciertas enfermedades epidémicas desconocidas hasta entonces en el continente americano: la viruela, el sarampión, las fiebres tifoideas, el tifus y la gripe. Estas enfermedades dejaron al descubierto una debilidad organizativa en las grandes instituciones militares del Nuevo Mundo. Poco antes de la llegada de Pi-

zarro a Perú, una epidemia barrió, por ejemplo, la capital inca, matando al heredero al trono y provocando la reanudación de las luchas por la sucesión. El resultado fue un imperio dividido contra sí mismo y más preocupado en un primer momento por sus propios conflictos que por un puñado de extranjeros. Entre los aztecas de Tenochtitlán, la primera epidemia devastadora de viruela se desencadenó diez años antes, tras la retirada de Cortés, y actuó como una especie de caballo de Troya. Además de debilitar a la población, incluidos los guerreros, puso al descubierto problemas sucesorios en la jefatura militar. Al carecer de una tradición para sustituir a los dirigentes muertos en el campo de batalla (pues los aztecas guerreaban principalmente para tomar prisioneros, y no para matar), las grandes epidemias dejaron en la estructura del mando militar unos vacíos totalmente inesperados. La confusión resultante respecto a las sustituciones (y a las estrategias de reemplazo) limitaron la capacidad de reagrupamiento y contraataque incluso en aquella importante maquinaria militar.

Posiciones fortificadas

Una vez afincados en el Nuevo Mundo después de sus victorias iniciales, los europeos entablaron una guerra de larga duración y baja intensidad contra las poblaciones indígenas. Los pueblos nativos de América se apropiaron con éxito de la tecnología europea (cuchillos, espadas, armas de fuego y caballos) y la adaptaron a sus propias tradiciones tácticas y estratégicas (la emboscada, las incursiones relámpago, los ataques nocturnos); y en este punto demostraron actuar con tanto acierto para frenar y dificultar los avances de los europeos como en cualquier otro lugar del mundo.

Así pues, para hacer frente a una guerra prolongada, los europeos adoptaron estrategias defensivas tanto en América del Norte como en Sudamérica, construyendo asentamientos fortificados. En las zonas de la conquista española donde las medidas que prohibían armar a los pueblos indígenas resultaron eficaces, los colonos no necesitaron esa clase de fortificaciones: las técnicas defensivas sólo fueron necesarias en las fronteras del norte. Sin embargo, en otras partes de América se requirió algún tipo de fortificación para protegerse contra los enemigos nativos. Los franceses construyeron inicialmente fuertes en Brasil, Florida y Canadá; los portugueses exigieron a los asentamientos agrarios que presentaran características militares. Los propietarios de ingenios azucareros tenían que construir una casa fortificada con muro exterior y torre de vigilancia. En Nueva Inglaterra, en cambio, los emplazamientos rurales se eligieron inicialmente a distancia segura de los poblados indígenas (y de la posibilidad de un ataque por sorpresa). De ahí que sus asentamien-

tos estuvieran menos armados y pertrechados. Sus armas eran los arcabuces y los mosquetes. En Virginia, sin embargo, donde los asentamientos europeos se situaban algo más cerca de los nativos, las localidades disponían a menudo de cercas de madera como protección contra las armas indígenas.

Pero los enemigos indígenas no fueron los únicos contra quienes fue necesario levantar fortificaciones defensivas. De la misma manera que los soldados españoles se habían peleado entre sí por las conquistas de Perú y México, los diversos grupos europeos no tardaron en enfrentarse unos a otros. Las riquezas tomadas por los españoles y las posibilidades que brindaban las nuevas tierras llevaron a todas las grandes potencias de Europa a intentar conquistar las Américas. Tras presentarse en un territorio disputado o potencialmente en disputa, el primer paso de los recién llegados consistía en fortificarse contra los demás occidentales establecidos ya en el continente. A partir de 1550, esta actitud supuso la construcción del tipo más novedoso de fortificaciones europeas –muros anchos y defensas de tierra para resistir el impacto de los cañones–. En 1607, los primeros colonos permanentes ingleses, dirigidos por Geroge Perry, levantaron un fuerte «triangular» con tres baluartes en cada ángulo en forma de luneta y cuatro o cinco piezas de artillería instaladas en ellos. La primera actividad de los hugonotes franceses en Florida consistió en construir una ciudadela abastionada, pues eran conscientes de su importancia para la guerra moderna. Aquellas fortificaciones no estaban diseñadas para defenderse de los nativos, sino que su emplazamiento y la fortificación de estilo europeo surgieron donde los objetivos o los agresores más probables eran otros europeos.

Como los asaltos de barcos europeos artillados provenían necesariamente del mar, todas las fortificaciones costeras del Nuevo Mundo se construyeron con gran esmero para hacer frente a ataques marítimas. Los holandeses levantaron en la isla de Manhattan defensas ideadas para atrapar bajo su fuego cruzado a barcos que navegaran aguas arriba del East River. La ciudad española de Santo Domingo, en la isla caribeña de La Española, aprovechó los poderosos acantilados para montar cañones que impidieran un desembarco directo en sus playas. Sin embargo, como los pueblos indígenas de la isla habían sido exterminados, los españoles dejaron al descubierto la retaguardia del fuerte, y, en 1585, Francis Drake utilizó (allí y en otras partes) el sencillo recurso de desembarcar fuera del alcance de la artillería y atacar la fortaleza por detrás. A continuación, saqueó y desvalijó la ciudad.

Tras la devastadora incursión de Drake en el Caribe en 1585-1586, los ingenieros militares construyeron y restauraron las fortificaciones de las costas de la América española para impedir tales asaltos en el futuro. A partir de entonces se levantaron con gran cuidado murallas imponentes en torno a las ciudades. Esas fortificaciones se conservan hasta hoy

en todo el Caribe: todavía pueden admirarse las murallas de San Juan del Morro, en Puerto Rico, de la Habana (Cuba) y de Cartagena (Colombia). Pero hubo un fuerte que ya no puede verse y que ha adquirido mayor fama: la empalizada y el parapeto erigidos para reforzar un costado del fortín holandés en el extremo sur de la isla de Manhattan. El pasaje o calle que corría al otro lado de los parapetos recibió su nombre del terraplén o muro (*wall*, en inglés). La calle más famosa de Estados Unidos, sinónimo del capitalismo norteamericano –Wall Street–, se denomina así por los terraplenes, el símbolo más destacado de la práctica de la guerra en Occidente, levantados por los holandeses en 1652 para afianzar su posición en el continente americano.

IX. LA GUERRA DINÁSTICA

Geoffrey Parker

La revolución en el diseño de las fortalezas, la mayor confianza en la potencia de fuego en combate y el incremento del tamaño de los ejércitos durante los cien años que van de 1530 a 1630 (véase el capítulo 6) transformaron la práctica occidental de la guerra. Por un lado, las hostilidades afectaban ahora a más personas (tanto de manera directa, por el aumento del número de soldados, como indirecta, al acentuarse el impacto de la guerra sobre la sociedad); por otro, los asedios superaron con mucho a las batallas. Según el experimentado militar francés Blaise de Monluc, que escribía a mediados del siglo XVI, el asedio constituía el aspecto «más difícil e importante» de la guerra; y según dijo un siglo más tarde Roger Boyle, conde de Orrery: «Las batallas no deciden ahora los conflictos nacionales ni exponen a los países al pillaje de los conquistadores lo mismo que antes, pues en nuestras guerras nos parecemos más a zorros que a leones, y por cada batalla se organizarán veinte asedios».

El auge de los ejércitos profesionales

Además, las guerras se producían con mayor frecuencia que en el pasado, duraban mucho más y en ellas intervenía un número de hombres muy superior. Los siglos XVI y XVII fueron testigos de más actividades bélicas que casi cualquier otro periodo de la historia europea y, en conjunto, registraron un total global de sólo diez años de paz completa en todo el continente. Durante el siglo XVI, España y Francia estuvieron casi constantemente en guerra, mientras que en el siglo XVII, el Imperio otomano, los Habsburgo vieneses y Suecia guerrearon dos de cada tres años, España tres de cada cuatro, y Polonia y Rusia cuatro de cada cinco.

«Questo è il secolo de' soldati» [«Éste es el siglo de los soldados»], escribía en 1641 el poeta italiano Fulvio Testi. Todos los Estados mantenían, ciertamente, muchas más tropas que nunca. En la década de 1470, Carlos el Temerario de Borgoña había creado en los Países Bajos un ejército de apenas 15.000 hombres, mientras que, un siglo después, su descendiente Felipe II sostenía allí a 86.000. En 1640, el ejército español de los Países Bajos seguía superando los 88.000 soldados. Esta misma tendencia se daba en casi todas las demás regiones, y en el curso del siglo XVII fueron soldados entre diez y doce millones de europeos. La mayoría de aquellos ejércitos estaban formados por infantes en una proporción abrumadora: cuando Francisco I de Francia invadió Italia en 1525, el ejército francés de 32.000 hombres incluía tan sólo a 6.000 jinetes; y cuando Francia fue a la guerra contra los Habsburgo en 1635, se ordenó reclutar a 132.000 soldados de infantería, pero sólo a 12.400 de caballería.

En aquellas guerras en que predominaban los asedios y las escaramuzas y cuyos principales objetivos militares eran las ciudades fortificadas, y no los ejércitos de campaña, era perfectamente razonable reclutar más infantes que jinetes. Los soldados de a pie –y especialmente los mosqueteros– estaban muy cotizados tanto en las trincheras como en las murallas, mientras que los caballos eran, al parecer, más vulnerables al fuego de artillería que sus jinetes armados (muchos hombres perdían varias monturas en un único enfrentamiento). Finalmente, el cambio supuso también ventajas desde un punto de vista económico, pues con el mismo desembolso requerido para un solo caballero y su cabalgadura se podía reclutar, equipar y mantener a muchos soldados de a pie. Pero la transición generó también graves problemas.

El más serio fue que el sistema administrativo responsable de los nuevos ejércitos, más numerosos, y de la creciente extensión de las zonas de operaciones se mantuvo relativamente estático, mientras la burocracia militar (al igual que otros departamentos del Estado) sufría por el solapamiento de jurisdicciones, una flagrante falta de responsabilidad y unos conflictos paralizantes entre grupos de administradores rivales. Además, era sabido que los gobiernos reclutaban al comienzo de cada temporada de campaña muchos más soldados de los que podían pagar o, incluso, alimentar. Esta combinación de un control insuficiente y unos recursos inadecuados provocaba graves problemas de disciplina. La caballería solía proceder de la élite de la sociedad y sus miembros se entrenaban para el combate desde la infancia, por lo que era de esperar que soportaran grandes privaciones: pero la infantería, reclutada casi sin previo aviso y a veces contra su voluntad entre las profesiones civiles, solía adaptarse mal a la vida militar y expresaba su desaprobación desertando o amotinándose. En general, se adoptaron dos soluciones: recurrir a soldados profesionales contratados, e imponer un programa

de disciplina y formación a los reclutas del país. En el siglo XVI predominó la primera, que sólo dio paso a la segunda de manera gradual.

La utilización de mercenarios fue común en la Edad Media, cuando formaciones enteras se ofrecían por contrato a cualquier Estado que les pagara, y esa práctica prosiguió en los primeros tiempos de la Edad Moderna. Empresarios de Suiza y el sur de Alemania, en particular, mantenían formaciones de soldados entrenados susceptibles de ser movilizadas a corto plazo. A la primera señal de agitación, los gobiernos suscribían un contrato con un empresario de capacidad demostrada en el cual se especificaba el número de soldados que se debían reclutar y armar, los salarios que se iban a pagar y el lugar y fecha de la primera revista. A veces, anticipándose al peligro (o, sencillamente, para impedir que las tropas fueran reclutadas por otro señor de la guerra), se pagaba un «adelanto» (*Wartgelt*, en alemán: «dinero a la espera») hasta que se llevara a efecto la movilización o hasta que pasase la crisis; pero en la mayoría de los casos se esperaba que los empresarios presentaran a sus hombres «en cuanto eran solicitados».

El sistema funcionaba, pues abundaban los empresarios capaces y bien dispuestos. Así, el caballero alemán Götz von Berlichingen (1489-1562) se especializó en dirimir querellas –propias o ajenas (a cambio de un tercio de las ganancias)–; sus memorias, tituladas *Mein Fehd und Handlungen [Mis querellas y acciones],* enumeraban treinta de ellas, resueltas con las bandas reclutadas por él (que sumaban hasta 150 hombres) en toda Alemania occidental. Otros contemporáneos suyos, miembros de la nobleza, con capacidad para disponer de mayores recursos, podían reclutar fuerzas más numerosas que las de Götz –un regimiento o, quizá, hasta dos o tres–, y algunos consiguieron movilizar un ejército entero a comienzos del siglo XVII. Durante la Guerra de los Treinta Años (1618-1648), no menos de 100 empresarios militares ejercieron su actividad en Alemania en un momento determinado, cifra que pudo ascender a 300 en la década de 1630. Albrecht von Wallenstein reclutó un ejército de unos 25.000 hombres para el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico en dos ocasiones distintas (en 1625 y en 1631-1632), mientras que Bernardo de Sajonia-Weimar puso al servicio de Francia su ejército personal de 18.000 hombres en 1635. En el momento de la muerte de Bernardo, en 1639, los soldados no nacionales reclutados en el extranjero por empresarios constituían el 20 por 100 del ejército francés (que contaba aproximadamente con 125.000 hombres). En 1648, al final de la Guerra de los Treinta Años, el ejército de 70.000 hombres mantenido por Suecia en Alemania incluía a sólo 18.000 suecos.

La gran ventaja de contratar mercenarios era, por supuesto, que ya sabían cómo manejar sus armas y luchar en formación. Según observaba un autor militar francés en la década de 1540, «se confía» en los mer-

cenarios extranjeros «más que en ningún otro, y sin ellos no tendríamos valor para emprender la menor acción». Sin embargo, en momentos críticos podían resultar poco fiables y negarse a combatir si se les llevaba demasiado lejos, si encontraban a compatriotas entre las fuerzas alineadas contra ellos, o (sobre todo) si su paga sufría algún atraso. Además, la ventaja de su experiencia se iba desmoronando a medida que proseguían las hostilidades, pues no sólo se reducía su número debido a las bajas, sino que la calidad de las levas nativas mejoraba también con el paso del tiempo.

Varios factores contribuyeron a la creciente profesionalización de los reclutas locales. La mayoría de los gobiernos introdujeron medidas preventivas contra el miedo, como los uniformes, la música marcial y los regimientos permanentes, con sus propios ejes de lealtad. Así, en 1534, Carlos V organizó un regimiento permanente de españoles (denominado «tercio») en sus tres posesiones italianas: Nápoles, Sicilia y Lombardía. Cada uno de ellos exhibía enseñas y colores propios, sus propios capellanes y policías militares y sus equipos de músicos y socorro médico (los primeros superaban a los segundos en una proporción de veinticinco a tres), con la intención expresa de estimular las mismas tradiciones duraderas y las orgullosas lealtades a la unidad que habían caracterizado a las legiones del Imperio romano. La estratagema funcionó. Cuando el tercio de Lombardía, de servicio entonces en los Países Bajos, fue disuelto en 1589 por insubordinación y los oficiales destrozaron sus galones y desgarraron sus estandartes, «puesto que, si ya no representaban a Su Majestad el Rey, tampoco eran acreedores en adelante a la veneración y cuidado en que se los había tenido hasta entonces», todo el ejército español se quedó estupefacto, pues el tercio tenía fama de ser «padre de los demás y seminario de los mayores soldados vistos en nuestro tiempo en Europa».

Enseñas, uniformes y pertrechos

Otros Estados siguieron pronto el rumbo marcado por los austrias y crearon sus propios regimientos semipermanentes orgullosos de sus enseñas corporativas. A finales del siglo XVI, la mayoría de los comentaristas militares calculaba el resultado de un enfrentamiento no por el número de muertos, sino por el de estandartes que habían cambiado de mano. Sin embargo, hasta entonces no se había realizado ningún esfuerzo para regular la indumentaria. Algunos pensaban que los uniformes se parecían a las libreas de los criados y, por tanto,

> nunca entre la infantería española ha habido premática para vestidos y armas, porque sería quitarles el ánimo y el brío que es necessario que

> tenga la gente de guerra... Siendo las galas, las plumas y los colores lo que alienta y pone fuerzas a un soldado para que con ánimo furioso acometa cualesquier dificultades y empresas valerosas.

Otros citaban el ejemplo de don Fernando Álvarez de Toledo, tercer duque de Alba y, quizá, el general más famoso del siglo XVI, «que en su persona, de ordinario en todas las ocasiones que se hallaua, trahía el vestido de azul muy claro, hasta el sombrero que se ponía en la cabeça, y con muchas plumas, para ser conocido», y sostenía que 10.000 soldados esplendorosamente ataviados con colores contrastados parecerían más peligrosos que 20.000 vestidos todos de negro, «como ciudadanos y boticarios».

Sin embargo, ningún ejército de la época del duque de Alba tenía la capacidad de vestir a 20.000 hombres con un único color, por no hablar con un solo estilo, pues la producción masiva de atuendos uniformados constituía un imposible. Además, aunque los hombres iniciaran una campaña con ropa de igual color y diseño, serían pocos los que siguieran llevándola al final de la misma. Robert Monro, coronel de un regimiento escocés que prestaba servicio en Alemania, realizó marchas por un total de 4.800 kilómetros (según sus propios cálculos) entre 1629 y 1633. Durante las guerras civiles inglesas, el rey Carlos I recorrió con su ejército unos 1.600 kilómetros entre abril y noviembre de 1644, mientras que, en los tres años siguientes a septiembre de 1642, su sobrino y principal comandante, el príncipe Ruperto del Rin, cambió 152 veces el emplazamiento de su ejército, marchó durante toda la noche en nueve ocasiones, durmió a la intemperie siete noches y sostuvo once batallas y sesenta y dos escaramuzas.

En tales condiciones, no se tardaba mucho en echar a perder casacas, botas y bombachos, según descubrió un soldado que combatía en los Países Bajos una noche de 1633:

> Para protegerme del suelo frío y húmedo sólo tenía un pequeño fardo de lino que se había mojado... Así, con las botas llenas de agua y envuelto en mi capote húmedo, me tumbé encogido como un erizo, y al apuntar el día presentaba el aspecto de una rata ahogada.

Unos hombres vestidos con ropas raídas o dañadas como éstas necesitaban sustituirlas tomándolas de cualquier procedencia a su alcance: camaradas caídos, civiles (por compra o saqueo), y hasta el propio enemigo. Así, en 1651, se impartieron órdenes para que un regimiento de guardias de corps escoceses «dispusiera de casacas del mismo color», pero cuando un barco de suministros que transportaba uniformes de recambio para sus adversarios ingleses fue desviado de su rumbo y apresado, ¡los escoceses los utilizaron encantados!

Era imprescindible, por tanto, que los comandantes proporcionaran oficialmente a sus arlequinadas tropas marcas distintivas –habitualmente bandas de colores, una cinta o una pluma–. Así, los soldados de los Habsburgo, tanto españoles como austriacos, llevaban siempre una insignia roja, mientras que los de Francia la llevaban azul, los de Suecia amarilla, y los de la República de Holanda naranja. Cuando se unían tropas de más de un ejército se requería algún denominador común adicional: en la batalla de Breitenfeld (1631), los aliados sajones y suecos tomaron una rama con hojas o un helecho de un bosque que atravesaron de camino al campo de batalla y se colocaron aquella señal en el sombrero, mientras que, en Marston Moor (1644), las tropas conjuntas del Parlamento y Escocia recibieron órdenes de llevar puesto algo blanco. Pero la situación cambió pronto. Cuando, en 1645, el comandante en jefe de los ejércitos imperiales cursó a los pañeros austriacos una orden para suministrar uniformes a 600 de sus hombres, adjuntó una muestra del material exacto y especificó el color que debían copiar. También envió modelos de cuernos para pólvora y cartucheras a fin de que los proveedores locales los manufacturaran en masa. Tras la creación de regimientos permanentes que generaron una demanda constante y predecible, fue posible, por fin, imponer la uniformidad.

El mismo proceso afectó al abastecimiento de armas. Aunque la normalización exacta importaba relativamente poco en el caso de las espadas y los arcos, era esencial para el uso eficaz de las armas de fuego. Roger Boyle se quejaba de que, durante la campaña irlandesa, en la década de 1640, sus mosqueteros estuvieron a punto de perder una batalla porque la munición suministrada era de un calibre demasiado grande para las armas disponibles, de modo que algunos hombres «se vieron obligados a rebajar gran parte del plomo royéndolo, [mientras que] otros recortaron las balas, con lo cual se perdió mucho tiempo [y] el alcance de los proyectiles fue menor». Como en el caso de las prendas de vestir, el problema radicaba en parte en la necesidad de garantizar que tanto los recambios como los suministros iniciales respondieran a una única norma; además, al igual que con la ropa, la necesidad de repuestos podía ser considerable. Sir Ralph Hopton, comandante realista durante la Guerra Civil inglesa, se quejaba enfurruñado en 1643: «Es inconcebible lo que estos tipos están haciendo constantemente con sus armas; parece que las gastan con la misma rapidez que su munición». Hopton no tardó en tener motivos para nuevas quejas cuando se descubrió que, en un cargamento de 1.000 mosquetes importados de Francia para sus tropas, había «entre sesenta y ochenta calibres distintos –varios de pistola, varios más de carabina, algunas piezas pequeñas para caza de aves y todo un cúmulo de basura–». Es evidente que una situación así no podía tolerarse, y una demanda constante y considerable condujo poco a poco, como en otras guerras de la época, a la producción y distribución de armas normalizadas.

Pero las armas de fuego, homologadas o no, no podían utilizarse con la máxima eficacia si no se introducían cambios drásticos en el método de despliegue de la infantería en acción. Representaciones de batallas del siglo XVI, junto con las listas de enrolamiento conservadas, muestran claramente una transición. Las formaciones compactas de infantería, compuestas en general por piqueros que combatían en «cuadros» (de manera parecida a una falange griega), con unas pocas filas de tiradores arremolinados en los márgenes hasta que se producía la «arremetida de las picas», dieron paso a las formaciones lineales, integradas en gran parte por mosqueteros protegidos por unas pocas filas de piqueros. El cambio parece sencillo, pero transformó la vida del soldado de infantería.

En la batalla de Fornovo, por ejemplo, librada en julio de 1495, alrededor de 10.000 soldados (junto con unas 6.000 personas que acompañaban al campamento), comandados personalmente por Carlos VIII de Francia, se abrieron paso a través de un ejército italiano dos veces más numeroso, por lo menos, alineado en un desfiladero del río Taro. Más de la mitad del ejército estaba formada por caballeros. La acción comenzó hacia las 8 de la mañana con un duelo artillero, se interrumpió cuando la lluvia humedeció la pólvora y prosiguió unas dos horas después con dos cargas de la caballería italiana en sendos puntos. Ambas fracasaron, sobre todo porque la lluvia había convertido el Taro en un torrente embravecido, y el terreno circundante en una ciénaga resbaladiza nada apta para realizar maniobras montadas. Al retroceder la caballería italiana, los franceses avanzaron en formación cerrada sin dar cuartel y mataron a todos cuantos hallaron en su camino. Los caballeros caídos quedaron aprisionados e indefensos en sus armaduras, mientras los vencedores recorrían el campo de batalla, les rompían las viseras de las celadas con sus hachas y les tajaban la cabeza o les cercenaban la garganta; quienes visitaron más tarde el campo de batalla observaron que la mayoría de los cadáveres presentaban una herida de arma blanca en la garganta o en el rostro. El número de soldados muertos pudo ser de 3.000 italianos y 200 franceses, y Carlos VIII condujo sus tropas con seguridad de vuelta a Francia.

Al margen del mayor número de participantes y de la función más activa de la infantería, las batallas de comienzos del siglo XVI fueron, en general, parecidas a la de Fornovo. En Marignano (1515), Mühlberg (1547) y San Quintín (1557), el desenlace se decidió con relativa rapidez; la potencia de fuego tuvo escasa importancia en el resultado; cada hombre elegía a su adversario más o menos a su antojo. Y aunque en Bicocca (1522) y Pavía (1525) la potencia de fuego de la infantería desempeñó un papel decisivo en la derrota de las formacio-

nes de piqueros suizos, el terreno abrupto y las fortificaciones de campaña supusieron una ayuda esencial: el uso de las armas de fuego en el campo de batalla se hallaba aún en su infancia en la primera mitad del siglo XVI.

La principal guerra del periodo siguiente –el conflicto que arrasó y acabó dividiendo los Países Bajos entre 1568 y 1648– no tuvo apenas batallas. En cambio, los comandantes de las fuerzas gubernamentales, empezando por el duque de Alba, adoptaron una «estrategia de apisonadora» contra los rebeldes, dirigidos por el príncipe de Orange, e intentaron ganarles por la mano sin entablar combate. En palabras de un comandante del teatro de operaciones:

> El duque ha trabajado espetialmente en resistir a los coditiosos de pelear sin consideratión que el vencer es un arbitrio de fortuna, la qual suele ayudar a los malos por llevarse sola las gratias. Si Orange fuera un rey tan poderoso que pudiera sustentar tal exército más tiempo, de parecer fuera que combatiremos, pero, seyendo cierto que la falta del dinero le dessaría, y que no podría tornarse a rehacer, no lo e sido.

Pero el tiempo era un factor esencial: a menos que se pudiera derrotar al enemigo en una sola campaña, surgían serios problemas. Así, en 1572, Orange organizó una gran invasión de los Países Bajos que concitó un amplio apoyo popular. Y a pesar de una afortunada campaña en la que se recuperaron por fuerza o por miedo nueve décimas partes de la zona sublevada, al acabar el año seguían en rebelión veinticuatro ciudades fortificadas de las provincias marítimas de Holanda y Zelandia. Según las amargas quejas de Alba, a pesar de que mandaba una fuerza de unos 60.000 hombres,

> suficiente número de gente es para conquistar muchos reinos; pero no lo es para allanar tan grandes herejías y malas voluntades como hay en todas las villas rebeladas, porque Vuestra Magestad sea cierto que, si no es donde tengo guarnición, que de todo lo demás puedo hacer poca cuenta.

El ejército de campaña del duque se había reducido a sólo 12.000 hombres (insuficientes para poner sitio a una sola ciudad, por no hablar de veinticuatro); y después de nueve meses de servicio ininterrumpido en campaña y sin paga, la moral de aquellos hombres tendía al motín. Y lo peor de todo era que el coste de la descomunal máquina militar del duque de Alba superaba con mucho los ingresos de su señor, Felipe II –ingresos que debían sostener muchas otras empresas (entre ellas una ofensiva naval a gran escala contra los turcos en el Mediterráneo), además de la guerra de Holanda–. No es de extrañar

que, en julio de 1573, la infantería española, que había estado en activo sin interrupción durante quince meses, se amotinara porque no se le habían pagado sus soldadas (dos años enteros, en total). La rebelión de Flandes siguió adelante (véase página 116).

El auge del mosquete

Una de las innovaciones más importantes introducidas por el duque de Alba en respuesta a ese tipo de guerra de desgaste consistió en incrementar la potencia de fuego de sus tropas. En la década de 1550, había adjuntado en Italia a cada compañía cierto número de hombres equipados con mosquetes, un arma tan pesada que sólo se podía disparar utilizando una horquilla de apoyo, pero que descargaba una bala con tanta fuerza (según Humphrey Barwick, autor inglés de temas militares) que podía atravesar una armadura de placas a 180 metros de distancia (aunque la mayoría de esas armas causaban probablemente escasos daños a más de 65 metros). El mosquete ofrecía, pues, grandes ventajas, tanto en las escaramuzas como, todavía más, en la guerra de trincheras en torno a las ciudades sitiadas, predominante en las guerras de Flandes. Alba mejoró, por tanto, la potencia de fuego de su infantería agregando a cada tercio dos compañías enteramente equipadas con armas de fuego: en 1571, una revista de los tercios españoles en los Países Bajos mostraba, para un número total de 7.509 hombres, una composición de 450 oficiales, 596 mosqueteros, 1.505 hombres armados con arcabuces más ligeros, y el resto con picas –una proporción de dos «tiradores» por cada cinco picas–. Sin embargo, en 1601, al cabo de sólo treinta años, otra revista de los tercios españoles en Holanda presentaba, para una fuerza total de 6.001 hombres, 646 oficiales, 1.237 mosqueteros, 2.117 arcabuceros, y el resto piqueros –una proporción de tres «tiradores» por cada pica–. Otros ejércitos imitaron pronto su ejemplo.

Este espectacular cambio en los arsenales provocó otros igualmente impresionantes en la táctica. Algunos comandantes españoles experimentaron sistemas tácticos ideados para conseguir una potencia de fuego óptima, pero ninguno funcionó tan bien como las innovaciones introducidas por Mauricio de Nassau, hijo del príncipe de Orange derrotado por el duque de Alba en 1568. En la década de 1590, Mauricio comenzó a iniciar a sus tropas en la realización de determinados «ejercicios» –formar y rehacer filas, practicar instrucción y desfilar–, según las propuestas de los autores romanos. Guillermo Luis de Nassau, primo de Mauricio, se percató, leyendo la *Táctica* de Eliano en 1594, de que, si hacía rotar las filas de mosqueteros, podía reproducir la granizada continua de disparos lograda por los lanzadores de jaba-

lina y los honderos. Mediante esta estratagema se superaba el principal punto débil del mosquete de avancarga –su baja tasa de fuego–, pues una formación de infantería desplegada en una serie de filas en las que los primeros disparaban a la vez y, luego, retrocedían para recargar mientras los demás realizaban la misma operación produciría una granizada continua de fuego mortífero.

La innovación de la descarga de fuego tuvo repercusiones decisivas sobre las tácticas de combate. En primer lugar, a partir de ese momento los ejércitos tuvieron que desplegarse durante la batalla, tanto para maximizar el efecto de los disparos como para reducir al mínimo el blanco ofrecido a los proyectiles recibidos. De este modo se consiguió una significativa «economía de escala», pues el despliegue lineal de las tropas ponía a muchos más soldados en situación de matar enemigos.

También esto tuvo consecuencias importantes. Para empezar, la transformación de un cuadrado de piqueros, que podía llegar a cincuenta en fondo, en una línea de mosquetería de a diez soldados en fondo (o menos) exponía al terror del combate cuerpo a cuerpo a un número de hombres muy superior y exigía de cada soldado individual mucho más valor, competencia y disciplina. En segundo lugar, daba una gran relevancia a la capacidad de toda la unidad táctica para realizar los movimientos necesarios para disparar descargas cerradas con rapidez y al unísono.

La solución a ambos problemas era, por supuesto, la práctica: los soldados debían adiestrarse para disparar, realizar contramarchas, cargar y maniobrar todos a la par. Los condes de Nassau dividieron, por tanto, su ejército en formaciones mucho menores –las compañías se redujeron de 250 hombres con once oficiales a 120 con doce; y los regimientos de 2.000 y más soldados dieron paso a batallones de 580–, a las que enseñaron a realizar ejercicios. Otro primo de Mauricio, el conde Juan de Nassau, ideó un instrumento nuevo y decisivo de adiestramiento militar: el manual de instrucción, y en 1616 abrió la primera academia militar propiamente dicha de Europa, la Schola Militaris, en su capital de Siegen, en Alemania occidental, con el fin de educar a los caballeros jóvenes en el arte de la guerra. La preparación duraba seis meses y se realizaba con armas, armadura, mapas, maquetas en relieve y otros medios auxiliares de instrucción proporcionados por la escuela. Su primer director, Johann Jacob von Wallhausen, publicó varios manuales de práctica bélica, basados todos ellos explícitamente en la práctica holandesa (el único sistema enseñado en Siegen).

Los «ejercicios» de Nassau se difundieron rápidamente por Europa –en especial por la Europa protestante– gracias a los innumerables extranjeros que acudieron a servir en el ejército holandés, a los múltiples autores de tratados militares que los describieron (y a veces los ilustraron) y al suministro de instructores militares holandeses a Esta-

dos extranjeros amigos (el propio conde Juan realizó una breve visita a Suecia). Su fama se extendió también hasta el otro lado del Atlántico. La Compañía de Virginia de Londres reclutó activamente a ingleses para el ejército holandés y nombró para puestos de mando a quienes aceptaran sus condiciones: todos los gobernadores de Virginia entre 1610 y 1621 habían servido como oficiales a las órdenes de Mauricio de Nassau. Muchos dirigentes de otras colonias inglesas habían combatido también al servicio de los holandeses, entre ellos Miles Standish, que comenzó a entrenar a sus fuerzas al estilo holandés en cuanto desembarcaron del *Mayflower* en Plymouth; John Winthrop, que confió las cuatro compañías de la milicia de la bahía de Massachusets a los veteranos del ejército holandés a quienes había convencido para que se unieran a él; y Thomas Dudley, que organizó las defensas de los puritanos de la Isla Providencia en el Caribe. En toda la América inglesa, los colonos fueron comandados durante la primera mitad del siglo XVII por veteranos del ejército holandés.

Sin embargo, en los Países Bajos no se constató plenamente el valor de la reforma militar llevada a cabo por la familia Nassau, pues el ejército holandés se expuso en contadas ocasiones a la prueba suprema de la batalla. Es verdad que Mauricio y sus primos mostraron gran interés por las tácticas de combate –el conde Guillermo Luis escribió un tratado sobre la batalla de Cannas, librada el año 216 a.C. (veáse página 10), y el orden de combate en líneas fue ideado en parte para imitar la maniobra envolvente de Aníbal–, pero el ambiguo resultado de sus dos enfrentamientos en campaña (en Turnhout en 1597, y en Nieuwpoort en 1600) da a entender que todavía no se había llegado a dominar la fórmula para la victoria total. Las primeras batallas de la Guerra de los Treinta Años (1618-1648) se parecieron, incluso, mucho a las del siglo anterior, con grandes falanges de infantería y caballería dispuestas en forma de tablero de ajedrez. En 1631, sin embargo, el rey Gustavo Adolfo de Suecia demostró toda la capacidad de la descarga de fuego y las formaciones en línea. En primer lugar, gracias a la instrucción y la práctica constantes, el monarca sueco mejoró a lo largo de la década de 1620 la velocidad de recarga de sus mosqueteros, hasta el punto de que bastaron seis filas (en vez de las diez requeridas en el ejército holandés) para mantener una barrera de fuego constante. El rey se sentía tan seguro al respecto que realizó, incluso, demostraciones personales ante unidades recién reclutadas sobre el modo de disparar un mosquete de pie, de rodillas y hasta cuerpo a tierra. En segundo lugar, la potencia de fuego de los suecos aumentó considerablemente al complementarse con la artillería de campaña. Mientras el ejército holandés había desplegado sólo cuatro piezas de campaña en Turnhout, y únicamente ocho en Nieuwpoort, Gustavo Adolfo llevó consigo ochenta al invadir Alemania en 1630. Los calibres para todos los cañones eran sólo tres (24, 12

y 3 libras), y algunas balas disponían de cartuchos preparados de antemano para una carga más rápida. Las piezas de 3 libras podían disparar, por tanto, hasta veinte proyectiles a la hora –no mucho menos que un mosquetero–. Finalmente, Gustavo entrenó también a su caballería para cargar hasta el fondo con la espada, en vez de escaramuzar con pistolas y carabinas (como prefería hacer la mayoría de los jinetes alemanes).

La batalla de Breitenfeld

La batalla de Breitenfeld, sostenida a las afueras de Leipzig el 17 de septiembre de 1631, demostró convincentemente la superioridad del nuevo sistema militar. Un ejército veterano al servicio del emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, formado por 10.000 hombres a caballo y 21.400 a pie y mandado por un general experto que había realizado con éxito operaciones anteriores (el conde Tilly), se desplegó en cuadros de treinta hombres de frente por cincuenta de fondo apoyado por veintisiete cañones de campaña. Los suecos y sus aliados protestantes disponían, en cambio, de cincuenta y un cañones pesados, mientras que cada regimiento sueco incluía una batería de cuatro piezas ligeras de campaña. Sus 28.000 infantes formaban en seis filas, cubiertos por 13.000 soldados de caballería. Al final, las tropas alemanas que luchaban con Gustavo se vinieron abajo pasada la primera hora, pero la reserva sueca avanzó en perfecto orden y ocupó su lugar. En la segunda hora de combate murieron cerca de 8.000 soldados imperiales (la mayoría bajo el fuego de los cañones suecos), y otros 9.000 cayeron presos o desertaron; todavía fueron más las bajas sufridas en la retirada precipitada que se produjo a continuación. El ejército imperial perdió en total dos tercios de sus hombres, 120 estandartes de regimientos y compañías y todos sus cañones. Tilly, el comandante derrotado, se derrumbó y deambulaba pasmado por su cuartel general, «completamente perplejo y, al parecer, desalentado, incapaz de dar un consejo resuelto, sin saber cómo salvarse, abandonando una propuesta tras otra, no decidiendo nada y viendo sólo grandes dificultades y peligros». Durante los seis meses siguientes, casi toda Alemania cayó en manos de Gustavo y sus aliados al no haber un ejército enemigo que se interpusiera en su camino, y, en 1632, el rey sueco dirigía las operaciones de seis ejércitos distintos que sumaban 183.000 hombres.

La diferencia con Fornovo (véase *supra*) era clara. Aunque se desarrolló entre dos ejércitos de dimensiones desiguales, la batalla de Breitenfeld duró mucho más (unas siete horas), y el resultado fue decidido por la infantería, la disciplina y la potencia de fuego: los mosqueteros suecos constituyeron el elemento decisivo, al disparar a veces una «doble salva» mortífera con sus hombres apiñados en sólo tres líneas –una

de rodillas, la segunda agazapada y la tercera de pie– para «arrojar a un mismo tiempo al regazo del enemigo tanto plomo [como fuera posible]... y causarle así tanto más daño... pues una descarga larga y continua es más terrible y letal para los mortales que diez interrumpidas y separadas». En consecuencia, en Breitenfeld murieron muchos más hombres debido, en parte, a que el fuego artillero es más asesino que el envite de la espada y la pica: las heridas de las balas de cañón podían aplastar con mayor facilidad un hueso o destrozar un órgano vital, causando heridas que (dado el reducido conocimiento médico de la época) resultarían fatales.

El impacto táctico y estratégico de Breitenfeld fue inmenso. Otros ejércitos se apresuraron a copiar el sistema sueco: en Lützen, al año siguiente, el ejército imperial dispuso de suficiente potencia de fuego y flexibilidad como para mantener sus posiciones. El propio Gustavo murió en una carga furiosa pero que no decidió nada. Al cabo de poco tiempo, los principales ejércitos de Europa occidental luchaban en líneas largas y estrechas en las que predominaban los mosqueteros.

Grandes batallas y pequeñas guerras

Y, sin embargo, pocos de esos enfrentamientos espectaculares resultaron «decisivos»: al igual que la tan estudiada batalla de Cannas, la mayoría remataron victoriosamente la correspondiente campaña, pero no ganaron la guerra. Breitenfeld fue contrarrestada por Lützen, y, en 1634, por una gran victoria habsburguesa sobre el principal ejército sueco en Nördlingen. Las batallas de Jankow y Allerheim destruyeron en 1645 las fuerzas armadas del emperador y sus aliados católicos, debilitando su posición negociadora, pero fueron seguidas por tres años más de hostilidades incesantes antes de que la paz pusiera fin a la Guerra de los Treinta Años.

El problema era en parte militar y en parte político. Por un lado, el mantenimiento de grandes ejércitos en campaña año tras año, además de la necesidad de guarnecer todas las defensas estratégicas, imponía una intolerable tensión a cualquier Estado. El mero transporte de la indispensable artillería planteaba problemas logísticos importantes. En la década de 1550, los consejeros militares del emperador Carlos V calcularon que sólo el desplazamiento de un gran cañón de asedio requería treinta y nueve caballos, y 156 más para su abastecimiento semanal de pólvora y balas; un siglo más tarde, sus sucesores pensaban que para transportar y servir a un tren de diez cañones de asedio y diez morteros harían falta 1.849 parejas de bueyes y 753 carruajes. Dar de comer a los bueyes y a los demás animales de tiro, junto con las monturas para la caballería (y sus repuestos), constituía otro quebra-

dero de cabeza, pues 20.000 caballos requerían noventa toneladas de forraje (o 160 hectáreas de pastos) un día sí y otro también.

El avituallamiento de los soldados era un quebradero de cabeza todavía mayor, pues, según observaba el cardenal Richelieu, «leemos en los libros de historia que han sido muchos más los ejércitos que han perecido por falta de comida y orden que por la acción enemiga». Un ejército de 30.000 hombres bien alimentado requería diariamente 20 toneladas de pan –es decir, más de 45.400 kilos de harina, además de los hornos para cocerla– y 13.500 kilos de carne (el equivalente a 1.500 ovejas o 150 terneros)–. Por otra parte, aunque el ganado pudiera trasladarse «a pie» hasta el momento en que fuera necesario, el suministro semanal de harina y sus hornos requería 250 carretas y el correspondiente número de animales de tiro. A todo ello había que sumar la gente que acompañaba al campamento, cuya cifra podía igualar en ocasiones, y a veces superar, el total de los combatientes. Cuando, en 1622, el ejército español puso cerco a Bergen-op-Zoom, en los Países Bajos, los pastores calvinistas de la ciudad sitiada anotaron en tono moralizante que «nunca se había visto una cola tan larga en un cuerpo tan pequeño: ... un ejército tan reducido con tantos carros, caballos para el bagaje, jamelgos, vivanderos, lacayos, mujeres, niños y una patulea que sumaba bastante más que el propio ejército».

No es de extrañar, por tanto, que los ejércitos de campaña siguieran siendo relativamente pequeños. Por tomar un solo ejemplo, en noviembre de 1632, cuando Gustavo Adolfo dirigía las actividades de 183.000 soldados, 62.000 de ellos estaban diseminadas por el norte de Alemania en noventa y ocho guarniciones, 34.000 protegían Suecia, Finlandia y las provincias bálticas, y 66.000 más operaban como fuerzas regionales semiautónomas en el Sacro Imperio Romano Germánico. El rey luchó y murió, por tanto, en Lützen al frente de sólo 20.000 hombres.

En 1632, como en cualquier otro año de hostilidades en la Europa de la Edad Moderna, decir «guerra» significaba mucho más hablar de escaramuzas y sorpresas que de asedios y batallas con todas las de la ley, y el veredicto dictado por éstos podía verse contrarrestado rápidamente por el desgaste debilitador de las primeras, con lo que el conflicto se prolongaba. Así, durante las guerras civiles en Inglaterra y Gales, entre 1642 y 1648, se produjeron más de 600 choques. Sin embargo, sólo nueve encuentros supusieron la muerte de más de 1.000 hombres; el resto de las aproximadamente 80.000 bajas mortales de aquellas guerras cayó en hostilidades comparativamente reducidas –casi la mitad, en enfrentamientos donde murieron menos de 250 personas–. Además, muchos soldados perdieron la vida o abandonaron el servicio debido, por supuesto, a enfermedades o accidentes. «Sepultamos más dedos de los pies y de las manos que personas», se lamentaba un oficial realista.

Pero también la política contribuyó de manera igualmente importante a que la guerra se eternizara. Sobre todo, muchos de los asuntos por

los que se libraban las guerras en la Edad Moderna se resistían a cualquier solución fácil. En el siglo XVI, las guerras solían librarse por derechos dinásticos (en 1494, por ejemplo, Carlos VIII de Francia invadió Italia para reafirmar sus pretensiones sobre el reino de Nápoles), mientras que en el XVII guardaban relación más a menudo con el control de territorios adyacentes. Los gobernantes adoptaron, al parecer, cada vez más unos planteamientos de mayor pragmatismo para hacer valer sus derechos –luchaban sólo por tierras y títulos que representaban auténticos beneficios estratégicos o económicos– y recurrieron a ocupar por la fuerza territorios propicios sobre los que no podían presentar ninguna reivindicación (los suecos carecían de cualquier título sobre Pomerania y Mecklemburgo, exigidos por ellos como parte de cualquier acuerdo de paz; simplemente insistían en que la posesión de aquellos ducados era esencial para la seguridad nacional de Suecia y siguieron luchando hasta que todo el mundo estuvo de acuerdo).

Sin embargo, entre 1530 y 1650, las pretensiones dinásticas dieron paso igualmente a una justificación ideológica más poderosa para hacer la guerra: la religión. No es que ambos motivos fueran mutuamente excluyentes. Robert Monro, escocés que sirvió primero a Dinamarca y luego a Suecia durante la Guerra de los Treinta Años (y escribió la primera historia en inglés dedicada a un regimiento: *Monro His Expedition with the Worthy Scots Regiment Called Mackays*, Londres, 1637), expuso, como razones principales para luchar, la defensa de la fe protestante y las reivindicaciones y el honor de Isabel Estuardo, hermana de su rey, que había sido privada de sus tierras y títulos por el emperador del Sacro Imperio Romano. «La causa protestante» movilizó a muchas personas: justificó la decisión de Inglaterra de ayudar a la República de Holanda después de 1585, y también la intervención de Dinamarca y Suiza en la Guerra de los Treinta Años. La aparente amenaza para la fe católica demostró ser un motivo igualmente poderoso para los gobernantes de España e Italia. En 1591, uno de los ministros de Felipe II de España se exasperó tanto por el apoyo dado por su señor a las causas católicas meritorias surgidas por todas partes, y que arrojaban a su país a la guerra con Francia e Inglaterra, además de la sostenida contra Holanda, que regañó al rey diciéndole:

> Si Dios quisiera que todos los perniquebrados que acudieron por salud a Vuestra Majestad los sanara Vuestra Majestad, que diera a Vuestra Majestad virtud para ello; y que si quisiera obligar a Vuestra Majestad a acudir a remediar los trabajos el mundo, que diera a Vuestra Majestad hazienda y fuerzas para ello.

El rey, sin embargo, no le escuchó, y España siguió guerreando contra Francia hasta 1598, contra Inglaterra hasta 1604, y contra los holandeses hasta 1609 (para volver a hacerlo en 1621).

Las connotaciones religiosas de muchos conflictos de la Edad Moderna parecen haber sido la causa no sólo de una mayor duración de las guerras, sino también de un aumento de su brutalidad. Es cierto que fue también un tiempo en el cual la práctica de la guerra estuvo dominada por los asedios, que siempre han tendido al salvajismo en todas las épocas. Pero muchos soldados mostraron, al parecer, una inclemencia nada habitual con sus adversarios, pues creían estar castigando a los enemigos de Dios. Así, en 1631, poco antes de encontrarse con su instrumento de perdición en Breitenfeld, el ejército católico a las órdenes del conde Tilly saqueó la ciudad protestante de Magdeburgo en una orgía de matanzas de tres días de duración –calificada por otros protestantes de la época como «catástrofe memorable» similar a la caída de Troya o al diluvio de Noé, pero justificada por los católicos como el escarmiento impuesto a los infieles, tan encarecido en el Antiguo Testamento.

La retórica de los clérigos de la época no contribuyó gran cosa a estimular la contención. Un sermón pronunciado en 1645 ante los soldados del Parlamento inglés antes de que tomaran al asalto Basing House, el fuerte de un lord católico, condenó, por ejemplo, a quienes se hallaban en su interior como «enemigos declarados de Dios», «papistas sanguinarios» y «alimañas», mientras pedía su exterminación. En éste, como en otros casos, los capellanes militares actuaron casi como comisarios políticos, manteniendo el fervor ideológico y reprimiendo entre sus tropas cualquier sentimiento de compasión. No es de extrañar, por tanto, que sólo se diera cuartel a unos pocos de los derrotados defensores de Basing House.

Todavía es más notable que esa misma intransigencia de miras estrechas afectara también a las decisiones estratégicas en la época de las guerras de religión. Así, en 1571, cuando, debido a la detención de los principales conspiradores, comenzó a desentrañarse el plan de Felipe II de invadir Inglaterra en apoyo de un levantamiento católico, el monarca español insistió, no obstante, en seguir adelante:

> Deseo tan de veras el efecto de este negocio, y estoy así tocado en el alma dél, y he entrado en una confianza tal, que Dios nuestro Señor lo ha de guiar como causa suya, que no me puedo disuadir ni aquietar de lo contrario.

El rey no accedió a cancelar el proyecto hasta dos meses después. Aquellos fracasos no hicieron que Felipe II cambiara su estilo mesiánico de estrategia. El monarca siguió recurriendo al chantaje moral para persuadir a sus lugartenientes de que, por más desesperada que fuese la situación, Dios proveería. Así, en 1586, informó al duque de

Parma, encargado de reprimir la rebelión de Flandes, en los siguientes términos:

> Espero que Nuestro Señor, por cuyo servicio se ha hecho y se sustenta esta guerra [en Flandes] a costa de tanta sangre y dinero (todo bien empleado en tal causa) que ordenará las cosas con su divina providencia, mediante la negociación o las armas, de manera que conozca el mundo, en el buen sucesso del negocio, el fructo de confiar en Él, llevando siempre delante esta firme resolución, y quando fuesse servido de otra cosa por nuestros peccados, vale más consumirlo todo en defensa de su causa y servicio, que por ningún otro repecto faltar un solo punto a Él.

Abundan declaraciones similares de ese mismo periodo: la mayoría de los soberanos equiparaban con Dios sus intereses personales y los de los países gobernados por ellos (según lo expuso en cierta ocasión Felipe a un súbdito desalentado: «Spero en Dios... que os dará mucha salud y vida, pues se empleará en su servicio y en el mío, que es lo mismo», y la mayoría de las naciones se consideraban el nuevo «Pueblo Elegido», al que Dios había otorgado una autorización directa para oponerse y derrotar a quienes no compartieran su ideología.

El fervor confesional desencadenado por la Reforma intensificó las relaciones diplomáticas tanto como la guerra: quienes compartían la misma religión se intercambiaban embajadores, visitaban sus respectivas capitales y firmaban pactos de defensa mutua. Periodos de paz relativa, como la década anterior a 1618 (parecida a los años que precedieron a 1914), fueron testigos de intentos frenéticos de crear alineaciones internacionales que garantizaran un apoyo en caso de ataque, mientras que, en tiempo de guerra, los gobiernos procuraban contrarrestar los efectos de las derrotas militares reclutando nuevos aliados contra sus adversarios temporalmente victoriosos. Según observaba en 1619, en el preciso momento en que comenzaba la Guerra de los Treinta Años, el conde de Gondomar, un embajador experimentado,

> las guerras de la humanidad hoy en día no se limitan a un duelo de fuerza natural, como en las corridas de toros, ni siquiera a meras batallas. Dependen, más bien, de perder o ganar enemigos y aliados, y es a este fin al que los buenos estadistas tienen que dedicar toda su atención y energía.

Pero, ¿con qué criterio se debían elegir esos «amigos y aliados»? Éste fue el punto en el que la polarización de Europa en campos religiosos separados, ocurrida entre las décadas de 1530 y 1640, resultó tan desestabilizadora, pues era raro que se diese una coincidencia en-

tre los beneficios confesionales y los políticos, con lo cual se creaba un ciclo aparentemente infinito de conflictos incontrolables.

A mediados del siglo XVII, muchos observadores temían que la guerra hubiese llevado a Europa peligrosamente cerca de su autodestrucción. «¡Vamos!», decía uno de los himnos del pastor alemán Paul Gerhardt, «despierta, mundo endurecido, abre tus ojos antes de que el terror caiga sobre ti con rápida y súbita sorpresa». Una apostilla desesperada escrita en 1647 en la Biblia de una familia campesina de Suabia comentaba: «Vivimos como animales, comiendo cortezas y hierba. Nadie podía imaginar que fuera a ocurrirnos algo semejante. Mucha gente dice que no hay Dios». Un poco más tarde, en Inglaterra, John Locke, que escribía unos meses después del final de la Guerra Civil, se lamentaba de «todas esas llamas que han provocado tales estragos y desolación en Europa y que sólo han sido sofocadas con la sangre de tantos millones».

Los dirigentes políticos, al igual que los escritores, los artistas y la gente corriente, comenzaron a sentir aversión hacia los excesos del periodo anterior y abrigaron una ferviente esperanza de que no volvieran a producirse nunca más. Tal como sucedió después de la Primera Guerra Mundial, la matanza había sido tan grande y el espectro del caos tan aterrador, que el deseo de «no más guerras» se convirtió en una actitud corriente. Algunos han detectado en estos sentimientos un clima favorable al desarrollo de los Estados absolutistas, pues no hay duda de que las elites políticas de toda Europa occidental reconocían la necesidad de controlar mejor los ejércitos, y de que ese control fuera ejercido por el Estado. También reconocían que era preferible pagar impuestos elevados a un monarca que se hallaba sometido a ciertas limitaciones (por más que pudiese reivindicar un poder absoluto), que proporcionar aportaciones interminables a un ejército de mercenarios no sujeto a ninguna.

Las elites políticas de Occidente comenzaron también a propiciar cierto grado de «desconfesionalización» para reducir el riesgo de una espiral de conflictos incontrolada. La religión siguió influyendo, por supuesto, en la guerra y la política –ayudó, por ejemplo, a Guillermo III a destronar al católico Jacobo II en 1688, mientras que el miedo a la política antiprotestante de Luis XIV desde 1685 contribuyó de algún modo a la unificación de sus enemigos del norte–. Pero, a partir de la década de 1640, la religión y el interés dinástico dejaron de dominar las relaciones internacionales. Así, el aliado más incondicional del calvinista Guillermo en las guerras contra Luis XIV fue el príncipe católico Eugenio de Saboya, que sirvió a los Habsburgo austriacos, no menos católicos que él; mientras que en la gran guerra del norte (1700-1721), los suecos –luteranos– acabaron hundiéndose ante una coalición de la Dinamarca luterana, la Brandeburgo calvinista, la Po-

lonia católica y la Rusia ortodoxa. Al finalizar el siglo XVII, aunque se siguió guerreando de forma muy parecida, las guerras se entablaban por causas muy diferentes y con un grado de control muy superior por parte del Estado.

X. ESTADOS EN CONFLICTO

John A. Lynn

Con su victoria sobre España en 1659, Francia se situó en una posición destacada, como la potencia territorial más descollante de Europa, y transformó el rostro del dios Marte. Los borbones ampliaron sus fuerzas en épocas de guerra, mejoraron la administración militar y crearon un poderoso ejército permanente; y al actuar así instituyeron un nuevo modelo para Europa. Prusia y Rusia importaron aquel diseño y descubrieron que requería una reforma tanto en el gobierno como en la organización militar. Sirviéndose de la guerra, estas dos nuevas potencias se hicieron un hueco al lado de los demás Estados europeos. En el mar dominaban los británicos, que relegaron a españoles, holandeses y franceses para expandir las posesiones coloniales de Gran Bretaña. Finalmente, con la Guerra de los Siete Años, las potencias occidentales situaron la práctica de la guerra en un teatro de operaciones auténticamente mundial, pues impugnaron la posesión de territorios en Europa, América y la India. El periodo que va de 1661 a 1763 proporcionó un escenario histórico a las ambiciones de estadistas poderosos, que renovaron sus instrumentos militares y los utilizaron en una serie de guerras por la gloria y el imperio.

El gran monarca en armas

Francia proporcionó, más que ningún otro Estado, el modelo de los ejércitos occidentales a comienzos de este periodo. El ejército francés alcanzó unas dimensiones sin precedentes durante el reinado de Luis XIV (1643-1715), que accedió al trono siendo un muchacho, pero no asumió la autoridad plena hasta 1661. Durante la larga guerra con España, de 1635 a 1659, el tamaño real del ejército llegó a un máximo de

125.000 hombres. Aquella cifra doblaba el volumen del ejército sostenido por la anterior generación, pero el crecimiento no se detuvo allí. Las fuerzas en tiempos de paz, que desde el año 1500 habían permanecido dentro de unos límites situados entre los 10.000 y los 20.000 hombres, ascendieron a 150.000 en la década de 1680, mientras que en el decenio de guerra de 1690 el nivel máximo llegó a 400.000 sobre el papel, y a 350.000 en la realidad. Este incremento numérico constituyó, probablemente, el cambio más importante en la práctica de la guerra en tierra a lo largo del siglo XVII.

Durante la guerra que concluyó en 1659, el aumento de las fuerzas sobrecargó de manera tan espectacular la administración militar y los recursos del Estado, que los soldados, privados de paga y de comida demasiado a menudo, saqueaban a la población francesa de su entorno. Estos excesos pedían a gritos una reforma. Aunque el ministro de la Guerra, Michel Le Tellier, hombre de gran talento, redactó unas ordenanzas que redefinían la administración militar, no pudo aplicar su plan hasta el restablecimiento de la paz. El trabajo real de la reforma recayó, por tanto, en su hijo, el marqués de Louvois, capaz pero brutal, que comenzó prestando servicios al lado de su padre, y luego actuó independientemente en el cargo de ministro de la Guerra hasta su muerte, ocurrida en 1691. El Ministerio de la Guerra intensificó su control sobre los suministros, las operaciones y el personal en tiempos de Luis XIV. Un elemento esencial de esa tarea fueron los intendentes militares, funcionarios civiles adjuntos a cada ejército para gestionar los deberes administrativos rutinarios que permitían mantener un ejército en campaña: aunque todavía estaba expuesto a irregularidades en tiempos de crisis, el mecanismo de abastecimiento funcionó con mayor eficiencia que nunca gracias a sus esfuerzos, lo cual permitió mejorar la disciplina y mantener en campaña ejércitos enormes.

Para llevar a cabo la reforma, Luis y Louvois tuvieron que amansar el cuerpo de oficiales. Antes de que Louvois ocupara el cargo, los oficiales habían disfrutado de una sorprendente independencia, pero, con el respaldo del rey, Louvois delimitó sus decisiones y sus actos. Insistió en que los oficiales se ocuparan de sus tropas en vez de holgazanear en la corte y ejerció un control mucho mayor sobre los abusos económicos cometidos por ellos. Además, en 1675, el *ordre de tableau* (el escalafón) estableció firmemente que el rango se determinara por la antigüedad y no por la cuna o la condición social.

El único gran fallo de las instituciones militares francesas en conjunto no era estrictamente militar: Luis XIV no puso nunca a punto la financiación de la guerra por parte de la monarquía, lo cual le impidió disponer de un tipo de crédito de bajo coste y a largo plazo, como el utilizado por ingleses y holandeses. Jean-Baptiste Colbert, ministro de Hacienda de Luis entre 1661 y 1683, intentó asentar la política fiscal fran-

cesa sobre una base más racional, pero el gusto de Luis por la guerra frustró sus esfuerzos. En noviembre de 1671, Colbert, que se había opuesto resueltamente al plan del rey de lanzar una invasión por sorpresa contra la República de Holanda, hizo un intento final de disuadir a su señor: durante una entrevista con el rey, Colbert afirmó que no veía cómo podría financiar la guerra propuesta. «Piense en ello», le replicó el rey, cortante. «Si no es capaz de hacerlo, siempre habrá alguien que lo sea.» Colbert se desazonó a lo largo de una semana (durante la cual cesó por completo su voluminosa correspondencia), pero acabó capitulando e ideó un plan fiscal basado en créditos caros y a corto plazo garantizados mediante la hipoteca de futuros ingresos.

Luis, no obstante, recurrió todo cuanto pudo a otros medios de financiación, aparte de los impuestos y el crédito. La guerra logró financiarse parcialmente por sí misma por dos vías notables. En primer lugar, las tropas que controlaban territorio enemigo exigían a la población ocupada la entrega de «contribuciones»: pagos *ad hoc* en dinero y especie. En algunos momentos, los franceses racionalizaron la exacción de contribuciones hasta tal punto que parecían más un impuesto regular que un pillaje, pero la amenaza de violencia seguía siendo un factor esencial. Según cavilaba el propio Luis XIV en cierta ocasión en 1691, «es terrible verse obligado a incendiar pueblos para hacer que la gente pague contribuciones, pero dado que ni la amenaza ni la dulzura les incitan a pagar, es necesario seguir recurriendo a esos extremos».

En segundo lugar, Luis consiguió también que los aristócratas franceses, ansiosos por mandar regimientos o compañías propios, pagaran por el derecho a hacerlo. Los aspirantes debían comprar obligatoriamente los cargos de coroneles o capitanes, pero el precio de compra era sólo el primero de una serie de gastos. Los coroneles solían pagar los costes de creación de sus regimientos y, además, en caso de que la comida, los pertrechos o la paga no llegaran, o si la cantidad asignada a las recompensas por alistamiento resultaba insuficiente, se esperaba que los comandantes utilizaran sus propios recursos para compensar la diferencia.

Batalla y asedio

El ejército de Luis XIV no experimentó una gran revolución en la táctica, sino que vivió una simple continuación de las anteriores tendencias. Entre 1660 y 1715, las formaciones de infantería siguieron adelgazando y alargándose en progresión constante, reduciéndose de un orden de batalla de seis en fondo a comienzos del periodo hasta cuatro e, incluso, tres. Los piqueros, que en 1660 habían constituido un tercio de los batallones de infantería, en 1700 sumaban sólo una quinta parte de los

mismos, en el mejor de los casos. El mosquete de mecha, predominante en 1660, desapareció gradualmente del ejército francés, hasta ser sustituido totalmente en 1699 por el de chispa, más manejable pero más caro. En 1703, los franceses abandonaron también por completo la pica a favor de la bayoneta de cubo, que, encajada en el extremo de un mosquete de chispa, bastaba para convertir éste en una eficaz pica corta que era, además, arma de fuego. Sin embargo, la adopción del cerrojo de pedernal y la bayoneta no supuso una transformación radical de la táctica, sino sólo un paso más en una dirección seguida desde hacía tiempo. La caballería y la artillería experimentaron también avances moderados. Los regimientos de caballería se complementaron con compañías selectas de carabineros (soldados montados y armados con carabinas de ánima estriada), mientras que Luis multiplicó el número de regimientos de dragones (soldados entrenados para luchar tanto a caballo como a pie). Los artilleros franceses normalizaron los tipos de cañón e incrementaron el número de morteros utilizados en la guerra de asedio. El orden de batalla de los ejércitos de campaña se mantuvo también en las condiciones a las que había llegado en 1660, con la totalidad de las fuerzas desplegadas en dos o tres líneas, la infantería en el centro, la caballería en los flancos y la artillería repartida a lo ancho del frente.

Las operaciones en el campo de batalla dependieron cada vez más de los suministros aportados desde la retaguardia, aunque el forraje, verde o fresco, utilizado para alimentar a los caballos durante la temporada de campaña, debía recolectarse todavía en la zona inmediata ocupada por un ejército, pues su peso habría sido excesivo para transportarlo por tierra. Sin embargo, la ración normal diaria de 700 gramos de pan distribuida a cada hombre en campaña podía llevarse en carros, y así se hacía: el pan era un artículo demasiado importante como para exponerlo al azar, pues, en el siglo XVII, los soldados que no recibían alimento o paga desertaban, practicaban el merodeo o se amotinaban. Como la única garantía contra estas fatalidades era el aprovisionamiento regular, los ejércitos dependían de sus comisarios –no porque los generales carecieran de imaginación, sino porque temían, con toda razón, las consecuencias de un retraso en los suministros.

La dependencia de un abastecimiento regular aumentó la importancia de las fortalezas, que servían como almacenes, líneas de comunicación protegidas y centros de recursos a resguardo de la imposición de contribuciones por parte del enemigo. Sébastien Le Prestre de Vauban, el destacado ingeniero militar de Luis XIV, mejoró tanto el diseño de las fortalezas como las técnicas empleadas para atacarlas. Sus monumentos de arquitectura militar se pueden ver todavía en los *plans en relief,* maquetas expuestas antiguamente en la Sala de los Espejos de Versalles y conservadas aún en el Musée de l'Armée de París. Pero Vauban no se limitó a diseñar fuertes individuales, sino que los organizó en el *pré ca-*

rré, una doble línea de fortalezas que reforzaban la vulnerable frontera del nordeste francés. En consecuencia, en la segunda mitad del siglo XVII, la guerra en Francia y en su entorno tuvo como eje los asedios y no las batallas. Según expuso en 1677 Johann Behr, escritor alemán de temas militares, «las batallas campales no son apenas, comparativamente, motivo de conversación... De hecho... todo el arte de la guerra parece reducirse a atacar con astucia y a levantar fortificaciones ingeniosas».

Luis XIV libró sus primeras guerras en nombre de la gloria, que buscó por medio de la victoria militar y la conquista territorial. Poco después de haber asumido el poder, en 1661, el rey alegó derechos poco sólidos basados en el legado hereditario de su esposa española, y en 1667 ordenó a sus ejércitos invadir los Países Bajos de España. Aunque pensaba que Holanda e Inglaterra le permitirían atacar a su enemigo tradicional, ambos países se unieron con Suecia para obligarle a detener la «Guerra de Devolución» en 1668. Luis lo consideró una traición y acusó a los holandeses de «ingratitud, mala fe y una vanidad insoportable».

No es nada de extrañar que dirigiera su siguiente guerra contra la propia República de Holanda, como si quisiese acabar con su oposición a una futura conquista francesa de los Países Bajos españoles. Luis compró el apoyo de Inglaterra mediante pagos secretos a Carlos II, y en mayo de 1672 atacó a los holandeses, que habían quedado aislados. Al principio, las fuerzas francesas comandadas por el príncipe de Condé y Henri de la Tour d'Auvergne, vizconde de Turena, actuaron con éxito; sin embargo, el 12 de junio, diez días después de que los franceses cruzaran el Rin, los resueltos holandeses rompieron los diques y paralizaron los ejércitos franceses. Alarmados por el apetito conquistador de Luis, España, el Imperio y Brandeburgo se unieron a los holandeses, mientras que Inglaterra firmó una paz por separado en 1674. En vista de semejante oposición, Luis retiró sus fuerzas del territorio holandés, pero sólo para seguir luchando en otros frentes. No obstante, el Tratado de Nimega, que puso fin a la Guerra de Holanda en 1678, dio a Luis una impresionante cantidad de territorios nuevos, en particular el Franco Condado, con lo cual consiguió cierta gloria.

En realidad, la política de Luis había cambiado en 1678. En 1675 murió Turena y Condé se retiró, y al desaparecer estos belicosos generales, Luis escuchó a Louvois, más cauteloso, y a Vauban, su valido. El rey se obsesionó con proteger lo que era suyo, lo cual suponía reforzar sus fronteras. Según observó Clausewitz más tarde, «para Luis XIV se había convertido casi en cuestión de honor defender las fronteras del reino de cualquier amenaza, por insignificante que fuera». Para sellar su frontera alemana, se apoderó de Estrasburgo en 1681, y en 1648 tomó Luxemburgo. Pero si Luis consideraba la apropiación de esos territorios –bautizados con la denominación de «reuniones»– como una acción defensiva, Europa las vio, comprensiblemente, como una pura agresión.

A medida que Luis fortificaba su frontera en el Rin en la década de 1680, el adversario potencial a quien más temía no eran los españoles ni los holandeses, sino los Habsburgo austriacos, cuyo poder fue en aumento cuando comenzaron a rechazar a los turcos. Los Habsburgo habían librado durante generaciones un duelo con los turcos otomanos en su frontera sudoriental, pero el clímax se alcanzó cuando el Imperio turco lanzó su principal y última acometida contra Occidente en 1678-1683. El primer objetivo de los turcos fue Ucrania, pero en 1681 abandonaron sus reivindicaciones sobre esa zona. En cambio, cuando, dos años después, una sublevación puso en peligro el control de los Habsburgo en Hungría, los turcos penetraron en Austria con un gran ejército de unos 90.000 hombres. El ejército de campaña de los Habsburgo, formado por 30.000 soldados, se retiró ante ellos, dejando en Viena una guarnición de 12.000 hombres, y a mediados de julio los turcos pusieron sitio a la ciudad.

El ingeniero Georg Rimpler había reforzado las murallas y los bastiones de Viena anticipándose a un asedio, y los defensores contaban con una clara superioridad artillera –312 cañones frente a 112–, pero las probabilidades seguían estando en su contra. Los turcos, recurriendo a las minas más que a la artillería, concentraron su ataque en dos bastiones. El largo asedio redujo la guarnición hasta el punto de que, en septiembre, cuando las minas destruyeron el principal bastión y los turcos parecían disponerse a asaltar la ciudad, sólo quedaban 4.000 soldados. Sin embargo, la noche del 7 al 8 de septiembre, unos cohetes de señales iluminaron el cielo de Viena para indicar la llegada de un ejército de socorro. El rey de Polonia, Jan Sobieski, había llevado desde Varsovia hasta el sur un ejército polaco de 21.000 hombres en un viaje de 350 kilómetros en sólo quince días –una marcha verdaderamente rápida–. Con los polacos y varios contingentes de alemanes, el ejército de campaña cristiano sumaba ahora 68.000 soldados –un número suficiente para enfrentarse a los turcos–. El 12 de septiembre, aquella fuerza cargó fuera del Bosque de Viena «como una piara de cerdos enloquecidos», según un comandante otomano, y destruyó al enemigo turco. Las fuerzas austriacas persiguieron a los otomanos en su retirada, expulsándolos de Hungría, y la victoria austriaca en Mohacs (1687) empujó a los turcos al este del Danubio.

No hay duda de que el envite de las fuerzas habsburguesas contra los otomanos constituyó una faceta del creciente dominio militar mundial por parte de Occidente. Fue casi otra gran cruzada. A pesar de todo, Luis temía que, al declinar la amenaza otomana y progresar los ejércitos austriacos, el emperador dirigiera sus crecientes recursos contra la Francia cristiana, y estaba en lo cierto. Las victorias de los Habsburgo

les concedieron más territorio, población y recursos, de modo que, a pesar de haber sido despojados de las posesiones españolas, que en otros tiempos habían beneficiado a Carlos V, y haber quedado desprovistos de una gran parte de la autoridad imperial desde la paz de Westfalia, los Habsburgo austriacos estaban dispuestos a reafirmar su condición de actores principales en los asuntos europeos.

En realidad, a finales del siglo XVII, Europa se había escindido en dos sistemas básicos de poder: Francia, Inglaterra, España y los Países Bajos holandeses en el oeste, y Austria, Brandeburgo-Prusia, Suecia y Rusia en el este. En conjunto, esos dos sistemas compartimentaban las relaciones internacionales europeas. A veces, sin embargo, estaban ligados por la diplomacia y el interés. Austria ejercía su influencia, más que ningún otro poder, tanto en el este como en el oeste.

Pedro el Grande

Rusia, el otro Estado que se benefició del debilitamiento del Imperio otomano, experimentó una transformación militar y política bajo Pedro I el Grande (1689-1725). La Rusia imperial, aislada durante largo tiempo en el este, había comenzado a desempeñar un cometido en las luchas de Centroeuropa y a reformar sus fuerzas según el modelo occidental antes del acceso de Pedro al trono, quien, no obstante, aceleró y acentuó ambas tendencias en tal medida que sus logros se pueden calificar verdaderamente de revolucionarios. Rusia, reconfigurada por obra de Pedro, sustituyó a Suecia en el norte como fuerza militar más significativa y emprendió un rumbo de expansión.

Las fuerzas rusas estaban formadas tradicionalmente por su caballería, compuesta principalmente por miembros de la baja nobleza –la clase media de servicio– que disfrutaban de propiedades territoriales y combatían como arqueros a caballo. Al lado de esa fuerza prestaba sus servicios un cuerpo de infantería conocido con el nombre de *streltsy* («tiradores»), creado en 1550 y armado de mosquetes y alabardas. Ambos tipos de tropas tradicionales habían sido potentes en el pasado, pero no podían enfrentarse ya a los enemigos de Rusia. La caballería de la clase media de servicio montaba en malas condiciones y portaba armas obsoletas, mientras que los *streltsy* adolecían de un deficiente liderazgo y se interesaban más por sus asuntos en épocas de paz que por sus deberes en tiempo de guerra. Por tanto, en el siglo XVII, los zares reclutaron mercenarios extranjeros para consolidar sus ejércitos. Al principio, lucharon por el zar regimientos enteros, pero a mediados de siglo el sistema de reclutamiento derivó hacia la contratación exclusiva de oficiales extranjeros individuales para adiestrar y dirigir a soldados rusos nativos. Estos oficiales extranjeros importaron los modelos militares introducidos en Occidente y

crearon regimientos rusos «de nueva formación» a imitación de los ejércitos occidentales. La Guerra de los Trece Años (1645-1667) contra Polonia confirmó el triunfo de las armas de fuego, y en los últimos años del conflicto los rusos crearon una sólida base de regimientos de nueva formación; sin embargo, al volver la paz, el zar licenció a sus unidades de tipo occidental en interés de la economía, y, en el momento del acceso de Pedro al trono, las fuerzas tradicionales seguían constituyendo la inmensa mayoría del ejército ruso.

Siendo aún un muchacho, Pedro mostró afición por el estilo militar occidental y organizó dos regimientos de jóvenes de los que fue instructor y comandante. Tras acceder a su agitado trono en 1689, el joven Pedro pareció sentirse más interesado por su pequeño ejército que por los deberes más rutinarios del gobierno. Sin embargo, sus expediciones militares contra los tártaros de Crimea en 1695 y 1696 espolearon su ambición de conquista y reforzaron su decisión de occidentalizar su ejército y su Estado. En 1697-1698, Pedro viajó por Europa occidental aprendiendo cuanto pudo y prestando especial atención a asuntos militares y navales.

Luego, atacó a Suecia en la Gran Guerra del Norte (1700-1721). Durante el primer año del conflicto, dirigió un ejército de 40.000 soldados para sitiar Narva, donde fue derrotado por sólo 8.000 suecos a las órdenes de Carlos XII (1697-1718), y aquella humillación le impulsó a rehacer completamente su ejército. A partir de 1705 instituyó un sistema de servicio militar obligatorio que aportó 337.000 hombres hasta 1713. Pedro no sólo aumentó el tamaño de su ejército, sino que equipó de nuevo a toda su infantería con mosquetes modernos de chispa y bayonetas de cubo, la adiestró en tácticas occidentales y la endureció mediante enfrentamientos militares constantes, aunque limitados. Al principio siguió apoyándose en oficiales mercenarios contratados en el extranjero, pero obligó también a servir en el ejército a rusos propietarios de tierras y fortuna con el fin de que proporcionaran un cuerpo de oficiales capaces naturales del país. Un edicto de 1725 establecía que los extranjeros no podían constituir más de un tercio de la totalidad de los cuadros de la oficialidad.

Pedro hizo aún más por la armada rusa. Al comenzar su reinado, no existía una flota en el país y los rusos mostraban poco interés por hacerse a la mar. El zar realizó milagros construyendo astilleros navales, creando puertos –San Petersburgo fue sólo uno de los más famosos– y fundando, incluso, una academia para oficiales de la armada. Al final de la Gran Guerra del Norte, su flota del Báltico contaba por sí sola con 124 veleros de construcción rusa, además de los barcos capturados a los suecos. Pero Pedro construyó también cientos de galeras de poco calado para utilizarlas en el Báltico y el mar Negro. Aunque importó especialistas occidentales para diseñar y capitanear barcos, también formó a rusos que acabarían ocupando esas funciones. Pedro el Grande llevó a cabo todo aquello sin la ventaja de una flota mercante que le propor-

cionase marineros diestros y capitanes avezados, como ocurría en Gran Bretaña, la República de Holanda y Francia.

El rumbo de la reforma iniciada por Pedro demostró lo que otros países descubrirían también más tarde: la imposibilidad de occidentalizar los instrumentos de la guerra sin una transformación simultánea del gobierno y la sociedad. Pedro puso al día la administración para que le proporcionara los recursos necesitados por su ejército y creó un impuesto de capitación que, junto con otros instrumentos fiscales, duplicó los ingresos del Estado. También promovió la educación para que las clases hacendadas produjeran un cuerpo de oficiales más eficiente y racionalizó el esquema de la elite social mediante la Tabla de Rangos de 1722. Ordenó, incluso, a sus aristócratas que se cortaran la barba y adoptaran un atuendo de tipo occidental. Tampoco la economía quedó al margen de su iniciativa: para abastecer de armas a sus soldados, Pedro amplió una industria metalúrgica que ya era productiva, mientras estimulaba otros tipos de manufactura, como la industria lanera, para hacer de su ejército una institución autosuficiente. Es verdad que los actos de Pedro fueron tan revolucionarios que provocaron una reacción que eliminó algunas reformas tras su muerte; pero el zar consiguió, no obstante, lanzar a Rusia como una importante potencia occidental dotada de unas formidables fuerzas armadas.

En 1708-1709, el zar estaba preparado para competir con Carlos XII en condiciones mucho mejores, y el impetuoso rey sueco dio a Pedro su oportunidad al avanzar hacia el interior de Ucrania en 1708. En el otoño, Pedro vapuleó a un contingente enviado para reforzar a Carlos, quien durante el invierno de 1708-1709 no pudo abastecer adecuadamente a su menguante ejército. En la primavera de 1709, los suecos, agotados ya por el esfuerzo, sitiaron Poltava. Pedro, con una confianza renovada en su ejército, decidió «buscar la suerte combatiendo al enemigo» y se aproximó para aliviar el asedio. Una vez cerca de los suecos, los rusos levantaron una impresionante serie de reductos y atrincheraron su campamento. Carlos decidió atacar antes de que las cosas empeoraran; así pues, a primeras horas de la mañana del 8 de julio, el monarca sueco dirigió a 25.000 soldados contra el campamento de Pedro, pero los reductos rusos cortaron su avance en la primera fase de la batalla y le infligieron graves pérdidas. Luego, el ejército de Pedro, formado por 45.000 hombres, efectuó una salida desde sus posiciones atrincheradas. En el combate librado a continuación, los numerosos cañones rusos abrieron trochas en las filas enemigas, y cuando los rusos avanzaron, los suecos corrieron hacia la retaguardia. En el curso de la batalla propiamente dicha y en la retirada frustrada, los rusos mataron o apresaron a la práctica totalidad del ejército sueco; su buena actuación anunció claramente el advenimiento de Rusia como potencia militar importante. La guerra se prolongó durante doce años más y Pedro si-

guió adelante con su rumbo reformista, pero Europa había visto ya cómo una gran potencia, Suecia, era eclipsada por otra, Rusia.

Las grandes guerras de Luis XIV

Mientras Pedro proseguía su obra de reforma, Luis XIV sostuvo sus dos últimos conflictos: la Guerra de la Liga de Augsburgo (1688-1697) y la Guerra de Sucesión española (1701-1714). Estos conflictos largos y costosos afectaron tanto al viejo mundo como al nuevo, pues ambos enfrentamientos europeos proyectaron su imagen sobre América del Norte; el primero como Guerra del rey Guillermo, y el segundo como Guerra de la reina Ana. Sin embargo, dado que el subcontinente de Asia meridional permaneció relativamente al margen, estas contiendas no tuvieron el carácter auténticamente mundial de las de mediados del siglo XVIII.

En 1688, Luis exigió garantías permanentes de que nadie pondría en entredicho las tierras que se había anexionado en el curso de las «reuniones», y al no obtenerlas emprendió una campaña que, según pensaba, sería una guerra breve contra el imperio habsburgués. En octubre, sus tropas se apoderaron de la fortaleza de Philippsburg, la última cabeza de puente sobre el Rin, que amenazaba Alsacia. A continuación, sus tropas devastaron el Palatinado para salvaguardar Francia de cualquier ataque a través del Rin, impidiendo el abastecimiento de un enemigo que se acercara al río. Pero la agresión y la crueldad francesas impulsaron a Europa a formar una nueva liga contra Luis XIV; aquella Gran Alianza incluía el imperio habsburgués, la República de Holanda, España, Saboya, Brandeburgo y Gran Bretaña (gobernada en ese momento por el dirigente holandés Guillermo III).

Al enfrentarse a una coalición tan poderosa, Luis reclutó el ejército más numeroso de su reinado. Los franceses, comandados por el capaz mariscal Luxemburgo en campaña y dirigidos por Vauban en las operaciones de asedio, consiguieron una serie de victorias con pocas derrotas claras. El tamaño de los ejércitos que entablaron combate creció considerablemente: en la batalla de Neerwinden, el 29 de julio de 1693, 80.000 soldados franceses capitaneados por Luxemburgo derrotaron a 50.000 aliados a las órdenes de Guillermo III. Sin embargo, a pesar de tales victorias, la guerra consumió de tal manera los recursos del monarca francés y minó hasta tal punto su crédito que Luis firmó una paz por agotamiento en Ryswick, donde cedió gran parte de lo que había ganado desde 1678.

Europa podría haber disfrutado entonces de la paz de no haber sido por las complicaciones de la sucesión española. El enfermizo e impotente rey Carlos II falleció en 1700 sin descendencia. Los candidatos francés y habsburgués se disputaron el trono, y los intentos para forjar

un compromiso de reparto fracasaron cuando Carlos legó todos sus territorios al candidato francés Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV. La Guerra de Sucesión española estalló en 1701, y aunque los franceses la iniciaron con bastante decisión, no tardó en hacerse notar el desgaste producido por el anterior conflicto. Los dos rivales lucharon de manera muy parecida a un boxeador tocado que combate con la simple esperanza de mantenerse en pie hasta que suene la campana. Una poderosa coalición se enfrentaba de nuevo a Francia, que luchaba ahora con España como aliada. Durante aquella guerra, los ingleses presentaron a uno de sus máximos capitanes, el duque de Marlborough, secundado con habilidad por Eugenio de Saboya al mando de las fuerzas imperiales. En 1704 triunfaron en Blenheim, la batalla más notable de la guerra.

La suerte de los franceses no mejoró después de Blenheim. Si acaso, el año 1706 trajo consigo desastres aún peores: Marlborough derrotó a los franceses en la batalla de Remillies, consiguiendo así para los aliados los Países Bajos españoles, mientras que al sur de los Alpes Eugenio batía a otro ejército de Francia en Turín, expulsando así de Italia a los franceses, que sufrieron derrota tras derrota. Luis parecía incapaz de encontrar a un general victorioso, hasta que en 1709 puso al mando de sus principales fuerzas al mariscal Claude de Villars. Aunque Marlborough y Eugenio, trabajando de nuevo concertadamente, sacaron a Villars del campo de batalla en Malplaquet el 11 de septiembre, su victoria resultó pírrica, pues los franceses se retiraron ordenadamente, dispuestos a volver a combatir. Ambos bandos reunieron aquel día la elevada cifra de 90.000 soldados, y los muertos y heridos sumaron más de 30.000, lo que hizo de aquella batalla la más sangrienta de las libradas en las guerras de Luis XIV. Los franceses resistieron hasta 1712, cuando, tras haber sido despojado Marlborough del mando por razones políticas, Villars se enfrentó al ejército aliado en Denain y lo derrotó. Esta victoria francesa preparó el camino para una ofensiva final de Francia en los Países Bajos españoles, cuyo resultado fueron los tratados de paz de 1713 y 1714, que mantuvieron las fronteras francesas y preservaron la Corona de España para la dinastía borbónica. Francia se sintió, por fin, segura en su frontera meridional, aunque en América del Norte los británicos arrebataron para siempre Acadia a los franceses.

Federico el Grande

En 1715 murió Luis XIV, y con él toda una época. Había luchado por la gloria fijándose metas importantes; pero entre 1715 y 1789 los Estados combatieron por obtener ventajas discretas, más que por la hegemonía. Hasta entonces, la guerra no se había basado nunca de tal manera en el cálculo económico racional. Los historiadores militares describen este

periodo como un tiempo de conflictos limitados; y, con algunas excepciones, este calificativo es verdadero. Eso no significa que los Estados no hubieran luchado antes por obtener beneficios económicos –es indudable que los holandeses y los ingleses, cada vez más volcados en el comercio, habían combatido en el siglo XVII por obtener riquezas y ventajas comerciales–, pero a lo largo del XVIII las concepciones económicas ocuparon el centro de los planes políticos en toda Europa. Estas ideas se pueden resumir en el término «mercantilismo», que postulaba la existencia de una riqueza mundial limitada, hacía hincapié en la necesidad de la autosuficiencia económica e insistía en que, para atesorar y llenar las arcas de la guerra, era deseable vender a los rivales sin realizar a cambio unas compras equivalentes.

Con esta fórmula, para que un Estado ganara, otro tenía que perder; era un juego de suma cero en el que la guerra constituía un medio justo para obtener un fin. Por supuesto, si un Estado luchaba por unos objetivos limitados, tenía poco sentido que se arruinara en la empresa; de ese modo, unos objetivos limitados inspiraban esfuerzos limitados. Así, Francia e Inglaterra guerrearon por las islas azucareras del Caribe, el rico comercio de pieles de Canadá y los botines de joyas de la India, mientras que, en el continente europeo, el rey de Prusia soñaba con estimular la creación de nuevas manufacturas para dar autosuficiencia a sus dominios, y con apoderarse de la provincia de Silesia para hacerlos más ricos y más fuertes.

La Prusia de Federico II el Grande (1740-1786) fue la gran potencia europea más reciente e improbable. Fue producto, en gran parte, de la política practicada por su inteligente familia reinante, los Hohenzollern. Cuando el elector Federico Guillermo de Brandeburgo (1640-1688) accedió al poder, sus territorios de Brandeburgo, Prusia Oriental y un surtido de pequeños dominios diseminados por el norte de Alemania carecían de integración política; los azares de herencias y sucesiones habían sido lo único que los había puesto a todos en sus manos. Cada territorio exhibía sus propias instituciones y privilegios, y ninguno se sentía obligado a contribuir a la defensa de los demás. Sin embargo, la debilidad de las tierras del elector fue para ellas motivo de calamidad. La fortuna las había colocado entre las partes contendientes de la Guerra de los Treinta Años –Suecia al norte, y la Austria habsburguesa al sur–, y Brandeburgo padeció a partir de 1630 una grave devastación provocada por los ejércitos en campaña y las fuerzas ocupantes. Federico Guillermo decidió que sólo un considerable ejército propio le permitiría defender su heredad. Pero, para formar y sostener un único ejército con los recursos de sus fragmentados dominios, tendría que forjar una sola entidad política con aquellos territorios separados y distintos. Prusia fue, pues, un Estado creado para sustentar un ejército. Recurriendo tanto a razones como a la pura fuerza militar, Federico Guillermo arrancó a sus territorios con-

cesiones que le permitieron recaudar impuestos de todos ellos para sostener un único ejército y reclutar aquella fuerza en todas sus tierras. Para lograr esos privilegios en Prusia Oriental llegó incluso a sitiar Königsberg, su propia capital en aquel dominio.

Sus sucesores prosiguieron su obra. Federico (1688-1713) obtuvo del emperador el título de Federico I rey *en* Prusia a cambio de aliarse con él contra Luis XIV. El «en» se convirtió pronto en «de», y los Hohenzollern fueron aceptados como auténticos monarcas europeos. Federico I mostró un interés nada prusiano por el lujo y la ostentación, pero su hijo Federico Guillermo I (1713-1740) volvió a adoptar unos comportamientos más espartanos y, a base de economías rigurosas y esfuerzos denodados, duplicó el ejército heredado, hasta hacer de él una fuerza de 80.000 hombres, un ejército permanente cuyo tamaño era, por lo menos, la mitad del francés, a pesar de que la población prusiana sumaba sólo 2,5 millones (frente a los 20 de Francia). El hijo de Federico Guillermo, Federico el Grande, invirtió casi de inmediato este activo creado tan concienzudamente por sus antepasados en un intento de apoderarse del rico ducado de Silesia y hacer así de Prusia una potencia germana rival de los Habsburgo.

Federico y su ejército compendiaban el estilo de guerra surgido en el siglo XVII. En el fondo, este estilo partía del supuesto de que el soldado corriente era susceptible de adiestramiento, aunque no se podía confiar en él: tanto si era voluntario como si había sido reclutado mediante las rudimentarias tretas empleadas a finales del siglo XVII y en el XVIII para el alistamiento obligatorio, el soldado se consideraba un desertor en potencia. Según el conde de Saint Germain, ministro francés de la Guerra en 1775-1777, «en el actual estado de cosas, los ejércitos sólo pueden estar formados por la escoria de la nación y por todos aquellos que son inútiles para la sociedad». Esa clase de personas tenía que utilizarse en formaciones que permitieran un control cercano y una constante supervisión e hiciesen hincapié en tácticas de infantería y caballería que organizaban a los hombres en líneas rectas en campo abierto. Los comandantes desdeñaban las tácticas de los merodeadores, que buscaban su propia protección y luchaban por iniciativa personal, pues las consideraban peligrosas e ineficaces. Si se daba a un soldado la oportunidad de esconderse de los ojos vigilantes del oficial o el sargento, ¿qué le impediría desertar? Sólo la disciplina dura y la práctica constante permitían maniobrar en la frágil línea de combate, que era en ese momento más delgada que antes, pues la infantería aprovechaba la descarga de fuego con sólo tres hombres en fondo y casi sin intervalos entre las filas. El miedo era un factor esencial para que las tácticas de Federico funcionaran sin impedimentos. Según afirmaba el propio rey: «Un ejército está compuesto en su mayor parte de haraganes e inactivos. A menos que el general los mantenga constantemente vigilados... esa máquina... no tardará en de-

sintegrarse». «[El soldado] debe temer más a sus oficiales que a los peligros a los que se halla expuesto.» Teniendo en cuenta las limitaciones de este sistema, Federico lo elevó a sus cimas más altas. Heredó la infantería mejor entrenada de Europa, y cuando la caballería no logró igualar los niveles de su infantería, la apremió también a ponerse en forma mediante una instrucción implacable.

La clave para conseguir que este sistema funcionara fue el cuerpo de oficiales prusiano, el más profesional de Europa. Federico obligaba a sus jóvenes aristócratas a servir como oficiales, y una vez que ingresaban en el ejército, sólo la debilidad o la muerte podía liberarlos de él. Los oficiales franceses actuaban como unos aristócratas bastante independientes y pasaban gran parte del tiempo lejos de sus regimientos, pero los oficiales prusianos permanecían en sus unidades, pues eran ellos, y no sus sargentos, quienes supervisaban la instrucción y la administración. Además, los oficiales prusianos dirigían a sus soldados desde la primera línea. Para honrar a sus oficiales, Federico creó también con gran esmero una jerarquía social en la que primaban los militares; un simple teniente o capitán se situaba por delante de un alto funcionario civil.

Con aquel espléndido ejército, Federico arrebató a los Habsburgo la provincia de Silesia en la Guerra de Sucesión austriaca (1740-1748). Cuando el emperador Carlos VI (1711-1740) estaba próximo a morir, firmó numerosos acuerdos para garantizar la sucesión de su hija María Teresa. Todos se malograron, y la emperatriz tuvo que combatir contra vecinos ambiciosos, entre ellos Baviera, Sajonia, Francia y Prusia. En la guerra subsiguiente, Federico conquistó Silesia, pero también se ganó la enemistad imperecedera de María Teresa. Los objetivos y los logros del rey fueron limitados, pero el odio de la emperatriz no.

Riqueza, poder y conquista colonial

La lucha entre Federico y María Teresa enfrentó también a los franceses contra los británicos; aquéllos apoyaban a Prusia, éstos respaldaban a la asediada emperatriz. Una de las constantes de la política internacional a partir de 1688 fue la rivalidad entre Francia y Gran Bretaña, enzarzadas en una serie de conflictos denominados a veces segunda Guerra de los Cien Años. Durante las décadas centrales del siglo XVIII, Francia y las fuerzas británicas chocaron en todo el mundo en enfrentamientos comerciales y militares por intereses importantes.

El conflicto ultramarino resultó ser, sin embargo, una contienda desigual debido a la preeminencia naval británica. Gran Bretaña gozaba de una ventaja decisiva sobre Francia, pues, por más que intentara mantener una armada, Francia seguía siendo esencialmente una poten-

cia terrestre que requería un gran ejército continental. Los franceses, sometidos a largas y costosas guerras de desgaste, no podían permitirse mantener un gran ejército y una armada poderosa. Sin embargo, el dominio del mar permitió a los británicos ganar las luchas económicas del siglo XVIII, pues quien dominaba el mar gobernaba también el comercio ultramarino. En el siglo XVIII, los británicos se atuvieron a un modelo establecido en las guerras europeas, dedicando un ejército pequeño a las luchas en el continente y empleando, en cambio, su riqueza comercial para subvencionar alianzas continentales, mientras se servían de su ventaja naval para controlar las aguas de Europa y ganar las batallas por las colonias y el comercio marítimo.

A su vez, el poder colonial incrementó aún más el vigor económico de Gran Bretaña. Si el dinero es el nervio de la guerra, Gran Bretaña poseía una fuerza que nadie podía igualar. El elemento central de su pericia para librar guerras con éxito consistía en la capacidad del Estado para recaudar racionalmente los fondos necesarios mediante créditos a largo plazo y a bajo interés. La prueba más evidente de esa destreza era el Banco de Inglaterra, fundado en 1694; pero las auténticas fuentes de su fuerza eran más básicas: el comercio y la política. El Parlamento controlaba las finanzas del gobierno y representaba a aquellas clases de personas que se habían enriquecido con la tierra y el comercio y financiaban al Estado en sus guerras. Mientras los reyes eran célebres por no pagar sus deudas, el Parlamento no estafaba nunca en las suyas. Y como saldaba meticulosamente sus deudas, los plazos eran razonables, el interés bajo y los inversiones afluían, incluso, del extranjero. En cambio, un monarca absolutista como Luis XIV se negaba a renunciar a su poder sobre impuestos y finanzas, por lo que no lograba infundir la confianza que inspiraba el Parlamento. En el fondo, la fuerza militar y naval de Gran Bretaña nacía de su sistema político tanto como de su riqueza comercial o de la valentía de sus marineros y soldados.

Los británicos utilizaron su fuerza naval y económica para convertirse en la gran potencia colonial de la época, sustituyendo a los españoles, los holandeses y los franceses. En Sudamérica y en el Caribe, una España en declive otorgó crecientes privilegios comerciales a Gran Bretaña; en la India y América del Norte, los principales teatros de operaciones de las guerras coloniales del siglo XVIII, Francia luchó con desesperación, pero sin éxito, para retener unas colonias ganadas con esfuerzo.

La India incluía fuertes Estados locales con culturas avanzadas, tradiciones militares antiguas y poblaciones numerosas, por lo que cualquier potencia europea que esperase dominar el subcontinente tenía que aliarse con los soberanos locales para expulsar a otros competidores europeos, y sacar partido a los conflictos locales para dividir y conquistar a los gobernantes indígenas. La práctica de la guerra en la India debe si-

tuarse, pues, en el contexto no sólo de las contiendas occidentales, sino también en el de las guerras y rivalidades indias. El éxito británico en la India iba a ser tanto una victoria de la diplomacia local como una gesta de armas.

Los europeos habían disfrutado desde hacía tiempo de una gran ventaja en el mar, donde sus barcos, que disparaban en andanadas, dominaban las olas, sobre todo cuando los holandeses, ingleses y franceses ocuparon el lugar de los portugueses como comerciantes europeos más destacados. Pero el poder marítimo no se transformaba fácilmente en poder en tierra, y, en cualquier caso, las compañías comerciales europeas instaladas en la India se interesaron en un primer momento por comerciar y no por conquistar. Los directores de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales calculaban el éxito en función de los beneficios y las pérdidas, y en 1677 insistían en que lo suyo eran «los negocios y no la guerra». Sin embargo, el éxito en el comercio requería establecimientos mercantiles en tierra, y la seguridad de esos puestos exigía fortificaciones modernas y soldados que las defendieran. Al final, los europeos lucharon por dominar el territorio tanto como el comercio, y la Compañía Inglesa de las Indias Orientales se benefició de los impuestos, además de sus actividades mercantiles. Para combatir tanto contra los gobernantes locales como contra sus adversarios europeos, los occidentales tuvieron que crear en la India sus propios ejércitos. Como el envío de soldados europeos a la India por vía marítima resultaba demasiado difícil y costoso, la respuesta la dieron los cipayos –tropas indias contratadas, armadas y entrenadas al estilo europeo–. Una vez formados y dirigidos adecuadamente, los cipayos demostraron su valía tanto frente a los soldados nativos indios como ante los europeos. Aunque no fueron los primeros en utilizarlos, la Compañía Inglesa de las Indias Orientales tuvo un gran éxito con los cipayos.

Las guerras entre las compañías francesas e inglesas de la India comenzaron en serio en 1744, con la Primera Guerra Carnática (1744-1748), y, una vez iniciadas, involucraron a fuerzas regulares europeas de tierra y mar. En 1746, el diestro gobernador francés Joseph Dupleix sitió y tomó la principal base británica de Madrás con el auxilio de una flota de Francia. Sin embargo, a pesar del fracaso de un asedio británico contra la base francesa de Pondichery, el Tratado de Aquisgrán devolvió Madrás a los británicos. La Segunda Guerra Carnática (1749-1754) siguió de inmediato a la primera cuando franceses y británicos se implicaron en conflictos locales indios. Dupleix volvió a demostrar su talento en la diplomacia y en la guerra, y los pretendientes respaldados por los franceses se establecieron como nababs de Karnataka, convirtiendo en la práctica a los franceses en los gobernantes del sudeste de la India. Así, el asalto inicial fue para los franceses, pero su éxito no iba a durar.

La guerra europea en América durante el siglo XVIII fue muy diferente. Aunque tanto los británicos como los franceses utilizaron considerablemente a los nativos americanos como aliados, éstos sólo desempeñaron una función secundaria en los combates, lo cual contribuyó a que la lucha entre los europeos por el control de las Américas resultara poco concluyente. Así, los franceses perdieron Acadia a manos de los británicos en la Guerra de Sucesión española, aunque mantuvieron el control a lo largo de los ríos San Lorenzo y Misisipí. El siguiente conflicto, la Guerra del rey Jorge (1743-1748) –fase americana de la Guerra de Sucesión austriaca–, fue testigo en 1745 de la toma por los ingleses de la fortaleza francesa de Louisbourg, en la isla de Cap Breton. Sin embargo, el mismo Tratado de Aquisgrán que había devuelto Madrás a Gran Bretaña reintegró a sus propietarios originales todas las conquistas del Nuevo Mundo, y la disputa por Canadá siguió sin hallar una solución.

La campaña emprendida contra los americanos nativos resultó, sin embargo, más decisiva. La técnica y unas cifras de pobladores en aumento (en 1700 vivía en América un millón, por lo menos, de personas de origen europeo) dieron a los colonos grandes ventajas (véase el capítulo 8). En el siglo XVIII, los nativos americanos sólo pudieron mantener su posición en los márgenes de las fronteras de los asentamientos europeos –y ni siquiera por mucho tiempo–. Los combates eran implacables y ambas partes guerreaban con crudeza, pero el resultado era previsible. Mientras franceses e ingleses lucharon entre sí, los nativos pudieron encontrar aliados en alguno de los dos bandos, pero la eliminación de Nueva Francia en 1763 (véase *infra*) acabó con esta opción. La independencia de Estados Unidos dañó todavía más a los americanos nativos, pues los británicos habían respetado hasta cierto punto los territorios situados al oeste de los montes Apalaches, mientras que el nuevo Estado fue hostil desde sus inicios a las poblaciones nativas. La propia Declaración de Independencia condenaba a los americanos nativos como «indios salvajes y despiadados cuyo criterio para hacer la guerra es una destrucción indiscriminada de personas de cualquier edad, sexo y condición». Con actitudes como ésta, no es de extrañar el acoso a los indios practicado por Estados Unidos en su primer siglo de existencia.

La Guerra de los Siete Años

Este periodo de práctica mercantilista de la guerra alcanzó su culminación en la Guerra de los Siete Años (1756-1763), un conflicto auténticamente mundial con consecuencias duraderas librado en Europa, América del Norte y el sur de Asia. En Europa, Federico el Grande, alia-

do ahora con los británicos, tuvo como único propósito apoderarse de Silesia; su objetivo era limitado y le habría convenido ajustar sus esfuerzos a su intención. Sin embargo, María Teresa decidió castigar a Federico casi a cualquier precio por haberle «robado» Silesia y, aliándose con Rusia y Francia, estuvo a punto de aplastar al monarca prusiano. Esto obligó a Federico a aplicar un esfuerzo ilimitado a su limitada causa.

El año 1757 contempló los máximos hechos de armas de Federico. Una importante ofensiva francesa contra él concluyó en desastre el 5 de noviembre en Rossbach, donde Federico destruyó un ejército francogermano dos veces más numeroso que el suyo. Pero, mientras se ocupaba de su enemigo en el oeste, los austriacos invadieron Silesia, por lo que al cabo de sólo una semana sus tropas salieron de Leipzig y recorrieron en dieciséis días los casi 320 kilómetros que le separaban de Parchwitz, desde donde avanzó con 36.000 soldados al encuentro del ejército austriaco de unos 80.000 hombres capitaneado por Carlos Alejandro, príncipe de Lorena. Cuando Carlos supo que Federico se acercaba, adoptó una posición defensiva en torno a la localidad de Leuthen, pero unas colinas boscosas ocultaban su línea de ocho kilómetros de longitud que corría de norte a sur. La mañana del 5 de diciembre Federico marchó contra la posición austriaca; luego, aprovechando las colinas para ocultar sus columnas, giró hacia el sur y concentró su ejército, más reducido, contra el flanco izquierdo de la línea austriaca. Sus hombres se movieron con tanta rapidez y se desplegaron con tal precisión de columna de marcha a línea de combate que pillaron completamente desprevenido al flanco austriaco. Hacia la una de la tarde, las tropas de Federico penetraron con un fuerte apoyo artillero en el flanco austriaco y, a continuación, se encaminaron hacia el norte, arrollando la oposición del adversario. Algunos de sus mosqueteros hicieron 180 disparos. Al concluir la jornada, los austriacos habían perdido a 10.000 hombres, muertos o heridos, además de 21.000 prisioneros, un número de bajas aproximadamente igual al tamaño de todo el ejército de Federico. Napoleón dijo sobre aquel enfrentamiento: «La batalla de Leuthen es una obra maestra de movimientos, maniobras y resolución. Basta ella sola para inmortalizar a Federico y situarlo en las filas de los más grandes generales».

Rossbach y Leuthen salvaron, quizá, a Prusia, pero la guerra se arrastró durante seis años más. Desde finales de 1740 y a lo largo de la Guerra de los Siete Años, los enemigos de Federico mejoraron sus armas, sus tácticas y su administración. Así, el Código de Infantería ruso de 1755 remedó abiertamente las tácticas prusianas; su artillería mejoró en velocidad y precisión al procurarse cañones mejores y realizar ejercicios prolongados; y la adopción de un mejor sistema de abastecimiento contribuyó a reducir el tren de bagajes del ejército, dándole mayor movilidad y menor apariencia de ejército oriental. Un dato de importancia aún mayor fue que Austria reformó sus fuerzas arma-

das tras su derrota en la Guerra de Sucesión: la infantería adoptó un manual de instrucción normalizado, mejoraron el adiestramiento y el equipo, se creó una academia militar en Wiener Neustadt, la artillería experimentó una amplia reforma que incluía un nuevo diseño de los cañones que igualó o superó los criterios prusianos, el cuerpo de oficiales se abrió a los plebeyos, y en 1758 se instituyó un Estado Mayor. Finalmente, el principal comandante austriaco, el mariscal Leopold von Daun, constató (en palabras de uno de sus ayudantes de campo) que el rey de Prusia «lanzaba siempre sus ataques contra uno de los dos flancos del ejército contra el cual se dirigía, [por lo cual] es necesario planear, sencillamente, una respuesta adecuada». Y así, finalmente, superado por los recursos y la inventiva de sus poderosos enemigos a pesar de su genialidad en el campo de batalla, Federico estuvo a un paso de su destrucción. A finales de 1761 no logró ver una salida y se retiró a Berlín, donde se hundió en la desesperación; sin embargo, le salvó la muerte de su inveterada enemiga, Isabel de Rusia, ocurrida en enero de 1762, pues su sucesor Pedro III favoreció a los prusianos. Prusia salió de la guerra exhausta pero intacta.

Para Francia, unida en una insólita alianza a su enemigo tradicional, la Austria habsburguesa, la fase europea de la Guerra de los Siete Años fue un extraño conflicto librado sin mucha determinación y con poco éxito. Pero si los franceses tenían poco que perder o que ganar en el continente, Luis XV (1715-1774) apostó mucho en ultramar. En América del Norte, la antigua animosidad entre franceses y británicos llevó a un enfrentamiento definitivo: la guerra franco-indígena (1754-1763). Con la llegada de una fuerza británica capitaneada por los generales Jeffrey Amherst y James Wolfe a las puertas de Louisbourg en junio de 1758, la victoria de Gran Bretaña fue una realidad cercana. Tras haber tomado la fortaleza, Wolfe atacó Quebec.

James Wolfe desembarcó con 9.000 soldados regulares británicos y 500 coloniales en la Île d'Orléans, justo aguas abajo de Quebec, los días 26 y 27 de junio e inició un duelo de tres meses con el gobernador francés, el marqués Louis Joseph de Montcalm. Wolfe probó varias vías de ataque, pero fue rechazado siempre por Montcalm. En septiembre, al acercarse el invierno, el comandante de la flota británica pensó preocupado en retirar sus barcos del río San Lorenzo antes de que se helara, por lo que Wolfe y sus generales de brigada recurrieron a una táctica arriesgada consistente en ascender por un estrecho sendero que, subiendo por la escarpadura, llevaba desde el río hasta los Llanos de Abraham, al suroeste de la ciudad. La senda era tan abrupta que los franceses la consideraron inaccesible y la mantuvieron escasamente vigilada. Mediante una combinación de destreza y suerte, los británicos llevaron a cabo aquella hazaña en la noche del 12 al 13 de septiembre de 1759. A la mañana siguiente, Wolfe había reunido en la llanura 4.800 soldados.

Montacalm decidió en ese momento presentar batalla con 4.500 hombres, pues Quebec sólo tenía provisiones para dos días y apenas podía resistir un asedio. Tras disponerse ambos ejércitos para el combate, los franceses avanzaron a las diez de la mañana. En ese momento, Wolfe, que había mandado a sus hombres echarse cuerpo a tierra para protegerlos de los merodeadores franceses, les ordenó ponerse en pie y marchar de frente. Cuando se hallaban a 20 metros de distancia, los británicos abrieron fuego por descargas contra los franceses, que rompieron la formación. El fuego disciplinado de los británicos decidió la breve batalla en quince minutos. Los británicos siguieron adelante mientras los franceses se retiraban a la ciudad. Durante la lucha, Wolfe fue herido en tres ocasiones, y la última bala puso fin a su vida; Montcalm murió también aquella tarde por la herida causada por una bala de cañón durante la retirada francesa. Al carecer de suministros, los franceses entregaron Quebec el 18 de septiembre, y la armada británica se retiró tras haber aprovisionado la ciudad. Los franceses sitiaron Quebec en la primavera de 1760, pero la oportuna llegada de otra escuadra británica al San Lorenzo salvó la guarnición y obtuvo Canadá para los británicos, quienes a partir de ese momento fueron dueños de toda América del Norte, desde Georgia hasta Terranova y los territorios de Illinois a lo largo del Misisipí.

Entretanto, en la India, la Compañía Inglesa de las Indias Orientales desbancó a la francesa Compagnie des Indes. La guerra en la India tuvo su propio impulso, igual que en América del Norte, y dependió sólo en parte de lo que sucedía en Europa. En 1765, el nabab de Bengala se apoderó de la base comercial británica de Calcuta y condenó a los supervivientes a la abarrotada prisión, tristemente famosa, conocida como «el Agujero Negro». A comienzos del año siguiente, Robert Clive recuperó la ciudad y, a continuación, marchó hacia el interior del país con 1.100 soldados europeos y 2.100 cipayos para derrotar el 23 de junio, en Plassey, al ejército del nabab, compuesto por 50.000 hombres. Si Clive ganó la batalla aquel día no fue tanto porque su ejército luchó mejor, cuanto por el hecho de que los aliados y los generales del nabab abandonaron a éste. En 1760, los franceses entregaron Pondichery, y aunque el Tratado de París les devolvió la ciudad, nunca recuperaron su posición de conjunto. Finalmente, un ejército de la Compañía de las Indias Orientales a las órdenes de Hector Munro derrotó a otra fuerza india en Buxar el 23 de octubre de 1764. Esta reñida batalla consiguió para la Compañía las ricas provincias de Bengala, Bihar y Orissa, que utilizaría como palanca para hacerse con el control del subcontinente. La Compañía formó entonces un gran ejército de cipayos reclutados entre la numerosa población controlada por ella y pagados con los principescos ingresos que recaudaba a modo de tributo entre las poblaciones nativas.

La Guerra de los Siete Años compendió en gran medida una época. Una época en la que las necesidades militares configuraron gobiernos

y en la que la guerra determinó el destino de Estados enteros en Europa, mientras difundía y definía el dominio occidental en todo el globo. Sin embargo, la naturaleza de los conflictos europeos iba a cambiar a partir de 1763: las guerras de los Estados dinásticos darían paso a enfrentamientos bélicos entre naciones sostenidos con una dedicación más intensa y con instrumentos militares nuevos.

XI. NACIONES EN ARMAS

John A. Lynn

La revolución y la guerra cambiaron la faz y el corazón del mundo occidental entre 1763 y 1815. En 1763, al concluir la Guerra de los Siete Años, los asentamientos británicos de la costa del Atlántico y América del Norte seguían siendo colonias dependientes de Gran Bretaña. Al otro lado del mar, en Francia, una monarquía cuyas raíces se podían rastrear hasta ochocientos años atrás reinaba sobre una sociedad fundada en el privilegio aristocrático, mientras los siervos trabajaban aún los campos de sus señores. Las revoluciones francesa y norteamericana no sólo destacan como acontecimientos de primordial importancia en la historia de esos dos países, sino que llegaron a influir en todos los rincones del mundo occidental. La marea revolucionaria iniciada en Estados Unidos acabó recorriendo también toda América Latina. La transformación de la sociedad francesa que siguió a la toma de la Bastilla por una muchedumbre de parisinos en 1789 cambió para siempre no sólo a Francia, sino a Europa.

También la guerra experimentó una transformación. La Revolución francesa hizo realidad el ideal de la nación en armas. Así, el nacionalismo sumó su fuerza a la insistencia occidental en la disciplina. A partir de ese momento se esperaba de la tropa que exhibiera el mismo tipo de entrega que en épocas pasadas se reservaba sólo a los oficiales, y las nuevas lealtades del soldado raso influyeron en la táctica, la logística y la estrategia. Finalmente, Napoleón mostró las posibilidades que entrañaba la nueva forma de hacer la guerra, con lo cual modificó para siempre la conducción de las operaciones militares.

La guerra revolucionaria en Estados Unidos

Estados Unidos fue el primer lugar a donde llegó la revolución. Tras haber expulsado a los franceses de Canadá y de los territorios al

oeste del Misisipí en 1763, las autoridades británicas intentaron imponer unas cargas mayores a las colonias del Atlántico y ejercer un mayor control sobre ellas. El proceso de exigencia, resistencia y represión llevó finalmente a la guerra en abril de 1775, cuando el gobernador británico de Massachussets envió soldados para que requisaran armas y munición almacenados por los colonos en Concord y la milicia local se opuso a ello. La Guerra de la Independencia Norteamericana, iniciada aquel día con «un disparo que se oyó en el mundo entero», fue un conflicto de escala menor según criterios europeos; en las acciones relevantes no participaron habitualmente más de unos pocos batallones. Ambas partes, pero en particular los rebeldes norteamericanos, obligaron a la milicia a combatir, a menudo con resultados decepcionantes; pero, además de la milicia, los norteamericanos formaron una fuerza de combatientes regulares, o «continentales». En la guerra tuvieron importancia los merodeadores y los francotiradores, aunque no tanto como pretende la leyenda, y las principales batallas se libraron en gran medida a la manera tradicional europea. Sin embargo, aunque el número de soldados fue reducido y su estilo de combate tradicional, la guerra decidió, no obstante, cuestiones importantes. Además, en su lucha por conseguir la independencia, los patriotas americanos propugnaron catorce años antes del estallido de la Revolución francesa el ideal de gobierno del pueblo defendido por un ejército popular.

Poco después de los combates de Lexington y Concord, una fuerza de 15.000 coloniales sitió Boston, guarnicionada por 7.000 soldados británicos. El Congreso Continental Americano eligió a George Washington para mandar las fuerzas que cercaban la ciudad, y la historia justificó su confianza en aquel plantador de Virginia y veterano de la Guerra de los Siete Años –un hombre sumamente dotado de juicio y virtud política–. En la batalla de Bunker Hill (librada en realidad en Breeds Hill), el 17 de junio de 1775, 1.500 coloniales atrincherados en sus posiciones rechazaron dos ataques lanzados por un número superior de británicos, para acabar sucumbiendo cuando se quedaron sin munición. Aunque fue una victoria británica, aquel combate dio a los soldados revolucionarios la seguridad de que podían enfrentarse a los casacas rojas.

Tras abandonar Boston en marzo de 1776, los británicos dirigieron sus esfuerzos a tomar Nueva York. Esperando que fuera el siguiente punto candente, Washington había marchado ya allí con su ejército con el plan de resistir atrincherando sus tropas, la misma táctica que había resultado tan prometedora en la colina de Bunker; pero las fuerzas británicas, comandadas por sir William Howe, ganaron la partida a los norteamericanos en Long Island, obligando a Washington a abandonar la ciudad el 12 de septiembre y retirarse más allá de Nueva Jersey, al interior de Pensilvania, enérgicamente perseguido por los británicos. «La

extensión de la cadena [de guarniciones] de que dispongo es un poco excesiva», admitía con clarividencia el general Howe el 20 de diciembre, pero sólo un milagro parecía poder salvar al desvencijado ejército de Washington. Aquel milagro llegó el día de Navidad. A la mañana siguiente, en Trenton, tras cruzar el río Delaware con 2.400 hombres, Washington avasalló a una guarnición de mercenarios de Hesse a sueldo de Gran Bretaña pillados por sorpresa. Nueve días más tarde, Washington derrotó en Princeton a un destacamento británico. A pesar de tratarse de pequeños triunfos, las batallas de Trenton y Princeton devolvieron cierto grado de confianza a su vapuleado ejército.

La lucha en torno a Nueva York enseñó a Washington que, probablemente, no podría igualar a los británicos en campo abierto. También le mostró que no tenía por qué hacerlo; lo único que necesitaba era conservar su ejército en activo, limitar la zona controlada por los británicos y aguardar la oportunidad adecuada. Aparte de un vano intento de desbaratar un ataque británico contra Filadelfia en 1777, Washington evitó en general presentar batalla y practicó una guerra de desgaste. Y aunque sus soldados sufrieron terriblemente, sobre todo en Valley Forge durante el invierno tristemente famoso de 1777-1778, se las compuso para mantener unidas sus escasas fuerzas, y ese logro constituyó la semilla de la victoria.

Durante todo aquel tiempo, Washington intentó transformar sus tropas en un ejército capaz de sostener un combate disciplinado al estilo europeo, esfuerzo para el que contó con la ayuda de Augustus von Steuben, un oficial experimentado del ejército de Federico el Grande. Von Steuben implantó un sistema de instrucción nuevo y simplificado para el ejército de Washington y lo impartió con eficacia, de modo que, en 1779, las tropas regulares de Washington llegaron a rivalizar con los británicos en preparación para el campo de batalla; sin embargo, su número nunca fue suficiente.

Después de que los británicos expulsaran a Washington de Nueva York, los combates principales se desplazaron a otros frentes. Howe concibió una estrategia ambiciosa para la campaña de 1777 «con el fin de concluir la guerra en un año, a ser posible, sometiendo a los ejércitos de Su Majestad a un esfuerzo amplio y riguroso». Diez mil hombres tendrían que tomar Providence y, a continuación, Boston (si fuera posible); 10.000 más se desplazarían desde Nueva York hasta Albany, aguas arriba del río Hudson; y otros 8.000 defenderían Nueva Jersey y amenazarían Filadelfia. Otra columna de británicos, iroqueses y lealistas avanzaría bajando por el valle de los mohawk. Finalmente, una fuerza procedente de Canadá marcharía hacia el sur, siguiendo primero el lago Champlain y, luego, el río Hudson, en dirección al ejército que avanzaba hacia el norte desde Nueva York. Nueva Inglaterra quedaría así separada del resto de los Estados rebeldes.

Era un buen plan, pero, para su éxito, dependía de la llegada de 15.000 soldados de refuerzo (que, según propuso Howe ingeniosamente, podrían ser reclutados en Rusia, así como en Alemania y Gran Bretaña) y un batallón de artillería. Sin embargo, el gobierno de Londres se negó de plano a asignar más recursos, por lo que en abril de 1777 Howe decidió abandonar su ambiciosa estrategia –«Mis esperanzas de concluir la guerra este año se han desvanecido», se quejó–, y concentró, en cambio, sus fuerzas en un ataque contra Filadelfia.

El ejército procedente de Canadá se puso, no obstante, en marcha hacia el Hudson bajo el mando del general John Burgoyne. Al principio, su campaña se desarrollaba bien, pero a medida que concluía el verano Burgoyne se desplazaba más despacio y tuvo problemas de abastecimiento. Howe trasladó sus principales fuerzas contra Filadelfia, según había advertido a Londres (y Canadá), y envió únicamente un pequeño ejército de 4.000 hombres a las órdenes de sir Henry Clinton, en un esfuerzo desganado de establecer contacto con Burgoyne. Después de obtener algunas victorias de poca importancia, Clinton dio media vuelta. Finalmente, agotadas ya sus fuerzas, Burgoyne se topó con una dura resistencia. En dos batallas libradas cerca de Saratoga, un ejército comandado por el general Horatio Gates derrotó a Burgoyne, quien se rindió con sus tropas el 17 de octubre. Francia, animada con aquella victoria norteamericana, entró en la guerra en febrero de 1778, y, dos años después, llegaron a Newport, en Rhode Island, 6.000 soldados, que contribuirían considerablemente al triunfo de la última gran batalla del conflicto.

La guerra en el Sur

Los años de 1778 a 1781 fueron relativamente tranquilos en el norte. En junio de 1778, Clinton, que sustituyó a Howe en el mando, se retiró de Filadelfia a Nueva York. Washington reanudó su juego de contención y las acciones se desplazaron al sur. Si se exceptúa un intento fallido de Clinton de apoderarse de Charleston (Carolina del Sur) en 1776, los Estados sureños habían presenciado relativamente pocos combates hasta que los casacas rojas tomaron Savannah (Georgia) en diciembre de 1778. El otoño siguiente, una gran expedición francoamericana intentó recuperar Savannah, pero no tuvo éxito. En 1780, Clinton cercó de nuevo Charleston, que cayó en mayo. Luego, navegó de regreso a Nueva York, pero dejó tras de sí un ejército de 8.000 hombres para conquistar el resto del Sur. El 16 de agosto de 1780, Charles Cornwallis, al frente de aquellas fuerzas, aplastó en la batalla de Camden (Carolina del Sur) un ejército mandado por Gates. Tras haber derrotado al vencedor de Saratoga, Cornwallis esperaba ganar la guerra, pero no fue así.

Nathanael Greene, el causante de aquel vuelco de la fortuna, se puso al mando de 3.000 continentales y miembros de la milicia en Charlotte (Carolina del Norte) para enfrentarse al ejército de Cornwallis, formado por 4.000 soldados regulares. En una campaña asombrosa durante la cual Greene no ganó ni una sola batalla, desgastó de tal manera a los británicos que Cornwallis abandonó las Carolinas y condujo su ejército a Virginia en mayo de 1781. Allí amagó con atacar a otra fuerza norteamericana mandada por el marqués de Lafayette, pero, al no lograr obligarle a combatir, Cornwallis se retiró a Yorktown con 7.000 soldados. Cornwallis no había logrado ser el gato y estaba a punto de convertirse en el ratón.

Tras saber que Cornwallis se había refugiado en Yorktown, Washington decidió actuar y marchó rápidamente al sur con su ejército, acompañado por las tropas francesas recién llegadas, comandadas por Jean-Baptiste Rochambeau. Entretanto, en la batalla de los Cabos de Virginia, del 5 al 9 de septiembre, una flota francesa apareció a cierta distancia de otra británica, que regresó a Nueva York, sellando así el destino de Cornwallis. A finales de septiembre, 9.000 soldados norteamericanos y 7.800 franceses rodearon a los 7.000 hombres de Cornwallis; las labores del asedio formal fueron dirigidas por ingenieros franceses a las órdenes de Washington. Al no tener esperanzas de recibir ayuda, Cornwallis se rindió el 19 de octubre. Aquella victoria puso fin a las principales campañas de la guerra en Norteamérica, y pronto comenzaron las negociaciones de paz, cuyo resultado fue el Tratado de París (1783), en el que se reconocía la independencia de los Estados Unidos de América.

Nuevas ideas, nuevas armas

La victoria americana proporcionó a Francia un dulce sabor de venganza. Además, la participación francesa en la derrota de sus rivales legitimó en cierto grado el movimiento de reforma que había mejorado el ejército francés tras la humillación de la Guerra de los Siete Años.

Aquel movimiento tuvo como elemento esencial un debate táctico entre los defensores de las columnas y de las líneas. Los partidarios de formaciones en columnas profundas, el *ordre profond*, basaban sus conclusiones en la convicción tradicional de que los franceses eran mejores atacando con brío que manteniendo una defensa imperturbable. Nada menos que una autoridad como Voltaire admitía que «la nación francesa ataca con la máxima impetuosidad y su envite es sumamente difícil de resistir». Sin embargo, los defensores de la táctica de línea, el *ordre mince*, se animaban pensando en el éxito de Federico el Grande, y, durante un tiempo, los manuales de instrucción franceses remedaron a los prusianos. Reconociendo las ventajas de las dos formaciones básicas, el

conde Jacques Guibert publicó en 1772 su *Essai général de tactique*. Su solución fue utilizar en combate ambas formaciones en lo que podría denominarse un *ordre mixte*. La controversia sobre táctica tuvo como fruto final el manual de instrucción de agosto de 1791, que no imponía ninguna solución única, sino que ofrecía un menú de formaciones y evoluciones a las que se podía recurrir según el gusto del comandante.

Mientras los franceses entablaban una guerra verbal sobre la mejor táctica para la infantería pesada, experimentaron también con mayores contingentes de infantería ligera. A mediados del siglo, y debido al temor a las deserciones, eran pocos los comandantes que desplegaban la infantería en orden abierto para que buscase a su arbitrio abrigos y objetivos (véase página 185). Sin embargo, durante la segunda mitad del siglo XVIII, todos los grandes ejércitos europeos recuperaron de forma limitada el empleo de la infantería ligera. Los combates librados durante las guerras de los Siete Años y de la Independencia Americana influyeron sólo de manera tangencial en este movimiento, pero, en 1780, los regimientos franceses de infantería incluían, no obstante, una compañía ligera, y el ejército contaba con doce batallones completos de *chasseurs à pied*.

Esta innovación no estuvo vinculada a ninguna mejora tecnológica, como por ejemplo el fusil estriado, pues los franceses seguían armando a su infantería ligera con mosquetes de ánima lisa; sin embargo, aunque las armas de la infantería no cambiaron, la artillería sí lo hizo. El sistema Gribeauval, adoptado en 1774, mejoró significativamente los cañones franceses. Jean Vacquette de Gribeauval, que ascendió al mando supremo del arma de artillería francesa tras la Guerra de los Siete Años, cambió la manufactura de las piezas: a partir de ese momento, en vez de fundir los cañones con el ánima, como se había hecho hasta entonces, se fundieron como piezas sólidas que se perforaban a continuación, procedimiento mediante el cual se conseguían tolerancias mucho menores, permitiendo un alcance superior con cargas de pólvora más reducidas. El sistema Gribeauval supuso también la introducción de piezas de campaña más cortas y ligeras y, por tanto, de mayor movilidad. El nuevo material estuvo acompañado por una mejora en el adiestramiento de los oficiales de artillería.

Además de proponer mejoras tácticas y técnicas, los reformadores hablaban de un nuevo tipo de soldado, e incluso de un nuevo tipo de sociedad. Como escribió Guibert en su *Essai:*

> Imaginemos que surge en Europa un pueblo que suma a unas virtudes austeras una milicia nacional y un plan de expansión previamente establecido, que no pierde de vista ese sistema y que, sabiendo cómo hacer la guerra de forma barata y vivir de sus victorias, no se ve obligado a dejar las armas por cálculos económicos. En ese caso ve-

ríamos a ese pueblo someter a sus vecinos y echar por tierra constituciones débiles, como dobla el viento unas frágiles cañas.

Otros, incluido el influyente intelectual Montesquieu, acumularon elogios similares sobre el ideal del soldado ciudadano.

Esto no significa, sin embargo, que los reformadores fueran revolucionarios; al contrario, el movimiento reformista mostraba en conjunto un profundo conservadurismo social. Un tema dominante era la demanda de un cuerpo de oficiales fuertemente profesional pero exclusivamente aristocrático. Mauricio de Sajonia declaró: «No hay duda de que los oficiales verdaderamente buenos son los caballeros pobres que sólo poseen su espada y su capa»; y los reformadores condenaron la compra de comisiones porque beneficiaba a los aficionados adinerados de la aristocracia recientemente ennoblecida y a los plebeyos ricos. Como respuesta a estas críticas, los franceses comenzaron a suprimir gradualmente la compra de comisiones en 1776. También mejoraron la educación profesional de los oficiales creando nuevas escuelas de cadetes a partir de 1750; sin embargo, la admisión a ellas planteó pronto como exigencia ser de condición aristocrática. Como culminación de la iniciativa de esta reforma, la Ley Ségur de 1781 negó la entrega de comisiones directas a cualquier aspirante que no pudiera demostrar cuatro generaciones de nobleza en la línea paterna. Así, aunque el ejército francés introdujo cambios importantes antes de 1789, algunos de ellos fueron tales que la Revolución no pudo menos de rechazarlos y crear sus propias y singulares instituciones militares.

Los soldados ciudadanos de la Revolución francesa

La Revolución que golpeó a Francia en julio de 1789 fue una convulsión tanto para el ejército como para la monarquía. Cuando Luis XVI (1774-1793) intentó utilizar a sus soldados contra las multitudes durante el primer año de la Revolución, las tropas se mostraron ineficaces, reticentes y hasta rebeldes. El año 1790 fue testigo de una serie de motines revolucionarios en regimientos de toda Francia, el peor de los cuales estalló en la ciudad lorenesa de Nancy. Más tarde, tras el intento del rey de huir de Francia en junio de 1791, las dimisiones en masa diezmaron el cuerpo de oficiales. El ejército del Antiguo Régimen se disolvió; Francia iba a necesitar una fuerza muy distinta cuado volviera a declararse la guerra, como ocurrió en abril de 1792.

El ejército comenzó recomponiendo sus tropas mediante alistamientos voluntarios. Ya en el verano de 1791, el gobierno ordenó la ampliación del ejército regular; sin embargo, los revolucionarios no querían basarse exclusivamente en él, pues lo consideraban una amenaza política

en potencia. Así pues, por las mismas fechas, París hizo público un llamamiento a filas para reclutar 100.000 voluntarios salidos de la recién formada milicia ciudadana, la Guardia Nacional. A estos Voluntarios de 1791, agrupados en sus batallones propios, se unieron más tarde los Voluntarios de 1792, llamados a filas en julio de aquel año. Sin embargo, en 1793, el sistema de voluntariado no podía cubrir las enormes necesidades de personal planteadas por la guerra, por lo que, en agosto, el gobierno revolucionario decretó la *levée en masse*, o leva general del pueblo francés, algo más extremo todavía que el servicio militar obligatorio:

> Los jóvenes irán a combatir; los hombres casados forjarán las armas y transportarán los pertrechos; las mujeres confeccionarán tiendas y uniformes y servirán en los hospitales; los niños recogerán harapos; los ancianos serán trasladados a las plazas públicas para inspirar valor a los luchadores y predicar el odio a los reyes y la unidad de la República.

En el verano de 1794, el ejército revolucionario alistó en sus registros a un millón de personas, de las que 750.000 se hallaban presentes y en armas –una gran fuerza que por su origen social, ocupación y procedencia geográfica era un reflejo exacto de la sociedad francesa–. Se trataba de la nación en armas, compuesta por los mejores jóvenes que podía ofrecer Francia.

Para dirigir aquellas tropas, los franceses crearon un cuerpo de oficiales radicalmente nuevo. La huida de la oficialidad del viejo ejército monárquico dejó tantas vacantes que sólo pudieron ser cubiertas promoviendo con rapidez a suboficiales al rango de oficiales. Algunos oficiales ascendieron a velocidad meteórica, pero, en conjunto, el cuerpo de oficiales se profesionalizó cada vez más, a medida que la veteranía y el talento determinaban la promoción. Antes de la revolución, los aristócratas constituían en torno al 85 por 100 de la oficialidad del ejército, pero en el verano de 1794 sumaban menos del 3 por 100. Sin embargo, aunque el cuerpo de oficiales no representara a las antiguas clases privilegiadas, el gobierno revolucionario no confió nunca realmente en sus comandantes. Para controlarlos, París envió a los famosos «representantes en misión» y a los comisarios, menos conocidos pero mucho más numerosos. En el frente, estos agentes examinaban a fondo las acciones y sentimientos de los oficiales; su desaprobación podía significar la guillotina. Para garantizar unas opiniones apropiadas entre la tropa, el gobierno revolucionario emprendió también una campaña de educación política mediante la distribución entre los soldados de millones de ejemplares de boletines oficiales, periódicos radicales y hasta impresos con canciones patrióticas.

Utilizando como guía el manual de instrucción de 1791, este ejército de ciudadanos desarrolló un sistema táctico eficaz, aunque los nue-

vos reemplazos no dominaron, quizá, nunca los detalles de la instrucción en el campo de maniobras. Los batallones todavía formaban en líneas para concentrar la potencia de fuego, pero también explotaban las ventajas de la columna de ataque del batallón, una nueva formación de doce filas en fondo y unos sesenta hombres por fila. Esta formación compacta maniobraba con destreza, desplegándose en línea con facilidad, y cargaba contra el enemigo con rapidez. Delante de la línea principal, los franceses diseminaban una multitud de merodeadores para desconcertar al enemigo como preparación para el ataque. La máxima ventaja de la infantería revolucionaria no radicaba en ningún factor singular, sino en su flexible combinación de tácticas que podían adaptar el estilo de combate al terreno y las circunstancias.

La caballería francesa ejercía sólo una influencia secundaria en el campo de batalla, pues era numéricamente reducida y careció de destreza durante los primeros años de la guerra, pero la artillería resultó de un valor incalculable. Los franceses dedicaron cada vez más recursos a la artillería transportada por caballos, cañones móviles tirados por grandes reatas y servidos por artilleros montados para poder marchar a la par de los cañones. Esa clase de baterías podía avanzar al galope, montar la pieza, abrir fuego, desmontarla y correr hasta la siguiente posición crítica para proporcionar un fuerte apoyo a la infantería.

La Revolución en el campo de batalla

Al estallar la guerra en abril de 1792, las tropas semiadiestradas del ejército francés sufrieron reiterados desastres, sobre todo en la fundamental frontera del nordeste. Tras una serie de generales desafortunados, Charles Dumouriez tomó finalmente el mando en aquel sector, mientras François Kellermann dirigía el ejército estacionado justo al sur. Al acabar el verano, una invasión de tropas prusianas y austriacas al mando del duque de Braunschweig –que cinco años antes había invadido con éxito la República de Holanda– atravesó la frontera francesa en Longwy, tomó Verdún y amenazó con no parar en su avance hasta París. Dumoriez maniobró con brillantez para frustrar sus planes, y el 20 de septiembre, en Valmy, Kellerman se enfrentó con 36.000 hombres a Braunschweig, que disponía de 30.000 a 34.000 soldados. Valmy fue poco más que un duelo artillero, pero, al ver que los cañoneros franceses se encontraron en mejor situación y la infantería de Kellermann resistía en sus posiciones, Braunschweig cesó en sus ataques. Aquella victoria nada espectacular afianzó la Revolución. Goethe, el gran poeta alemán, fue testigo de la batalla y esa misma noche profetizó a sus camaradas: «En este lugar y a partir de este día comienza una nueva era en la historia del mundo, y vosotros habéis presenciado su nacimiento», Después de Valmy, el ejérci-

to francés pasó a la ofensiva y, antes de que acabara el año, obtuvo victorias en los Países Bajos austriacos y a lo largo del Rin.

Sin embargo, 1793 comenzó mal para los franceses: Dumoriez perdió los Países Bajos austriacos en una contraofensiva. Pero, en vez de avanzar, los aliados, entre los cuales se contaban ahora los británicos, se detuvieron para sitiar algunas fortalezas fronterizas legadas por Vauban a la Revolución. La derrota, unida al estallido de una sublevación contrarrevolucionaria en la Vendée, conmocionó al gobierno revolucionario, que instituyó en ese momento el dictatorial Comité de Salud Pública y se movilizó sin concesiones para la guerra. Lazare Carnot, experto ingeniero militar que llegó a ser aclamado como el «Organizador de la Victoria», se presentó como la autoridad militar más capaz de dicho Comité e impulsó más que ningún otro la producción de guerra, la logística y la estrategia.

En otoño de 1793, los franceses habían estabilizado el frente septentrional. Entretanto, a orillas del Mediterráneo y debido al empleo eficaz de la artillería a las órdenes del joven Napoleón Bonaparte, los franceses recuperaron con éxito Toulon, ocupada anteriormente por los británicos. Los ejércitos revolucionarios tomaron la delantera. El 17-18 de mayo de 1794, un ejército francés de 60.000 hombres arruinó cerca de Tourcoing una maniobra envolvente realizada por seis columnas que sumaban un total de 73.000 soldados austriacos, británicos y hannoveranos. Esta victoria francesa allanó el terreno para la más conocida lograda en Fleurus el 26 de junio, cuando 75.000 soldados franceses llevaron a cabo una exitosa acción defensiva contra 52.000 hombres al mando del príncipe de Sajonia Coburgo. El mariscal Nicolas Soult dijo más tarde que había sido el combate más desesperado que había visto. Después de Fleurus, los austriacos abandonaron los Países Bajos. Las victorias continuaron: los franceses obligaron a los aliados a retirarse al otro lado del Rin, lucharon con éxito en Saboya, y a comienzos de 1797 conquistaron la República de Holanda (rebautizándola con la denominación de «República Bátava»).

Sin embargo, tras este último éxito, la guerra quedó empantanada en Alemania, debido en parte a que la traición de un general francés puso en manos del enemigo los planes de invasión de las fuerzas republicanas. En Italia, los franceses mantuvieron la costa en torno a Génova, pero realizaron escasos progresos.

Las primeras victorias del ejército en 1792 y los triunfos posteriores de 1794 llevaron la Revolución más allá de las fronteras de Francia. Pero si las habilidades tácticas de las tropas francesas aumentaron la posibilidad de hacer estallar por simpatía otras revoluciones en los pueblos oprimidos de toda Europa, el comportamiento de esas mismas tropas en los territorios ocupados puso a las poblaciones en contra de sus libertadores. Escasamente apoyados por un servicio de abastecimiento ineficaz y corrupto, los soldados franceses recurrieron al pillaje para so-

brevivir. No es que quisiesen hacerlo, pero no les quedaba más remedio. En 1795, el Directorio sustituyó a los anteriores regímenes revolucionarios y se fue corrompiendo crecientemente a medida que descuidaba el ejército, mientras quienes especulaban con la guerra se llenaban los bolsillos. No obstante, el gobierno de París acabaría pagando el abandono del ejército. En la euforia del fervor revolucionario, los soldados habían sido tratados como héroes; pero, a medida que pasaba el tiempo, el ejército comenzó a verse desatendido y a sentirse como una víctima. Las bajas y las deserciones redujeron drásticamente el número de soldados –de 750.000 hombres en el verano de 1794, a unos 480.000 al cabo de un año, y a 400.000 en 1796, poco más de lo que había sido en tiempos de Luis XIV–. El ejército creía, con buenos motivos, que representaba los ideales más elevados de la Revolución: sacrificio por el bien común, carreras accesibles al talento y fraternidad entre iguales. En cambio, el Directorio parecía haberse desentendido no sólo del ejército, sino de la propia Revolución. Un ejército tan desafecto podía acabar volviéndose contra aquel gobierno, y Napoleón Bonaparte se dio cuenta de esa posibilidad.

Los instrumentos bélicos de Bonaparte

El 27 de marzo de 1796, aquel general de 26 años tomó el mando del ejército de Italia, una fuerza de andrajosos que se aferraba a la costa mediterránea entre la frontera francesa y Génova. Bonaparte les prometió comida y fama, aunque mostró poco interés por los ideales revolucionarios.

> ¡Soldados! Estáis hambrientos y desnudos; el gobierno os debe mucho, pero no puede daros nada. La paciencia y el valor que habéis mostrado entre estas rocas son admirables, pero no os aportan ninguna gloria –ni siquiera un destello–. Voy a conduciros a las llanuras más fértiles de la Tierra. Provincias ricas y ciudades opulentas, todo estará a vuestra disposición; allí hallaréis honor, gloria y riquezas. ¡Soldados de Italia! ¿Os faltará coraje y aguante?

En la que fue su primera gran campaña, Bonaparte hizo frente y derrotó a fuerzas conjuntas de piamonteses y austriacos en una serie de maniobras brillantes y duros combates. En primer lugar, desgajó a los piamonteses de los austriacos batiendo sucesivamente a ambos y haciéndoles retroceder hacia sus líneas de comunicaciones, situadas en posiciones divergentes. Luego, se abalanzó sobre los piamonteses y les forzó a abandonar la guerra el 28 de abril. A continuación, Bonaparte superó en maniobra y combate a su oponente austriaco, Beaulieu, a

quien obligó a dejar Lombardía en manos de los franceses. El éxito de Bonaparte tras sólo seis semanas de haber tomado el mando fue verdaderamente asombroso. Expulsar a los austriacos del resto de la Italia septentrional costó más tiempo, pues retenían Mantua y enviaron sucesivos ejércitos para aliviar aquella fortaleza sitiada. Sin embargo, Napoleón los derrotó uno tras otro, y el 18 de abril de 1979 los austriacos acordaron un armisticio, formalizado más tarde con el nombre de Tratado de Campo Formio.

En 1798, el victorioso Bonaparte capitaneó una expedición contra Egipto, pues creía que su control abriría la puerta a la India –una idea romántica, en el mejor de los casos–. Tras haber eludido al almirante Horatio Nelson, que merodeaba por el Mediterráneo, Bonaparte desembarcó cerca de Alejandría su ejército de casi 40.000 hombres los días 1 al 3 de julio y asaltó la ciudad. El 21 de julio destruyó un gran ejército de mamelucos en la batalla de las Pirámides. Pero todo aquello no sirvió de nada, pues en la batalla del Nilo, librada el 1 de agosto, Nelson destrozó la flota francesa –sólo escaparon dos de los trece navíos de línea– y aisló el ejército de Bonaparte, quien se enfrentó al desastre con buen ánimo y organizó una campaña contra Siria. Sin embargo, antes de tomar Acre se vio obligado a retroceder. Tras atribuirse tanta gloria como pudo por su expedición a Egipto, el ambicioso y frustrado general abandonó su ejército, subió a bordo de una fragata y desembarcó en Toulon el 9 de octubre.

Al llegar a Francia, Bonaparte convirtió su crédito militar en capital político y, con el apoyo de tropas estacionadas en torno a París, depuso al Directorio el 9-10 de noviembre. Bonaparte gobernaba ahora Francia tras haber sido proclamado primer cónsul, pero no tardó en ponerse en marcha para expulsar a los austriacos, que habían reconquistado una gran parte del norte de Italia durante el gambito presentado por Napoleón en Egipto. El 14 de junio de 1800 obtuvo en Marengo una victoria ajustada que, sumada al triunfo de Jean Moreau en Hohenlinden el 3 de diciembre, forzó a Austria a aceptar una vez más las condiciones dictadas por Francia. Los británicos firmaron también un tratado con los franceses en 1802, y Francia se halló en paz. En 1804, Bonaparte asumió una función aún más elevada al coronarse como emperador con el nombre de Napoleón.

¿Por qué ganó Napoleón tantas batallas y ascendió a tales alturas en un intervalo tan breve? No hay duda de que heredó el legado del ejército revolucionario, que incluía a unos reclutas entregados a la causa, un cuerpo de oficiales basado en el talento, unos generales probados en combate y un sistema táctico flexible superior al de los enemigos de Francia. Los soldados napoleónicos no eran ya los revolucionarios de 1793-1794, pero seguían siendo franceses, hijos de su nación, devotos de ella e inspirados por su líder. La ley Jourdan de 1798 estableció un

sistema nuevo de conscripción que exigía el registro de todos los jóvenes; el gobierno fijaba cada año un cupo de alistados que se tomaba de entre quienes eran aptos para el servicio militar. Esta nueva ley de conscripción proporcionó sus soldados al ejército de Napoleón –más de dos millones en 1815– y sirvió en toda Europa occidental y central como modelo para las leyes de servicio militar obligatorio.

Napoleón mantuvo y refinó un método de guerra ajustado a su ejército. A menudo se limitó a adaptar lo que encontró, como en el caso de su insistencia táctica en una forma de orden mixto que combinaba batallones en columna y en línea. Además, se benefició del resurgir de la caballería francesa, reconstituida a finales de la década de 1790. También se dio cuenta de la importancia de la artillería e incrementó su contingente.

Aparte de todo ello, mejoró la estructura organizativa del ejército revolucionario. En 1792 y 1793, los franceses habían sido los primeros en utilizar la división de combate, que combinaba infantería, caballería y artillería, para crear un pequeño ejército de unos pocos miles de hombres capaz de operar de manera independiente o en conjunción con otras divisiones. Antes de emprender su campaña de 1805, Napoleón amplió esta concepción organizativa reuniendo divisiones en cuerpos de tamaños muy variables, desde menos de 10.000 hombres hasta casi 30.000. Los cuerpos funcionaban mejor, incluso, que las divisiones como formaciones independientes coordinadas con otros cuerpos bajo el mando supremo de Napoleón. La organización en cuerpos redujo los problemas de mando y abastecimiento. Las nuevas fuerzas de campaña enviadas al combate por Napoleón eran, sencillamente, demasiado numerosas como para ser controladas eficazmente por un solo hombre, y al subdividir su ejército en cuerpos Napoleón mejoró el mando y el control (aunque nada podía eliminar del todo la confusión que se producía en el campo de batalla). Los cuerpos mejoraron también la logística, pues, al actuar varios de ellos en líneas de avance separadas, podían abastecerse a sí mismos con mayor facilidad que un gran ejército único que operase siguiendo una sola ruta.

La movilidad napoleónica exigía, no obstante, un sistema de aprovisionamiento más flexible e improvisado. Los comandantes del Antiguo Régimen dependían de unas engorrosas líneas de abastecimiento por temor a que la tropa desertara o se amotinase por hambre; de los soldados de la Revolución francesa se esperaba, en cambio, que se aprovisionasen recurriendo al pillaje en caso de necesidad, pero manteniendo su integridad como unidades de combate. El hecho de vivir del terreno permitía realizar movimientos rápidos en momentos clave de la campaña, pero no fue una panacea, pues, aunque el pillaje podía mantener en marcha un ejército a través de un país rico, no podía sostener durante mucho tiempo un ejército detenido en un emplazamien-

to u obligado a moverse por territorios pobres o asolados (como descubriría Napoleón en Rusia).

Ningún análisis del éxito de Napoleón puede pasar por alto su genialidad. Como espléndido maestro de la táctica y las operaciones, su objetivo no era sólo derrotar al ejército enemigo, sino destruirlo. Su forma clásica de conseguirlo consistía en una *manoeuvre sur les derrières*, ideada para amenazar el flanco y la retaguardia del adversario. Napoleón atraía la atención del enemigo con una parte de su ejército mientras dirigía otro contingente, habitualmente un cuerpo, haciéndole marchar en torno al flanco del contrario. Esta táctica podía convertir en aniquilación una derrota en el campo de batalla, pues el ejército de Napoleón dominaba en ese momento la línea de retirada del enemigo. Una persecución activa remataba, a ser posible, el trabajo realizado en el combate, como cuando Napoleón encerró en una bolsa a casi la totalidad del ejército prusiano tras haberlo derrotado en Jena-Auerstadt en 1806.

La *Grande Armée*

Napoléon dio prueba de su genialidad con los mejores resultados en su obra maestra: la campaña de 1805. Francia y Gran Bretaña iniciaron las hostilidades en mayo de 1803, pero, al principio, los dos adversarios no pudieron entablar combate; los franceses acamparon en Boulogne y amenazaron con una invasión que nunca se produjo. Pero cuando, en 1805, los austriacos y los rusos se unieron a los británicos para formar la Tercera Coalición, Napoleón abandonó cualquier plan de invasión y, en agosto, marchó a toda prisa contra Austria.

La *Grande Armée*, trasladada por Napoleón hasta el Rin, sumaba en ese momento unos 210.000 soldados. Bonaparte dejó otros 50.000 hombres en su reino de Italia a las órdenes del mariscal André Masséna. Los austriacos concentraron su principal tentativa contra esta última fuerza, empleando para ello a 95.000 hombres a las órdenes del archiduque Carlos. Ello supuso que sólo pudieron estacionar unos 72.000 soldados en Ulm y 22.000 en el Tirol, que unía esa ciudad con Italia.

A diferencia de sus anteriores campañas contra los austriacos, Napoleón intentó esta vez marchar directamente hacia el Danubio. En la guerra de maniobras practicada entonces por los franceses, las fortalezas habían perdido la función predominante que habían tenido en el siglo XVII; no obstante, Napoleón no podía avanzar hasta el Danubio mientras Ulm amenazara la retaguardia de su ejército. La *Grande Armée*, que se abastecía recurriendo al pillaje, cruzó el Rin el 26 de septiembre y giró rápidamente descendiendo hacia el este de Ulm, desgajando a los austriacos de sus líneas de comunicaciones y encerrando en una bolsa casi todas las fuerzas de Austria. El siguiente paso de Napoleón consistió en avanzar

contra Viena. Las tropas rusas asignadas a la guerra ofrecieron la principal oposición a aquel avance, pero, a pesar de sus esfuerzos, Napoleón ocupó la capital austriaca el 14 de noviembre.

Viena no era, sin embargo, su objetivo definitivo, pues sabía que sólo podía sacar a Austria de la guerra derrotando a las fuerzas principales del enemigo. Y había que hacerlo pronto, pues los prusianos amenazaban con iniciar las hostilidades (lo cual habría dificultado mucho más la tarea de Napoleón). Así pues, Bonaparte maniobró para forzar un enfrentamiento con el ejército conjunto de austriacos y rusos revoloteando al norte de Viena. Fingiendo cierto desorden y asumiendo una posición aparentemente expuesta atrajo a los aliados, y el zar Alejandro y su general Mijaíl Kutúsov, al mando de la fuerza aliada, mordieron el anzuelo. Pero ni siquiera esto fue suficiente para los planes de Napoleón, quien debía, además, incitar a los aliados a atacarle de tal modo que corrieran el riesgo de ser destruidos. Y los atrajo presentando a Kutúsov un flanco derecho aparentemente débil en Austerlitz el 2 de diciembre. El ruso le hizo el favor de lanzar el grueso de su ejército en una maniobra lateral para envolver a los franceses, pero el flanco que parecía tan débil había sido reforzado con la llegada del cuerpo de Davout, que había realizado durante la noche una marcha forzada para llegar al campo de batalla. Combatiendo con heroicidad, Louis Nicholas Davout detuvo la cabeza de las columnas rusas que llegaban en dirección contraria. Entretanto, Kutúsov había debilitado su sector central retirando soldados del mismo para efectuar su maniobra de flanqueo. Era lo que Napoleón había esperado, y, en el momento oportuno, lanzó el nutrido cuerpo comandado por Soult contra el centro ruso destrozándolo y girando, luego, a la derecha para caer sobre la retaguardia de las columnas del flanco ruso. El ala del centro e izquierda del ejército aliado se disolvió. Sólo el ala derecha de los rusos consiguió retirarse en buen orden. Dos días después, los austriacos se rindieron. Ninguna victoria napoleónica modificó el mapa de Europa como lo hizo Austerlitz, pues, a consecuencia de ella, el Sacro Imperio Romano Germánico, una creación del siglo x, dejó de existir en 1806, y a partir de ese momento el soberano habsburgués se hizo llamar simplemente emperador de Austria.

La batalla de Austerlitz habría bastado por sí sola para hacer famoso a Napoleón como uno de los máximos comandantes de todos los tiempos; sin embargo, a pesar de su genio innegable, acabó siendo derrotado. Cuatro razones explican su caída: la codicia estratégica, el aumento de los resentimientos locales contra la ocupación francesa, unas notables mejoras y reformas en los ejércitos que se enfrentaban a él, y la oposición continua de Gran Bretaña, la potencia naval y comercial dominante en el mundo. A pesar de su habilidad táctica y operativa, Napoleón fue víctima de un fatal fallo estratégico: no supo qué era sufi-

ciente ni cuándo debía detenerse. Debido a ello estaba condenado a fracasar antes o después. Napoleón demostró un gran talento en el sentido estricto de saber cómo derrotar en campaña a sus adversarios de uno en uno: en 1805, 1806 y 1807 ideó campañas que impusieron efectivamente la paz primero a Austria, luego a Prusia y, finalmente, a Rusia. Pero Napoleón no tuvo, al parecer, nunca un objetivo final que le satisficiera y garantizara a Europa una estabilidad duradera. En cambio, Federico el Grande, tras haberse apoderado de Silesia, objeto de su ambición, dijo lo siguiente: «A partir de aquí, no atacaré ni a un gato, si no es para defenderme a mí mismo». La Guerra de los Siete Años (véase página 189 y ss.) le fue impuesta a Federico en un sentido muy real; él habría preferido una paz sostenida. Napoleón, por el contrario, parecía ser todo ambición, con muy poca mesura.

Napoleón intentó organizar todo el continente europeo en una guerra económica contra Gran Bretaña como parte de su grandiosa concepción de una victoria sobre su antiguo enemigo. En realidad, los británicos habían bloqueado los puertos franceses desde 1803; en ese momento, Napoleón se vengó con su Sistema Continental, ideado para excluir de Europa todos los productos británicos. En primer lugar configuró el Sistema con el Decreto de Berlín de 1806, ampliado seguidamente mediante el Tratado de Tílsit, firmado el año siguiente, para incluir la participación de Rusia. Aunque no fue el primer caso en que una potencia ejercía presión económica en tiempo de guerra con la esperanza de derrotar a su enemigo, sí fue el mayor conocido hasta entonces. Napoleón, sin embargo, no aunó todos los Estados europeos en una única zona de libre comercio, sino que impuso aranceles en beneficio de Francia. En consecuencia, el Sistema Continental representó el dominio de Francia, y no un simple frente común contra los británicos. Con el tiempo, la exclusión de los productos británicos fue modificada mediante diversas excepciones y una fuerte actividad del mercado negro. No obstante, la extensión o el mantenimiento del Sistema Continental sirvieron ya como *casus belli* en 1807, cuando los franceses invadieron Portugal; además, cuando en diciembre de 1810 el zar Alejandro se liberó de Napoleón declarando que los puertos rusos estaban abiertos a las embarcaciones neutrales que transportaran artículos británicos, la guerra entre ambos emperadores fue prácticamente inevitable.

La úlcera española y la hemorragia rusa

Cuando Napoleón instaló a su hermano José en el trono de España en 1808, provocó una lesión permanente que sangró a Francia y consumió sus recursos durante cinco años. La primera expedición británica desembarcó en Portugal en 1808 y se mantuvo allí, aunque fue

expulsada de España. Desde su base portuguesa, Arthur Wellesley volvió a trasladar sus fuerzas a España a mediados de 1809, para acabar viéndose obligado a retirarse una vez más. Sin embargo, Wellesley, nombrado para entonces vizconde de Wellington, llevó a cabo una magistral defensa de Portugal en 1810, agotando al ejército francés, que se estancó y sufrió una hambruna ante las líneas fortificadas de Torres Vedras, en las afueras de Lisboa. En 1812, Wellington volvió a pasar a la ofensiva, y aunque sus fuerzas experimentaron algunos reveses, obtuvo un gran éxito en 1813. En la decisiva batalla de Vitoria, el 21 de junio, Wellington derrotó con 80.000 hombres a un ejército de 65.000 mandado por José Bonaparte.

Durante toda la guerra peninsular, los guerrilleros españoles aterrorizaron a los franceses y redujeron su capacidad para vivir del terreno. Pelet, oficial del Estado Mayor francés, describió cómo los guerrilleros intentaban destruirlos «al por menor, cayendo sobre pequeños destacamentos, masacrando a hombres enfermos y aislados, destruyendo convoyes y secuestrando mensajeros». Al igual que los partisanos de la Guerra de la Independencia norteamericana, los partisanos españoles pusieron a sus enemigos ante un dilema. La presencia de fuerzas regulares británicas, portuguesas y españolas impedía a los franceses dispersarse y combatir a los guerrilleros; pero si no se dispersaban, se encontraban con dificultades para ocuparse de las bandas de la guerrilla o abastecerse mediante el pillaje. Sin embargo, aunque la función de los guerrilleros fue similar en España y Estados Unidos, la intensidad brutal de la guerra española convirtió a ésta en algo distinto. Los guerrilleros españoles no daban cuartel a los franceses que caían en sus manos, y las tropas francesas replicaron con represalias brutales.

Mientras la «úlcera española» sangraba lentamente a Francia, el país sufrió en Rusia una hemorragia masiva. Al invadir Rusia en junio de 1812, Napoleón reunió un ejército conjunto de más de 600.000 soldados franceses y aliados, pero en diciembre regresó con sólo 93.000 según el cálculo más generoso. Napoleón emprendió aquella invasión, su máxima catástrofe, con la esperanza de obligar a los independientes rusos a regresar a la órbita francesa y reafirmar su titubeante Sistema Continental. Los rusos se dieron cuenta de que su punto fuerte se hallaba en un ejército robusto y en su capacidad para cambiar espacio por tiempo, por lo cual, después de que los franceses ganaran las batallas no concluyentes de Smolensk y Valutino, el general Kutúsov se negó a presentar a Napoleón la gran batalla deseada por éste, y no lo hizo hasta Borodinó, a sólo 95 kilómetros de Moscú, el 7 de septiembre. Aquel día, Napoleón arengó a sus tropas con estas palabras: «¡Soldados! ¡Aquí está la batalla que deseáis desde hace tanto tiempo! A partir de ahora, la victoria depende de vosotros; la necesitamos». En realidad, quien deseaba y necesitaba una batalla era el emperador, pero no sacó el máximo

provecho de aquella oportunidad, sino que se limitó a lanzar sus cuerpos de ejército directamente contra la posición rusa, y aunque acabó ganando la contienda, lo hizo a un precio muy alto. Borodinó produjo la mayor sangría de las guerras napoleónicas hasta aquella fecha, con una carnicería total que se elevó a 68.000 muertos y heridos.

Acabada la batalla, Kutúsov se detuvo a la tentadora distancia de un paso por delante de Napoleón, y los franceses entraron en Moscú el 14 de septiembre. En vez de defender la capital, los rusos, la incendiaron, por lo que Napoleón sólo logró conquistar sus cenizas y al no conseguir imponer sus condiciones a los rusos inició su retirada un mes más tarde. Con la logística en ruinas e incapaz de vivir sobre un terreno invernal desolado, el descomunal ejército napoleónico se desintegró en una retirada que culminó en el cruce desesperado del río Berésina a finales de noviembre. Las pérdidas de Napoleón en España y Rusia, unidas a su constante renuencia a rebajar sus objetivos estratégicos, condenaron sus intentos de conservar Alemania en 1813 y salvar luego su trono en 1814. Pero en estas últimas campañas entró también en juego el tercer factor: la capacidad mejorada de sus enemigos.

Napoleón se había beneficiado de la transición de la guerra dinástica a la guerra nacional. La Revolución francesa había hecho realidad el ideal del soldado ciudadano entregado a la causa y al pueblo por el cual luchaba. Napoleón explotó el nacionalismo de sus tropas, pero le desconcertó que la conquista francesa despertara unos sentimientos nacionales opuestos en los pueblos sometidos o humillados por él. El despecho de los españoles contra los franceses generó las luchas más acerbas y brutales de las guerras napoleónicas. La resistencia rusa de 1812 resultó asimismo implacable y, una vez rechazado hasta Alemania, Napoleón se enfrentó a un alzamiento germánico.

Los ejércitos alemanes que, en 1813-1814, combatieron para echar por tierra el dominio francés en Centroeuropa estaban motivados ahora tanto por el rencor, e incluso el odio, contra los franceses, como por una forma temprana de nacionalismo alemán. También fueron adversarios más duros de otras maneras. Los reformadores militares germanos habían impuesto cambios institucionales y tácticos desde las humillaciones sufridas en 1805-1809. Además, Napoleón había enseñado a Europa un nuevo estilo de conducción de la guerra y, por desgracia para él, sus enemigos fueron unos excelentes discípulos.

Así, el derrotado archiduque Carlos encabezó a partir de 1805 una reforma del ejército austriaco e intentó forjar en los dominios multinacionales de Austria una fuerza lo más nacional posible. En 1808, los austriacos crearon un *Landwehr,* o milicia popular, que acabó aglutinando 240.000 soldados, aunque fueran más idóneos para servicios de retaguardia. Carlos tomó también de los franceses el sistema de organización en cuerpos de ejército. El nuevo manual de instrucción incorpo-

raba tácticas de merodeo, y los batallones de infantería ligera aparecían en la lista del ejército. También trabajó para mejorar la caballería y, en especial, la artillería. Sin embargo, el nuevo ejército no había tenido aún tiempo para cuajar antes de que los austriacos se enfrentaran a Napoleón en 1809. Y aunque el 21-22 de mayo de 1809 propinaron al emperador un revés en la batalla de Aspern-Essling, éste volvió a derrotarlos una vez más en Wagram el 5-6 de julio.

Una serie de reformas más profundas y eficaces transformaron el ejército prusiano tras la derrota de Jena-Auerstadt en 1806. Gerhardt von Scharnhorst, el principal reformador, deseaba crear un ejército que pudiese beneficiarse de la entrega del soldado corriente. Según escribió: «Lograremos vencer cuando aprendamos a apelar al espíritu del pueblo, como los jacobinos». Esto iba a requerir algo más que la simple acción militar, por lo que, el 9 de octubre de 1807, el gobierno prusiano publicó un Edicto de Emancipación para suprimir la servidumbre, tal como habían hecho los franceses en su Revolución. Scharnhorst insistió también en formar una clase de oficiales profesional e instruida abierta a todos, sin tener en cuenta el rango aristocrático. En 1808, una orden redefinió el cuerpo de oficiales basado en el talento y no en la cuna:

> Así pues, todos los individuos del conjunto de la nación que posean esas cualidades pueden reivindicar el derecho a ocupar los puestos de honor más elevados en la institución militar. Todas las prerrogativas sociales que han existido hasta ahora se suprimen por la presente en la institución militar, y cualquier persona tiene iguales deberes y derechos, sin consideración de su origen.

Para instruir a ese cuerpo de oficiales más incluyente, los reformadores prusianos crearon instituciones para la formación de oficiales que sobrepasaban a otras de Europa, entre ellas una universidad de la guerra dedicada a la preparación de oficiales de Estado Mayor. Scharnhorst sentó también las bases del Estado Mayor general prusiano, que tan influyente llegaría a ser en la dirección de la guerra durante el siglo XIX.

El objetivo de la reforma prusiana fue crear un ejército popular. El Tratado de Tilsit (1807) limitó el ejército regular a sólo 42.000 hombres; sin embargo, los prusianos hicieron cuanto pudieron para eludir esas limitaciones al crear una reserva adiestrada de otros 33.600 soldados. Una vez que la guerra con Francia pasó a ser una probabilidad en 1813, los prusianos ampliaron el ejército regular y crearon nuevas fuerzas. Los *Jäger* («cazadores»), fusileros voluntarios procedentes en gran parte de la clase media, dieron muestra de su patriotismo; varios decretos reales llamaron a filas al *Landwehr*, una milicia formada por todos los hombres de edades entre los diecisiete y los cuarenta años no alistados en otras formas de servicio militar; el *Landsturm* (compuesto por todos los de-

más varones) sirvió como última línea de defensa. En agosto de 1813, las fuerzas de combate prusianas ascendían a 280.000 soldados.

Waterloo

En 1813, los enemigos de Napoleón adoptaron los principios operativos de éste y los dirigieron contra su creador. La agresividad de sus adversarios fue en aumento, y ya no buscaron derrotarlo, sino destruir sus principales fuerzas. Las sutilezas de las batallas y las maniobras del siglo XVIII fueron cosa del pasado. Los aliados se esforzaron no sólo por no ser derrotados individualmente, como lo habían sido antes con tanta frecuencia, sino por unirse para combatir y marchar al son de los cañones. En 1813, en la batalla culminante de Leipzig, los ejércitos conjuntos de Austria, Prusia, Rusia y Suecia, que sumaban un total de 340.000 soldados aliados, derrotaron al ejército napoleónico de unos 200.000 y pusieron fin a su dominio en Alemania. Napoleón demostró parcialmente su antigua brillantez en la campaña defensiva de 1814, aunque fue atacado en el sur por el ejército de Wellington –recién llegado de su actividad victoriosa en la guerra de la península Ibérica–, mientras varios ejércitos del este y el norte convergían sobre París. Pero cuando Napoleón maniobró para amenazar las líneas de comunicación prusianas y austriacas con el fin de obligarlas a retirarse a finales de marzo, éstas demostraron que dominaban los puntos fundamentales de la conducción napoleónica de la guerra al ignorar la amenaza y marchar sobre París. Con los aliados en la capital francesa, Napoleón dimitió.

Una vez vencido, el desventurado emperador se retiró al exilio en la isla de Elba, pero no tardó en conspirar con el fin de recuperar su trono. El 1 de marzo de 1815 desembarcó en Cannes para iniciar los fatídicos Cien Días. El resultado no estuvo realmente en duda en ningún momento: los gobiernos europeos le conocían demasiado bien como para confiar en su promesa de que sólo deseaba gobernar Francia en paz, y una vez iniciados los combates, sus adversarios habían aprendido demasiado bien su arte de guerrear como para ser sus víctimas. En Waterloo, Wellington y Blücher unieron sus fuerzas para derrotarlo una vez más el 18 de junio, y aunque Napoleón hubiera vencido en aquella jornada, habría caído, sin duda, ante los descomunales ejércitos de Austria y Rusia, que habían reunido ya entre ambas a 450.000 hombres en el campo de batalla para rematar la tarea.

En cualquier caso, es dudoso que Francia pudiera haber seguido reclutando ejércitos en la misma escala. De los dos millones de franceses que sirvieron en los ejércitos napoleónicos entre 1806 y 1814, casi 15.000 oficiales habían sido muertos o heridos; 90.000 hombres alistados habían fallecido en combate, y otros 300.000 en los hospitales,

mientras que no menos de 625.000 estaban registrados como «prisioneros» o «desaparecidos» cuando se cerraron las listas de reclutamiento en 1814. Entre los muertos, 84.000 habían perdido la vida en España y Portugal, 171.000 en Rusia, y 181.000 en Alemania. En total, las guerras napoleónicas llevaron la muerte al 20 por 100 de los franceses –uno de cada cinco– nacidos entre 1790 y 1795 (frente al 25 por 100, uno de cada cuatro, de los franceses nacidos entre 1891 y 1895, que perdieron la vida en la Primera Guerra Mundial).

La otra cara de la moneda de la derrota francesa fue la victoria británica. Gran Bretaña se había opuesto a Francia desde 1793 hasta el exilio definitivo de Napoleón en Santa Helena, con sólo un breve respiro en 1802-1803. A lo largo de todo el periodo siguió siendo la dueña de los mares y su preeminencia naval le otorgó una riqueza comercial y colonial que le permitió costear las guerras continentales contra Napoleón.

Aunque Francia había disfrutado de un breve renacimiento naval durante la Guerra de la Independencia de Estados Unidos, su propia Revolución dañó gravemente a su armada. El entusiasmo revolucionario no podía realizar en mar las hazañas que era capaz de llevar a cabo en tierra. Los capitanes navales, aristocráticos y bien formados, perdidos por emigración o por las purgas de la acción revolucionaria, no podían ser sustituidos con la misma facilidad que los oficiales de infantería. Además, los ideales de libertad, igualdad y fraternidad eran, probablemente, menos compatibles con los deberes y la disciplina de la vida en el mar que en los campamentos.

El «toque Nelson»

Aunque los franceses se enfrentaron periódicamente a los británicos en el mar durante las guerras de la Revolución, no les sirvió de mucho. La primera acción naval de importancia de aquella larga época de guerras, la batalla del Glorioso 1º de Junio, librada entre el 29 de mayo y el 1 de junio de 1794, fue ganada por el almirante Richard Howe, que derrotó a una flota de navíos de escolta franceses, aunque los barcos mercantes escoltados consiguieron ponerse a salvo escapando al puerto francés de Brest. La siguiente acción importante fue testigo del intento y el fracaso de los franceses de desembarcar 13.000 soldados en la bahía de Bantry (en el sudoeste de Irlanda) en 1796; aquella iniciativa se quedó en nada tanto por el mal tiempo como por la intervención de la flota británica. La Royal Navy lidió en 1797 con algunos de los nuevos aliados de Francia. En febrero, una flota británica capitaneada por el almirante John Jervis, entre cuyos subordinados se hallaba el comodoro Horatio Nelson, aplastó a una flota española en la batalla del

Cabo de San Vicente, mientras que el 11 de octubre el almirante Adam Duncan ponía fin para siempre a la rivalidad naval entre Holanda y Gran Bretaña en la batalla de Camperdown. Pero los motines surgidos en los barcos británicos competían en importancia con aquellas victorias; a lo largo de la primavera y el verano, la flota inglesa se amotinó en Spithead y en el Nore. En el primer caso, la armada tuvo en cuenta las demandas de los amotinados; en el segundo, acabó con ellos. Pero a consecuencia de aquella agitación, la vida en el mar mejoró para los marineros corrientes.

El año 1798 resultó ser especialmente decisivo, pues los británicos se enfrentaron a dos operaciones anfibias francesas. Los franceses consiguieron desembarcar en Irlanda una pequeña fuerza que no tardó en ser capturada por los británicos, lo cual condujo a otra nueva victoria de éstos sobre una flota francesa enviada para reforzar el intento. Entretanto, en el Mediterráneo, Nelson destruyó por completo la flota francesa en la batalla del Nilo.

Nelson y otros almirantes británicos transformaron en menos de una década el carácter de los combates marinos. La táctica naval común del siglo XVIII había sido la de la línea de frente, que imponía a la flota combatir como una unidad en la cual los navíos de línea descargaban su andanada uno tras otro en sucesión impecable. Esta táctica atribuía gran valor al orden y hacía hincapié en el que el almirante de la flota ejerciera el máximo control sobre sus subordinados; sin embargo, la táctica de la línea de frente derivaba una y otra vez en eran batallas poco concluyentes durante las cuales ambos bandos se batían mutuamente pero con escasas ventajas o desventajas. Las instrucciones de combate insistían en que los comandantes aplicaran con rigidez la línea de frente, y a veces parecían más interesados en actuar así que en derrotar al enemigo. Tal parece haber sido el caso del infortunado almirante John Byng, fusilado después de que un tribunal militar lo declarara culpable de no haber hecho cuanto estaba en sus manos en un combate perdido en 1756 en aguas de Menorca.

A diferencia de la línea de frente, la táctica de refriega convertía una acción de la flota en una serie de luchas de un barco contra otro mediante la ruptura de la formación del enemigo. Esto significaba sacrificar el orden de la flota atacante y confiar en la destreza e iniciativa de cada uno de sus capitanes. Desde un punto de vista ideal, el caos de la refriega tenía cierto método, puesto que la flota atacante intentaba convertir en ventaja su superioridad numérica o su posición antes de lanzarse contra el enemigo.

Los historiadores han criticado desde hace tiempo la influencia opresiva de la táctica de la línea de frente y elogiado la refriega según la aplicó Nelson, en particular en su obra maestra de Trafalgar. Pero la táctica de la refriega sólo cumplía su promesa de victoria en el caso de que la

flota contara con los mejores capitanes y tripulaciones, pues era mucho lo que dependía de la superioridad de los barcos de una armada sobre los de la otra. A finales del siglo XVIII, los británicos aventajaban, sin más, a sus rivales continentales por la calidad de sus capitanes y tripulaciones, y para vencer no necesitaban mucho más que la oportunidad de encontrarse con sus adversarios. Nelson lo reconoció y remató la faena, pero no fue ni el único almirante británico en hacerlo ni el primero. Howe impuso una táctica de refriega a los franceses en el Glorioso 1º de Junio de 1794, al igual que Jervis en el cabo San Vicente en 1797.

En Trafalgar, Nelson confió en la táctica de refriega, y eso le hizo famoso. Durante aquella campaña, realizada en 1805, consultó con regularidad con sus capitanes hasta que aquella «cuadrilla de hermanos» comprendió sus objetivos y sus métodos. Nelson nos ha dejado constancia de una de aquellas reuniones con sus capitanes:

> Cuando pasé a explicarles el «toque Nelson», fue como una descarga eléctrica. Algunos derramaron lágrimas, todos dieron su aprobación... y desde el rango de almirante hacia abajo, todo el mundo repetía: «¡Tiene que ser un éxito, con tal de que se nos permita acercarnos a ellos! Señor, estáis rodeado de amigos a quienes inspiráis seguridad».

Nelson podía confiar en la capacidad de sus capitanes –y en la de los marinos británicos de las jarcias y los cañones– para ganar una gran batalla si se encontraban cara a cara con los franceses. Tras emprender una especie de persecución de gansos salvajes hasta las Indias occidentales en busca de la armada francesa, el 21 de octubre se topó por fin frente al cabo de Trafalgar con la flota conjunta de franceses y españoles, capitaneada por Pierre de Villeneuve, cuando sus barcos intentaban regresar a la seguridad del puerto de Cádiz. Nelson hizo saber a sus capitanes que pensaba atacar en dos divisiones dirigidas por él mismo y por Cuthbert Collingwood. A las 11.48 de la mañana, en el momento mismo en que ambas flotas estaban a punto de colisionar, Nelson dio la consigna: «Inglaterra espera que todos cumplan con su deber». A continuación, las dos divisiones británicas penetraron en la línea del enemigo: Nelson hacia la vanguardia de los aliados, y Collingwood por el centro de su línea. Cuando el *Victory*, el buque insignia de Nelson, atravesó la flota enemiga causando destrozos, se enzarzó con un navío francés de 74 cañones, el *Redoutable*. El fuego de los mosquetes del *Redoutable* abatió a muchos tripulantes del *Victory* e hirió mortalmente a Nelson. Pero, tal como había planeado el moribundo almirante, una vez que los británicos rompieron la línea aliada se produjo una inmensa refriega que aportó la victoria. La destreza marinera de los británicos permitió a los barcos de Nelson superar a los aliados y concentrar una potencia superior de artillería contra naves aisladas francesas y españolas.

Al final de la jornada, los británicos habían hundido un barco enemigo y capturado otros diecisiete.

Mientras los británicos seguían manteniendo una cautelosa vigilancia en los mares y aumentando su flota después de 1805, los franceses no volvieron a impugnar el dominio naval de Gran Bretaña en acciones emprendidas por la marina. Los británicos realizaron operaciones anfibias contra varias islas francesas, así como en Copenhague y en Amberes, por no mencionar Washington y Nueva Orleáns en la guerra de 1812 contra los nuevos Estados Unidos. La operación anfibia de mayor éxito en aquella guerra fue, no obstante, la campaña británica en la península Ibérica de 1808 a 1813 (véase página 210 y ss.). Como es obvio, la máxima acción terrestre británica de dicha guerra habría sido inconcebible sin el dominio del mar.

Gran Bretaña, dueña del comercio y el imperio

Sin embargo, las principales ventajas obtenidas mediante el ejercicio del poder naval fueron, quizá, coloniales y comerciales. Eliminada Francia como potencia marítima y tras quedar España reducida a la impotencia –y optar a menudo por el «bando equivocado» en el combate–, Gran Bretaña tuvo prácticamente las manos libres en los territorios de ultramar y en el comercio mundial. Los británicos despojaron a Francia de una gran parte de su imperio colonial a lo largo de la guerra. (Además, Napoleón se deshizo prudentemente de Luisiana, la última pertenencia francesa en Norteamérica, que no podía defender, vendiéndola a Estados Unidos.) Los británicos barrieron del mar a los mercantes franceses, y todo cuanto éstos pudieron hacer en venganza fue construir poderosos barcos expedicionarios capaces de operar independientemente contra el comercio británico capturando o destruyendo todas las naves que podían. Otros Estados que se enfrentaron a Gran Bretaña pusieron en peligro sus colonias y su actividad mercantil. Así, en 1795, los británicos se apoderaron de la colonia holandesa de El Cabo, la devolvieron en el Tratado de Amiens (1802), y a continuación la volvieron a tomar en 1806, para no dejarla esta vez hasta el siglo xx.

Las adquisiciones coloniales más importantes cosechadas por los británicos durante la larga contienda con Francia no fueron las de América o África, sino las de la India. Como había ocurrido antes, la guerra en la India se atuvo a su propia lógica y calendario. Una vez que dispuso de los grandes ejércitos de cipayos que habían permitido conquistar Bengala (véase página 192), la Compañía Británica de las Indias Orientales se enfrentó a dos adversarios importantes, Mysore y los maratha, en una serie de conflictos que duraron de 1766 a 1805. El Estado de Mysore, en el sur de la India, entabló cuatro guerras con el nue-

vo poder militar de la Compañía Británica de las Indias Orientales. En la primera, sostenida de 1766 a 1769, Haider Alí luchó con eficacia contra los ejércitos de la Compañía; pero las cosas le fueron peor en la segunda, de 1780 a 1783, a pesar de contar con la ayuda de una escuadra naval francesa que operaba en el océano Índico. La tercera, la Guerra de Mysore (1789-1792), fue el conflicto más importante, y aunque los británicos tuvieron grandes dificultades para lidiar con la caballería ligera de Mysore, vencieron tras reclutar a los jinetes ligeros de los maratha. Tippoo Sultán, sucesor de Haider Alí, cedió a la Compañía sus territorios más lucrativos y poblados a cambio de la paz, por lo que no pudo ofrecer una resistencia eficaz en la lucha final, librada en 1799, en la cual murió combatiendo para defender su capital. Arthur Wellesley, futuro duque de Wellington, intervino en su primera acción en aquella breve guerra.

Wellesley desempeñó un papel fundamental en el siguiente drama colonial, cuando la Compañía de las Indias Orientales aprovechó la guerra civil entre los maratha para desafiar a sus anteriores aliados de la Segunda Guerra Maratha (1803-1805). Aunque debilitados por las disensiones internas, los maratha combatieron bien; Wellesley declaró más tarde que su victoria en Assaye, el 23 de septiembre de 1803, había sido la batalla más dura de toda su carrera. Las victorias obtenidas contra Mysore y los maratha dieron a la Compañía de las Indias Orientales el control del Decán, comparable a su dominio sobre Bengala. Durante esos conflictos, la Compañía de las Indias Orientales consiguió sus objetivos reconociendo la validez de los métodos de guerra de los naturales del país, explotando las debilidades políticas de sus enemigos indios y dando muestras al mismo tiempo de las superiores cualidades de combate de sus propios ejércitos.

En las fases comercial y colonial de su lucha con la Francia revolucionaria y napoleónica, Gran Bretaña se alzó como un coloso sobre el comercio mundial y aprovechó plenamente las primeras fases de la Revolución Industrial, que engrandecieron la tradicional destreza mercantil de los británicos. Aunque la Revolución Industrial no había transformado todavía las armas utilizadas de hecho en el campo de batalla, influyó en el curso de la guerra engrosando las arcas británicas durante su lucha con Francia. El siglo XVIII produjo varios inventos básicos que acabarían transformando la industria textil y que estuvieron vinculados a un conjunto de mejoras en la fuerza hidráulica y del vapor. Entre 1740 y 1806, la producción inglesa de acero pasó de 17.000 a 260.000 toneladas, y en 1813, año de la batalla de Vitoria, funcionaban en Gran Bretaña 3.000 telares mecánicos. La producción y el comercio le proporcionaron las riquezas para financiar sus campañas contra Napoleón y ofrecer subvenciones a los Estados continentales que se enfrentaron a él en el campo de batalla.

Los británicos contaban con el sistema de financiación de guerra más racional y eficaz de Europa. Para pagar el coste de sus ejércitos y sus guerras, Napoleón saqueó Europa –método que, aunque generara unos fondos adecuados, le indisponía con los pueblos sometidos y con unos aliados reticentes, preparando así el camino para su caída–. Gran Bretaña, en cambio, basaba su capacidad para producir el nervio de la guerra en sus instituciones gubernamentales y crediticias y en su comercio. El Banco de Inglaterra demostró reiteradamente su capacidad para ofrecer créditos a bajo interés, y el Parlamento se forjó un admirable historial en la devolución de sus deudas. Por su condición de factoría y almacén del mundo entero, en especial en medio de la guerra, Gran Bretaña se benefició de unos gravámenes sobre el comercio que ningún otro Estado podía igualar –aunque también es cierto que las tasas impositivas alcanzaron grandes alturas para pagar la cuenta.

La riqueza de Gran Bretaña le permitió subvencionar una coalición tras otra contra los franceses. Los principales adversarios de la Francia napoleónica podían contar con recibir su pago, pero sería incorrecto sostener que Gran Bretaña corrió con la mayor carga del esfuerzo. Cuando Gran Bretaña prometió en 1805 apoyar a los miembros de la Tercera Coalición, dio su palabra de pagar 1.250.000 libras anuales por cada 100.000 hombres reclutados, pero, según cálculos realizados en Austria, esa suma sólo cubriría una cuarta parte del coste del esfuerzo bélico austriaco. Las subvenciones parecen haber funcionado, por tanto, a modo de incentivo, además de como ayuda real. Gran Bretaña abasteció también de armas a sus aliados: en 1813, por ejemplo, el grueso de las armas que volvieron a pertrechar al ejército prusiano fue de procedencia inglesa. En última instancia, Napoleón no consiguió llevar la guerra a Gran Bretaña, protegida como estaba por su armada, mientras que los británicos pudieron encontrar aliados continentales para llevarla a Francia; de ese modo, Napoleón no podría evitar la frustración y el fracaso, a menos que accediera a someter su imperio a unas limitaciones aceptables para el gigante comercial.

Las revoluciones norteamericana y francesa alteraron para siempre la naturaleza de la guerra. Antes de ellas, los conflictos internacionales habían sido una cuestión dinástica entre reyes y príncipes, aunque los casos holandés y británico habían modificado el cuadro hasta cierto punto. Cuando la revolución o la reforma transformaban una población convirtiendo a sus súbditos en ciudadanos al darles mayor participación en la sociedad y más capacidad de decisión en el gobierno, esos mismos ciudadanos consideraban como propias las luchas de su Estado. En este sentido, las guerras pasaron a ser contiendas entre naciones en armas.

El mundo occidental no se vio afectado en su totalidad y en un mismo momento, ni siquiera en una misma década, por cambios radicales en el gobierno y la sociedad y (por tanto) en sus motivaciones. A fina-

les del siglo XVIII, sus revoluciones e instituciones representativas situaron a Estados Unidos y Francia al frente de esta tendencia. Los británicos habían desarrollado incluso antes su propio sentimiento de identidad y un tipo de nacionalismo basado en su historia insular y en el triunfo del Parlamento sobre la monarquía en el siglo XVII. Aunque en Italia y Alemania el nacionalismo no penetró en las masas hasta finales del siglo XIX, en 1813 esa noción había arraigado ya entre las élites instruidas y se había convertido en un factor de la política y la guerra. El futuro vería a toda Europa sumida en fuertes corrientes de nacionalismo, con unos resultados imprevistos y sangrientos.

CUARTA PARTE

LA ÉPOCA DE LA GUERRA MECANIZADA

XII. LA INDUSTRIALIZACIÓN DE LA GUERRA

Williamson A. Murray

La resolución, en 1815, de veinticinco años de guerra entre las potencias europeas no constituyó una tarea fácil. Pero los vencedores estaban de acuerdo en que tenían ciertos intereses comunes; en particular se proponían controlar las emociones nacionalistas que habían recorrido Europa. Sin embargo, el agotamiento general fue, quizá, más decisivo para la paz europea; nadie estaba dispuesto a recurrir a la guerra para solventar disputas territoriales o atender a ambiciones hegemónicas. Aunque la Revolución Industrial llevada a cabo en Gran Bretaña antes de las guerras revolucionarias y napoleónicas y a lo largo de ellas había proporcionado a los británicos una riqueza y un poder económico inauditos, se sintieron satisfechos con mantener un equilibrio de poder en el continente mientras controlaban el comercio mundial.

Los vencedores accedieron también a otorgar a los franceses una paz cómoda y restablecieron la monarquía de los Borbones y las fronteras de 1792. Sin embargo, el arreglo en Europa del Este y en «las Alemanias» resultó más difícil que el problema de qué hacer con la derrotada Francia, pues el impacto de la conquista francesa había trastornado de tal manera la trama de la vida en el territorio germánico que ningún acuerdo habría podido retrasar el reloj en Centroeuropa hasta ponerlo en la hora de 1789. Además, los rusos abrigaban considerables ambiciones en Europa oriental, sobre todo respecto a Polonia.

Al final, los estadistas elaboraron trabajosamente un arreglo aceptable. Los rusos recibieron casi toda Polonia, y los prusianos obtuvieron a cambio algunos territorios a lo largo del Rin, en la frontera francesa, con el fin de impedir que una Francia renaciente penetrara en Alemania occidental. Estas adquisiciones otorgaron a Prusia unas ventajas importantes: en primer lugar, al cambiar la mayor parte de sus territorios polacos por otros alemanes, se convirtió en un Estado con una población

relativamente homogénea; y lo que es igualmente importante, controló el ignoto valle de un río, el Ruhr, que iba a convertirse en el segundo gran centro de la Revolución Industrial.

Al satisfacer los intereses de las principales potencias, el Congreso de Viena demostró ser uno de los tratados negociados con más éxito en la historia de la civilización occidental. Adolecía de varias debilidades –la más obvia era la amenaza creciente del nacionalismo–, pero, en conjunto, el Congreso proporcionó a las principales potencias un fundamento racional para mantener entre ellas la correlación de fuerzas, potenciada por el recuerdo de las catastróficas guerras de 1792 a 1815 (y que contribuyó a atemperar las ambiciones hasta la llegada de otra generación al poder).

Así pues, a partir de 1815 Europa se acomodó a un periodo de desarrollo pacífico sin precedentes. Hubo, por supuesto, dificultades políticas. En 1830, una revolución derribó para siempre en Francia la monarquía borbónica, aunque el resultado no pasó de ser un cambio dinástico, mientras que los disturbios desencadenados en Bruselas provocaron la partición de los Países Bajos. El orden establecido se vio en un peligro más grave en 1848. Los problemas habían comenzado de nuevo en Francia, pero esta vez no se detuvieron en la frontera francesa, sino que se extendieron por Europa central. El sistema de control creado por el Congreso de Viena, cuyo objetivo era estrangular el nacionalismo en las tierras habsburguesas y alemanas, se hundió en cuestión de semanas. Al final, sólo la intervención de Rusia ayudó a aplastar a los nacionalistas húngaros rebeldes y mantener unida la monarquía de los Habsburgo.

En Prusia, los conservadores actuaron en un primer momento un poco mejor contra las fuerzas revolucionarias, pero una asamblea de representantes reunida de Fráncfort se mostró incapaz de formar un nuevo Estado alemán unificado en aquella situación revolucionaria. Tras una lucha desesperada, los conservadores recuperaron el control de la situación. El rey de Prusia rechazó –con el comentario despectivo de que no aceptaría una Corona de manos de la alcantarilla– la oferta de la asamblea de Fráncfort que le brindaba la Corona de un nuevo Estado alemán. Aunque la revolución de 1848 fue un fracaso en el sentido más general de la palabra, puso de relieve la profundidad del nacionalismo que subyacía al equilibrio europeo.

La Guerra de Crimea

El éxito de Rusia tanto al evitar la revolución en 1848 como al aplastar a los nacionalistas húngaros animó al zar a emprender una política más activa en los Balcanes. El Imperio otomano era ya un Estado débil y decrépito, incapaz de adaptarse al desafío industrial y tec-

nológico de Occidente, aunque poseía, no obstante, una capacidad casi inagotable para sobrevivir a sus propios desastres. Los rusos esperaban sacar partido de la debilidad otomana; los británicos y los franceses se oponían a ello. No podían permitir que Rusia recogiera los restos del hundimiento de Turquía, y los británicos, en particular, deseaban impedirle conseguir un acceso directo al Mediterráneo.

En 1854, un ejército ruso cruzó el Danubio e invadió el territorio otomano; británicos y franceses declararon la guerra y enviaron fuerzas a Constantinopla para defender a los turcos. Antes, incluso, de que pudieran producirse enfrentamientos armados al sur del Danubio, los austriacos intervinieron dando muestras de una asombrosa ingratitud por la ayuda prestada por Rusia en 1849: exigían al zar que retirara sus fuerzas del territorio otomano. Los rusos accedieron, eliminando así el *casus belli*, pero los dirigentes británicos y franceses decidieron dar una lección a Rusia. El resultado fue la Guerra de Crimea.

El conflicto constituye en algunos aspectos un hito fundamental en la historia de la guerra; en otros, sin embargo, fue una vuelta a las «guerras limitadas» del siglo XVIII. Los combates fueron testigos por primera vez de la influencia directa de la ciencia y la técnica en el campo de batalla. La invención de la bala «minié» para mosquetes rayados (con acanaladuras en espiral abiertas en el cañón) permitía a los soldados de infantería alcanzar y herir a los enemigos hasta una distancia de casi 300 metros. (La bala minié estaba perforada en la base, lo que permitía a la carga explosiva forzar hacia fuera los rebordes del proyectil y encajarlo con suficiente presión como para que el estriado le proporcionara giro y dirección. De ese modo triplicaba el alcance mortal del mosquete.) Otro elemento de igual importancia fue la aparición de los barcos de vapor en las flotas: los británicos y los franceses pudieron transportar y abastecer a sus tropas en Turquía y Crimea con notable facilidad. Finalmente, el telégrafo permitió a los gobiernos de París y Londres comunicarse con los comandantes del campo de batalla; además, los corresponsales de prensa transmitieron sus relatos a los directores de los periódicos en cuestión de días y no de semanas. Pero a pesar de los avances técnicos, los gobiernos beligerantes no llegaron a despertar nunca el entusiasmo y el sentimiento nacionalista en favor de una guerra total. La Guerra de Crimea fue más bien un conflicto declarado por cuestiones abstrusas, ninguna de las cuales era esencial para la supervivencia de los participantes.

Tras la retirada de los rusos al norte del Danubio, los comandantes anglofranceses decidieron invadir Crimea y atacar la base naval rusa de Sebastopol. En septiembre de 1845, la flota aliada desembarcó soldados ingleses y franceses en la costa de Crimea sin orden ni concierto; por suerte, los rusos no se enfrentaron a ellos. Luego, el ejército conjunto marchó hacia el sur, en dirección a Sebastopol. Por el cami-

no se topó con un ejército ruso apostado sobre las alturas que dominaban el río Alma. Un ataque británico contra el flanco izquierdo arrolló a los defensores; el fuego bien dirigido de los mosquetes estriados masacró a los rusos, concentrados en columnas, mucho antes de que la «delgada línea roja» se hallara al alcance de los mosquetes del enemigo. La victoria a orillas del Alma reflejó la superior tecnología de los aliados, más que su entrenamiento o su disciplina.

Los aliados marcharon luego contra Sebastopol. Un ataque inmediato les habría llevado, quizá, a tomar el puerto, pero los franceses se mostraron cautelosos, y los preparativos para montar un asedio permitieron a los rusos completar sus defensas. Antes de que el invierno pusiera fin a las operaciones militares, los rusos realizaron dos intentos de abrirse paso hasta la guarnición asediada. En Balaclava, debido a una confusión de planes y malentendidos contradictorios, la caballería británica atacó las posiciones de la artillería rusa situada al fondo de un largo valle. El ataque fue desesperado y glorioso, y la «Carga de la brigada ligera» se sumó a la lista de fracasos heroicos de los británicos. No obstante, al acabar el día, los aliados seguían aún entre los rusos y Sebastopol. Un segundo intento de aliviar la ciudad portuaria no tuvo más éxito: en la batalla de Inkerman, los mosquetes estriados de las tropas aliadas dominaron por completo el campo de batalla; los rusos sufrieron 12.000 bajas, y los aliados sólo 3.000.

Luego, llegó el invierno a la comarca sin que el ejército británico se hallase preparado. Su sistema de abastecimiento se vino abajo: las condiciones en las líneas del frente y en los hospitales no tardaron en ser atroces; algunos comandantes invernaron en sus yates. Pero los tiempos en que los oficiales de alta graduación podían ignorar las penalidades del soldado corriente eran ya cosa del pasado en las naciones con gobiernos representativos. Los corresponsales británicos informaron sobre la terrible situación padecida por el ejército, y la indignación pública dio pie a unas reformas sustanciales que iniciaron el proceso de modernización del ejército británico.

A corto plazo, sin embargo, el invierno de Crimea desbarató las fuerzas británicas, y los franceses y piamonteses tuvieron que cargar en 1855 con el grueso del conflicto. Los rusos realizaron nuevas tentativas para aliviar Sebastopol, pero la tecnología volvió a actuar en su contra. En su último intento, realizado a mediados de agosto, los rusos sufrieron más de 8.000 bajas, y los aliados menos de 2.000. El 8 de septiembre, los franceses irrumpieron en la fortaleza de Malakoff. Los oficiales que dirigían las columnas de asalto sincronizaron sus relojes por primera vez en la historia. El ataque tuvo éxito e hizo imposible seguir defendiendo el puerto.

Al final, la Guerra de Crimea tuvo escasas repercusiones. Sólo sirvió para contener temporalmente las ambiciones rusas en los Balcanes

y aplazar hasta el siglo siguiente el hundimiento de Turquía. No obstante, los avances armamentistas que habían marcado la conducción de la guerra en el plano táctico pusieron de relieve que la tecnología y la ciencia eran ahora decisivas para el éxito en el campo de batalla. El bando que reconociera esos cambios y los utilizase en sus fuerzas militares disfrutaría de importantes ventajas sobre sus adversarios.

La Guerra Civil norteamericana

La Guerra Civil norteamericana se considera el conflicto más importante del siglo XIX, pues fue la primera vez en que unos gobiernos enfrentados asociaron el entusiasmo popular de la Revolución francesa a la tecnología industrial que se estaba apoderando de Occidente. Los bandos contendientes fijaron desde el primer momento unas posturas que no admitían compromiso alguno: para el Norte no habría paz sin un restablecimiento de la unión; para el Sur, no la habría sin independencia. Sin embargo, ambas partes subestimaron en un primer momento la voluntad política de su adversario. La mayoría de los sudistas creía que unos pocos éxitos rápidos sobre los cobardes yanquis les garantizarían la victoria, mientras que la mayoría de los del Norte estaba convencida de que la población del Sur se oponía a la secesión y que unas pocas victorias provocarían el hundimiento de la conspiración secesionista.

El Norte contaba, sin duda, con importantes ventajas. Su población ascendía a casi 25 millones de habitantes, mientras que el Sur tenía 9 millones escasos (de los que 3 eran esclavos). Casi todas las empresas industriales importantes y la mayoría de los ferrocarriles de la nación se hallaban en el Norte. Además, el gobierno federal controlaba la flota y el ejército, así como el grueso de la maquinaria burocrática de la nación. Pero el Sur disponía de otras ventajas, comenzando por la geografía. La distancia entre el centro de Georgia y el norte de Virginia es aproximadamente la que hay entre Prusia oriental y Moscú; y la existente entre Baton Rouge, en Luisiana, y Richmond, en Virginia, supera la que separa la frontera francoalemana de la frontera oriental de Polonia. El hecho de que unas soledades primigenias cubrieran muchas partes de la región, especialmente en el oeste, agravaba el desafío que suponía lanzar operaciones militares contra el Sur. Aunque el teatro de operaciones en el este se hallaba relativamente cerca de los centros del poder industrial norteño, Cairo (Illinois), punto de partida de los ejércitos occidentales de la Unión, se encontraba a 1.600 kilómetros del corazón de las industrias del Norte. Sin ferrocarriles ni barcos de vapor, el Norte no habría podido beneficiarse de su capacidad económica y, probablemente, habría perdido la guerra. El Sur tenía también la ventaja de no necesitar «ganar»: para lograr sus objetivos le bastaba con frustrar los esfuerzos militares del Norte.

Ambas partes se enfrentaban a problemas sobrecogedores para crear unas fuerzas militares eficaces a partir de cero. El ejército regular era poco más que un cuerpo de policía ideado para intimidar a los indios; ninguno de sus oficiales había recibido entrenamiento o preparación para dirigir grandes ejércitos. Como ha ocurrido en gran parte de la historia militar de Estados Unidos, la guerra civil fue una crónica de improvisación militar y aprendizaje en el campo de batalla. Si los oficiales sabían poco acerca de la guerra, los políticos no sabían nada; Abraham Lincoln se sentía lo bastante desesperado como para ordenar a la Biblioteca del Congreso que enviara a la Casa Blanca las obras clásicas de historia militar. Al final demostró ser un estratega y un líder político de considerable acierto en tiempo de guerra, pero su éxito se debió casi por entero a su intuición y astucia innatas, y no a una seria preparación intelectual.

El primer problema al que se enfrentaron ambos bandos fue el de reunir, formar y suministrar una gran fuerza militar. Paradójicamente, el Sur contó una vez más con una importante ventaja. Al no disponer de un ejército regular, los militares que renunciaron a sus empleos federales para luchar por la Confederación fueron repartidos entre los regimientos de la milicia de los distintos Estados, donde su experiencia aportó un módico conocimiento básico. En el Norte, sin embargo, el ejército regular siguió existiendo y se negó a desprenderse de sus oficiales para impartir instrucción a los regimientos de voluntarios.

Los propios ejércitos mantuvieron un carácter fundamentalmente civil. Las fotografías incluso del Ejército del Potomac, supuestamente el más atildado de los que participaron en la Guerra Civil, dan a entender una actitud general desenfadada respecto a las sutilezas de la uniformidad. Sin embargo, cuando estaban bien dirigidas, aquellas tropas soportaban sacrificios que pocas unidades de la historia militar norteamericana han llegado a igualar. Un buen ejemplo de ello es el comportamiento del I Regimiento de Minnesota en Gettysburg. El 2 de julio de 1863 sufrió más de un 80 por 100 de bajas, pero sus escasos supervivientes regresaron al frente para soportar la carga de Pickett durante la tarde siguiente.

El primer año de la guerra, 1861, ofreció una demostración del extraordinario talento político de Lincoln: los éxitos del Norte en aquel año destacan en marcado contraste con los errores de la política sureña. La cuestión estratégica crucial era quién controlaría los Estados fronterizos. En Maryland, el criterio de las autoridades federales de ejercer una intervención militar directa intimidó a los secesionistas en Annapolis. En Missouri, los políticos y soldados locales leales a la Unión tomaron el control del Estado y expulsaron a los partidarios de los rebeldes, aunque en las zonas rurales comenzó una despiadada guerra de guerrillas. El premio era Kentucky, donde el cuerpo legislativo del Estado y la población se mantuvieron leales, pero el gobernador fue partidario de la sece-

sión. Ante la situación de punto muerto, el Estado se declaró neutral, pero las tropas del Sur invadieron el Estado y obligaron a los seguidores de los unionistas a apoyar al Norte.

Además de perder los Estados fronterizos, los dirigentes sudistas cometieron el error de embargar los cargamentos de algodón para presionar a los Estados europeos a intervenir en el conflicto. Sus esperanzas resultaron ilusorias: sectores importantes de la población británica y francesa eran partidarios de la Unión, mientras que Gran Bretaña se enfrentaba al problema de defender Canadá de una invasión norteña. Al final, el embargo del algodón privó al Sur de unos ingresos sustanciales y de la oportunidad de importar cantidades considerables de armas y munición en unas fechas en que el bloqueo federal se hallaba todavía en pañales.

La guerra en el este

Las acciones militares de 1861 pusieron de relieve la mala preparación de ambos bandos para la guerra. Bajo la presión de la exigencia de «dar una paliza a los rebeldes», y ante el hecho de que la mayoría de los regimientos voluntarios alistados para noventa días no tardarían en volver a sus hogares, el alto mando federal sacó a sus fuerzas de Washington y las hizo marchar a Manassas. La consiguiente batalla de Bull Run, donde hubo desde heroísmo hasta comedia –varios congresistas llevaron consigo a unas señoras para que contemplaran el espectáculo–, fue testigo de cómo las tropas del Sur ganaban un combate muy reñido. Tras luchar con considerable heroísmo, el ejército de la Unión se vino abajo al final de la tarde ante un contraataque de los rebeldes y, presa del pánico, emprendió una huida que no se detuvo hasta que las tropas alcanzaron Washington.

La derrota de Bull Run puso de relieve lo vanas que habían sido las esperanzas de la Unión de poner fin a la Guerra Civil con una sola victoria. Lincoln reconoció la necesidad de realizar reclutamientos de larga duración y dio el mando del ejército a George McClellan, un general joven y brillante. El «Pequeño Mac», como le llamaban sus soldados con afecto, era un gran instructor y un buen propagandista de su propia persona. Sus talentos, sin embargo, no daban para más. Se consideraba sucesor de Napoleón y se refería a Lincoln con la expresión «ese mono», pero en el campo de batalla mostró escasa capacidad para proporcionar liderazgo o guía. Era un hombre temeroso de lo desconocido; en consecuencia, pensaba siempre que sus adversarios contaban con un número de hombres enormemente elevado. Para excusar la inacción, le servía casi cualquier cosa.

A pesar de las presiones políticas para que utilizara el ejército que estaba formando, McClellan se negó a lanzar una operación militar de

importancia durante el resto de 1861. En 1862 planeó trasladar río arriba su Ejército del Potomac a fin de atacar Richmond, capital entonces de los confederados; en primavera, McClellan realizó la maniobra y provocó una sorpresa general. Es cierto que no consiguió obtener todos los soldados que había solicitado para el ataque, pues Lincoln deseaba proteger Washington de los confederados y retuvo un cuerpo de ejército. McClellan, no obstante, disfrutaba de una considerable superioridad sobre sus oponentes. El avance sobre la península del río James fue un movimiento lento y tortuoso en el que unos confederados inferiores en número desconcertaron sistemáticamente a aquel comandante unionista excesivamente cauteloso. A finales de mayo, McClellan se encontraba a las puertas de Richmond y se preparó para un asedio prolongado. Pero los confederados estaban también listos y, bajo la inspirada dirección del general Robert E. Lee, lanzaron una serie de feroces contraataques que hicieron retroceder a McClellan y su ejército hasta sus barcos de abastecimiento. No todos los ataques de la Confederación fueron realizados con éxito –la batalla de Malvern Hill fue un desastre–, pero Lee logró un dominio completo sobre su adversario, dominio del que el Ejército del Potomac no se recuperó nunca del todo.

La ineptitud, la rudeza y la arrogancia de McClellan llevaron finalmente a Lincoln a destituirlo del cargo de comandante general del ejército antes de que concluyera la expedición de la península del James. En ese momento, las derrotas ante Richmond indujeron a Lincoln a nombrar un nuevo comandante en Virginia del Norte, John Pope, un general emprendedor y de éxito originario del oeste. Al hacerse cargo del mando, Pope anunció a sus nuevas tropas que los soldados del oeste no estaban acostumbrados a mostrar la espalda al enemigo, y no tardó en irritar, asimismo, a sus comandantes de cuerpo y división. El resultado fue otra derrota desastrosa en la Segunda Batalla de Bull Run, en la cual Lee se sirvió de sus subordinados Thomas «Stonewall» Jackson y James Longstreet para confundir y, finalmente, aplastar a las fuerzas de Pope. Con McClellan rezagado en la península del James y Pope sumido en un desorden general, Lee invadió el Norte. El Ejército de Virginia del Norte penetró en Maryland, mientras Jackson destruía una fuerza federal en Harper's Ferry (Virginia).

Ante la amenaza de la acción de Lee, Lincoln volvió a nombrar a McClellan comandante del Ejército del Potomac. Por suerte para la Unión, los planes de campaña de Lee cayeron en manos de los unionistas, pero, incluso entonces, McClellan se movió con una insoportable cautela que permitió a los confederados concentrar sus fuerzas en el último momento. El resultado fue la batalla de Antietam, la acción más cruenta de la historia militar norteamericana en una sola jornada; las bajas conjuntas superaron con creces la cifra de 20.000. McClellan lanzó tres grandes ataques contra una delgada línea de confederados; todos estuvieron a un

paso del éxito, pero los confederados no cedieron terreno y McClellan se negó a exponer sus fuerzas de reserva, a pesar de que el enemigo se hallaba al borde del colapso. McClellan se proclamó vencedor, aunque, en el mejor de los casos, había conseguido un empate. Lincoln, no obstante, aprovechó la oportunidad de un «éxito» en el campo de batalla para promulgar la Proclama de Emancipación; a partir del 1 de enero de 1863, los esclavos serían libres en todos los territorios sublevados. La Proclama de Lincoln constituía un ataque directo contra la estructura social y la cultura del Sur; ya no quedaban muchas ilusiones sobre lo que se requeriría para ganar la guerra.

McClellan, que se oponía con fuerza a dar la libertad a los esclavos, habló ruidosamente de cómo había salvado el Norte, pero no mostró ninguna inclinación a enfrentarse de nuevo a Lee. Lincoln, disgustado, despidió definitivamente al «Pequeño Mac» y nombró a Ambrose Burnside comandante del Ejército del Potomac. Burnside se mostró más activo, pero todavía menos competente. En diciembre lanzó sus tropas contra una posición inexpugnable en Fredricksburg; la subsiguiente matanza llevó a su sustitución.

La guerra en el oeste

En 1862, varios acontecimientos ocurridos en el oeste resultaron más propicios para la Unión. A comienzos de año, Ulises S. Grant, un desconocido general unionista, avanzó contra los dos fuertes que protegían los accesos a los ríos Cumberland y Tennessee, los fuertes Henry y Donelson. Su toma abrió el acceso a ambos ríos, consiguió Kentucky para la Unión y permitió a sus barcos artillados navegar aguas arriba del Tennessee hasta los bajíos de Mussell, en Alabama, donde cortaron la única línea ferroviaria de la Confederación que corría de este a oeste.

El ejército de Grant subió luego hasta Shiloh por el río Tennessee, donde, en abril, se dedicó afanosamente a adiestrar sus tropas mientras esperaba la llegada del ejército del general Carlos Buell. Pero el ejército confederado del general Albert Sydney Johnston llegó antes y pilló a Grant por sorpresa. Durante unas horas pareció que los confederados iban a arrojar el ejército de Grant al Tennessee, pero, tras una jornada de matanzas, la noche y Buell llegaron a tiempo. Al segundo día, Grant y Buell expulsaron al ejército de los confederados del campo de batalla, y el Norte obtuvo su segunda victoria importante de la guerra.

Las dos jornadas de Shiloh presenciaron unas terribles bajas en ambos bandos. Las formaciones de infantería, que utilizaban mosquetes estriados, no cedieron terreno y se tirotearon mutuamente. Las tácticas napoleónicas resultaron incompatibles con los avances tecnológicos del momento. Los resultados se repetirían en numerosas ocasiones en

1862, pero las fuertes pérdidas de Shiloh dañaron considerablemente la reputación de Grant; la opinión pública del Norte no tenía aún idea de lo costosa que iba a resultar la guerra. Shiloh, no obstante, puso de relieve el grado de resistencia del Sur frente a la Unión. Según comentó Grant en sus memorias,

> hasta la batalla de Shiloh, yo, al igual que miles de otros ciudadanos, creía que la rebelión contra el gobierno se vendría abajo de forma repentina y súbita si se lograba una victoria decisiva sobre alguno de sus ejércitos. Donelson y Henry fueron victorias de ese tipo... Pero cuando se reclutaron ejércitos confederados que no sólo intentaron mantener una línea más al sur... sino que pasaron a la ofensiva y realizaron un esfuerzo tan aguerrido para recuperar lo perdido, en ese momento abandoné, por cierto, cualquier idea de salvar la Unión, a no ser mediante una conquista total.

Después de Shiloh y Antietam, la defensa recurrió cada vez más a la construcción de emplazamientos protegidos y a la apertura de trincheras, mientras que los atacantes se enfrentaban al problema de cruzar la zona batida –un problema sin solución hasta el final de la Primera Guerra Mundial.

La victoria de la Unión en Shiloh permitió avanzar sobre Corinth (Misisipí), y acceder, quizá, al gran río. La flota de EEUU había tomado Nueva Orleans, y las posiciones confederadas a lo largo del Misisipí quedaron expuestas a ataques. Pero el general Henry Halleck, comandante de la Unión en el oeste, asumió el mando directo de los ejércitos de Grant y Buell. El avance de Helleck sobre Corinth hizo que los desplazamientos de McClellan parecieran una guerra relámpago, y el resto del año 1862 fue testigo de la fragmentación de los esfuerzos unionistas en el oeste. En Tennessee y Kentucky, los confederados contraatacaron y llegaron casi al río Ohio antes de que su avance se desmoronara. En el curso del Misisipí, Grant inició su avance sobre Vicksburg, clave para el control del río, pero sus acciones iniciales se vieron lastradas por fallos considerables.

Chancellorsville y Gettysburg

Las campañas efectuadas en el este en 1863 vieron pocos cambios en la correlación de fuerzas entre los contendientes. Allí, el general Joseph Hooker, un hombre que se tenía en gran estima, al igual que McClellan, relevó a Burnside al comenzar el año. En su carta de nombramiento a Hooker, Lincoln comentaba en concreto ciertos rumores que circulaban en Washington según los cuales el nuevo comandante había discurseado

sobre la necesidad de una dictadura militar. Lincoln recordó, cortante, al general que el principal requisito para un golpe de esas características era el éxito en el campo de batalla. «Lo que le pido ahora es el éxito militar», observó Lincoln, «en cuyo caso me arriesgaré a una dictadura».

A principios de mayo de 1863, Hooker avanzó contra el Ejército de Virginia del Norte. Fue una de las raras ocasiones de la Guerra Civil en que un comandante del Norte pilló a Lee por sorpresa. Pero Hooker quedó paralizado en un extremo de la comarca de Wilderness (una zona de bosques vírgenes en el centro de Virginia). Lee se recuperó, dividió su ejército y envió a «Stonewall» Jackson a realizar una marcha que atacó el flanco de Hooker en Chancellorsville, con un efecto devastador. La caída de la noche fue lo único que salvó a la Unión de un total hundimiento. El máximo impacto del ataque contra el flanco se produjo, no obstante, en la mente del comandante de la Unión: según observó Lincoln, a partir de ese momento Hooker actuó como un pato al que le hubieran golpeado la cabeza con una tabla. A pesar de que su cuerpo de comandantes deseaba permanecer en el campo de batalla y seguir luchando, Hooker ordenó la retirada.

La cuestión crucial a la que se enfrentaban los dirigentes sudistas era qué hacer a continuación. Lee abogaba por invadir el Norte en busca de una victoria decisiva para poner fin a la guerra; otros sostenían que la victoria de Lee en Chancellorsville debería permitir al Sur mantenerse a la defensiva en el este mientras reforzaba el oeste, donde Grant acababa de encerrar en Vicksburg a un ejército confederado. Allí, el Sur se enfrentaba a una posible pérdida del río Misisipí y de un ejército importante. Gracias a su prestigio, Lee salió triunfante del debate: a mediados de junio, el Ejército de Virginia del Norte inició su marcha hacia Pensilvania.

El Ejército del Potomac y su nuevo comandante, el general George Meade, conocido en su Estado Mayor como la «vieja tortuga mordedora», se dispusieron a perseguirlo. En la pequeña ciudad universitaria de Gettysburg se libró un combate titánico de tres días en una batalla clásica de enfrentamiento entablada en un terreno no elegido por ninguno de los dos bandos. Los confederados vencieron con facilidad en la primera jornada e hicieron retroceder desordenadamente a través de la localidad a tres cuerpos del ejército de la Unión. El segundo día acabó en tablas por muy poco. Sólo el valor y la tenacidad del coronel Joshua Chamberlain, comandante del 20º Regimiento de Maine –quien, al verse superado en una proporción de tres a uno y haberse quedado sin munición, ordenó a sus hombres calar las bayonetas y cargar–, salvaron el flanco izquierdo de la Unión. El tercer día, Lee lanzó un ataque masivo con sus cuerpos de ejército contra el centro de la Unión. Los soldados unionistas cantaban «Fredricksburg, Fredricksburg», mientras los confederados salían de los bosques para iniciar una marcha de 2 kilómetros y medio cuesta arriba hacia la cresta del cementerio. El

resultado fue una masacre de la fuerza atacante del general George Pickett, tan decisiva como la ocurrida bajo Mayre's Hights, en Fredricksburg, seis meses antes. Lee se retiró con su ejército destrozado y casi sin munición.

Gettysburg fue algo más que una derrota táctica para la Confederación. Al invadir Pensilvania, Lee preparó el escenario para una derrota catastrófica en el oeste que hizo perder a los confederados el control del Misisipí y puso Tennessee al alcance de una invasión unionista. En realidad, dada la crisis de Vicksburg, su búsqueda de una victoria decisiva no respondía ni a las realidades tácticas de la guerra ni a la situación estratégica del Sur. El resto del año fue testigo de unos combates desganados en el este. Lee envió el cuerpo de ejército de Longstreet al oeste y no se encontró apenas en situación de emprender operaciones ofensivas, mientras que Meade reconoció la capacidad de Lee y se mostró poco dispuesto a comprometer sus fuerzas en una guerra de maniobras contra un adversario de tanto talento.

Grant se pone al mando

En 1863, el peso de la guerra se desplazó hacia el oeste. Tras un invierno deprimente en que intentó atravesar las regiones pantanosas del norte de Vicksburg, Grant inició su campaña de primavera con una acción sorprendente: en mayo embarcó su ejército para llevarlo aguas abajo del Misisipí, más allá de Vicksburg, cortando de ese modo sus líneas de comunicación con el norte. Luego, en la campaña de maniobras más impresionante, tal vez, de la guerra, dividió los dos ejércitos sudistas de la región y encerró a uno en Vicksburg. Comenzaba así un asedio importante que culminó con la rendición de la ciudad y de su ejército confederado el 4 de julio de 1863 y abrió el acceso al Misisipí. Grant propuso luego a sus superiores dirigir su ejército contra el fundamental puerto de Mobile, pero Halleck, celoso de su subordinado, puso reparos y distribuyó las fuerzas de Grant entre otros comandantes.

En consecuencia, el avance de la Unión hacia el centro de Tennessee a las órdenes del general Rosecrans careció del apoyo de otras operaciones en el oeste. Rosecrans se enfrentaba, sin embargo, a uno de los comandantes de guerra sudistas más capaces, el general Braxton Bragg. A finales de agosto, Rosecrans había conseguido expulsar de Tennessee a Bragg; pero, en Georgia, los confederados, reforzados por el cuerpo de Longstreet procedente del Ejército de Virginia del Norte, contraatacaron. En la batalla de Chickamauga, el ataque de Longstreet penetró durante la segunda jornada por una brecha abierta en el centro de la línea de la Unión –un hueco producido por la incompetencia de los oficiales del Estado Mayor y por la incapacidad de Rosecrans

para llevarse bien con sus subordinados–. El resultado fue una gran victoria sudista, aunque Bragg echó a perder la persecución. Los supervivientes de la derrota unionista marcharon a Chattanooga, donde fueron sitiados por los confederados.

Lincoln respondió con vigor. Dio a Grant el mando sobre todo el teatro de operaciones en el oeste y ordenó desplegar dos cuerpos del Ejército del Potomac para reforzar la zona. El sistema logístico de la Unión trasladó en menos de dos semanas a 25.000 hombres con todos sus caballos y artillería a una distancia de 1.900 kilómetros. Grant, dando muestras de su aplomo habitual, concentró las fuerzas de la Unión en Chattanooga. Como primera medida, abrió líneas de abastecimiento a la ciudad, donde los soldados andaban ya escasos de raciones.

Una vez abiertas las comunicaciones, Grant atacó a Bragg. Las acometidas contra los flancos tuvieron cierto éxito, pero no desalojaron a los defensores de las posiciones que dominaban la ciudad. Grant ordenó entonces al general George Thomas, que había salvado al ejército de Rosecrans del hundimiento completo en Chickamauga, lanzar un ataque de sondeo contra las posiciones confederadas que dominaban Chatanooga. El sondeo acabó siendo un asalto a gran escala que concluyó con éxito a pesar de que las posibilidades parecían inexistentes.

Los triunfos de Grant restablecieron la situación en el oeste. La Unión controlaba ahora el río Misisipí; además, sus fuerzas habían atravesado Tennessee y llegado a las puertas de Georgia, corazón económico del Sur. Los éxitos en el oeste y los fracasos en el este se oponían en marcado contraste. En ese momento, Lincoln, reconociendo la valía de Grant, lo nombró comandante en jefe de todas las fuerzas de la Unión; el Congreso acrecentó sus honores y le concedió el grado de teniente general. Grant asumió entonces el control de la estrategia operativa unionista para poner fin a la guerra destructiva que duraba ya tres años.

En 1862, Lincoln había comentado a McClellan que quizá fuese una buena estrategia para el Norte presionar al Sur mediante operaciones ofensivas en todos los escenarios del conflicto. En cartas a su esposa, McClellan expresó su desprecio por aquel planteamiento. Pero Lincoln tenía razón; el Norte, con sus superiores recursos materiales y humanos, podía quebrantar al Sur presionándolo simultáneamente desde distintas direcciones. Eso era precisamente lo que Grant pretendía hacer. Como dijo a sus comandantes subordinados: «Si el enemigo se mantiene en calma y me permite tomar la iniciativa, tengo el propósito... de que todas las partes del ejército actúen conjuntamente y se dirijan de alguna manera hacia un centro común». En el este, el Ejército del Potomac atacaría al de Virginia del Norte, mientas que el del río James golpearía al sur de Richmond para impedir a Lee recibir suministros. Otro ejército unionista se desplazaría bajando por el Shenandoah y privaría al Sur de las riquezas agrícolas de aquella región. En el oeste, Sherman marcha-

ría contra el Ejército de Tennessee del general Joe Johnston, mientras Bank hacía otro tanto contra la ciudad de Mobile, obligando a Johnston a dividir sus fuerzas.

Si esas piezas se hubieran desplazado en la dirección ideada por Grant, la Guerra Civil habría concluido en 1864, pero Banks subió por el río Red en vez de marchar contra Mobile; Siegel resultó ser un fracaso decepcionante; y (según palabras de Grant) Butler mantuvo su ejército «embotellado» en la península del James. Así pues, todo el peso recayó sobre los hombros de Sherman y Grant. Una parte del problema radicaba en que los actores secundarios –Banks, Butler y Siegel– eran generales políticos incompetentes para representar sus papeles adecuadamente. Pero Grant no se quejó nunca de su falta de rendimiento ni les culpó por no lograr la victoria en 1864, pues era el único entre los principales generales del Norte que reconocía la importancia política de aquellos personajes para la reelección de Lincoln en noviembre de 1864.

Grant se instaló en el Ejército del Potomac. Se daba cuenta de la falta de empuje tanto del ejército como de su comandante: aunque admiraba a Meade por su honradez e integridad, Grant se daba también cuenta de su sentimiento de inferioridad frente a Lee. Durante el resto de la guerra, Grant permaneció con el Ejército del Potomac y asumió la responsabilidad de sus acciones cuando hubo de enfrentarse a Lee. Pero el ejército y el cuerpo de oficiales entrenado por McClellan resultaron un instrumento militar tan deficiente como su antiguo comandante. Ningún ejército de la historia militar norteamericana ha tenido un historial tan decepcionante; ningún ejército de EEUU ha sufrido con mayor nobleza en busca de la victoria; y ningún ejército ha perdido más oportunidades en sus operaciones. El Ejército del Potomac no consiguió, por fin, una victoria en posición ofensiva hasta la batalla de Five Forks, en abril de 1865.

La derrota del Sur

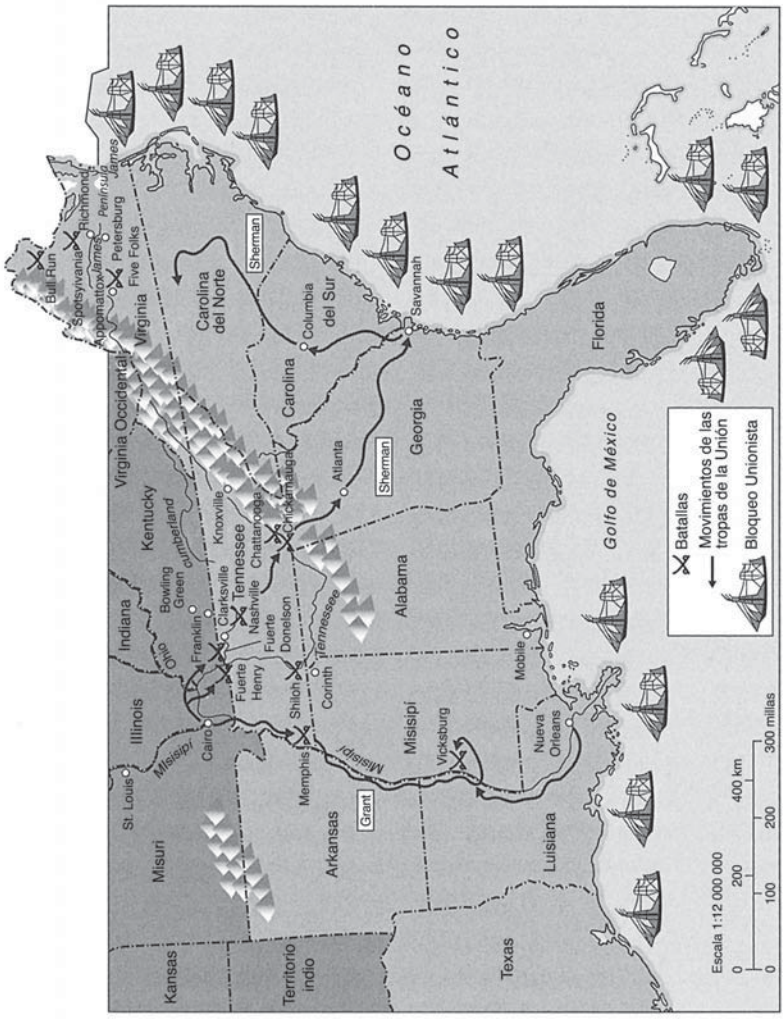
El Ejército del Potomac libró sus campañas de la primavera y el verano de 1864 con un coste aterradoramente alto para sí y para la nación. En la horrenda batalla de Wilderness sobrevivió apenas al feroz ataque de los confederados contra su flanco. Luego, en un giro rápido a la izquierda, Grant intentó superar el flanco de la Confederación y colocar sus fuerzas en una posición que obligara a Lee a atacar. Pero los confederados llegaron a Spottsylvania Courthouse por un margen escasísimo. A continuación se entabló una segunda batalla mortífera cuando, protegidos por trincheras, los confederados causaron un gran número de bajas entre las fuerzas federales atacantes. La mala suerte continuó persiguiendo al Ejército del Potomac. Para animar a sus sol-

dados, el general John Sedgwick, uno de los comandantes de cuerpo más competentes, se puso en pie sobre un terraplén y declaró que los confederados eran incapaces de acertar a un elefante a aquella distancia; un francotirador rebelde le metió una bala en la cabeza.

Tras una semana de salvajes matanzas que dejaron exangües a ambos ejércitos, Grant volvió a dirigirse hacia el sur; en North Anna y Cold Harbor lanzó ataques directos contra la posición de Lee. Fueron días negros, incluso para los criterios de aquella guerra. Un general de brigada del Ejército del Potomac escribió a su esposa: «He visto desfilar ante mí un cortejo fúnebre a lo largo de treinta días, y ha sido demasiado». Grant marchó subrepticiamente rodeando a Lee hasta el río James. Una vez allí, situó su ejército en posición de tomar Petersburg e interrumpir las líneas de abastecimiento sudistas. Si Petersburg hubiese caído, Lee habría tenido que abandonar Virginia y Richmond y retirarse a Carolina del Norte. Pero los comandantes de cuerpo del Ejército del Potomac perdieron la oportunidad una vez más y Lee dispuso de fuerzas suficientes para guarnecer sus defensas. Para entonces, ambos ejércitos estaban agotados y eran incapaces de realizar nuevas operaciones ofensivas –aunque Grant había logrado, al menos, su objetivo de sacarse el aguijón de Lee: el Ejército de Virginia del Norte no era ya capaz de practicar una guerra ofensiva.

Todo dependía, por tanto, de lo que Sherman pudiera lograr contra Johnston. Sherman inició su ofensiva contra Atlanta a comienzos de mayo. Los dos ejércitos batallaron, pero aunque Sherman consiguió expulsar a Johnston de todas sus posiciones una tras otra, no obtuvo un éxito militar significativo. En julio, Johnston se había retirado a las fortificaciones defensivas levantadas frente a Atlanta. En ese momento, el gobierno confederado, frustrado por la retirada, sustituyó a Johnston por un comandante de cuerpo, el general John Bell Hood. Hood había sido un brillante comandante de división a las órdenes de «Stonewall» Jackson; además, había demostrado su valor en numerosos campos de batalla y perdido en combate un brazo y una pierna. Pero también había sido un comandante de cuerpo controvertido y pendenciero y resultó ser tan mal candidato para el mando supremo como lo había sido Bragg.

El argumento de Hood para explicar los problemas a los que se enfrentaba la Confederación en 1864 era que las tropas sudistas habían perdido el impulso ofensivo del que habían disfrutado en 1862. En su función de comandante frente a Atlanta, había decidido recuperar aquel espíritu ofensivo. A lo largo del mes siguiente, Hood lanzó tres feroces ataques contra Sherman, pero los experimentados soldados de la Unión anularon cada uno de aquellos golpes, causando horrendas bajas en los atacantes, y acabaron obligando a Hood a abandonar Atlanta. Al final, Hood achacó su fracaso a una falta de espíritu ofensivo en sus tropas; no se daba cuenta de que la lucha había cambiado de aspecto de mane-



Mapa 7. La derrota del Sur. La estrategia de la Unión, que evolucionó en el curso de la guerra, tuvo cuatro componentes básicos: un bloqueo de la costa, la toma de Richmond, la apertura del Misisipí y la idea de llevar la guerra a la economía y la población del sur. Este último planteamiento fue el que acabó quebrantando la voluntad de los confederados.

ra fundamental. No obstante, las bajas sufridas por sus ataques pusieron de relieve que el Sur seguía dispuesto todavía a padecer pérdidas terribles para procurarse la independencia.

La toma de Atlanta por Sherman fue decisiva para la reelección de Lincoln. A continuación, Hood marchó hacia el norte con el fin de ame-

nazar las líneas de comunicación de Sherman en Tennessee, pero éste convenció a Grant para que le permitiera realizar una de las ideas operacionales más innovadoras de la Guerra Civil: mientras una parte de su ejército se quedaba atrás, a las órdenes de George Thomas, para cubrir la zona central de Tennessee, Sherman se desgajó de sus líneas de abastecimiento y marchó hacia el interior de Georgia camino del mar. Grant acabó dando su aprobación a aquella medida. Hood persiguió a las fuerzas de Thomas, primero hasta Franklin, donde, tras haber acusado de cobardía a su generalato, lanzó sus tropas contra los federales, bien atrincherados. El resultado fue una matanza en la que perdieron la vida muchos de sus generales. Impenitente hasta el final, Hood avanzó hacia Nashville, donde Thomas destruyó los restos de un ejército que el comandante de la Confederación había comenzado a destrozar en Atlanta.

Entretanto, Sherman atravesó Georgia. La guerra había tomado un giro despiadado a medida que las tropas la llevaban al corazón del territorio sureño. Aunque Sherman no lanzó su campaña directamente contra la población civil, sus efectos «colaterales» –la demolición de viviendas, la destrucción de las cosechas, el saqueo de animales de granja– pusieron de relieve hasta dónde estaba dispuesto a llegar el gobierno federal para destruir la Confederación. A los soldados de Sherman les encantaban los «pueblos humeantes» que quedaban en la estela de su marcha. Según advirtió Sherman a los ciudadanos del norte de Alabama,

> el gobierno de Estados Unidos tiene en el norte de Alabama todos los derechos [que decida] aplicar en la guerra para arrebatar las vidas [de los confederados], sus casas, sus tierras, todo cuanto posean, pues no pueden negar que allí hay una guerra, y la guerra es, sencillamente, un poder no constreñido por ninguna constitución ni pacto. Si lo que desean es una guerra eterna, no hay nada que objetar. Aceptaremos la decisión, les despojaremos de sus posesiones y se las entregaremos a nuestros amigos... Para los secesionistas, petulantes y obstinados, la muerte será una gracia, y cuanto antes acabemos con ellos o con ellas, tanto mejor. A Satanás y a los ángeles rebeldes del Cielo se les permitió seguir existiendo en el Infierno simplemente para acrecentar su justo castigo.

La destrucción causada en Georgia y Carolina del Sur fue una parte de unas medidas más amplias orientadas a quebrantar la voluntad del Sur de continuar la guerra. Sirvió como advertencia clara a los soldados confederados de que ya no podían proteger sus hogares de la guerra.

Mientras Sherman se dirigía hacia el mar, Grant dio rienda suelta al general Philip Sheridan en el valle del Shenandoah. Sheridan era uno de los comandantes de guerra más competentes en el campo de

batalla; también era, como Jackson, uno de los más despiadados. Las instrucciones de Grant ponen de relieve que lo que Sheridan hizo en Shenandoah era el criterio general del alto mando de la Unión. Grant le ordenó convertir el valle de Shenandoah en «un yermo estéril... para que las multitudes que lo atraviesen en su huida en lo que queda de la estación se vean obligadas a llevar consigo sus provisiones».

Sheridan ejecutó sus órdenes con entusiasmo. Un comentario realizado por él a sus anfitriones prusianos en 1870, durante una gira por los campos de batalla de la guerra francoprusiana, permite ver hasta qué punto la estrategia de la Unión se había convertido en una guerra implacable contra la resistencia popular sudista: Sheridan observó que los prusianos estaban siendo demasiado «humanitarios» en su trato a los franceses, y añadió en beneficio de sus ávidos oyentes alemanes: «¡Lo único que se debe dejar a la gente son sus ojos, para que lloren por la guerra!». Es cierto que ni Sherman ni Sheridan alcanzaron el nivel de la campaña de «destrucción de viviendas» ordenada por el Mando de Bombardeo en la Segunda Guerra Mundial, pero las fuerzas militares del Norte sólo combatían en tierra y, por tanto, pudieron dejar con vida a los desdichados habitantes del Sur mientras destruían su infraestructura económica, sus hogares, sus alimentos y sus animales de granja. Y allí donde marchaban, acababan también con la institución de la esclavitud, fundamento de la identidad cultural y política sureña.

A comienzos de 1865, la posición de la Confederación era desesperada. La reelección de Lincoln en otoño de 1864 les había arrebatado su última esperanza; el gran emancipador presenciaría la guerra hasta su conclusión. Los ejércitos de la Unión se desplazaban a su antojo por todos los Estados de la Confederación. El ejército de Lee desaparecía gradualmente debido a las deserciones; Sherman estaba destruyendo Carolina del Sur. Sus tropas disfrutaban asolando el Estado que había encabezado la iniciativa secesionista e iniciado el conflicto cuatro años antes, al abrir fuego contra el fuerte Sumter. Carolina del Norte no tardó en sentir el peso de los ejércitos de la Unión, y Fort Fisher, el último puerto de los confederados, cayó ante una operación conjunta del ejército y la armada.

Los costes del «último disgusto»

En abril, la posición de Lee en Petersburg se vino abajo cuando el Ejército del Potomac obtuvo su primera victoria ofensiva en Five Forks. Una persecución rápida encabezada por Sheridan acabó cazando a Lee en Appomattox. Lee se rindió, tras reconocer lo inevitable. Luego, asumió la actitud de gran estadista de la historia norteamericana dedicando sus últimos años a instar a sus paisanos a que aceptaran

los resultados. Por desgracia, la guerra destructiva practicada por los ejércitos de la Unión en el último año del conflicto, los problemas de las relaciones raciales en un país derrotado y la amargura por la causa perdida perpetuaron la división entre el Norte y el Sur durante más de cien años. Un simple cambio gramatical puso de manifiesto la transformación producida por la Guerra Civil. Antes de 1861, los norteamericanos decían «los Estados Unidos son»; a partir de 1865 dijeron «Estados Unidos es». La victoria del Norte tuvo consecuencias importantes para el siglo XX. El mantenimiento de una nación unida en América del Norte, con su inmenso poderío industrial y agrario, iba a representar un papel decisivo en la victoria conseguida contra Alemania en las dos guerras mundiales; un subcontinente fragmentado habría desempeñado una escasa función en dichos conflictos.

La Guerra Civil fue la primera guerra moderna: en ella, el poder militar, fundamentado en el apoyo popular y la industrialización y lanzado a cientos de kilómetros por el ferrocarril y el barco de vapor, se acercó a las fronteras de la guerra total. Al iniciarse el conflicto no existían ni la visión estratégica ni las capacidades para emprender una gran guerra: la simple creación de una fuerza militar y el apoyo requerido por ella plantearon problemas que no se pusieron de manifiesto inmediatamente ni fueron fáciles de resolver. No obstante, el liderazgo político y militar de la Unión acabó creando una estrategia victoriosa, una estrategia de desgaste más que de combates decisivos. La acometida general contra el Sur, en 1864, estuvo acompañada por una guerra dirigida a quebrantar la voluntad popular de la población sudista. Pero el coste de aquella guerra fue atroz: en ella murieron unos 625.000 soldados entre ambos bandos, cifra igual al total de las demás guerras norteamericanas, incluida una gran parte del conflicto de Vietnam. Si Estados Unidos hubiera sufrido un nivel de bajas comparable en la Primera Guerra Mundial, las vidas perdidas habrían rondado la cifra de 2,1 millones (en vez de 115.000). La Guerra Civil señaló que el nuevo campo de batalla tecnológico se cobraría un considerable tributo en vidas y que la capacidad del Estado moderno para movilizar sus recursos humanos e industriales podía nutrir dicho campo de batalla de forma casi indefinida. Y esos recursos, tanto humanos como industriales, crecieron a pasos agigantados a medida que la civilización occidental entraba en el siglo XX.

Las guerras de Bismarck

Sin embargo, por aquellas mismas fechas, aproximadamente, los europeos aprendieron diversas lecciones sobre la guerra moderna. Coincidiendo casi con la Guerra Civil norteamericana, una serie de enfrentamientos bélicos logró la unificación de Alemania bajo el lide-

razgo de Prusia. Aquellos éxitos supusieron varias guerras breves y triunfantes, pero no se basaron en la superioridad táctica o tecnológica de los ejércitos prusianos, sino que reflejaron, más bien, la brillantez de su inteligencia política y la profesionalización de su cuerpo de oficiales. Esta última cualidad surgió en parte de la reacción ante la devastadora derrota de Jena-Auerstadt en 1806. La creación de una *Kriegsakademie* (academia de guerra) para producir oficiales de Estado Mayor bien preparados permitió a los prusianos formar el núcleo de un sistema eficaz de Estado Mayor a tiempo para la Guerra de Liberación contra los franceses, en 1813; y el éxito en la gestión de los innumerables detalles que suponían las luchas contra Napoleón impidió que las restricciones del periodo de posguerra desmantelaran la *Kriegsakademie* y aquel incipiente Estado Mayor general.

En el periodo que desembocó en la década de 1860, un Estado Mayor pequeño y de élite indujo al ejército prusiano a reconocer las ventajas que supondrían para la siguiente guerra el ferrocarril y la innovadora tecnología armamentista. El nombramiento de Helmut von Moltke como jefe del Estado Mayor general del ejército en 1858 aceleró el proceso, pues Moltke alentó la construcción de ferrocarriles estratégicos por toda Alemania, alegando que, en las guerras del futuro, serían más valiosos que las fortalezas. El índice de expansión ferroviaria en Alemania superó en más del doble al de Francia durante la década de 1840, y en 1854 la Confederación germánica disponía de casi 12.000 kilómetros de vías férreas. En 1860, Prusia propiamente dicha contaba con 5.600 kilómetros (y Moltke se había enriquecido invirtiendo en acciones del ferrocarril). El punto fundamental era que, a diferencia de otras organizaciones militares de Europa, el Estado Mayor general prusiano planeó sistemáticamente cómo explotar mejor aquella creciente capacidad para la movilización y despliegue de las fuerzas militares. Sin embargo, la ventaja de Prusia no radicaba únicamente en su capacidad para movilizar, desplegar y sostener sus fuerzas. El ejército prusiano fue también el primero en adoptar un fusil de retrocarga, el fusil de aguja percutora, que permitía a sus soldados recargar tres o cuatro veces más deprisa que sus adversarios –y hacerlo, además, cuerpo a tierra, lo cual constituía una ventaja obvia en cualquier combate con armas de fuego.

Sin embargo, aquellos cambios no pasaban de ser una mejora potencial; para convertir aquella potencialidad en realidad estratégica se requerían iniciativas estratégicas y políticas inteligentes. Al comienzo de la década de 1860, el Estado prusiano se hallaba en un atolladero institucional, entre la demanda del rey para que el poder legislativo apoyara un periodo de tres años de servicio militar y la negativa de los legisladores a proporcionar los fondos oportunos. En su desesperación, Guillermo I recurrió a un aristócrata de la vieja escuela, Otto von Bismarck, para salir del punto muerto.

Bismarck era un personaje extraordinario. Había tenido poco éxito en una breve carrera militar, y había dedicado sus años de universidad a la bebida y las mujeres. Su actividad en el servicio diplomático le granjeó pocas amistades. Pero Bismarck tenía cualidades que sólo unos pocos reconocían en aquel momento. Poseía una extraordinaria capacidad para evaluar a sus adversarios y era un político de primera categoría, con instinto de apostador para saber cuándo jugar y en qué momento levantarse de la mesa. A diferencia de la mayoría de los conservadores prusianos, entendía la fuerza del nacionalismo alemán y veía que a Prusia no le quedaba más remedio que nadar con la corriente o ser arrastrada por ella.

La máxima ventaja de Bismarck residía en la debilidad del sistema europeo. Poca gente reconocía en Europa la fuerza latente de Prusia, con su revolución industrial en marcha; otro factor de igual importancia era que la mayoría de los europeos consideraba el ejército prusiano como uno de los menos eficaces del continente. Además, tras la Guerra de Crimea, Gran Bretaña se había retirado en gran medida de los asuntos del continente; Francia carecía de un eje eficaz para su política estratégica; y Austria y Rusia andaban a la greña por el comportamiento de la primera durante la Guerra de Crimea. En este vacío, el nuevo canciller prusiano se dispuso a dejar su huella. Según advirtió a la Asamblea de Prusia: «Las grandes cuestiones de nuestro tiempo no se deciden con discursos y votos mayoritarios –ése fue el gran error de 1848 y 1849–, sino con hierro y sangre». La primera oportunidad se presentó con Dinamarca.

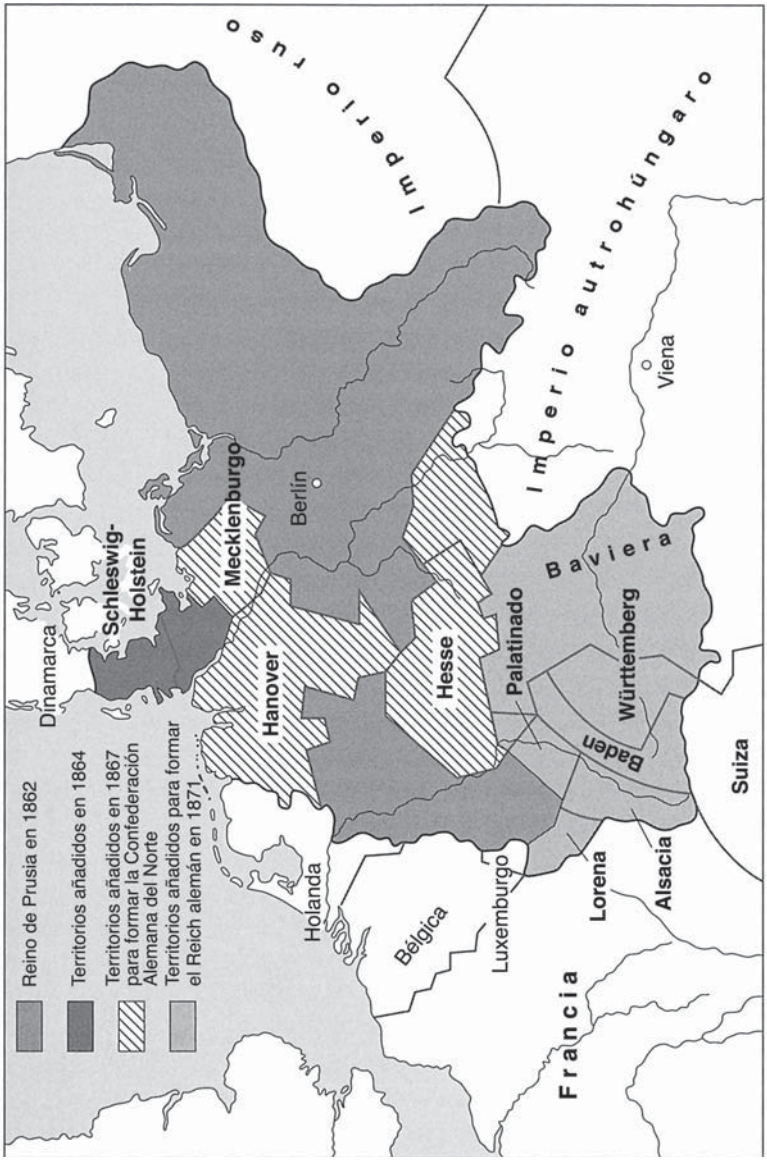
El fallecimiento del rey danés sin heredero masculino no influyó para nada en el trono de Dinamarca, pero sí en los ducados alemanes de Schleswig Holstein. En 1864, la Confederación Germánica, dirigida por Prusia y Austria, se negó a reconocer las pretensiones danesas a dichos ducados. Los ejércitos aliados de los Estados alemanes solventaron con presteza el asunto danés, pero la cuestión de qué hacer con las provincias «liberadas» siguió en pie. Bismarck agradeció la confusión, pues los austriacos obtuvieron unos territorios que administrar, pero las líneas de comunicación con ellos atravesaban íntegramente territorio prusiano. Las posibilidades de que surgieran malentendidos eran numerosas, y Bismarck se sintió encantado de potenciarlas al máximo.

Al parecer, Bismarck esperaba negociar con los austriacos un acuerdo por el que Prusia controlaría el norte de Alemania, mientras Austria tendría el control del sur. Pero los austriacos no mostraron haberse percatado del cambio producido en Alemania en la correlación de fuerzas, y no sólo se negaron a reconocer a Prusia como un igual, sino que buscaron activamente la guerra. Los demás Estados europeos, a excepción de Francia, mostraron escaso interés por el conflicto que se estaba gestando en Europa central; los franceses, por su parte, creían que la gue-

rra entre Austria y Prusia sería un asunto largo en el que podrían intervenir con provecho.

Prusia adolecía de ciertas desventajas importantes: los demás Estados alemanes se unieron para apoyar a Austria; el territorio de Prusia estaba dividido en dos; y Bohemia constituía una cómoda pista de lanzamiento para un ataque austriaco contra Berlín. Pero Moltke y el Estado Mayor capitalizaron aquellos retos. Un ejército prusiano no tardó en dar buena cuenta de Hanóver, uniendo así los territorios prusianos. Moltke entretanto, utilizando el sistema ferroviario del norte de Alemania, desplegó rápidamente en junio de 1866 tres ejércitos en la frontera con Austria con la intención de reunirlos en Bohemia. El trabajo del Estado Mayor austriaco fue calamitoso y reflejó la actitud despreocupada de los austriacos hacia la profesión de las armas en las décadas anteriores. En consecuencia, los ejércitos de Austria se concentraron con lentitud en Bohemia central, mientras que el ejército más occidental de Prusia arrolló Sajonia y otros tres ejércitos prusianos penetraron con rapidez en Bohemia. El fusil de percutor dio a los prusianos una ventaja táctica abrumadora, confirmada por las escaramuzas iniciales –el índice relativo de bajas era del orden de un prusiano por cuatro o cinco austriacos–. Y lo que es más importante, las primeras derrotas minaron la moral austriaca.

Sorprendido por la rapidez del avance enemigo, el príncipe Benedek, comandante de las fuerzas de Austria, se replegó hacia unas colinas bajas al norte de la localidad de Königgrätz. El ejército austriaco sumaba 190.000 hombres, más un apoyo de 25.000 sajones. Las fuerzas prusianas superaban los 200.000 hombres, pero cuando comenzó la batalla de Königgrätz, el 3 de julio, sólo se encontraban en el campo de batalla dos de sus ejércitos (y el sistema telegráfico de Moltke se había estropeado). Para entonces, Benedek tenía una noción clara del peligro que suponían para sus soldados los fusiles de percutor y ordenó a sus subordinados retener sus tropas y confiar únicamente en la artillería, que era en general superior a la de los prusianos. Pero los oficiales austriacos de mayor graduación se mostraron displicentes e hicieron caso omiso de sus órdenes. En consecuencia, cuando la 7ª División prusiana consiguió un éxito parcial sobre el flanco derecho de sus adversarios en una pequeña zona boscosa, el Swiewald, los comandantes austriacos lanzaron una serie de contraataques. Todos decayeron ante la potencia de fuego de los prusianos. De cincuenta y nueve batallones presentes en la zona, los austriacos asignaron cuarenta y nueve al enfrentamiento armado en el Swiewald, veintiocho de los cuales desaparecieron sin más. Aquello destruyó, en realidad, todo el flanco derecho austriaco. Las dificultades en el flanco derecho resultaron catastróficas cuando llegó al campo de batalla el tercer ejército prusiano, a las órdenes del príncipe heredero de Prusia.



Mapa 8. Unificación y expansión alemanas, 1864-1871. Prusia emprendió y ganó tres grandes guerras contra sus vecinos: contra Dinamarca en 1864, contra Austria en 1866 y contra Francia en 1870-1871. Aunque sus victorias ampliaron el territorio alemán hacia el norte y el oeste, las mayores conquistas de Prusia se produjeron con la fusión de los Estados alemanes en una unión que no fue del todo perfecta. Los resultados alteraron de manera fundamental la correlación de fuerzas en Europa.

Entretanto, los prusianos habían conseguido rodear el flanco izquierdo de su enemigo con el ejército del Elba. Los esfuerzos desesperados de la artillería y la caballería austriacas fueron lo único que impidió que los prusianos cercaran íntegramente a las fuerzas de Benedek. Lo que sobrevivió era una ruina; en una jornada de combate, los austriacos habían perdido 40.000 hombres, muertos o heridos, más otros 20.000 prisioneros. El camino a Viena se hallaba expedito, y la destrucción total del Estado habsburgués parecía inminente. Los generales prusianos, incluido Moltke, se consumían de impaciencia por hacerse con los laureles de su gran victoria.

Pero Bismarck no quería saber nada de ello y convenció a su rey para detener el avance prusiano e iniciar negociaciones con los austriacos, pues veía que sólo Francia y Rusia se beneficiarían de la continuación de la guerra. En cambio, si Prusia ofrecía unas condiciones generosas, convencería a Austria para aceptar un acuerdo a largo plazo. Prusia debía limitar al norte de Alemania sus ganancias territoriales, los Estados germánicos meridionales quedarían simplemente dentro de su esfera de interés. Una paz así sería mucho más atractiva para los austriacos, pues no perderían territorio. El arreglo propuesto por Bismarck constituyó un acto de inspirada habilidad política. Prusia absorbió los Estados de Alemania del norte, controló la política militar y exterior de los alemanes meridionales, la paz aplacó a Austria, y Bismarck consiguió excluir por completo a los franceses. Los austriacos aceptaron sin demora. Pero aquella sabiduría estratégica no fue bien recibida por los militares de Prusia; en su opinión, los manejos de Bismarck les habían arrebatado la oportunidad de perseguir hasta su capital a un adversario batido.

La guerra francoprusiana

En cuanto al futuro inmediato, Bismarck deseaba consolidar sus triunfos. No sentía grandes deseos de crear una Alemania unificada; al fin y al cabo, Alemania meridional era el bastión de dos de sus grandes odios: el liberalismo y el catolicismo. Pero los franceses se negaron a aceptar los resultados de 1866. Al año siguiente intentaron comprar el ducado de Luxemburgo, pero se echaron atrás ante una avalancha de protestas británicas y alemanas. Este revés diplomático no puso fin a la intromisión francesa en Alemania meridional y, finalmente, la intransigencia de Francia convenció a Bismarck de que debía aventurar otra guerra para estabilizar lo conseguido. Los franceses complacieron al canciller. El imperio de Napoleón III se había visto sometido a una creciente presión política interna para liberalizar la constitución, mientras que los contratiempos en política exterior habían minado de manera constante la popularidad del régimen. Por tanto, el emperador buscó alivio en la política exterior o en un éxito militar.

La correlación de fuerzas militares era favorable a Prusia aún más de lo que lo había sido en 1866. El Estado Mayor general prusiano había pulido sus destrezas administrativas y organizativas hasta lograr una calidad desconocida. El trabajo en equipo permitió a los prusianos sacar mayor partido al enorme potencial de los ferrocarriles, mientras que el sistema de Estado Mayor general les proporcionó medios para transmitir órdenes y garantizar que fueran obedecidas; a los prusianos les resultó relativamente fácil manejar el despliegue y las operaciones de los grandes ejércitos movilizados por ellos en 1870. Al carecer de un sistema como aquél, los franceses no lo tuvieron tan sencillo.

Paradójicamente, los prusianos carecían de la ventaja tecnológica de la que habían disfrutado en 1866 –el fusil *chassepot,* con cartuchos cebados, era superior al de pistón–, pero los prusianos habían corregido su debilidad en artillería: su nuevo cañón de acero de retrocarga les daba ventaja sobre los franceses en el fuego artillero, tanto en rapidez como en precisión. Sin embargo, los franceses poseían otra arma que podría haberles proporcionado una gran superioridad: la *mitralleuse,* la primera ametralladora, si bien el Ministerio de la Guerra había mantenido el arma tan en secreto que eran pocos los comandantes franceses que conocían siquiera su existencia. Además de su sistema de Estado Mayor, los prusianos disfrutaban de otras ventajas. Poseían un procedimiento eficaz para la reserva, dos guerras habían provocado una sangría entre sus oficiales más antiguos, y Moltke era, además, un eminente comandante de operaciones. Pero el factor más importante fue el hecho de tener en la persona de Bismarck a un brillante estratega, cuya política les garantizaba que las demás potencias europeas se mantuvieron ajenas al conflicto. Los franceses no disponían de un sistema de reservistas, tenían un Estado Mayor débil y no contaban con un general particularmente competente.

Tras incurrir en un grave error al calcular la correlación de fuerzas, Napoleón III desafió a los prusianos. Bismarck, con una extremada astucia, modificó el relato de un enfrentamiento poco importante entre su rey y el embajador francés, convirtiéndolo en un despacho oficial en el que los prusianos creyeron ver que se insultaba a su soberano, y los franceses que su honor se ponía en entredicho. Francia declaró la guerra, y ambas partes movilizaron y desplegaron sus fuerzas. Los franceses creían que la guerra comenzaría con una invasión de Renania llevada a cabo por ellos –aunque no estaba claro con qué objetivo– y que su ejército controlaría con firmeza la situación, como en 1806 en Jena-Auerstadt. A pesar de que los prusianos se desplegaron a mayor distancia, la eficacia del trabajo de su Estado Mayor y de su sistema de reservistas les permitió colocar a 380.000 hombres en la frontera francesa, mientras desplegaban otros 95.000 para vigilar Austria. Francia, por el contrario, sólo tenía en la frontera a 224.000 soldados el 31 de julio de

1870. Napoleón III puso dos ejércitos provisionales a las órdenes de unos mariscales que no habían ejercido responsabilidades anteriormente, y ninguno de los dos contaba con un Estado Mayor para controlar los movimientos operacionales y logísticos de los cuerpos que los componían. En cambio, los tres ejércitos prusianos disponían de Estados Mayores eficientes para coordinar dichos movimientos, y los tres estaban dirigidos por comandantes que se habían ganado sus estrellas en las guerras de 1864 y 1866.

Las escaramuzas iniciales mostraron unas pautas que se iban a mantener a lo largo de todos los enfrentamientos entre los ejércitos imperiales de campaña de Prusia y Francia. Los franceses desplegaron una considerable competencia en el combate táctico, mientras que el *chassepot* demostró su valía una y otra vez. Pero la ineptitud francesa en el nivel operacional contrarrestó con creces los éxitos en la lucha táctica. El 6 de agosto, el ejército del príncipe heredero prusiano se impuso a sus oponentes franceses en Weissenburg (Wissembourg); ambas partes sufrieron aproximadamente 6.000 bajas, pero los prusianos capturaron además a 6.000 franceses. Más importante aún que el éxito local fue el hecho de que el príncipe heredero lograra rodear el ejército del mariscal MacMahon y obligara a las fuerzas francesas a emprender una retirada general de Alsacia. Entretanto, el principal ejército francés, comandado por el mariscal Bazaine, sufrió también el ataque de los prusianos. En los altos de Spickern (Spicheren), unas fuerzas prusianas considerablemente superiores atacaron al II Cuerpo de ejército francés. Los franceses causaron más de 5.000 bajas a los atacantes, mientras ellos sufrían apenas 3.000, pero Bazaine no consiguió apoyar a su comandante de cuerpo (no fue la última ocasión en que quedó empantanado mientras sus subordinados luchaban por sus vidas). La importancia de Spickern radicó, sin embargo, en el hecho de que Moltke interpuso sus ejércitos Primero y Segundo entre los dos ejércitos franceses, mientras el III Ejército del príncipe heredero flanqueaba las fuerzas de MacMahon situadas a la izquierda de los prusianos.

El 16 de agosto, Moltke, que controlaba los movimientos del I y II ejércitos, obligó a Bazaine a entablar combate. En ese momento, los prusianos estaban a punto de rodear a su adversario. Aquella jornada se libró una colosal batalla de enfrentamiento en Mars-la-Tour. Los franceses sufrieron 16.000 bajas, y los prusianos 17.000. Resulta significativo que Bazaine se retirara hacia el norte y no hacia el oeste, aumentando así las posibilidades de que los prusianos cercaran sus fuerzas.

Dos días más tarde, los ejércitos volvieron a entablar una refriega y los franceses estuvieron a punto de obtener una importante victoria que habría invertido el curso de la guerra franco-prusiana. En Saint Privat, el VI Cuerpo de Bazaine, compuesto por 23.000 hombres, rechazó a casi 100.000 prusianos durante todo un día; si hubiese tenido refuerzos,

el VI Cuerpo habría transformado un éxito táctico local en algo operacionalmente significativo. Entretanto, en Gravelotte, dos cuerpos de ejército prusianos lograron un éxito inicial, pero a medida que avanzaban se vieron en un enredo. A continuación lanzaron una serie de ataques confusos que sólo sirvieron para aumentar sus bajas. Los defensores franceses aplastaron el último ataque alemán de manera tan concluyente que las unidades atacantes se vinieron abajo por entero: en ese momento, cualquier contraataque francés habría tenido como resultado un serio vuelco de las operaciones desfavorable a los prusianos. Pero el comandante francés allí presente rehusó actuar con independencia, mientras Bazaine, al igual que McClellan en Antietam, se negaba de nuevo a intervenir en la batalla. Las bajas fueron numerosas en ambos bandos, pero el balance favorable a los franceses da a entender lo cerca que se hallaron del éxito; los alemanes perdieron 20.163 hombres, y los franceses sólo 12.273. Al final, Bazaine se retiró a Metz, permitiendo así a los prusianos encerrar a todas sus fuerzas en una trampa.

El cerco de un ejército francés en Metz constituyó para Napoleón III un desastre que puso en peligro su supervivencia política. Los franceses reunieron, por tanto, las fuerzas restantes de su ejército profesional: el mariscal MacMahon dirigió la expedición y el propio emperador acompañó a las tropas en una apuesta desesperada por recuperar su menguante prestigio. Sin embargo, los franceses se acercaron a Metz maniobrando a lo largo de la frontera belga; no podían haber elegido una ruta de aproximación más desafortunada. El resultado era predecible: Moltke realizó una maniobra envolvente en torno al flanco de MacMahon para atrapar y, luego, destruir un segundo ejército francés en Sedan. Los prusianos habían aprendido de sus cruentas experiencias en Saint-Privat y Gravelotte y batieron a los cercados franceses con su artillería hasta obligarles a rendirse. Este hecho marcó el fin del Segundo Imperio.

Alemania triunfante

En París, los franceses declararon la república, y sus nuevos dirigentes proclamaron una leva masiva. La guerra había desatado en ambos bandos todo el flujo del sentimiento nacionalista. El problema para los franceses era que, mientras la gente acudía a alistarse por millares, todos los profesionales capacitados se hallaban en campos prusianos para prisioneros de guerra. Así, la nueva república se encontró en la misma situación que las partes contendientes en la Guerra Civil norteamericana en 1861; tenía que crear organizaciones militares a partir del tejido de la sociedad civil, pero contando con pocos profesionales especializados. Los prusianos no se enfrentaban, por supuesto, a ese problema. En octubre, concluida la destrucción de la bolsa de Metz, Molt-

ke marchó hacia París. Los franceses se prepararon desesperadamente para resistir un asedio; al mismo tiempo intentaron reunir su ejército de nuevo. En cuanto comenzó el sitio de París, Bismarck exigió que sus generales iniciaran un bombardeo para obligar a la república a acudir a la mesa de negociaciones. Mientras proseguían el asedio y los bombardeos, los franceses lanzaron una serie de acciones para liberar la capital, además de una guerra de guerrillas contra las líneas de comunicación prusianas en todo el norte de Francia. Los esfuerzos de liberación fracasaron en medio de fuertes bajas, mientras que los ataques contra las líneas de abastecimiento irritaron a los prusianos y exacerbaron la guerra aún más, pero no consiguieron alcanzar su objetivo. La República Francesa acabó rindiéndose a la lógica de su situación con el indudable concurso de la creciente amenaza de una revolución en París.

La paz resultante tuvo varias repercusiones desafortunadas para la historia del siglo XX. En primer lugar, la adquisición de Alsacia y Lorena por los alemanes creó una brecha permanente entre las dos potencias. En segundo lugar, la naturaleza breve y rápida de las victorias de Prusia en 1866 y 1870 convenció a la mayoría de los estadistas y generales europeos de que las guerras de la época moderna serían breves y relativamente indoloras. En general, los analistas de aquellos conflictos no comprendieron el carácter extraordinario de la habilidad política de Bismarck, así como la tosca incompetencia de los adversarios de Prusia tanto en el nivel estratégico como en el operacional.

El resultado más peligroso de aquellas guerras fue su impacto sobre los alemanes, que creían haber triunfado por su bravura en el campo de batalla. Su actuación militar había tenido, por supuesto, cierta importancia, pero el componente decisivo había sido el realismo y la contención política y estratégica de Bismarck. Las victorias de 1866 y 1870 llevaron a creer, sin embargo, a estadistas, soldados e intelectuales alemanes que los intereses militares y operacionales debían imponerse siempre a los factores estratégicos y políticos. En 1918, el nuevo Imperio alemán, proclamado en el Salón de los Espejos de Versalles, condujo a su muerte la gloria militar de aquel acto fundacional. Y el nuevo Estado consagró el principio en el que se había basado Bismarck para llegar al poder: la independencia del ejército prusiano frente a cualquier limitación constitucional. Esto no habría importado en un Estado controlado por un estadista como él, con acceso directo y una gran influencia sobre el emperador; pero en la Alemania posterior a Bismarck, la esfera política perdería cualquier control sobre las instituciones militares del Estado.

XIII. HACIA LA GUERRA MUNDIAL

Williamson A. Murray

Los cuarenta y tres años transcurridos entre la Guerra Franco-Prusiana y la Primera Guerra Mundial (1871-1914) constituyeron en Europa un periodo de paz sin precedentes, debido en parte a un interés compartido por las potencias europeas por apoderarse de las zonas del mundo independientes todavía del control occidental. La expansión de la influencia de Occidente en África, Asia y el Pacífico provocó considerables tensiones, pero la búsqueda de un imperio se desarrollaba en territorios lo bastante distantes como para impedir una guerra importante por rivalidades imperiales.

Los años finales del siglo XIX fueron testigos de una aceleración de la industrialización en Estados Unidos y Alemania, mientras que Francia, Austria-Hungría y hasta la Rusia zarista participaban en la expansión del poder económico occidental en el mundo. Este crecimiento alimentó, a su vez, una economía mundial con todas las perspectivas de difundir la riqueza más allá de la estrecha franja de las clases superiores. Al final, el poder económico de Occidente proporcionó los recursos para las catastróficas guerras del siglo XX; pero, de momento, los europeos se hicieron la ilusión, a partir de su prosperidad, de que sólo ellos poseían la clave del futuro.

El progreso tenía una cara oscura. El sistema occidental se basaba en la competencia entre Estados nacionales distintos (con la excepción de Austria-Hungría): mientras esa competencia se redujo a buscar ventajas económicas y diplomáticas, no constiuyó una amenaza para la estabilidad básica de aquella estructura. Pero la expansión económica puso un enorme poder militar en manos de aquellos Estados e hizo que, a la larga, la guerra fuera inevitable y desastrosa. El refinamiento político occidental no logró mantenerse a la altura de su pujante poderío militar y económico. El nacionalismo, sobre todo, empu-

jó a estadistas y generales a practicar políticas que elevaban las pujas e hicieron que la guerra fuese considerada una alternativa aceptable, mientras la opinión pública aceptaba concepciones poco meditadas sobre derechos y aspiraciones nacionales, sin tener en cuenta sus consecuencias políticas o estratégicas. El resultado fue una mezcla de un poder sin precedentes y una irresponsabilidad general.

La marcha de la tecnología

Las décadas del imperialismo presenciaron también una revolución en el cuerpo de oficiales. Pero ese proceso de profesionalización proporcionó a los dirigentes militares europeos una visión del mundo caracterizada por la estrechez de miras. El contraste entre el gran refinamiento de los oficiales prusianos de 1813 –hombres como August von Gneisenau, Gerhardt von Scharnhorst y Carl von Clausewitz– y los pedantes de visión estrecha y provinciana de 1900 –Alfred von Schlieffen, Theodor von Bernhardi y Erich Ludendorff– no podría ser más ilustrativo; y ese mismo proceso se hallaba en marcha en otras naciones.

Las causas fueron dos: la creciente complejidad de las sociedades y las organizaciones militares durante el siglo XIX, y una revolución tecnológica que había transformado y ampliado la naturaleza de la guerra, así como la capacidad de la sociedad para sostener un conflicto. En respuesta a ello, los ejércitos europeos se fijaron cada vez más en el Estado Mayor general alemán y su insistencia en unos estudios serios como modelo para profesionalizar las carreras de sus oficiales. Pero hasta el propio cuerpo de oficiales alemán se mostró refractario al ideal de Estado Mayor general, mientras que la creación de academias de Estado Mayor en Camberley (Gran Bretaña) y Leavenworth (Estados Unidos) estuvo preñada de dificultades. Las flotas se resistieron todavía más a la profesionalización: la Armada inglesa no tuvo una academia de Estado Mayor ni un Estado Mayor naval propiamente dicho hasta 1911.

No hay que subestimar la complejidad de los problemas a los que se enfrentaban los generales antes de la Primera Guerra Mundial, pues supondría pasar por alto las verdaderas razones que provocaron aquel baño de sangre. El hecho de que no hubiera habido guerras importantes desde 1871 hizo mayores las incertidumbres. Además, los militares debían fiarse de los cálculos civiles sobre la estabilidad económica y política de la sociedad europea, y aquellos consejos resultaron enormemente inexactos.

En el ámbito militar, la tecnología progresó a un ritmo vertiginoso, y la adaptación a los cambios técnicos bastaba para ocupar el tiempo de

la mayoría de los oficiales. Los almirantes que llevaron las flotas al combate en 1914 habían ingresado en la década de 1880 en unas armadas cuyas tradiciones y tecnología estaban más cerca de los tiempos de Nelson que del siglo XX. Desde los primitivos barcos impulsados por vapor y parcialmente acorazados de 1880, muchos de los cuales tenían aún velas, las flotas habían progresado hasta los grandes acorazados movidos por petróleo, cuyas armas podían disparar proyectiles hasta más de 30 kilómetros y moverse a velocidades de más de 20 nudos (37 km) por hora (los cruceros y destructores podían alcanzar una velocidad de 30 nudos (55,5 km). Con la radio, las flotas podían controlar y desplegar barcos por todo el mundo. Al finalizar la Primera Guerra Mundial, la introducción de submarinos, aviación y portaaviones puso de relieve los extraordinarios cambios tecnológicos que afectaron a la conducción de la guerra naval.

El impacto de la tecnología en los ejércitos de tierra fue menos espectacular, aunque la Primera Guerra Mundial constituyó, no obstante, una línea divisoria. Los ejércitos de 1914 mantenían las concepciones tácticas y operacionales de los del siglo XIX. Pero las duras realidades del combate en una era de fusiles de cerrojo, ametralladoras y obuses hicieron que quedase anticuada cualquier concepción táctica con la que los ejércitos se presentaban en el campo de batalla. La pólvora sin humo permitió a los fusileros mantenerse fuera de la vista de sus adversarios, y –dado que, además, aportaba mayor velocidad– dar en el blanco a gran distancia, mientras que la invención de los explosivos de nitrato posibilitó la fabricación de proyectiles de gran capacidad destructiva. Finalmente, las cureñas de cañón que absorbían el retroceso permitieron a los artilleros disparar proyectiles a grandes distancias y a un ritmo mayor, pues no tenían que volver a apuntar sus armas después de cada descarga.

Sin embargo, aunque estos cambios nos resultan obvios en la actualidad, no lo fueron tanto en julio de 1914. Las organizaciones militares tienen raras veces la posibilidad de practicar la sucia realidad de la guerra. En tiempo de paz no pueden reproducir las condiciones de los periodos de guerra; por tanto, les resulta difícil evaluar las consecuencias de los cambios tecnológicos y teóricos. Es como si los cirujanos no practicaran la cirugía durante décadas y, a continuación, tuvieran que realizar miles de operaciones en quirófanos fríos y húmedos, sin comer ni dormir, mientras unos rivales les disparan desde los palcos de las salas de operaciones. La generación de la paz de la época anterior a 1914 impidió a los generales comprender plenamente las repercusiones de la criminal combinación de tecnología y servicio militar obligatorio.

Además, las guerras entabladas en la periferia, sobre todo contra los desdichados nativos de África, Asia, el oeste norteamericano y Asia

central, generaron en muchos la ilusión de que la guerra seguía siendo un asunto sencillo y fácil. Aquellas guerras requerían una implicación relativamente escasa por parte de las potencias europeas, pues se libraban en su mayoría contra pueblos indígenas de la frontera con una capacidad mínima para conseguir apoyo económico o tecnológico en defensa propia. Estas pequeñas guerras enfrentaban unas fuerzas militares bien entrenadas, disciplinadas y organizadas a unos hombres de sociedades tribales que, al margen de su valor, no tenían capacidad para mantener una resistencia continuada.

El Mahdi y los zulúes

Al ser la máxima potencia colonial del mundo, Gran Bretaña estuvo implicada en el mayor número de conflictos contra pueblos no europeos. La construcción del canal de Suez otorgó a Egipto una posición central en el Imperio británico debido a la importancia de las líneas de comunicación con la India. En 1882, unos graves disturbios antioccidentales suscitados en Alejandría tuvieron como consecuencia la intervención de Gran Bretaña. En septiembre, un ejército británico capitaneado por sir Garnet Wolseley lanzó por sorpresa un ataque nocturno que aplastó al ejército egipcio en Tel el Kebir; la persecución emprendida acto seguido puso fin a la guerra y sometió a Egipto al dominio británico durante los setenta y cuatro años siguientes.

A continuación, ciertos problemas surgidos en Sudán indujeron a los británicos a intervenir en las fuentes del Nilo. En 1883, los seguidores del gobernante fundamentalista islámico conocido como El Mahdi aniquilaron a un ejército egipcio de 10.000 hombres y preservaron la independencia de Sudán durante otra década. Sin embargo, en 1896, los británicos iniciaron una conquista sistemática de la región, dirigidos por el general Horatio Kitchener. Con el apoyo de un ferrocarril construido a medida que avanzaba, Kitchener hizo valer su potencia militar contra sus oponentes. En Omdurman, un ejército de 40.000 derviches cayó sobre otro angloegipcio integrado por 26.000 soldados, pero el fervor no les protegió contra las armas de fuego rápido y la artillería. El momento culminante de la batalla fue la carga de caballería del 21º Regimiento de lanceros, una de las últimas de la historia, para aplastar un ataque final de los derviches. Cuando acabó la lucha, los británicos habían sufrido menos de 500 bajas (con sólo cincuenta muertos), mientras que 30.000 sudaneses yacían muertos o heridos.

Más al sur del continente, los británicos consideraron Sudáfrica un territorio de gran importancia por sus vínculos con la India hasta la construcción del canal de Suez. Allí se toparon con la hostilidad no sólo de los colonos holandeses originarios, los bóer, sino también de

los negros nativos, en particular los zulúes. Con la apertura del canal, los británicos habrían dejado a Sudáfrica hundirse en el olvido, de no haber sido por el descubrimiento del mayor filón de diamantes del mundo a orillas del río Orange; otros hallazgos de minerales valiosos en Sudáfrica sirvieron para avivar las ambiciones británicas.

En abril de 1877, los británicos se anexionaron Transvaal, un bastión bóer, cargando así con los problemas de sus pobladores con sus vecinos zulúes. Shaka, el rey zulú de comienzos del siglo XIX, había creado un extraordinario sistema militar que podía desplegar 40.000 guerreros bien entrenados y altamente disciplinados, pero que poseía las armas y capacidad táctica de los antiguos romanos. Las formaciones *(impis)* de zulúes, que luchaban con escudos y lanzas cortas, exhibían una extraordinaria fortaleza, así como una sorprendente capacidad para desplazarse a pie a grandes distancias y camuflarse en caso de necesidad. Los británicos, no obstante, subestimaron a sus adversarios. Para castigar a los zulúes en 1879, el dirigente de la expedición, lord Chemfold, dividió sus fuerzas, y los zulúes rodearon su avanzadilla sin ser vistos. El 22 de enero penetraron violentamente en el campamento base británico de Isandhlwana, donde masacraron a casi todos sus integrantes debido a graves errores tácticos cometidos por los oficiales allí presentes y a la necedad de un sistema de abastecimiento que exigía a los defensores presentar recibos por escrito de la munición a medida que se gastaba.

Al concluir aquel día con su noche, los zulúes victoriosos cayeron sobre los pequeños reductos de Rorke's Drift, defendidos por apenas 100 soldados –incluidos los enfermos–. En una defensa épica, los británicos rechazaron oleadas de zulúes; la potencia mortífera de los fusiles causó estragos entre los atacantes. A continuación se produjeron una serie de enfrentamientos a la desesperada que permitieron la llegada de un número considerable de refuerzos. El 4 de julio de 1879, Chelmsford, al frente de 4.200 soldados europeos y 1.000 nativos, llegó a la capital zulú; a pesar de verse atacados por *impis* zulúes de más de 10.000 soldados, los europeos masacraron a los atacantes y quebrantaron su poder.

Pero los problemas británicos en Sudáfrica estaban lejos de haber concluido. A finales de 1880, los bóer se sublevaron en el Transvaal. Al cabo de un mes habían invadido Natal y derrotado a las fuerzas británicas, que –como en el caso de los zulúes– subestimaron por completo a sus adversarios. En febrero de 1881, los bóer volvieron a atrapar a los británicos en campo abierto y, cubriéndose mejor y utilizando de manera superior el fuego de sus fusiles, les infligieron una segunda derrota en la que mataron al general que estaba al mando. El gobierno británico, tras decidir que los bóer no eran dignos de aquel esfuerzo, reconocieron su república independiente; pero las dos batallas debe-

rían haber puesto de relieve que los bóer eran unos adversarios formidables.

La conquista del Oeste

Mientras los británicos hacían la guerra a negros y bóer en África, los norteamericanos, recién salidos de su Guerra Civil, dieron remate a la solución de su propio «problema con los nativos» acabando de manera efectiva con la frontera occidental y llevando la «civilización» a toda la zona gobernada por Estados Unidos. El memorable comentario del general Philip Sheridan «Los únicos indios buenos que he visto estaban muertos» resume las actitudes de demasiadas personas encargadas de realizar las «acciones de policía» en el oeste. Los americanos nativos demostraron ser unos luchadores preparados y unos adversarios tenaces, pero carecían de las destrezas organizativas y la capacidad para mantener un conflicto. Una vez aislados de sus territorios de caza y privados de acceso a las armas y la munición, su derrota era un resultado previsible.

La mayor «acción de policía» fue la llevada a cabo contra los sioux a mediados de la década de 1870. En junio de 1876, una columna de soldados de EEUU libró una batalla campal contra guerreros sioux capitaneados por Caballo Loco. Ambas partes se retiraron, pero una segunda columna prosiguió su avance y envió por delante al 7º de Caballería al mando de George Armstrong Custer para cortar la retirada a los sioux. Custer, sin embargo, desobedeció las órdenes recibidas. El pintoresco Custer, con sus rizos rubios y su chaqueta de gamuza, lanzó directamente una parte de su regimiento contra el principal campamento indio, mientras el resto, capitaneado por hombres menos hambrientos de gloria, se atuvo al precepto de que la discreción es el mejor componente del valor. Custer y sus tropas acabaron completamente destruidos, derrota inmortalizada en cuadros que cuelgan de las paredes de todos los bares al oeste del Misuri.

Durante los meses siguientes, los victoriosos sioux evitaron a los soldados de EEUU, pero los encargados de la campaña continuaron sus actividades hasta entrado el invierno. En noviembre de 1876, los regulares descubrieron uno de los principales campamentos indios y destruyeron a la mayoría de sus pobladores en un ataque nocturno por sorpresa. A comienzos de enero de 1877, tropas estadounidenses se enfrentaron a Caballo Loco. Tras cañonear su campamento hicieron huir a los indios en desbandada, y la resistencia de los sioux se vino abajo.

Más impresionante que la resistencia de los sioux fue la de los nez percé. La tribu había desobedecido las órdenes de abandonar sus territorios tribales de Oregón. A continuación estalló la lucha, y el jefe Jo-

seph, dirigente de los nez percé, condujo hacia el este a 300 guerreros y 700 miembros de la tribu. En el verano de 1877, Joseph se abrió camino en Idaho combatiendo contra un número superior de soldados blancos y llegó a Montana. Sus guerreros dieron muestra de una extraordinaria disciplina en el campo de batalla, además de las destrezas naturales de su sociedad de cazadores guerreros. Los nez percé prosiguieron su marcha a través de Montana y casi habían alcanzado su refugio en Canadá, cuando unas fuerzas de EEUU que los superaban en una proporción de diez a uno los acorralaron en Eagle Creek obligándoles a rendirse.

Diez años más tarde, las tropas de EEUU se vieron comprometidas en Arizona y Nuevo México en una guerra de guerrillas contra los apaches, quienes, dirigidos por Jerónimo, realizaron eficaces golpes de mano. La guerra resultó especialmente frustrante por la capacidad de los apaches para recorrer a pie grandes distancias. El ejército regular sólo pudo someterlos concentrando un enorme número de fuerzas en los áridos desiertos de la región.

Mientras norteamericanos y británicos emprendían sus particulares guerras coloniales, en otros lugares se producían diversos conflictos similares. Los rusos entablaron campañas en Asia central; los franceses, tras haber puesto Argelia bajo su control en 1847, ampliaron su imperio hasta incluir Indochina y extensos territorios de África central. Occidente se hallaba en expansión por todas partes, mientras que otros centros de civilización se encontraban a la defensiva, si es que habían sobrevivido.

El Imperio otomano continuó su larga decadencia hacia su extinción en la Primera Guerra Mundial. En 1876, con la ayuda entusiasta de algunos musulmanes locales, los turcos aplastaron en Bosnia una sublevación cristiana. Los serbios acudieron en ayuda de sus hermanos y sufrieron ellos mismos un varapalo a manos de los turcos. Entonces, a comienzos de 1877, los rusos intervinieron. El ejército ruso se apoderó de la desembocadura del Danubio con apoyo naval. Los rusos lograron luego una serie de victorias sobre los turcos, y su rápido avance amenazó con poner fin al control turco en el sur de los Balcanes. Pero los rusos se detuvieron para atacar la fortaleza de Plevna, que conquistaron cinco meses más tarde; luego, en diciembre, llevaron su campaña hasta las puertas de Constantinopla. Empero, en ese momento las demás grandes potencias intervinieron para impedir a Rusia conseguir los frutos de su victoria. El Tratado de San Stefano (1878) reconoció la independencia de Serbia, Montenegro y Rumanía, mientras Bulgaria pasaba a ser autónoma. Los turcos siguieron manteniendo una presencia en Europa, además del control sobre Oriente Medio; los europeos, a pesar de su gran éxito, se hallaban demasiado fragmentados como para rematar la destrucción del Estado otomano.

La Guerra de los Bóer

El descubrimiento de oro en la comarca de Witwatersrand (Transavaal) en 1866 aumentó el valor de las reservas minerales de las repúblicas de los bóer. Por aquellas fechas, los británicos estaban cortando el acceso de los bóer al océano mediante la anexión del territorio zulú en 1887. Las ambiciones desatadas tanto en la colonia de El Cabo como en Londres exacerbaron las tensiones en Sudáfrica. Miles de aventureros acudieron en tropel a Transvaal en busca de fortuna; no es de extrañar que aumentara rápidamente la tirantez entre los advenedizos y los bóer.

Las repúblicas de los bóer carecían de fuerza militar en sentido convencional y contaban, más bien, con una milicia agrupada en comandos de manera laxa. Sus dirigentes no tenían una comprensión coherente ni de la estrategia ni de la táctica, mientras que, en sus mejores momentos, los comandos se atenían a una disciplina sumamente relajada. Pero los bóer disponían de fusiles modernos, y sus hombres eran espléndidos tiradores. Conocían el *veld*, el territorio abierto donde vivían, y poseían la dureza innata derivada del esfuerzo realizado para cultivar una tierra áspera y nada amable. El ejército británico que luchó contra ellos estaba bien disciplinado y organizado, pero pocos de sus generales comprendían la situación sudafricana, y tanto los oficiales como los soldados despreciaban, en general, a los granjeros contra quienes iban a luchar.

Los bóer, al darse cuenta de que los británicos estaban concentrando unas fuerzas superiores, iniciaron las hostilidades invadiendo Natal en octubre de 1899. Al actuar así echaron a perder la posibilidad de manejar en su favor la opinión pública británica. No obstante, la mayoría de los europeos consideraron los preparativos británicos como el indicio de una intención hostil, y a lo largo de la guerra las simpatías de Europa estuvieron, por tanto, de lado de los bóer, aunque la armada británica impidió que aquella simpatía se tradujera en un apoyo significativo. A pesar de todo, varias columnas bóer que se desplazaron con rapidez no tardaron en aislar tanto Mafeking como Kimberley, y al cabo de un mes habían cercado una tercera fuerza en Ladysmith. Los británicos se apresuraron a liberar las ciudades sitiadas. A finales de noviembre, una columna de 10.000 soldados a las órdenes del general Paul Methuen se abrió camino combatiendo hasta el río Modder en un intento por llegar a Kimberley, pero sufrió casi 500 bajas, mientras que los bóer apenas perdieron algunos hombres. Utilizando pólvora sin humo y fusiles de cerrojo, los bóer dispararon descargas mortíferas. Ni las tropas británicas ni su artillería podían ver al enemigo; sin embargo, cualquier movimiento en la zona batida por los bóer tenía como consecuencia unas bajas inaceptables.

Lo peor estaba todavía por llegar. La segunda semana de diciembre de 1899, los británicos sufrieron una serie de derrotas conocidas colectivamente con la expresión «Semana negra». El 10 de diciembre, una columna a las órdenes de sir William Gatacre se perdió; los bóer tendieron una emboscada cerca de Stromberg a su confuso avance y le infligieron numerosas bajas. Aquel mismo día, en Magersfontein, Methuen lanzó fuertes ataques contra unas posiciones bóer firmemente atrincheradas; sus soldados no consiguieron nada, pero volvieron a sufrir graves pérdidas (210 muertos y 675 heridos). Como los soldados y cañoneros británicos no veían apenas a los defensores, los bóer tuvieron también esta vez pocas bajas. Cinco días más tarde, el comandante en jefe de Sudáfrica, el general Redvers Buller, intentó rodear el flanco de las fuerzas bóer tras cruzar el río Tugela. Pero los británicos acabaron enmarañados en un terreno difícil, mientras los fusileros bóer devastaban sus columnas. La artillería británica no logró, una vez más, descubrir las posiciones defensivas, y los bóer mataron a la mayor parte de los artilleros que servían los cañones. Los atacantes tuvieron 143 muertos, 756 heridos y 220 desaparecidos. Los bóer se apoderaron de once cañones y perdieron apenas cincuenta hombres.

Si los bóer hubieran sido una fuerza disciplinada, podrían haber convertido sus victorias en un auténtico éxito. Pero no lo eran, y los británicos se retiraron. Los comandantes bóer tuvieron entonces dificultades para mantener a sus hombres en el campo de batalla, pues la mayoría creía ganada la guerra: su falta de disciplina hizo que los comandos se disgregaran y volvieran, luego, a su condición original a medida que los soldados atendían a sus propias necesidades individuales. Por otra parte, los británicos no consintieron ser humillados. Las cuatro esquinas del imperio se unieron bajo la Union Jack cuando un número considerable de fuerzas se trasladó a Sudáfrica procedente de Gran Bretaña, Canadá, Australia y Nueva Zelanda. Al margen de la mala preparación de generales y soldados para el primer choque, los recursos del imperio hicieron inevitable el resultado final. Sin embargo, la situación no dio la vuelta con rapidez. Buller realizó otros dos intentos –más importantes– de atravesar las posiciones bóer, pero sus tropas sufrieron bajas aún mayores en Spion Cop y Vaal Kranz y no consiguieron nada. Las pérdidas totales en las dos batallas fueron de 408 muertos, 1.309 heridos y 311 prisioneros, frente a menos de cien bajas de los bóer.

El control de la campaña fue asumido por un nuevo comandante, el general lord Roberts, con Kitchener como su jefe de Estado Mayor. Roberts introdujo el movimiento en la campaña utilizando la caballería para cercar las posiciones bóer, y en febrero de 1900 los británicos liberaron Kimberley y destruyeron la principal fuerza bóer frente a Ma-

gersfontein. Sin embargo, al caer temporalmente enfermo Roberts, Kitchener lanzó un ataque directo contra el campamento enemigo de Paardeberg, con los resultados habituales: 320 soldados británicos muertos y casi 1.000 heridos. Los bóer podrían haber logrado escapar, pero su comandante, Piet Cornje, se negó a abandonar a sus heridos. A finales de mes, Roberts había apresado a los bóer de Cronje, y los británicos disfrutaron de su primera gran victoria. A ésta le siguieron otras más a medida que las fuerzas militares imperiales presionaban abrumadoramente al enemigo. Cuando la fuerza de Cronje se rindió, Buller atravesó el río Tugela y prosiguió su marcha hasta liberar Ladysmith. Los británicos no tardaron en acabar con las repúblicas bóer y se anexionaron el Estado Libre de Orange en mayo de 1900, y Transvaal en septiembre del mismo año.

La guerra había concluido desde un punto de vista convencional, pero en realidad sólo acababa de comenzar. Cuando la resistencia convencional se vino abajo, los bóer regresaron a sus hogares, pero se negaron a aceptar el resultado que había puesto su país bajo la administración colonial británica y recurrieron a la guerra de guerrillas. Partidas de asalto arrasaban las líneas británicas de comunicación y abastecimiento, mientras la población local les proporcionaba lugares donde ocultarse, comida e información sobre movimientos de los británicos. Los bóer, bien informados acerca del enemigo, podían golpear y desaparecer sin sufrir bajas importantes. Por otra parte, los británicos actuaban con un desconocimiento casi total.

Para hacer frente a una situación que se deterioraba, los británicos levantaron un conjunto de reductos y vallas a fin de proteger sus líneas de abastecimiento y comunicación. Cuando esto no consiguió acabar con la resistencia bóer, arremetieron contra el apoyo civil, del que dependían los guerrilleros bóer, cercaron a la población y encerraron en campos de concentración a 120.000 mujeres y niños bóer. Los malos cuidados provocaron la muerte de unas 20.000 personas por enfermedades y hambre. Los británicos utilizaron también un gran número de combatientes irregulares para rastrear a los guerrilleros bóer y trasladar la guerra a las zonas rurales. En consecuencia, se produjeron varios episodios en los que se maltrató y en algunos casos se asesinó a la población civil. La «bestialidad» acabó quebrantando a los guerrilleros: en mayo de 1902, los bóer aceptaron las soberanía británica, y los británicos «ganaron» la guerra. Pero la triste historia de Sudáfrica a partir de 1902 hace pensar que no hubo vencedores: no vencieron los británicos ni los bóer, y, desde luego, tampoco los negros, quienes en el mejor de los casos fueron observadores del modo en que los blancos se disputaban su tierra.

Los británicos habían triunfado por su superioridad en recursos materiales y humanos –al acabar la guerra habían reunido en aquel terri-

torio a 300.000 soldados– y por la voluntad de concentrar su poder en Sudáfrica. La Guerra de los Bóer tuvo un impacto considerable en el ejército británico: la principal repercusión fue la insistencia en el adiestramiento de la infantería, que produjo en 1914 los mejores soldados, individualmente considerados. Sin embargo, no contribuyó gran cosa a modificar las actitudes básicas del cuerpo de oficiales. Los historiadores han insistido en la incapacidad de los generales británicos para aprender las lecciones de la Guerra de los Bóer. En realidad, reconocieron la potencia mortífera de las armas modernas, pero, cuando hubieron de enfrentarse en Europa a un adversario mejor armado, los generales británicos tuvieron bastantes dificultades para adaptarse a las condiciones de la guerra o para innovar.

La guerra Ruso-japonesa

Los japoneses fueron la única civilización no occidental que adoptó las armas de Occidente y las dirigió contra quienes las habían desarrollado. Pocos podrían haberlo predicho. Desde los primeros años del siglo XVII, los shogún del clan Tokugawa, tras destruir a sus rivales, procuraron desmilitarizar la sociedad de Japón limitando la posesión de armas de fuego (en realidad, la de cualquier arma) y destruyendo todos los castillos menos uno en cada hacienda nobiliaria. También se opusieron a los contactos con el mundo exterior, censuraron todos los libros extranjeros (en especial los relacionados con asuntos militares) y concentraron el comercio exterior en el remoto puerto de Nagasaki. Por lo demás, gracias en parte a un periodo sin precedentes de dos siglos de paz, Japón prosperó: la producción agraria, el comercio interior, la manufactura y el crédito se desarrollaron con rapidez; en 1800 el número de quienes vivían en ciudades ascendía al 20 por 100; y en 1850 sabía leer, probablemente, el 40 por 100 de los varones japoneses. Es posible que el país no poseyera las máquinas de tracción mecánica ni el conocimiento científico de Occidente, pero contaba con unos artesanos magníficamente preparados, una red comercial y financiera eficiente y un grado de prosperidad, tanto en las zonas urbanas como en las rurales, suficiente como para responder con éxito a las presiones ejercidas por primera vez en 1853 por Estados Unidos para «abrir» Japón al comercio occidental. El régimen Tokugawa cayó en 1868 y entregó su poder a unos dirigentes que se daban cuenta de que Japón debía adaptarse o sucumbir. En un cuarto de siglo, el país se había modernizado con tanta efectividad que fue capaz de desplegar en el continente asiático unas fuerzas armadas de características modernas –su flota había sido adiestrada por los británicos y su ejército de tierra por los alemanes– y derrotar a los chinos (1894-1895). Los ja-

poneses adquirieron Formosa y sólo perdieron el control directo sobre Corea debido a la intromisión rusa.

En la siguiente década, Japón y la Rusia zarista se encaminaron hacia un conflicto. La mayoría de los europeos creía que los rusos derrotarían con facilidad a los japoneses en una guerra (el prejuicio racial induciría a Occidente a subestimar las capacidades militares de Japón hasta Pearl Harbor, en 1941); y, en realidad, por lo que respecta al poder militar y económico, la Guerra Ruso-japonesa fue un conflicto que Rusia debería haber ganado. Pero el régimen zarista se enfrentaba a dos problemas. Uno era que sólo podía desplegar en el otro extremo de Siberia una parte limitada de su potencia militar. El ferrocarril Transiberiano era un tendido de una sola línea que se interrumpía en las dos orillas del lago Baikal, donde había que descargar todo y transportarlo al otro lado del lago para volver a cargarlo. El otro problema, mucho más serio, consistía en que el zar Nicolás II abordaba los asuntos de gobierno con una ingenuidad simplona y tendía a elegir consejeros irresponsables y corruptos que precipitaron a Rusia a la revolución.

Ambos bandos buscaban la confrontación, pues tanto uno como otro pretendían controlar Corea y Manchuria. Los rusos, sin embargo, disponían de apenas 100.000 soldados al este del Baikal y sólo podían aumentar y abastecer aquella fuerza a duras penas. Los japoneses, en cambio, podían lanzar de inmediato al continente asiático un ejército en armas de 250.000 hombres, mientras que sus reservas duplicaban, quizá, esas fuerzas. En el aspecto naval, la flota japonesa era superior en aguas de Asia, mientras que, para alcanzar el Pacífico, la flota rusa del Báltico se enfrentaba a un viaje extraordinariamente difícil a través de miles de kilómetros. Además, la conclusión de una alianza defensiva con Gran Bretaña proporcionaba seguridad a Japón: Rusia no podía recibir ayuda directa de sus aliados franceses sin llevar a Gran Bretaña a la guerra.

En febrero de 1904, unas torpederas japonesas atacaron la flota rusa en Port Arthur sin una previa declaración de guerra. Los atacantes hundieron unos pocos navíos y cercaron a los rusos. Paradójicamente, tanto la prensa británica como la norteamericana, favorables en general a Japón, aplaudieron a los atacantes por su audacia (en un interesante contraste con la respuesta dada setenta años más tarde por esa misma prensa a la acción de Pearl Harbor). Los japoneses atacaron también barcos rusos en Inchon; una semana después, su I Ejército desembarcó y se apoderó de Seúl. Con una base segura en Corea, los japoneses marcharon al norte, hacia el Yalu, para emprender una acción militar directa contra las fuerzas rusas en Manchuria.

El general Alexéi Kuropatkin, comandante de las fuerzas rusas, planeó retirarse al interior de Manchuria y dejar que Port Arthur resistie-

ra un asedio mientras él esperaba refuerzos procedentes del otro extremo de Siberia. Aquel planteamiento tenía mucho sentido, pero el virrey del zar ordenó una ofensiva inmediata, a consecuencia de la cual el I Ejército japonés infligió una importante derrota a los rusos que defendían el Yalu. Entretanto, la flota japonesa desembarcó un segundo ejército al nordeste de Port Arthur, en la península de Liatung. Un tercer ejército saltó a tierra al oeste del Yalu, y las tropas de Japón avanzaron para sitiar Port Arthur, mientras otras unidades se interponían entre los sitiadores y los rusos de Manchuria central. Por lo que respecta a la operación, la situación se parecía al sitio de Sebastopol de 1854-1855 (véase página 228), donde los asediadores habían impedido también a las fuerzas rusas romper las líneas para llegar al puerto sitiado.

A finales de mayo, los japoneses lanzaron su primer ataque contra las avanzadas que rodeaban Port Arthur y expulsaron a las tropas rusas de los altos de Nanshan, pero sufrieron un número de bajas tres veces superior al de sus oponentes. Los rusos, con reservas suficientes para mantenerse a lo largo del verano, ocupaban una posición fuerte, y los combates de la primera parte de la estación estuvieron caracterizados por escaramuzas no decisivas por tierra y mar. Sin embargo, a mediados de agosto los japoneses lanzaron un ataque masivo con el que acabaron tomando algunas posiciones rusas fundamentales, aunque las ametralladoras y la artillería infligieron 15.000 bajas a unas columnas de asalto japonesas densamente apretadas. Las pérdidas rusas fueron sólo de 3.000 hombres.

A finales de septiembre, los japoneses reanudaron la ofensiva. Esta vez sufrieron bajas aún mayores y no obtuvieron triunfos importantes. Una cuarta ofensiva a finales de octubre y una quinta a finales de noviembre sólo sirvieron para aumentar sus pérdidas, sin resultados significativos. Entonces los japoneses concentraron todo su esfuerzo en capturar la colina de la cota 203, eje de las defensas rusas. El 5 de diciembre expulsaron por fin de la posición a los defensores, pero sufrieron 11.000 bajas en el intento. La posesión de la colina 203 permitió a la artillería nipona destruir los restos de la flota rusa del Extremo Oriente, pero los japoneses no pudieron obligar a los rusos a rendirse hasta enero de 1905. Los japoneses descubrieron que dentro de la fortaleza, a pesar del estado famélico de la guarnición, seguía habiendo, paradójicamente, considerables depósitos de comida.

Mientras los japoneses atacaban Port Arthur, en Manchuria central se estaban librando también importantes combates. Desde junio de 1904, ambos bandos se encaminaron hacia un gran enfrentamiento militar. A finales de agosto, los dos ejércitos chocaron en la batalla de Liaoyang, donde los japoneses contaban con 125.000 hombres, y los rusos con 158.000, gracias a los primeros refuerzos llegados de Europa. Los rusos lanzaron el primer ataque, pero los violentos contraataques de

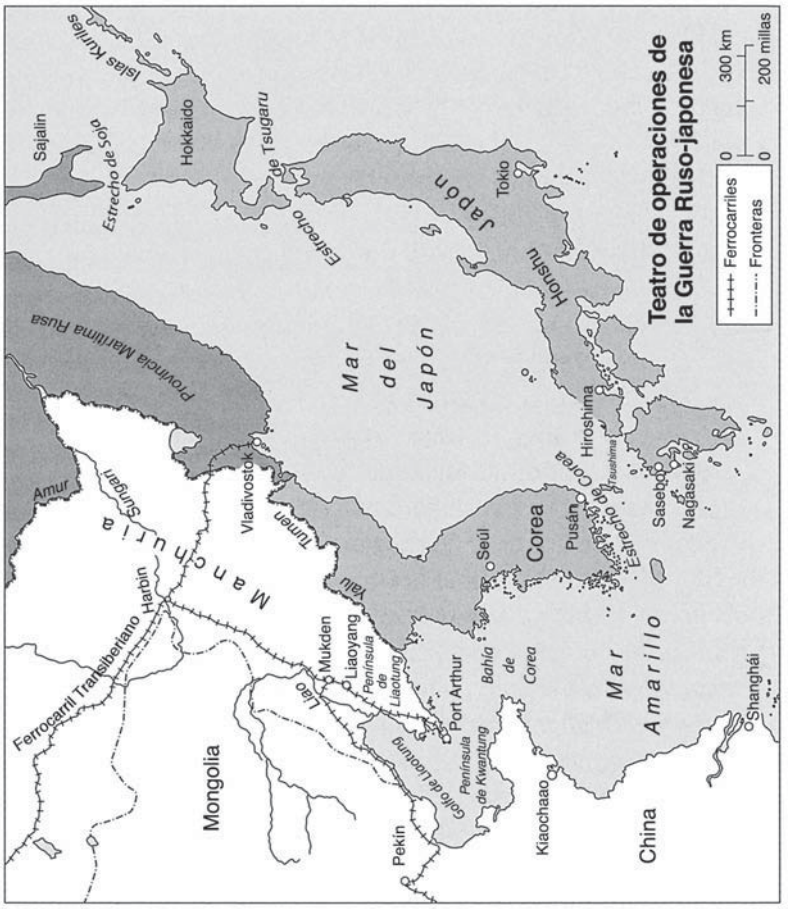
los japoneses hicieron creer a los generales rusos que su enemigo poseía una fuerza mayor. Las pérdidas fueron aproximadamente iguales, con 23.000 bajas japonesas frente a casi 20.000 rusas, pero los rusos admitieron la derrota y se retiraron.

Reforzadas por un flujo constante de soldados llegados de Europa, las fuerzas de Kuropatkin aumentaron hasta 200.000 hombres, mientras que los refuerzos japoneses elevaron su suma total hasta 170.000. A comienzos de octubre, los rusos atacaron el flanco derecho japonés en Sha-Ho para cortar sus líneas de comunicación; sin embargo, los japoneses contraatacaron en el centro de las posiciones rusas y estuvieron a punto de atravesarlas. Kuropatkin detuvo su ataque y reforzó su centro a la desesperada. Esta vez, los rusos sufrieron mayores pérdidas: 40.000 frente a 20.000.

La fuerza de ambos ejércitos siguió aumentando aceleradamente a pesar de los rigores del invierno manchú. A mediados de enero, los rusos tenían 300.000 hombres, mientras que la cifra de japoneses alcanzaba los 200.000. Los rusos volvieron a atacar los días 26 y 27 de enero de 1905 y estuvieron a punto de destrozar a sus adversarios; si hubiesen forzado su ventaja, podrían haber atravesado las líneas japonesas. Pero el combate se produjo durante una tormenta de nieve, y la confusión y la incertidumbre resultantes llevaron a los rusos a perder su oportunidad. El frente recuperó la estabilidad.

A finales de febrero, los japoneses, reforzados por soldados llegados de Port Arthur, se igualaron con sus oponentes; ambos bandos contaban ahora con 310.000 hombres aproximadamente. El 21 de febrero comenzó la batalla de Mukden. El mariscal de campo Iwao Oyama lanzó su III Ejército para rodear el ala derecha rusa. Aunque ambos bandos se centraron en toda la campaña en rebasar a sus adversarios por los flancos, la velocidad del avance de las tropas y la capacidad mortífera de las armas hicieron inevitable el fracaso de aquellos intentos. Los japoneses colocaron a los rusos en situaciones desesperadas –lo único que evitó que se hundieran fue el desplazamiento de reservas desde el resto del frente–, y aunque su avance no envolvió a los rusos, los japoneses entraron en Mukden después de dos semanas de lucha. Tres días más de duros combates obligaron a los rusos a emprender una retirada general. Habían sido derrotados rotundamente y sufrido más de 100.000 bajas. Los japoneses perdieron 70.000 hombres.

Mientras se luchaba en Manchuria, la flota rusa del Báltico emprendió una expedición alrededor del mundo para rebajar la presión sobre Port Arthur. Aquella flota, una abigarrada mezcolanza de naves obsoletas, carecía del adiestramiento y los preparativos materiales para aquel periplo, y mucho más para emprender una acción naval de importancia, y recibió poca ayuda a lo largo del recorrido. Tras una travesía épica de 32.000 kilómetros, las treinta y dos naves rusas llegaron



Mapa 9. La Guerra Ruso-japonesa se libró cerca de la base del poder de Japón, mientras que Rusia tenía que transportar sus fuerzas y pertrechos 9.600 kilómetros a través de Siberia o 32.200 por mar, bordeando África y Asia. Esta cuestión no habría importado veinte años antes, debido a la superioridad tecnológica de que disfrutaban los rusos; pero a comienzos del siglo XX los japoneses disponían de armas igualmente modernas.

por fin a aguas de Asia oriental, para acabar viéndose superadas y vencidas por sus adversarios en el Estrecho de Tsutshima el 27 de mayo de 1905. La acción de la flota duró toda la noche, cuando la superioridad japonesa era aún más acusada. Aunque unos pocos barcos rusos escaparon, la flota del Báltico había dejado de existir.

Tsushima representó la última boqueada rusa. La Revolución había estallado ya en la mayoría de los centros urbanos de la Rusia zarista, pues la humillación de sus fuerzas militares fue la gota que colmó el

vaso para muchos rusos que habían observado cómo Nicolás y sus consejeros convertían en una chapuza cualquier decisión importante nacional o internacional. Durante un tiempo pareció que el régimen podía hundirse, pero no lo hizo. No obstante, mientras Rusia hervía de indignación, los japoneses habían sufrido también numerosas bajas en la guerra y se hallaban al borde del colapso económico. En septiembre de 1905, ambas partes aceptaron, por tanto, un compromiso de paz negociado por el presidente norteamericano Theodore Roosevelt. Los rusos abandonaron Port Arthur, Corea y Manchuria; los japoneses obtuvieron importantes intereses en los dos primeros territorios, pero no controlaron por entero Manchuria hasta 1931. Paradójicamente, la derrota en Asia dirigió una vez más la atención de Rusia hacia otras aspiraciones en Europa, en particular en los Balcanes.

Vista retrospectivamente, la guerra de Manchuria prefiguró muchas de las cosas que resultarían demasiado familiares en los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial. La potencia de fuego fue predominante en todas partes y acabó con la vida de enormes cantidades de soldados, hecho reconocido por la mayoría de las instituciones militares europeas, algunos de cuyos miembros más experimentados habían presenciado la escena –por parte británica, sir Ian Hamilton, y por parte alemana el brillante y mordaz Max von Hoffman (entre otros)–. Pero la guerra confirmó también la creencia de economistas y políticos en que las naciones no podrían soportar por mucho tiempo las presiones económicas y políticas que se producirían en un conflicto importante. Al fin y al cabo, ¿no se había hundido Rusia en la anarquía y la revolución menos de dieciocho meses después de la guerra? ¿Y no se hallaba Japón al borde de la bancarrota? La lección parecía, pues, obvia: las naciones deben ganar una guerra importante en el primer momento, utilizando cada gramo de potencia militar que puedan aportar. Algunos analistas creían que la victoria requeriría el sacrificio de los últimos batallones de sus ejércitos en una lucha librada con el mismo espíritu desesperado y suicida mostrado por los japoneses en su ataque a Port Arthur. Era la lección equivocada.

El camino hacia la hecatombe

Pocos han plasmado el estallido de la Primera Guerra Mundial mejor que Winston Churchill. En su relato sobre la guerra, Churchill ofrece el siguiente comentario:

> Tras haberse dedicado al estudio de las causas de la Gran Guerra, uno tiene la sensación dominante de que los individuos controlan el destino del mundo de manera deficiente. Se ha dicho con razón que

> «en los asuntos humanos hay siempre más error que planificación». Las mentes limitadas de las personas, incluso de las más diestras, su discutida autoridad, el clima de opinión en que viven, sus aportaciones pasajeras y parciales a ese tremendo problema, el problema mismo, que excede de tal manera lo que ellas pueden abarcar, tan inmenso en su escala y sus detalles, tan cambiante en sus aspectos... Los acontecimientos emprendieron un rumbo determinado y nadie pudo volver a encarrilarlos. Alemania marchó con estrépito, con temeridad y con torpeza hacia el cráter y nos arrastró a todos con ella.

Los triunfos estratégicos de Bismarck en las guerras de unificación y su habilidosa política diplomática posterior habían guiado al nuevo Reich hacia una posición singular dentro de Europa (véase página 252). Pero sus sucesores no consiguieron ver la ventaja de aquella posición de Alemania ni que cualquier intento de convertirla en la potencia hegemónica de Europa llevaría a otras a unirse contra esa amenaza. Esto fue, en parte, culpa del propio Bismarck, quien nunca aclaró sus criterios y creó un Estado sin controles constitucionales sobre sus instrumentos militares. La destitución de Bismarck por el joven emperador Guillermo II en 1890 llevó al poder a una nueva generación de alemanes, una generación que sentía pocas de las inhibiciones experimentadas por Bismarck ante el uso de la fuerza. Aquellas personas veneraban la institución militar, mientras que Bismarck la había considerado una mera herramienta. Sobre todo, creían que Alemania poseía una capacidad infinita y (en virtud de la cultura y la civilización alemanas) el derecho a traducir esa capacidad en la ocupación de «un lugar al sol». El hecho de que los principales líderes militares hubieran abandonado la creencia de Clausewitz en la primacía de la estrategia hacía que la situación fuera aún más peligrosa; lo único importante para los generales alemanes del nuevo siglo era la necesidad militar y operacional.

Casi a renglón seguido de la destitución de Bismarck, los especialistas del Ministerio alemán de Asuntos Exteriores, liberados de la intromisión del canciller, convencieron a Guillermo para que se desentendiera del «Tratado de Reaseguro» con Rusia, firmado en 1887, que prometía la neutralidad en el caso de que una de las dos potencias iniciara hostilidades con un tercero. Creían que la Francia republicana y la Rusia zarista no podían aliarse nunca; sin embargo, en 1891, el zar escuchó en pie y con la cabeza descubierta el himno revolucionario de la *Marsellesa*, y un año después las dos potencias habían firmado una alianza. Alemania se enfrentaba en ese momento a la posibilidad de una guerra en dos frentes en caso de estallar un conflicto entre las principales potencias.

Resulta difícil ver mucho sentido en la política seguida por Alemania durante las dos décadas siguientes. En 1894, el emperador leyó

la obra de Alfred Thayer Mahan, el profeta norteamericano del poder naval, y concluyó de inmediato que el ascenso de Alemania al rango de potencia mundial sólo podía producirse mediante la creación de una gran flota. El entusiasmo del emperador estaba acicateado, sin duda, por su relación de amor y odio con sus primos británicos. Pero hasta 1897 no encontró un almirante –Alfred Tirpitz– que poseyera tanto la ambición como la perspicacia política para llevar sus sueños a la práctica.

Tirpitz formó una coalición eficiente de aristócratas terratenientes e industriales con el fin de conseguir recursos para el proyecto de ampliación naval. Sostenía que la construcción de una gran flota obligaría a Gran Bretaña a respetar los intereses globales del Reich y que, como Gran Bretaña y la alianza franco-rusa tenían intereses mutuamente hostiles, Alemania podría crear aquella flota sin temor a intromisiones británicas. Además, Tirpitz se aferró a varias suposiciones más: que el coste de los buques de guerra se mantendría estable; que Gran Bretaña, al ser un Estado liberal, no podría mantener el ritmo en una gran carrera armamentista; y que los británicos no llegarían nunca a acuerdos con sus antiguos rivales, los rusos y los franceses. Finalmente, el núcleo central de la estrategia de Tirpitz se basaba en el supuesto de que la flota alemana acabaría adquiriendo fuerza suficiente como para derrotar a la Royal Navy en combate y que en una sola tarde se haría con el control de los océanos e imperios del mundo, arrebatándoselo a los británicos. Sin embargo, aunque resulte paradójico, hasta el momento de estallar la guerra en 1914, los alemanes no idearon nunca un plan para utilizar su armada en caso de que los británicos no organizaran un bloqueo riguroso de los puertos de Alemania. El gran error de Tirpitz consistió en su incapacidad para reconocer que la geografía había concedido a Gran Bretaña una posición casi inexpugnable: las islas británicas se hallaban en los dos extremos del paso de Alemania hacia el Atlántico y la Royal Navy no tendría dificultades para bloquear a los alemanes en el canal de La Mancha y a través de las salidas del mar del Norte, mientras que dicha posición protegía, además, las rutas comerciales británicas. Sin embargo, nada disuadió a los alemanes de seguir aquel rumbo.

Comienza la carrera armamentista

En 1906, el almirante sir John Fisher, cerebro reformador del Almirantazgo británico, introdujo un tipo revolucionario de acorazado, el *Dreadnought*, un navío dotado exclusivamente de grandes piezas de artillería y fuertemente blindado que convirtió en obsoletos todos los acorazados anteriores. Con aquella ventaja tecnológica, los britá-

nicos comenzaron a construir esa clase de barcos al mayor ritmo posible. Aunque el cambio en el diseño de las naves duplicó los costes a corto plazo y los incrementó todavía más a la larga, la amenaza planteada al dominio naval británico por la ampliación de la flota alemana incitó al Parlamento a igualar –y, en realidad, superar– cada uno de los pasos del programa de Tirpitz. Según la descripción de la situación dada por Churchill, en el plazo de un año «el Almirantazgo pidió seis [acorazados], el Gobierno propuso cuatro y nosotros acordamos ocho». Además, varios acuerdos diplomáticos (que comenzaron en 1902 con una alianza con Japón) permitieron a los británicos concentrar su flota en el mar del Norte frente a la amenaza alemana.

La constante ampliación de la flota alemana indujo a Gran Bretaña a establecer en 1904 una entente con Francia que resolvía desacuerdos pendientes entre ambos países. Los alemanes replicaron provocando una importante crisis diplomática a causa de Marruecos, dirigida a deshacer la creciente amistad anglofrancesa; pero lo único que consiguieron fue estrechar más los lazos de unión entre ambas potencias. En 1907, británicos y rusos respondieron a los planes alemanes con una entente similar que zanjó también antiguas diferencias. Aunque esos acuerdos no crearon alianzas formales entre Gran Bretaña y las potencias continentales, sí generaron una comunidad de intereses que los alemanes consideraron correctamente como actos hostiles. Durante los años siguientes, Gran Bretaña estrechó sus lazos con Francia mediante acuerdos militares, y en 1912 sacó, incluso, su flota del Mediterráneo para llevarla al mar del Norte: a cambio de la promesa británica de proteger los intereses franceses en el Atlántico, Francia accedió a salvaguardar los británicos en el Mediterráneo. Pero el compromiso de mayor alcance –no comunicado a todos los miembros del gobierno– fue el de enviar al continente una fuerza expedicionaria británica en defensa de Francia en caso de necesidad.

Ninguna de aquellas medidas llevó a los alemanes a abandonar un programa armamentista que ponía en peligro los intereses estratégicos del Imperio a largo plazo; pero la situación europea, cada vez más tensa, les indujo a modificar sus prioridades en 1912. Hasta ese momento, el ejército alemán no había experimentado desde 1900 ningún incremento importante de sus fuerzas en activo o en la reserva. Este estado de cosas resulta extraordinario si se tiene en cuenta que la estrategia alemana en caso de guerra se basaba casi por entero en el plan Schlieffen (véase página 276) y que, hasta 1913, el ejército no contaba con los soldados necesarios para ejecutar aquel plan operacional que constituiría el fundamento del destino de Alemania. Aquella escasez de soldados era consecuencia de dos hechos: en primer lugar, el Estado Mayor general no logró presentar al Ministerio de la Guerra un cuadro completo de su gran estrategia hasta 1912; en segundo lugar, dicho ministerio, refugio

de conservadores, se opuso sistemáticamente al aumento de la tropa, pues una medida así incrementaría el número de oficiales de clase media y, por tanto, diluiría el control de la aristocracia sobre el cuerpo de oficiales. Como el emperador carecía de un mando central para dirigir el ejército –más de cuarenta generales gozaban del derecho a acceder directamente a su presencia–, una multiplicidad de poderes andaban a la greña, sin que se diera respuesta a varias preguntas esenciales.

En 1912, el Estado Mayor general, encabezado por el coronel Erich Ludendorff entre otros, desarticuló la oposición del Ministerio de la Guerra a un incremento considerable de las partidas militares en el presupuesto. En consecuencia, la Dieta imperial aumentó los niveles de gasto para que el ejército mantuviera a 165.000 hombres más en 1912 y 1913 como parte de un programa para ampliar las fuerzas armadas en tiempos de paz de 544.000 a 877.000 hombres. Así, en 1914, el ejército dispondría del número suficiente de soldados para ejecutar el plan Schlieffen. A modo de desquite, los conservadores lograron que se retirara a Ludendorff del Estado Mayor general y se le enviara a un recóndito destino con mando de tropa; pero Ludendorff acabaría regresando a su puesto.

Se cierne la tormenta

Una serie de crisis en los Balcanes proporcionó la yesca para la inminente conflagración en Europa. La debilidad del Imperio otomano se unió a las ambiciones austriacas y rusas para exacerbar la situación. Además, los distintos imperios orientales se sentían amenazados por circunstancias políticas internas e intentaban eludir, por tanto, sus problemas nacionales mediante éxitos en política exterior –comenzando por los Balcanes–. En 1903, un grupo de oficiales nacionalistas radicales tomó el poder en Serbia y practicó una política ferozmente antiaustriaca. Los austriacos consideraban cada vez más a Serbia, apoyada por Francia y Rusia, como una amenaza directa para su existencia. En 1908, movidos por su deseo de separar Serbia de Rusia, firmaron un trato con los rusos por el cual Austria adquiriría los derechos sobre Bosnia Herzegovina a cambio de ayudar a Rusia a acceder al Bósforo con sus barcos de guerra. Al final, los austriacos se anexionaron Bosnia, pero los rusos no consiguieron nada (debido a la oposición de las demás potencias). Los alemanes intervinieron activamente para humillar a Rusia, y el káiser se presentó a sí mismo como un caballero que había acudido al rescate de Austria.

La siguiente serie de problemas en los Balcanes comenzó en septiembre de 1911, cuando los italianos atacaron la provincia turca de Libia, en el norte de África, y ocuparon a continuación las islas del

Dodecaneso. Estas iniciativas italianas indujeron a los Estados balcánicos a saltar sobre los exhaustos turcos; Serbia, Bulgaria, Grecia y Montenegro participaron en la acometida. Pero los ladrones se pelearon de inmediato por el botín. Serbia, Grecia, Montenegro y, luego, Rumanía se unieron para vapulear a Bulgaria. Hasta los propios turcos tomaron parte en la paliza. Aunque los serbios obtuvieron grandes beneficios de la guerra y doblaron la superficie de su Estado, los austriacos les impidieron conseguir un acceso al Adriático y los océanos mundiales: los alemanes disuadieron una vez más a los rusos de apoyar a los serbios, quienes se dieron por vencidos ante el poderío conjunto de Austria y Alemania.

En el siglo XIX, Bismarck había afirmado que los Balcanes valían menos que los huesos de un solo granadero de Pomerania. ¿Qué había cambiado en la política alemana? Lo más notable era que, a pesar de sus bravatas, la mayoría de los alemanes creía hallarse en un terrible peligro. Internamente, los socialdemócratas, partido que no había abandonado su programa revolucionario marxista hasta fechas recientes, habían ampliado de manera constante su porcentaje de votos en las últimas elecciones. En aquel momento eran el mayor partido del Reich. En asuntos externos, la carrera naval con Gran Bretaña no se había aproximado más a una resolución, a pesar de que se habían gastado sumas inmensas; y los británicos parecían haberse aliado con los enemigos continentales de Alemania. Además, esos enemigos –Rusia y Francia– estaban mejorando continuamente el número de sus fuerzas terrestres en el continente. Rusia había forjado ya un programa defensivo que culminaría en 1917 y mejoraría radicalmente su capacidad para lanzar su potencia militar sobre Europa central. En consecuencia, Austria era el último aliado importante de Alemania; y si el Reich no apoyaba a Viena, ¿no podría suceder que Austria se alejase igualmente y dejara sola a Alemania en un continente poblado por enemigos?

Mientras los dirigentes alemanes veían con pesimismo el entorno internacional, Austria estaba desesperada. La monarquía de los Habsburgo era la única potencia europea que no basaba su legitimidad en el nacionalismo. Internamente, checos, polacos y eslovacos clamaban por su autonomía; ni siquiera los húngaros eran de fiar; y en las fronteras, italianos, serbios y rumanos exigían libertad para sus hermanos que vivían bajo «el yugo habsburgués». Al tener enemigos por todas partes, ¿no era la guerra la única opción? Según el escalofriante dicho alemán, «es mejor un fin terrible, que un terror sin fin». Al final fue Alemania la que se aferró a la guerra con mayor ahínco. En una conferencia celebrada en 1912 entre el káiser y sus dirigentes militares, el jefe del Estado Mayor general, el conde Helmuth von Moltke, instó a lanzar una guerra preventiva, «cuanto antes, mejor». Los demás accedieron entusiasmados. Es significativo que los líderes alemanes no lograran llevar

a cabo los correspondientes preparativos durante los dos años siguientes, pero su estado de ánimo estaba claro: a la primera oportunidad, arrojarían a Europa al precipicio.

El 28 de junio de 1914 se presentó esa oportunidad. Un grupo de jóvenes terroristas entrenado, apoyado y organizado por el gobierno serbio asesinó al heredero del trono austrohúngaro durante su visita a la recién anexionada Bosnia. El suceso escandalizó a Europa. Pero Austria dudaba, mientras su policía investigaba el asunto según las mejores tradiciones de la incompetencia austriaca. Durante la mayor parte del mes de julio, los austriacos titubearon y perdieron gran parte del apoyo europeo; cuando actuaron, el asesinato ocupaba las últimas páginas de la prensa de Europa. Entretanto, los británicos realizaban esfuerzos desesperados para desactivar la crisis, convencidos de que actuaban en armonía con los alemanes; pero el káiser y su gobierno estaban practicando un doble juego. Alemania apoyaba abiertamente las iniciativas británicas, pero en privado instaba a los austriacos a actuar contra Serbia con la mayor determinación posible.

En realidad, los alemanes entregaron a los austriacos un «cheque en blanco», que esperaban y *deseaban* fuera usado por sus aliados. El 23 de julio, los austriacos plantearon, pues, a Serbia un ultimátum que no dejaba espacio para negociaciones. A pesar de la respuesta conciliadora de los serbios, Austria declaró la guerra el 28 de julio. Paradójicamente, la incompetencia austriaca impidió que se emprendieran acciones militares de importancia durante las dos semanas siguientes; pero, para asegurarse de que ya se había cruzado el Rubicón, los austriacos bombardearon Belgrado de inmediato. En consecuencia, los rusos se enfrentaron a una situación en la que un nuevo sometimiento a las presiones alemanas y austriacas dañaría sin remedio sus intereses en los Balcanes.

Los planes de guerra de las grandes potencias

Para entonces, la planificación militar había hecho que la guerra fuera casi inevitable. De todos los planes bélicos preparados por los ejércitos europeos antes de 1914, los de Gran Bretaña eran los únicos que no esperaban que su ejército alcanzara resultados decisivos –aunque este dato era un mero reflejo del tamaño y la fuerza de un ejército británico dispuesto a desempeñar en el continente una función secundaria–. Sin embargo, hasta al propio ejército británico se le había encomendado la misión de apoyar una ofensiva francesa decisiva para derrotar al ejército alemán en Renania.

Al interpretar estos planes, el historiador debe tener en cuenta que los planteamientos militares reflejaban los mejores cálculos de econo-

mistas y políticos, así como de los miembros del ejército. Los Estados Mayores generales europeos comprendían perfectamente que los campos de batalla modernos serían terrenos de muerte aterradores. Pero los especialistas civiles creían que los Estados modernos eran edificios frágiles, carentes de capacidad de resistencia económica y de estabilidad política. Pocos pensaban que una guerra importante fuese a durar más de un año sin que se produjera un colapso político y financiero. Y aún eran menos quienes creían que un gran conflicto pudiera durar otro año más. Había habido unos pocos profetas que predicaron en el desierto: el anciano Moltke había advertido que la siguiente guerra europea podría durar treinta años. (Su cálculo fue más acertado de lo que se puede pensar. Si consideramos la Primera Guerra Mundial y la Segunda como un único gran enfrentamiento –como entendió Tucídides la Guerra del Peloponeso–, Moltke dio exactamente en el blanco.) El empresario polaco Ivan Bloch formuló una advertencia similar en su libro *La guerra futura* (1899); según predecía en él, «todo el mundo irá a las trincheras en la próxima guerra». Pero aquellas valoraciones eran sumamente excepcionales. Todas las guerras recientes en que habían intervenido potencias europeas habían tenido una duración relativamente breve; y en el caso de Rusia, había estallado la revolución y la estabilidad política y económica se habían venido abajo. Así, la principal exigencia estratégica a la que se enfrentaban, al parecer, los ejércitos europeos era la de ganar la siguiente guerra con rapidez, antes de que se produjera el colapso económico y político.

El mejor ejemplo de la forma en que unas conjeturas políticas se sumaron a las impresiones de los militares para generar un desastre estratégico es el plan Schlieffen para Alemania. Los errores alemanes fueron similares a los de sus adversarios militares, sólo que a una escala superior y con unas repercusiones mayores sobre el curso de la guerra. El plan Schlieffen reflejaba las virtudes y defectos de la «conducción de la guerra» característica de Alemania. Como aquella «conducción de la guerra» iba a dominar la primera mitad del siglo XX, es especialmente útil examinar el plan en detalle.

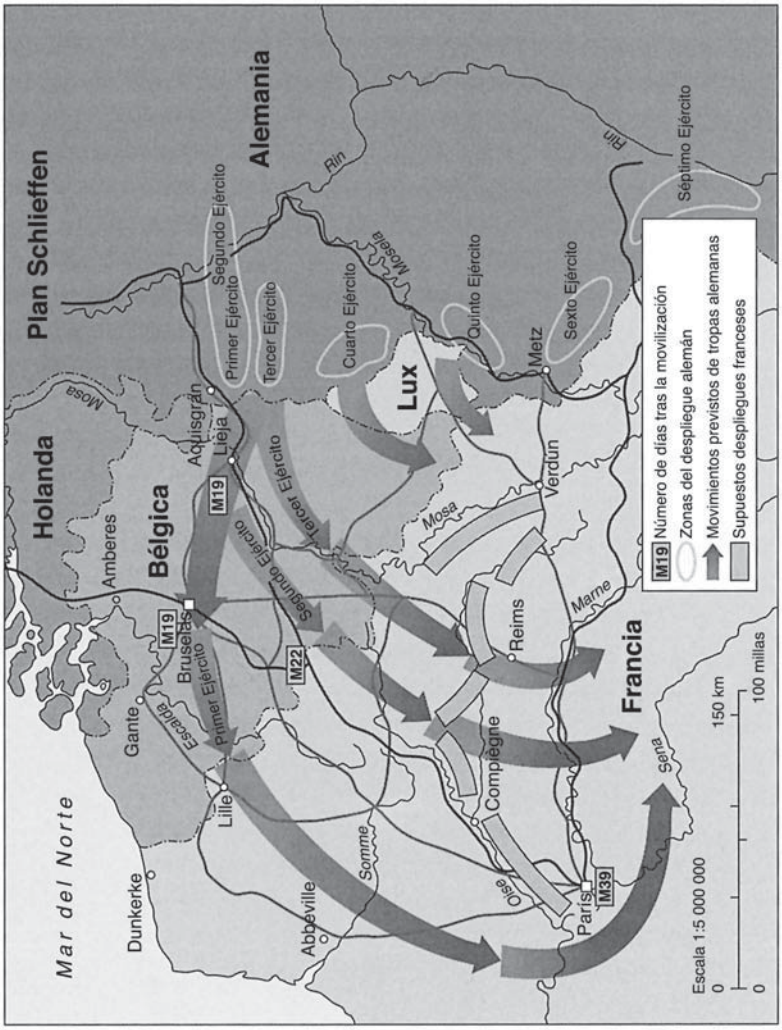
El conde Alfred von Schlieffen había sido nombrado jefe del Estado Mayor general en 1891; en cuanto tal, su principal responsabilidad consistía en formular planes para acometer posibles conflictos. En 1891, la pesadilla alemana de enfrentarse a una guerra en dos frentes contra Francia y Rusia, en caso de declararse las hostilidades, se había hecho realidad. En aquella situación, los predecesores de Schlieffen habían pensado en defender Alsacia y Lorena en el oeste y emprender una ofensiva contra Rusia; pero Schlieffen creía que la enorme extensión de Rusia impediría obtener una victoria decisiva. Francia, sin embargo, se enfrentaba a Alemania con una sólida barrera de fortalezas a lo largo de su frontera, por lo cual una victoria en el

oeste parecía igualmente problemática. Pero Schlieffen era un estudioso de la historia militar; en cuanto tal, y a partir de sus estudios –sobre todo de la victoria de Aníbal en Cannas (véanse páginas 10, 51)–, había llegado a la conclusión de que la única vía hacia la victoria era la del flanqueo. En ese momento propuso rodear las fortificaciones francesas mediante una invasión de Bélgica. Una vez desplegados en los Países Bajos, los ejércitos alemanes podrían flanquear las defensas de Francia y destruir su ejército en una gigantesca maniobra envolvente al este de París. Eliminada Francia, Alemania podía enfrentarse a Rusia en una campaña realizada con menos premura.

El plan de Schlieffen parecía constituir, en todos los aspectos, una brillante solución operacional para los problemas estratégicos de Alemania. Pero en el plano político adolecía de extraordinarias debilidades, derivadas tanto de su limitada definición del problema como de sus deficientes supuestos operacionales. Su debilidad más evidente se hallaba en el terreno de la estrategia: al violar la neutralidad de Bélgica, los alemanes confirmaban la entrada de Gran Bretaña en la guerra al lado de Francia. Si Alemania triunfaba rápidamente, aquella intromisión supondría poca cosa; en palabras de Schlieffen, permitiría a los alemanes barrer el ejército británico junto con el francés. Pero si la guerra era larga, Gran Bretaña representaba una grave amenaza para la conducción alemana del conflicto, mientras que la violación de Bélgica por parte de Alemania tendría también considerables repercusiones sobre las actitudes de Estados Unidos. Sin embargo, debido a la «hipótesis de una guerra corta» (véanse páginas 270 y 277), estas consideraciones no preocuparon en exceso a Schlieffen ni a sus sucesores.

En realidad, el plan de Schlieffen contenía las semillas de su propio fracaso operacional. Dependía de que los franceses hicieran todo cuanto se esperaba de ellos –a saber, comprometer sus fuerzas en una invasión de Alsacia y Lorena– y de que Bélgica accediera a que su territorio fuera invadido por los alemanes. Cualquier resistencia seria por parte de los belgas pondría a las fuerzas alemanas ante unas enormes dificultades logísticas, en particular si los belgas saboteaban túneles y puentes ferroviarios.

Además, Schlieffen y sus planificadores no intentaron resolver nunca el problema planteado por París. ¿De dónde llegarían las tropas que habrían de bloquear París, si el flanco derecho alemán proseguía su avance hasta el interior de Francia para rodear a las fuerzas francesas? Y si las fuerzas de Alemania se detenían para eliminar a las tropas francesas de París, ¿no tendría entonces el ejército francés tiempo suficiente para volver a desplegarse? En efecto, el plan Schlieffen, como otras grandes estrategias en Europa, sólo existía en el ámbito de la guerra pura e intelectual, donde cada oponente realizaba los movimientos coreografiados para él y en el que ningún error o supuesto incorrecto retrasaba el progreso arrasador hacia la victoria militar.



Mapa 10. El plan Schlieffen fue un intento audaz de superar los problemas operacionales y tácticos derivados del aumento vertiginoso de los ejércitos, así como de la creciente eficacia de las armas de la infantería y la artillería. Suponía desplazar 1,5 millones de hombres en siete ejércitos, siguiendo un programa previsto para cada jornada y cada vagón de tren. Dicho plan requería tomar Lieja (donde comenzarían a desplegarse los tres ejércitos principales) el M 12 (el duodécimo día después de la movilización) y someter Bruselas el M 15, cruzar la frontera francesa el M 22 y apoderarse de París el M 39. Esta operación habría dejado fuera de combate a Francia en un plazo de seis semanas –el tiempo preciso que, según calculaba Schlieffen, necesitaría Rusia para llevar a cabo la movilización tota–, permitiendo así a Alemania trasladar sus fuerzas victoriosas al este, a tiempo para enfrentarse a los rusos en Prusia oriental y derrotarlos.

El nuevo jefe del Estado Mayor general, Moltke el Joven, modificó el plan de Schlieffen añadiendo tropas al sector central y al flanco izquierdo, pero dejando el flanco derecho con las fuerzas previstas por éste. (Desde un punto de vista logístico, es dudoso que los alemanes pudieran haber trasladado más tropas al flanco derecho y haberlas abastecido.) Paradójicamente, los retoques más desastrosos realizados en los últimos años de paz tuvieron que ver con las opciones militares, pues en 1913 Moltke y Ludendorff descartaron el plan alternativo para un despliegue ofensivo contra Rusia. Así, como quiera que se iniciase la guerra, Alemania tendría que realizar su movimiento inicial en el oeste. Además, Moltke y Ludendorff decidieron que, nada más notificarse la movilización, las operaciones comenzarían penetrando en los países neutrales de Luxemburgo y Bélgica a fin de impedir cualquier duda de último minuto en el emperador y sus diplomáticos.

Los planes militares de los demás Estados eran un reflejo de la misma «hipótesis de guerra breve» formulada por los dirigentes militares y civiles de Alemania. También reflejaban el hecho de que pocos de los planificadores habían vivido una situación de guerra y ninguno la había experimentado en la escala en que se iba a producir en 1914. En consecuencia, sus iniciativas parecen carecer, en general, de realismo, pero, dadas las circunstancias, representaban intentos de analizar de forma realista los hechos militares, políticos y económicos. Sin embargo, resultaron erróneas en casi todas sus suposiciones.

La cuenta atrás hacia el estallido de la guerra

Con la declaración de guerra de Austria contra Serbia el 28 de julio comenzó a funcionar la bomba de relojería; ya no había manera de detener su estallido. En la década anterior, Rusia se había echado atrás en dos ocasiones ante los desafíos de Austria y Alemania. Pero ya no volvería a hacerlo. El zar llevó a cabo un intento desganado de movilizar sólo las fuerzas rusas desplegadas frente a Austria, pero no las que se enfrentaban a Prusia oriental. Sin embargo, sus generales le convencieron de que aquella clase de despliegue no podía funcionar y daría ventaja a los alemanes.

Una vez que los rusos decretaron la movilización general el 30 de julio, los alemanes entraron en acción. El káiser, tras haber asegurado a sus asesores durante todo el mes de julio que nos se «amilanaría», sintió miedo en el último momento y preguntó a un Moltke consternado si el ejército no podría movilizarse contra Rusia mientras se mantenía a la defensiva en el oeste. Su jefe de Estado Mayor, hecho polvo y a punto casi de estallar en lágrimas, replicó que sólo había una opción: el plan Schlieffen. La réplica abrumadora del káiser fue que el tío de Moltke

–el gran Moltke el Viejo– habría respondido de manera diferente. No obstante, el 1 de agosto, el káiser autorizó la movilización y, por tanto, la guerra –dadas las exigencias del plan Schlieffen–. Aquel mismo día, los franceses se movilizaron igualmente, pero anunciaron al embajador alemán que sus tropas se mantendrían alejadas de la frontera. Aquel comentario era irrelevante: cuando Alemania declaró la guerra a Francia, el 3 de agosto, sus tropas se hallaban ya en Luxemburgo y Bélgica. Alemania invadía Luxemburgo, Bélgica y Francia para apoyar las reclamaciones de Austria contra Serbia. Cuando el embajador británico dio a entender al canciller germánico que Alemania tenía unas obligaciones confirmadas mediante tratado para respetar la neutralidad de los Países Bajos, Bethmann Hollweg replicó que el tratado no era más que un «trozo de papel».

No hizo falta mucho más para convencer al gabinete británico de que su país debía situarse en el lado de Francia y Rusia. Tras la declaración de guerra de Austria contra Serbia, había bastado sólo una semana para llevar a las principales potencias europeas a un conflicto desastroso. Como comentó el vizconde Grey, ministro británico de Asuntos Exteriores, «las luces se están apagando en toda Europa y ya no volveremos a verlas encenderse en toda nuestra vida». Tenía razón: no se encenderían de nuevo en todo el continente hasta 1989.

XIV. OCCIDENTE EN GUERRA

Williamson A. Murray

El fracaso de la diplomacia en julio de 1914 trajo consigo el gran conflicto temido por algunos y recibido calurosamente por muchos. Mientras los reservistas corrían a alistarse, las multitudes aclamaban las declaraciones de guerra a lo largo y ancho de Europa. Las hostilidades, sin embargo, no respondieron a las expectativas de un conflicto breve y decisivo; lo que se produjo a continuación fue, en cambio, una lucha terrible y aparentemente interminable. Desde nuestra perspectiva resulta difícil entender cómo los alemanes resistieron tanto: al fin y al cabo, fueron a la guerra contra tres de las máximas potencias del mundo, Gran Bretaña, Francia y Rusia, una coalición respaldada por Estados Unidos –potencia que las actividades de Alemania acabarían reclutando para la lista de sus enemigos–. Pero sin duda resistieron, y en 1918 alcanzaron por fin una victoria total en el este, y en cierto momento parecieron estar cerca de obtenerla también en el oeste. No obstante, al final, y a pesar de sus destrezas tácticas y operacionales, no pudieron superar los fundamentales fallos de su estrategia y el peso de la coalición alineada contra ellos.

En 1914, los ejércitos europeos se enfrentaron a una revolución tecnológica en el campo de batalla. Las armas inventadas durante las décadas anteriores –fusiles de cerrojo, ametralladoras, obuses modernos– proporcionaban una potencia de fuego sin precedentes y planteaban problemas insolubles a las organizaciones militares occidentales. Las armas modernas permitían a los ejércitos establecer posiciones defensivas inexpugnables, y ni los cuerpos de oficiales ni los Estados Mayores generales supieron utilizar la tecnología moderna o desarrollar concepciones tácticas para irrumpir en tales defensas hasta 1918. Además, durante el curso de la guerra, los gases, los tanques, la aviación y una panoplia de nuevas armas para la infantería hicieron que los problemas

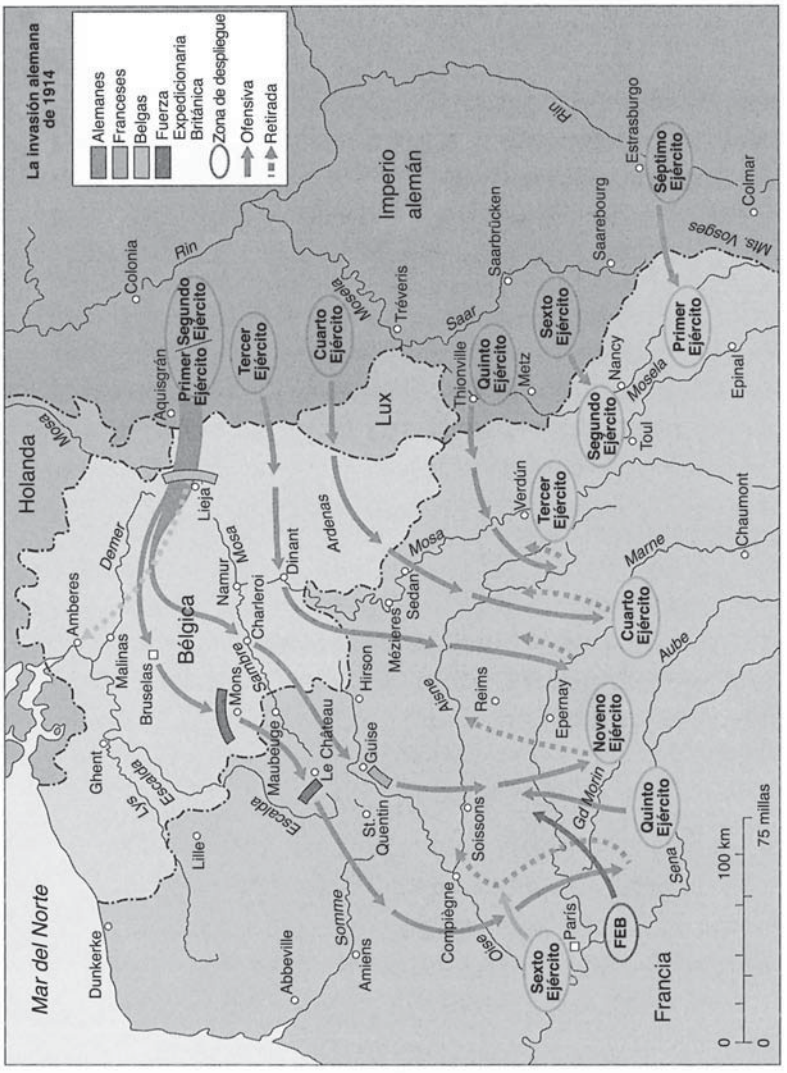
resultaran desalentadores y las soluciones escurridizas, mientras aumentaba cada vez más la complejidad de las doctrinas sobre el campo de batalla. Las líneas del frente –al menos en el oeste– se mantuvieron relativamente estables, pero las condiciones dentro de la zona de combate experimentaron enormes cambios, mientras las fuerzas militares debían adaptarse e innovar en consonancia con lo que ocurría al otro lado de la colina.

En 1914, los ejércitos avanzaron hacia sus primeros choques basándose en unos planes cuidadosamente trazados. La mayoría de los altos oficiales reconocían la capacidad mortífera de las armas modernas, pero los generales, así como los políticos y los economistas, creían que las sociedades modernas no podrían soportar el coste de un conflicto prolongado. En consecuencia, sus planes consistieron en asestar un golpe fulminante que lograra la victoria con rapidez sin importar el coste. Los rusos pretendían apoderarse de Prusia oriental y golpear al mismo tiempo a Austria de forma aplastante. Los franceses esperaban atravesar las fuerzas alemanas hasta su retaguardia penetrando en Renania a través de Alsacia y Lorena. Sin embargo, al igual que en 1870, erraron en sus cálculos al pensar que Alemania no utilizaría fuerzas de reserva; por tanto, aunque los franceses reconocieron que los alemanes podían lanzar su ataque principal a través de Bélgica, se equivocaron en cuanto a su magnitud y potencia.

Movimientos iniciales

El plan alemán, bautizado con el nombre de su diseñador, el conde Schlieffen, suponía que el Reich sólo podía ganar una guerra de dos frentes aplastando a Francia antes de que Rusia pudiera movilizarse (véanse páginas 277-278). Como las fortificaciones de la frontera francesa constituían un importante problema, Schlieffen planteaba como requisito la invasión de Bélgica, flanqueando así las defensas francesas y permitiendo a las fuerzas alemanas extenderse hacia el sur, neutralizar París y envolver los ejércitos franceses desde el oeste. Alemania no se contentaría con una violación limitada del territorio belga, sino que utilizaría el país como pista de despegue para lanzar tres ejércitos de treinta y dos divisiones contra el flanco izquierdo francés. El 4 de agosto de 1914, un millón de soldados alemanes inició, por tanto, la invasión de Bélgica, acción que bastó para poner fin al debate político planteado en Gran Bretaña sobre si se debían satisfacer los compromisos militares informales contraídos con Francia en la década anterior: los británicos declararon la guerra de inmediato.

En primer lugar, los alemanes tenían que apoderarse de Lieja y su corredor a fin de desplegar las fuerzas necesarias para ejecutar su plan.



Mapa 11. El plan Schlieffen (véase página 277) estuvo a punto de funcionar: Alemania movilizó sus fuerzas el 1 de agosto, y aunque Lieja no cayó hasta el 16, los alemanes tomaron Bruselas el 20 y entraron en Francia el 24 –con sólo dos días de retraso respecto al programa–. Sin embargo, Schlieffen ignoró el problema de cómo neutralizar la numerosa guarnición de París y la pesadilla logística de abastecer y aprovisionar a los hombres del poderoso V Ejército, en el flanco derecho, a quienes se exigió marchar entre 32 y 40 kilómetros diarios para pasar al oeste de París. Su plan era, además, una garantía de que, al violar la neutralidad de Bélgica, Gran Bretaña entraría en la guerra desde el momento en que estallara.

Grandes morteros fabricados por Krupp y Skoda hicieron pedazos las fortalezas belgas, mientras el coronel Erich Ludendorff, personaje ya famoso en el ejército alemán (véase página 272), avanzaba hasta Lieja y, a continuación, exigía y recibía la rendición de la ciudad. Su éxito condujo a su nombramiento como jefe de Estado Mayor de las fuerzas alemanas en Prusia oriental. La resistencia belga en Lieja contribuyó escasamente a detener a los alemanes, aunque causó ciertos inconvenientes, mientras que la retirada del ejército belga a Amberes amenazó el flanco alemán. Para neutralizar aquella amenaza, los alemanes tuvieron que destacar dos cuerpos de ejército. En otras partes, los belgas sabotearon las carreteras, destruyeron las comunicaciones, hicieron saltar por los aires túneles y puentes ferroviarios y dispararon contra el enemigo. Los alemanes, enfurecidos, se vengaron. Bombardearon la ciudad universitaria de Lovaina y fusilaron a rehenes civiles en lugares donde hallaron resistencia: la pauta estuvo marcada por la ejecución de 664 rehenes en Dinant y 150 en Aerschot –una minucia para generaciones posteriores, pero suficiente para escandalizar al mundo en 1914.

Mientras los alemanes entraban en Bélgica según el Plan Schlieffen, los franceses aplicaron su propia estrategia –el «Plan XVII», preparado por Joseph Joffre, jefe de su Estado Mayor general–. Tal como había previsto Schlieffen, los ejércitos franceses I y II penetraron a mediados de agosto, en brigadas compactas y con sus oficiales enguantados de blanco, en Alsacia y Lorena, donde fueron masacrados por los defensores alemanes capitaneados por el príncipe heredero Ruperto de Baviera. Los franceses, conmocionados, retrocedieron tambaleándose; Ruperto pidió permiso para perseguirlos, y Helmut von Moltke, jefe del Estado Mayor, asintió con la esperanza de que sus ejércitos realizaran una doble maniobra envolvente –a pesar de que al actuar así infringía la concepción básica de Schlieffen, consistente en arrollar a los franceses bajando desde el oeste.

En ese momento, los ataques franceses se desplazaron hacia las Ardenas, pero una vez más se toparon con numerosas fuerzas alemanas que les hicieron retroceder. Las tropas alemanas avanzaron también aquí, pero su acción volvió a sacar a los franceses de la trampa que Schlieffen había esperado colocarles. Para entonces, el ala derecha alemana había rematado su despliegue en Bélgica y estaba avanzando. Al principio, el alto mando francés no se dio cuenta de la amenaza creciente de aquel avance para sus posiciones, pero Charles Lanrezac, comandante del V Ejército, actuó por cuenta propia y dio a sus tropas, batidas en las Ardenas, una oportuna orden de retirada. En el lejano flanco izquierdo de la línea aliada, la Fuerza Expedicionaria Inglesa, recién llegada y duramente vapuleada en Mons el 23 de agosto, se retiró igualmente. En ese momento, el ala derecha alemana se hallaba posicionada como para rodear todo el flanco izquierdo de los Aliados,

pero Karl von Bülow, comandante de la misma, negó a Alexander von Kluck, comandante del I Ejército, el permiso para desviarse hacia el oeste y envolver a la Fuerza Expedicionaria Británica.

El alto mando francés reconoció por fin el peligro. El «papá» Joffre no fue presa del pánico, sino que reestructuró a la desesperada las fuerzas francesas en su flanco izquierdo. El avance alemán y la retirada de los Aliados, que se desplazaban simultáneamente a una velocidad aproximada de 30 kilómetros diarios, constituyeron el inicio de una carrera hacia París, pero los Aliados tenían la ventaja de replegarse sobre sus depósitos de abastecimiento. Los alemanes, escasos de recursos, no tardaron en hallarse agotados. Además, el alto mando alemán eligió ese momento para retirar dos cuerpos más del ala derecha debido a la amenaza de los rusos para Prusia oriental.

Al llegar a ese punto, el aumento de las bajas, sumado a los errores de cálculo del plan Schlieffen, puso a los comandantes alemanes ante la difícil decisión de qué hacer con la ciudad de París. Como carecían de tropas suficientes para atacarla o aislarla, los alemanes se desplazaron hacia el este el 1 de septiembre con la intención de eludir la capital y liquidar el ejército francés. Pero Joffre había introducido a toda prisa refuerzos en la ciudad, y cuando los datos del reconocimiento aéreo pusieron al descubierto el movimiento alemán hacia el este de París, Joffre atacó. En la batalla del Marne, librada entre el 5 y el 10 de septiembre, participaron más de dos millones de soldados –el choque, quizá, más numeroso sostenido hasta entonces–. Comenzó con un ataque francés que obligó al I Ejército de Kluck a situarse de cara al oeste, en la dirección contraria a la del II Ejército de Bülow, girado casi exactamente hacia el este. Entre ambos contingentes se abrió una brecha que las Fuerzas Expedicionarias Británicas se dispusieron a explotar; si se hubieran movido con prontitud, los Aliados podrían haber destruido el ala derecha alemana.

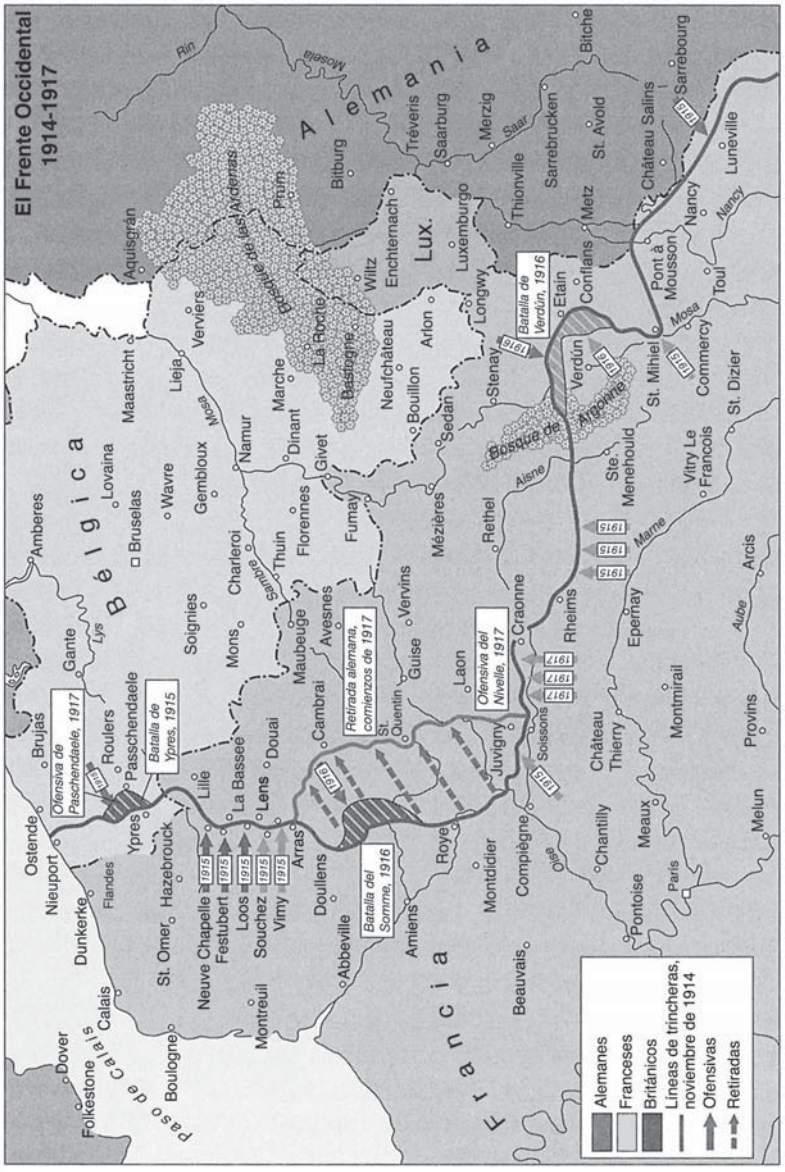
En realidad, los británicos se desplazaron demasiado despacio, pero los alemanes seguían en graves apuros: su flanco derecho se había fragmentado y no disponía de un centro de acción claro, mientras que su logística se hallaba al borde del colapso –las cabezas de sus líneas ferroviarias se encontraban en el interior de Bélgica– y sus soldados estaban agotados. Según observaba un oficial: «No podemos más. Los hombres caen en las cunetas y yacen allí, simplemente, para darse un respiro... Llega la orden de montar. Cabalgo doblado con la cabeza sobre las crines de mi caballo. Estamos sedientos y hambrientos. Nos vence la indiferencia». El coronel Richard Hentsch, representante del Estado Mayor general, enviado para evaluar la situación, reconoció los ingredientes del desastre y ordenó, en nombre de Moltke, una retirada hacia el Aisne. El plan de Schlieffen había fracasado; Francia había sobrevivido.

Sin embargo, la persecución lanzada por las fuerzas aliadas fue vacilante. Una vez en el Aisne, el frente se estabilizó, y los ejércitos contendientes intentaron recuperar la capacidad de maniobra flanqueando a sus adversarios. Pero la subsiguiente «carrera hacia el mar» sólo sirvió para extender una línea quebrada de trincheras que se prolongaba en dirección al canal de La Mancha. En octubre, el nuevo jefe del Estado Mayor general alemán, Erich von Falkenheyn, dio órdenes de lanzar una ofensiva en Flandes para expulsar a los Aliados de Amberes y los puertos del Canal. Sin embargo, las reservas alemanas estaba tan vacías que envió a la operación un cuerpo de estudiantes universitarios sin experiencia, que no habían iniciado su entrenamiento hasta el mes de agosto. Los alemanes tomaron Amberes, pero de los 36.000 hombres del cuerpo universitario sólo sobrevivieron indemnes 6.000. Uno de ellos era Adolf Hitler. En noviembre, los ejércitos enfrentados habían quedado trabados en un estrecho abrazo en un frente de 800 kilómetros que corría de Suiza al canal de La Mancha. El resultado de los cuatro meses de lucha había sido una situación de tablas en la que habían muerto cerca de medio millón de soldados franceses, británicos y alemanes. A pesar de un número de bajas horrendo, las líneas de combate sólo iban a experimentar cambios mínimos durante los tres años siguientes.

Victoria alemana en el este

En el este se produjeron batallas igualmente importantes, con unas terribles cifras de bajas, situaciones de punto muerto y el derrumbamiento de los planes trazados antes de la guerra. Schlieffen había aceptado la posibilidad de una pérdida temporal de Prusia oriental mientras los alemanes empeñaban sus tropas en el oeste; pero en 1914 la organización militar de Rusia había mejorado significativamente y logró movilizar y desplegar sus fuerzas con mayor rapidez que la esperada. Dos ejércitos a las órdenes de Pável Rénnenkampf y Alexándr Samsónov asestaron un golpe contra Prusia oriental. Las fuerzas de Rénnenkampf avanzaron desde territorio ruso para atacar Königsberg desde el este, mientras el ejército de Samsónov arremetía desde Polonia y atacaba en el norte. Si los rusos hubieran coordinado esos movimientos, habrían tenido alguna posibilidad de destruir el VIII Ejército alemán. Pero la coordinación fue escasa: los dos comandantes se odiaban mutuamente y los mensajes rusos, no codificados, proporcionaron a los alemanes una visión exacta de sus intenciones.

Rénnenkampf fue el primero en moverse. En Gumbinnen, una pequeña ciudad de Prusia Oriental, sus fuerzas derrotaron a los alemanes el 19-20 de agosto; si hubiese dado continuidad a su victoria inicial, habría



Mapa 12. Tras los movimientos iniciales dictados por el plan Schlieffen y la carrera hacia el mar, el frente occidental se estabilizó en una prolongada situación de tablas, con movimientos mínimos en las posiciones de los bandos opuestos, a pesar de las descomunales batallas en que perdieron la vida o fueron heridos millones de jóvenes.

puesto a los alemanes en una situación desesperada; de hecho, el comandante alemán en Prusia oriental fue presa del pánico e instó a abandonar toda la provincia. Moltke y el káiser se opusieron, destituyeron al comandante y lo sustituyeron por un general retirado, Paul von Hindenburg, acompañado por Ludendorff como su jefe de Estado Mayor. Antes incluso de que el nuevo equipo llegara a Prusia oriental, el oficial de Estado Mayor presente en el teatro de operaciones, Max von Hoffman, había sentado las bases para la victoria. El espionaje de señales había evidenciado que Rénnenkampf planeaba mantenerse inmóvil, por lo que los alemanes dispusieron de un breve plazo para aislar y destruir a Samsónov, cuyo ejército avanzaba hacia el norte desde Polonia. Hoffman retiró por vía férrea la mayor parte de las fuerzas que se enfrentaban a Rénnenkampf y las concentró, en cambio, en Tannenberg, frente a Samsónov. El 26 de agosto, Samsónov se percató de que su ejército se enfrentaba a un grave problema, pero decidió mantener su posición y luchar, convencido de que Rénnenkampf acudiría con rapidez al rescate. Rénnenkampf, sin embargo, no logró avanzar, y aquel mismo día las acometidas de los alemanes arrollaron los flancos de Samsónov; un ataque ruso, efectuado con cierto éxito en el centro, sólo sirvió para llevar a sus fuerzas todavía más adentro de la red. El 30 de agosto, los alemanes habían destruido el ejército de Samsónov y capturado a 92.000 rusos y 400 cañones. Luego se desplazaron hacia el este y, a mediados de septiembre, el VIII Ejército había expulsado a Rénnenkampf de Prusia oriental y causado, además, considerables bajas a su ejército. Aquellas victorias acreditaron a Lundendorff y Hindenburg como héroes nacionales.

Dado que la historia del frente oriental fue escrita por los alemanes, la derrota de Rusia en Prusia oriental ha eclipsado en gran medida sus éxitos en otras partes. En realidad, la principal iniciativa rusa de 1914 no estuvo dirigida contra Prusia oriental, sino más bien contra el imperio austrohúngaro en Galitzia. En el sur, los austriacos habían sido los primeros en atacar. Conrad von Hötzendorf, su jefe de Estado Mayor, lanzó tres ejércitos siguiendo líneas de avance divergentes hacia el interior de Polonia, donde no tardaron en encontrarse con problemas. El III Ejército retrocedió hasta su lugar de partida, mientras que los rusos estuvieron a punto de aislar al IV Ejército al cortar durante un tiempo sus líneas de comunicación; y aunque los austriacos consiguieron finalmente abrirse paso combatiendo, se retiraron a su territorio en completo desorden –retirada que prosiguió a través de Galitzia–. A finales de septiembre, los rusos estuvieron a un paso de introducirse en la llanura húngara, lo cual habría provocado el hundimiento de Austria en 1914, pero su avance perdió impulso debido a las dificultades logísticas y al gran número de bajas.

La lucha continuó durante todo el otoño en el frente oriental –cuya longitud era dos veces mayor que la del occidental–, mientras los dos

bandos opuestos intentaban salvar los restos del naufragio de sus fallidos planes de guerra. Al poner en juego todas sus reservas de equipo y munición, los rusos plantearon una importante amenaza al imperio austrohúngaro; pero al actuar así hipotecaron su futuro, pues la industria rusa, movilizada de manera incompetente por la extravagante autocracia de Nicolás II, resultó incapaz de reabastecer lo que consumía el ejército en sus operaciones. No obstante, la campaña de otoño fue una competición muy reñida para las Potencias Centrales. Alemania tuvo que reforzar a los austriacos con dieciocho divisiones, y las fuerzas conjuntas de las Potencias Centrales no consiguieron paralizar a sus adversarios hasta el comienzo del invierno, y sólo después de esfuerzos desesperados. Incluso entonces, la hiriente derrota sufrida por los austrohúngaros en otoño de 1914 arrinconó a su ejército como protagonista en el frente oriental para el resto de la guerra. Pero los propios rusos acabaron también completamente debilitados: habían agotado sus ejércitos y, lo que era aún más peligroso, su estructura logística. La decisión otomana de atacar a Rusia en octubre de 1914 con ofensivas en el Cáucaso e incursiones en el mar Negro incrementó la tensión aún más.

1915: EL AÑO DEL FRACASO DE LOS ALIADOS

A finales de 1914, Winston Churchill, primer lord del Almirantazgo británico, redactó para el gobierno de Gran Bretaña un memorial muy perspicaz. En él advertía que la guerra había llegado a un punto muerto en el que ambas partes tenían pocas perspectivas de avanzar: los generales lo intentarían, por supuesto, pero eso sólo serviría para aumentar las enormes bajas sufridas hasta entonces. Según Churchill, la única posibilidad de acabar con aquella situación de empate táctico era recurrir a medios técnicos, pero el desarrollo de tales medios requeriría meses, si no años. Los combates de 1915 fueron un reflejo de las previsiones de Churchill. Para los británicos, el frente occidental supuso el lanzamiento de varios ataques que incrementaron las considerables bajas padecidas por su ejército regular en 1914; pero los voluntarios que se habían presentado masivamente a filas al comenzar las hostilidades no se hallaban ya disponibles, por lo que, en 1915, los franceses tuvieron que soportar el grueso de los combates en el oeste.

La doctrina francesa seguía insistiendo en la moral como el factor más importante de la lucha. En términos generales estaban en lo cierto, pero sus soldados carecían del material técnico, el apoyo artillero y las concepciones tácticas necesarias para irrumpir en las defensas alemanas y atravesarlas. Los franceses lanzaron ataques importantes contra el frente de Champaña tanto en marzo como en mayo, mientras los británicos

atacaban más al norte. Ambas ofensivas provocaron unas pérdidas espantosas y, en cualquier caso, los alemanes habían levantado una segunda línea defensiva detrás de los sectores más importantes de su frente. Los comandantes aliados creían que la única vía para dar movimiento a la conducción de la guerra consistía en lanzar bombardeos artilleros que saturaran las defensas enemigas y permitieran a los atacantes cruzar la zona batida. No se daban cuenta de que los bombardeos prolongados servían para alertar a los alemanes, que, en esas circunstancias, tenían tiempo para desplazar sus reservas hacia los sectores amenazados. En Loos, los británicos irrumpieron, de hecho, en las defensas alemanas en septiembre, pero sir John French, comandante de la Fuerza Expedicionaria Británica, había situado sus reservas en una zona demasiado alejada de la retaguardia y los alemanes cerraron la brecha antes de que pudieran llegar refuerzos. Otros ataques franceses sólo sirvieron para aumentar las bajas: en el curso de 1915 murieron o fueron heridos más de un millón de franceses, sin obtener a cambio ningún éxito significativo.

En el este, la situación era todavía más sombría para los Aliados. En vista de la debilidad austriaca, Falkenheyn decidió a comienzos de 1915 que Alemania debía asumir la ofensiva. Su objetivo no era una invasión masiva de Rusia, tal como solicitaban con urgencia Hindenburg y Ludendorff, sino una campaña limitada para dañar al ejército ruso y hacerle retroceder a fin de que no pudiera constituir ya una amenaza estratégica para Austria. A una con esta campaña limitada, los alemanes emprendieron otra acción compleja para minar la moral política y militar rusa (que culminó en la revolución de 1917). Al realizar incursiones mínimas en territorio ruso, los alemanes no amenazaron directamente a la «Madre Rusia»; más bien exacerbaron las dificultades de sus oponentes, forzando al Alto Mando ruso a combatir al final de unas líneas de comunicación largas e inadecuadas.

Los alemanes lanzaron su ofensiva inicial en Galitzia. El 2 de mayo de 1915, el general August von Mackensen atacó posiciones rusas entre Gorlice y Tarnow, tomándolas por sorpresa. En dos semanas, el avance alemán había expulsado a los rusos de Galitzia. Las fuerzas rusas carecían irremediablemente de todo; según observaba un oficial zarista con desesperación: «Al comienzo de la guerra, cuando teníamos cañones, munición y fusiles, vencíamos. Cuando el suministro de municiones y armas comenzó a ceder, aún seguimos luchando con brillantez. Hoy, nuestro ejército, con su artillería y su infantería mudas, se ahoga en su propia sangre». En un mes, los alemanes habían avanzado casi 160 kilómetros y capturado a 400.000 rusos.

En julio, Falkenhayn dio órdenes de que Hindenburg, desde el norte, y Mackensen, desde el sur, expulsaran a las fuerzas rusas de Polonia. Ludendorff sostuvo que un número mayor de refuerzos le permitiría acabar con más rusos, pero Falkenhayn se los negó debido a la

Mapa 13. El frente del este fue testigo de un movimiento que superó ampliamente al de las operaciones militares en el oeste. Ante todo, la proporción entre fuerza y espacio era mucho menor –sobre todo porque el frente era dos veces más extenso–, lo cual incrementaba la posibilidad de penetraciones y la consiguiente explotación de la maniobra. Pero dos factores de importancia muy superior fueron la incompetencia del gobierno zarista, que no consiguió movilizar la capacidad industrial de Rusia para los combates de 1915, y la estrategia adoptada por los alemanes –que nunca avanzaron directamente hacia el interior de Rusia, sino que realizaron una campaña de éxito considerable para desestabilizar el régimen zarista desde dentro, mientras llevaban a cabo ataques limitados en la periferia.

situación en otros escenarios del conflicto. En particular deseaba eliminar a Serbia –donde habían fracasado varios intentos austriacos de tomar Belgrado–, mientras que el ataque de los británicos contra los Dardanelos representaba una considerable amenaza para la posición de las Potencias Centrales en los Balcanes y aconsejaba retener un número importante de reservas para el caso de un hundimiento otomano.

El ataque a los Dardanelos constituyó el único golpe maestro estratégico de la guerra. Fue una operación ideada por Churchill: el primer lord sostenía que un ataque con éxito obligaría a Turquía a abandonar la guerra, abriría unas líneas de abastecimiento esenciales para Rusia, induciría a Rumanía y Bulgaria a luchar en el bando de los Aliados, proporcionaría ayuda directa a Serbia y crearía un tercer frente contra el Imperio austrohúngaro. Ninguna de aquellas posibilidades se hizo realidad debido a que, fueran cuales fuesen los méritos estratégicos de la iniciativa, su ejecución operacional y táctica entrañaba dificultades abismales. En primer lugar, a instancias de Churchill y pasando por encima de las objeciones de los almirantes, la Royal Navy intentó introducirse en el mar de Mármara cruzando entre los fuertes que protegían los Dardanelos, en la esperanza de que, tras abrirse paso, los anticuados buques de guerra de los Aliados pudiesen atacar Constantinopla y provocar el hundimiento de Turquía. Pero la tenaz resistencia de las baterías turcas de tierra se sumó a las minas para frustrar el intento. Entonces, el ministerio de la Guerra accedió a apoyar el ataque con fuerzas terrestres –la 29ª División Regular y tropas imperiales destacadas en Egipto– a las órdenes de sir Ian Hamilton; sin embargo, la planificación fue poco sistemática y las fuerzas de desembarco destinadas a Gallípoli no recibieron entrenamiento en guerra anfibia. Además, no se había dado respuesta a las preguntas más sencillas: ¿había agua en el terreno?, ¿había carreteras?, ¿qué tipo de combate podía producirse?, ¿cuáles eran los puntos fuertes y débiles de las defensas turcas?

La campaña comenzó el 25 de abril de 1915, cuando las fuerzas aliadas empezaron a luchar en tierra sobre la península de Gallípoli. En el cabo de la península, las ametralladoras turcas masacraron a las tropas británicas que atacaban desde el barco de vapor *River Clyde*. Los soldados británicos lograron desembarcar en la costa misma sin encontrar resistencia enemiga, pero los comandantes de campo no tenían idea de qué hacer y no mostraron ninguna iniciativa. Sus tropas consiguieron instalar una cabeza de puente, pero no lograron tomar las cotas altas. En puntos más adelantados de la costa, los soldados del cuerpo Anzac (de Australia y Nueva Zelanda) desembarcaron por error en una zona denominada posteriormente Cueva de Anzac. No se enfrentaron a ningún turco, pero los Anzac avanzaron demasiado despacio hacia las alturas que dominaban el terreno. Antes de que hubiesen alcanzado la cresta llegó allí un desconocido coronel turco, Mustafá Kemal, quien se percató de inmediato de la importancia crítica de la posición y envió a toda prisa refuerzos a las cumbres. Según observó Churchill en su historia de la guerra, «hubo un cúmulo de terribles suposiciones».

El desembarco concluyó en un mortífero callejón sin salida en el que la potencia letal de las armas modernas impedía a ambos bandos salir del punto muerto. Los turcos retenían las cotas altas; las tropas

imperiales, la costa; y ninguno podía obligar al otro a abandonar sus posiciones defensivas. En agosto, los británicos aumentaron el envite. Tras recibir refuerzos, el Estado Mayor de Hamilton planeó lanzar desde la Cueva de Anzac un imposible ataque nocturno contra las colinas en el cual las tropas australianas y neozelandesas sufrieron un gran número de bajas; mientras tanto, en la bahía de Suvla, nuevas divisiones a las órdenes del general Stopford, que no había capitaneado tropas desde 1882, desembarcaron con éxito, pero, acto seguido, se instalaron en medio de una completa desorganización, a la espera de los turcos. Stopford no había sido informado de que sus objetivos eran los cerros que se alzaban a 6,5 kilómetros al este de Suvla, y cuando avanzó, al cabo de tres días, los turcos se hallaban ya preparados. Aquellos fracasos sellaron el destino de la campaña de Gallípoli y los británicos se retiraron durante el invierno. En la zona había luchado casi medio millón de soldados aliados, de los que fueron bajas aproximadamente la mitad. Como consecuencia del fracaso, Bulgaria se unió a las Potencias Centrales y, junto con las tropas alemanas y austriacas, eliminó a Serbia al concluir el año. Las Potencias Centrales impusieron así su pleno control sobre los Balcanes.

Sin embargo, en 1915 se abrió otro frente significativo. La expedición contra Gallípoli, junto con sus propios errores de cálculo, indujo a los dirigentes italianos a creer que la guerra estaba a punto de concluir y que los Aliados iban a ganar. Así pues, en mayo de 1915 entraron en guerra contra Austria. Los italianos se enfrentaban al problema de destruir las posiciones austriacas en los Alpes –problema que ningún ejército de la Primera Guerra Mundial habría podido resolver–, pero sólo consiguieron coaccionar a un gran número de campesinos y lanzar a los miembros más pobres de la sociedad italiana a una serie interminable de ofensivas contra las posiciones austriacas a lo largo del río Isonzo. Aquellas acometidas pusieron de relieve, tanto como cualquier otra, las insuficiencias de las organizaciones militares europeas. En noviembre de 1918, los italianos habían sufrido más de 500.000 bajas, con el único resultado de fijar en el terreno durante tres años un número considerable de fuerzas austrohúngaras que, de lo contrario, habrían podido servir en el frente oriental.

1916: LA GUERRA MORTÍFERA

A finales de 1915, Falkenhayn presentó al káiser un informe estratégico. Según decía en él, el Reich se enfrentaba a una imponente lucha de desgaste contra adversarios con mayores recursos materiales y humanos; tras haber inspeccionado las distintas zonas de guerra, sostenía que no había la menor posibilidad de obtener una victoria decisiva en

ninguna parte. Gran Bretaña seguía siendo claramente el máximo adversario del Reich, pero Alemania carecía de medios para atacarla directamente; los franceses, sin embargo, eran la espada británica en el continente. Falkenhayn proponía, por tanto, una guerra de desgaste para quebrar la moral francesa tomando como blanco la ciudad fortaleza de Verdún. El Estado Mayor general puso en marcha planes para la batalla, pero Falkenhayn no informó al comandante local, el príncipe heredero alemán, de que el asalto a Verdún debía conducir únicamente a una acción de desgaste. Además, en su condición de jefe del Estado Mayor, Falkenhayn controlaba las reservas, y al ordenar que el ataque se lanzara descendiendo por la orilla derecha del Mosa, impidió que las fuerzas del príncipe heredero capturasen Verdún por sorpresa.

Falkenhayn creía que utilizando la artillería más de lo que nunca se había hecho, los alemanes podrían conseguir unas importantes ventajas iniciales con un coste mínimo y, luego, aniquilar todos los contraataques franceses; también suponía equivocadamente que sus fuerzas serían capaces de mantener su superioridad artillera. De todos modos, el ataque inicial estuvo cerca del éxito. Los comandantes franceses habían descuidado aquel sector desde hacía tiempo y no reaccionaron hasta el último momento ante las advertencias del espionaje, que hablaban de una importante ofensiva alemana. El 21 de febrero de 1916, cuatro días después del huracanado bombardeo inicial, los alemanes se apoderaron con pocas pérdidas de Douaumont, una de las defensas del perímetro exterior, y por un momento pareció que podrían obligar a los franceses a salir de Verdún. Pero los alemanes sufrieron más bajas de lo esperado, las reservas no consiguieron llegar a tiempo debido a las medidas cautelosas de Falkenhayn, y los defensores franceses de la orilla izquierda del Mosa causaron pérdidas crecientes entre las tropas alemanas que avanzaban. No obstante, en agosto de 1914, los franceses hicieron exactamente lo que los alemanes deseaban y decidieron defender Verdún a toda costa. El día siguiente a la caída de Douaumont, hicieron intervenir, además, a su mejor general, Philippe Pétain.

Al comenzar la guerra, Pétain era un coronel con escasas perspectivas de promoción, pues abogaba por el poder de la guerra defensiva en la época moderna y se había convertido en un especialista en algo que la mayoría de los oficiales franceses consideraba un arte arcano. Sin embargo, a partir de agosto de 1914, el ascenso de Pétain había sido meteórico. Al llegar a Verdún había encontrado una situación de caos total, pero al ver que los alemanes sólo habían atacado la orilla derecha comentó con acidez: «[Esos caballeros] no conocen su oficio». Pétain reforzó la artillería en la orilla izquierda, restableció una moral que estaba por los suelos y realizó una defensa eficaz de Verdún desde su lecho de enfermo, mientras se recuperaba de una neumonía.

La batalla desembocó en una gigantesca matanza en la que la artillería era el carnicero, y la infantería el ganado. Un capitán francés comunicaba tras haber servido en Le Mort Homme (un terreno elevado al oeste de Verdún) en abril de 1916:

> He regresado de la prueba más dura que he visto jamás... después de cuatro días y cuatro noches –noventa y seis horas–, con las dos últimas jornadas empapado en un lodo helador bajo un terrible cañoneo, sin más refugio que la estrechez de la trinchera, que parecía incluso demasiado amplia. Los *boches*, como es natural, no atacaban: habría sido demasiado estúpido. Era mucho más conveniente practicar un estupendo ejercicio de tiro sobre nosotros... con el siguiente resultado: llegué allí con 175 hombres y volví con treinta y cuatro, varios de ellos medio locos. Un pelotón de cazadores ocupa nuestro lugar. Son el plato siguiente; no tardará en servirse otro, pues el apetito del ogro es insaciable.

Un teniente escribió:

> Primero llegaban unas compañías reducidas a un esqueleto y dirigidas de vez en cuando por un oficial herido apoyado en un palo. Todos marchaban, o, más bien, avanzaban a pasos cortos, zigzagueando como borrachos... Parecía que aquellos rostros mudos gritaran algo terrible, el increíble horror de su martirio. Dos reservistas voluntarios que observaban nuestro regreso lloraban en silencio.

El 1 de abril, las pérdidas alemanas llegaron a tal nivel que el príncipe heredero recomendó a Falkenhayn poner fin a la batalla; sin embargo, el jefe del Estado Mayor, engañado por unos optimistas informes de los servicios de inteligencia que hablaban de un gran número de pérdidas francesas, ordenó realizar un último intento de capturar la ciudad. El 7 de junio, los alemanes tomaron el fuerte de Vaux –después de que una desesperada resistencia de su guarnición de 100 hombres hubiera causado casi 3.000 bajas entre los atacantes– y parecían hallarse a punto de irrumpir en Verdún. En ese momento, el éxito ruso contra los austriacos (véase página 299) y la ofensiva británica del Somme obligaron a Falkenhayn a retirarse y enviar a toda prisa refuerzos a otros frentes, pero la batalla no concluyó. Cuando los alemanes se hallaban a sólo 9,5 kilómetros de Verdún, los franceses contraatacaron. Utilizando tácticas ideadas por el capitán André Laffargue que hacían hincapié en el uso de pequeñas unidades y una dirección descentralizada, las fuerzas francesas, capitaneadas por el general Robert Nivelle, recuperaron Douaumont y Vaux e hicieron retroceder a los alemanes casi hasta sus posiciones iniciales. Verdún había costa-

do a los dos bandos más de 400.0000 muertos y 800.000 heridos –repartidos más o menos por igual entre los adversarios.

El Somme

Mientras concluía el ataque alemán contra Verdún, el ejército británico efectuaba su presentación como actor importante en el frente occidental. En una conferencia celebrada en diciembre de 1915, los dirigentes de los Aliados habían elegido el Somme para su principal iniciativa de 1916, pero Verdún limitó la implicación de los franceses. Ahora, sir Douglas Haig, nuevo comandante de la Fuerza Expedicionaria Británica, se enfrentaba a dos problemas principales: por un lado, las defensas alemanas, con sus profundos refugios y su maraña de alambre espinoso, constituían un grave impedimento para cualquier ataque; por otro, los soldados británicos que se habían presentado voluntarios en 1914 y 1915 seguían siendo unos aficionados en asuntos de guerra, a pesar de sentirse llenos de entusiasmo. Uno de los principales subordinados de Haig, sir Henry Rawlinson, sostenía que, vista la debilidad táctica de los británicos, la Fuerza Expedicionaria Británica debería plantearse sus operaciones en el frente occidental como un asedio gigantesco: mediante el lanzamiento de sucesivos ataques diferenciados y reducidos, las tropas de Gran Bretaña adquirirían experiencia mientras utilizaban la potencia industrial de la nación, ahora plenamente movilizada, para batir a los alemanes. Pero Haig no iba a conseguir ninguno de esos dos objetivos; lo que hizo, en cambio, fue optar por un gran bombardeo artillero seguido por un ataque masivo y estrechamente controlado de la infantería, que avanzó al paso contra las arruinadas posiciones alemanas.

Los preparativos de la artillería británica duraron una semana; 1.437 piezas artilleras dispararon millón y medio de proyectiles sobre las posiciones alemanas. Luego, el 1 de junio, tras haber alcanzado su punto álgido, el cañoneo cesó; a lo largo de un frente de 29 kilómetros, catorce divisiones británicas avanzaron por oleadas. Sin embargo, el bombardeo no había conseguido lo esperado por Haig: una gran parte de las alambradas se habían mantenido intactas y la infantería alemana salió sin demora de sus refugios y masacró a los atacantes en un día despejado y luminoso. Un observador alemán informaba:

> En cuanto los hombres se hallaron en posición, se vio cómo una serie de líneas extensas de infantería avanzaban desde las trincheras británicas... Cuando la línea británica que marchaba en cabeza se hallaba a cien metros, el tableteo de las ametralladoras y los fusiles estalló a lo largo de todo el frente... Algunos disparaban rodilla en tierra para obtener un blanco mejor sobre aquel suelo accidentado, mientras que

> otros, en el enardecimiento del momento, se pusieron de pie sin mirar por su propia seguridad, a fin de disparar contra la multitud de hombres que tenían enfrente. Unos cohetes rojos ascendieron al cielo azul como señal para la artillería, y de inmediato una masa de proyectiles de las baterías alemanas de retaguardia rasgaron el aire y estallaron entre las líneas que avanzaban. Secciones enteras parecían derrumbarse, y las formaciones que cerraban la marcha... se desmoronaban bajo aquella granizada de proyectiles... Los gemidos y los lamentos de los heridos, los gritos de socorro y los últimos alaridos de la muerte se mezclaban con todo aquello... Las extensas líneas de la infantería británica se rompieron como olas contra un acantilado, para acabar retrocediendo.

El 1 de julio salieron de las trincheras unos 120.000 soldados de infantería; hubo 19.240 muertos, 35.493 heridos, 2.152 desaparecidos y 585 prisioneros. Las bajas ascendieron a cerca del 50 por 100 de los atacantes –y, sin embargo, los británicos sólo llegaron a la primera línea de las trincheras enemigas en unos pocos lugares.

Resulta muy comprensible, aunque sea un error, que la historiografía británica haya dirigido su principal atención a la tragedia del primer día e ignorado el resto de la batalla. Los británicos no repitieron sus errores y se concentraron en lanzar unos ataques más limitados que pusieron de relieve su superioridad artillera. Por otro lado, los alemanes lucharon de acuerdo con las demandas de Falkenhayn, que exigía no ceder ni un metro cuadrado de territorio francés, contraatacar en todos los puntos donde los británicos hubieran obtenido una ventaja y dominar el frente de avance del campo de batalla. En consecuencia, la infantería alemana estuvo constantemente expuesta a todo el peso del fuego artillero británico, mientras que sus contraataques incrementaban un número de víctimas que ascendía en espiral. A partir del 2 de julio, los británicos les infligieron una proporción de bajas cercana a las sufridas por ellos, y en algunos casos alcanzaron éxitos aún mayores. El 14 de julio, un ataque lanzado al amanecer por 22.000 hombres del I Ejército de Rawlinson abrió una brecha de 550 metros en las defensas alemanas; lo único que impidió que irrumpieran en ella fue la incapacidad de sus reservas para desplazarse con rapidez.

Dada la superioridad de los Aliados en hombres y material, aquellos niveles de desgaste constituían una grave sangría para la situación alemana en general. La *Materialschlacht* –la lucha de recursos–, característica tanto del Somme como de Verdún, empujó al ejército alemán hacia la derrota de manera lenta pero constante. A finales de agosto, sometido a una intensa presión política provocada por los fracasos militares, el káiser destituyó a Falkenhayn y lo reemplazó por Hindenburg y Ludendorff, colocando claramente al segundo en posición dominante. Los historiadores han puesto correctamente de relieve que las defectuosas medidas indus-

triales y políticas que Ludendorff impondría al Reich contribuyeron significativamente al colapso final, pero han pasado por alto que recompuso la doctrina de combate del ejército alemán. En efecto, los alemanes inventaron el combate moderno, y ese invento prolongó la guerra hasta 1918. Al asumir el mando, Ludendorff reconoció que las tropas alemanas estaban sufriendo una terrible paliza en el Somme. A diferencia de la mayoría de los demás comandantes de la Primera Guerra Mundial, acudió al frente para conocer de primera mano qué ocurría realmente. Según observó en sus memorias, «era mi deber adaptarme a las [condiciones reales]», y en su recorrido para recabar datos exigió que los soldados y los oficiales de Estado Mayor hablaran con franqueza y no se limitaran a «transmitir órdenes». Lo que llegó a saber confirmó sus peores temores; el planteamiento táctico del ejército estaba causando un máximo de bajas entre los alemanes.

Ludendorff expuso el problema a un grupo de oficiales expertos del Estado Mayor general con experiencia reciente en combate. Aquel grupo formuló una nueva doctrina recogida en el manual *Conducción de la guerra defensiva*, concluido en otoño de 1916. Los cambios llegaron demasiado tarde para influir en la batalla del Somme, pero la nueva doctrina transformó la manera de luchar de los alemanes en 1917 y 1918. En vez de acumular masivamente la infantería en las líneas del frente, las posiciones de vanguardia estarían cubiertas únicamente por un delgado despliegue de servidores de ametralladoras. Luego, una serie de puntos fuertes que se adensaban según se avanzaba hacia el interior del sistema infligiría al atacante pérdidas mayores. Entretanto, el grueso de la infantería se mantendría fuera del alcance de la artillería enemiga para lanzar contraataques locales y generales contra cualquier penetración. Sobre todo, la nueva doctrina delegaba la autoridad sobre las decisiones tácticas a los eslabones inferiores de la cadena de mando. A partir de ese momento, los tenientes y capitanes que se hallasen en el campo de batalla tomarían las decisiones críticas respecto a si debían retirarse, resistir o contraatacar.

Mientras, en el este, las cosas habían ido relativamente bien para la Potencias Centrales. Tras los éxitos de 1915, Falkenhayn no vio motivos para seguir golpeando a los rusos hasta el interior de su país. Sin embargo, su desprecio hacia los austriacos provocó una peligrosa situación. A comienzos de 1916, Conrad propuso que las Potencias Centrales expulsaran a los italianos de la guerra; Falkenhayn rechazó la propuesta, pero los austriacos, sin decírselo a los alemanes, siguieron adelante en cualquier caso y trasvasaron sus mejores tropas del frente del este para atacar a los italianos justo antes de que los rusos, respondiendo a los llamamientos desesperados de los franceses, lanzaran una importante ofensiva.

Bajo unos nuevos dirigentes, el Ministerio de la Guerra del zar había movilizado por fin la industria rusa, y equipos y suministros habían

comenzado a fluir hacia el frente. En ese momento, tras varias operaciones afortunadas contra los turcos en el Cáucaso, la STAVKA –el alto mando ruso– decidió lanzar una serie de ofensivas limitadas iniciadas por el ejército del general Alexéi Brusílov en el sur, que establecerían el marco para unas ofensivas de mayor envergadura contra los alemanes en el norte. El propio Brusílov era claramente superior a los demás generales zaristas. Planificó el ataque con gran detalle e instó a sus subordinados a realizar preparativos minuciosos; éstos, a su vez, estaban muy familiarizados con las defensas austriacas, debilitadas por la decisión de Conrad de retirar tropas para lanzar un ataque contra Italia.

El 4 de junio de 1916 comenzó la ofensiva de Brusílov, y los austriacos se vinieron abajo. En dos semanas, los rusos habían hecho 200.000 prisioneros y avanzado más de 650 kilómetros; Austria parecía hallarse de nuevo al borde de la derrota. Falkenhayn sólo consiguió reunir refuerzos suficientes para sostener a su renqueante aliado cerrando el frente de Verdún, aunque, en realidad, los posteriores ataques lanzados por los comandantes del zar demostraron la misma falta de preparación que había caracterizado otras operaciones rusas anteriores. No obstante, el éxito de Brusílov convenció a los rumanos de que el Imperio austrohúngaro se estaba hundiendo, y en agosto declararon precipitadamente la guerra a las Potencias Centrales. Para entonces, Alemania y Austria contaban con fuerzas suficientes para aplastar a Rumanía y controlar sus valiosos recursos: trigo y petróleo. Así, el único resultado estratégico de la entrada de Rumanía en la guerra se redujo a extender la longitud del frente que debía defender un ejército ruso agotado.

El año 1916 no había aportado el éxito a ninguno de los participantes. Verdún había dañado gravemente a los franceses; los británicos no habían logrado obtener triunfos significativos en el Somme; los rusos se hallaban al borde de una revolución. En el otro bando, Austria había sufrido nuevas derrotas, y los alemanes habían experimentado un grado de desgaste que no podían permitirse. Como boxeadores sonados, los adversarios entraron en 1917 en estado de agotamiento; pero nadie podía discernir el final de aquella interminable matanza.

1917: EL AÑO MÁS NEGRO

Al acabar 1916, los franceses sustituyeron a Joffre, cuya falta de éxito había destruido su prestigio, por Robert Nivelle. Nivelle se había ganado fama de innovador, especialmente en Verdún, donde su éxito en la recuperación del terreno perdido en las primeras fases de aquella batalla le había otorgado gran reputación. Ahora que se hallaba al frente del ejército, Nivelle se dispuso a cambiar su doctrina de combate a comienzos de 1917 basándose en un opúsculo táctico escrito por André Laffar-

ge (que había ejercido también una profunda influencia en los alemanes). El objetivo del planteamiento de Laffarge era el desarrollo de maniobras tácticas descentralizadas que permitieran a las tropas irrumpir en las fuertes defensas de las trincheras del frente contrario y atravesarlas, y los éxitos obtenidos en Verdún daban a entender que se hallaba en el buen camino. Nivelle propuso lanzar una gran acometida ofensiva en la primavera de 1917 sirviéndose de aquella nueva doctrina táctica para atravesar las líneas alemanas en la base del gran saliente formado por las posiciones enemigas en Francia.

Sin embargo, todos aquellos supuestos resultaron incorrectos, pues a mediados de invierno Ludendorff dio órdenes de retirarse de una gran parte del saliente. Aquella decisión se explicaba por varias razones. Aunque algunos consideraron un signo de debilidad el abandono del territorio francés, la reducción del frente proporcionó a los alemanes una importante cifra adicional de soldados y les permitió organizar sus nuevas defensas con gran cuidado, sirviéndose del terreno para apoyar sus nuevas concepciones doctrinales. Los alemanes acabaron creando un desierto en las zonas abandonadas, dando con gran acierto a su retirada la denominación en clave de «Alberich», por el nombre del despiadado enano de las sagas de los Nibelungos. La retirada de Ludendorff despojó a la ofensiva de Nivelle de su lógica operacional. Además, el nuevo sistema alemán de defensa en profundidad debilitó las innovaciones tácticas ofensivas emprendidas por los franceses.

En cualquier caso, el ejército francés de 1917 era un instrumento frágil. Los interminables ataques y la sangría sufrida habían agotado a las tropas francesas y a la nación. Además, el ejército francés había cuidado a sus soldados a lo largo de la guerra de forma abominable: sus servicios médicos eran un escándalo, los generales habían derrochado las vidas de sus hombres, la alimentación constituía una farsa, y los permisos concedidos eran completamente inadecuados. Nivelle, dándose tal vez cuenta de estas debilidades, prometió que la siguiente ofensiva acabaría con el ejército alemán. Pero no lo hizo. Es cierto que los franceses no tuvieron grandes dificultades en atravesar las primeras posiciones del frente, pero, según había pretendido Ludendorff, cuanto más profundizaban en su avance, más numerosas eran sus bajas. Al final de la segunda jornada, 120.000 soldados franceses yacían muertos o heridos, y escaseaban las pruebas de que los supervivientes tuvieran alguna posibilidad de atravesar las defensas alemanas. Para completar el desastre, Nivelle se negó a detener la ofensiva después de su fracaso; al igual que su predecesor, siguió adelante con la matanza.

Las tropas respondieron amotinándose. Al principio, unos pocos regimientos se negaron a atacar; pero el desorden no tardó en propagarse por todo el ejército, y en una semana un gran número de regimientos se hallaba en actitud desafiante. La mayor parte de los amotinados desea-

ba, simplemente, un trato decente –en algunos casos, los soldados que participaban en el motín siguieron guarneciendo las trincheras del frente–, pero también estallaron desórdenes en zonas de la retaguardia, y en varios casos soldados borrachos atacaron a oficiales de Estado Mayor, mientras otros propinaban palizas a los miembros del servicio médico. En París, los derrotistas hicieron oír su voz en demanda de paz.

Francia temblaba al borde del colapso. Los políticos franceses, desesperados, acudieron a Georges Clemenceau, el único político lo suficientemente firme como para no dejarse engañar por la crisis. Clemenceau, a su vez, nombró a Pétain para que recompusiera el ejército. Luego, impuso orden en París mientras Pétain disciplinaba el ejército. Al final se fusiló a veintitrés amotinados y se hizo marchar a otros 250 a tierra de nadie, donde fueron aniquilados por la artillería. Pero, junto con estas medidas, Pétain giró visita a casi todas las divisiones para escuchar quejas y puso en práctica una reforma concienzuda de la atención médica, las medidas de permisos y otras causas de agravio. Sobre todo dejó claro que economizaría las vidas de sus soldados. No obstante, el ejército francés siguió siendo incapaz de llevar a cabo operaciones militares importantes durante el resto del año 1917. Por tanto, al haber estallado la revolución en Rusia y mientras los norteamericanos se hallaban sólo en los inicios de su movilización, el peso de la lucha recayó sobre la Fuerza Expedicionaria Británica.

Pocos datos históricos dan a entender que Haig extrajo alguna lección de los fallos de 1916. El Alto Mando británico había encomendado el desarrollo de la táctica a los diversos ejércitos que servían a sus órdenes en el frente occidental. En consecuencia, no se había realizado ningún intento coherente de introducir nuevos planteamientos, como en el ejército alemán. En vez de ello, cada uno de los ejércitos británicos abordó el problema de la innovación táctica según su estilo peculiar; en algunos casos, en particular en los de los ejércitos de Rawlinson y Plumer, las medidas adoptadas fueron realistas e innovadoras e hicieron hincapié en una preparación cuidadosa, en la sorpresa y el engaño y en la considerable fortaleza artillera del ejército británico. Un ataque lanzado por las tropas de Plumer tomó la cresta de Messines en junio de 1917 gracias a una cuidadosa planificación operacional que coordinó con eficacia los ataques de la artillería y la infantería y destruyó las posiciones alemanas, causando sólo pérdidas ligeras entre los atacantes. Este éxito da a entender cuánto podrían haber logrado los británicos en 1917. Sin embargo, aquel planteamiento no habría tenido como resultado una penetración brillante en el frente occidental, que era lo deseado por Haig. De ahí que prefiriera las propuestas atrevidas y poco realistas de Hubert Gough, su colega del cuerpo de caballería.

Flandes había interesado a Haig desde sus primeros días en el mando como el lugar para una posible ofensiva, pero en 1916 los franceses

empujaron a los británicos a la ofensiva del Somme; en 1917, Haig pudo elegir, sin embargo, el terreno y escogió Flandes. Aquella elección estaba respaldada por una sólida lógica estratégica, pues las bases de submarinos alemanes en la Bélgica ocupada constituían una amenaza para los barcos aliados; no obstante, los planes de Haig, como los de 1916, se situaban en un mundo ensoñado de guerras napoleónicas –esperaba que la artillería machacara las fuerzas del frente alemán hasta someterlas; luego, la infantería abriría una vía de penetración para la caballería, que emprendería una vigorosa persecución del enemigo batido.

Flandes había sido una gran zona pantanosa primigenia hasta que, en la Edad Media, sus habitantes excavaron un complejo laberinto de canales de drenaje. El mes de agosto descarga cada año abundantes precipitaciones sobre la región; sin embargo, ésos fueron el momento y la zona precisos elegidos por Haig para su gran ofensiva. El 15 de julio de 1917 comenzó el fuego artillero británico, que continuó durante los dieciséis días siguientes y destruyó por completo el sistema de drenaje. El 31 de julio, la infantería salió de las trincheras en Passchendaele, cerca de Ypres, y al día siguiente comenzaron las lluvias. El bombardeo y la lluvia no tardaron en transformar el paisaje rural en una ciénaga de barro pegajoso. Además, los proyectiles cayeron con máxima violencia sobre las avanzadas alemanas y dejaron intactas en gran medida las principales posiciones defensivas de la retaguardia, de modo que los primeros ataques británicos conquistaron una porción mínima de terreno. Haig, no obstante, reafirmado por su optimista Estado Mayor, informó a Londres de que todo iba bien. El jefe de sus servicios de inteligencia, el general Charteris, y el de su Estado Mayor, Launcelot Kiggell, fueron instrumentos especialmente conscientes de aquellos engaños; cuando concluyó la batalla y Kiggell se disponía a regresar a Londres, visitó la línea del frente por primera vez. Su lastimero comentario –«Dios mío, Dios mío, ¿realmente hemos mandado a los hombres a luchar en este terreno?»– lo dice todo sobre la dirección de la Fuerza Expedicionaria Británica.

Como había ocurrido en el Somme, Passchendaele se convirtió en otra atroz batalla de desgaste. El 13 de septiembre, el ejército de sir Herbert Plumer atacó en un frente de 3.600 metros disparando 3.500.000 proyectiles como medida previa al ataque. Pero una gran parte de la infantería alemana aguardaba fuera del alcance de la artillería, y sus bajas se redujeron significativamente por comparación con las sufridas en el Somme. No obstante, Passchendaele fue una terrible experiencia para todos los participantes. Un oficial australiano observó después de realizar una patrulla de reconocimiento:

> La colina estaba cubierta de muertos, suyos y nuestros. Caminé hasta un búnker y descubrí que no era más que una masa de cadáve-

> res, por lo que pasé con cuidado hasta el siguiente. Allí encontré a unos cincuenta hombres vivos, del regimiento de Manchester. Nunca he visto a tantos hombres tan destrozados o tan desmoralizados. Se apiñaban justo detrás del búnker en un estadio final de agotamiento y miedo. Los teutones habían estado disparando contra ellos todos los días, y aquella jornada habían dado cuenta de cincuenta y siete –los muertos y moribundos yacían en montones–. Los heridos eran numerosos, carecían de atención médica y estaban tan débiles que gemían; algunos llevaban ya allí cuatro días.

Cuando Haig suspendió, por fin, la ofensiva de Passchendaele a finales de octubre, las bajas británicas se acercaban a 300.000; incluidas las francesas y las del Imperio británico, los Aliados habían perdido más de 400.000 hombres; los alemanes, 270.000. Aunque es posible alegar que los alemanes podían soportar sus bajas todavía menos, semejante razonamiento no excusa apenas la falta de imaginación de unos líderes que enviaron a la muerte a tantos soldados en tales condiciones.

En noviembre de 1917, los británicos demostraron que existía una alternativa al enfoque de Haig. Los tanques habían hecho su primera aparición en el Somme, pero, como todas las armas nuevas, adolecían de problemas de crecimiento. Sin embargo, cuando la batalla de Flandes se estancó, el general Ellis, comandante del cuerpo de tanques, dio a entender que una incursión de carros de combate contra las posiciones alemanas alejadas de Flandes podría obtener algún éxito. Sometido a presiones políticas por parte de Lloyd George por el elevado número de bajas sufridas en Flandes, Haig accedió. El 20 de noviembre, tras un breve cañoneo preliminar, los tanques británicos atacaron posiciones alemanas frente a Cambrai. Los defensores no disponían de reservas, y las divisiones defensivas eran de «Clase B», las más débiles del ejército alemán. La posición se derrumbó; en un día, y con un coste de menos de 5.000 bajas, los tanques británicos y la infantería de apoyo conquistaron más territorio que el ganado en tres meses por la ofensiva de Passchendaele. Pero no había reservas a mano, y los esfuerzos para preparar las defensas resultaron inadecuados. Aquella misma semana, un mortífero contraataque alemán golpeó las posiciones británicas en torno a Cambrai utilizando por primera vez una nueva doctrina ofensiva formulada por Ludendorf y sus planificadores e hizo retroceder a los británicos más allá de sus líneas de partida. Haig y Ludendorff concluyeron que el tanque era un arma fallida.

Mientras en el oeste proseguían las batallas demoledoras, en Rusia se producían acontecimientos trascendentales. En febrero de 1917, el gobierno zarista se derrumbó; en cuestión de días desparecieron todos los vestigios del régimen y, en su lugar, un batiburrillo de partidos políticos mal preparados instauró una república provisional. Para aumen-

tar la confusión, los alemanes permitieron al proscrito dirigente revolucionario Vladímir Ílich Lenin cruzar su territorio en un vagón de tren sellado procedente de Suiza para que pudiera regresar a Rusia. A lo largo de 1917 y 1918 proporcionaron abundantes cantidades de dinero a él y a su partido para que pudieran realizar una campaña de subversión contra lo que quedaba del esfuerzo de guerra ruso, pues Lenin era el único político de Rusia que instaba a poner fin a la guerra de inmediato. Lenin difundió la consigna socialista de «paz y pan», postura que reflejaba tanto las necesidades de sus tesoreros alemanes como sus propios instintos. Con su propaganda bien financiada, los bolcheviques socavaron la república provisional e influyeron de manera significativa en la moral del ejército, al tiempo que una ofensiva mal preparada exacerbaba en julio el hundimiento de la disciplina en las unidades rusas. Aquel mes fue testigo del fracaso de un golpe de Estado en San Petersburgo, pero cuatro meses más tarde un derrumbamiento general del ejército y del gobierno civil permitió a Lenin hacerse con el poder.

Destruida la disciplina y la resistencia del ejército ruso, el nuevo régimen, enfrentado en ese momento a las exigencias alemanas y austriacas, sólo pudo marchar por la senda de una cobarde sumisión. Las negociaciones iniciales fracasaron, pero un rápido avance alemán no tardó en convencer a Lenin de que la retórica revolucionaria no podía detener el poder militar. En marzo de 1918, con los alemanes a sólo 160 kilómetros de la capital, los bolcheviques acordaron la paz en Brest-Litovsk y entregaron los Estados bálticos, Polonia, Finlandia y una gran parte de Ucrania. Pero las ambiciones alemanas eran casi ilimitadas; en vez de trasladar tropas al oeste, Ludendorff dejó una parte considerable en el este para apoderarse de nuevos territorios. A comienzos de mayo, los alemanes habían ocupado el resto de Ucrania, Crimea y Finlandia, y Ludendorff soñaba con un imperio teutón que llegara hasta los Urales. El tratado de Brest y sus repercusiones pusieron de relieve la magnitud de las ambiciones territoriales de Alemania e hicieron que sus ulteriores protestas por la injusticia del acuerdo de Versalles sonaran a hueco.

Mientras Rusia se hundía, los alemanes proporcionaron a los austriacos un pequeño grupo de divisiones de élite para lanzar un nuevo ataque contra Italia. El 24 de octubre de 1917, una ofensiva austroalemana destruyó a un ejército italiano que se hallaba ya en una forma desesperada: los continuos fracasos militares, el trato atroz dado a los soldados y el derrumbamiento de la moral nacional habían creado una situación propicia para el desastre. La línea del frente se vino abajo en un solo día en Caporetto, en el valle del Isonzo, y el avance de austriacos y alemanes salvó en algunas zonas la distancia inaudita –al menos en Occidente– de 16 kilometros. Un oficial alemán (Erwin Romel), con una compañía reforzada, apresó a unos 10.000 italianos en el curso de una jornada. Durante un tiempo pareció que Italia tendría que

solicitar la paz, pero los alemanes fueron incapaces de mantener un esfuerzo prolongado en el teatro de operaciones, mientras que Austria sola era lo bastante fuerte como para sacar a Italia de la guerra. Con una considerable ayuda de las fuerzas inglesas y francesas, los italianos detuvieron el avance enemigo a orillas del Piave. Pero el descalabro de Caporetto fue un signo más de la situación desesperada en que se hallaba en ese momento la causa de los Aliados.

1918: EL AÑO DECISIVO

En otoño de 1917, los especialistas tácticos de Ludendorff habían formulado una nueva doctrina ofensiva –un «ataque en profundidad» análogo a su afortunada «defensa en profundidad»– y a lo largo del invierno siguiente los alemanes reorganizaron y volvieron a adiestrar intensamente a un pequeño grupo de divisiones de elite de acuerdo con aquellas nuevas tácticas. Cuarenta «divisiones de asalto», aproximadamente, recibieron equipo nuevo, los mejores suboficiales y oficiales y una sólida dosis de formación en las nuevas concepciones. Resulta significativo que toda clase de oficiales, incluidos los comandantes de división, pasaran por las academias de formación para impartir unos conocimientos minuciosos de la doctrina en todos los niveles. El nuevo planteamiento insistía en la delegación de la autoridad de arriba abajo hasta los suboficiales y reintrodujo la idea de maniobra en el campo de batalla, aunque estrechamente vinculada a la potencia de fuego y coordinada con ella. Además, la nueva doctrina exigía a las tropas alemanas hacerse con la iniciativa y mantenerla explotando las rupturas de la línea enemiga; tenían la obligación de penetrar de la manera más rápida e implacable en las zonas de retaguardia. La clave estaba en la rapidez.

No obstante, la posición alemana estaba socavada por iportantes debilidades. Fuera de las unidades de elite, el resto del ejército carecía de equipamiento, material humano y adiestramiento para aplicar la nueva forma de guerra. Además, la concentración de los mejores suboficiales y oficiales en las tropas de asalto hizo que la capacidad de combate de otras unidades cayera en picado. Ludendorff tendría que ganar la guerra con sus escasas divisiones de elite antes de que llegaran los norteamericanos; si no lo hacía, el resto del ejército no podría resistir mucho tiempo. En definitiva, aunque los alemanes habían reflexionado con admirable minuciosidad sobre los problemas tácticos del campo de batalla, tenían poca idea de cómo traducir en victoria los éxitos tácticos. Cuando el príncipe heredero Roberto preguntó a Ludendorff sobre los objetivos operacionales para la ofensiva de primavera, éste le replicó: «Me opongo a la palabra “operacional”. Abriremos una brecha en [su línea de frente]. Y en cuanto a lo demás, ya veremos». Ludendorff de-

cidió asestar su primer gran golpe contra el V Ejército de Gough y el III de Plumer.

Durante el invierno de 1917-1918, Haig dio a conocer también unas directrices para la defensa en profundidad, pero su cuartel general se mostró incapaz de promulgar una doctrina sistemática entre la Fuerza Expedicionaria Británica. En la mayoría de las posiciones defensivas de los británicos, la infantería se mantenía en vanguardia, al alcance del fuego de la artillería enemiga; la coordinación entre artillería e infantería seguía siendo inconsistente; y pocos oficiales tenían la formación requerida para operar con independencia cuando se derrumbaba la estructura de mando. Sin embargo, Haig y su Estado Mayor se olvidaban de esas debilidades. El 2 de marzo, el comandante de la Fuerza Expedicionaria Británica registraba en su diario:

> He dicho... a los comandantes del ejército que me sentía muy contento con todo lo que he visto en los frentes de los tres ejércitos. Los planes eran sólidos y ya se ha realizado mucho trabajo. Lo único que temía era que el enemigo se encontrara con que nuestro frente es tan sumamente fuerte que dudase en lanzar su ejército al ataque, al tener la certeza casi total de que iba a sufrir pérdidas muy considerables.

La ofensiva alemana comenzó a las cinco de la mañana del 21 de marzo de 1918; 6.473 obuses abrieron fuego sobre un frente de 65 kilómetros con disparos que saturaron todas las trincheras, posiciones de baterías y almacenes de suministros. A las 9.35 de la mañana, 3.500 morteros de trinchera sumaron su voz al bombardeo; 5 minutos más tarde avanzaron treinta y dos divisiones, mientras otras treinta y nueve permanecían en reserva. Los alemanes lanzaron a más de un millón de hombres en la ofensiva «Michael». Las defensas británicas se desintegraron casi de inmediato. Al segundo día, los ataques alemanes habían destrozado el V Ejército de Gough, aunque, en el norte, las fuerzas de Plumer resistieron con mayor eficacia en una zona donde los alemanes pretendían conseguir triunfos importantes. En ese momento, Ludendorff desaprovechó su última oportunidad de ganar la guerra. A pesar de que el avance en el sur amenazaba con escindir a británicos y franceses, decidió reforzar la acometida del norte, que había obtenido pocos resultados. Además, durante el avance alemán se produjeron incidentes perturbadores: hasta las tropas de asalto, sumamente disciplinadas, mostraron cierta propensión a saquear en su marcha los depósitos de abastecimiento de los aliados. Los lazos de la disciplina se aflojaban incluso entre los mejores soldados.

Durante un tiempo, Haig se preparó para retroceder hacia el canal de La Mancha y cortar sus vínculos con los franceses, pero se produjeron dos hechos cruciales. En primer lugar, Pétain intervino de ma-

nera admirable enviando a toda prisa refuerzos desde el sur; en segundo lugar, los gobiernos de los Aliados, al encararse a la derrota, instituyeron un mando supremo para controlar y coordinar el esfuerzo global. Ferdinand Foch, brillante profesor y dirigente militar, se convirtió en comandante en jefe de las fuerzas aliadas. En una semana, sus soldados habían detenido la ofensiva. Por más impresionante que hubiera sido su avance, los alemanes fueron los auténticos perdedores de la operación «Michael»: las nuevas tácticas no eran baratas, pues los atacantes sufrieron fuertes bajas; además, los alemanes no consiguieron nada de importancia estratégica u operacional. Al final, las nuevas líneas de frente establecidas una vez concluida la ofensiva resultaron más difíciles de defender y requirieron más soldados.

No obstante, Ludendorff dirigió su atención hacia el sector norte del frente británico. Tenía la intención de atacarlo en toda su longitud, pero debido a las numerosas pérdidas sólo disponía de once divisiones. Los alemanes volvieron a obtener un impresionante éxito táctico que no condujo a ninguna parte. Los miembros de las tropas de asalto se lanzaron adelante ayudados por el derrumbamiento de algunas unidades portuguesas; pero carecían de la capacidad necesaria para explotar su penetración en el plano operacional, mientras que Haig contaba con suficientes reservas en la zona. Al ver que las reservas de los Aliados se concentraban en el norte, Ludendorff decidió atacar a los franceses en las orillas del Aisne. A finales de mayo había concentrado cuarenta y cuatro divisiones a lo largo del Chemin des Dames. Paradójicamente, tres divisiones británicas fuertemente vapuleadas en marzo habían llegado a la zona para descansar y recomponerse. Pétain ordenó a los comandantes franceses preparar defensas en profundidad, pero el general Duchesne, comandante del I Ejército, desobedeció, por lo cual los propios británicos, que estaban mejor enterados, tuvieron que completar con infantería las trincheras del frente.

El 27 de mayo comenzó un bombardeo masivo lanzado por 4.000 cañones, con generosas dosis de proyectiles de gas mezclado con sustancias altamente explosivas. Tres horas después, la infantería alemana salió de sus trincheras. El frente aliado se derrumbó y, en una jornada, el VII Ejército alemán cruzó dos ríos –y en algunos lugares tres– y creó un saliente con una base de 40 kilómetros que penetraba 20 kilómetros en las líneas de los Aliados. Los atacantes destruyeron cuatro divisiones que guardaban el frente y otras cuatro que marchaban hacia él, y su avance prosiguió sin desmayo el día siguiente. La única intención de Ludendorff había sido lanzar un ataque contra el Chemin des Dames para obligar a retirar del norte reservas de los Aliados antes de un asalto final en Flandes. Sin embargo, el éxito se le subió a la cabeza, dio carta blanca a los comandantes y envió reservas a toda prisa para proseguir el avance a pesar de la falta de un objetivo discernible. No obstante, la tarde del 30 de

Frente occidental, marzo-julio de 1918
Línea del frente, 21 de marzo
Ofensiva alemana, Somme, 21 de marzo-4 de abril
Ofensiva alemana, Lys, 9-29 de abril
Ofensiva alemana, Ainse, 27 de mayo-4 de junio
Ofensiva alemana, Noyon-Montdidier, 8-12 de junio
Ofensiva alemana, Champagne-Marne, 5-17 de julio
Bélgica
Francia
Flandes
Nieuport
Thourout
Dixmude
Gante
Staden
Roulers
Lys
Passchendaele
Ypres
Hazebrouck
Neuve Chapelle
Lille
La Bassee
Festubert
Loos
Lens
Souchez
Drocourt
Vimy
Douai
Arras
Mons
Sambre
Thuin
Maubeuge
Florennes
Dinant
Marche
Cambrai
Avesnes
Givet
Bapaume
Le Cateau
Fumay
Albert
Somme
Peronne
St. Quentin
Hirson
Neufchâteau
Proyart
Chaulnes
Guise
Vervins
Bouillon
Villers-Brettoneux
Ham
Mézières
Roye
La Fère
Sedan
Montdidier
Barisis
Noyon
Laon
Stenay
Juvigny
Aisne
Rethel
Compiègne
Craonne
Noyon-Montdidier
Soissons
Oise
Bosque de las Ardenas
Reims
Verdun
Chantilly
Château Thierry
Champagne-Marne
Ste Menehould
Marne
Epernay

Frente occidental, agosto-noviembre de 1918
Línea del frente, 30 de agosto
Línea del frente, 25 de septiembre
Línea del frente, 11 de noviembre
Ofensiva belga y británica, 25 de septiembre
Ofensiva británica, 25 de septiembre
Ofensiva franco-norteamericana, 25 de septiembre
Bélgica
Francia
Flandes
Nieuport
Thourout
Dixmude
Staden
Lys
Ypres
Hazebrouck
Lille
Neuve Chapelle
La Bassee
Festubert
Loos
Lens
Souchez
Drocourt
Vimy
Douai
Arras
Mons
Sambre
Thuin
Maubeuge
Florennes
Dinant
Marche
Cambrai
Avesnes
Givet
Bapaume
Le Cateau
Fumay
Albert
Proyart
Peronne
Hirson
Neufchâteau
Chaulnes
St. Quentin
Guise
Vervins
Bouillon
Villers-Brettoneux
Ham
Mézières
Roye
La Fère
Sedan
Montdidier
Barisis
Noyon
Laon
Stenay
Juvigny
Craonne
Rethel
Compiègne
Soissons
Aisne
Bosque de las Ardenas
Oise
Reims
Verdun
Chantilly
Château Thierry
Ste Menehould
Marne
Epernay

mayo de 1918, los alemanes llegaron al Marne, a menos de 65 kilómetros de París. Francia fue presa de un pánico nacional, mientras el gobierno se preparaba de nuevo para escapar a Burdeos.

Sin embargo, Pétain se negó a caer en el pánico. Al día siguiente del comienzo de la batalla hizo que dieciséis divisiones marcharan hacia el Marne. Dejó claro a sus subordinados y a los políticos que a las fuerzas anglofrancesas les bastaba con resistir unos pocos meses más para que llegara una avalancha de norteamericanos y, efectivamente, Estados Unidos comenzó en ese momento a proporcionar una ayuda sustancial a sus aliados, que se encontraban en una situación apurada. El 4 de junio, tropas de EEUU dieron lo mejor de sí en Château-Thierry y, con apoyo francés, lograron detener el avance alemán. Aunque los norteamericanos se mostraron torpes desde el punto de vista de la táctica, su entusiasmo y su vigor levantaron de manera fundamental la moral de los franceses. Entretanto, los alemanes se prepaban para lanzar su cuarta ofensiva. En esta ocasión tomaron como blanco a los franceses con el fin de eliminar el hueco existente entre los salientes formados por las ofensivas de primavera, pero los preparativos se llevaron a cabo tan mal que sus adversarios estuvieron avisados con creces. Los comandantes franceses del sector volvieron a llenar las trincheras de su línea de frente con soldados de infantería en un lugar donde el fuego artillero podía masacrar a muchos de ellos; pero, al menos, se hallaban preparados. Las bajas alemanas volvieron a ser numerosas, y las ganancias pocas.

Las fuerzas alemanas que se disponían en ese momento a lanzar su última gran ofensiva de la guerra eran un ejército maltrecho y cansado. Ludendorff, falto de ideas y casi sin recursos humanos, dirigió su último golpe contra Reims. Todavía creía que podría lanzar una gran acometida para quebrantar a los británicos; no obstante, a fin de fomentar la moral, dio a su inminente ataque el nombre en clave de *Friedensturm*, «ofensiva de paz». Los Aliados, advertidos nuevamente de antemano, prepararon por fin una defensa en profundidad, y Foch proporcionó once divisiones como refuerzo. El último asalto alemán resultó

Mapa 14a, b. Las ofensivas de 1918: ataques alemanes de la primavera (izquierda) y avances de los Aliados en el último medio año de la guerra (derecha). Los ataques alemanes produjeron avances no vistos desde 1914, pero no aportaron ningún resultado decisivo. Estos desplazamientos sirvieron sólo para conquistar territorio, pero no objetivos estratégicos, y las ganancias obtenidas resultaron más difíciles de defender que las líneas de partida de los ataques. En realidad, el resultado esencial fue que el ejército alemán se destruyó a sí mismo en el proceso de atacar. Las tropas aliadas avanzaron contra un adversario derrotado y que se desmoronaba. El ejército británico cargó con el peso principal del esfuerzo en una de las campañas de más éxito, pero menos analizadas, de su historia.

aún más desastroso para los atacantes de lo que había sido para los franceses la ofensiva del Nivelle en la primavera de 1917. Los alemanes no consiguieron apenas afianzarse en las trincheras de la línea del frente, a pesar de haber sufrido un número de bajas sumamente alto, y su moral tocó fondo. Desde el lanzamiento de la ofensiva «Michael» habían resultado muertos o heridos un millón de soldados alemanes, y las divisiones de tropas de asalto habían padecido con especial dureza; además, tras cuatro años de matanzas, aquellas pérdidas eran insustituibles. La moral cayó tan bajo que desertó más de medio millón de soldados. Los incesantes ataques de Ludendorff habían arruinado el ejército y lo habían tensado hasta el límite, mientras que la fuerza aliada crecía rápidamente con la llegada de cientos de miles de norteamericanos.

Los franceses fueron los primeros en atacar. El 18 de julio, su X Ejército golpeó el flanco occidental del saliente del Marne. En las primeras horas del ataque amenazaron Soissons, ciudad de la que dependían las fuerzas alemanas del saliente para abastecerse. Al final, los alemanes escaparon, pero habían sufrido su primera derrota importante de 1918. Foch ordenó entonces a sus subalternos lanzar una serie de ataques para ejercer una presión constante sobre los agotados alemanes. El siguiente golpe se asestó en el norte. El 8 de agosto de 1918, soldados del Imperio británico –australianos y canadienses–, apoyados por un gran número de tanques británicos, atacaron cerca de Amiens a un adversario escasamente preparado. La artillería británica eliminó a la enemiga, mientras los tanques cubrían la infantería que cruzaba la zona batida. Seis divisiones alemanas se desplomaron –en realidad, su hundimiento fue tan completo que los soldados que se retiraban intentaron impedir que las fuerzas de reserva recompusieran el frente–. Los vehículos blindados británicos se introdujeron en las zonas de la retaguardia alemana y echaron por tierra los preparativos de la reserva para un contraataque. Más de dos tercios de las pérdidas alemanas fueron prisioneros de guerra –lo cual constituía un signo peligroso–. Ludendorff admitió más tarde que el 8 de agosto había sido el «día negro de la guerra para el ejército alemán».

Aquel asombroso éxito británico estuvo acompañado por un número mínimo de bajas. Los tanques fueron un factor ganador en la guerra y, aunque todavía eran relativamente escasos, los británicos podrían haber lanzado, no obstante, al menos uno y, probablemente, dos ataques más utilizando como eje su fuerza de carros de combate; pero los principales dirigentes de la Fuerza Expedicionaria Británica no lograron percatarse del potencial de aquella arma. Haig se sirvió, en cambio, de los tanques en pequeñas concentraciones y confió, como de costumbre, en una combinación de artillería e infantería para lograr el éxito en las operaciones ofensivas. No obstante, en septiembre, la Fuerza Expedicionaria Británica había roto las principales defensas alemanas en el oeste –la Línea Sigfrido–, alejado al enemigo de la costa belga y recuperado casi Bruse-

las. Pero aquellos éxitos se lograron con un gran coste: paradójicamente, las bajas británicas de agosto a noviembre de 1918 superaron las padecidas en Passchendaele el año anterior, a pesar de que los beneficios fueron, por supuesto, de un nivel completamente distinto.

A medida que los británicos hacían retroceder a los alemanes, los franceses lanzaron en el centro ataques cuidadosamente controlados que golpeaban a sus adversarios pero causaban bajas relativamente escasas en los atacantes. La primera ofensiva norteamericana importante se produjo contra el saliente de Saint Mihiel, al sudeste de Verdún. Los preparativos de las fuerzas de EEUU fueron tan torpes que los alemanes creyeron que se trataba de un intento de engaño; no obstante, en el momento en que los norteamericanos atacaron apoyados por una fuerza de más de 1.000 aviones, ellos se retiraron para acortar sus líneas. Después de Saint Mihiel, las tropas de EEUU, cada vez más numerosas, marcharon contra posiciones enemigas más intimidantes en el sector del río Mosa y el bosque de Argonne, donde se toparon con una formidable oposición: la sangría, agravada por las deficiencias de adiestramiento, fue terrible –aunque no peor que las experimentadas por sus aliados en momentos anteriores de la guerra.

En el frente occidental, la derrota acosaba a los alemanes. De las tropas de asalto no quedaba prácticamente nada; las divisiones defensivas cayeron al 20 por 100 de su organigrama; sólo los servidores de las ametralladoras ofrecían una resistencia tenaz. Pero la situación en el oeste era en ese momento la menor de las preocupaciones de Alemania. La hambruna acechaba en el territorio patrio, mientras las huelgas y la agitación obrera ponían en grave peligro la producción industrial. Bulgaria y Turquía, aliadas de Alemania, agotadas por cuatro años de guerra, firmaron la paz en septiembre y octubre; en noviembre, tropas aliadas procedentes de Salónica habían alcanzado la llanura húngara, mientras soldados italianos y británicos cruzaban el Piave y marchaban contra Austria, que firmó un armisticio el 3 de noviembre. Ludendorff, desesperado, pidió a los políticos que consiguieran un alto el fuego con el fin de estabilizar la situación militar, que se deterioraba. Pero era demasiado tarde; a Alemania no le quedaban ya cartas que jugar. El nombramiento de un canciller liberal, el príncipe Max de Baden, no logró suavizar las exigencias de los Aliados para que Alemania abandonara la lucha y la confesión del alto mando de que la guerra estaba perdida desencadenó la revolución en el país. La armada alemana se sumó a los problemas del Reich al decidir trasladar la Flota de Alta Mar al mar del Norte para emprender un «crucero de la muerte» a fin de mantener su honor. Sin embargo, los marinos reclutados, endurecidos por cuatro años de malos tratos y una alimentación espantosa, no tenían intención de morir por el honor de la armada. Se sublevaron y el resultado fue la revolución y el hundimiento del Imperio de Bismarck. El emperador

abdicó y, prefiriendo la deshonra a la muerte, huyó a Holanda; Ludendorff, disfrazado con una barba postiza, escapó a Suecia. Las hostilidades cesaron en el frente occidental el 11 de noviembre de 1918.

La guerra en la patria

La conducción de la guerra dejó mucho que desear en los terrenos político y estratégico. Si los generales europeos tuvieron dificultades para adaptarse a los retos de la guerra, los políticos resultaron poco mejores. Cuando los alemanes se acercaron a París en 1914, el gobierno francés abandonó la capital para huir a Budeos y se quedó allí gran parte del año siguiente. Era difícil que su pusilanimidad les permitiera cuestionar la estrategia de Joffre. En Gran Bretaña, el primer ministro Asquith se vio abocado a una crisis debido a las dificultades de Gallípoli –Churchill perdió el poder, mientras que los conservadores se unieron al gobierno para formar una coalición–, pero el gobierno nacional no modificó su planteamiento de *laissez faire*. Lo único que trajo el cambio en Gran Bretaña fue el descontento nacional, unido a la escalada de la guerra: en diciembre de 1916, David Lloyd George dio un golpe de palacio y sustituyó a Asquith, pero al actuar así destruyó su propio partido y debilitó la capacidad del gobierno para controlar a Haig. En Francia, el hundimiento del ejército en 1917 y un gobierno débil acabaron llevando al poder al violento Clemenceau. Estas dificultades políticas reflejaban, en parte, las presiones que la guerra imponía a la sociedad, así como las tensiones entre generales y dirigentes civiles.

Los alemanes eligieron una vía distinta. En vez de poner la dirección de la guerra al mando de un líder político fuerte, la encomendaron a los generales. El ascenso de Hindenburg y Ludendorff a una condición prácticamente dictatorial situó en todos los casos la conveniencia militar por encima de la prudencia política. La declaración de guerra contra Estados Unidos constituyó el ejemplo más destacado de las deficiencias de un gobierno militar. Pero el denominado plan Hindenburg, con sus agobiantes exigencias a la industria alemana, destruyó una tenue unidad nacional y, finalmente, la propia economía. Los militares alemanes redoblaron sus apuestas desde el comienzo hasta el final, sin ningún sentido de la relación entre medios y fines. Su objetivo era *Weltmacht oder Niedergang* –«el poder mundial o el hundimiento»– y acabaron teniendo el segundo.

En el este, los dos grande imperios autocráticos, el austrohúngaro y el ruso, se adaptaron con menor fortuna. La Rusia zarista sometió a su pueblo a una tensión que lo llevó a la ruptura debido a las decisiones nada profesionales de sus gobernantes, hasta que el colapso militar echó por tierra el edificio del gobierno civil y entregó la nación a

los revolucionarios radicales, quienes no tardaron en hacer que muchos rusos anhelaran las ineptitudes del anterior régimen. Los austriacos se hicieron un lío del principio al fin, sorprendiéndose, sin duda, a sí mismos y sorprendiendo también a sus adversarios, pero, luego, su Estado multinacional se hizo añicos y sus fragmentos siguen agobiando al mundo en lugares como Bosnia.

El coste humano de la guerra es casi inimaginable para quienes viven a finales del siglo XX. Se movilizó a más de 70 millones de personas, de las que más de nueve murieron en servicio, la gran mayoría de ellas en la veintena o la treintena. Los soldados británicos muertos fueron unos 700.000. Los países de la Commonwealth perdieron otros 250.000 hombres. Los italianos, más de 500.000. Austria, 1,1 millones; Francia, 1,3; y Alemania, 2. Las repercusiones de estas pérdidas fueron desiguales. En Australia se alistaron como voluntarios para luchar en la guerra casi la mitad de los hombres aptos para el servicio de edades entre dieciocho y cuarenta y cinco años; de ellos fueron heridos o mutilados más de una tercera parte, y casi una sexta parte perdió la vida. Entre los serbios, murió cerca del 40 por 100 de quienes prestaron servicio, al igual que el 30 por 100 de los turcos y el 25 por 100 de los rumanos y los búlgaros. Francia, Rusia, Gran Bretaña y sus dominios, el Imperio austrohúngaro y Alemania perdieron entre el 11 y el 17 por 100 de sus soldados, marinos y aviadores. Sólo las fuerzas de Estados Unidos pudieron enorgullecerse de una tasa de mortandad inferior al 5 por 100.

Para librar una guerra de tal duración e intensidad, los bandos combatientes tuvieron que movilizar no sólo a personas, sino también recursos económicos y capacidad financiera en un grado sin precedentes en la historia de la guerra. Con tantos hombres en el frente, las naciones introdujeron a las mujeres en fábricas y puestos de trabajo en una proporción no vista hasta entonces, lo cual provocó, a su vez, enormes cambios sociales en Europa entera y en toda clase de aspectos, desde las actitudes morales hasta la posición de la mujer en la sociedad. La concesión del derecho al voto femenino en Gran Bretaña y Estados Unidos fue sólo una pequeña muestra de los cambios sociales ocasionados por el conflicto.

Pero la mayor repercusión de la guerra tuvo que ver con la muerte de la creencia en el progreso, característica de la civilización occidental hasta junio de 1914. Nada indicó más claramente este derrumbamiento de la moral en Europa que el triunfo de las ideologías radicales –que envenenaron tanto a la izquierda como a la derecha– en el mundo de la posguerra. La guerra llevó a las élites intelectuales de Europa a buscar desesperadamente, en un sentido muy literal, respuestas sencillas y claras en medio de las desalentadoras sombras dejadas por la guerra. La poesía da a entender, quizá, de la mejor manera el viaje realizado por Europa. En 1915, Rupert Brooke, joven poeta británico que no tardaría en morir, escribió los siguientes versos:

Si voy a morir, pensad sólo esto de mí:
que en un suelo extranjero hay un rincón
que es Inglaterra para siempre. Allí,
en esa tierra rica, habrá oculto un polvo aún más rico,
un polvo al que Inglaterra engendró, formó, dio conciencia
y entregó, en otros tiempos, sus flores para amarlas y sus caminos para pasearlos,
un cuerpo de Inglaterra que respiró aire inglés.
Lavado por los ríos, bendecido por los soles patrios.
Y pensad: ese corazón, despojado de todo mal,
un pulso en la mente eterna, devuelve, no obstante,
en algún lado los pensamientos que Inglaterra le dio;
sus miradas y sus sonidos; los sueños, tan felices como sus días;
y la risa, aprendida de los amigos; y la dulzura
de unos corazones en paz bajo un cielo inglés.

Tres años más tarde, Siegfried Sassoon, también oficial británico, componía otro poema muy distinto sobre el frente occidental:

Al amanecer surge la sierra, maciza y parda,
en el púrpura agreste del encendido Sol
que abrasa entre visajes del humo a la deriva que amortajan
la pendiente amenazante y requemada; y uno tras otro,
los tanques reptan y avanzan dando tumbos hasta el alambre.
Las descargas rugen y se elevan. Luego, encorvados torpemente
bajo el peso de sus bombas y fusiles, sus palas y arreos de combate,
los hombres se empujan y trepan para encontrarse con el fuego erizado.
Líneas de gris, rostros rezongantes cubiertos por la máscara del miedo,
dejan sus trincheras subiendo por sus bordes
mientras el tiempo hace tictac vacío y afanoso en sus muñecas,
y la esperanza, con ojos furtivos y puños forcejeantes,
pierde pie en el barro.
¡Oh, Jesús, haz que esto acabe!

El viaje emprendido por la civilización occidental en aquellos tres años fue, realmente, aterrador. Y aún no ha concluido.

XV. EL MUNDO EN CONFLICTO

Williamson A. Murray

A comienzos de 1919, los dirigentes victoriosos se reunieron en Versalles para resolver los enormes problemas planteados por la derrota de Alemania, el colapso del Imperio austrohúngaro, Rusia y Turquía y el espectro de la revolución de izquierdas. Desde nuestra perspectiva sabemos que tenían pocas posibilidades de construir una paz duradera, pues la forma en que había terminado el conflicto garantizaba que fuese inevitable otro gran enfrentamiento. En el momento de firmar el armisticio, las tropas aliadas se hallaban aún fuera del territorio alemán, mientras Alemania seguía figurando como la nación más poderosa de Europa por su capacidad tanto económica como política. Unos marxistas mesiánicos habían tomado el poder en Rusia; su ideología excluyó a esta nación del discurso europeo durante los setenta años siguientes. Finalmente, en el este de Europa surgió un cúmulo de Estados débiles en sustitución de los grandes imperios. El éxito del acuerdo dependía, pues, de la voluntad de las democracias occidentales para defender lo previsto en él. Pero Estados Unidos se retiró de los asuntos mundiales a partir de 1920 y Gran Bretaña demostró una disposición cada vez menor a implicarse en Europa. Quedaba sólo Francia para contener a una Alemania furiosa por tener que acatar las humillantes disposiciones del tratado; Francia respondió construyendo a lo largo de su frontera oriental una descomunal barrera fortificada, la Línea Maginot.

Al comenzar los años veinte, muchos alemanes creían que su derrota de 1918 era el resultado de un sabotaje político organizado por judíos y comunistas en el seno del Reich, mientras que la entrega de territorio a Polonia, Dinamarca y Bélgica, la exigencia del pago de unas inmensas reparaciones y la confiscación tanto de su imperio ultramarino como de su flota exacerbaron un sentimiento nacional de indig-

nación. Así pues, la elite militar y política responsable de la derrota descargó la culpa de sus propios errores sobre los hombros de la nueva República de Weimar, que había aceptado la paz en las condiciones impuestas por los vencedores. Entre tanto, la presión francesa aumentó la debilidad de la nueva democracia: en 1923, al retrasarse Alemania en el pago de las reparaciones, tropas francesas ocuparon la región del Ruhr. Los dirigentes alemanes respondieron cometiendo un suicidio político; una política deliberadamente inflacionista destruyó los ahorros de la clase media junto con la confianza de la que dependía la república para su estabilidad.

Preparativos para la siguiente guerra

Sin embargo, Europa disfrutó a partir de 1923 de una estabilidad ilusoria supeditada a los préstamos concedidos por unos Estados Unidos poco fiables, y las principales potencias redujeron sus armamentos. Pero todo dependía de la buena voluntad mutua, y el hundimiento del mercado de divisas de Wall Street en octubre de 1929 fue un presagio de tiempos más sombríos. Los bancos norteamericanos exigieron la devolución de los préstamos, provocando así el colapso de la economía centroeuropea, y cuando el desempleo alcanzó a decenas de millones de personas, la República de Weimar se disolvió. En enero de 1933, Adolf Hitler se convirtió en canciller de Alemania y se unió a Benito Mussolini de Italia, a Yósif Stalin de la Unión Soviética, y a los militaristas de Tokio en un deseo común de desbaratar el orden mundial.

Por su parte, los militares europeos lidiaban con las lecciones de la Gran Guerra. Se enfrentaban a una tecnología rápidamente cambiante en una época de presupuestos reducidos y al hecho de que los cielos constituían ahora un campo de operaciones tan diferenciado como la tierra y el mar. Las decisiones clave que determinaron el curso del conflicto terrestre en la Segunda Guerra Mundial se tomaron en los años veinte. El elemento esencial de innovación en Alemania fue el nombramiento del general Hans von Seeckt para el cargo de comandante en jefe del ejército. Al tener que hacer frente a la exigencia de los Aliados para que Alemania redujera su ejército a 100.000 hombres y 4.000 oficiales, Seeckt puso el Estado Mayor general al mando del ejército y de su cuerpo de oficiales. Debido en gran parte a esa decisión, la *Reichswehr* (denominación del nuevo ejército alemán) fue la única fuerza europea que realizó un análisis implacable y lúcido de la reciente experiencia militar. A los historiadores les gusta afirmar que los generales se están preparando siempre para volver a librar la última guerra emprendida. En realidad, es raro que lo hagan; pero la Alemania de entreguerras constituye una excepción. Seeckt creó nada menos

que cincuenta y siete comisiones para reexaminar la Primera Guerra Mundial; aquellas comisiones estaban presididas por oficiales del Estado Mayor general y compuestas en gran parte por los hombres que habían formulado las doctrinas ofensivas y defensivas que resultaron tan eficaces en 1917 y 1918. En consecuencia, el ejército alemán elaboró un cuadro coherente del campo de batalla de 1918, y en 1924 publicó un manual –*Die Truppenführung* (*La dirección de las tropas*)– basado en una valoración minuciosa y completa de la última guerra.

Sobre ese sólido cimiento, los alemanes introdujeron innovaciones durante el periodo de entreguerras: su doctrina hacía hincapié en la flexibilidad, la iniciativa en todos los niveles, la explotación del éxito y el liderazgo desde el frente. Este planteamiento fue común a los oficiales de combate alemanes, cualquiera que fuese su arma. En consecuencia, los creadores de las fuerzas blindadas en los años treinta se basaron en un marco operacional y táctico coherente y formularon una concepción de la guerra acorazada que constituyó un desarrollo evolutivo fundamental de las capacidades militares.

En 1933, Hitler inició un colosal programa de rearme. En esta fase, sin embargo, no intervino en las decisiones tácticas u operacionales de los comandantes de su ejército: los protagonistas esenciales del rearme de Alemania siguieron siendo el comandante en jefe del ejército, Werner von Fritsch, y el jefe del Estado Mayor general, Ludwig Beck. Al observar la situación estratégica de Alemania en 1933, ambos llegaron a la conclusión de que el Reich necesitaba un ejército compuesto sobre todo por divisiones de infantería, pues carecía de recursos, tecnología y experiencia para apostar por una fuerza totalmente mecanizada o motorizada.

Los alemanes, no obstante, llevaron a cabo con entusiasmo experimentos con vehículos acorazados. Contaban ya con dos sólidos activos –una doctrina coherente y un conocimiento de los experimentos llevados a cabo por los británicos a finales de los años veinte y comienzos de los treinta–, y, ya en 1934, Beck realizó ejercicios de Estado Mayor para examinar la capacidad de los cuerpos y ejércitos de vehículos blindados, mucho antes de que se autorizaran tales formaciones. El ejército alemán contaba con tres divisiones *panzer* (acorazadas) en 1935, seis en 1939 y diez en 1940. Estas innovaciones se efectuaron dentro de un marco en el que los alemanes examinaron con todo detalle las lecciones de las maniobras efectuadas en tiempo de paz, así como las experiencias de combate. Para la invasión de Checoslovaquia, propuesta para 1938, las fuerzas de blindados habrían de actuar sólo como divisiones; pero en Polonia y Francia funcionaron como cuerpos, y finalmente, en 1941, como grupos *panzer,* que eran verdaderos ejércitos en todo menos en el nombre.

El desarrollo de la doctrina del ejército en el resto de Europa no fue tan fluido. Los británicos no examinaron las lecciones derivadas de la

Primera Guerra Mundial hasta 1932; y en aquel momento, al ofrecérsele un documento altamente crítico, el jefe del Estado Mayor general imperial, Montgomery-Massingberd, ocultó las conclusiones. El cuerpo de oficiales británico vivió, no obstante, una considerable agitación intelectual, y un grupo de comandantes innovadores impulsó el desarrollo de la guerra con vehículos blindados. Dos especialistas, J. F. C. Fuller y B. H. Liddell Hart, proporcionaron la justificación intelectual para los nuevos planteamientos, al tiempo que presionaban en favor de las reformas, y fueron escuchados con simpatía por muchos oficiales. Un factor todavía más importante fue que uno de los jefes del Estado Mayor general imperial apoyara experimentos de guerra mecanizada: en una época de restricciones económicas, gastó los escasos recursos que permitieron llevar a cabo una amplia experimentación.

Pero en 1934 los avances británicos se vieron abocados a un callejón sin salida. Dos factores militaban en contra de un programa coherente de innovación. En primer lugar, tanto los políticos como la opinión pública se oponían decididamente a enviar fuerzas británicas al continente; en consecuencia, el gobierno británico proporcionó al ejército una financiación mínima hasta 1939. En segundo lugar, la mayoría de los oficiales seguían sintiéndose encantados de prestar servicio en destinos tradicionales de regimiento; consideraban su grado como una posición cómoda y no como una profesión que exigiera un estudio serio; y la tradición regimental se unía a las miras estrechas de las diversas armas de combate para impedir el desarrollo de una doctrina coherente. En consecuencia, los deportes, la caza del jabalí con lanza y la del zorro continuaron siendo para muchos oficiales de regimiento más importantes que el estudio serio como preparación para la guerra.

Los franceses estudiaron algo la última guerra, pero sobre sus esfuerzos pendían las sombrías experiencias de 1914-1917, que indujeron a sus planificadores a formular un planteamiento de combate cuidadosamente controlado. La doctrina, denominada «combate metódico», desarrollada por un grupo reducido en la École Supérieure de Guerre (la Academia de Guerra francesa), parecía ofrecer un medio de evitar las aterradoras bajas de la última contienda; pero se basaba en la experiencia de unas pocas batallas, cuidadosamente seleccionadas, libradas en 1918. Y lo que es peor, los principales comandantes del ejército, encabezados por Maurice Gamelin, se negaron a aceptar la discrepancia o la expresión de ideas nuevas. Al final, el alto mando francés se mostró incapaz de imaginar cualquier posibilidad que fuera más allá de sus estrechas concepciones o de prepararse para ella.

El caso del ejército soviético fue, quizá, el más trágico. En las décadas de 1920 y 1930 –mucho antes de que se planteara una amenaza significativa–, el régimen entregó con prodigalidad a las fuerzas militares soviéticas los productos de su implacable programa de industrialización.

A mediados de los años treinta, el Ejército Rojo había evolucionado hasta formar dos fuerzas distintas: un ejército masivo de campesinos, forma tradicional del poder militar ruso, y una naciente fuerza mecanizada, bien equipada y parcialmente entrenada para ejecutar movimientos de amplio alcance. Pero en mayo de 1937 Stalin comenzó a purgar a los militares soviéticos. Quienes apoyaban la innovación y el cambio acabaron ante los pelotones de fusilamiento de la NKVD (la policía secreta de Stalin) y decenas de miles de oficiales fueron «liquidados», según el eufemismo de la época.

El poder aéreo y marítimo

Al terminar la Primera Guerra Mundial, la aviación había hecho acto de presencia en todas las funciones que configuran la guerra aérea en la actualidad: apoyo directo desde el aire, reconocimiento, interdicción y defensa aéreas, superioridad en el aire y bombardeo estratégico. Paradójicamente, los profetas del poder aéreo de la posguerra mostraron escaso interés por las experiencias del pasado y centraron, más bien, sus argumentos en su capacidad futura. Surgieron dos escuelas. En Europa, el general italiano Giulio Douhet y el primer comandante de la RAF en la posguerra, lord Trenchard, sostenían que el bombardeo estratégico de centros de población aportaría la victoria en la siguiente contienda. Según su opinión, los centros civiles eran especialmente vulnerables: el bombardeo aéreo no tardaría en provocar sublevaciones masivas, desplome de la autoridad civil y revoluciones. Ambos sostenían que otras formas de poder aéreo constituían un uso incorrecto de su capacidad. También creían que los ejércitos de tierra y mar carecerían de importancia en el futuro para la conducción de la guerra. Antes de la Segunda Guerra Mundial, Douhet tuvo poca influencia fuera de Italia; Trenchard, en cambio, desempeñó un cometido fundamental en la formación de la RAF y proporcionó a este servicio una justificación doctrinal que explica en gran parte el intransigente liderazgo ejercido por Arthur Harris sobre el Comando de Bombardeo durante la Segunda Guerra Mundial –aunque, en un gesto de juego limpio, Trenchard promovió también a varios oficiales que no eran defensores fanáticos de sus puntos de vista (como, por ejemplo, Hugh Dowding y Arthur Tedder).

En Estados Unidos, donde el Congreso no habría permitido el desarrollo de una fuerza de bombarderos cuyo objetivo principal fueran centros de población civiles, se desarrolló, sin embargo, un planteamiento distinto. La Air Corps Tactical School (Academia Táctica del Cuerpo Aéreo) formuló una concepción de poder aéreo cuyo propósito era inutilizar el sistema económico del enemigo. Al tomar como objetivo y destruir industrias esenciales, como las centrales eléctricas o las fábri-

cas de rodamientos, el bombardeo aéreo podía paralizar, según se decía, la actividad industrial del enemigo. La teoría dependía de que los bombarderos recorrieran grandes distancias atravesando las defensas aéreas del enemigo sin sufrir graves pérdidas y de su capacidad para acertar en la diana con precisión milimétrica.

Todos los defensores del poder aéreo daban por supuesto que los bombarderos conseguirían abrirse paso siempre, por lo que la defensa aérea no constituía una opción viable. Sin embargo, a finales de los años treinta, el gobierno de Chamberlain obligó a la RAF a dedicar recursos importantes a la creación de un sistema defensivo a base de radares y aviones de combate. El oficial encargado de crear un Mando de Cazas fue Hugh Dowding, que poseía una comprensión clara de la tecnología y los requisitos organizativos para el funcionamiento de un sistema de defensa.

En Alemania, la Luftwaffe se dio cuenta pronto de que, por buenos que fueran sus propios resultados, el destino del ejército de tierra sería decisivo para la supervivencia de la nación. En consecuencia, formuló una doctrina de base amplia que hacía hincapié en la cooperación con otras armas. Pero los alemanes estaban interesados también en el bombardeo estratégico. En la ideología nazi no había nada que se opusiera a atacar a la población del enemigo o su economía –en realidad, los nazis creían que, en un conflicto en el que se recurriera a los bombardeos estratégicos, sus valores les proporcionarían una ventaja sustancial, al ayudar a la población alemana a resistir las presiones de esa clase de ataques mejor que ninguna otra nación–. Es significativo que ideasen dispositivos complejos de navegación y bombardeo a ciegas con el fin de identificar objetivos durante la noche o con malas condiciones atmosféricas –capacidades de las que la RAF no dispuso hasta 1942–, y lo único que impidió a los nazis fabricar un bombardero estratégico eficiente fueron ciertas dificultades técnicas en el desarrollo de los motores y algunos errores en el programa del He 177.

Las flotas prestaron menos atención a las lecciones de la Primera Guerra Mundial. La Royal Navy dedicó los años de entreguerras a prepararse para una repetición de la batalla de Jutlandia. A pesar de que los submarinos habían estado peligrosamente cerca de ganar la última guerra, los británicos dedicaron poco tiempo y menos recursos a contrarrestar la amenaza submarina: la aparición del sonar («Asdic» en el lenguaje de la Royal Navy), que utilizaba ondas sonoras para identificar y seguir el rumbo de los submarinos, llevó a los almirantes británicos a creer erróneamente que no representaban ya una amenaza significativa. La armada alemana se diferenciaba poco de su rival. Los almirantes alemanes creían las afirmaciones de los británicos cuando aseguraban que dominaban los submarinos, y al comenzar el rearme se dispusieron a crear una gran flota de guerra y dieron pasos mínimos para reforzar su fuerza submarina y poder atacar el comercio en el Atlántico norte.

Los japoneses y los norteamericanos fueron más innovadores. Ambos centraron sus preparativos en el Pacífico y ambos pensaron en una batalla decisiva entre sus flotas. Aunque las dos armadas dieron prioridad a los acorazados, también desarrollaron los portaaviones y las aviación naval con el fin de ampliar el alcance de acción de la flota. Y aunque los almirantes de los acorazados seguían dominando el Pacífico, una nueva generación de miembros de las fuerzas aéreas navales, algunos de los cuales fueron ascendidos al rango de almirante, había alcanzado puestos de influencia en 1941, y al estallar la guerra del Pacífico llevarían las operaciones navales por un rumbo radicalmente nuevo.

El camino hacia la guerra

El nombramiento de Hitler como canciller de Alemania el 30 de enero de 1933 puso en movimiento unas fuerzas de las que derivó una nueva guerra mundial. Hitler tenía una ideología coherente y aterradora que identificaba a los enemigos de la civilización en función de la raza (a diferencia de los marxistas, que los identificaban en función de la clase), y creía que los alemanes constituían la prestigiosa raza aria, creadora de las máximas civilizaciones del mundo. Alemania, sostenía Hitler, debía apoderarse del territorio y los recursos requeridos para su misión histórica mundial o hundirse en la irrelevancia. Los espacios de Rusia y Ucrania reclamaban su atención en el este; Alemania haría allí realidad su destino despojando a los «infrahumanos» eslavos. Pero, sobre todo, los alemanes debían guardarse, según Hitler, del peligro insidioso de los judíos y sus dos creaciones gemelas: el capitalismo y el comunismo. Para que la raza aria pudiera desarrollar todas sus capacidades, Alemania debía eliminar de Europa a los judíos y su influencia. Hitler no tenía intención de restablecer las fronteras alemanas de 1914, sino que pretendía una reestructuración fundamental de todo el continente. Se dispuso de inmediato a desmantelar el acuerdo de Versalles y, como no era de extrañar, dados sus objetivos, inició en 1933 un gran programa de rearme. En 1935 firmó con Gran Bretaña un acuerdo naval que legitimaba sus actividades para rearmarse, y en 1936 ordenó militarizar de nuevo Renania, a pesar de los temores a una posible actuación de Francia. Europa, sin embargo, desvió su atención de aquella iniciativa provocadora. En 1935, Mussolini atacó Etiopía; la resistencia de los etíopes se vino abajo por obra del gas mostaza y el país fue anexionado a Italia. En 1936, una sublevación de varios generales españoles al mando de Francisco Franco inició una perniciosa guerra civil de tres años que supuso una nueva distracción. La izquierda europea temía al fascismo como amenaza política interna, creencia agudizada por la insurrección que había estallado en España; pero, aunque los so-

cialistas británicos y franceses apoyaron con vigor a la República española, arremetieron sistemáticamente contra los gastos para defensa de sus propios gobiernos.

Entretanto, en Alemania, los programas para un fuerte rearme plantearon graves exigencias a la economía y provocaron tensiones entre Hitler y sus asesores. En consecuencia, a comienzos de 1938, Hitler sustituyó a sus principales generales y ministros por individuos más dispuestos a correr riesgos e invadió Austria al cabo de un mes. Los británicos se limitaron a ser meros espectadores; el gobierno francés dimitió a modo de protesta.

La ausencia de presión internacional convenció a Hitler de que podía destruir también Checoslovaquia, rodeada entonces por el Reich por tres lados, y en el verano de 1938 amañó una crisis para desestabilizar la República Checa y dio a entender su intención de acabar con ella. El primer ministro británico Neville Chamberlain consideraba inconcebible que alguien pudiera acariciar la idea de otro conflicto europeo tras la matanza de la Primera Guerra Mundial. Así pues, se dispuso a apaciguar a Hitler –medida que, paradójicamente, involucró con intensidad creciente a Gran Bretaña en los asuntos de Europa– y realizó tres viajes personales a Alemania en septiembre de 1938. En su última visita, Chamberlain, Hitler, Mussolini y el primer ministro francés Edouard Daladier desmembraron Checoslovaquia en beneficio de Alemania: a pesar de una situación militar favorable en términos generales, Gran Bretaña entregó al aliado oriental más importante de Francia a cambio de unas promesas de buen comportamiento por parte de Hitler. El primer ministro británico defendió su decisión política respecto a Checoslovaquia fundándose en que el apaciguamiento de Alemania funcionaría y que las deficientes defensas de Gran Bretaña –de las que era muy responsable– requerían un acuerdo pacífico.

Pero la entrega de Checoslovaquia abrió las compuertas de la inundación. Durante los seis meses siguientes, británicos y franceses no hicieron gran cosa para restablecer su peligrosa situación; los alemanes, por otra parte, realizaron importantes avances en su campaña de rearme, mientras que los beneficios económicos y financieros obtenidos de Austria y Checoslovaquia contribuyeron a mejorar su posición estratégica. En marzo de 1939, Hitler se anexionó lo que quedaba de este último país. La ocupación de Praga por los alemanes en una acción relámpago despertó por fin a los dirigentes británicos, haciéndoles darse cuenta de la magnitud de la amenaza alemana, y Chamberlain, sometido a una intensa presión política, intentó aislar a Alemania creando un bloque diplomático fundado en las naciones menores que habían sobrevivido en el este de Europa. Sin embargo, como se negaba a reconocer lo inevitable de la guerra, no se acercó a los soviéticos. En cualquier caso, es probable que fuera ya demasiado tarde, pues Stalin

era proclive a un trato con Hitler y se hallaba en situación de conseguir bastantes más ventajas de los nazis que de los Aliados occidentales.

Hitler montó en cólera cuando, en marzo de 1939, Gran Bretaña garantizó la independencia de Polonia. Ello le llevó a subestimar tanto las presiones a las que el gobierno británico se hallaba sometido en ese momento como el vigor moral de Chamberlain, y declaró a las personas de su círculo: «¡He visto a mis enemigos en Múnich, y son unos gusanos!». Así pues, la presión política y diplomática ejercida por Alemania estuvo acompañada por una concentración masiva de fuerzas militares en la frontera polaca, hasta que, el 23 de agosto, Hitler y Stalin acordaron un pacto de no agresión que hizo a sus naciones cómplices de un crimen. Alemania tendría su guerra contra Polonia, y posiblemente contra las potencias occidentales, sin verse molestada por la amenaza o la realidad de una intervención soviética; Stalin obtendría a cambio el este de Polonia y los Estados bálticos, Finlandia y la provincia rumana de Besarabia. Con la garantía de la neutralidad soviética, Hitler dio el paso decisivo: el 1 de septiembre de 1939, tropas alemanas invadieron Polonia. Dos días después, los reacios gobiernos británico y francés declararon la guerra a Alemania.

La guerra fácil de Alemania

La planificación alemana del ataque contra Polonia había comenzado en abril de 1939. El alto mando destinó dos grupos de ejército, con un total de 1,5 millones de hombres, para aniquilar a los polacos. El Grupo del Ejército del Norte, a las órdenes de Fedor von Bock, destruiría las fuerzas enemigas en el «corredor polaco» que separaba las dos partes de Alemania; a continuación, sus fuerzas blindas irrumpirían en profundidad detrás del frente polaco, mientras el Grupo del Ejército del Sur, capitaneado por Gerd von Rundstedt, realizaba la acometida principal. Este grupo, compuesto por tres ejércitos, arremetería contra el corazón de Polonia para llegar a Varsovia con la mayor rapidez posible. Los polacos no tenían una idea clara de dónde asestarían los alemanes su golpe principal, por lo que en vez de proteger el interior del país intentaron defenderlo en su totalidad y desplegaron su ejército en formaciones poco trabadas a lo largo de sus extensas fronteras.

Las unidades de tanques alemanes se habían desplegado en cuestión de días y se acercaban a Varsovia mientras la Luftwaffe hacía insostenible la difícil situación de los polacos mediante una combinación de acciones de interdicción aérea y ataques a la capital de Polonia. En el plazo de una semana, los alemanes habían quebrado la resistencia polaca, a excepción de Varsovia, y fragmentado el ejército del país en bolsas cercadas con escasas posibilidades, aparte de la de rendirse. El

29 de septiembre, Stalin (cuyas fuerzas habían iniciado la invasión poco antes del hundimiento polaco) y Hitler se repartieron el país. Durante aquella campaña arrolladora, los polacos habían sufrido 70.000 muertos, 133.000 heridos y 700.000 prisioneros; los alemanes sólo tuvieron 11.000 muertos, 30.000 heridos y 3.400 desaparecidos.

A primera vista, la victoria sobre Polonia parecía un éxito asombroso. En menos de un mes, la Wehrmacht –el ejército alemán– había aplastado la resistencia enemiga, destacando en todos los aspectos cuantificables. Sin embargo, el alto mando del ejército alemán no consideró que los logros de sus unidades hubieran estado a la altura de sus criterios. Durante los meses siguientes, el alto mando mantuvo un feroz enfrentamiento con Hitler, pues sus dirigentes sostenían que las tropas alemanas no estaban preparadas para llevar a cabo una importante acción ofensiva contra Occidente, y que sólo un programa de instrucción masiva podría corregir las deficiencias manifestadas en Polonia. Hitler, por otra parte, se enfrentaba a una situación económica que colocaba al Reich en una posición peligrosa. El bloqueo anglofrancés, impuesto inmediatamente después de la declaración de guerra, redujo drásticamente las importaciones, pero, además, los recursos petrolíferos de Alemania sufrieron graves apuros. En realidad, a lo largo de toda la guerra, las fábricas alemanas de petróleo sintético, sumadas a las importaciones de Rumanía, apenas pudieron satisfacer las demandas de la economía y el ejército en el periodo bélico: la pérdida de una de esas fuentes constituiría una amenaza para la estabilidad estratégica del Reich. En 1939, las importaciones de Rumanía se agotaron y, a raíz de ello, las reservas de petróleo alemanas cayeron a un nivel peligrosamente bajo. Hitler instó, por tanto, a sus generales a lanzar de inmediato una ofensiva en el este antes de que las dificultades económicas pusieran en situación comprometida la capacidad bélica de Alemania, aunque, al final, el mal tiempo y la inacción de los Aliados permitieron a los alemanes demorar su ataque hasta la primavera.

Entretanto los soviéticos, tras haber ocupado Polonia oriental y los Estados bálticos según lo planeado, atacaron Finlandia en noviembre de 1939; pero sus preparativos eran deficientes. Los trabajadores fineses no corrieron a unirse al paraíso de los obreros y campesinos, como había esperado Stalin, sino que combatieron con furia al lado de sus hermanos de clase media. Al final, aunque los finlandeses infligieron numerosas bajas a los atacantes, los soviéticos desplegaron una fuerza suficiente como para romper sus defensas y obligarles a firmar un armisticio en marzo de 1940; pero la Guerra de Invierno causó un grave daño a la reputación del Ejército Rojo, que perdió a unos 200.000 hombres frente a sólo 24.000 finlandeses –factor que aparecería más tarde en los cálculos de Hitler.

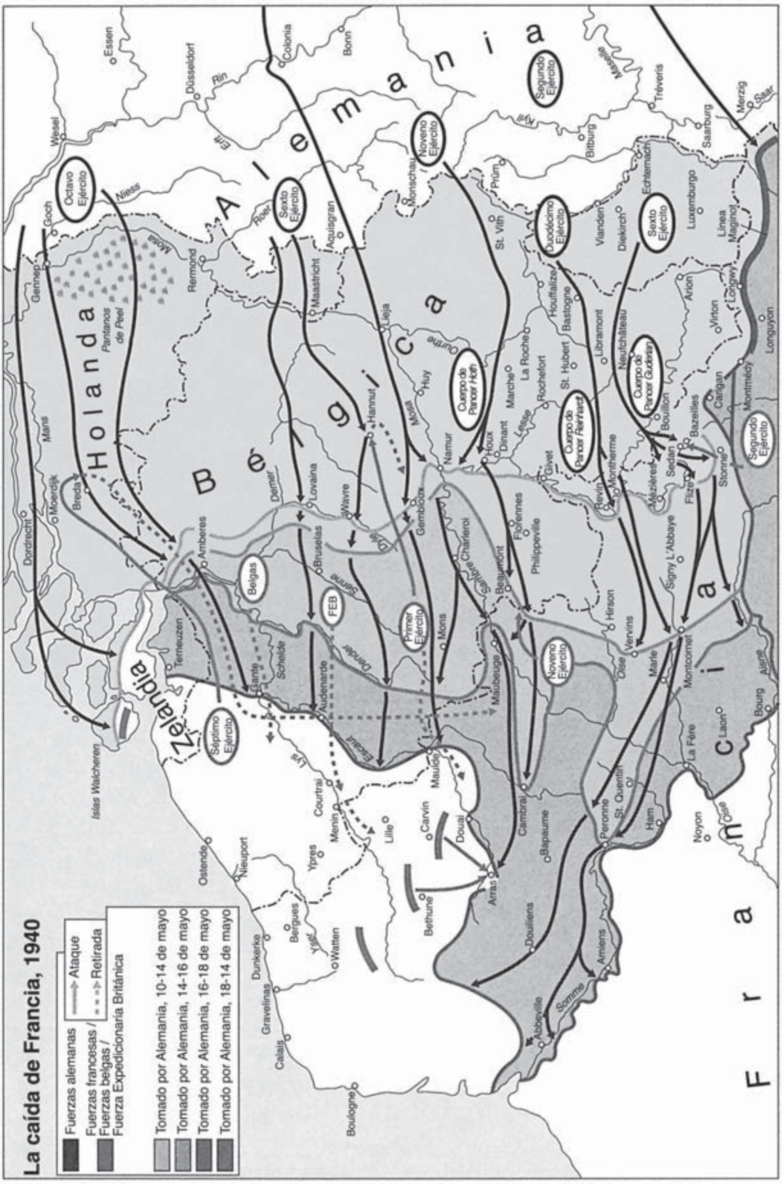
Preocupado por ciertos indicios de una iniciativa de los Aliados para ayudar a Finlandia y bloquear, por tanto, la exportación de mineral de

hierro sueco, esencial para la economía de guerra alemana, Hitler decidió lanzar un golpe preventivo contra Escandinavia. En abril, sus fuerzas atacaron Dinamarca y Noruega. La primera cayó sin que se disparara apenas un tiro. Más al norte, ocultos por la pantalla de su flota de guerra y con la ayuda de la traición y la incompetencia del gobierno de Noruega, los alemanes se apoderaron de los puertos esenciales del país; al mismo tiempo, grupos de paracaidistas tomaron el control de los aeropuertos más importantes. Los noruegos sólo organizaron una defensa eficaz en el fiordo de Oslo, donde sus reservistas hundieron el nuevo crucero pesado *Blücher* y paralizaron a los alemanes el tiempo suficiente como para permitir la huida del gobierno.

La respuesta de la Royal Navy fue vacilante, excepto en Narvik, donde acorazados británicos sorprendieron a los alemanes, echaron a pique diez destructores e impidieron que las tropas de montaña pudieran recibir refuerzos. En otros lugares, los Aliados se movieron demasiado despacio. A corto plazo, la campaña de Escandinavia fue un desastre, pero tuvo dos resultados beneficiosos para la causa aliada. En primer lugar, la crisis política provocada por los reveses sufridos en Noruega provocó la caída de Chamberlain. El 10 de mayo de 1940, Winston Churchill se convirtió en el primer ministro de Gran Bretaña. En segundo lugar, la campaña de Noruega inutilizó la armada alemana, que el 1 de julio de 1940 contaba sólo con un crucero pesado y cuatro destructores –una fuerza completamente insuficiente para organizar una invasión al otro lado del canal de La Mancha.

La caída de Francia

A comienzos de octubre de 1939, Hitler ordenó al alto mando del ejército que trazara los planes para adueñarse de Holanda, Bélgica, Luxemburgo y el norte de Francia hasta el Somme. Mientras el führer y el alto mando del ejército discutían si se debía acometer el «Plan Amarillo» (el proyecto de una ofensiva en el oeste), Hitler, a instancias de Erich von Manstein, jefe de Estado Mayor del Grupo de Ejército A, insistió en que se desplegaran varias divisiones de tanques en las Ardenas, desde donde podrían flanquear la Línea Maginot y lanzar un ataque relámpago contra las defensas aliadas a lo largo del río Mosa. En febrero de 1940, el jefe del Estado Mayor general, Franz Halder, a pesar de que seguía viendo con escepticismo una ofensiva en las Ardenas, emplazó debidamente casi todos los blindados alemanes en aquella zona. Él y la mayoría de los principales oficiales dudaban también de que las fuerzas mecanizadas pudieran penetrar por sí solas hasta el Mosa. Por tanto, se ordenó a varias divisiones de infantería que siguieran a las unidades blindadas. Pero los comandantes de las fuerzas *panzer* conservaron



La caída de Francia, 1940
Fuerzas alemanas
Fuerzas francesas / Fuerzas belgas / Fuerza Expedicionaria Británica
Ataque
Retirada
Tomado por Alemania, 10-14 de mayo
Tomado por Alemania, 14-16 de mayo
Tomado por Alemania, 16-18 de mayo
Tomado por Alemania, 18-14 de mayo
Alemania
Holanda
Bélgica
Francia
Zelandia
Pantanos de Peel
Islas Walcheren
Octavo Ejército
Sexto Ejército
Noveno Ejército
Segundo Ejército
Duodécimo Ejército
Cuerpo de Panzer Hoth
Cuerpo de Panzer Reinhardt
Cuerpo de Panzer Guderian
Séptimo Ejército
Belgas
FEB
Primer Ejército
Línea Maginot
Essen
Düsseldorf
Colonia
Bonn
Wesel
Goch
Gennep
Rin
Niess
Erft
Roer
Mosa
Aquisgrán
Maastricht
Roermond
Monschau
Prüm
St. Vith
Bitburg
Tréveris
Mosela
Saarburg
Merzig
Saar
Echternach
Vianden
Diekirch
Luxemburgo
Arlon
Longwy
Longuyon
Virton
Montmédy
Houffalize
Bastogne
Libramont
Neufchâteau
St. Hubert
La Roche
Marche
Rochefort
Ourthe
Lieja
Huy
Hannut
Namur
Dinant
Houx
Lesse
Givet
Florennes
Philippeville
Beaumont
Charleroi
Sambre
Gembloux
Wavre
Dyle
Lovaina
Bruselas
Demer
Senne
Dender
Mons
Maubeuge
Amberes
Breda
Moerdijk
Dordrecht
Mans
Terneuzen
Gante
Schelde
Audenarde
Escalut
Maulde
Courtrai
Lys
Menin
Lille
Ypres
Ostende
Nieuport
Dunkerke
Bergues
Yser
Watten
Gravelinas
Calais
Boulogne
Carvin
Douai
Bethune
Arras
Doullens
Bapaume
Cambrai
Peronne
St. Quentin
Ham
Noyon
Oise
La Fère
Laon
Bourg
Aisne
Montcornet
Marle
Vervins
Hirson
Signy L'Abbaye
Revin
Montherme
Mézières
Sedan
Bouillon
Bazeilles
Carignan
Flize
Stonne
Abbeville
Somme
Amiens

la autoridad para actuar por cuenta propia: si llegaban al Mosa y lo cruzaban, podrían explotar su éxito a continuación. El nuevo plan preveía que los blindados se dirigieran hacia la costa del canal de La Mancha en Abbeville y encerraran en una trampa a las fuerzas francesas, británicas y belgas, dejándolas de espaldas al mar, mientras unidades aéreas y terrestres arrollaban Holanda, el ejército principal caía sobre Bélgica y una fuerza menor (sin blindados) entablaba combate con la guarnición de la Línea Maginot.

La concepción de los Aliados para la campaña puso la situación en bandeja a los alemanes. Gamelin, el comandante en jefe francés, acentuó las debilidades tácticas de los Aliados al confiar en la Línea Maginot para sostener el flanco derecho y el centro y desplazar el VII Ejército, sus únicas reservas, hacia el extremo izquierdo del frente aliado con el fin de conectar con los holandeses. Al actuar así retiró del tablero de juego todas las reservas operacionales francesas.

El 10 de mayo de 1940 los alemanes iniciaron su avance. En el norte, los paracaidistas tomaron los puentes fundamentales que llevaban a Holanda, de modo que la 9ª División *Panzer* pudo irrumpir hasta el interior del país; tropas aéreas intentaron apoderarse igualmente del principal aeropuerto de La Haya y detener a los miembros del gobierno holandés. Aunque aquel golpe de mano fracasó, el resto del plan alemán fue un éxito. Mientras las defensas holandesas se derrumbaban, los alemanes bombardearon Rotterdam, causando 3.000 bajas civiles, y amenazaron a los holandeses con más ataques similares. El ejército holandés, que no había combatido desde 1830, capituló el 14 de mayo. Entretanto, el Grupo de Ejército B, a las órdenes de Bock y compuesto por formaciones de infantería, siguió golpeando a los belgas en su avance. La toma del «inexpugnable» fuerte Eben Emael por soldados de infantería transportados en planeadores acentuó la sensación de desconcierto entre los Aliados. No obstante, las mejores unidades del ejército francés y de la Fuerza Expedicionaria Británica se lanzaron al rescate: el avance de Bock confirmó sus suposiciones de que los alemanes iban a repetir el plan Schlieffen (véanse páginas 276-280).

Mapa 15. El ataque alemán, esperado a través del norte de Bélgica en una repetición del plan Schlieffen de 1914, se produjo, en cambio, a través de las Ardenas, mediante el avance de los blindados alemanes a la manera de un fuerte puñetazo asestado contra las orillas del Mosa al anochecer del 12 de mayo. Las divisiones *Panzer*, integradas todas ellas por un poderoso equipo combinado de infantería, artillería, ingenieros y tanques, penetró hasta el Mosa y lo atravesó. Las respuestas francesas llegaron siempre demasiado tarde o con fuerza insuficiente y el 16 de mayo los alemanes se encontraban en campo abierto y rodaban por las carreteras no defendidas del norte de Francia, hacia la costa del canal de La Mancha.

Pero no lo hicieron. Al no verse obstaculizadas por la aviación aliada, nueve divisiones blindadas organizadas en tres cuerpos avanzaron a través de las Ardenas. Las tropas belgas y francesas opusieron una resistencia mínima y los tres cuerpos llegaron al Mosa al anochecer del 12 de mayo. A la mañana siguiente, el que ocupaba la posición más septentrional intentó cruzar el río en Dinant. El regimiento de fusileros de la 7ª División *Panzer,* capitaneada por su comandante Erwin Rommel, estableció un punto de apoyo, y mientras los ingenieros de la división construían un puente para permitir el cruce de los tanques, Rommel llevó a su infantería, dotada con ametralladoras, a rechazar los tanques franceses. Al anochecer, el 7º Regimiento de infantería blindada había sufrido casi un 70 por 100 de bajas, pero los tanques habían cruzado el río y las defensas francesas se vinieron abajo. El éxito de Rommel permitió al resto del cuerpo de blindados cruzar y explotar una situación en la que el enemigo se derrumbaba.

En el centro, los tanques no lograron penetrar en las líneas enemigas; y en el sur, en Sedan, la fuerza comandada por Heinz Guderian se topó, asimismo, con una resistencia tenaz. La 10ª División Panzer logró trasladar sólo una compañía a la otra orilla del Mosa a costa de la pérdida de cuarenta y ocho de sus cincuenta embarcaciones de asalto; la 2ª División *Panzer* no consiguió cruzar el río de ninguna manera. Pero el regimiento de fusileros de la 1ª División *Panzer,* ayudado por un regimiento de infantería, rompió las defensas francesas, y a primeras horas del anochecer había conquistado las alturas que dominaban el Mosa por el oeste. Durante los tres días siguientes, Guderian amplió su cabeza de puente y asestó con rapidez una cuchillada contra las posiciones defensivas de los Aliados. La carrera hacia el canal de La Mancha no tardó en comenzar. Cuando los tanques penetraron más hacia el interior del territorio francés, el alto mando alemán (*Oberkommando der Wehrmacht*) y el del ejército de tierra (*Oberkommando des Heeres*) sintieron un gran nerviosismo. Sin embargo, el 17 de mayo, Guderian desatendió, apagando su radio, una orden de limitarse a realizar un «reconocimiento con fuerzas», mientras los tanques bajaban a gran velocidad hacia el oeste por el valle del Somme y, el 20 de mayo, alcanzaban Abbeville, en la costa, a la vez que el ejército de Bock tomaba Bruselas –todo ello de acuerdo exactamente con lo planeado.

La respuesta de los Aliados comenzó siendo indolente, pero pronto derivó hacia el pánico y el colapso. El gobierno francés destituyó a Gamelin, pero su sustituto, Maxime Weygand, llegó cuando la batalla estaba prácticamente concluida. A los alemanes el éxito les parecía demasiado bueno como para ser cierto; según comentó Guderian, la batalla había sido «casi un milagro». Mientras sus tropas capturaban los puertos franceses, unas dudas lacerantes acosaban a Hitler, al alto mando alemán y al alto mando del ejército de tierra: ¿no sufrirían los tanques grandes pérdi-

das entre los numerosos obstáculos acuáticos de Flandes?; ¿no se recuperarían los franceses cuando la lucha se dirigiera hacia Francia?

En consecuencia, el alto mando del ejército de tierra alemán detuvo a los blindados tras la toma de Boulogne, el día 26, y la capitulación de Bélgica, el 27; los generales de mayor graduación consideraron que la infantería y la aviación bastaban para rematar a las quebrantadas fuerzas aliadas en el norte. En ese momento, sin embargo, mientras la estructura del mando alemán estaba hecha un lío, la Royal Navy hizo valer su destreza para retirar la Fuerza Expedicionaria Británica, y en unos cielos oscurecidos por el humo que se alzaba sobre Dunkerque, la Luftwaffe se topó con una tenaz resistencia ofrecida por los Spitfires que volaban desde Gran Bretaña. El 3 de junio, al concluir la operación «Dynamo», los barcos aliados habían trasladado a unos 350.000 soldados –no los suficientes para salvar a Francia, pero sí bastantes como para permitir a Gran Bretaña seguir luchando.

El resto de la campaña fue para Alemania una carrera sin obstáculos. Tras una tenaz resistencia inicial, los franceses se derrumbaron y los alemanes bajaron en riada hacia el sur. Unos pocos franceses deseaban continuar la lucha, pero la mayoría ansiaba la paz. El mariscal Pétain, el añoso defensor de Verdún, apareció para firmar un armisticio con los vencedores el 22 de junio. Comenzaba así el largo y negro capítulo de la colaboración francesa con los conquistadores nazis.

La Batalla de Inglaterra

Para la mayoría de los alemanes, incluido Hitler, la victoria sobre Francia significaba el final de la guerra en el oeste. En medio de su euforia esperaban ansiosamente proposiciones de paz por parte de Gran Bretaña, pero los días conciliadores del apaciguamiento habían concluido. A pesar de la oposición de algunos partidarios de Chamberlain, Churchill endureció la voluntad de resistencia de la nación; calculaba que Estados Unidos no podía permanecer indefinidamente al margen, y que Alemania y la Unión Soviética no seguirían siendo aliadas durante mucho tiempo. En junio, el presidente Franklin D. Roosevelt le informó de que Estados Unidos suministraría armas y apoyo económico –pagando un precio– y se negaría a aceptar cualquier negociación con Hitler.

Los alemanes no abrieron los ojos hasta finales de julio al hecho de que Gran Bretaña seguía en la guerra. En ese momento improvisaron una ofensiva aérea contra las Islas Británicas. Si aquello no quebrantaba la voluntad de los británicos, proponían como último recurso una invasión a través del canal de La Mancha, la operación «León marino», que nunca tuvo la menor posibilidad de éxito: a la flota ale-

mana no le quedaba prácticamente nada después de Noruega; y ni el ejército de tierra ni la armada habían analizado los problemas que implicaba una gran operación anfibia. Los planes para la acción «León marino» requerían que gabarras del Rin transportaran al ejército al otro lado del canal; podemos imaginar sus posibilidades en aquellas aguas frente a los destructores británicos.

La Luftwaffe se enfrentaba a problemas sobrecogedores para atacar los centros de poder británicos. Nadie había emprendido todavía una gran campaña aérea, y, para mayor incertidumbre, los informes de los servicios de inteligencia de las fuerzas aéreas alemanas resultaron erróneos en casi todo respecto a los puntos fuertes y débiles de las británicas. Además, la Luftwaffe había sufrido fuertes bajas en Francia, mientras que sus aviones y pilotos supervivientes habían tenido que soportar una gran tensión. Los británicos, en cambio, poseían una fuerza eficaz de cazas, el primer sistema de alarma anticipada basado en el rádar y un dirigente de primera categoría en sir Hugh Dowding. Dowding desplegó sus fuerzas para proteger toda Gran Bretaña, a la vez que proporcionaba a las escuadrillas instalaciones para su reparación en el norte del país. Su objetivo era librar una batalla de desgaste hasta otoño, cuando el mal tiempo aportaría un alivio. Los británicos disfrutaban por primera vez de una ventaja que iban a mantener durante toda la guerra: la capacidad de descifrar muchas de las transmisiones más secretas del alto mando alemán. Basándose en sus extensas instalaciones de interceptación de radio, en un íntimo conocimiento del funcionamiento de los aparatos alemanes de cifrado (proporcionado por los servicios secretos polacos) y en un estudio meticuloso de los procedimientos de radio de Alemania, los británicos desarrollaron una creciente competencia para indagar cómo libraba la guerra su enemigo. También demostraron ser capaces de hacer llegar a sus comandantes en el campo de batalla mensajes «Ultra» (los datos de espionaje basados en aquel desciframiento) sin correr ningún riesgo.

El comienzo de la ofensiva aérea alemana expulsó a la RAF de la zona del canal de La Mancha, pero proporcionó a los británicos una útil experiencia sobre las tácticas y operaciones de la Luftwaffe. El 13 de agosto, los alemanes iniciaron su duelo con la RAF; los atacantes fracasaron en el norte, sufriendo grandes pérdidas, pero, en el sur, unas acometidas salvajes conmocionaron las bases y escuadrillas del Mando de Cazas. Las pérdidas alemanas resultaron, no obstante, devastadoras, y la resistencia británica siguió siendo tenaz. En septiembre, sometidos a una gran presión para dejar fuera de combate a los británicos antes de que cambiara el tiempo, los alemanes dirigieron su atención hacia Londres, decisión que dio al Mando de Cazas tiempo para recuperarse. El 15 de septiembre, los cazas británicos diezmaron con tanta eficacia una incursión masiva que la Luftwaffe puso fin a sus ataques diurnos. No obstan-

te, los alemanes siguieron bombardeando de noche, y con su sistema de bombardeo a ciegas podrían haber provocado la derrota de Gran Bretaña durante el «Blitz» (las incursiones aéreas contra Londres en 1940), si los servicios de inteligencia científica no hubiesen descubierto dicho sistema e ideado medidas para contrarrestarlo. Así terminó la primera ofensiva de bombardeo estratégico de la guerra; las fuerzas aéreas angloamericanas asimilaron pocas de sus lecciones.

La guerra en los Balcanes

El 10 de junio de 1940 Benito Mussolini declaró la guerra a Gran Bretaña y Francia. Mussolini entró en el conflicto sin unas ideas claras respecto a la estrategia o las operaciones –excepto la de que Italia debía recuperar el patrimonio de la antigua Roma en el Mediterráneo– y con una institución militar que no estaba preparada, ni intelectual ni profesionalmente, para la guerra moderna. Los italianos titubearon a lo largo del verano, impedidos por su propia indecisión y por las prohibiciones que les imponían los alemanes, hasta que, en septiembre, Mussolini obligó al mariscal Graziani, instalado en Libia, a marchar contra Egipto. Sus fuerzas llegaron a Sidi Barrani, donde se atrincheraron en un conjunto de posiciones defensivas aisladas.

En los Balcanes, Hitler actuó, también en septiembre, para asegurarse Rumanía y su petróleo enviando como «asesores» militares una división de infantería blindada y motorizada, dos regimientos de defensa antiaérea y dos escuadrillas de cazas, sin informar a sus aliados italianos. Como represalia, Mussolini atacó Grecia sin notificárselo a Hitler. Pero el ejército italiano acababa de desmovilizar sus reservas, y el número de italianos estacionados en Albania –pista de lanzamiento para el ataque contra Grecia– sólo bastaba para alcanzar una proporción de uno a uno, y eso antes de que los griegos se movilizaran. Por otra parte, los puertos de Albania resultaron inadecuados para apoyar unas operaciones militares importantes, además de la concentración de fuerzas italianas. En cuestión de una semana, los griegos habían hecho retroceder a los italianos, que se retiraron en desbandada a Albania, y las fuerzas británicas comenzaron a llegar tanto a Creta como a Grecia. Mussolini había desbaratado totalmente la estabilidad de los Balcanes.

Aquel desastre italiano fue seguido por otros más. En noviembre de 1940 un puñado de aviones torpederos británicos cayó sobre la flota de guerra italiana en Tarento, hundiendo tres navíos y alterando permanentemente el equilibrio naval en el Mediterráneo. En diciembre, fuerzas británicas procedentes de Egipto hostigaron las posiciones italianas frente a Sidi Barrani. Los británicos obtuvieron un éxito completo y estuvieron a punto de expulsar a los italianos de Libia. Entretanto, otras tropas de la Common-

wealth invadieron la Somalia italiana, Eritrea y, finalmente, Etiopía; todos esos territorios habían caído en mayo de 1941. Al principio, los alemanes dieron muestras de un considerable regocijo ante las dificultades de Italia. Pero cuando los desastres italianos amenazaron con desbaratar la posición del Eje en el Mediterráneo y los Balcanes y expulsar, quizá, a Italia de la guerra, Alemania se dispuso a actuar. En febrero de 1941, Rommel llevó a Trípoli la vanguardia del Afrika Corps. Oponiéndose a las órdenes recibidas, atacó de inmediato a los británicos –debilitados por la marcha de 60.000 hombres a Grecia– y comenzó a hacerles retroceder hacia Egipto.

El restablecimiento de la situación en los Balcanes requirió, en cambio, un esfuerzo más considerable. Para atacar a los griegos y aliviar la presión que sufrían los italianos en Albania, los alemanes negociaron acuerdos con húngaros, rumanos y búlgaros. En marzo de 1941, los enviados de Yugoslavia firmaron también un tratado de alianza con el Eje, pero, entonces, un golpe dado por oficiales serbios derrocó a su gobierno. Hitler estaba furioso y, como respuesta, ordenó a la Wehrmacht «aplastar lo antes posible» a los yugoslavos. También ordenó a la Luftwaffe borrar Belgrado de la faz de la tierra. Dos semanas más tarde, la Luftwaffe cumplió las órdenes: un bombardeo de veinticuatro horas redujo a ruinas la capital de Yugoslavia y mató a 17.000 ciudadanos. Mientras, los tanques destruyeron las defensas yugoslavas y arrollaron el país en doce días. Su éxito fue tan rápido y asombroso que los alemanes comenzaron a retirar tropas casi de inmediato para la inminente invasión de la Unión Soviética. El resultado fue que miles de soldados yugoslavos quedaron en zonas montañosas. En cuestión de meses estalló una feroz guerra de guerrillas que acabaría costando muy cara a los alemanes.

La campaña contra Grecia se desarrolló también sin complicaciones. El alto mando griego había situado sus fuerzas en la frontera con Bulgaria, por lo que los alemanes no tuvieron dificultad en flanquear las defensas griegas a través de Yugoslavia, mientras los británicos se apresuraban a escapar antes de que los alemanes les cortaran las líneas de retirada. La mayoría de los soldados de la Commonwealth se marchó, aunque sin sus pertrechos, pero los griegos estacionados frente a Bulgaria y los que se hallaban en Albania luchando contra los italianos acabaron en campos de prisioneros de guerra del Eje.

La caída de la Grecia continental dejó a los británicos el control de Creta, desde donde la RAF podía amenazar los pozos petrolíferos rumanos, según reconoció Hitler. Como los británicos habían hecho volar por los aires tres cruceros pesados italianos en aguas del cabo Matapan, socavando así la poca confianza en sí misma que aún le quedaba a la armada italiana, cualquier asalto a Creta debería efectuarse por el aire. La encargada de llevar a cabo el ataque fue la 7ª División Aérea de la Luftwaffe, la primera del mundo de paracaidistas, respaldada por la 5ª de Montaña. Los alemanes se enfrentaban a notables desventajas: los britá-

nicos no sólo tenían en Creta casi dos veces más soldados que los calculados por el espionaje alemán, sino que la información interceptada por los servicios «Ultra» británicos proporcionó a éstos información previa sobre un importante ataque aéreo contra los tres aeropuertos de Creta. Pero los comandantes británicos en el terreno no tuvieron en cuenta aquella advertencia y desplegaron sus tropas para enfrentarse a un ataque anfibio. Los alemanes, sin embargo, se libraron por los pelos. Los defensores masacraron a la mayoría de los paracaidistas lanzados el primer día, 20 de mayo de 1941; los alemanes sólo consiguieron establecer una base mínima y precaria en Maleme. No obstante, una vez que se hicieron con el control de aquella zona y que la Luftwaffe pudo transportar refuerzos, la correlación de fuerzas no tardó en cambiar. La Royal Navy efectuó de nuevo con éxito una retirada, pero los alemanes conquistaron Creta y los Aliados perdieron la capacidad de atacar los esenciales yacimientos petrolíferos rumanos hasta comienzos de 1944 (momento en que lanzarían sus ataques desde bases italianas).

Los alemanes sufrieron seriamente para lograr su victoria y perdieron cerca del 60 por 100 de sus aviones de transporte, mientras que sus paracaidistas tuvieron tal número de bajas que Hitler se negó a autorizar más ataques por aire. Sin embargo, los británicos y los norteamericanos, impresionados por el asalto alemán, crearon unidades aerotransportadas que desempeñarían una función importante en sus posteriores acometidas en el continente.

La Operación Barbarroja

A finales de julio de 1940, inmediatamente después de la caída de Francia, Hitler decidió invadir la Unión Soviética. Las razones que le empujaban hacia el este eran tanto estratégicas como ideológicas, pero fueron estas últimas las que predominaron en su planteamiento de la siguiente campaña e influyeron en su valoración de la Unión Soviética. Los alemanes llegaron no como liberadores, sino como conquistadores. El objetivo de Hitler era destruir las juderías de Europa oriental a medida que progresaba su avance y esclavizar a los pueblos eslavos; comandos de «acción especial» *(Einsatzgruppen)* acompañaban, por tanto, a cada uno de los grupos de ejército invasores con el encargo específico de liquidar judíos, oficiales comunistas y otros indeseables. Hitler expuso todo ello con claridad cristalina a los principales dirigentes del ejército, y la mayoría acató sus órdenes voluntariamente. La Operación «Barbarroja» –como se conoció la invasión, por el nombre de un famoso emperador medieval germánico– desencadenó un conflicto ideológico cuya ferocidad no se había visto en Europa desde las guerras de religión del siglo XVII.

El planteamiento militar alemán para la Operación Barbarroja fue una mezcla de genio táctico y operacional y de optimismo político insensato e imbecilidad logística. Era evidente que el mero tamaño de Rusia iba a constituir un factor importante en la campaña y que resultaría difícil apoyar cualquier avance más allá de Riga, Smolensk y Kiev. Como los alemanes habían conocido muy de cerca las condiciones reinantes en Rusia durante la Primera Guerra Mundial, deberían haber abrigado pocas ilusiones sobre las condiciones climáticas. No obstante, Hitler se inclinó por atacar Ucrania y Leningrado, mientras que el alto mando del ejército se propuso como blanco Moscú, en la convicción de que su caída tendría como consecuencia automática el hundimiento de la Unión Soviética. Los planificadores del alto mando pretendían destruir el Ejército Rojo en las zonas fronterizas para impedirle retirarse al interior, y esperaban (al igual que Hitler) que el enemigo se derrumbara a continuación «como un castillo de naipes».

El ejército alemán era para entonces un instrumento formidable. Dos años de éxitos ininterrumpidos habían puesto en forma a sus generales, comandantes de unidades, oficiales y suboficiales. Pero también tenía puntos débiles. Los alemanes sólo podían lanzar una invasión reuniendo pertrechos militares de toda Europa: tanques polacos, artillería de montaña noruega y camiones belgas, franceses y británicos. Además, las fuerzas acorazadas se movían casi al doble de velocidad que la infantería y tenían que detenerse a esperar una y otra vez –tanto para obtener combustible como refuerzos–. Finalmente, los alemanes se embarcaron en la Operación Barbarroja casi sin reservas. Por otro lado, las acciones de Stalin habían ampliado las ventajas alemanas. Las purgas habían diezmado su cuerpo de oficiales, el miedo generalizado ponía trabas a la iniciativa en todos los niveles, y una fe empalagosa en el «Camarada Stalin» aumentaba la falta de realismo de los preparativos. Stalin creyó hasta el final que Hitler se atendría a su pacto de no agresión de 1939 (véase página 323) y, temiendo su vulnerabilidad política, concentró en los distritos fronterizos las divisiones regulares del Ejército Rojo y exigió a sus comandantes que no se retiraran en ningún caso.

A la 1.30 de la mañana del 22 de junio de 1941, el último tren de mercancías, uno de los miles –literalmente– de aquella primavera, repletos de materias primas procedentes de la Rusia neutral para alimentar la máquina de guerra nazi, entró en territorio alemán en Brest Litovsk. Dos horas más tarde, la artillería alemana abrió fuego en un frente de 3.200 kilómetros, desde el Cabo Norte hasta el mar Negro. Comenzó una serie de ataques aéreos estremecedores, y más de tres millones de soldados del Eje marcharon hacia el este. Una unidad del frente soviético preguntó a sus superiores: «¿Qué tenemos que hacer? Nos están atacando». La respuesta fue: «Debéis de estar locos; además, ¿por qué vuestro mensaje no está en clave?». Avanzada la mañana, cuando

el embajador alemán presentó la declaración de guerra del Reich, el ministro soviético de Asuntos Exteriores preguntó en tono igualmente lastimero: «¿Qué hemos hecho para merecer esto?».

En cuatro días, los soviéticos habían perdido más de 3.000 aviones. Los blindados alemanes penetraron profundamente en las zonas de retaguardia de todos los frentes: el cuerpo de tanques de Manstein recorrió 320 kilómetros en el norte y alcanzó el río Duina, en Dvinsk, en cuatro días. En el sector del Grupo del Ejército del Centro, los grupos de blindados a las órdenes de Hoth y Guderian cercaron en la primera semana a una importante concentración de soldados en Minsk (324.000 prisioneros, además de 3.300 tanques destruidos o inutilizados); a continuación se desplegaron para atrapar a mediados de julio a otro grupo igual de soldados cerca de Smolensk (300.000 prisioneros y otros 3.000 tanques). Los éxitos alemanes llevaron a Halder a exclamar en su diario a comienzos de julio: «Es verdad, por tanto, que no exagero al afirmar que la campaña contra Rusia se ha ganado en catorce días». Los alemanes sólo encontraron resistencia efectiva en el sur; pero, incluso allí, se habían acercado a las puertas de Kiev a mediados de julio.

Pero a finales de ese mismo mes el avance se detuvo. El sistema logístico nazi no podía abastecer apenas a los tanques y a la infantería motorizada con suministros suficientes como para permitirles defenderse, pues las formaciones de vanguardia habían consumido la mayor parte de sus reservas de munición y combustible y ya no quedaba nada para lanzar una ofensiva más al este. Las divisiones de infantería, que avanzaban penosamente a pie, se rezagaban muy en retaguardia. Además, aunque el avance había destruido muchas de las unidades regulares del Ejército Rojo, oleadas de formaciones de reservistas soviéticos atacaban a los soldados que constituían la punta de lanza. A comienzos de agosto, Halder comentaba con desesperación en su diario:

> El conjunto de la situación muestra con creciente claridad que hemos subestimado al coloso que es Rusia... Esta conclusión se observa sobre todo en las divisiones de infantería. Ya hemos identificado 360. Es verdad que no se hallan armadas y equipadas según lo entendemos nosotros, y que tácticamente están mal dirigidas. Pero ahí las tenemos; y cuando destruimos una docena, los rusos añaden, sencillamente, otra más.

Durante el mes de agosto, las unidades de vanguardia del ejército alemán lucharon para sobrevivir; los encargados de la logística se esforzaban por controlar la desesperada situación del abastecimiento; y la infantería marchaba para no quedarse atrás. Aunque habían realizado milagros, los ejércitos de combate habían sufrido bajas sustanciales: casi 400.000 para mediados de agosto, más del 10 por 100 de su

Mapa 16. La invasión alemana de la Unión Soviética supuso realizar operaciones a distancias mucho mayores que en campañas anteriores. En consecuencia, aunque los alemanes pudieron ignorar las dificultades logísticas en las primeras fases de la campaña, a finales de julio se enfrentaron a problemas casi insolubles. Su avance a partir de ese momento, sobre todo en otoño, llevó a la Wehrmacht bastante más allá de lo que dictaba un cálculo logístico prudente y expuso a sus tropas al hundimiento del sistema de abastecimiento en las atroces condiciones del invierno ruso.

cifra total. El alto mando del ejército de tierra, el alto mando militar alemán y Hitler volvían a enzarzarse en disputas, mientras los generales instaban a avanzar sobre Moscú y Hitler deseaba tomar Ucrania, con sus cereales, y Leningrado, donde había comenzado la Revolución. Como de costumbre, Hitler salió ganando, y cuando a finales de agosto los alemanes reunieron por fin suficientes suministros para reanudar su avance, el Grupo del Ejército del Norte cercó Leningrado, donde el representante de Stalin se negó a trasladar a los civiles a lugar seguro o aprovisionar la ciudad para un asedio –pues cualquiera de las dos cosas sugeriría una actitud derrotista–. Las muertes en Leningrado por

hambre y enfermedades acabarían superando el millón. Entretanto, en el centro, el grupo de tanques de Guderian avanzó hacia el interior de Ucrania. Stalin volvió a negarse a aceptar una retirada; 600.000 soldados soviéticos encerrados en la bolsa de Kiev pasaron a las jaulas alemanas para prisioneros de guerra. Pocos sobrevivieron.

A pesar de lo avanzado del año, aquellos éxitos en Kiev y Leningrado llevaron a Hitler y a sus principales comandantes a apostarlo todo a un ataque masivo contra Moscú. Las alternativas logísticas eran claras: o se mantenían en sus posiciones sobre una línea arbitraria que se extendía de Leningrado a Crimea y se preparaban para el invierno, o avanzaban hacia Moscú y llegaban a la capital soviética sin ropa invernal y sin depósitos de suministros. Los generales firmaron entusiasmados por Moscú.

La «Operación Tifón» comenzó a finales de septiembre con el movimiento inicial del grupo blindado de Guderian. Los otros dos grupos de tanques siguieron sus pasos atacando el 1 de octubre. Al cabo de una semana, los alemanes habían completado otros dos cercos masivos en Bryansk y Viasma; al cabo de dos, tenían otros 600.000 prisioneros de guerra, y frente a la capital soviética se abría un enorme vacío. Pero las lluvias de otoño frenaron el avance, reduciéndolo a un paso de tortuga, y permitieron a los soviéticos organizar a duras penas una posición donde resistir hasta el final. En noviembre, el tiempo frío congeló el barro, y el movimiento regresó al campo de batalla, permitiendo a los alemanes realizar una última tentativa de cercar Moscú. Algunas unidades llegaron a avistar las agujas del Kremlin a comienzos de diciembre, pero los alemanes habían agotado todas sus posibilidades. Sus tanques y demás equipo dejaron de funcionar en aquellas condiciones de frío extremo; las unidades del frente estaban exhaustas, fuera de combate y nada preparadas para las condiciones invernales; los alemanes, además, no disponían de depósitos de abastecimiento. El 6 de diciembre, el día anterior al ataque de los japoneses contra la flota estadounidense del Pacífico en Pearl Harbor, el Ejército Rojo contraatacó y liberó la presión a que estaba sometida Moscú. La apuesta de Hitler para conquistar la Unión Soviética en una sola campaña había fracasado.

XVI. EL MUNDO EN GUERRA

Williamson A. Murray

En diciembre de 1941 y enero de 1942, el ejército alemán del este se hallaba abandonado a su suerte y tambaleándose al borde del colapso en varias zonas fortificadas apodadas «erizos», situadas en torno a los principales centros de comunicación. No obstante, al conocer la entrada de Japón en el conflicto (véase página 355), Hitler declaró a toda prisa la guerra a Estados Unidos el 11 de diciembre, decisión que selló el destino de Alemania. La armada alentó activamente la iniciativa, mientras que los ejércitos de tierra y aire mostraron menos interés por el asunto, pues el frente del este, donde los ejércitos soviéticos acababan de iniciar un poderoso contraataque contra el Grupo Central del Ejército, absorbía toda su atención. Al final, los soviéticos estuvieron a punto de obtener un éxito importante, que no lograron porque Stalin rechazó el consejo de Georgi Zhúkov, su general de más éxito, de concentrarse en un único frente. En consecuencia, el Ejército Rojo buscó la victoria en todos los sectores y fracasó.

Cuando los combates remitieron a mediados de marzo, ambos bandos estaban exhaustos debido a la lucha, pero Hitler creía que Alemania debía acabar con la Unión Soviética antes de que los norteamericanos se dejaran oír. Para entonces, había asumido el mando directo de los ejércitos alemanes, y la mayoría de los oficiales de alta graduación que habían obtenido las victorias de los años 1939-1941 habían pasado a la reserva. En abril de 1942, Hitler decidió que sus fuerzas se posicionarían a la defensiva en el norte y el centro, mientras que en el sur lanzarían una ofensiva para hacerse con el petróleo del Cáucaso. Sin embargo, no tenía claro si las tropas debían penetrar en el Cáucaso para apoderarse del petróleo o tomar Stalingrado, a orillas del Volga, para bloquear el transporte de este producto hacia el norte. Hitler vaciló durante toda la campaña entre ambos planteamientos.

Los soviéticos realizaron el primer movimiento, pero su ataque de mayo contra Járkov acabó en desastre y destruyó todas sus reservas en el frente meridional. Los alemanes atacaron entonces en Crimea, donde el XI Ejército de Manstein destrozó el resto de las posiciones soviéticas. La ofensiva principal comenzó el 27 de junio: los alemanes, que atacaron por el oeste en Vorónezh, establecieron una posición de bloqueo y giraron siguiendo el curso del Don. Esta vez, los soviéticos les dejaron pasar –ya no habría más batallas para cercar al enemigo– y las tropas rumanas, húngaras e italianas marcharon tras los tanques para proteger el flanco meridional del Grupo de Ejércitos del Sur, que se iba alargando, pues los alemanes carecían de suficientes soldados propios para realizar esa tarea.

A finales de julio, las fuerzas alemanas se habían desplegado hacia el Don, y un mes más tarde habían llegado al Volga. El 13 de septiembre, Stalingrado fue objeto de un feroz ataque que se extendió a lo largo de 13 kilómetros por la ribera occidental del río, y durante los dos meses siguientes se convirtió en el Verdún de la Segunda Guerra Mundial. En la ciudad, los soldados alemanes del VI Ejército hicieron retroceder a los soviéticos manzana a manzana hasta el Volga, y a mediados de noviembre habían tomado la mayor parte de Stalingrado, aunque con grandes pérdidas humanas y materiales. Entretanto, el Ejército Rojo trasladó a la ciudad suficientes tropas de refresco como para seguir combatiendo, pero mantuvo en reserva a la mayoría de los refuerzos que acudían al teatro de operaciones para poder lanzar un gran contraataque. A diferencia de las ofensivas soviéticas del año anterior, Stalin se propuso un objetivo limitado: la destrucción del VI Ejército.

Hitler intentaba resolver el problema del derrumbamiento del Eje en el Mediterráneo (véase página 342) cuando el contraataque masivo de los soviéticos, la «Operación Urano», en la que participaron un millón de soldados, 13.000 cañones y casi 900 tanques, pilló por sorpresa al VI Ejército. Las avanzadillas, que habían iniciado su marcha el 19 de noviembre de 1942, se reunieron detrás de Stalingrado cuatro días más tarde y encerraron en una trampa a más de 200.000 hombres, en una maniobra clásica al estilo de la batalla de Cannas (véase página 50), que el Estado Mayor general prusiano habría considerado atractiva en otras circunstancias. Tras haber recibido de Göring la confirmación de que la Luftwaffe podría abastecer al VI Ejército, Hitler ordenó al general Friedrich Paulus que resistiera y esperara la ayuda, mientras Erich von Manstein, ascendido al grado de mariscal de campo por sus victorias en Crimea, tomaba el control de la campaña de socorro. El contraataque alemán llegó a las puertas de Stalingrado, pero Paulus desoyó la orden de Manstein de romper el cerco sin la confirmación de Hitler, y el führer se negó a darla.

En diciembre, los soviéticos lanzaron un nuevo ataque que puso de relieve hasta qué punto había cambiado en el este la correlación de fuer-

zas. Una poderosa ofensiva contra los ejércitos italiano y húngaro, posicionados en el curso alto del Don, causó su total derrumbamiento. El éxito soviético puso fin al puente aéreo a Stalingrado, y Paulus se rindió el 31 de enero de 1943. La batalla de Stalingrado pudo haber costado a los alemanes un total de más de un millón de muertos, heridos, desaparecidos y presos –casi una cuarta parte de sus fuerzas en el frente oriental–. También amenazó a todo el Grupo de Ejércitos del Sur. A lo largo de los meses de enero y febrero, Manstein se enfrentó a una catástrofe: logró sacar a duras penas del Cáucaso al I Ejército de Blindados, mientras el VII Ejército permanecía en la península de Kubán, pues Hitler exigía una plataforma de lanzamiento para la ofensiva del verano de 1943. Los soviéticos prosiguieron su avance y amenazaron con cortar en dos el Grupo de Ejércitos del Sur alcanzando el mar Negro por el oeste de Crimea, pero como su avance carecía de un foco coherente, se desplegaron de manera excesiva. Manstein se percató de la vulnerabilidad de los soviéticos y a finales de febrero y comienzos de marzo les asestó un contragolpe devastador que causó fuertes bajas en sus fuerzas y recuperó, incluso, Járkov antes de que las lluvias de primavera provocaran una paralización temporal.

El Mediterráneo y la estrategia de los Aliados

Mientras millones de soldados nazis y soviéticos combatían en el frente oriental, en el norte de África los británicos se enfrentaban únicamente a unas pocas unidades italianas desmoralizadas (véase página 331) reforzadas por un cuerpo de ejército alemán a las órdenes de Erwin Rommel. Aunque sobrepasaban siempre en número a sus adversarios, los británicos sufrieron una serie de derrotas humillantes como reflejo de un ejército que había aprendido demasiado poco y demasiado tarde de sus experiencias en el campo de batalla. Rommel, en cambio, dio muestras de un planteamiento coherente y eficaz que hacía hincapié en la iniciativa, la rapidez y la explotación del éxito, hasta que en julio de 1942 sus tropas llegaron a El Alaméin, a sólo 75 kilómetros de Alejandría.

Los planificadores de la estrategia angloamericana habían acabado por reconocer, al igual que sus homólogos soviéticos, la importancia crucial de la producción industrial. A partir del verano de 1940, británicos y norteamericanos insistieron en movilizar el sector industrial y los recursos humanos y materiales para llevar adelante la guerra; los alemanes, por otro lado, mantuvieron hasta 1942 una economía de «cañones y mantequilla». En aquel momento iban bastante rezagados en el aprovechamiento de todos los recursos disponibles para la guerra y, al mismo tiempo, eran ampliamente superados por la capacidad indus-

trial de los Aliados. Albert Speer, ministro de Armamento de Hitler, realizó auténticos milagros en la segunda mitad de la guerra, pero en 1942 los alemanes habían perdido la carrera: la economía norteamericana comenzaba a funcionar a toda máquina y las fábricas de EEUU no tardarían en manufacturar un flujo de productos superior a todo lo soñado hasta entonces. Según ha observado un historiador británico refiriéndose a la Ofensiva Conjunta de Bombardeo, las fábricas norteamericanas producían en 1944 bombarderos cuatrimotores «como churros», mientras que la principal flota de EEUU en el Pacífico era mayor que todas las demás del mundo juntas.

Al enfrentarse a las declaraciones de guerra de Japón y Alemania en diciembre de 1941, el presidente Roosevelt y sus asesores optaron por la estrategia de «primero Alemania» y, en 1943, pidieron que se efectuara una invasión al otro lado del canal de La Mancha a fin de lanzar un ataque directo contra el imperio de Hitler. Los jefes británicos de Estado Mayor alegaron que no se contaba todavía con un número suficiente de fuerzas y que las potencias occidentales debían concederse un año más de guerra en el Mediterráneo mientras Rusia machacaba la fuerza alemana. Aquellas diferencias amenazaban con descomponer la estrategia angloamericana, pero Roosevelt intervino y ordenó a sus comandantes cooperar con los británicos en una operación de importancia en el Mediterráneo occidental.

La operación subsiguiente, conocida por el nombre en clave de «Antorcha», escogió como blanco Marruecos y Argelia para presionar a las fuerzas del Eje desde el oeste; pero inmediatamente antes del inicio de la operación «Antorcha», los británicos atacaron a Rommel en El Alaméin. Churchill había respondido a las anteriores derrotas en el norte de África sustituyendo a la mayoría de los altos mandos del Mediterráneo y encomendando el V Ejército a Bernard Law Montgomery. Fueran cuales fuesen sus fallos, Montgomery era un gran motivador, instructor y realista. Sin embargo, a diferencia de William Slim en Birmania (véase página 359), nunca dispuso de tiempo para corregir las deficiencias tácticas de las tropas bajo su mando y, por tanto, decidió obligar a los alemanes a librar una batalla acorde con los puntos fuertes del VIII Ejército; en consecuencia, El Alaméin fue una lucha de desgaste, más que de movimientos. Además, Montgomery demostró una considerable capacidad para adaptarse a las condiciones reales de combate hasta conseguir imponer su superioridad en hombres y equipo. El 23 de octubre, Montgomery atacó a los 100.000 soldados y 500 tanques mandados por Rommel con 230.000 hombres y 1.030 tanques. El 3 de noviembre, el Afrika Corps inició la retirada y no se detuvo hasta llegar a Túnez.

El 8 de noviembre, mientras Montgomery perseguía a los alemanes, fuerzas norteamericanas y británicas desembarcaron simultáneamente en varios puntos de las colonias francesas de Marruecos y Ar-

gelia. Los franceses opusieron una resistencia considerable, pero acabaron por rendirse, y los alemanes decidieron crear en Túnez un reducto fortificado. La decisión de reforzar el norte de África fue uno de los peores dislates de Hitler; es cierto que mantuvo cerrado el Mediterráneo durante otros seis meses, lo cual influyó desfavorablemente en la situación naval de los Aliados, pero puso una parte de las mejores tropas alemanas en una situación indefendible de la que, como en Stalingrado, no habría escapatoria. Además, Hitler envió la Luftwaffe a librar una batalla de desgaste en condiciones poco propicias, por lo que sufrió pérdidas que no podía permitirse.

La campaña del norte de África, que duró hasta mayo de 1943, tuvo también consecuencias importantes para los Aliados. Por un lado, una derrota táctica en el paso de Kasserine constituyó para los norteamericanos una penosa advertencia sobre sus carencias; por otro, según temían los militares de EEUU, impidió lanzar en 1943 una invasión al otro lado del canal de La Mancha. Una reunión de importantes dirigentes políticos y militares angloamericanos celebrada en Casablanca en enero de 1943 determinó, en cambio, que el siguiente objetivo sería Sicilia. El 10 de julio, las fuerzas aliadas desembarcaron con éxito en esta isla, invadida por entero para el 17 de agosto, aunque las fuerzas alemanas que se enfrentaban a ellas consiguieron escapar. La invasión de Sicilia animó finalmente al rey de Italia a destituir a Mussolini. El mariscal Badoglio, hombre notable por su incompetencia militar, intentó negociar la salida de Italia de la guerra, pero su falta de decisión permitió a los alemanes reforzar sus tropas en la península. Los Aliados no lograron cruzar al continente hasta comienzos de septiembre. Tras unos pocos momentos desagradables en Salerno, marcharon hacia el norte, en dirección a Nápoles, donde su avance se detuvo entorpecido por el barro de los Apeninos, pero una gran parte de Italia siguió en manos alemanas.

La incapacidad de las fuerzas aliadas para desalojar a los alemanes del sur de Roma constituyó una grave decepción. En febrero de 1944, los Aliados desembarcaron fuerzas anfibias en la costa de Anzio, pillando a los alemanes por sorpresa, pero no consiguieron aprovechar la situación. Según Churchill, los Aliados habían esperado lanzar a tierra un gato montés, pero habían acabado con una ballena varada. Los Aliados no rompieron el empate en Italia hasta mayo: utilizando como punta de lanza la infantería de la Francia Libre, que cruzó un terreno considerado infranqueable por los alemanes, se acercaron a Roma y amenazaron al X Ejército alemán. Pero el comandante de EEUU, el general Mark Clark, decidió que la gloria de la captura de Roma debía ser para los soldados norteamericanos, y los alemanes escaparon. A continuación, los Aliados empujaron a los alemanes hacia el norte de Florencia a lo largo del verano, pero, para entonces, Italia había pasado a ser un teatro de operaciones de importancia secundaria.

El éxito en la defensa de las líneas de comunicación marítimas de las que dependían Gran Bretaña y Estados Unidos para proyectar su poderío militar, así como para su producción económica, constituyó el triunfo más importante de la Segunda Guerra Mundial en el oeste. En 1939, ni la Royal Navy ni la Kriegsmarine habían esperado una gran guerra submarina contra el comercio: una minúscula flota de submarinos –que nunca superó los cincuenta– infligió pérdidas fuertes, pero no decisivas, a los convoyes británicos en el primer año de la guerra. El control de las bases de Francia y Noruega a partir de 1940 ayudó considerablemente a los alemanes, pero la flota de submarinos sólo creció de forma gradual, debido en parte al constante empeño de la Kriegsmarine en construir acorazados. Además, la Royal Navy se hizo durante ese periodo con las claves de cifrado, lo que permitió al espionaje británico de señales romper de manera sistemática los códigos navales alemanes. En consecuencia, el creciente flujo de pérdidas de mercantes de la primera mitad de 1941 por la acción de los submarinos se redujo de forma espectacular en la segunda mitad.

A finales de 1941, los alemanes introdujeron una nueva complejidad en el sistema de codificación, privando a sus presas de unos datos de espionaje vitales, mientras la declaración de guerra de Hitler contra EEUU llevó a sus submarinos a atacar las actividades comerciales a lo largo de la costa este de Estados Unidos. Los norteamericanos rechazaron inexcusablemente el consejo británico y repitieron todos los errores cometidos por sus aliados –no organizar convoyes, no apagar las luces, no imponer el silencio a sus radios–. El resultado fue una masacre. En la primavera de 1942, después de que los norteamericanos hubieran introducido sus propios procedimientos en la costa este, el almirante Karl Dönitz, comandante de la flota de submarinos alemanes, trasladó sus ataques al Caribe, donde las defensas eran igualmente laxas. Los alemanes, sin embargo, cometieron errores fundamentales. Hitler mantuvo muchas naves en posición defensiva para proteger Noruega y el norte de África y operar contra la navegación aliada en el Mediterráneo; Dönitz controlaba en exceso las misiones de las naves, privando así a sus subordinados de flexibilidad y aumentando el riesgo de que sus planes fueran interceptados; además, el Estado Mayor alemán era tan reducido que, al final, perdió el contacto con la situación de conjunto. Según observó un adversario, Dönitz practicaba una «conducción de la guerra del siglo XVIII en la era tecnológica del XX».

A pesar de que en 1943 operaban en el Atlántico cientos de submarinos, la situación experimentó aquel año un giro favorable a los Aliados. La producción de buques mercantes y naves de escolta en los astilleros norteamericanos superó las pérdidas, al tiempo que mejoraban las defensas aliadas. Aviones de largo alcance se adentraban a gran distancia en el Atlántico, dejando pocas zonas sin vigilancia aérea, mientras

que la táctica y la tecnología a disposición de los defensores progresaban de manera significativa. Finalmente, a comienzos de 1943, los británicos recuperaron la capacidad de infiltrarse en el tráfico de mensajes de los submarinos alemanes. La Batalla del Atlántico culminó en la primavera de aquel año. En marzo, los submarinos alemanes echaron a pique 627.000 toneladas de carga mercante; en los ataques lanzados por cuarenta submarinos contra los convoyes SC122 y HX229, los alemanes hundieron veintidós barcos, mientras que ellos perdieron, en cambio, una sola nave. Pero la última semana de abril, cuando cuarenta y un submarinos asaltaron el convoy ONS5, los atacantes hundieron doce barcos mercantes, pero perdieron siete submarinos y cinco más sufrieron graves daños. En mayo, los alemanes perdieron cuarenta y un submarinos, sin lograr casi ningún éxito, lo que indujo a Dönitz a sacar sus naves del Atlántico. Los Aliados habían ganado la batalla.

La guerra aérea

Ningún aspecto del esfuerzo de guerra aliado ha sido objeto de mayores controversias que la Ofensiva Conjunta de Bombardeo. Hasta febrero de 1942, cuando Arthur Harris ocupó el Mando de Bombardeo, los intentos británicos de atacar la economía y las ciudades del Reich habían resultado un fracaso calamitoso. Su aviación devastó Colonia en una incursión realizada en mayo, en la cual participaron mil bombarderos, pero el resto del año disfrutó de escasa fortuna. Harris, no obstante, ejerció un fuerte liderazgo y transmitió la firme creencia de que el bombardeo por zonas acabaría quebrantando la moral del enemigo. En 1943, el Mando de Bombardeo estuvo a punto de hacer realidad las expectativas de Harris: en la primavera acribilló la cuenca del Ruhr y destruyó Hamburgo, matando a 40.000 habitantes. Speer advirtió a Hitler de que si el Mando de Bombardeo conseguía efectos similares en cinco o seis ciudades más, la moral alemana se derrumbaría por completo.

Sin embargo, las fuerzas de Harris no consiguieron otro Hamburgo en lo que quedaba de 1943, y a finales de otoño dirigieron sus ataques contra Berlín. Aquella campaña estuvo a punto de ser la ruina del Mando de Bombardeo, pues las defensas alemanas, en especial los cazas nocturnos, demostraron su creciente efectividad, y la longitud del vuelo hasta los blancos, situados muy en el interior de Alemania, incrementaba la vulnerabilidad de los bombarderos británicos. La desastrosa incursión contra Núremberg a finales de marzo de 1944, en la que los atacantes perdieron 105 aparatos, la mayoría de ellos en enfrentamientos con cazas enemigos, obligó a Harris a abandonar los ataques contra objetivos remotos.

Mientras los británicos bombardeaban el Reich de noche, los norteamericanos comenzaron a lanzar ataques diurnos contra blancos indus-

triales de Alemania en junio de 1943. Los estrategas de la aviación norteamericana creían que las grandes formaciones de B-17 bien armados podían abrirse paso peleando a través de las defensas alemanas sin sufrir grandes bajas. Pero la fuerza de cazas alemanes era un adversario bastante más formidable de lo calculado por los norteamericanos: en agosto se perdieron sesenta bombarderos en ataques contra Schweinfurt y Ratisbona, y otros sesenta dos meses después, en una nueva incursión contra las fábricas de rodamientos de Schweinfurt. A lo largo del verano y el otoño, los norteamericanos perdieron cada mes el 30 por 100 de sus tripulaciones, y aunque también infligieron fuertes pérdidas a los pilotos de caza de la Luftwaffe, la segunda catástrofe de Schweinfurt les obligó a abandonar las incursiones sin escolta contra zonas del interior del Reich. Sin embargo, a comienzos de 1944 se pudo disponer de un auténtico caza de escolta de largo alcance, el P-51 «Mustang», y la 8ª Fuerza Aérea de EEUU volvió a atacar objetivos situados en el corazón de Alemania e inició una aterradora guerra de desgaste contra la Luftwaffe, hasta que, en mayo, la fuerza de cazas alemanes acabó destrozada.

Los 2,6 millones de toneladas de bombas arrojadas sobre la «Fortaleza Europa» no consiguieron ganar por sí mismas la guerra. No obstante, ejercieron un impacto significativo sobre la moral de los alemanes, lo que explica, a su vez, por qué éstos dedicaron tantos recursos a los programas de la V-1 y la V-2 –recursos que, según cálculos de la Inspección de Bombardeo Estratégico, podrían haber permitido producir otros 24.000 aviones sólo en 1944–. Además, unas 12.000 piezas de artillería antiaérea y medio millón de soldados participaron en la tarea de disparar contra los cielos noche tras noche un número inmenso de proyectiles mal apuntados, simplemente para devolver la confianza a la población del Reich. Lo más importante de todo fue que la ofensiva aérea diurna consiguió la superioridad aérea en toda Europa, requisito para realizar con éxito una invasión al otro lado del canal de La Mancha. El ataque contra las carreteras y ferrocarriles franceses resultó fundamental para la batalla terrestre en Normandía, mientras que la destrucción de la producción de petróleo sintético en el Reich paralizó todavía más tanto la Wehrmacht como la Luftwaffe. Finalmente, el bombardeo sistemático de la red de transporte en el invierno de 1944-1945 (véase página 353) destruyó la economía de guerra alemana y explica la ausencia de una defensa encarnizada del Reich. La Ofensiva Conjunta de Bombardeo contribuyó de manera esencial a la victoria de los Aliados.

El frente del este de 1943 a 1944

Los éxitos soviéticos y los contraataques alemanes de comienzos de 1943 habían dejado una gran burbuja o saliente en torno a Kursk,

entre Orel y Járkov, y Manstein convenció a Hitler de que la destrucción de algunas unidades soviéticas en el saliente de Kursk estabilizaría el frente. Sin embargo, el führer demoró el comienzo de la ofensiva hasta que las fuerzas alemanas alcanzaran su máxima potencia. Al norte de Kursk, el IX Ejército de Model acabó disponiendo de tres cuerpos de blindados con 900 tanques; en el sur, Manstein tenía cuatro cuerpos de blindados con más de 1.000 tanques; y la Luftwaffe concentró 2.500 aviones para la ofensiva, que recibió el nombre en clave de «Zitadelle». Pero cuando los alemanes se hallaron dispuestos, se encontraron con un adversario totalmente preparado. Los soviéticos pretendían atrapar la acometida alemana en una red colosal de posiciones defensivas de una longitud de 320 kilómetros y no lanzar sus blindados hasta entonces. Además, sus fuentes de espionaje se enteraron tanto del día como de la hora del previsto ataque alemán –el amanecer del 5 de julio de 1943–, lo cual permitió a la artillería soviética disparar la mayor barrera de fuego preventiva de la historia de la guerra; cientos de cañones y morteros batieron las fuerzas alemanas cuando se disponían a avanzar. Los esfuerzos alemanes se habían estancado al cabo de dos días, y en ese momento los soviéticos lanzaron sus ejércitos de tanques. El 12 de julio se produjo en Projorovka, en el sur, un choque entre más de 1.000 tanques, al que siguió un masivo contraataque soviético.

Kursk demostró que el Ejército Rojo había adquirido una destreza formidable en el nivel operacional de la guerra. También dominaba el engaño –la *maskirovka*–, por lo que las principales ofensivas soviéticas pillaron a los alemanes por sorpresa desde finales de 1942. Tras la victoria de Kursk, Stalin comprometió 2,6 millones de hombres, más de 51.000 cañones y morteros, 2.400 tanques y cañones de asalto y 2.850 aviones de combate en un frente de 650 kilómetros entre los pantanos de Prípiat y el mar de Azov. En primer lugar, recuperaron Járkov y, luego, a finales de septiembre, tras la descomposición del flanco izquierdo del Grupo de Ejércitos del Sur, emprendieron una carrera a la desesperada con los alemanes por llegar al Dniéper. Los soviéticos recuperaron así las fundamentales comarcas agrarias e industriales de Ucrania. Para completar la lista de desastres alemanes, el Ejército Rojo llegó también al mar Negro y aisló al VII Ejército en Crimea.

La llegada de las lluvias de octubre dio un respiro a los alemanes, pero el invierno permitió al Ejército Rojo actuar de nuevo, esta vez con 4 millones de soldados y más de 4.000 tanques, mientras camiones de cuatro y seis ejes fabricados en EEUU contribuían al avance proporcionando apoyo logístico. En 1944, los soviéticos habían llegado a los Cárpatos, así como a las fronteras de Hungría y Rumanía, mientras los ataques lanzados en otras partes desalojaban a los alemanes de sus posiciones

en torno a Leningrado y retomaban Crimea (destruyendo el VII Ejército alemán).

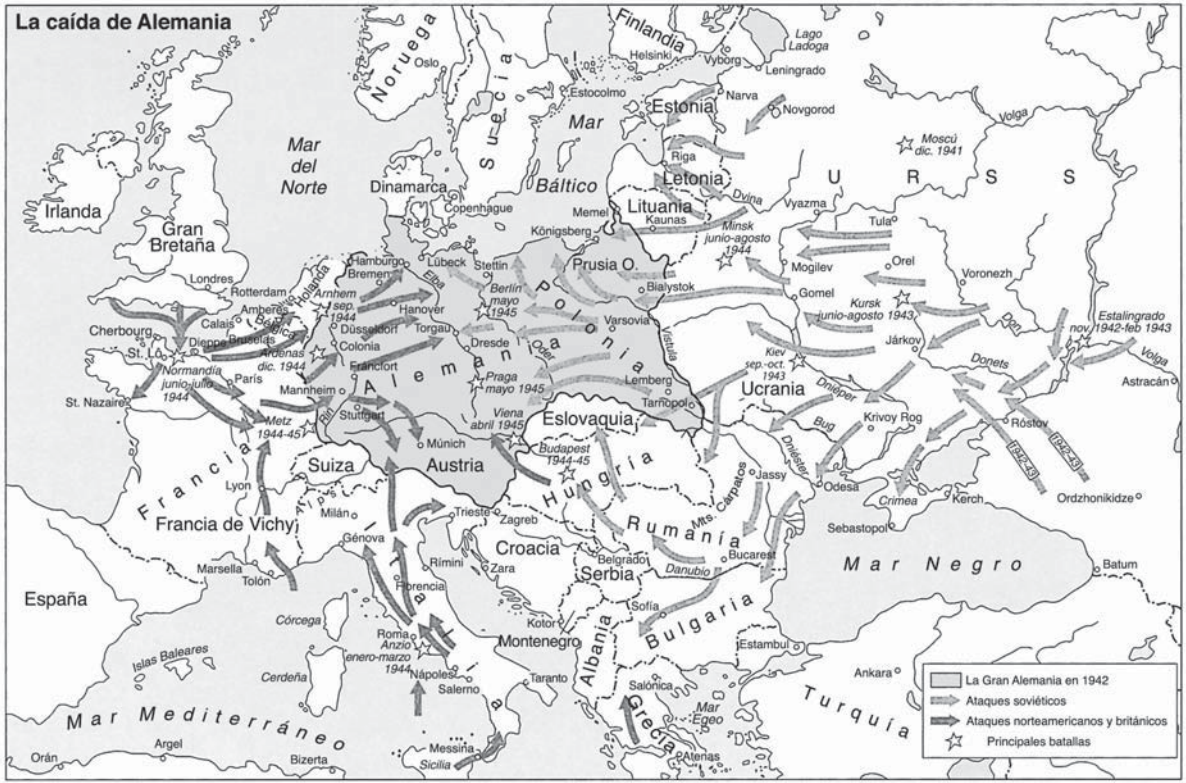
Al acabar la primavera, los soviéticos abastecieron a los servicios alemanes de espionaje con datos falsos según los cuales su siguiente gran ataque se lanzaría contra el Grupo de Ejércitos del Sur como preparación para un avance hacia los Balcanes, mientras que, en realidad, el Ejército Rojo concentraba sus fuerzas frente al Grupo de Ejércitos del Centro. Stalin se mantuvo a la expectativa hasta que hubieron concluido los desembarcos angloamericanos en Normandía, y a continuación, el 22 de junio de 1944, justo tres años después del inicio de la Operación «Barbarroja» (véase página 333), dio comienzo la operación «Bagration» (por el nombre de uno de los héroes de 1812-1813), dirigida contra el corazón del frente alemán en torno a Minsk. Hitler ordenó a sus tropas resistir hasta el último cartucho y el último hombre, y así lo hicieron: el 20 de julio, el Grupo de Ejércitos del Centro había sido totalmente destruido, con la aniquilación de diecisiete divisiones y la pérdida de la mitad o más de los miembros de otras cincuenta. Aquel día, un grupo de oficiales alemanes, consternados por la dirección de la guerra por parte de Hitler, atentaron contra la vida del führer. El atentado fracasó y el Ejército Rojo siguió adelante un mes más hasta alcanzar el Vístula, cerca de Varsovia. Allí, el 29 de agosto de 1944, Stalin ordenó hacer un alto. La clandestinidad polaca –tan decididamente anticomunista como antinazi– se había sublevado en la capital polaca, y, en opinión de Stalin, era de una lógica excelente dejar que los alemanes destruyeran a sus enemigos en Polonia antes de hacerlo él al entrar en el país. Los ejércitos soviéticos habían avanzado lo suficiente hacia el oeste como para poder participar en la matanza, si las fuerzas angloamericanas conseguían una victoria abrumadora que pudiera llevarlas al interior de Alemania.

Entretanto, Stalin se dispuso a conseguir sus objetivos estratégicos en los Balcanes. El 20 de agosto, la artillería soviética batió posiciones alemanas y rumanas al norte del delta del Danubio, y las segundas se derrumbaron de inmediato. Fue más que un hundimiento militar, pues al cabo de tres días los rumanos abandonaban la alianza con Alemania, y, en una semana, la mayor parte de Rumanía se hallaba bajo control soviético, mientras las fuerzas rumanas atacaban ahora a los alemanes. Bulgaria se retiró siguiendo de cerca a Rumanía. No obstante, las tropas alemanas de Grecia y Macedonia tuvieron tiempo de escapar y recomponer un frente en Hungría. Pero los propios húngaros intentaban desesperadamente abandonar el barco alemán que se iba a pique. Aunque los nazis cortaron de raíz el golpe antialemán, en noviembre los alemanes y los restos del ejército húngaro luchaban en los suburbios de Budapest. Los soviéticos se habían hecho con el control territorial de una gran parte de lo que sería su imperio durante la guerra fría.

La operación militar más compleja de la guerra fue el desembarco de los Aliados en Francia en 1944. El fracaso de la incursión marina contra Dieppe en 1942 demostró que tomar un puerto para iniciar una invasión iba a ser casi imposible; los invasores necesitarían llevar consigo todos sus pertrechos de desembarco. La acción requeriría, por tanto, no sólo superioridad aérea, sino también el movimiento controlado de tropas, equipo y suministros en tierra sobre las playas. Los Aliados no dispusieron de suficientes naves de desembarco y apoyo logístico para hacer posible una operación semejante hasta 1944. En enero de ese año se había instituido el alto mando para Normandía; el norteamericano Dwight Eisenhower tendría el control general, y el británico Bernard Montgomery mandaría las fuerzas de tierra durante la fase inicial. A su llegada a Inglaterra, Eisenhower y Montgomery constataron la inadecuación de la fuerza de desembarco propuesta, integrada por una división de paracaidistas y tres de infantería: estas cifras se incrementaron hasta tres divisiones de paracaidistas y cinco de infantería. Las primeras protegerían los flancos de la invasión, mientras que la infantería tomaría la costa sobre la que se desarrollaría la gran concentración logística.

En Francia, Rommel dedicó su infatigable energía a trabajar en la preparación de las defensas. A diferencia de otros comandantes alemanes, se daba cuenta de que los invasores debían ser detenidos en las playas, pues de lo contrario la guerra estaría perdida. Pero entre los alemanes existía una considerable confusión: Gerd von Rundstedt, que tenía el mando global de Europa occidental, adoptó un planteamiento fundamentalmente distinto del de Rommel, mientras que Hitler mantuvo el control personal sobre el despliegue de las reservas blindadas.

Al amanecer del 6 de junio de 1944, una fuerza de unas 6.500 naves de guerra y transporte protegida por 12.000 aviones llevó a los invasores a Normandía. Las defensas sólo retrasaron seriamente a los atacantes en la playa de «Omaha»; en otros puntos, los alemanes reaccionaron con lentitud y vacilación. Durante gran parte de la batalla, Hitler y el alto mando alemán tuvieron la convicción de que se producirían otros desembarcos en torno al Paso de Calais –una victoria más para la campaña de engaño de los Aliados–, y en la primera jornada los Aliados pusieron en tierra a 177.000 hombres. Pero, entonces, las fuerzas locales alemanas demostraron su denodada tenacidad y se produjeron varias atrocidades: el 7 de junio, por ejemplo, tropas de la división Hitlerjugend de las SS masacraron a unos cien prisioneros de guerra canadienses y pasaron con sus tanques sobre sus cuerpos. En el sector oriental de la batalla, británicos y canadienses no consiguieron quebrantar a un enemigo numéricamente inferior, ni acceder a


La caída de Alemania
Noruega
Oslo
Suecia
Finlandia
Helsinki
Lago Ladoga
Vyborg
Leningrado
Estocolmo
Narva
Estonia
Novgorod
Volga
Moscú dic. 1941
Mar del Norte
Mar Báltico
Riga
Letonia
U R S S
Irlanda
Dinamarca
Copenhague
Dvina
Vyazma
Memel
Kaunas
Lituania
Minsk junio-agosto 1944
Tula
Gran Bretaña
Königsberg
Prusia O.
Mogilev
Orel
Voronezh
Londres
Rotterdam
Holanda
Hamburgo
Bremen
Lübeck
Stettin
Elba
Berlín mayo 1945
Bialystok
Gomel
Kursk junio-agosto 1943
Arnhem sep. 1944
Hanover
Amberes
Bélgica
Calais
Cherbourg
Dieppe
Bruselas
Düsseldorf
Torgau
Colonia
Dresde
Varsovia
Polonia
Vistula
Járkov
Don
Estalingrado nov. 1942-feb 1943
Volga
Ardenas dic. 1944
St. Lô
Normandía junio-julio 1944
París
Francfort
Mannheim
Praga mayo 1945
Oder
Kiev sep.-oct. 1943
Donets
Lemberg
Ucrania
Dnieper
Astracán
St. Nazaire
Metz 1944-45
Rin
Stuttgart
Viena abril 1945
Tarnopol
Eslovaquia
Krivoy Rog
Rostov
Bug
Dniester
Budapest 1944-45
Suiza
Munich
Austria
Jassy
Odesa
Crimea
Kerch
Ordzhonikidze
Francia
Lyon
Hungría
Carpatos
Mts.
Milán
Trieste
Zagreb
Rumania
Sebastopol
Francia de Vichy
Génova
Croacia
Belgrado
Bucarest
Mar Negro
Batum
Marsella
Tolón
Rimini
Zara
Serbia
Danubio
España
Florencia
Sofía
Córcega
Roma
Anzio
enero-marzo 1944
Kotor
Montenegro
Albania
Bulgaria
Estambul
Islas Baleares
Cerdeña
Nápoles
Salerno
Taranto
Ankara
Salónica
Mar Egeo
Turquía
Mar Mediterráneo
Argel
Orán
Bizerta
Messina
Sicilia
Grecia
Atenas
La Gran Alemania en 1942
Ataques soviéticos
Ataques norteamericanos y británicos
Principales batallas

la llanura que se extendía más allá de Normandía. En el oeste, los norteamericanos capturaron Cherburgo, pero luego quedaron empantanados en la espesura del terreno. Durante los meses de junio y julio, una masiva lucha de desgaste que recordó a la Primera Guerra Mundial consumió cantidades enormes de hombres, equipo y munición. Pero, al final, mientras los persistentes ataques lanzados por Montgomery paralizaban los blindados alemanes en el este, los norteamericanos arrojaron al enemigo de la costa y el 31 de julio se apoderaron de Avranches. Partiendo de ese punto podían haber cercado todo el frente alemán, pero, en cambio, se dirigieron hacia el oeste a fin de penetrar en Bretaña. Hitler, sin embargo, hizo el juego a los Aliados al ordenar un contraataque en Mortain. Las informaciones «Ultra» (véase página 330) advirtieron a los Aliados, y sus fuerzas de aire y tierra detuvieron en seco a los alemanes mientras las fuerzas blindadas norteamericanas giraban, por fin, hacia el este para amenazar la totalidad de las posiciones alemanas en Normandía. Entretanto, el 15 de agosto, las fuerzas aliadas realizaron con éxito otro desembarco en la costa mediterránea de la Francia ocupada.

La campaña se convirtió entonces en una persecución feroz hacia la frontera alemana. Montgomery abogaba por un avance estrecho hacia el interior del Reich –bajo su mando, naturalmente–, pero Eisenhower buscaba una estrategia de frente amplio, aunque proporcionó a Montgomery la mayor parte de los pertrechos necesarios. El 2 de septiembre, los británicos liberaron Bruselas, y dos días más tarde capturaron Amberes con sus muelles intactos. Pero, entonces, Montgomery se detuvo a fin de prepararse para la operación «Market Garden», ideada para flanquear las defensas alemanas mediante un ataque a través de los Países Bajos y capturar los puentes que cruzaban el Rin en Arnhem. Gracias a ello los alemanes se recuperaron y su V Ejército escapó al interior de Holanda y consiguió cerrar los accesos a Amberes. Al cabo de casi dos semanas comenzó «Market Garden». Sin embargo, la 1ª División aerotransportada no logró hacerse con Arnhem; los blindados de apoyo avanzaban a paso lento; y los planes cayeron en manos de los alemanes durante las primeras horas del ataque. Aquel fracaso hizo que los alemanes pudieran mantenerse en sus fronteras occidentales hasta el invierno y puso a las fuerzas norteamerica-

Mapa 17. En 1943, la producción conjunta de las economías de guerra de los Aliados había alcanzado una superioridad abrumadora sobre la de la Alemania nazi. No obstante, las campañas para recuperar los territorios perdidos a manos de la Wehrmacht en 1940 y 1941 resultaron largas y costosas. La derrota de los alemanes, atacados desde cuatro direcciones –el este, el oeste, el sur y el espacio aéreo–, era inevitable, pero la propia duración de aquellas campañas permitió a los nazis seguir perpetrando sus crímenes contra la humanidad hasta bien entrada la primavera de 1945.

nas y de la Commonwealth ante la desagradable perspectiva de desalojarlos de un terreno difícil y unas posiciones bien preparadas en un momento en que sus propias formaciones habían sufrido numerosas bajas y carecían de las reservas necesarias para dar a sus divisiones agotadas tiempo de descansar y rehacerse. Además, el poder destructivo de las fuerzas aéreas de los Aliados había destrozado la infraestructura logística de Francia y su red viaria, dificultando así el abastecimiento de la fuerzas aliadas en la frontera con Alemania hasta que se restableció el acceso a Amberes a finales de noviembre.

El final en Europa

No obstante, en otoño de 1944, Alemania se hallaba a la defensiva en todos los frentes. Sus enemigos amenazaban las puertas del Reich, mientras que los ataques aéreos machacaban la industria y las ciudades alemanas. Los alemanes, sin embargo, se encastillaron en una actitud a medio camino entre la determinación fanática y la resignación desesperada. Según decían muchos, había que «disfrutar de la guerra, pues la paz iba a ser un infierno». Tenían, en efecto, mucho que temer: los campos de exterminio prosiguieron su lúgubre tarea sin grandes trastornos hasta el otoño de 1944, y la mayoría de los alemanes constataron que su país había cometido crímenes indecibles por los que deberían rendir cuentas. De momento, sin embargo, una resistencia tenaz se sumó a un tiempo atroz para mantener a raya a los Aliados.

Luego, el 16 de diciembre, los alemanes golpearon las débiles defensas de EEUU en las Ardenas; su objetivo era separar las fuerzas británicas y canadienses, posicionadas en el norte, de las norteamericanas, situadas en el sur, y recuperar y destruir Amberes. El frente norteamericano cedió y en algunas zonas se derrumbó; además, las únicas reservas disponibles eran dos divisiones aerotransportadas, que fueron trasladadas de inmediato para reforzar los flancos: la 82ª, al sector norte del saliente alemán, cada vez más pronunciado; y la 101ª, a Bastogne. Aquí, la División 101 opuso una resistencia épica: los alemanes cercaron la localidad durante un tiempo, pero el hecho de que la división norteamericana controlara un cruce de carreteras fundamental se sumó a los problemas de los atacantes, que sólo tenían combustible para recorrer la mitad de la distancia que les separaba de Amberes, a donde nunca se acercaron. El alto mando aliado de 1944 no era el de 1940; su respuesta fue ordenada y rápida. El III Ejército de Patton se encontraba en la carretera del norte antes incluso de que su comandante recibiera órdenes de apoyar a las fuerzas de EEUU en las Ardenas. El mal tiempo había desempeñado un papel importante en los éxitos iniciales de los alemanes, pero cuando el cielo se despejó, las

fuerzas aéreas tácticas de los Aliados les infligieron numerosas bajas, y a finales de diciembre los alemanes habían sido detenidos y comenzaron a retroceder. La batalla del saliente destruyó la última reserva operacional del Reich.

Mientras, las fuerzas aéreas aliadas, tanto las estratégicas como las tácticas, se apuntaron éxitos notables contra la red alemana de transporte. En diciembre, los cargamentos por vía férrea habían caído a un 60 por 100 de lo normal, y en febrero de 1945 la capacidad de los depósitos ferroviarios se situaba en un 20 por 100 de lo habitual. En consecuencia, la producción de equipamiento militar y munición cesó casi por completo. No se produciría una lucha a muerte a la manera de un «ocaso de los dioses», pues, sin los instrumentos de la guerra, los alemanes no tenían capacidad para resistir.

El final no tardó en llegar. A mediados de enero de 1945, los ejércitos rusos atacaron en el este. Prusia oriental, Pomerania y Silesia cayeron ante un huracán de violencia y venganza; allí donde pisaban los soldados soviéticos se producían terribles matanzas y sufrimientos. Los alemanes cosechaban la tempestad de la guerra ideológica sembrada por ellos en 1941. El Ejército Rojo se aproximó a las orillas del Oder y sus comandantes hicieron un alto antes de la última acometida contra Berlín. Entretanto, los aliados occidentales se liberaron por fin de sus trabas. En el norte, británicos y canadienses marcharon hacia el Rin y prepararon un golpe cuidadosamente planificado al otro lado del río. Los norteamericanos llegaron al Rin a comienzos de marzo, y la resistencia alemana se derrumbó: en Remagen tomaron intacto el puente de Ludendorff, trasladaron a toda prisa el mayor número posible de soldados a la otra orilla del Rin y se burlaron de los preparativos aparentemente superfluos de Montgomery. En abril, los ejércitos de los Aliados pudieron dirigirse en el oeste hacia donde quisieron: a través de la llanura de Alemania septentrional, a la región del Ruhr, a Baviera e, incluso, a Austria. En el sur, las fuerzas alemanas destacadas en Italia se rindieron. En el este, los soviéticos golpearon con fuerza más allá del Oder hasta entrar en Berlín. Cuando el 30 de abril Hitler se saltó de un disparo el velo del paladar en su búnker, convertido en una ruina, concluyó una de las pesadillas de Europa. Sus comandantes se rindieron sin condiciones una semana más tarde.

La expansión japonesa

El signo tal vez más claro de la fuerza de Estados Unidos fue que, además de su cometido en Europa, sostuvo una lucha inexorable contra Japón. Japón y Estados Unidos habían seguido desde las primeras décadas del siglo XX un rumbo que les llevaba a colisionar, pero la inmi-

gración norteamericana y las medidas arancelarias se sumaron a la implacable conquista de China por Japón para crear tensiones que empeoraron a lo largo de los años treinta. Al cerrar sus mercados durante la depresión, las potencias occidentales alentaron en Japón unas actitudes agresivas hacia el continente asiático y contribuyeron a que los militaristas se hicieran más fuertes. En 1931, unidades del ejército japonés se apoderaron de Manchuria sin la autorización de Tokio. Seis años más tarde, el ejército inició una guerra no declarada contra China, y tropas japonesas no tardaron en controlar las regiones costeras de China y la mayoría de las ciudades importantes del país, dejando tras de sí un reguero de atrocidades.

A pesar de lo limitado de sus recursos, Japón demostró unas ambiciones casi ilimitadas. Desde su gran victoria de 1905 (véanse páginas 263-268), el Plan de Defensa Imperial de Japón había considerado a Rusia su principal amenaza. Al comenzar el conflicto, aunque la guerra en China absorbía sus fuerzas con intensidad creciente, el ejército japonés desencadenó también una serie de incidentes a lo largo de la frontera con Manchuria para poner a prueba al Ejército Rojo, hasta que, en agosto de 1939, fuerzas soviéticas comandadas por Georgui Zhúkov aniquilaron una división japonesa reforzada en Jaljín Gol, en la frontera con Mongolia. Aquella clamorosa derrota convenció a los japoneses de que el Ejército Rojo no era un blanco fácil. Pero el hundimiento de Francia al año siguiente ofreció nuevas perspectivas, a pesar de que las fuerzas de EEUU en Filipinas constituían un gran interrogante. ¿Podía Japón arriesgarse a marchar contra las colonias europeas de Asia sudoriental dejando en el flanco de su avance una importante base norteamericana? En junio de 1940, los japoneses ocuparon la parte norte de la Indochina francesa, y en septiembre firmaron con Alemania e Italia un tratado de cooperación militar y económica para diez años. Sin embargo, el 13 de abril de 1941, Japón firmó también un pacto de no agresión con Rusia para proteger su flanco norte durante la esperada guerra contra las potencias occidentales. Estados Unidos no respondió, pero, cuando los japoneses ampliaron su control a las provincias meridionales de Indochina en julio de 1941, el presidente Roosevelt se decidió a actuar. Conmovido por la penosa situación de China y temiendo las intenciones de Japón, EEUU decretó un embargo general sobre el comercio con Japón; el embargo fue apoyado de inmediato por los británicos y los holandeses. Japón, que dependía de EEUU en un 80 por 100 para sus importaciones petrolíferas, se enfrentaba a una decisión insufrible: la guerra o la devolución de sus conquistas en el continente desde 1931 (condiciones planteadas por Estados Unidos para la reanudación del comercio). Así, los dirigentes japoneses idearon un plan para conquistar el sureste asiático y establecer a continuación en torno a sus conquistas un perímetro defensivo que detendría cualquier contraataque. Conscientes

de que la inferioridad de sus recursos descartaba cualquier posibilidad de victoria categórica contra EEUU, esperaban, no obstante, que una guerra larga y costosa socavara la voluntad de los norteamericanos y facilitara una paz de compromiso.

Los norteamericanos, ignorantes de todo ello, se enfrentaban con serenidad a la posibilidad de una guerra. Según indicaba *Time Magazine* poco antes del inicio de las hostilidades, «un enorme cúmulo de ejércitos, armadas y flotillas aéreas adopta en este momento la postura tirante de los corredores de pista, con la tensión del momento anterior al disparo de salida». En las primeras horas del 7 de diciembre de 1941, aquellas cómodas hipótesis se derrumbaron en Pearl Harbor (Hawái), cuartel general de la flota estadounidense del Pacífico. Un ataque aéreo japonés, lanzado enteramente desde portaaviones, hundió cinco acorazados de EEUU, dañó a un sexto y destruyó tres cruceros y cerca de 200 aviones. Los japoneses, no obstante, cometieron varios errores. El ataque por sorpresa contra Peal Harbor unió a los norteamericanos como no lo habría hecho ninguna otra acción. Además, aunque la pérdida de los acorazados parecía demoledora, los barcos eran de la época de la Primera Guerra Mundial y en el puerto no había ningún portaaviones. El fallo último y más grave fue que los japoneses no lograron arrojar ni una sola bomba sobre las centrales eléctricas y los grandes depósitos de petróleo que rodeaban el puerto. Si se hubieran centrado en esos blancos, habrían obligado a la flota de EEUU a utilizar para sus barcos la base de San Diego durante el siguiente año y medio.

Pearl Harbor fue un presagio de los desastres que no tardarían en sobrevenir a las potencias coloniales del sureste asiático. La defensa norteamericana de las Filipinas fue vergonzosa; los británicos no tuvieron una actuación mejor en Malasia, donde perdieron dos navíos de primera clase en diciembre de 1941, y 130.000 soldados en Singapur en febrero de 1942; y los holandeses habían perdido su imperio de Indonesia ya en el mes de marzo. Birmania fue ocupada entre enero y mayo, lo cual obligó a las fuerzas del Imperio británico a retroceder hasta la frontera con la India. En los primeros seis meses de guerra, Japón alcanzó sus objetivos incluso con mayor rapidez y menos costes de lo que habían calculado los planes más optimistas, dedicando a ello un mínimo de tropas de tierra y sufriendo unas pérdidas también mínimas.

La suerte de Japón comenzó a agotarse en mayo de 1942. En el Mar del Coral, la primera batalla en que unas flotas de superficie enfrentadas no llegaron a avistarse mutuamente en ningún momento, los norteamericanos hundieron un portaaviones, dañaron otro, infligieron numerosas bajas a las escuadrillas aéreas japonesas e impidieron a los japoneses desembarcar en la costa meridional de Nueva Guinea. Entretanto, los norteamericanos habían conseguido descifrar los códigos

navales de Japón, y sus servicios de inteligencia (conocidos con el nombre de «Magic», y tan útiles como la información «Ultra» interceptada a los alemanes) dieron a conocer que los japoneses intentaban crear su perímetro estratégico con fuerzas peligrosamente diseminadas. Mientras una fuerza intentaba atacar y ocupar algunas de las islas Aleutianas, enfrente de Alaska, otra –junto con cuatro portaaviones– se proponía tomar las islas Kure y Midway en el Pacífico central, en tanto que una tercera patrullaba las aguas entre ambos puntos como reserva estratégica. Los japoneses habían ideado un enrevesado plan para confundir a los norteamericanos, pero el servicio de descifrado «Magic» reveló la verdad. El momento culminante de la guerra del Pacífico fue la llegada de aparatos norteamericanos de bombardeo en picado sobre los tres portaaviones japoneses cerca de Midway, en el preciso instante en que ponían proa al viento para lanzar los aviones de sus cubiertas, llenas de aparatos cargados de bombas y combustible. Las patrullas de combate aéreo de los cazas «Zero» se hallaban en cubierta, y los cañones antiaéreos apuntaban bajo para hacer frente a un ataque de aviones torpederos. En unos momentos, los portaaviones japoneses fueron un mar de llamas, y tuvieron que ser abandonados sin excepción. Al concluir la batalla, Japón había perdido un cuarto portaaviones. En el Pacífico, la balanza se inclinó irrevocablemente del lado de los norteamericanos.

En agosto de 1942, Estados Unidos realizó su primera acción ofensiva en el Pacífico. La 1ª División de marines desembarcó en Guadalcanal, una isla del archipiélago de las Salomón. A pesar del demoledor revés sufrido en la batalla de la isla Savo, donde los japoneses hundieron durante la noche cuatro cruceros pesados, los norteamericanos no cedieron. Durante los nueve meses siguientes se luchó encarnizadamente en Guadalcanal y en las aguas de las Salomón; también se produjeron importantes enfrentamientos en Nueva Guinea mientras tropas australianas y norteamericanas marchaban penosamente a través de la jungla para desalojar a los japoneses de Port Moresby. Los Aliados no lograron una victoria decisiva en ninguna de las dos campañas, pero fueron demoliendo a golpes a los japoneses de forma lenta y constante.

En Europa, los norteamericanos habían restado a menudo importancia a los factores políticos en la estrategia de los Aliados. En el Pacífico, en cambio, la política nacional de EEUU provocó una división en la ofensiva contra el Imperio japonés. Los logros del general Douglas MacArthur en la defensa de las Filipinas no habían sido impresionantes; sin embargo, sus contactos políticos eran tales que Roosevelt no se atrevió a hacerle volver a Washington, donde podría conspirar con la prensa de Hearst y el Partido Republicano. En consecuencia, parecía más seguro dejarlo en el Pacífico. Como oficial norteamericano de mayor graduación, podía exigir el mando en un teatro de operaciones unificado, pero la ar-

mada no estaba dispuesta a poner a MacArthur al frente de sus fuerzas. El resultado fue un compromiso: MacArthur dirigiría las operaciones en el suroeste del Pacífico, y el almirante Chester Nimitz, principal comandante naval, se encargaría de las del Pacífico central.

Mientras MacArthur desalojaba a los japoneses de Nueva Guinea a finales del verano y en el otoño de 1943, la armada lanzó su arremetida por todo el Pacífico central. En ese momento comenzaron a llegar a Pearl Harbor los nuevos portaaviones de la clase Essex; con sus 27.000 toneladas de desplazamiento, una velocidad máxima de 32 nudos (60 kilómetros por hora) y una carga de 100 aviones, representaban un incremente importante en la capacidad de ataque. Además, los astilleros de EEUU los producían a un ritmo de casi uno al mes, aparte de fabricar casi al mismo ritmo portaaviones ligeros de la clase Independence (de 11.000 toneladas de desplazamiento). Estos barcos transportaban los cazas F6F «Hellcat», que acabaron siendo superiores a los «Zero» y garantizaron que Japón no pudiera derrotar a los norteamericanos ni en el mar ni en el aire.

La derrota de Japón

Nimitz dirigió su primera maniobra contra la isla de Tarawa, en el archipiélago de las Gilbert. Allí, la armada y la infantería de marina cometieron varios errores: el bombardeo fue demasiado breve, los marines no calcularon bien las mareas sobre la barrera de arrecifes, por lo que las tropas de asalto tuvieron que cruzar bajo el fuego 650 metros de mar abierto, y las comunicaciones se interrumpieron. Tarawa fue un caos sanguinario que dejó 1.000 marines muertos y 2.000 heridos; pero la experiencia resultó muy instructiva para los norteamericanos. A comienzos de 1944, cuando se asestó el siguiente golpe sobre las Marshall, Nimitz obligó a los comandantes de su flota a atacar el centro de la cadena de islas y confiar en los portaaviones para que neutralizaran la potencia aérea del enemigo. Los japoneses estaban organizando unas defensas formidables, pero todavía no se hallaban preparados. En consecuencia, Kwajalein cayó con unos costes que fueron sólo una parte de los sufridos en Tarawa. Un mes después, los norteamericanos saltaron a la parte norte de las Marshall al tomar Eniwetok, mientras neutralizaban la gran base naval de Truk mediante ataques aéreos. Aquellos «saltos de isla en isla» dejaron aisladas en otros atolones numerosas guarniciones de japoneses; sin una fuerza aérea o marítima, esas posiciones se habían convertido en puntos estratégicamente inútiles.

Para no ser menos que la armada o la infantería de marina, MacArthur se dirigió contra las islas del Almirantazgo. Apoyado por las unidades tácticas aéreas altamente eficaces del general George Keaney, las

fuerzas de MacArthur atacaron Biak, una pequeña isla a 480 kilómetros al oeste de Nueva Guinea. Los norteamericanos la tomaron a mediados de mayo de 1944, teniendo así las Filipinas al alcance de sus ataques de larga distancia. En respuesta, los japoneses decidieron lanzar su flota contra las fuerzas de Biak, que ocupaban una posición expuesta. La situación puso de manifiesto los elevados riesgos que implicaba para los americanos realizar avances por separado, pero en el momento mismo en que los japoneses se disponían a marchar, Nimitz atacó Saipán, en las Marianas, cuyo control pondría las islas principales de Japón al alcance de las fuerzas aéreas norteamericanas.

La conquista de Saipán no fue fácil, pues se topó con una tenaz resistencia: los soldados y marines de EEUU sufrieron no menos de 14.000 bajas. Mientras continuaban los combates en Saipán, la flota japonesa realizó una incursión contra las Marianas, en vez atacar Biak, y a continuación se entabló una enorme batalla aérea denominada por los norteamericanos el «gran tiro al pavo de las Marianas». La aviación de EEUU logró hundir tres portaaviones enemigos –dos de ellos por la acción de los submarinos–, pero el resultado fundamental fue la destrucción de la aviación naval japonesa con pocas pérdidas en el bando estadounidense. La toma de Biak y Saipán puso a los norteamericanos en condiciones de invadir las Filipinas.

Paradójicamente, aunque los norteamericanos no hubieran hecho nada durante el resto de la guerra, los japoneses estaban ya derrotados a esas alturas. Los submarinos de EEUU, obstaculizados al principio por el empleo de torpedos defectuosos y la debilidad del mando, habían acabado actuando con gran eficacia. Sus adversarios no habían realizado preparativos para defender sus líneas marítimas de comunicación contra un ataque, por lo que a finales de 1943 los submarinos norteamericanos, ayudados por los numerosos datos del servicio de espionaje «Magic», lograron infligir graves daños al comercio japonés. Al terminar la guerra, habían echado a pique la mitad de la flota mercante de Japón y dos tercios de sus petroleros. El tráfico de petróleo desde las Indias Orientales holandesas se detuvo, mientras que los cargamentos de materias primas hacia las islas principales se redujeron hasta convertirse en un goteo.

En octubre, MacArthur y Nimitz atacaron las Filipinas. Mientras la infantería desembarcaba en Leyte, los japoneses volvieron a lanzar otra incursión. Su flota tomó tres rumbos distintos: procedente del norte llegó una fuerza de portaaviones –casi sin aparatos a bordo, debido a las pérdidas sufridas en las Marianas– para obligar a retroceder a la flota principal de EEUU. Entretanto, dos pequeños destacamentos atravesaron el estrecho de Surigao mientras la principal flota de combate navegaba por el de San Bernardino para atacar a la flota invasora en aguas de Leyte. El plan estuvo a punto de ser un éxito. Aunque los vie-

jos acorazados de EEUU (varios de ellos reflotados y reparados tras los daños sufridos en Pearl Harbor) destruyeron los barcos japoneses en el estrecho de Surigao, los norteamericanos mordieron el anzuelo y pusieron rumbo al norte siguiendo a los portaaviones del enemigo. Tras unas pérdidas iniciales a manos de la aviación de los portaaviones y submarinos de EEUU, la principal fuerza japonesa se abrió paso a través del estrecho de San Bernardino y acometió a una fuerza más débil de portaaviones de escolta y destructores; pero la heroica defensa efectuada por aquellos barcos numéricamente inferiores y técnicamente superados indujo al almirante japonés a retirarse, a pesar de las órdenes explícitas de utilizar su flota hasta perderla. La victoria de EEUU en el golfo de Leyte puso fin a la capacidad de la armada japonesa para librar un combate naval de importancia.

Sin embargo, los japoneses siguieron luchando. Resistieron en Birmania hasta mayo de 1945, cuando las fuerzas de la Commonwealth, capitaneadas por William Slim, recuperaron Rangún. En las Filipinas, bajo el diestro mando del general Yamashita, conquistador de Malasia y Singapur, los japoneses realizaron en la defensa de las islas un trabajo mejor que el llevado a cabo por MacArthur en 1942, y la resistencia prosiguió allí hasta el final de la guerra. Sin embargo, a comienzos de 1945, las posiciones estratégicas de las Filipinas se hallaban en manos de los norteamericanos. Mientras, en el otoño de 1944, los B-29, con base en las Marianas, iniciaron operaciones contra las islas principales de Japón. Los marines atacaron Iwo Jima en febrero de 1945 con el fin de proporcionar a los bombarderos dañados una pista de aterrizaje de emergencia y tomar las instalaciones de radar de los japoneses. Un bombardeo preparatorio de sólo cuatro días, en vez de diez, como habían solicitado los marines, dejó intacta la mayor parte de las defensas japonesas. Dos divisiones de marines acabaron desangradas al disputar a los japoneses las cenizas y detritos volcánicos de Iwo Jima; cuando concluyó la operación, habían muerto 6.821 marines y cerca de 20.000 habían sido heridos. De los 21.000 hombres de la guarnición japonesa sólo sobrevivieron unos pocos.

El siguiente paso fue Okinawa, donde los norteamericanos chocaron con fuerzas japonesas en formaciones superiores a una división: un ejército de más de 70.000 soldados aguardaba en la parte sur de la isla en posiciones bien preparadas. El 1 de abril, la fuerza invasora comenzó a descargar sus soldados y marines. El 6 de abril, los japoneses replicaron con ataques de aviones kamikaze, cargados con explosivos y dirigidos en misiones suicidas contra objetivos norteamericanos. La flota norteamericana fue golpeada sólo aquel día por 700 aparatos –más de la mitad aviones suicidas–. Los ataques continuaron a lo largo de toda la invasión; los kamikazes hundieron treinta barcos y dañaron otros 368; murieron 5.000 marineros norteamericanos y otros 5.000 resulta-

ron heridos. La conquista de Okinawa constituyó el capítulo más sangriento de la guerra del Pacífico. Según exclamó un marine rendido por el cansancio: «Te mandan a un sitio... y el tiroteo es infernal... Pero luego vuelven a enviarte allí y te matan. ¡Dios!, o estás allí hasta que mueres, o no eres capaz de aguantarlo». Al final, los norteamericanos acabaron con los 70.000 soldados, mientras que más de 100.000 civiles perdieron la vida a consecuencia directa o indirecta de los combates.

El lanzamiento de la bomba

La conquista de Okinawa había costado a los norteamericanos 65.631 bajas –un presagio aterrador de lo que podría significar un ataque contra las islas principales–. Hasta entonces, norteamericanos y japoneses habían librado una guerra despiadada en pequeños atolones e islas, lo cual limitaba el número de soldados participantes; pero en la inminente invasión de Japón, todo el peso de las fuerzas de tierra de EEUU entraría en contacto con el ejército japonés concentrado. El alto mando norteamericano había elegido el 1 de noviembre de 1945 como fecha para la operación «Olympic», la invasión de Japón; consistiría en un gran ataque contra la isla de Kyushu mediante una acción cuyas dimensiones doblarían aproximadamente las del Día D. Sin embargo, a diferencia de los alemanes en Normandía, los japoneses esperaban el desembarco de los norteamericanos en el lugar mismo donde iba a producirse. Según testificó un oficial de Estado Mayor después de la guerra:

> Esperábamos una invasión de los Aliados en el sur de Kyushu y otra posterior en la llanura de Tokio. Las fuerzas aéreas del ejército de tierra y de la armada se habían prestado voluntarias en su totalidad para llevar a cabo una defensa kamikaze a ultranza, y cada una de ellas tenía de cuatro a cinco mil aviones... Planeábamos enviar oleadas de 300 a 400 aparatos a razón de una por hora. Basándonos en lo ocurrido en Leyte y Okinawa, esperábamos que uno de cada cuatro aparatos diera en el blanco.

El número de bajas causado por la operación «Olympic» habría resultado demoledor tanto para Japón como para Estados Unidos.

Sin embargo, los avances científicos hicieron que no se llevara a cabo la operación. La campaña norteamericana de bombardeos estratégicos contra Japón había obtenido escasos resultados antes de la primavera de 1945, pues los bombardeos de precisión no habían podido alcanzar las dispersas instalaciones económicas de las islas principales. Pero en ese momento los B-29 comenzaron a reproducir el bombardeo por zonas que había caracterizado la campaña del Mando de

Bombardeo en Europa. La noche del 8 de marzo, los B-29 destruyeron una gran parte de Tokio en una tormenta de fuego: a la mañana habían muerto 83.000 japoneses y habían sido heridos más de 41.000. Los norteamericanos procedieron luego a destruir las demás ciudades japonesas una tras otra. En el verano, Japón se hallaba totalmente aislado; su flota había sido hundida; su fuerza aérea era impotente; su industria estaba muerta. Pero el alto mando japonés se mostró poco interesado en concluir la guerra y prefirió centrarse en conseguir una muerte honorable para sus oficiales y soldados.

Empero, el 6 de agosto, tres B-29 volaron sobre Hiroshima; uno de ellos arrojó la primera bomba atómica, y 90.000 personas murieron en medio de un fulgor más luminoso que el Sol. Dos días después, el Ejército Rojo violó el pacto de no agresión de 1941 y atravesó la frontera de Manchuria arrollando las defensas japonesas. A continuación, el 9 de agosto, una segunda bomba atómica cayó sobre Nagasaki, donde murieron otros 35.000 japoneses. En ese momento, el emperador intervino en el proceso político para dar solución al punto muerto en que se hallaban sus consejeros. En una decisión de gran valor moral y físico, ordenó una capitulación general; durante varias semanas estuvo en el aire si los militares, en especial los oficiales de menor graduación, obedecerían sus órdenes. Al final lo hicieron, y el 2 de septiembre representantes del gobierno japonés firmaron las condiciones de la rendición en la cubierta del acorazado *Missouri*. La guerra había terminado. Los Aliados ocuparon Japón, como habían ocupado Alemania.

La Segunda Guerra Mundial había desgarrado el planeta y, hasta el momento de su conclusión, había involucrado de una manera u otra a casi todos los países. Cuando terminó, había llevado la muerte a decenas de millones de personas, destruido casi todas las grandes ciudades de Europa, asolado China y Japón y provocado emigraciones masivas, un sufrimiento indecible y una destrucción sin límites. ¿Valía aquella victoria el coste pagado en riquezas, vidas y destrucción?

Es posible que la única manera de juzgar las medidas tomadas para lograr una victoria total consista en contemplar la hipótesis contraria –la alternativa a una guerra librada hasta una rendición sin condiciones–. Y las consecuencias de una victoria del Eje o de la supervivencia de sus potencias explica por qué los Aliados consideraron necesario combatir hasta el final. La lista de crímenes cometidos por los italianos (Somalia, Etiopía, Libia) o los japoneses (China, Corea, Manchuria) permiten entender de qué habrían sido capaces esas dos potencias en un mundo sin las trabas de las convenciones imperantes en tiempos de paz o sin las presiones de la guerra. En cuanto a los alemanes, lo que nos lleva a pensar en un mundo casi inimaginable si hubiesen triunfado no es sólo su lista de crímenes, sino su deseo megalomaníaco de recomponer los continentes según los criterios de la «ciencia» del racismo biológico.

Tal como advirtió Churchill en un discurso pronunciado en junio de 1940, en el que pedía a Gran Bretaña resistir hasta el final: «... Si fracasamos, todo el mundo, incluido Estados Unidos, incluido todo lo que hemos conocido y cuidado, se hundirá en los abismos de una nueva Edad Oscura que las luces de una ciencia pervertida harán más siniestra y, acaso, más prolongada». Así habría sido. Y esa visión explica la insistencia de los Aliados en la rendición incondicional de sus enemigos y su tenaz empeño en conseguirla.

XVII. EL MUNDO DE LA POSGUERRA

Williamson A. Murray y Geoffrey Parker*

El final de la Segunda Guerra Mundial introdujo un periodo de cuarenta y cinco años de paz inquieta conocida como «guerra fría». Entre las ruinas del hundimiento del Eje surgieron, para competir por la hegemonía mundial, dos superpotencias cuyas formas de gobierno representaban sistemas políticos y económicos enormemente diferentes. En cualquier otra época, esa clase de diferencias y suspicacias habría derivado en una nueva gran guerra; pero sobre aquella competencia pendía la sombra de las armas nucleares, cuya capacidad destructiva era tal que ninguno de los dos bandos se atrevió a desafiar militarmente a su adversario. Después de Hiroshima, algunos predijeron que la disuasión nuclear eliminaría las guerras, y tenían razón, en el sentido de que Estados Unidos y la Unión Soviética nunca se hicieron la guerra de manera directa. Siguieron produciéndose hostilidades, pero la mayoría fueron reflejo del colapso de los imperios coloniales de Occidente a raíz de las guerras mundiales; y aunque tanto Estados Unidos como la Unión Soviética se entrometieron en ellos, esos conflictos no pasaron de ser asuntos marginales para los intereses más amplios de las superpotencias. Al mirar al pasado vemos que una de las grandes ironías de la guerra fría fue la de haber aportado un periodo de estabilidad sin parangón durante el cual los contendientes se disuadieron mutuamente para no pasarse de la raya.

La Segunda Guerra Mundial anunció también el advenimiento de la ciencia como el factor dominante de la práctica bélica. El extraordinario desarrollo de tecnologías de apoyo para las armas estratégicas nu-

* Williamson A. Murray escribió el texto hasta la página 394 y Geoffrey Parker escribió le resto.

cleares supuso un cambio fundamental en las capacidades desplegadas por los bandos opuestos en el mundo de la posguerra. Sin embargo, tal como puso de relieve Vietnam, la tecnología no podía compensar por sí sola las deficiencias políticas, estratégicas o, incluso, tácticas.

Finalmente, el mundo posterior a la Segunda Guerra Mundial trajo consigo la destrucción de los imperios coloniales formados en el siglo XIX. La humillación de las fuerzas armadas europeas a manos de los japoneses privó de cualquier resto de legitimidad al dominio de Asia sudoriental por Occidente, aunque fueron necesarias varias guerras costosas para poner de relieve ese dato; y una vez que la marea de la liberación se hubo difundido por Asia, África no tardó en seguir sus pasos. El último imperio colonial no se disolvería hasta comienzos de los años noventa.

Las secuelas de la Segunda Guerra Mundial

Mientras los japoneses se rendían en la bahía de Tokio a bordo del acorazado *Missouri*, el gran factor imponderable era cuánto tiempo se implicaría Estados Unidos en los asuntos que se desarrollaban fuera del hemisferio occidental. Durante la guerra, Roosevelt había dado a entender a Stalin que las tropas americanas no permanecerían en Europa más de tres años después de acabado el conflicto, y no hay duda de que el abandono de las responsabilidades por parte de Estados Unidos en 1920 contribuía escasamente a hacer pensar en un largo compromiso de los norteamericanos con Europa. Sin embargo, en 1945, Estados Unidos se impuso con su poderío económico al mundo más aún que después de la Primera Guerra Mundial, pues sólo el hemisferio occidental se había librado de la catastrófica capacidad destructiva de las armas modernas. La Ofensiva Conjunta de Bombardeo había provocado la ruina total de Alemania de punta a punta, mientas que el resto de Europa central yacía postrado después de que los ejércitos del Eje y los Aliados hubieran acabado recorriendo en el ir y venir de sus luchas el llagado paisaje europeo. Francia, desgarrada por las experiencias de Vichy y la ocupación, así como por los combates, era una sombra. La propia Gran Bretaña estaba difícilmente preparada para recuperar su posición en un mundo de poder, mientras la India, la joya de la corona del Imperio británico, se hallaba al borde de la independencia.

En el este, la Unión Soviética había salido victoriosa de su gran guerra ideológica contra la Alemania nazi, pero aquella victoria se había conseguido a un precio casi inimaginable; algo más de veinticinco millones de soldados y civiles soviéticos habían perdido la vida. El daño infligido a la economía soviética fue todavía más grave desde el punto de vista de Stalin. Aunque los soviéticos habían conquistado un gran impe-

rio, las batallas que marcaron su avance (realizado tras cuatro años de explotación nazi) no hicieron, ni mucho menos, de Europa oriental una ganga económica. Los ataques de los Aliados llevaron también a Japón al borde de la hambruna: el verano de 1945, los norteamericanos habían convertido las ciudades e industrias japonesas en ruinas humeantes, habían echado a pique su flota mercante y reducido la economía de Japón a un nivel de subsistencia. Además, los japoneses habían destruido China de norte a sur, y, en medio de la destrucción, nacionalistas y comunistas comenzaron a pelear por los huesos de una nación destrozada.

Cuando el nuevo presidente norteamericano Harry S. Truman y sus consejeros realizaron una valoración del mundo en 1945, se dieron cuenta del daño provocado en 1920 por la retirada de EEUU. Aunque algunos comprendieron la amenaza de la Unión Soviética de Stalin, la mayoría esperaba vivir en armonía con Rusia, por lo que los primeros pasos de la política exterior de EEUU tras la Segunda Guerra Mundial combinaron los preparativos para un enfrentamiento con intentos de compromiso. Los norteamericanos se ofrecieron a extender a la Unión Soviética y Europa oriental el Plan Marshall, el paquete de ayuda que apoyó la recuperación de Europa occidental –ofrecimiento tenido en cuenta, pero rechazado, por los soviéticos por temor a que los penetrantes ojos de los norteamericanos descubrieran las debilidades de su despedazada economía–. Por otra parte, los norteamericanos enviaron sus fuerzas armadas a Grecia y Turquía en 1947, cuando la debilidad económica obligó a Gran Bretaña a retirarse. Pero todavía fue más importante el hecho de que los norteamericanos patrocinaran en 1949 la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), señal de la continuidad del compromiso militar y político de EEUU con Europa occidental.

Los norteamericanos esperaban, no obstante, que la posesión de armas atómicas les permitiera mantener sus responsabilidades a un coste bajo, y hasta el verano de 1950 redujeron sus fuerzas militares a niveles mínimos. Sin la Guerra de Corea, aquellas reducciones del poderío militar habrían obligado, probablemente, a Estados Unidos a desentenderse de sus compromisos en gran parte de Asia y Europa. En cambio, esa guerra propició en EEUU un importante esfuerzo de rearme dirigido a mantener la superioridad nuclear y la defensa de Europa occidental. El primer año de la Guerra de Corea (1950-1951), el gobierno de Truman reclutó a 585.000 hombres y llamó a filas a 806.000 reservistas y miembros de la Guardia Nacional. Al volver la vista atrás, da la sensación de que los norteamericanos exageraron las capacidades e intenciones de los soviéticos, pero en aquel momento –y, sin duda, hasta la muerte de Stalin, en 1953– la Unión Soviética dio a entender de todas las maneras posibles que constituía una amenaza directa para los valores occidentales.

Desde finales de los años cuarenta, la política exterior norteamericana estuvo orientada, por tanto, a disuadir a la Unión Soviética y contener el mundo comunista, incluida China, dentro de los territorios ocupados por él. Esta política llevó a Estados Unidos a librar dos guerras en Asia y dedicar un número importante de fuerzas a la defensa de Europa. También trajo consigo enormes inversiones en unas tecnologías cada vez más complejas, destinadas a mejorar las armas nucleares y convencionales y los sistemas de lanzamiento. Durante una gran parte de la guerra fría, Estados Unidos confió en su Fuerza Aérea (USAF según el acrónimo inglés) para disuadir a los soviéticos, aunque, con la aparición de los submarinos Polaris a mediados de los años sesenta, la armada desempeñó una función cada vez más importante en la política de disuasión.

En consecuencia, hasta finales de los años ochenta, la atención de la USAF se centró en su misión nuclear. Es cierto que ese hincapié logró su propósito de disuadir a los soviéticos; pero también puso fin a las reflexiones serias dentro de las fuerzas aéreas sobre la manera en que las nuevas capacidades técnicas del poder aéreo podían afectar al equilibrio militar en conflictos convencionales. La mayoría de los oficiales de las fuerzas aéreas consideraban que su misión era la disuasión; si no la conseguían, la guerra podía reducirse, sencillamente, a arrojar una enorme cantidad de armas nucleares. Un dicho de los años sesenta resumía esta actitud mental: «Hay que lanzarles bombas atómicas hasta que brillen en la oscuridad».

La revolución tecnológica llevada a cabo en EEUU en apoyo de su desarrollo militar tuvo un enorme impacto sobre el mundo. Desde la miniaturización de armas nucleares hasta los misiles de crucero, que podían atinar en un blanco con precisión increíble, pasando por los aviones a reacción y los misiles balísticos, capaces de recorrer distancias continentales, los norteamericanos llevaron la tecnología hasta sus límites. Este esfuerzo no se produjo siempre a expensas de la economía civil; la revolución informática de los años ochenta surgió enteramente de los proyectos de miniaturización requeridos por los programas espaciales y militares. Para los soviéticos, en cambio, la revolución tecnológica resultó una pesadilla, pues ninguno de sus aspectos aprovechaba los puntos fuertes de su economía de planificación centralizada. Las fábricas soviéticas produjeron esforzadamente durante toda la guerra fría decenas de miles de tanques, piezas de artillería, transportes blindados de personal y hasta aviones a reacción. Pero también en este terreno se planteaban problemas, pues la tecnología afectaba cada vez más incluso a la capacidad de las armas de tierra y hacía que enormes cantidades de ellas quedaran obsoletas. La Guerra del Golfo de 1991 iba a poner de relieve hasta qué punto habían quedado rezagados los soviéticos; y, sin embargo, la competencia para mantenerse a la altura de EEUU en

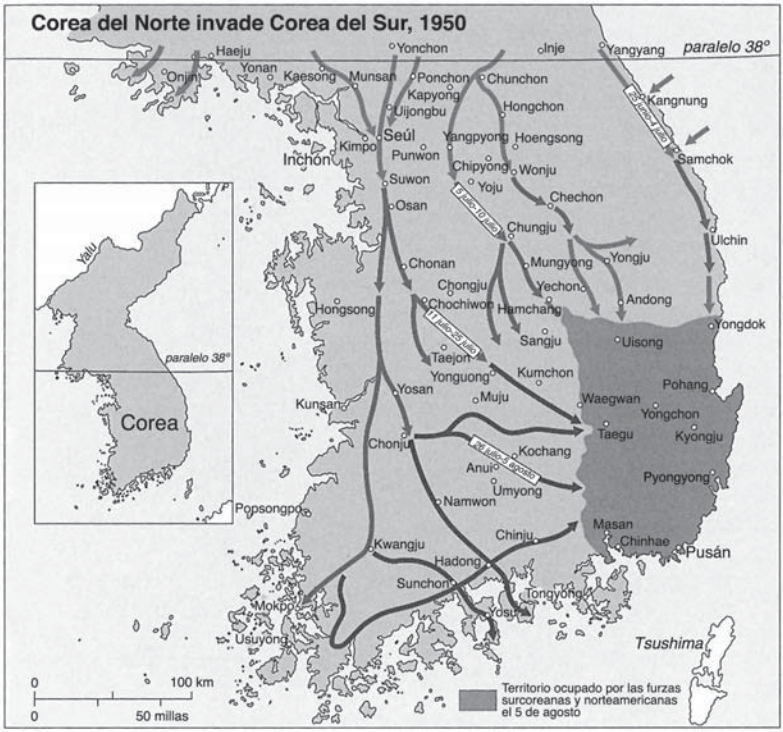
sectores complejos como los submarinos nucleares, los misiles guiados y el potencial espacial acabó quebrantando tanto la moral como la economía de la Unión Soviética.

La Guerra de Corea

A consecuencia de ciertas decisiones fortuitas tomadas en 1945 por los dirigentes de EEUU y la Unión Soviética para desarmar a las fuerzas japonesas que se habían rendido en Corea, surgieron en esta península dos Estados distintos. En el Norte se impuso un régimen basado en el nacionalismo xenófobo y en el comunismo estalinista bajo la autoridad de Kim Il Sung. En el Sur, Syngman Rhee creó una dictadura tan xenófoba como la del norte, pero sin comunismo. A comienzos de 1950, el Sur se encontró en dificultades tanto económicas como políticas; los guerrilleros comunistas obtuvieron algunos éxitos, mientras la ayuda militar y económica norteamericana se mantenía en niveles mínimos. Inducido a error por ciertas declaraciones de EEUU, Stalin permitió a Kim Il Sung invadir el Sur. Fue una de las peores equivocaciones del dictador soviético.

En junio de 1950, los ejércitos de Corea del Norte barrieron a los surcoreanos, mal pertrechados, y a su paso comenzó una campaña asesina para depurar a Corea del Sur de su incorrecta estructura clasista. Sin embargo, la violencia comunista unió a los surcoreanos en torno a su régimen y acabó durante generaciones con cualquier posibilidad de lograr una reunificación pacífica de Corea. La invasión produjo también en los norteamericanos una reacción inesperada: el presidente Truman encomendó al ejército de EEUU la defensa de Corea del Sur. Su acción fue tan inesperada que los soviéticos, boicoteando las reuniones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, no estuvieron presentes en el debate sobre Corea; en consecuencia, los norteamericanos consiguieron arropar sus intentos de rescate con la bandera de las Naciones Unidas. Desde Japón, el general Douglas MacArthur envió a toda prisa a Corea sus tropas de guarnición, mal entrenadas y mal preparadas, que sufrieron seguidamente una serie de humillantes derrotas. En agosto, los norcoreanos habían rechazado a los norteamericanos y al resto de las fuerzas surcoreanas a un reducido perímetro en torno al puerto de Pusan, en el sureste. Allí, el frente se estabilizó, y la potencia de fuego y la aviación de EEUU causaron una terrible mortandad entre los atacantes e inhabilitaron las rutas de suministro que recorrían la península en toda su longitud.

Mientras Pusan se veía envuelta en combates feroces, MacArthur lanzó uno de los golpes maestros de su carrera: dosificando sus refuerzos, desembarcó una fuerza conjunta de la armada y el ejército de



Mapa 18. Invasión de Corea del Sur en 1950: el ejército norcoreano, generosamente abastecido con equipamiento soviético, incluidos tanques, gozaba de una enorme superioridad sobre su adversario del sur. Las fuerzas de Kim Il Sung destruyeron rápidamente a las surcoreanas y a los primeros norteamericanos que salieron a escena. Pero la potencia de fuego norteamericana y la tenacidad de los surcoreanos permitieron crear un perímetro defensivo en torno a Pusán, donde se detuvo la invasión norcoreana.

tierra en Inchon, cerca de Seúl. Las condiciones de las mareas en Inchon constituyeron una pesadilla en la planificación del desembarco, y los asesores militares de MacArthur, además de la junta de jefes de Estado Mayor de EEUU, desaconsejaron realizar la operación. Pero MacArthur estaba en lo cierto; los norcoreanos no se hallaban preparados e Inchon cayó, seguida pronto por Seúl. Con la captura de la capital surcoreana, por donde pasaban las líneas de abastecimiento de Corea del Norte, la posición enemiga en torno a Pusan se vino abajo. Quienes no cayeron prisioneros huyeron en desbandada hacia el Norte.

La cuestión que se planteaba a los norteamericanos era: «Y ahora, ¿qué?». Al comienzo de la guerra, MacArthur había abogado por el rearme de los nacionalistas chinos para lanzarlos de vuelta al conti-

nente, de donde habían sido expulsados por los comunistas en 1949. Truman respondió con un no rotundo. En aquel momento, tras la victoria de Inchon, MacArthur instó a lanzar una persecución más allá del paralelo 38, hacia el interior de Corea del Norte; Truman accedió a ello. Pero el desmesurado engreimiento de MacArthur le llevó a no tener en cuenta las advertencias de la China comunista en el sentido de que no iba a tolerar un avance de EEUU más allá del río Yalu, frontera entre Corea y China. Los norteamericanos siguieron, pues, avanzando en dos ofensivas distintas hacia el Norte, y a finales de otoño los chinos intervinieron. Algunas unidades norteamericanas se derrumbaron bajo sus ataques: en el oeste, el ejército retrocedió en desbandada hacia el sur; en el este, los marines y los soldados que iban con ellos se abrieron paso luchando a través de los ejércitos chinos que los cercaban y se llevaron incluso a sus muertos en una retirada épica. Los chinos, acrisolados por años de lucha contra japoneses y chinos nacionalistas, soportaron en su avance enormes privaciones con un apoyo logístico mínimo; se movían con rapidez por el terreno montañoso de Corea del Norte, rodeando y atravesando posiciones de bloqueo establecidas por las fuerzas de las Naciones Unidas.

Cuando las fuerzas chinas se introdujeron en el sur de Seúl, MacArthur propuso opciones drásticas que iban desde ataques nucleares hasta el abandono de la península. Las relaciones entre Truman y su general estuvieron marcadas, como no es de extrañar, por un creciente distanciamiento. Según observó Omar Bradley, presidente de la junta norteamericana de jefes de Estado Mayor, refiriéndose a la propuesta de MacArthur para que Estados Unidos entablara una guerra total contra la China comunista, se trataría de «la guerra inapropiada, en el lugar inapropiado y en el momento inapropiado contra el enemigo inapropiado».

A comienzos de enero de 1951, la situación se estabilizó al sur de Seúl, mientras las fuerzas de la ONU, a las órdenes de Matthew B. Ridgway, el mejor general de combate de la Segunda Guerra Mundial, resolvían graves problemas morales e ideaban soluciones tácticas que hacían hincapié en la potencia de fuego para enfrentarse a los masivos ataques de los chinos. En ese momento, las largas líneas de abastecimiento de las tropas chinas sufrieron fuertes bombardeos aéreos, mientras las fuerzas de Ridgway contraatacaban y, poco después, recuperaban Seúl. En abril, los comunistas intentaron reconquistar lo que quedaba de la capital de Corea del Sur, pero no lo lograron. Esta vez, las fuerzas de las Naciones Unidas no se derrumbaron, sino que reanudaron su ofensiva después de que los chinos se hubieron agotado. Los comunistas sufrieron un número aterrador de bajas ante la abrumadora potencia de fuego norteamericana y estuvieron al borde del colapso; sus desesperadas demandas de conversaciones permitían comprender, sin duda, las serias dificultades en que se hallaban. Pero,

entonces, EEUU cometió uno de sus errores más graves de la guerra fría: accedió a detener el avance e iniciar negociaciones de paz. No había, por supuesto, nada malo en iniciar las conversaciones, pero la detención de las tropas de las Naciones Unidas permitió al enemigo reagruparse, con lo cual terminó su necesidad de un armisticio.

La decisión norteamericana de acudir con la máxima rapidez posible a la mesa de paz fue reflejo de varios factores. En primer lugar, Truman consideró necesario destituir a MacArthur debido a la insistencia del general en que Estados Unidos emprendiera una estrategia de dar «prioridad a Asia» –lo cual habría llevado la guerra a Manchuria y, quizá, a la China continental–. Al desafiar al presidente, MacArthur no dejó a Truman ninguna alternativa. El presidente y sus asesores reconocieron que Corea era sólo un peón en una partida geopolítica de mayor alcance entre la Unión Soviética y Estados Unidos; deseaban la paz en Asia para centrarse en lo que consideraban el teatro de operaciones esencial de la guerra fría: Europa occidental.

No hay duda de que, en el verano de 1951, ni EEUU ni China deseaban ver cómo continuaba la Guerra de Corea; pero Stalin sí, pues se daba cuenta de que la guerra sometía a Estados Unidos a una considerable tensión. En consecuencia, las negociaciones para el armisticio se alargaron otros dos años, mientras proseguía la matanza en un frente parecido a las líneas de trincheras de la Primera Guerra Mundial. Los norteamericanos, por razones estratégicas, no aumentaron nunca sus fuerzas lo suficiente como para romper la situación de tablas, mientras que las misiones de interdicción de las fuerzas aéreas de EEUU limitaban el alcance del apoyo que podían prestar los chinos a sus fuerzas de tierra. Aquella situación de empate enfrentaba la potencia de fuego occidental a las masas de soldados revolucionarios de China.

La duración de la guerra y su falta de resultados hizo sumamente impopular a Truman ante los norteamericanos –según comentó MacArthur en el momento de su dimisión: «No hay nada que sustituya a la victoria»–, que en noviembre de 1952 eligieron como presidente a Dwight D. Eisenhower. Su éxito electoral fue un reflejo no sólo de su popularidad, sino también de su promesa de poner fin a una lucha inacabable. Eisenhower dejó claro a los comunistas que si no daban pasos de verdad hacia la paz podría pensar en recurrir a las armas nucleares. Sin embargo, el armisticio de 1953 se debió en gran parte al fallecimiento de Stalin el anterior mes de marzo, pues los nuevos dirigentes rusos no contemplaban la escalada de la guerra con la misma desfachatez que el dictador –sobre todo porque en la Unión Soviética se estaba gestando una crisis sucesoria.

Visto a posteriori, el conflicto de Corea fue el momento crucial de la guerra fría. Hizo que Estados Unidos volviera a la competición con todo su poderío. Estabilizó la situación en Asia oriental y, al dirigir una

enorme cantidad de recursos norteamericanos al desarrollo de la guerra, inició el proceso por el que Japón ascendió al rango de superpotencia económica. También generó en Estados Unidos un estado de opinión que permitió asignar fuerzas convencionales a la defensa de Europa occidental. Sin embargo, la Guerra de Corea avivó asimismo en Norteamérica las llamas de una caza de brujas anticomunista y puso fin a cualquier hipotética posibilidad de un acomodo con la Unión Soviética en el periodo posterior a Stalin.

La guerra de los treinta años: Vietnam, I parte

En el siglo XIX, los franceses se expandieron hacia una zona que denominaron con el erróneo nombre de Indochina y que incluía a tres pueblos distintos: laosianos, camboyanos y vietnamitas. Estos últimos, tras haber realizado con éxito un esfuerzo tenaz para evitar las trampas culturales y políticas colocadas por la civilización china al norte del país, acabaron sucumbiendo a la tecnología y la organización francesas en el siglo XIX. Pero sólo aceptaron el dominio francés a regañadientes.

A comienzos del siglo XX, la educación francesa en Vietnam producía nacionalistas afanosos dispuestos a desafiar a Francia con sus propias armas. En particular, un vietnamita que escogió como seudónimo literario el nombre de Ho Chi Minh puso en marcha una revolución que derrotó primero a los franceses y, finalmente, a los norteamericanos. De joven viajó a Europa, donde llegó a ser uno de los fundadores del Partido Comunista Francés. En las décadas de 1920 y 1930 continuó su formación trabajando para la Komintern en Moscú y, finalmente, para los comunistas chinos. Pero, al margen de cuál fuera su política o su lugar de residencia, Ho Chi Minh fue siempre un ferviente nacionalista vietnamita.

En marzo de 1945, los japoneses destruyeron los últimos vestigios del poder militar y colonial francés en Vietnam. Paradójicamente, Estados Unidos se negó a prestar cualquier apoyo a los franceses en su derrota. Seis meses más tarde los japoneses se rindieron: tropas de la China nacionalista ocuparon el Norte, mientras los británicos marchaban al sur para desarmar a las fuerzas derrotadas, pues los franceses, que se estaban recuperando de la ocupación alemana, no se hallaban aún en condiciones de regresar. En aquel vacío, las únicas fuerzas locales disciplinadas eran las de Ho Chi Minh, el Viet Minh. Al principio, los franceses reconocieron el régimen de Ho, pero la nueva Cuarta República no pudo hacer respetar su decisión política: los comandantes franceses en el terreno pusieron sus fuerzas al servicio del restablecimiento de la soberanía francesa, y, dada la intransigencia de Ho Chi Minh, no quedó más salida que la guerra. Los franceses no tardaron en imponer de nue-

vo su control en las ciudades, pero la resistencia vietnamita no se derrumbó, sino que los guerrilleros del Viet Minh lograron controlar con eficacia las zonas rurales y emprendieron una guerra sangrienta de golpes de mano contra las tropas francesas. En 1949, la victoria de los comunistas en China alteró el equilibrio. Su dirigente, Mao Tse-tung, proporcionó al Viet Minh una gran cantidad de armas y abundante adiestramiento, y en octubre de 1950 las fuerzas de Ho Chi Minh asestaron a los franceses una serie de golpes demoledores a lo largo de la frontera. La posición francesa en Vietnam del Norte se vino abajo.

Los norteamericanos habían adoptado hasta entonces una postura decididamente hostil ante los intentos franceses de restablecer su colonia en Asia sudoriental, pero, al desarrollarse la Guerra de Corea, EEUU envió una ayuda militar considerable, lo que permitió a los franceses resistir en el valle del Río Rojo. A comienzos de 1951, Vo Nguyen Giap, antiguo profesor de historia y en ese momento jefe del ejército de Ho Chi Minh, lanzó las fuerzas del Viet Minh contra los franceses en una ofensiva salvaje. La abrumadora potencia de fuego francesa y un liderazgo de primera categoría entre sus filas impartieron a Giap y sus comandantes una cruda lección: no podían batir a su enemigo en terreno abierto.

La guerra derivó, por tanto, hacia un callejón sin salida. Los vietnamitas controlaban la comarca en torno al valle del río Rojo y las zonas rurales de una gran parte del resto del país, sobre todo de noche. Los franceses organizaban batidas para destruir las fuerzas guerrilleras a cielo abierto, donde su potencia de fuego y su entrenamiento solían prevalecer, pero la mayoría de sus operaciones no tenían consecuencias: el Viet Minh sólo combatía en condiciones ventajosas para él. Aunque las crecientes bajas hacían cada vez más impopular la guerra en Francia, la situación de tablas se mantuvo mientras continuó la Guerra de Corea; pero al concluir este conflicto en 1953, los chinos pudieron incrementar su ayuda. Para prevenir un empeoramiento de la situación, los franceses tendieron una trampa a Giap: su objetivo era atraer al Viet Minh a una batalla donde se hiciera sentir la superior potencia de fuego francesa. A finales de 1953, un ataque aéreo sirvió para tomar Dien Bien Phu, posición que los franceses consideraban decisiva para la logística de Giap, en la esperanza de que el Viet Minh compareciera con toda su fuerza permitiendo a los soldados de elite franceses asestarle un golpe demoledor. Sin embargo, habían subestimado notablemente el refinamiento, la entrega y las capacidades de sus adversarios. En marzo de 1954, Giap atacó. Las acometidas del Viet Minh arrollaron los reductos defensivos exteriores de Dien Bien Phu, mientras su artillería dominaba las principales posiciones francesas. El reabastecimiento aéreo resultó extraordinariamente problemático, pues el Viet Minh no tardó en inutilizar el aeródromo. A principios de abril, lo único que podía haber restablecido la situación era la intervención de EEUU.

Los debates políticos en Estados Unidos giraban en torno a las cuestiones del coste estratégico, la importancia y las cargas de una guerra como aquélla, y se llegó a la conclusión de que los beneficios de conservar Vietnam para el colonialismo francés no merecían tales gastos. Así, los norteamericanos se mantuvieron como observadores mientras Dien Bien Phu y su guarnición caían derrotados. La negativa de Estados Unidos a prestar ayuda agrió por completo las relaciones francoamericanas, mientras Dien Bien Phu sellaba el destino del colonialismo francés en Asia sudoriental. Tras los acuerdos de paz firmados en Ginebra (julio de 1954), los norteamericanos impusieron en Vietnam del Sur un régimen anticomunista; sin embargo, una de las preguntas trágicas y todavía sin respuesta planteadas en los años cincuenta es cómo pensaban que podría sobrevivir un régimen así, si hasta sus propios dirigentes reconocían que debían su independencia al Viet Minh de Ho.

La Guerra de Argelia

Pocas bandas de música aparecieron para dar la bienvenida a las tropas francesas que regresaban de su derrota en Asia. Francia se embarcó, en cambio, en una nueva guerra. El 1 de noviembre de 1954, rebeldes argelinos atacaron posiciones francesas en todo el norte de África e iniciaron una lucha de liberación nacional. Sus ataques iniciales no lograron obtener una victoria rotunda, pero consiguieron el objetivo más amplio de movilizar el sentimiento árabe contra los franceses. Para complicar la situación, la numerosa población europea residente en Argelia se negó categóricamente a tolerar cualquier cambio en el estado legal del país como parte integrante de Francia. La escalada de la actividad guerrillera planteó a los franceses unos problemas similares a los que habían encontrado en Vietnam, pero, en Argelia, el FLN –Front de Libération Nationale– podía golpear también a la población europea. El resultado fueron unas respuestas violentas que sólo sirvieron para exacerbar la guerra y convertirla en un conflicto entre nacionalidades y religiones hostiles.

Algunos oficiales franceses habían regresado de Asia resueltos a no repetir los errores cometidos en Vietnam. Mostraban una comprensión coherente de la guerra revolucionaria y de la naturaleza de sus adversarios, pero su deseo de hacer de los argelinos ciudadanos de Francia chocaba con las realidades políticas tanto francesas como argelinas. El año 1956 marcó el momento crucial. Los franceses enviaron a combatir a soldados de reemplazo, cosa que nunca habían hecho en Vietnam, y aquellas tropas sin experiencia se toparon casi de inmediato con dificultades. En septiembre, el FLN llevó la guerra a las ciudades atacando directamente a civiles franceses, lo que incremen-

tó el coste creciente de la guerra y su salvajismo. El fracaso de las operaciones anglofrancesas en el canal de Suez a comienzos de noviembre (véase página 387) fue aún más destructivo para la posición de Francia, pues el hundimiento de aquella campaña reforzó considerablemente las sospechas de muchos oficiales franceses sobre la competencia de sus dirigentes políticos.

A finales de 1956, el FLN controlaba los barrios árabes de las principales ciudades, mientras que sus atentados terroristas habían paralizado en la práctica la Argelia europea. Hasta ese momento, la seguridad urbana había corrido a cargo de la policía; el ejército era responsable de la guerra en el *bled* –el interior del país–. En ese momento, al venirse abajo el control de las ciudades, las autoridades francesas enviaron al ejército. En enero de 1957, los paracaidistas del general Jacques Massu se hicieron con el control de Argel e impusieron de inmediato una guerra despiadada y sin trabas contra los cuadros del FLN. Massu recurrió a la detención preventiva, los registros implacables, las patrullas constantes en la kasbah, el desprecio general a los derechos civiles y hasta la tortura contra el FLN. Fue una guerra de lo más sucio –representada sin concesiones en la película *La batalla de Argel*–, que acabó doblegando al FLN; pero sus métodos no mejoraron la actitud de los argelinos hacia el dominio francés. Y lo que es más importante, el empleo de la tortura restó apoyos al conflicto en la Francia metropolitana. El gobierno francés demostró su incapacidad para resolver los complejos problemas suscitados por Argelia y cayó el 15 de abril de 1958. Durante treinta y siete días no hubo un solo político capaz de formar un gobierno alternativo y la ferocidad del ejército en Argelia fue en aumento ante la falta de liderazgo político en París. El cuerpo de oficiales se negaba a perder otra guerra debido al comportamiento cobarde, según ellos, de los políticos, por lo que a mediados de mayo una muchedumbre tumultuosa apoyada por el ejército se apoderó de los edificios oficiales en Argel y exigió que Charles de Gaulle, líder del gobierno francés en el exilio durante la Segunda Guerra Mundial, se hiciera cargo de un Estado en bancarrota. El 1 de junio de 1958, De Gaulle asumió el poder en París, y a lo largo de los cuatro años siguientes mantuvo una política difícil y a menudo contradictoria respecto a Argelia. No está claro cuándo tomó la decisión de abandonar el conflicto, pero en septiembre de 1959 ofreció la «autodeterminación».

Mientras tanto permitió a los militares franceses proseguir con su hábil campaña. Aislando al FLN de sus bases de Túnez y Marruecos y utilizando con perspicacia helicópteros y formaciones móviles, el ejército francés destruyó a sus adversarios en campaña. Sin embargo, a pesar de sus éxitos militares, De Gaulle se dispuso a retirarse. Se enfrentaba al importante desafío de muchos oficiales franceses, algunos de los cuales llegaron incluso a afiliarse a una organización terrorista,

la OAS (Organisation de l'Armée Secrète), que se conjuró para asesinarlo; pero De Gaulle sobrevivió y sacó a Francia del embrollo de Argelia sin una guerra civil. Los generales pudieron presumir de haber ganado el conflicto militar, pero esta actitud ignoraba el hecho fundamental de que habían perdido la guerra política. En 1962, Argelia se independizó.

Una guerra no convencional: la experiencia británica

Mientras los franceses libraban y perdían dos guerras desastrosas, los británicos salieron del proceso de descolonización relativamente indemnes. El gran reto fue la liberación de la India, superado por Gran Bretaña con una combinación de habilidad política en la metrópoli y un liderazgo militar estable y responsable en el terreno. Pero los británicos se enfrentaron también en otras partes a serios desafíos militares. En algunos vencieron; en otros actuaron con astucia. En febrero de 1948, los guerrilleros comunistas de Malasia iniciaron una campaña bien llevada para poner fin al dominio británico y crear una dictadura comunista. En los cuatro años siguientes aumentaron su fuerza y mejoraron su posición. Pero en febrero de 1952 los británicos iniciaron una campaña decisiva contra los insurgentes que se vio favorecida por varios factores. Malasia tenía dos principales comunidades étnicas, los malayos y los chinos; los comunistas obtenían casi todo su apoyo de los segundos. Además, Malasia no lindaba con ninguna nación comunista; en consecuencia, los insurgentes se encontraron con dificultades cada vez mayores para importar armas y municiones.

Los británicos reconocieron que la insurgencia era un problema político y, mientras emprendían una campaña para eliminar la guerrilla, anunciaron su intención de conceder la independencia a Malasia en un futuro inmediato. De ese modo estimulaban el nacionalismo malayo a la vez que desgajaban la comunidad china tanto de los malayos como de los guerrilleros mediante unas cuidadosas medidas políticas. Finalmente, la campaña militar corrió a cargo de unos militares que conocían la jungla mejor que su enemigo. Las condiciones de la guerra de guerrillas en Malasia llevaron a los británicos a reconstituir varias unidades especiales que tan bien habían actuado en la Segunda Guerra Mundial –en particular el Regimiento de Servicios Especiales del Aire (SAS, según sus siglas en inglés)–, y esa capacidad para librar una guerra no convencional iba a reportar considerables dividendos a las fuerzas armadas británicas en varios conflictos futuros, desde Kenia y Aden hasta el Ulster y las islas Malvinas (Falkland). En 1954, el alto mando comunista de Malasia se retiró a Tailandia y la guerra se extinguió. Los británicos habían ganado tanto la batalla política como la militar.

En 1954, el presidente Eisenhower y sus asesores habían decidido que Vietnam no valía la sangre y el dinero que se requerirían para derrotar al Viet Minh. Sin embargo, la burocracia norteamericana no consiguió traducir esa decisión a medidas políticas y Estados Unidos se deslizó lentamente hacia la intervención al tomar decisiones ambiguas.

Los Acuerdos de Paz de Ginebra de 1954 implantaron en Vietnam del Sur un régimen anticomunista encabezado por el autocrático Ngo Dinh Diem, que combinaba los peores aspectos del colonialismo francés con un gobierno de mandarines. El régimen gozaba de escasa legitimidad en las zonas rurales, mientras que Diem y su familia se aferraban a la idea de que lo único que contaba era la lealtad al régimen. Como Saigón ocupó un lugar bajo entre las prioridades estratégicas de EEUU hasta 1961, algunos asesores militares y civiles pertenecientes a niveles inferiores de la burocracia norteamericana, la mayoría de los cuales no conocían ni a los franceses ni a los vietnamitas, ejercieron una influencia desmedida en la política y, utilizando Corea como paradigma, se esforzaron por crear un ejército convencional para derrotar una invasión convencional.

Entretanto, Ho Chi Minh y sus cohortes se afanaban por establecer en el Norte su versión del paraíso socialista estalinista y acabaron provocando entre los campesinos del valle del río Rojo un levantamiento que fue reprimido con una determinación implacable y entusiasta. Luego, en 1959, al comprobar la debilidad de Diem, lanzaron una campaña de infiltración, acción política y apoyo militar y logístico a una insurrección para derrocar el régimen de Vietnam del Sur. Comenzaron construyendo a través de Laos y Camboya una pista que los norteamericanos acabarían denominando la «ruta Ho Chi Minh». La insurgencia contra un régimen impopular, poco consciente de lo que estaba ocurriendo en las zonas rurales, se extendió con rapidez, y en el momento en que John F. Kennedy accedió a la presidencia, en 1961, y anunció que Norteamérica «pagaría cualquier precio y soportaría cualquier carga» para derrotar al comunismo, la situación en Vietnam del Sur se había descompuesto de manera alarmante. Sin embargo, la respuesta de los norteamericanos consistió en más de lo mismo: más asesores, más armas convencionales y más remedios tomados de las ciencias sociales.

Los militares de EEUU estaban escasamente preparados para enfrentarse a los retos planteados por el «Viet Cong» (denominación despectiva para designar al Viet Minh). Los comandantes de mayor graduación y los miembros del Estado Mayor aplicaron a la guerra de guerrillas sumamente politizada que se libraba en el difícil terreno de Asia sudoriental las ideas en las que se había formado el ejército de EEUU –a saber, la preparación para librar una guerra convencional masiva o

nuclear contra la Unión Soviética–, y a lo largo de su participación demostraron su incapacidad para aprender las lecciones del conflicto. Un sistema de turnos de servicio militar de un año, sumado a un desconocimiento general de la cultura y el idioma vietnamitas, sirvió únicamente para reforzar esas debilidades.

Kennedy eligió como secretario (ministro) de Defensa al director de la empresa automovilística Ford. Robert Strange McNamara aportó al cargo una mentalidad de contable meticuloso y una convicción firme de que eran pocos los problemas que no podían ser resueltos por el análisis de sistemas. McNamara se aseguró de que el Ministerio de Defensa obligase a los servicios a rendir cuentas más precisas por el gasto de sus fondos; sin embargo, su deseo de eliminar cualquier ambigüedad e incertidumbre en el análisis de la defensa y en la conducción de la guerra no era en absoluto realista. Bajo su tutela, los militares norteamericanos debían guerrear en Vietnam basándose por entero en índices estadísticos: número de enemigos muertos y heridos, días de combate por batallón, toneladas de bombas arrojadas, toneladas de cargamento transportadas a través de los puertos. Las listas parecían inacabables, y todo aquello demostró no tener en esencia ningún sentido para enjuiciar el progreso de la guerra. A la larga, sin embargo, McNamara obligó a los militares de EEUU a pensar de acuerdo con su marco intelectual, y su influencia en el Pentágono no empezó a desvanecerse hasta los años ochenta.

La primera prueba a la que se enfrentaron Kennedy y McNamara –la invasión de Cuba por una brigada de exiliados organizados y entrenados por la CIA (US Central Intelligence Agency)– no había sido elegida por ellos. Aunque el proyecto se notificó al presidente inmediatamente después de su elección, en noviembre de 1960, parece ser que él mismo no puso a sus consejeros al corriente del asunto hasta después de haber tomado posesión del cargo en el siguiente mes de enero. Algunos de los asesores expresaron de inmediato su oposición, pero, según comentó más tarde el secretario de Estado, Dean Rusk (uno de los que no fueron informados hasta después del acceso al cargo), como «Kennedy nos había hecho saber a todos que no le agradaba que se le remitiera un cúmulo de memorandos», era raro que llegasen a la mesa del presidente informes críticos para con el proyecto. Ni siquiera McNamara y la Junta de Jefes de Estado Mayor plantearon objeción alguna, sino que, tal como observó posteriormente Rusk manifestando su convicción,

> nunca examinaron el plan en calidad de militares profesionales. Como todo aquel montaje era una operación de la CIA, consideraron que podían limitarse a aprobarla y lavarse las manos. Pienso que si la Junta de Jefes hubiese tenido la responsabilidad de dicha operación,

> sus miembros habrían expresado importantes reservas: por ejemplo, habrían reconocido la gran desproporción entre el reducido tamaño de la brigada y sus amplios objetivos.

El propio Rusk, a pesar de su experiencia como director de los planes de guerra en Asia sudoriental durante la Segunda Guerra Mundial, no expuso tampoco explícitamente sus dudas

> en ningún momento en nuestras sesiones de planificación. Dado el gran número de personas que tomaban asiento en el despacho del gabinete y hablaban con el presidente, me parecía que mi cometido consistía en desentrañar los puntos débiles y formular preguntas inquisitivas sobre planteamientos que se daban por supuestos. Aunque expresé en privado mi oposición ante el presidente Kennedy, tendría que haberla expuesto con claridad en las propias reuniones, pues el presidente estaba presionado por quienes deseaban seguir adelante.

Los que «deseaban seguir adelante» no eran sólo los miembros de la CIA, sino también algunos exiliados cubanos elocuentes y adinerados que señalaban el éxito de la invasión realizada por una fuerza incluso menor a las órdenes de Fidel Castro. Argumentando que la afortunada trayectoria hacia el poder recorrida por Castro había comenzado con un desembarco en el que pereció la mitad de sus fuerzas, añadían que ahora podían tener un éxito igual contra un régimen que, según creían, había acabado siendo tan impopular como el derrocado por él. En consecuencia, en abril de 1961, con la bendición de Kennedy (pero sin el apoyo de las fuerzas armadas de Estados Unidos), 1.500 exiliados saltaron a tierra en un punto remoto conocido como Bahía Cochinos, donde las tropas de Castro, equipadas con las armas más modernas de origen ruso, no tardaron en arrollarlos.

Cada uno de los protagonistas enfrentados extrajo importantes lecciones de la operación de Bahía Cochinos. Castro llegó a la conclusión de que los Estados Unidos no se detendrían ante nada para derrocarlo y pidió a la Unión Soviética que instalara misiles balísticos de alcance medio (IRBM, según su sigla inglesa) que apuntaran a objetivos de Estados Unidos. Nikita Jruschov, el dirigente soviético, le complació encantado: en octubre de 1962, especialistas rusos se hallaban construyendo afanosamente plataformas de lanzamiento para más de 40 misiles, cuando unos aviones espía norteamericanos los localizaron y fotografiaron. También Kennedy desplegó más IRBM (operarios de la Chrysler Corporation instalaron 30 misiles Júpiter en Italia y 15 en Turquía, dirigidos todos ellos a objetivos rusos); y lo que es más importante, tomó medidas para intentar comprender por qué él y sus asesores habían cometido un error tan humillante en el asunto

de Bahía Cochinos. Kennedy halló la respuesta en el denominado «pensamiento de grupo», el estilo de gestión que fomenta un sentimiento prematuro de patente unanimidad entre quienes participan en procesos decisorios –tanto de manera activa, coartando la expresión de opiniones discrepantes, como de forma pasiva, guiando los debates en el sentido de reducir al mínimo el disenso.

Aunque la mayoría de quienes discutieron cómo debía responder Estados Unidos a la amenaza de los misiles cubanos en octubre de 1962 habían aprobado la operación de Bahía Cochinos, esta vez Kennedy abandonó el «pensamiento de grupo» e hizo que sus consejeros se reunieran por separado en grupos menores y estimuló entre ellos las actitudes dubitativas, llegando a veces a abandonar la sala para evitar dominar el debate. Inicialmente, la mayoría se mostró favorable a lanzar ataques aéreos contra Cuba, a pesar del riesgo de que se desencadenara una guerra nuclear a gran escala, pero al final optaron por limitarse a bloquear la isla (para que ningún barco pudiera introducir más armas soviéticas), mientras que Kennedy y Jruschev idearon, en varias conversaciones directas por cable, una fórmula de retirada que les permitiese guardar las apariencias. Jruschev, que había dicho en cierta ocasión: «En la próxima guerra los supervivientes envidiarán a los muertos», accedió a interrumpir el suministro de misiles a Cuba y a retirar inmediatamente de la isla todos los IRBM, personal técnico y bombarderos soviéticos que se encontraban ya allí. A cambio, Kennedy prometió que Estados Unidos levantaría el bloqueo de Cuba, no invadiría la isla y no permitiría que otros la invadieran desde su territorio. En un acuerdo aparte, pero secreto, Kennedy prometió también retirar todos los misiles Júpiter y sus técnicos de Italia y Turquía en julio de 1963 –aunque los soviéticos retiraron sus armas y personal en medio de un derroche de publicidad, mientras que los norteamericanos lo hicieron de manera discreta, dando a todo el mundo la impresión de que Estados Unidos había «vencido»–. El Présidium soviético obligó a Jruschev a abandonar el cargo en 1964, aludiendo, entre otras cosas, a su «debilidad» durante la crisis cubana de los misiles.

De ese modo, si bien John F. Kennedy cambió su postura respecto a Cuba a la luz de la experiencia, en cambio, desde sus primeros días en el cargo hasta su asesinato en noviembre de 1963, Kennedy practicó en Vietnam una política activa y emprendedora que aumentó continuamente las apuestas. El presidente y sus consejeros, entusiasmados con la idea de hacer frente al reto de Ho Chi Minh, subestimaron a sus adversarios y sobrevaloraron a sus aliados de Saigón. Pero, a medida que la ayuda y los asesores norteamericanos afluían al sur, la situación política se volvía cada vez más oscura. Los corresponsales de prensa observaban el deterioro, pero el hombre que se hallaba al frente de la campaña de asesoramiento, el general Paul Harkins, pin-

taba la guerra a Washington de color de rosa mientras ignoraba desdeñoso a la prensa. Hasta el otoño de 1962, los norteamericanos no acabaron de reconocer que Diem era un perdedor. Las amenazas de una retirada de EEUU desembocaron finalmente en un golpe de Estado dado por los militares vietnamitas, que hizo caer el régimen y provocó el asesinato del dictador y de su hermano.

Pero la camarilla de generales que sucedieron a Diem se mostró aún más inepta que su predecesor, y la resistencia del sur comenzó a derrumbarse en el verano de 1964. Lindon Johnson, el nuevo presidente norteamericano, tenía pocos deseos de comprometer a Estados Unidos en una guerra en Asia sudoriental, pero se negaba a admitir la derrota a manos de lo que llamaba un «país hormiga». Por tanto, en el verano de 1964 lanzó una serie de incursiones aéreas contra la flota de Vietnam del Norte en respuesta, supuestamente, a otros ataques contra destructores norteamericanos en el golfo de Tonkín. Johnson y sus consejeros esperaban que aquellos golpes hicieran desistir a los vietnamitas. Pero Ho y sus colegas no tenían intención de abandonar. Según dijeron a Bernard Fall, famoso especialista occidental en asuntos de Vietnam, no temían la potencia de fuego de los norteamericanos; al fin y al cabo, ya habían batido a los franceses. No obstante, la campaña de Johnson para su reelección basó su programa en retratar a su oponente, el senador Barry Goldwater, como un belicista. Johnson ganó, pero, según comentó más tarde un votante, «me dijeron que si votaba por Goldwater tendría guerra; voté por Goldwater, y la tuve».

A comienzos de 1965, Johnson autorizó una campaña de bombardeo contra el norte con el nombre en clave de «Rolling Thunder», que limitaba estrictamente los objetivos que podía atacar la aviación de EEUU. Visto desde ahora, es evidente que ninguna acción de Estados Unidos habría forzado a los norvietnamitas a detener la guerra contra el sur en esa fase, aunque los norteamericanos no hubiesen tenido trabas para atacar cualquier objetivo; pero «Rolling Thunder» fue una campaña absolutamente mal concebida y sin posibilidades de éxito. Johnson empujó, por tanto, a las fuerzas terrestres norteamericanas a participar directamente en la lucha por Vietnam del Sur. La conducción de la guerra se encomendó en ese momento al general Westmoreland.

Westmoreland compartía con la mayoría de los dirigentes militares norteamericanos cierto desprecio por la experiencia del pasado. Así, por ejemplo, cuando los franceses se dieron cuenta en 1964 de que una intervención de Estados Unidos en Vietnam era cada vez más probable, pusieron a disposición del gobierno norteamericano el estudio realizado después de los hechos sobre su derrota en aquel país. El volumen se halla todavía en su versión original francesa en la biblioteca de documentos confidenciales de la Universidad Nacional de la Defensa, y hay pocas pruebas de que algún militar de alta graduación o algún dirigente

político lo hayan estudiado. No es de extrañar, por tanto, que los militares norteamericanos repitieran todos los errores cometidos por los franceses. También se negaron a aprender. Al enfrentarse a graves problemas tácticos y operacionales en los combates del valle de Ia Drang, entre ellos la destrucción de un batallón del 1er Regimiento de Caballería aerotransportada en la «Landing Zone Albany», Westmoreland rechazó la petición del comandante del cuerpo para que el Mando de Apoyo Militar de Vietnam (MACV) instalara un «tablero de lecciones aprendidas» para examinar las deficiencias tácticas y operacionales de las fuerzas de EEUU. En vez de ello, las unidades militares norteamericanas, dotadas de una gran potencia de fuego, se movieron a tientas durante toda la guerra por las zonas rurales, destruyendo cuanto encontraban.

Westmoreland demostró también poco interés por reformar a los militares de Vietnam del Sur, y la pacificación siguió siendo una de sus últimas prioridades, al menos hasta 1967. El MACV hizo hincapié en misiones de búsqueda y destrucción en las que las unidades norteamericanas intentaban encontrar, inmovilizar y, luego, liquidar unidades enemigas regulares; por lo demás, disuadió a sus tropas de participar en la guerra política librada en las zonas rurales. Cuando los comandantes de la infantería de marina iniciaron una estrategia de pequeñas unidades y acción civil para proteger a la población de sus sectores, el MACV impuso a su iniciativa unas limitaciones rigurosas. La actitud norteamericana estuvo dominada por los índices estadísticos, tan apreciados por McNamara. Lo que contaba eran las jornadas de acción de los batallones y el recuento de cadáveres, que adquirió una justificada mala fama. Una de las consecuencias de este planteamiento de tarjeta de puntuación fue la carnicería de My Lai, donde unos soldados norteamericanos masacraron a campesinos vietnamitas; el MACV ocultó entonces el incidente, hasta que estalló en la prensa de EEUU.

Además de las misiones de búsqueda y destrucción, los norteamericanos deforestaron comarcas enteras del país para privar al Viet Cong y a los norvietnamitas del apoyo de los campesinos, y seguidamente abandonaron a la población civil desplazada en manos de un gobierno que carecía de cualquier instalación, recursos o interés para llevar a cabo planes de reasentamiento. En otros lugares, la declaración de zonas de fuego libre permitió a la artillería y a la aviación norteamericanas destruir el paisaje y causar un aterrador número de víctimas tanto civiles como enemigas. El planteamiento fue incluso menos imaginativo de lo que lo había sido la campaña francesa, pero la imponente potencia de fuego desplegada por los norteamericanos les permitió abrigar la ilusión de una «victoria militar».

El pueblo norteamericano había acogido entusiasmado la introducción de tropas de EEUU en Vietnam, y en 1964 el Senado aprobó por un margen de ochenta y ocho contra dos la «Resolución del Golfo de Ton-

kín», que autorizaba incursiones contra objetivos del norte de Vietnam. En octubre de 1965, la revista *Time* cacareaba con entusiasmo en su artículo editorial, al hablar del incremento de fuerzas norteamericanas:

> Hace sólo tres meses que los mortíferos hombrecitos del pijama negro recorrían a lo largo y ancho el territorio de Vietnam del Sur saqueando, mutilando y matando impunemente... Hoy, Vietnam del Sur vibra con un orgullo y una fuerza, y sobre todo con un espíritu, apenas creíble, si se compara con la sombría perspectiva del verano... El notable vuelco producido en la guerra es el resultado de una de las concentraciones de fuerzas militares más rápida y mayor de la historia de la guerra... Oleada tras oleada de norteamericanos con botas de combate –enjutos, lacónicos y en busca de pelea– se derraman en la playa procedentes de una armada de barcos de transporte de tropas. Día y noche, reactores rugientes y helicópteros merodeadores buscan al enemigo para sacarlo de sus pantanosas fortalezas... Los antiguos engallados cazadores del Viet Cong se han convertido en encogidas presas de caza a medida que el filo cortante de la potencia de fuego de EEUU acuchilla la espesura de la fuerza comunista.

Johnson se esforzó duramente para mantener la popularidad de la guerra entre los norteamericanos. Se negó a llamar a filas a la Guardia Nacional o a los reservistas, y el gobierno aportó los cuerpos destinados a la guerra mediante levas, pero se trataba de unas levas que permitían a los «mejores y más brillantes» eludir por completo el servicio militar. El gobierno concedió exenciones a los hijos varones de las clases altas e instruidas, los cuales se preocuparon cuidadosamente de que dichas exenciones estuvieran listas antes de unirse a las manifestaciones en contra de la guerra. El peso del conflicto siguió recayendo sobre los hombros de los norteamericanos pobres, tanto negros como blancos. Además, Johnson y McNamara, en flagrante contraste con las acciones de Truman durante la Guerra de Corea, desguarnecieron las fuerzas militares norteamericanas en el resto del mundo para enviarlas a luchar a Asia.

La Ofensiva del Tet y el periodo posterior

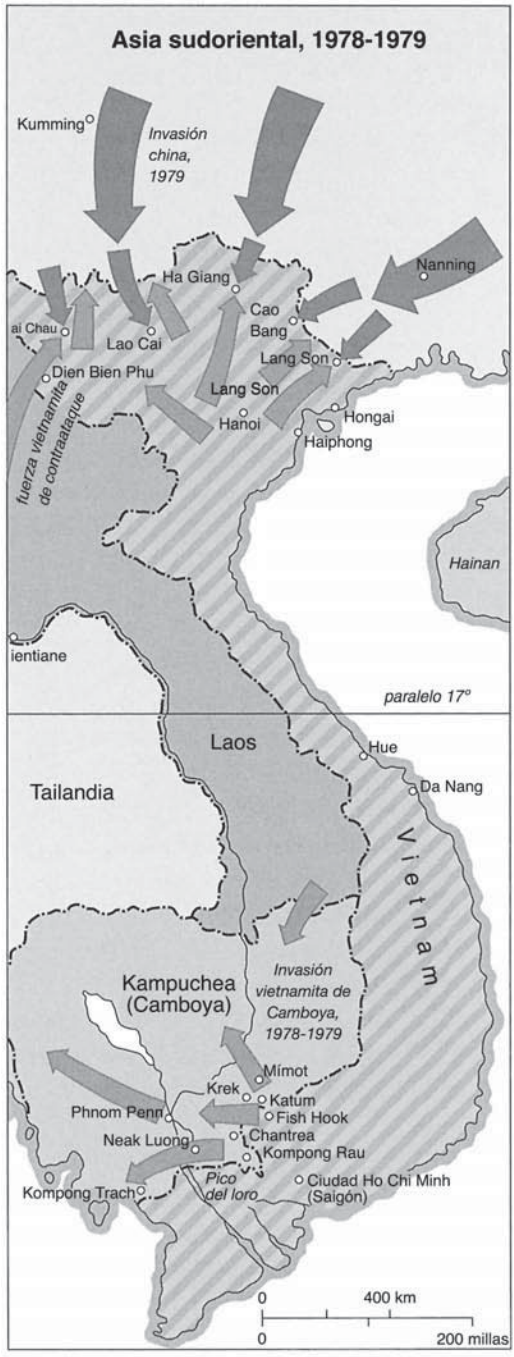
Los soldados y marines norteamericanos evitaron, no obstante, la derrota del sur en 1965-1966, causando un terrible número de bajas entre sus adversarios. En 1967, los norvietnamitas modificaron su estrategia de enfrentamiento militar directo y escogieron como objetivos unidades de marina que patrullaban en la parte norte del país y disponían de menor potencia de fuego. En 1968 volvieron a cambiar su jue-

go lanzando un ataque masivo, la Ofensiva del Tet, contra ciudades de Vietnam del Sur. Giap calculó que una operación de esas características provocaría alzamientos populares generalizados y el hundimiento de sus adversarios, como había ocurrido en sus ataques en el valle del río Rojo en 1951; pero estaba en un error. En sentido militar, la ofensiva del Tet y sus operaciones secundarias resultaron desastrosas para las tropas norvietnamitas y del Viet Cong. Los militares survietnamitas lucharon con tenacidad, para sorpresa, incluso, de sus asesores norteamericanos; el país no se sublevó, y la potencia de fuego de EEUU devastó a los atacantes. Giap reforzó su fracaso lanzando a lo largo de 1968 continuas ofensivas que fallaron de manera aún más decisiva y con un coste superior, mientras los norteamericanos y sus aliados eliminaban a todos los simpatizantes comunistas del sur, que habían mostrado sus cartas al responder al llamamiento de Ho Chi Minh.

Pero la guerra es mucho más que la suma de unas estadísticas. La ferocidad de la ofensiva del Tet introdujo en los hogares de la población norteamericana la gravedad del conflicto, mientras el gobierno de EEUU no ofrecía explicaciones estratégicas o políticas convincentes de lo que estaba haciendo. Johnson se retiró de la carrera presidencial y puso fin a la campaña aérea contra el norte, mal concebida y mal ejecutada. Westmoreland, como un disco rayado, sólo era capaz de pedir más de todo, hasta que su promoción al cargo de jefe de Estado Mayor del ejército de tierra lo sacó de Saigón.

El sustituto de Westmoreland, el general Creighton Abrams, dio muestras de mayor imaginación y sentido político en la conducción de la guerra. El MACV insistió en ese momento en la «vietnamización», y las fuerzas vietnamitas recibieron atención, armas y un adiestramiento completo. Pero era demasiado tarde, pues la presión interna había alcanzado el punto en que Estados Unidos tenía, sencillamente, que marcharse de Vietnam. Al menos, la feroz sangría infligida a los norvietnamitas y al Viet Cong en 1968 permitió cierto respiro, y el nuevo gobierno de Richard M. Nixon emprendió negociaciones con los norvietnamitas, tanto públicas como secretas. No obstante, aunque retiró soldados norteamericanos, Nixon siguió suministrando masivamente al Sur ayuda militar y política y llevó a cabo operaciones para mejorar la situación militar. En mayo de 1970, los norteamericanos efectuaron, por ejemplo, una importante invasión en Camboya para destruir las bases logísticas de los norvietnamitas. La acción logró sus objetivos militares, pero una tormenta de protestas políticas en su país puso de relieve el escaso tiempo de que disponían los norteamericanos para escapar de la guerra.

En 1972, cuando las últimas tropas de combate de EEUU salieron de Vietnam, los norvietnamitas lanzaron una invasión convencional masiva para destruir Vietnam del Sur. Su objetivo era humillar a Estados Unidos, y no sólo derrotar a quienes los norvietnamitas denomina-


Asia sudoriental, 1978-1979
Kumming
Invasión china, 1979
Nanning
Ha Giang
Cao Bang
ai Chau
Lao Cai
Lang Son
Dien Bien Phu
Lang Son
Hanoi
Hongai
Haiphong
fuerza vietnamita de contraataque
Hainan
ientiane
paralelo 17º
Laos
Hue
Tailandia
Da Nang
Vietnam
Kampuchea (Camboya)
Invasión vietnamita de Camboya, 1978-1979
Mímot
Krek
Katum
Phnom Penh
Fish Hook
Chantrea
Neak Luong
Kompong Rau
Pico del loro
Ciudad Ho Chi Minh (Saigón)
Kompong Trach
0
400 km
0
200 millas

ban sus «lacayos». Una vez más volvieron a fallar en sus cálculos: la fuerza aérea norteamericana infligió unas bajas horrendas a los norvietnamitas en su avance, mientras Nixon se mostraba tan encolerizado que ordenó a la aviación y la armada emprender una gran campaña aérea contra el propio Norte. Los bombarderos de combate de EEUU, equipados con munición guiada mdiante instrumentos de precisión, destruyeron en unas semanas todos los puentes importantes de Vietnam del Norte y una gran parte de la infraestructura económica del enemigo.

El colapso de la ofensiva terrestre y la destrucción de gran parte de su patria hicieron volver a los norvietnamitas a la mesa de negociaciones. En otoño, los dos bandos opuestos habían elaborado un acuerdo de paz que permitía a Estados Unidos retirarse con cierta dignidad. Los norvietnamitas, sin embargo, intentaron humillar una vez más a los norteamericanos desentendiéndose del trato en el último momento. Animado por su victoria arrolladora en las elecciones presidenciales de 1972, Nixon volvió a dar rienda suelta a la fuerza aérea de EEUU. Esta vez participaron incluso los B-52, y al hacer recuento de la ruina de su país, los norvietnamitas decidieron finalmente que la humillación de Estados Unidos por una potencia de tercera categoría no era un objetivo asequible.

No obstante, el Acuerdo de Paz de París de 1973 no logró poner fin a la guerra de Vietnam. El asunto Watergate limitó la capacidad de Nixon para ayudar a Vietnam del Sur, mientras los miembros del Congreso, ansiosos por justificarse, hicieron todo lo posible para privarlo de cualquier apoyo. En 1975, los norvietnamitas lanzaron, por tanto, otra ofensiva convencional contra el sur, que esta vez, al no contar con los suministros ni la potencia de fuego de EEUU, se vino abajo –aunque los millones de refugiados survietnamitas que huyeron de sus «liberadores» dieron a entender que el comunismo no disfrutaba, ni mucho menos, de un apoyo unánime en el sur–. Pero la actuación de los norteamericanos en 1975 fue una desgracia: la CIA no logró siquiera destruir sus archivos de espionaje en Saigón, por lo que puso en peligro a casi todos los survietnamitas que habían cooperado con Estados Unidos.

La Guerra de Vietnam fue una experiencia aleccionadora para la mayoría de los norteamericanos. Por primera vez desde 1812, un adversario había derrotado a Estados Unidos. El país había entrado en la guerra sin tomar medidas suficientes. Sus dirigentes militares o políticos no

Mapa 19. Asia sudoriental, 1978-1979. Estimulados por su éxito en la reunificación de Vietnam bajo su gobierno en 1975, los comunistas vietnamitas intervinieron en Camboya y Laos –tomando, en realidad, las tierras de unos pueblos a los que consideraban inferiores–. Sin embargo, unos importantes ataques lanzados por los chinos en el norte hicieron ver claramente a los vietnamitas que su megalomanía no sería aceptada sin discusión.

efectuaron nunca una evaluación estratégica seria de su enemigo ni de los posibles costes políticos o militares de la guerra. Los militares norteamericanos subestimaron desde el primer momento el compromiso ideológico de sus adversarios, mientras McNamara y quienes pensaban como él rechazaban con desprecio esos factores inasibles.

Al final, Estados Unidos consiguió salir del enredo; pero el coste para los valores y la autoestima norteamericanos fue demoledor. En cambio, los norvietnamitas lograron su objetivo de unificar Vietnam bajo su control, pero al conseguirlo sacrificaron generaciones enteras de su gente, así como la capacidad económica de la nación. En realidad, su victoria resulta hueca en la actualidad, si tenemos en cuenta que Vietnam es una de las naciones más pobres del mundo –en una región dominada por Taiwán, Japón, Corea del Sur, Singapur, Malasia y Hong Kong–, gracias a su intransigente sistema político y a la fanática guerra de liberación nacional emprendida por él.

Las guerras entre árabes e israelíes

Durante la Primera Guerra Mundial, los británicos prometieron a los pueblos árabes del Próximo Oriente la independencia del dominio otomano, y al movimiento sionista un hogar nacional en Palestina. Pocas decisiones de las grandes potencias han generado un mayor potencial de conflicto. En los años treinta, la emigración judía a Palestina –debida en gran parte a los sucesos ocurridos en la Alemania nazi– creó un conflicto entre árabes y judíos. Orde Wingate, un desconocido capitán británico que adquirió fama en la Segunda Guerra Mundial interviniendo en operaciones especiales, desempeñó un papel importante entre los colonos judíos al enseñarles métodos bélicos innovadores, mientras que la participación de voluntarios judíos en las fuerzas armadas durante esa misma guerra amplió todavía más los conocimientos militares de los judíos de Palestina.

En 1948, al ir en aumento los enfrentamientos entre los grupos y agotarse los recursos y la paciencia de Gran Bretaña, los británicos se retiraron de la zona. Las Naciones Unidas decretaron la partición entre ambas comunidades, pero los árabes de la zona rechazaron, al igual que las naciones árabes vecinas, un acuerdo pacífico y emprendieron operaciones militares contra el nuevo Estado de Israel. Sin embargo, no consiguieron coordinar sus ofensivas, y, a su vez, los dirigentes árabes locales carecían de sabiduría política y destreza militar. Los israelíes aplastaron la resistencia local y los ejércitos invasores y, como consecuencia de la guerra de 1948-1949, adquirieron una considerable porción de territorio que el acuerdo de las Naciones Unidas había asignado a los árabes palestinos.

Los árabes no mostraron ningún deseo de llegar a un acuerdo con el nuevo Estado israelí. En vez de ello, la mayoría de las naciones árabes expulsaron a sus minorías judías a Israel, mientras proclamaban su intención de destruir el nuevo Estado y a su población. Tras la experiencia nazi los judíos no podían permitirse tomar aquellas amenazas a la ligera. A comienzos de los años cincuenta se enfrentaron a una creciente oleada de terrorismo en sus fronteras, mientras los egipcios, al comprar armas a la Unión Soviética, parecían representar una amenaza directa para la supervivencia de Israel.

En consecuencia, cuando británicos y franceses invitaron en 1956 a los israelíes a participar en una acción militar contra Egipto, que acababa de apoderarse de forma unilateral del canal de Suez, éstos accedieron encantados. La eficiencia de las operaciones militares de Israel en 1956 contrastó fuertemente con la de los franceses y los británicos. Los israelíes bloquearon en primer lugar el paso de Mitla, en el Sinaí, mediante una combinación de paracaidistas y blindados, y a continuación fragmentaron las fuerzas egipcias. Un alto grado de adiestramiento, cohesión doctrinal y decisión moral proporcionó a los israelíes un sistema militar altamente eficaz; los ejércitos árabes, reclutados en función de un sistema de clases estratificado, y cuyos soldados y oficiales carecían de unas bases sólidas en la profesión militar, se mostraron incapaces de hacerles frente en el moderno campo de batalla.

Al cabo de una semana, los israelíes se hallaban lo bastante cerca del canal de Suez como para observar a sus aliados europeos atacar a las fuerzas egipcias en la zona del canal. Pero mientras se desarrollaban las operaciones, la Unión Soviética y Estados Unidos intervinieron y pusieron fin a la guerra. Paradójicamente, el dictador egipcio Gamal Abdel Nasser, que había perdido la guerra desde cualquier punto de vista militar, la ganó en el terreno político: su prestigio se disparó en todo Oriente Medio. Los israelíes entregaron sus conquistas en el Sinaí a una fuerza pacificadora de Naciones Unidas a cambio de promesas de que los egipcios les permitirían transitar por el estrecho de Tirán. Durante los once años siguientes, Nasser disfrutó de la gloria derivada de la crisis del canal de Suez e intentó extender su influencia por todo el mundo árabe. El dirigente egipcio encontró en la Unión Soviética un valedor deseoso de apoyar sus designios y un suministrador de equipo militar moderno, pero durante una década reconoció también la realidad de la relación entre sus fuerzas y las de Israel.

La paz concluyó en mayo de 1967 cuando Nasser llegó a creer que los israelíes estaban a punto de lanzar un ataque. A continuación pidió a la ONU que saliera del Sinaí, desplegó tropas egipcias en la zona y declaró el bloqueo del estrecho de Tirán. Jordania y Siria hicieron causa común con los egipcios, y la mayoría de los analistas militares creyeron que el Estado judío tenía pocas posibilidades frente al poder

militar árabe. Israel se movilizó, mientras Estados Unidos, totalmente empantanado en Vietnam, abdicaba de sus responsabilidades de mantener el acuerdo de 1956.

El 5 de junio de 1967 los israelíes atacaron. Los bombarderos de combate israelíes, que salían en vuelo hacia el Mediterráneo y se internaban luego en Egipto a baja altura para evitar ser detectados, destruyeron la fuerza aérea egipcia en una serie de incursiones matutinas. Tras haber hecho añicos la potencia aérea del enemigo, la aviación israelí se dedicó a dar apoyo a las fuerzas de tierra. Enfrentándose a los egipcios, los blindados israelíes aislaron la franja de Gaza, mientras otras unidades cruzaban hacia el interior del Sinaí, donde, en una demostración constante de su extraordinaria disposición a correr riesgos, los israelíes penetraron en las posiciones egipcias, las superaron y, a continuación, fueron más allá. Aquellas posiciones no tardaron en derrumbarse, y cuando los tanques y vehículos egipcios huían hacia el canal atravesando el paso de Mitla, la aviación israelí remató la matanza. En cuatro días, los israelíes habían alcanzado el canal de Suez y tenían en sus manos todo el Sinaí.

Poco después de que Israel atacara Egipto, los jordanos se unieron al conflicto. Al igual que los soviéticos, fueron engañados por las afirmaciones egipcias de que su aviación había destruido la fuerza aérea israelí. La magnitud de la derrota de Egipto no se conoció con claridad hasta el tercer día, pero para entonces era demasiado tarde para los jordanos, que habían sufrido su propia derrota. Los combates comenzaron en Jerusalén, donde los israelíes habían emplazado tres brigadas. Los jordanos lucharon bien en pequeñas unidades, pero no fueron un adversario a la altura de los israelíes en el plano operacional. El 7 de junio los israelíes controlaban Cisjordania.

Tras derrotar a Egipto y Jordania, Israel se dirigió contra Siria. Hasta entonces, los sirios habían limitado sus acciones militares a cañonear los asentamientos israelíes situados por debajo de los Altos del Golán. El 9 de junio, tras haberse desplegado de nuevo, los israelíes atacaron los Altos y, en tres días de feroces combates, se apoderaron del Golán y de la región contigua. El ejército sirio se retiró, destrozado a Damasco, y la Guerra de los Seis Días llegó a su fin. En menos de una semana, los israelíes habían humillado a tres ejércitos árabes y a unas fuerzas aéreas mucho más poderosas. Su éxito se había basado en la creación de un ejército auténticamente occidental, un ejército cuyos soldados y oficiales actuaban como parte de un equipo estrechamente trabado, con una confianza implícita entre los distintos niveles de mando. Pero, sobre todo, los israelíes eran conscientes de que la guerra requiere profesionales cabales –individuos que no sólo se entrenan con dureza, sino que dedican a su carrera unos estudios intelectuales serios–, además de los últimos avances tecnológicos.

Sin embargo, la Guerra de los Seis Días llevó a los israelíes a sobrevalorar su ventaja estratégica, así como el significado de sus victorias operacionales y tácticas. A diferencia de 1956, retuvieron todos los territorios conquistados, convencidos de que los árabes no se atreverían a desencadenar otra guerra en un futuro previsible. La intransigencia israelí fue también un reflejo de la árabe. Los egipcios emprendieron a lo largo del Canal una guerra de desgaste que difícilmente podía predisponer a los israelíes a negociar, mientras que una serie de atentados terroristas en todo el mundo provocaba en ellos una cólera aún mayor.

Así pues, los israelíes adoptaron una actitud dura con los árabes, y, dadas las escasas perspectivas de negociación, los egipcios no tuvieron más remedio que pensar en ulteriores acciones militares. El nuevo dirigente egipcio, Anuar Sadat, respondía poco al carácter autosatisfecho tan característico de su predecesor y de otros dirigentes árabes. En 1973, Egipto y Siria habían convenido lanzar un ataque por sorpresa contra posiciones israelíes; esta vez transmitirían las mínimas advertencias posibles. Paradójicamente, los servicios de espionaje de EEUU e Israel captaron muchas señales que indicaban la posibilidad de un ataque árabe, pero continuaron firmemente convencidos de lo inconcebible de una acción semejante.

El 6 de octubre de 1973, festividad del Yom Kipur, Día de la Expiación, los israelíes se dieron cuenta por fin de lo que estaba a punto de suceder, pero sólo pudieron iniciar la movilización y esperar a que las tropas en posición de vanguardia pudieran resistir unas pocas jornadas. A las 2.05 de la tarde de aquel mismo día, un masivo ataque aéreo egipcio y un bombardeo artillero de igual magnitud golpearon las posiciones de vanguardia israelíes en el canal de Suez. Los egipcios lanzaron a continuación un asalto general para recuperar el canal y empujar a los israelíes al desierto: la operación, ensayada hasta los mínimos detalles, atravesó la línea Bar Lev y aisló los puestos fortificados israelíes. La brigada blindada de reserva emplazada a orillas del Canal contraatacó sin apoyo de la infantería o de la artillería y sufrió un número de bajas demoledor. La aviación de Israel intentó intervenir, pero los israelíes habían prestado poca atención a la experiencia de los norteamericanos en Vietnam, con las refinadas defensas antiaéreas diseñadas por los soviéticos, y, al carecer de equipamiento electrónico para contrarrestar la acción de los sistemas soviéticos, sus aviones atacantes sufrieron también fuertes pérdidas.

Los israelíes habían aprendido de la Guerra de los Seis Días la errónea lección de que los blindados podían operar en solitario, en vez de formar parte de un equipo conjunto integrado por varias armas. Los primeros días de la Guerra del Yom Kipur pusieron de relieve los errores de este planteamiento. Los israelíes no tardaron en adoptar de nuevo, en medio del conflicto, una forma de guerra más

coherente, pero pagaron caro haber interpretado mal las lecciones del último conflicto.

La única medida defensiva adoptada por los israelíes antes de la guerra fue trasladar a los Altos del Golán otra brigada blindada de reserva. En el norte del Golán, los israelíes perdieron su puesto avanzado en el monte Hermón, pero la 7ª Brigada Blindada desbarató el ataque de dos divisiones sirias. En el sur, los sirios estuvieron a punto de recuperar los Altos, pero el éxito de Israel en el norte le permitió concentrar sus reservas en el amenazado sector sur y contener a los sirios. Luego, un contraataque general arrojó a éstos más allá de la línea inicial y ofreció a los israelíes la posibilidad de avanzar hacia Damasco.

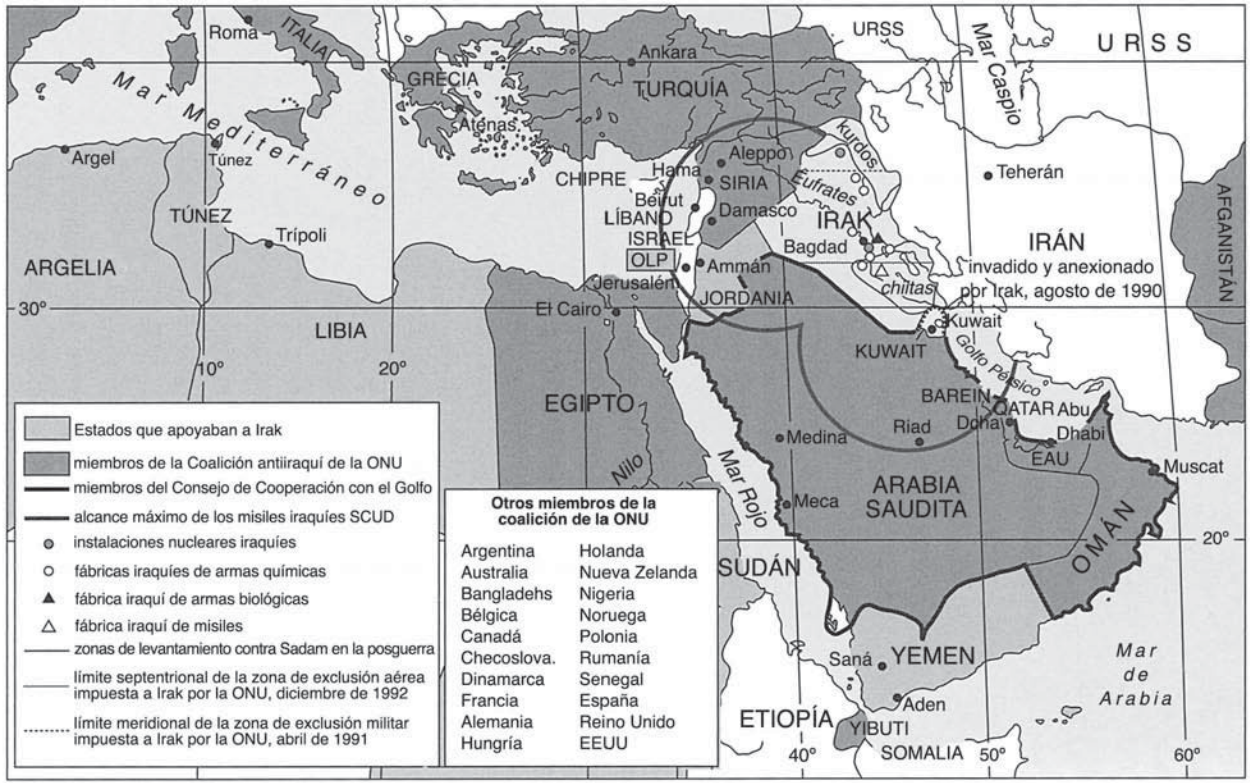
Esta situación forzó a los egipcios a salir de sus defensas antiaéreas y antitanques y entablar una guerra de movimientos con los israelíes. En una batalla de tanques en campo abierto, la mayor desde la sostenida en Kursk treinta años antes, los israelíes destrozaron a los atacantes. Luego, contraatacaron exponiéndose a enormes riesgos. Tras pasar al otro lado del Canal, acabaron instalando una cabeza de puente en la orilla occidental; desde allí dieron rienda suelta a sus blindados. Dirigiéndose al sur, los tanques israelíes eliminaron los puestos de misiles antiaéreos y llegaron casi a cercar el III Ejército de Egipto. En ese momento, la guerra concluyó; ambos bandos pudieron cantar victoria, y, partiendo de esta base, se firmó finalmente un tratado de paz entre Egipto e Israel gracias a los buenos oficios de los norteamericanos.

La Guerra del Yom Kipur había pillado por sorpresa a los israelíes, cuya confianza excesiva, junto con la infravaloración de sus adversarios, había colocado a su nación en una posición extraordinariamente peligrosa; pero, una vez que recuperaron el equilibrio, demostraron ser unos virtuosos en adaptar sus capacidades y su doctrina a la realidad del combate. Los árabes lucharon con valentía; pero como las organizaciones de combate son un reflejo de las sociedades que las generan, sus fuerzas mostraron considerables flaquezas en el campo de batalla moderno y tecnológico. Las líneas divisorias entre clases, la falta de destrezas educativas y técnicas, y las debilidades en la cultura militar profesional tuvieron como consecuencia fallos importantes. Sin embargo, las máximas repercusiones de la Guerra del Yom Kipur de 1973 se debieron a la decisión de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) de apoyar el esfuerzo militar árabe paralizando primero la producción petrolífera, y aumentando luego el precio del petróleo en un 250 por 100. El objetivo era disuadir a Occidente en su apoyo a Israel; el efecto fue el de desencadenar una gran recesión mundial, mientras aumentaban, al mismo tiempo, de forma espectacular los ingresos y la influencia política de los Estados miembro –en especial los de los principales productores a orillas del golfo Pérsico.

La reacción de los militares norteamericanos ante la derrota de Vietnam fue de hosca incredulidad. El consumo extendido de drogas y unas actitudes cercanas a un claro conflicto racial en el seno de las fuerzas armadas de EEUU exacerbaron el clima sombrío reinante; para restablecer la situación, hizo falta todo lo que quedaba de los años setenta. En la década de 1980, sin embargo, varios factores contribuyeron a un renacimiento del poder militar norteamericano. Una vez desaparecidas las magulladuras, una gran parte del cuerpo de oficiales examinó las lecciones de la guerra perdida, mientras que la publicación de una espléndida traducción del tratado de Clausewitz *Sobre la guerra* propició una actitud seria de autoexamen. Además, una mejora masiva de las fuerzas militares de EEUU impulsada por el presidente Ronald Reagan a partir de 1981 introdujo una revolución tecnológica en la práctica de la guerra. Finalmente, una pequeña operación contra un movimiento radical en la isla caribeña de Granada puso al descubierto algunos importantes puntos débiles de las fuerzas militares norteamericanas, en particular en el ámbito de la cooperación entre diversas armas.

La mejora introducida por Reagan tenía por objeto preparar a las fuerzas norteamericanas para hacer frente a los soviéticos tanto en el campo de batalla convencional como en el nuclear. Esta guerra no estalló nunca, y el derrumbamiento de la Unión Soviética a partir de 1989 puso en marcha unas medidas de recortes militares; pero apenas se habían puesto en marcha estas nuevas medidas, cuando las fuerzas militares hallaron un empleo en el golfo Pérsico. Tras el hundimiento soviético, otros Estados dieron muestra de unas ambiciones inmensas y creyeron que el final de la guerra fría traía consigo oportunidades favorables.

Sadam Husein inició su ascenso al poder en Irak como activista del Baaz, un partido de derechas. Sadam sobrevivió al sanguinario mundo de la política iraquí para convertirse en el feroz dictador de una nación desgarrada por la inseguridad. Cuando Irán se sumió en una aparente anarquía tras la toma del poder por ideólogos religiosos en 1979, Sadam Husein invadió a su vecino para aprovecharse de la situación. Sin embargo, sometidas a unos violentos contraataques iraníes, las fuerzas militares de Irak retrocedieron hasta su territorio. A continuación se desencadenó una guerra feroz y aparentemente interminable, en la que dos tiranías implacables, una de ellas reforzada por la ideología baazista y la otra por el fundamentalismo islámico, pretendieron destrozar a su adversario. Los iraquíes compraron grandes cantidades de armamento y tecnología soviéticos y occidentales; los iraníes contaban con el entusiasmo religioso y enviaron a decenas de miles de jóvenes a limpiar con sus pies campos minados. En 1988, una serie de ataques iraquíes cuidadosamente planificados acabó aplastando a los iraníes,


Roma
ITALIA
Mar Mediterráneo
Ankara
URSS
Mar Caspio
URSS
GRECIA
TURQUÍA
Atenas
Argel
Túnez
CHIPRE
Hama
Aleppo
SIRIA
kurdos
Eufrates
Teherán
TÚNEZ
Trípoli
Beirut
LÍBANO
Damasco
IRAK
ISRAEL
OLP
Bagdad
IRÁN
invadido y anexionado por Irak, agosto de 1990
ARGELIA
Ammán
Jerusalén
JORDANIA
chiitas
AFGANISTÁN
30°
El Cairo
Kuwait
LIBIA
KUWAIT
Golfo Pérsico
10°
20°
BAREIN
QATAR
Abu Dhabi
Riad
Doha
Medina
EAU
EGIPTO
Nilo
Mar Rojo
Muscat
ARABIA SAUDITA
Meca
OMÁN
20°
SUDÁN
Saná
YEMEN
Mar de Arabia
Aden
ETIOPÍA
YIBUTI
SOMALIA
40°
50°
60°
Estados que apoyaban a Irak
miembros de la Coalición antiiraquí de la ONU
miembros del Consejo de Cooperación con el Golfo
alcance máximo de los misiles iraquíes SCUD
instalaciones nucleares iraquíes
fábricas iraquíes de armas químicas
fábrica iraquí de armas biológicas
fábrica iraquí de misiles
zonas de levantamiento contra Sadam en la posguerra
límite septentrional de la zona de exclusión aérea impuesta a Irak por la ONU, diciembre de 1992
límite meridional de la zona de exclusión militar impuesta a Irak por la ONU, abril de 1991
Otros miembros de la coalición de la ONU
Argentina
Australia
Bangladehs
Bélgica
Canadá
Checoslova.
Dinamarca
Francia
Alemania
Hungría
Holanda
Nueva Zelanda
Nigeria
Noruega
Polonia
Rumanía
Senegal
España
Reino Unido
EEUU

pero, a pesar de las adquisiciones de productos de tecnología soviética y occidental, el éxito de Irak fue más bien un reflejo de las debilidades de su adversario que de su propia competencia militar.

Para Sadam Husein, la «victoria» sobre Irán ofrecía la posibilidad de ejercer el control económico y político sobre Oriente Medio. Como líder del partido Baaz, su objetivo era reparar los antiguos agravios infligidos al mundo árabe e islámico por los intrusos occidentales durante los cinco siglos anteriores. Cargado de deudas contraídas en la guerra con Irán y considerando inconcebible que EEUU recurriera a su fuerza militar, Sadam atacó al contiguo país de Kuwait, pequeño pero rico en petróleo, en el verano de 1990. Su invasión se desarrolló como un reloj, y la resistencia kuwaití se derrumbó en menos de un día. Como respuesta, Estados Unidos y sus aliados occidentales desplegaron en el Golfo una enorme cantidad de fuerzas militares. Pero todo ello impresionó escasamente a los iraquíes, quienes no creyeron hasta el final que EEUU se atreviera a golpear a los vencedores de la guerra entre Irán e Irak. Según dijo sin rodeos Sadam Husein a la embajadora norteamericana en julio de 1990, «viven ustedes en una sociedad que no puede aceptar 10.000 muertos en una sola batalla». Sobre todo, los iraquíes despreciaban la idea de que la tecnología pudiera desempeñar una función significativa en la guerra.

En realidad, la tecnología destruyó a los iraquíes. En las primeras diez horas de la guerra, una combinación de aviones Stealth, misiles de crucero, guerra electrónica y proyectiles guiados con precisión hizo pedazos en enero de 1991 el complicado sistema de defensa aérea iraquí. Durante las semanas siguientes, una ofensiva aérea golpeó la infraestructura militar de Irak, destrozó las fuerzas terrestres del país e infligió unos daños mínimos a las poblaciones civiles. Entre los comandantes de la coalición se suscitaron considerables disputas acerca del daño causado por aquellos ataques aéreos, pero, al final, las medidas cuantificables no resultaron significativas: cuando las fuerzas terrestres de los aliados penetraron en Irak, el enemigo se rindió tras oponer una resistencia mínima, pues los ataques aéreos habían hecho pedazos su moral.

Mapa 20. La Guerra del Golfo, 1990-1991. En 1990, en un intento por conseguir nuevos recursos con los cuales poder liquidar las deudas contraídas en su guerra de ocho años contra Irán, el presidente iraquí Sadam Husein invadió a otro vecino, Kuwait, y se lo anexionó. Las Naciones Unidas presionaron a Sadam para que se retirara, y al negarse éste, el presidente de Estados Unidos, George Bush, reunió una amplia coalición de Estados, cuyas tropas liberaron Kuwait en 1991. La invasión, sin embargo, se detuvo en la frontera con Irak, por lo que Sadam Husein pudo sobrevivir en el poder, aunque las sanciones económicas de los vencedores, las «zonas de exclusión aérea» militar y los «inspectores de armas» le impidieron llevar adelante sus programas de preguerra para el desarrollo de misiles y armas nucleares, químicas y biológicas.

Algunos planificadores de las fuerzas aéreas sostuvieron que no era necesario realizar una campaña terrestre, pero no tenían en cuenta la necesidad política de que las fuerzas de tierra de los aliados derrotaran a los iraquíes e impidieran a Sadam poder afirmar que su ejército se había mantenido imbatido e intacto en el campo de batalla. No obstante, según observó después de la guerra un general retirado de la infantería de marina norteamericana: «Fue la primera vez en la historia que una campaña terrestre actuaba apoyando una campaña aérea». Para muchos analistas, la guerra demostró, sencillamente, una vez más la superioridad tecnológica de la fuerza militar occidental sobre la de las naciones del Tercer Mundo. Sin embargo, la superioridad tecnológica sigue siendo sólo una parte de la ecuación; el curso de las hostilidades da a entender desde 1945 que otros importantes factores adicionales afectan todavía al resultado de las guerras modernas. El adiestramiento, la disciplina y la organización deben sustentar de manera especial las acciones de las fuerzas militares. Ésa ha sido la esencia de la conducción occidental de la guerra desde el tiempo de los griegos. En Irak, las fuerzas de la Coalición poseían las ventajas mencionadas. Y sus adversarios, no.

Las repercusiones de la victoria

La rapidez de la victoria de las fuerzas de la Coalición en la «Operación Tormenta del Desierto» –menos de cuatro días de combate en tierra bastaron para obligar a los iraquíes a emprender una retirada precipitada de Kuwait– sorprendió, al parecer, al gobierno norteamericano, que aún no había decidido cuándo ni cómo concluir la guerra. El 27 de febrero, el presidente Bush, sin haber consultado, por lo visto, a su comandante en el teatro de operaciones, declaró que a media noche entraría en vigor un alto el fuego –debido, según se decía, a que la guerra en tierra habría durado para entonces exactamente cien horas–. Aquella decisión resultó catastrófica por tres razones: en primer lugar, y en contra de los primeros informes, las fuerzas de la Coalición no habían sellado aún la frontera entre Kuwait e Irak, lo que permitió escapar a muchos soldados de Sadam Husein; en segundo lugar, una gran parte de las unidades de elite de la «Guardia Republicana» habían salido del atolladero y se hallaban listas y con capacidad para proteger el régimen frente a la oposición interna; y en tercer lugar, aunque Kuwait era ya libre, la guerra no había hecho nada por mejorar «la seguridad y estabilidad del golfo Pérsico» –uno de los objetivos de guerra declarados por el presidente de EEUU–. En el armisticio acordado poco después, los norteamericanos entregaron a sus derrotados adversarios otro bien inestimable: el uso ininterrumpido de sus heli-

cópteros. Así, cuando los kurdos, en el norte de Irak, y la población chiita, en el sur, se rebelaron contra Sadam Husein confiando en anteriores promesas de apoyo por parte de EEUU, Sadam los aplastó con facilidad utilizando armas químicas y biológicas, además de las convencionales, para masacrarlos por decenas de miles –a algunos ante los ojos escandalizados de los soldados norteamericanos.

Los comandantes norteamericanos tenían otras prioridades. Obsesionados todavía por el estigma de la derrota en Vietnam, se opusieron resueltamente a cualquier intervención prolongada en Irak, tanto mediante la ocupación de sus provincias meridionales como apoyando a los insurgentes. Su deseo, en cambio, era cantar victoria con la mayor rapidez y ostentación posibles (¡algunos quisieron celebrar las conversaciones de armisticio a bordo del acorazado *Missouri*, donde los japoneses se habían rendido en 1945!), y a continuación volver corriendo a casa para los desfiles triunfales. Sadam Husein permaneció, por tanto, en el poder, a pesar de que las sanciones económicas paralizaron la reconstrucción durante la posguerra (provocando la muerte de decenas de miles de civiles iraquíes por enfermedad y penuria), mientras que las inspecciones de armamento realizadas por la ONU y las patrullas de los sectores norte y sur de Irak (las llamadas «zonas de prohibición de vuelo») realizadas por aviones de la Coalición impedían cualquier recuperación militar. Aunque Sadam Husein se negaba periódicamente a admitir a los inspectores y disparaba de vez en cuando algún misil contra los aviones de la Coalición, nunca recuperó la capacidad militar que había tenido antes de la guerra. No obstante, EEUU dejó en la península Arábiga, sede de los lugares más sagrados del islam, un número considerable de unidades armadas a modo de «fuerza de reacción rápida» por si surgían nuevos problemas en el Golfo –a pesar de que su presencia continuada constituía una gran ofensa para muchos musulmanes.

La impresión de imbatibilidad de las armas norteamericanas creada por la Tormenta del Desierto se desvaneció rápidamente. A finales de 1992, unos 33.000 soldados (28.000 de ellos norteamericanos) marcharon a Somalia con un mandato de la ONU para impedir una hambruna y detener una guerra civil entre facciones rivales. De manera tal vez inevitable, acabaron inmiscuyéndose en los conflictos internos y, tras un intento chapucero de capturar a uno de los señores de la guerra locales en octubre de 1993, los milicianos de este caudillo tendieron una emboscada y asesinaron a 18 soldados norteamericanos, hirieron a 78 y capturaron a uno. También derribaron dos helicópteros Blackhawk. En ese momento, la pulla lanzada por Sadam Husein –«viven ustedes en una sociedad que no puede aceptar 10.000 muertos en una sola batalla» (página 393)– resultó ser una exageración: la opinión pública de Estados Unidos consideró intolerables incluso dieciocho muer-

tes y exigió la retirada inmediata. A comienzos de 1994, el nuevo presidente de EEUU, Bill Clinton, actuando exactamente de la misma manera que el presidente Reagan tras el asesinato de casi 200 pacificadores en Líbano diez años antes, hizo volver a todas las fuerzas restantes estadounidenses. Aunque el incidente del «derribo del Blackhawk» se convirtió en el elemento central de un libro, una película y un juego de ordenador populares, todos los norteamericanos vivirían lamentando la posterior muestra de debilidad.

Y también muchas otras personas. El presidente Clinton, temeroso de que la opinión pública no tolerara ya más bajas norteamericanas en operaciones humanitarias, se negó a intervenir en 1994, cuando bandas de milicianos, soldados y policías de la población hutu, mayoritaria en Ruanda, masacró en cuestión de semanas a entre 500.000 y 800.000 miembros de la minoría tutsi y obligó a huir a otros dos millones. Aquel mismo año, Clinton hizo también todo lo posible por evitar enviar soldados para poner fin a los excesos de un régimen asesino en Haití (y, luego, retiró tan pronto como pudo las fuerzas de EEUU) y se negó a enviar una fuerza de pacificación para detener el genocidio primero en Bosnia y, a continuación, en Kosovo, principalmente para evitar poner en peligro a soldados norteamericanos (página 398).

Las guerras de Chechenia

Es muy difícil que la intervención humanitaria en estos conflictos salvajes hubiera supuesto algún riesgo para la seguridad de Estados Unidos, pues, en 1991, la Unión Soviética –que había sido anteriormente el único rival posible en la escena mundial– se había desintegrado en una Comunidad de Estados Independientes de los que sólo el más extenso (la Federación Rusa) seguía recibiendo órdenes de Moscú. A raíz de la descomposición de la Unión Soviética surgieron varios conflictos militares, sobre todo en el Cáucaso y los Balcanes.

Casi de inmediato se produjeron disputas entre Moscú y el «Extranjero próximo» (según la expresión con que Moscú designaba el círculo de Estados incluidos antiguamente en la Unión). La mayoría de ellas, incluidas las referentes al control de la flota del mar Negro y a los emplazamiento nucleares sobre suelo no ruso, se resolvieron pacíficamente (aunque Ucrania, Bielorrusia y Kazajistán se convirtieron en ese momento en potencias atómicas); pero unas pocas desembocaron en guerras, en especial allí donde los separatistas consiguieron explotar las pasiones étnicas y religiosas. El peor conflicto se produjo en Chechenia, región de la Federación Rusa en las montañas del Cáucaso. El millón de chechenos, la mayoría musulmanes, organizados en «clanes», se ufanaba de una larga tradición de autonomía y rebeliones desde su incorpora-

ción a Rusia en el siglo XIX y se negó a reconocer la autoridad de Moscú. Sus líderes declararon, en cambio, la independencia y comenzaron a perseguir a la minoría rusa, la mayoría de cuyos miembros vivía en la capital, Grozny (que significa «La Terrible» y había sido una fortaleza construida por los primeros invasores rusos), o en su entorno. Muchos huyeron. Luego, en 1993, estalló la guerra civil entre los distintos grupos musulmanes de Chechenia, lo que indujo a Moscú a enviar tropas para salvaguardar el orden (y mantener también el control de los fundamentales oleoductos que atravesaban la región). Aunque los blindados rusos lograron tomar las ciudades, resultaron, sin embargo, incapaces de derrotar a los chechenos en las montañas.

La guerra de Chechenia estuvo acompañada de una brutalidad generalizada y causó unas 70.000 bajas, incluidas algunas matanzas de adversarios capturados por soldados rusos. Esto sirvió para unir a todos los chechenos contra los invasores, hasta que, en 1996, reforzados por combatientes musulmanes extranjeros, los rebeldes lanzaron una contraofensiva y recuperaron Grozny. En agosto de 1996, el comandante ruso de la zona, que no deseaba destruir la ciudad para volver a tomarla, negoció un alto el fuego y retiró sus tropas: Chechenia fue de nuevo independiente en todo menos en el nombre. Durante la breve paz posterior, extremistas chechenos realizaron atentados terroristas en Moscú y apoyaron las actividades de grupos musulmanes en otras partes de la Federación para liberarse del control moscovita, hasta que, en 1999, el presidente ruso Borís Yeltsin envió a 100.000 soldados para restablecer el control. Al despliegue le siguió un nuevo baño de sangre en el que Grozny y otras ciudades quedaron prácticamente destruidas, mientras los chechenos seguían dominando con firmeza en las montañas. Además, militantes chechenos continuaron perpetrando numerosas acciones terroristas, entre ellas el asesinato en 2004 del presidente nombrado por Rusia, el derribo de dos aviones comerciales rusos, numerosos atentados suicidas con bomba por toda la Federación y la toma de una escuela llena de alumnos, padres y maestros. En este caso, la incompetencia tanto de los terroristas como de las fuerzas rusas que rodeaban la escuela tuvo como resultado la muerte de más de 300 rehenes (la mitad de ellos niños), a los que se sumaron más de 500 heridos.

Las guerras de los Balcanes

El hundimiento de la URSS hizo que en Yugoslavia, una federación de seis repúblicas (Serbia, Croacia, Macedonia, Bosnia-Herzegovina, Eslovenia y Montenegro) que había mantenido unidas un régimen comunista autoritario, rebrotaran profundas divisiones étnicas. Tras la muerte del fundador de la federación en 1980 surgieron divisiones in-

ternas, y la economía, agobiada por deudas internacionales, inflación y un paro creciente, decayó. Las elecciones multipartidistas celebradas en 1990 en algunas repúblicas constituyentes pusieron en primer plano a personalidades nacionalistas en Eslovenia y Croacia, preparando así el terreno para su declaración simultánea de independencia en junio de 1991. El gobierno central yugoslavo, dominado por el líder serbio Slobodan Milosevic, se lanzó al ataque; pero en enero de 1992, después de mucho derramamiento de sangre y una gran destrucción, las fuerzas de paz de la ONU y los diplomáticos norteamericanos le obligaron a reconocer la secesión de ambos Estados.

A renglón seguido estalló una guerra civil en Bosnia-Herzegovina, la república con mayor diversidad étnica de la antigua Yugoslavia. Los serbios de Bosnia deseaban continuar unidos a Belgrado, mientras que los musulmanes y croatas bosnios presionaban a favor de la independencia. A partir de abril de 1992, cada uno de los tres grupos étnicos procuró «limpiar» de todos sus adversarios las zonas sometidas a su control, y los serbios emprendieron, con el apoyo de Belgrado, una campaña especialmente feroz en la que, como práctica habitual, mataban a los hombres no serbios con quienes se topaban y violaban sistemáticamente a las mujeres de otras etnias. En el lapso de un año, las fuerzas serbias controlaban en torno al 70 por 100 de Bosnia. También bloqueaban la capital, Sarajevo, en poder del gobierno encabezado por los musulmanes; pero a pesar de la hambruna y las numerosas pérdidas, la ciudad resistió más de tres años –uno de los asedios más largos de la historia occidental.

En marzo de 1994, el presidente Clinton convenció a los bosnios musulmanes y croatas para que formaran una federación, pero los serbobosnios rechazaron cualquier compromiso. Las tropas de las Naciones Unidas mantuvieron en Bosnia sudoriental cinco «zonas seguras» para refugiados musulmanes (véase mapa), pero tenían órdenes de actuar con neutralidad; los soldados de la ONU podían emplear la fuerza para proteger entregas de ayuda, pero no para defender a aquellos a quienes iba destinada dicha ayuda. En 1955, unidades de policía y milicianos serbobosnios a las órdenes de Ratko Mladic decidieron aprovechar la situación y cercaron las zonas de seguridad de la ONU, incluida Srebrenica, una ciudad próxima a la frontera con Serbia protegida únicamente por 200 soldados holandeses equipados con armas ligeras. El 6 de julio, las fuerzas de Mladic comenzaron a bombardear la ciudad con su artillería, y tres días después mataron a un holandés de las fuerzas de pacificación y tomaron a otros catorce más como rehenes. Para entonces, las instalaciones de la ONU, cercadas con alambre de espino, albergaban a unos 5.000 refugiados, más otros 20.000 reunidos en el exterior. El 11 de julio, el comandante holandés, Ton Karremans, solicitó a la OTAN un ataque aéreo sobre las posiciones serbobosnias, pero Mladic amenazó con asesinar a los rehenes

Mapa 21. La guerra civil yugoslava, 1991-1995. Cuando la Federación Yugoslava comenzó a desintegrarse, Eslovenia y Croacia realizaron en 1991, de forma simultánea, una declaración de independencia, lo que provocó una despiadada guerra de siete meses, al intervenir las fuerzas de Serbia para proteger, supuestamente, a la minoría étnica serbia en Croacia. En Bosnia-Herzegovina, donde musulmanes y croatas bosnios exigían la independencia a pesar de una enconada oposición de los serbobosnios, estalló otra salvaje guerra civil. Cada grupo étnico procuró «limpiar» de todos sus adversarios las zonas bajo su control y los serbios sitiaron durante tres años la capital, Sarajevo, en poder del gobierno encabezado por los musulmanes. En 1995, una ofensiva serbia renovada motivó la intervención de la OTAN, lo que condujo a una paz incómoda (los Acuerdos de Dayton), que dejó a Bosnia dividida entre tres grupos étnicos y completamente devastada por los cuatro años de guerra.

holandeses en cuanto comenzaran a caer las bombas. Karremans se vino abajo, y Mladic introdujo a sus hombres en Srbrenica al final de aquel mismo día, insistiendo en que todos los musulmanes debían entregar las armas si deseaban que se les garantizara la seguridad.

Algunos musulmanes bosnios, previendo las consecuencias, huyeron a las montañas, donde los serbios comenzaron a cañonearlos y, fi-

nalmente, les dieron caza. Entretanto, Mladic supervisó la separación de los demás hombres en edad militar, a quienes hizo prisioneros, del resto de las personas, a las que permitió marchar a salvo. A continuación, ofreció liberar a los rehenes holandeses y permitir la retirada de las fuerzas de pacificación, una vez entregados sus armas, provisiones y suministros médicos. Para salvar a sus soldados, Karremans aceptó las condiciones y abandonó a todos los musulmanes que se hallaban todavía en su cuartel general, a quienes los hombres de Mladic no tardaron en asesinar, junto con todos los demás que pudieron encontrar, sepultando sus cuerpos en fosas comunes antes de proseguir su avance sobre el resto de las «zonas de seguridad». En Srebrenica perecieron más de 8.000 musulmanes bosnios –unos por disparos de armas cortas y granadas, y otros, durante su huida, a causa del hambre, el calor y las heridas–. Fue la mayor atrocidad militar cometida en Europa desde el final de la Segunda Guerra Mundial, cincuenta años antes.

Las fosas superficiales aparecieron en imágenes tomadas por satélite dadas a conocer por el gobierno de Clinton al mes siguiente, y periodistas de EEUU no tardaron en poner al descubierto las pruebas de las masacres. Los aviones de guerra de la OTAN iniciaron tardíamente una campaña de bombardeo que obligó a los serbios a retirarse, mientras fuerzas de tierra croatas aprovechaban la oportunidad para invadir y conquistar territorio. En noviembre, abandonados por Milosevic, los serbobosnios se plegaron a la presión, respaldada por los norteamericanos, y aceptaron un acuerdo que condujo a la creación de dos frágiles miniestados: una república serbia y una federación musulmanocroata, cada una de ellas con una economía destrozada. Un «Alto Representante» de la ONU supervisó el proceso de paz en Sarajevo. La Guerra de Bosnia, de tres años de duración, se había cobrado 250.000 vidas (20.000 personas más siguen desaparecidas, probablemente muertas), mientras que en agosto de 1995 se habían registrado como refugiados de la antigua Yugoslavia más de dos millones de personas, la mitad de ellas, aproximadamente, procedentes de Bosnia.

En 2002, las Naciones Unidas dieron a conocer casi simultáneamente un presupuesto de recuperación de 12,5 millones de dólares para mejorar las viviendas, la infraestructura y la economía local de Srebrenica, y el Instituto Holandés para la Documentación de la Guerra publicó un informe detallado que culpaba a la ONU y al gobierno de Holanda de no haber impedido la masacre. El gobierno holandés dimitió en pleno, dando un ejemplo de humildad sin precedentes entre los políticos. Mientras, los holandeses acogieron un Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia (TPIY), creado en 1993 por una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU. Hasta finales de 2007, el Tribunal ha encausado a más de 160 personas por crímenes de guerra, de las cuales ha juzgado a más de 100, entre ellas al

dirigente serbio Slobodan Milosevic, primer ex jefe de Estado sometido a juicio ante una corte internacional por actos en el desempeño de su cargo. Milosevic, al igual que la mayoría de los serbios, negó clamorosamente que se hubiesen producido atrocidades en Bosnia (o, incluso, en cualquier otro lugar) durante las guerras desencadenadas por él en Yugoslavia; pero las desgarradoras declaraciones de más de 5.000 testigos, la exhumación de los cadáveres de muchas víctimas y la publicación de fotografías y filmaciones que mostraban su muerte por asesinato hicieron que ese punto de vista resultara insostenible. En junio de 2004, las autoridades serbobosnias admitieron por fin que sus fuerzas de seguridad habían perpetrado de hecho la masacre de Srebrenica, y al año siguiente –una década después de los asesinatos masivos– confirmaron que unidades de la policía de la propia Serbia habían tomado también parte en ella.

Milosevic hubo de hacer frente a otros cargos motivados por una guerra distinta. En 1990 había puesto fin a la semiautonomía disfrutada en el seno de Serbia por Kosovo, una provincia fundamental para la identidad nacional serbia, habitada mayoritariamente por musulmanes, y, tras seis años de una resistencia pasiva, en general, un grupo de militantes musulmanes formó el Ejército de Liberación de Kosovo (el UÇK, según sus siglas en albanés), consagrado a obtener la independencia. En 1998, en respuesta a los ataques del UÇK contra los serbios de la región, Milosevic aprobó un conjunto de represalias que obligaron a huir a cientos de miles de musulmanes, proceso denominado ufanamente por él con la expresión de «limpieza étnica». La amenaza de una intervención armada de la OTAN condujo a la celebración de negociaciones de paz a lo largo del invierno de 1998-1999; pero aunque los dirigentes kosovares se declararon dispuestos a aceptar la autonomía dentro de Serbia como un compromiso temporal, junto con un posterior referéndum de independencia, Milosevic rechazó el trato y ordenó reanudar la limpieza étnica.

Los aviones de la OTAN realizaron unas 10.000 salidas en la primavera de 1999 y lanzaron ataques contra las principales ciudades y unidades serbias situadas en Kosovo, con la esperanza de obligar a Belgrado a aceptar el acuerdo de paz. La misión fracasó. A pesar, incluso, de que sus bombas provocaron enormes daños materiales, como los aviones de la OTAN volaban a 2.500 o más metros de altitud para evitar los disparos desde tierra, la habilidosa utilización de métodos de camuflaje permitió a las fuerzas serbias conservar intacta la mayor parte de su armamento. Siempre que la noche o el mal tiempo obligaban a los aviones de la OTAN a permanecer en tierra, las unidades serbias destacadas en Kosovo seguían matando, violando, saqueando e incendiando impunemente. Cuando Milosevic admitió, por fin, la derrota (más por presiones diplomáticas de los rusos que por las once semanas de bombardeos de la OTAN), el número de musulmanes huidos de Ko-

sovo era de unos 600.000, y se había asesinado a miles de hombres y violado a miles de mujeres. Las fuerzas serbias no se marcharon y el UÇK no depuso sus armas hasta que, en junio de 1999, entraron en la provincia 40.000 soldados de la OTAN (KFOR). Aunque las cuatro guerras de Milosevic se habían emprendido con el pretexto de proteger la patria serbia, dejaron en ruinas una gran parte de Yugoslavia. La reconstrucción no comenzó hasta que la oposición serbia expulsó a Milosevic de su cargo el año 2000 y lo envió a La Haya para ser juzgado por crímenes de guerra ante el TPIY.

Otras víctimas de la guerra

Las atrocidades de la guerra de los Balcanes no fueron las únicas. Los escalofriantes sucesos de Srebrenica, Kosovo y demás lugares de la antigua Yugoslavia tuvieron sus paralelos en otras guerras civiles libradas a finales del siglo XX y comienzos del XXI: en Asia, en Sri Lanka y algunas partes de Indonesia; y en África, en Argelia, Angola, Eritrea, Etiopía, Liberia, Ruanda, Sierra Leona, Somalia, Sudán y Zaire (conocida también como República Democrática del Congo). Cada uno de esos conflictos provocó una inmensa destrucción humana y material. Así, en los diez años de la guerra de Zaire (1996-2006), el conflicto interestatal más grave de la historia del África moderna, intervinieron tropas de nueve Estados, y las acciones afectaron directamente a las vidas de 50 millones de congoleños: los muertos llegaron casi a los 4 millones (la mayoría, por hambre y enfermedades provocadas por la guerra, más que por los propios combates); varios millones más huyeron de sus hogares para convertirse en refugiados en su propia nación o en países vecinos. Pero, incluso después de concluir las matanzas, todos los países sufrieron trastornos económicos, exacerbados por una tasa de natalidad muy elevada que incrementó con el tiempo el número de jóvenes para los cuales la integración en un grupo de milicianos constituía a menudo la única posibilidad de supervivencia –al menos a corto plazo.

En muchos países musulmanes de Asia central y occidental, el elevado índice de nacimientos generó muchos más jóvenes que los que podían absorber las economías locales. En Afganistán y Pakistán, en particular, muchos varones de edad juvenil hallaron sustento material y espiritual en escuelas religiosas *(madrasas)*, donde se imbuían de una ideología radical que demonizaba a Occidente y a su principal aliado en Oriente Medio, el Estado de Israel. La ocupación ininterrumpida por parte de los israelíes de zonas conquistadas a sus vecinos árabes en 1967 (página 389) y la proliferación de asentamientos judíos en ellas provocaron un rencor apasionado entre muchos musulmanes y una campaña de desobediencia civil (llamada *Intifada*, de una palabra ára-

be que significa «convulsión») entre los árabes palestinos a partir de 1987. Cientos de personas perdieron la vida en un ciclo de matanzas y represalias. A mediados de los años noventa, la paz pareció posible durante un tiempo, cuando, sometidos a una intensa presión por parte del presidente Clinton, los dirigentes palestinos e israelíes acordaron la creación de un autogobierno transitorio para Cisjordania y la Franja de Gaza; pero los palestinos rechazaron un plan ulterior para crear en la región dos Estados independientes.

El año 2000 comenzó una segunda Intifada, y los atentados suicidas palestinos con bombas y los lanzamientos de misiles israelíes causaron pérdidas significativas de vidas y propiedades y una invasión de los territorios controlados por la Autoridad Palestina, invasión lanzada por las fuerzas terrestres israelíes en busca de militantes. El ciclo de violencia reforzó a estos últimos, y, en 2006, unas elecciones democráticas tuvieron como resultado una mayoría de escaños para Hamás (acrónimo de Harakat alMuqawama alIslamiyya, Movimiento de Resistencia Islámico, pero que en árabe significa también «fervor»), organización entre cuyos objetivos políticos declarados se incluían destruir a Israel e izar «el estandarte de Alá sobre cada centímetro de Palestina». Israel y sus aliados occidentales congelaron en ese momento los activos e ingresos pertenecientes a la Autoridad Palestina, lo que provocó caos político, penuria económica y una desesperación creciente. Los choques armados entre israelíes y palestinos fueron en aumento.

Israel se enfrentó también a un importante problema de seguridad en su frontera septentrional. En 1982, en respuesta a los ataques lanzados contra sus territorios por exiliados palestinos instalados en el Líbano, las fuerzas israelíes invadieron y ocuparon el sur del país. La ocupación estimuló la formación de nuevos grupos militantes musulmanes, entre ellos Hezbolá (en árabe, «Partido de Dios»), y el año 2000, debido en parte al éxito de las tácticas de guerrilla de este grupo, Israel retiró sus fuerzas del sur del Líbano. Tampoco esto consiguió traer la paz, y los ataques de Hezbolá con cohetes e incursiones continuaron hasta que, en julio de 2006, Israel contraatacó por tierra, mar y aire. Una campaña de un mes de duración provocó grandes trastornos y devastación en Líbano, pero Hezbolá siguió atacando objetivos en el interior del territorio israelí, hasta que un alto el fuego impuesto por las Naciones Unidas puso fin a los combates. La capacidad de Hezbolá para adquirir y desplegar misiles complejos de fabricación rusa e iraní unida a la imposibilidad de las fuerzas de tierra israelíes para imponerse, hizo comprender que la paz no duraría mucho. No obstante, el hecho de que Israel pudiera introducirse en Siria (que apoyaba abiertamente a Hezbolá) e inutilizar todos su sistema defensivo mientras sus reactores destruían una supuesta instalación nuclear en septiembre de 2007 demostró que seguía teniendo ventaja en la guerra convencional.

Aunque las hostilidades continuaron entre Israel y algunos de sus vecinos, en los años noventa concluyeron varios conflictos de larga duración en otras partes del mundo. En América Latina, las guerras civiles de Nicaragua, El Salvador y Guatemala cesaron mediante negociaciones, mientras que, en Perú, la captura del dirigente del movimiento maoísta «Sendero Luminoso» dio fin a una importante insurrección. En Irlanda del Norte, donde las tropas británicas habían luchado en vano desde 1969 para poner término a la violencia armada entre militantes protestantes y católicos, la mediación de EEUU ayudó a concertar en 1988 el «Acuerdo de Viernes Santo», con el que acabaron en gran parte las matanzas. Cuando el progreso hacia la paz llegó más tarde a un punto muerto, la decisión de EEUU de congelar los activos de todas las organizaciones sospechosas de ayudar al terrorismo (página 410) privó a los católicos norirlandeses de un apoyo esencial, y en mayo de 2007 sus líderes ocuparon cargos de gobierno, junto con sus antiguos rivales, en una administración de «poder compartido». Dos meses después lograron uno de sus objetivos principales: el ejército británico se retiró del Ulster tras el despliegue ininterrumpido más largo de su historia, con una duración de treinta años.

Lecciones no aprendidas

Estas «guerras sucias» de los años noventa revelaron varios puntos débiles significativos en la práctica occidental de la guerra. En primer lugar, la impotencia de la OTAN para detener la «limpieza étnica» en Kosovo mostró importantes limitaciones en la eficacia de los bombardeos aéreos. Un informe británico sobre la incapacidad para poner fin a la insurgencia en Irak llegaba a la siguiente conclusión ya en 1922: «Los aeroplanos no pueden por sí solos obligar a rendirse a las tribus hostiles o derrotarlas». La experiencia, primero de Francia y luego de Estados Unidos, en Vietnam confirmó plenamente ese veredicto; y en la propia Guerra del Golfo, la presencia de las «botas sobre el terreno» resultó esencial para expulsar a las fuerzas iraquíes de Kuwait. Los ataques aéreos, sea cual sea la «precisión quirúrgica» lograda y tanto si son realizados por aparatos de alas fijas como por helicópteros, no pueden eliminar enteramente por sí solos a unos adversarios imaginativos y resueltos. La campaña de Kosovo confirmó también un segundo legado. Como es comprensible, el presidente Clinton se mostró sumamente reticente a poner en peligro a soldados norteamericanos en los Balcanes, pues los serbios no representaban una amenaza clara e inmediata para la seguridad de EEUU. Lo que no se entiende tanto es que hiciera publicidad de su reticencia declarando públicamente que no asignaría tropas de tierra a Kosovo –permitiendo así a Milosevic saber que podía poner impune-

mente en práctica sus planes asesinos–. Por tanto, aunque la estrategia de Clinton garantizaba que ni un solo norteamericano moriría en la campaña de Kosovo, reforzó también la sensación producida en Somalia de que EEUU no estaba ya dispuesto a enviar sus tropas a una guerra terrestre.

La segunda innovación en los conflictos de los años noventa se dio en los reportajes de guerra. Sadam Husein había permitido a periodistas occidentales permanecer en Bagdad durante la Guerra del Golfo y enviar informaciones en directo (aunque sujetas a censura), lo que permitía a sus asombrados públicos ver las películas obtenidas por equipos de cámaras que filmaban aviones de la Coalición al despegar de sus bases y, a continuación, secuencias tomadas por sus colegas cuando esos mismos aviones evitaban el fuego antiaéreo iraquí y dejaban caer sus bombas sobre la capital. Cuatro años después, aunque Borís Yeltsin prohibió la entrada de periodistas extranjeros en la zona de guerra de Chechenia, permitió a reporteros rusos «incrustarse» entre sus tropas y emitir filmaciones y comentarios, incluso cuando la invasión quedó empantanada. Además, la difusión de internet dio a los chechenos la posibilidad de transmitir al mundo imágenes que presentaban la crueldad de los invasores y la vacuidad de las reiteradas afirmaciones de «victoria inminente» lanzadas por Moscú. Así lo hicieron también cuando, en 1999, las fuerzas rusas volvieron a llevar a cabo su segunda invasión; e igualmente los partidarios de Slobodan Milosevic, quien organizó conciertos de *rock* durante los bombardeos aéreos de la OTAN para demostrar tanto su desprecio hacia el enemigo como la imprecisión del bombardeo. Milosevic no podía controlar, sin embargo, a los periodistas extranjeros. Así, por ejemplo, dos días después de que las imágenes por satélite revelaran la existencia de posibles fosas comunes en torno a Srebrenica en 1996, David Rohde, del *Christian Science Monitor*, contrató a un traductor y un chófer y, actuando casi a solas, dio a conocer al mundo los campos de la muerte. Los gobiernos en guerra no pudieron seguir ocultando sus atrocidades al mundo en general –al menos en zonas por las que ese mundo mostraba alguna preocupación.

Finalmente, tanto las operaciones de Chechenia como la de Somalia demostraron lo extremadamente difícil que es aplastar con medios convencionales a guerrilleros muy motivados que combaten en zonas –especialmente si son urbanas– que conocen mucho mejor que las tropas invasoras. Esta guerra asimétrica resultaba desventajosa para los invasores por dos razones. Por un lado, el elevado grado de adiestramiento y el armamento de «alta tecnología» característicos de la guerra moderna hacen relativamente difícil convertir para uso militar recursos humanos y económicos de utilización civil; pero esto no es así en el caso de unos militantes capaces de emplear armamento de «baja tecnología» contra la infraestructura o contra posiciones aisladas de

los invasores. Por otro lado, cuanto más dure la resistencia, más oportunidades tendrán los resistentes de recibir refuerzos. Así, los muyahidines («luchadores», en árabe) acudieron de todo el mundo a Afganistán, Chechenia y Somalia. Los miembros de una pequeña organización de fundamentalistas musulmanes conocida como Al Qaeda («La base»), que comenzaron a operar en Sudán y estaban dirigidos por el carismático líder saudí Osama bin Laden, tuvieron un papel destacado entre esos muyahidines. A comienzos de 1992, Bin Laden publicó una *fatua* (edicto religioso) en la cual convocaba a todos los musulmanes a emprender una guerra santa contra los soldados occidentales que habían «ocupado» tierras islámicas (en especial, Arabia). Somalia fue su primer campo de pruebas y Bin Laden dio continuidad al éxito de los muyahidines en aquel país apoyando campañas similares en Chechenia, Bosnia y otros lugares. No obstante, hizo hincapié desde el primer momento en que para poder ganar la batalla no había que limitarse a cortar «la cabeza de la serpiente» –en alusión a los Estados Unidos de América–; así pues, observó con interés el intento fallido, realizado en 1993 por una célula islamista, de derribar las torres gemelas del World Trade Center de Nueva York haciendo estallar un camión lleno de explosivos. Aquel fracaso no sólo puso al descubierto la reacción despreocupada, complaciente y confusa de Estados Unidos tras sufrir un ataque directo, sino que incitó también a los dirigentes de Al Qaeda a dedicar una atención más intensa a las debilidades estructurales del mencionado Centro.

Atentado contra Estados Unidos

Al principio, Bin Laden buscó «objetivos fáciles», como unas instalaciones militares conjuntas de instrucción de Arabia Saudí y EEUU, donde los activistas de Al Qaeda hicieron estallar en 1995 un coche bomba que mató a cinco norteamericanos; pero también pensaba en estrategias de mayor alcance. Dos años después, sus agentes compraron un cilindro que contenía, según creían, uranio de uso armamentista, pues, tal como explicaba amablemente uno de ellos, «es fácil matar a más gente utilizando uranio». Para entonces, las demandas internacionales para que Sudán entregara a Bin Laden le habían llevado a huir a Afganistán. Cuando llegó allí, los distintos grupos de combatientes se disputaban el control del país, pero en 1996 Kabul, la capital, cayó en poder de los talibanes (extremistas musulmanes sunitas, árabes en su mayoría, y no afganos), que acogieron encantados a Bin Laden, les concedieron a él y a sus asociados libertad de movimiento y les permitieron instalarse y dirigir campamentos donde entre 10.000 y 20.000 reclutas devotos musulmanes de todo el mundo aprenderían cómo atentar contra intereses occidentales.

Sin embargo, sólo un número relativamente bajo de reclutas fueron considerados «dignos» de convertirse en miembros plenos de Al Qaeda, pues si en Sudán Bin Laden se había limitado a proporcionar entrenamiento, armas y fondos que permitieran a otros grupos llevar a cabo los atentados de hecho, en ese momento trazó planes para golpear él mismo «la cabeza de la serpiente». En febrero de 1998 dictó otra *fatua* en la cual afirmaba que Estados Unidos había declarado la guerra a Dios y su Profeta, y hacía constar que asesinar a norteamericanos era ahora «un deber personal de todo musulmán, que podrá llevar a cabo en cualquier país donde le sea posible hacerlo». Poco después, en una entrevista para la televisión norteamericana, volvió a insistir en que «es mucho mejor para cualquiera matar a un solo soldado norteamericano que derrochar esfuerzos en otra actividad», aunque añadió de inmediato: «No hacemos diferencias entre militares o civiles. Por lo que a nosotros respecta, todos constituyen un blanco». El siguiente agosto, terroristas suicidas de Al Qaeda condujeron dos camiones llenos de explosivos hasta el interior de las embajadas de EEUU en Nairobi (Kenia) y Dar es Salaam (Tanzania), los hicieron estallar y mataron a 12 norteamericanos y a otras 200 personas, además de herir a varios miles (casi todos ellos africanos). Bin Laden se atribuyó de inmediato la responsabilidad y, luego, temiendo la venganza norteamericana, buscó refugio en la zona rural de Afganistán. Dos semanas después, misiles de crucero Tomahawk disparados desde barcos de guerra alcanzaron una fábrica sudanesa que producía, supuestamente, gas nervioso para Al Qaeda y varios de sus campamentos de instrucción de Afganistán. Los misiles causaron grandes daños y mataron a entre 20 y 30 personas, pero Bin Laden no fue una de ellas.

En 1999, Al Qaeda planeó otra operación pensada para matar norteamericanos y convencerles así de que se retiraran del sagrado suelo de Arabia. Al principio se pensó en atacar un petrolero mediante una barca cargada de explosivos, pero Bin Laden cambió el objetivo por un buque de guerra de EEUU. En enero de 2000, un equipo suicida intento hundir uno en el puerto de Adén, pero su barca se fue a pique mientras navegaba; ocho meses más tarde, otro equipo consiguió dañar –aunque no hundir– el barco de EEUU *Cole* mientras se hallaba anclado en dicho puerto, mató a 17 marineros norteamericanos e hirió a otros 40. Bin Laden se escondió una vez más para evitar el previsto golpe de venganza, pero en este caso no se produjo ninguno.

Dos factores explican la falta de respuesta clara por parte de EEUU. En primer lugar, tres semanas después del atentado contra el *Cole*, Estados Unidos celebró unas elecciones presidenciales que concluyeron en un resultado discutido. Durante más de un mes, la nación centró su atención en si George W. Bush sería o no el sucesor de Bill Clinton en la presidencia, lo que hizo prácticamente imposible coordinar otro ata-

que con misiles contra Afganistán. En segundo lugar, aunque se hubiera pensado en lanzar un ataque, los servicios de espionaje de EEUU y las autoridades militares temían que la acción directa –en especial en ausencia de pruebas inmediatas de una implicación de Bin Laden– pudiera provocar una reacción islámica. Todos en Washington recordaban el veredicto de la revista londinense *The Economist* cuando dijo tras los ataques de 1998 que sólo el tiempo diría si los misiles «habían generado 10.000 nuevos fanáticos donde probablemente no había ninguno». También recordaban el escándalo organizado en todo el mundo al año siguiente, cuando una bomba de la OTAN cayó, al parecer por error, sobre la embajada china en Belgrado. Sin embargo, a pesar, incluso, de que Estados Unidos no tomó ninguna represalia provocativa, el atentado contra el *Cole* funcionó como una poderosa herramienta de reclutamiento para Al Qaeda. Bin Laden dio instrucciones a la Comisión de Medios del movimiento para preparar un vídeo propagandístico que incluía una recreación de la operación, varias secuencias de campamentos de instrucción e imágenes de los sufrimientos de los musulmanes en Palestina, Indonesia y Chechenia. Los campamentos de Afganistán no tardaron en recibir una nueva oleada de celosos reclutas.

Bin Laden pensaba ya en otros objetivos. Mientras George W. Bush se centraba, primero, en hacerse con la presidencia y, luego, en crear un «escudo antimisiles» para proteger a Estados Unidos de la amenaza de un ataque catastrófico repentino –pues el número de países con armas nucleares seguía creciendo: Israel y Corea del Norte, cuatro Estados en la antigua Unión Soviética, India y Pakistán–, Al Qaeda preparaba otra operación audaz y mortífera. El 11 de septiembre de 2001, diecinueve miembros del grupo secuestraron tres aviones comerciales poco después de despegar y los lanzaron contra las Torres Gemelas del World Trade Center, en Nueva York, y contra el Pentágono, en Washington. Los pasajeros de un cuarto avión secuestrado, que había despegado con retraso, conocieron a través de sus teléfonos móviles las intenciones de los secuestradores y les obligaron a estrellar el avión contra un campo en Pensilvania antes de llegar al objetivo designado. Este extraordinario acto de heroísmo salvó de una destrucción casi segura el edificio del Capitolio de EEUU o la Casa Blanca, junto con todas las personas que se hallaban en su interior aquella mañana. Aun así, con una inversión de menos de 500.000 dólares, además de sus propias vidas, los diecinueve secuestradores seleccionados por Bin Laden mataron en menos de una hora a 3.000 norteamericanos, aproximadamente (probablemente a muchos más), causaron daños por valor de millones de dólares y acabaron para siempre con el sentimiento de invulnerabilidad de Estados Unidos.

Con la excepción de Palestina, Irak y unos pocos países más que sentían escasa simpatía hacia Estados Unidos, los atentados del «11 de septiembre» (según la expresión con que acabaron conociéndose) indignaron a la opinión mundial. En Londres, los guardias del palacio de Buckingham tocaron el himno nacional norteamericano; en Aberdeen (Escocia), todos los semáforos se mantuvieron en rojo durante dos minutos en señal de solidaridad. Además, el 18 de septiembre de 2001, 58 países habían prometido ayuda (equipos y personal de búsqueda y rescate, asistencia médica y hasta soldados) para participar en una invasión de Afganistán. Dos días más tarde, el presidente Bush hizo público un ultimátum: «Los talibanes deben actuar, y además de inmediato», anunció en una alocución televisada al Congreso. «Entregarán a los terroristas o compartirán su suerte». Al día siguiente aprobó planes para realizar incursiones aéreas y atacar objetivos de Al Qaeda y los talibanes; fuerzas de Operaciones Especiales en conjunción con tropas de algunos señores de la guerra afganos solidarizados con Estados Unidos llevarían a cabo esas operaciones, a las que seguiría una invasión a pequeña escala efectuada por fuerzas terrestres norteamericanas estacionadas en países vecinos. Como los talibanes se negaron a entregar a Bin Laden al presidente Bush, el 7 de octubre de 2001, coincidiendo con el aniversario de la derrota de los turcos otomanos en Lepanto en 1571, comenzó el bombardeo aéreo. El régimen talibán, que se había vuelto impopular en el país y en el extranjero tras cinco años de gobierno brutal, se derrumbó en dos meses cuando EEUU y sus aliados lanzaron 6.500 misiones de ataque y fuerzas afganas opuestas a los talibanes arremetieron (ayudadas por algunas unidades norteamericanas) contra los luchadores supervivientes de Al Qaeda en las montañas de Tora Bora, a lo largo de la frontera oriental. El conjunto de la operación costó a la coalición menos de 20 muertos. Poco después, Hamid Karzai, un político exiliado, regresó a Kabul como jefe provisional del Estado, y en 2004, tras las primeras elecciones democráticas de la historia de Afganistán, se convirtió en presidente del país. El nuevo régimen dependía del apoyo de dos aliados fundamentales: por un lado, los señores de la guerra afganos que simpatizaban con él, denominados ahora «dirigentes regionales», que siguieron dominando la mayoría de las provincias del norte; y, por otro, los casi 40.000 soldados mantenidos por la OTAN y EEUU, a quienes se encomendó la tarea de mantener el orden en el resto del país. Aunque una presión militar constante, unida a la deportación y encarcelamiento de personas sospechosas de insurgencia en prisiones de la Coalición situadas en todo el mundo (principalmente en unas instalaciones improvisadas de EEUU en la bahía de Guantánamo, en Cuba), paralizaron temporalmente tanto a los talibanes como a Al-

Qaeda, sus fuerzas se reagruparon en zonas remotas a ambos lados de la frontera con Pakistán y lanzaron numerosos ataques.

El éxito inicial de EEUU en Afganistán le devolvió el prestigio militar que había perdido en Somalia y demostró que la tecnología militar occidental podía imponerse incluso sin el apoyo de unas fuerzas terrestres considerables. Pero todo ello constituía sólo una parte de la respuesta planeada por el presidente Bush como réplica a los atentados del 11 de septiembre. El 25 de octubre de 2001, Bush firmó la *9ª Directriz Presidencial de Seguridad Nacional*, titulada «Derrota de la amenaza terrorista contra Estados Unidos». La directriz preveía una guerra global contra el terrorismo, no hacía distinciones ente los terroristas y quienes los acogían, y declaraba que, en caso de necesidad, se recurriría a la fuerza militar. Una serie de anexos analizaba cada uno de los grupos terroristas contra los que se dirigía y la mejor manera de privarles de apoyos económicos e impedir que adquirieran armas de destrucción masiva. El objetivo del presidente era la «eliminación del terrorismo como amenaza para nuestra forma de vida». El Tesoro norteamericano congeló los activos que pudiera tener en Estados Unidos cualquier organización sospechosa de practicar el terrorismo o apoyarlo y puso fin a sus actividades económicas en el país. Entre esas organizaciones se hallaban no sólo los grupos a los que se consideraba vinculados a Al Qaeda, sino también redes que actuaban en otros lugares, incluidos los sospechosos de financiar la campaña del Ejército Republicano Irlandés (IRA) para expulsar a los británicos de Irlanda. En el extranjero, el presidente buscó pruebas de que otros regímenes favorecían a Al Qaeda y sus sospechas recayeron de inmediato sobre Irak. Otros miembros de su gobierno estuvieron de acuerdo, y algunos sostuvieron que las fuerzas de EEUU debían atacar a Afganistán e Irak simultáneamente, pues consideraban probable que Sadam Husein hubiera patrocinado de alguna manera los atentados del 11 de septiembre.

Aunque el presidente descartó un doble ataque simultáneo, sus principales asesores militares comenzaron a planear la invasión de Irak para un futuro próximo. No estaban solos. En febrero de 2002, el gobierno británico encargó un estudio sobre la existencia de armas de destrucción masiva en cuatro países, entre ellos Irak, y, poco después, el primer ministro, Tony Blair, ordenó realizar una investigación similar, que en este caso tendría como único objeto a Irak. En septiembre, Blair anunció que su gobierno publicaría un informe completo que ofrecería pruebas de que Irak poseía tanto armas de destrucción masiva como capacidad para utilizarlas, y, con unas indicaciones mínimas de la oficina del primer ministro, sus especialistas de los servicios de espionaje declararon, según se esperaba de ellos, que «los militares iraquíes estaban en disposición de desplegar armas de destrucción masiva a los 45 minutos de que se tomara una decisión en ese sentido».

El presidente Bush citó esta declaración –y otras afirmaciones realizadas por fuentes de espionaje norteamericanas y extranjeras– para justificar el haber designado a Irak (junto con Irán y Corea del Norte) como parte de un «eje del mal» que amenazaba la seguridad del mundo. A partir de ese momento, comenzó a retirar recursos norteamericanos (tanto militares como de espionaje) de Afganistán e intentó obtener un mandato de las Naciones Unidas y la OTAN para invadir Irak. El mandato no llegaba, y cuando Bush siguió adelante, a pesar de todo, la firme simpatía de que había sido objeto Estados Unidos a raíz del 11 de septiembre comenzó a desvanecerse y, en cambio, se produjeron en todo el mundo manifestaciones masivas contra la inminente guerra –una, celebrada en febrero de 2003 y coordinada por primera vez a través de internet, sacó a la calle a millones de personas–. España, cuyo presidente, José María Aznar, había declarado su apoyo inequívoco a la invasión y prometido enviar tropas, conoció la mayor manifestación de masas de su historia: en Madrid, un millón de personas –una tercera parte de la población de la capital– marchó contra la guerra.

Pero todo fue inútil: en marzo de 2003, el presidente Bush lanzó un ultimátum y dijo que ordenaría a las fuerzas de EEUU invadir Irak a menos que Sadam saliera del país; y en cuanto expiró el plazo, aviones de guerra norteamericanos iniciaron un espectacular bombardeo de los edificios del gobierno iraquí y otros objetivos (entre ellos un «ataque para decapitar» al propio Sadam). Luego, fuerzas de la Coalición invadieron Irak desde Kuwait (Turquía se negó a participar) y, para sorpresa de muchos observadores (especialmente en el mundo árabe), capturaron Bagdad en menos de tres semanas. En la mayoría de las zonas cesó la resistencia organizada, y aunque Sadam Husein y muchos de sus principales consejeros desaparecieron, las fuerzas de la Coalición habían detenido a la mayoría de ellos (incluido Sadam Husein) a finales de 2003.

Al cabo de poco tiempo, algunas de las «lecciones no aprendidas» en las guerras de los años noventa alteraron ese cuadro de color de rosa. El presidente Bush y sus asesores más próximos pasaron por alto, sobre todo, el hecho de que las guerras libradas con éxito por Estados Unidos en el pasado –la Segunda Guerra Mundial y la de Corea, así como la de los Balcanes– habían desembocado a menudo en compromisos sin plazo fijo que duraron décadas y costaron miles de millones de dólares. Así pues, esa posibilidad no formó parte de sus planes. Semejante incapacidad tan mayúscula para aprender de la historia merece un examen más detallado. El presidente presentó tres justificaciones para invadir Irak: primero, que Sadam Husein poseía «armas de destrucción masiva» que amenazaban la paz mundial; segundo, que apoyaba a Al Qaeda y a otros grupos terroristas internacionales, con lo que constituía una amenaza para la seguridad norteamericana; y finalmente, que sustituir por una democracia a un dictador que había lanzado ya dos guerras

agresivas traería estabilidad tanto a Irak como al conjunto de Oriente Medio, al reducir la penuria, la ignorancia y la corrupción que daban pábulo a los extremistas islámicos violentos. Bush creía que las fuerzas norteamericanas podrían conseguir los tres objetivos en un plazo de seis meses.

¿Cómo pudo estar tan equivocado el presidente Bush? Para empezar, tal como había ocurrido cuarenta años antes con su antecesor John F. Kennedy cuando pensó en apoyar la operación de Bahía Cochinos (página 378), George W. Bush escuchó predicciones eufóricas de apoyo popular masivo a la invasión no sólo por boca de la CIA, sino también de algunos exiliados elocuentes y adinerados (la mayoría de los cuales llevaba mucho tiempo ausente de su país natal). Uno de ellos, Ahmed Chalabi (un chiita que había salido de Irak en 1956, a la edad de 12 años), consiguió hacerse oír por altos funcionarios del Departamento de Defensa. Aquellos defensores de la intervención armada convencieron conjuntamente al presidente de que, en cuanto las tropas de la Coalición hubieran eliminado a Sadam Husein, tanto los sunitas como los chiitas darían la bienvenida a los invasores como liberadores, tal como había ocurrido en Kuwait en 1991 y en Kosovo en 1999. A diferencia de Kennedy cuarenta años antes, el presidente Bush decidió que, en esta ocasión, fuerzas de Estados Unidos participarían en la invasión junto con los exiliados (incluido Chalabi) y ordenó a su secretario de Defensa, Donald H. Rumsfeld, que trazara los planes necesarios.

Rumsfeld se parecía a Robert McNamara, el secretario de Defensa de Kennedy: ambos eran veteranos reconvertidos en ejecutivos empresariales que intentaban hacer más eficiente el ejército estadounidense imponiéndole técnicas de gestión comercial. En los aspectos en que McNamara apoyaba el «análisis de sistemas», Rumsfeld se mostraba partidario de la «logística del *just in time*», que (según sus predicciones) permitiría a unas fuerzas más ligeras y con mayor movilidad, equipadas con armas «inteligentes», superar los rendimientos de ejércitos más numerosos y lentos. Así pues, rechazó los planes elaborados por sus generales para derrocar a Sadam Husein mediante el despliegue de medio millón de soldados, como en la Guerra del Golfo de 1991, e insistió, en cambio, en que bastaban 130.000 para alcanzar los objetivos del presidente, y, por tanto, hostigó implacablemente a sus generales hasta que desarrollaron un proyecto para actuar de esa manera.

El éxito de la «Operación Libertad Iraquí», en la que 130.000 soldados de la Coalición derrotaron a las fuerzas de Sadam Husein en tres semanas, no sólo confirmó el punto de vista de Rumsfeld, sino que otorgó, además, credibilidad a su afirmación posterior de que ese mismo número de soldados sería también suficiente para salvaguardar Irak hasta que un gobierno democrático pudiera hacerse cargo del país. Algunos generales expresaron, no obstante, ciertas dudas. Así, en una se-

sión del Congreso celebrada un mes antes de la invasión, un miembro de la Comisión de Servicios Armados del Senado pidió al general Eric Shinseki, jefe de Estado Mayor del Ejército de EEUU, que les «diera una idea de cuál debía ser el número de fuerzas armadas requeridas para una ocupación de Irak tras una conclusión victoriosa de la guerra». Después de algunas vacilaciones, el general respondió: «Una cantidad cercana a varios cientos de miles de soldados». El general justificó su cifra, tan distinta de la de Rumsfeld, su superior político, con unos cuantos datos que saltaban a la vista:

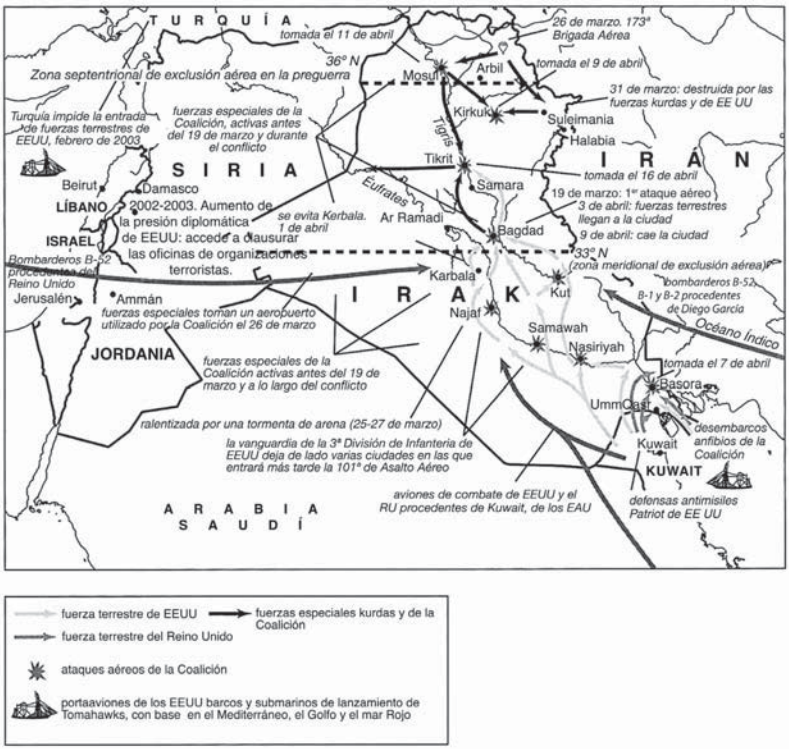
> Estamos hablando de controlar, una vez concluidas las hostilidades, un territorio geográficamente muy considerable, afectado por el tipo de tensiones étnicas que pueden conducir a otros problemas. Por tanto, para mantener unas condiciones de seguridad y salvaguardia, para garantizar que la gente tenga qué comer y que haya suministro de agua, es decir, todas las responsabilidades normales que acompañan a la administración de una situación como ésta, se requiere una presencia significativa de fuerzas sobre el terreno.

Rumsfeld y su equipo se apresuraron a menospreciar la actitud cautelosa del principal general del ejército. Dos días después, al prestar declaración ante el Comité Presupuestario de la Cámara de Representantes, el vicesecretario de Defensa, Paul Wolfowitz, observó que

> se han formulado numerosos comentarios –algunos completamente descabellados– sobre cuáles podrían ser nuestras necesidades en Irak después de la guerra. Algunas de las predicciones más extremas que hemos escuchado recientemente, como la idea de que harán falta varios cientos de miles de soldados de EEUU para proporcionar estabilidad al Irak posterior a Sadam, se pasan absolutamente de la raya. Resulta difícil concebir que vayan a necesitarse más fuerzas para proporcionar estabilidad al Irak posterior a Sadam que las que se requerirían para librar la propia guerra y garantizar la rendición de las fuerzas de seguridad de Sadam y su ejército –se trata de algo difícil de imaginar.

Después de este exabrupto fue también «difícil de imaginar» que otros generales se arriesgaran a ser humillados en público por sus superiores políticos; por tanto, las críticas procedentes de las autoridades militares cesaron temporalmente. El gobierno de EEUU había vuelto al «pensamiento de grupo».

No obstante, Paul Wolfowitz estaba totalmente en lo cierto al afirmar que la idea de enviar «varios cientos de miles de soldados de EEUU para proporcionar estabilidad al Irak posterior a Sadam» se pasaba «absolutamente de la raya». La reducción constante del tamaño de las fuerzas



Mapa 22. Invasión de Irak, 2003. La estrategia inicial de EEUU para derrocar a Sadam Husein y su régimen requería un bombardeo aéreo devastador (denominado con expresión inmodesta «Conmoción y pavor»), seguido por la invasión simultánea de Irak realizada por fuerzas de tierra dirigidas por EEUU desde Turquía, y por fuerzas norteamericanas y británicas desde Kuwait, en marzo de 2003. El mes anterior, el gobierno turco anunció que no permitiría a las fuerzas estadounidenses atravesar su territorio, pero la operación «Conmoción y pavor» comenzó, en cualquier caso, el 19 de marzo. Poco después, tropas aéreas de EEUU se unieron a simpatizantes kurdos para tomar varias ciudades del norte, y fuerzas británicas ocuparon Basora, mientras la infantería norteamericana efectuaba un audaz avance hacia el norte desde Kuwait en dirección a Bagdad, confiando en un apoyo aéreo inmediato para debilitar a sus oponentes. La capital iraquí cayó el 9 de abril.

armadas a partir de 1991 significaba que «varios cientos de miles de soldados de EEUU» sólo podían servir durante un periodo prolongado en Irak (o en cualquier otra parte del mundo) si el presidente mantenía en situación de movilización permanente todas las unidades de la Reserva Regular y de la Guardia Nacional. Tal como estaban las cosas, los 130.000 soldados de EEUU presentes ya en Irak incluían un número importante de tropas de la reserva, pues su destreza y formación escasea-

ban en el ejército regular; pero ni siquiera ellos habían recibido entrenamiento alguno sobre cómo administrar un país del tamaño de California con una población heterogénea de 25 millones de personas (o, según lo había expuesto de manera clarividente el general Shinseki: «Un territorio geográficamente muy considerable, afectado por el tipo de tensiones étnicas que pueden conducir a otros problemas»).

Tras haber derribado la enorme estatua de Sadam Husein en la plaza Firdos, el 9 de abril de 2003, indicando así el final de su gobierno, al carecer de órdenes concretas, las fuerzas de la Coalición se mantuvieron al margen mientras las multitudes saqueaban y destrozaban casi todas las instalaciones desprotegidas del régimen derrocado. Según observó sagazmente el periodista George Packer, «los edificios destrozados, el equipamiento perdido, los archivos destruidos, la infraestructura dañada seguirán amenazando casi todos los aspectos de la reconstrucción»; pero incluso ese daño físico tan extenso «fue menos catastrófico que los efectos no susceptibles de cuantificación. La primera experiencia de los iraquíes con la libertad fue el caos y la violencia».

Esta catástrofe derivó de la incapacidad del presidente para preparar unos planes adecuados para la reconstrucción y la formación de un Estado. El 20 de enero de 2003, cuando aún no habían transcurrido sesenta días desde el inicio de la invasión planeada, Bush encomendó la administración del Irak de la posguerra tras su «liberación» al Departamento de Defensa, y no al de Estado (que contaba con la experiencia reciente de la formación de organizaciones estatales en Haití, en los Balcanes y en otras partes). A su vez, Rumsfeld creó en el Pentágono una Oficina para la Restauración y la Ayuda Humanitaria (ORHA, según sus siglas en inglés) y escogió para dirigirla a Jay Garner, un general retirado que había gestionado la entrega de ayuda humanitaria a la población kurda iraquí a raíz de la Primera Guerra del Golfo. Con tan escaso tiempo para prepararse, Garner decidió (basándose, sin duda, en su conocimiento previo de la brutalidad con que Sadam Husein había hecho la guerra) que la prioridad suprema de la ORHA consistía en planear la «ayuda humanitaria»: en cómo hacer frente a la hambruna y las epidemias masivas, a las enormes cifras de refugiados y prisioneros y, sobre todo, a los ulteriores ataques con armas químicas que, según esperaba el general, seguirían a la derrota de Sadam. Garner esperaba no tener que abordar la reconstrucción y la formación del Estado hasta más tarde; y como (por suerte) no se produjo ninguno de los desastres previstos, carecía de planes para el panorama tan distinto que se le presentó en abril de 2003. Así pues, Garner decidió suprimir únicamente los niveles superiores del Baath, el partido gobernante de Sadam Husein, dejando que el resto trabajara para un gobierno provisional de exiliados iraquíes encabezado por Ahmed Chalabi. Los saqueos y el caos que siguieron a la caída de Sadam retrasaron la puesta en práctica incluso de ese plan mí-

nimo: las autoridades militares no consideraron suficientemente segura la capital para el acceso de los equipos de la ORHA hasta el 23 de abril; y para entonces Washington había cambiado de idea respecto a la manera de gestionar el Irak de la posguerra. Al día siguiente, Rumsfeld informó a Garner de que iba a ser sustituido, y dos semanas más tarde el presidente Bush anunció el nombramiento de Paul Bremer, antiguo diplomático del Departamento de Estado, especialista en antiterrorismo, como su representante en Irak.

Bremer, al igual que Garner, recibía órdenes de Rumsfeld sin intermediarios; pero a diferencia de aquél, voló directamente de Washington a Bagdad, donde creó la Autoridad Provisional de la Coalición (APC), compuesta finalmente por 1.200 funcionarios (casi todos ellos norteamericanos), para gobernar el país. Todos los planes para constituir un gobierno iraquí provisional quedaron congelados y, en cambio, el 16 de mayo de 2003, Bremer hizo pública una proclama por la que daba a conocer los amplios poderes asumidos por la APC, con él mismo en la función de «Administrador», en virtud de las «resoluciones pertinentes del Consejo de Seguridad de la ONU y de las leyes y costumbres de la guerra». En otras palabras, Irak era en ese momento un país ocupado. Por si alguien tenía dudas acerca de este punto, la primera Orden de la APC expulsó del gobierno (incluidos los hospitales, las universidades, las escuelas y los servicios sociales) a todos los «miembros activos» del partido Baath de Sadam. Un mínimo de 35.000 funcionarios civiles, la mayoría sunitas, perdieron sus empleos, salarios y pensiones de la noche a la mañana. La segunda Orden de la APC disolvió todas las fuerzas armadas iraquíes. Jay Garner recordaba más tarde que, al día siguiente, al despertarse, se había encontrado con «trescientos o cuatrocientos mil enemigos, y ningún rostro iraquí en el gobierno»; su jefe de planificación, Paul Hughes, creía que «desde el punto de vista iraquí, ese simple acto acabó con el único símbolo de soberanía que aún tenía el pueblo iraquí». Aunque la APC afirmó en declaraciones posteriores haber actuado «en nombre y en beneficio del pueblo de Irak», Hughes creía que la disolución de las fuerzas armadas iraquíes fue el momento en que «cruzamos la línea. Dejamos de ser libertadores y nos convertimos en ocupantes».

La fuerza de los adversarios de la APC se alimentaba de dos fuentes: las armas y la fe. Aunque Sadam Husein no había logrado acopiar «armas de destrucción masiva», poseía, sin embargo, un formidable arsenal de armas convencionales. Temiendo nuevos levantamientos interiores, como los producidos tras la finalización de la Guerra del Golfo en 1991, había distribuido por todo Irak alijos de armas y equipamiento listos para ser utilizados por sus fuerzas de seguridad en el caso de que estallara otra insurrección. Pero, en cambio, lo que ocurrió fue que grupos de guerrilleros se apoderaron de aquellas armas en cuanto se vio con claridad que la

APC carecía de fuerzas para controlar el país. Los insurgentes lanzaron ataques con armas ligeras, granadas propulsadas por cohetes y –el instrumento más mortífero de todos– artefactos explosivos improvisados (AEI: municiones militares o de fabricación casera colocadas bajo el pavimento de una carretera o en sus márgenes y explosionadas mediante cable o aparatos de control remoto, como buscapersonas, dispositivos electrónicos para apertura de garajes o teléfonos móviles). Los insurgentes, a menudo antiguos miembros de las fuerzas de seguridad de Sadam Husein, mataron o mutilaron a cientos de soldados de la Coalición que carecían de blindaje suficiente tanto para sí como para sus vehículos, debido a que la logística de Rumsfeld del *just in time* no disponía de mecanismos para acopiar pertrechos fundamentales en caso de emergencia. Entretanto las milicias chiitas aprovecharon el vacío de poder creado por la purga de los miembros del partido Baath llevada a cabo por la APC para apoderarse de escuelas, hospitales e instituciones caritativas, imponiendo a continuación prácticas islámicas estrictas. De ese modo crearon una valiosa base de poder a su servicio para futuras operaciones contra la Coalición.

La cobertura de los medios exacerbó, además, la oposición contra la APC. Los militares de EEUU, al igual que los rusos en Chechenia, permitían que algunos periodistas viajaran «insertados» en unidades individuales, por lo que sus reportajes reflejaban los puntos de vista de los soldados a quienes acompañaban y proporcionaban una información escasa o nula acerca de sus adversarios iraquíes. Pronto, sin embargo, algunos periodistas franceses y árabes comenzaron a informar sobre la actividad de la resistencia y colocaron sus filmaciones en cadenas de televisión bien dispuestas, que también transmitían material proporcionado por «células mediáticas» creadas por los distintos grupos insurgentes. Estas células mediáticas daban igualmente publicidad, mediante carteles, hojas volantes, vídeos, DVD y, sobre todo, internet (gracias a los esfuerzos de la APC para fomentar un mayor acceso a la red), a cualquier éxito obtenido contra la Coalición. Al Qaeda, en particular, planeaba sus operaciones en función de su posible impacto en los medios de comunicación, más que por sus consecuencias militares o económicas directas. Sin embargo, quienes proporcionaron a los insurgentes sus máximos golpes propagandísticos fueron los propios norteamericanos. Por un lado, el gobierno de EEUU ha mantenido sin juicio durante años a un gran número de sospechosos musulmanes en la prisión improvisada de la bahía de Guantánamo; por otro, en la primavera de 2004, imágenes tomadas con cámaras y grabadoras de vídeo digitales en las que se veía a personal militar norteamericano (tanto masculino como femenino) en trance de torturar y humillar a prisioneros iraquíes en la cárcel de Abu Graib, cerca de Bagdad, aparecieron primero en Internet y, luego, en televisión. Habría sido difícil imaginar un instrumento de reclutamiento más poderoso al servicio de los insurgentes.

Tres cambios en la estrategia de los insurgentes hicieron peligrar la capacidad de la APC para gobernar Irak. En primer lugar, como también les había ocurrido a los rusos en Chechenia, las tropas de la Coalición se vieron forzadas a librar una despiadada guerra urbana en la que el conocimiento del terreno y un amplio apoyo o aceptación popular, superiores a los que gozaban sus enemigos, neutralizaban muchas de las ventajas que les otorgaba un armamento superior. En segundo lugar, los insurgentes elegían sistemáticamente en territorio iraquí «objetivos fáciles»: los aliados de EEUU y la infraestructura del país. Realizaron atentados suicidas con bombas contra soldados italianos, secuestraron y asesinaron a trabajadores contratados de nacionalidad japonesa y británica, torturaron y decapitaron a iraquíes que trabajaban para la APD, destruyeron las oficinas y dieron muerte a empleados de organizaciones humanitarias (entre ellas la ONU y la Cruz Roja) y sabotearon las instalaciones de las que dependía la recuperación económica. Las imágenes de todas esas operaciones aparecían sin tardanza en internet y en canales de televisión que simpatizaban con la insurgencia. En tercer lugar, al hallarse concentrados en Irak tantos recursos norteamericanos, y como Al Qaeda no contaba ya con una base territorial, esta organización actuó a través de otros grupos islámicos para atacar objetivos occidentales en otros países, como Indonesia, Marruecos y Turquía. Luego, a finales de 2003, los estrategas de Al Qaeda decidieron lanzar ataques directos contra los principales aliados de Estados Unidos, en especial contra Gran Bretaña, Polonia y España. Comenzaron con este último país, pues, por un lado, había sido testigo de unas manifestaciones populares sin precedentes contra la decisión de su presidente Aznar de invadir Irak (página 411) y las consignas antibelicistas seguían adornando todas sus calles. Por otro lado, España había previsto la celebración de elecciones generales el 14 de marzo de 2004, y Al Qaeda calculó que hacer estallar unas bombas que mataran a civiles inocentes inmediatamente antes de esa fecha intensificaría la presión interior para retirar a todos los soldados españoles destacados en territorios musulmanes.

El 10 de marzo de 2004, a pesar de un sentimiento generalizado contrario a la guerra y a una promesa del dirigente socialista de la oposición, José Luis Rodríguez Zapatero, de que, si salía elegido, retiraría de inmediato las tropas españolas y las haría volver de Irak, todos los indicadores políticos daban a entender que el Partido Popular de Aznar iba a ganar las elecciones. A la mañana siguiente, 911 días después, exactamente, de los ataques contra el World Trade Center y el Pentágono, un grupo de musulmanes vinculados a Al Qaeda hizo estallar varias bombas en unos trenes de cercanías que entraban en Madrid, matando a cerca de 200 personas y lesionando a muchos cientos más. Aznar culpó inmediatamente al grupo separatista vasco ETA e intentó ocultar las pruebas cada vez más numerosas de la implicación

de Al Qaeda por temor a que esos datos revelaran a los votantes que su decisión de invadir Irak había hecho que el mundo fuera menos, y no más, seguro. El 14 de marzo, a pesar de que el Partido Popular obtuvo casi tantos votos como en las anteriores elecciones, los socialistas consiguieron tres millones más, y Zapatero mantuvo su promesa electoral, trayendo de vuelta a casa a los soldados españoles que se hallaban en Irak (pero no a los de Afganistán).

Al mes siguiente, abril de 2004, la APC se enfrentó a una nueva amenaza. El carismático clérigo chiita Múqktada alSáder, cuyo antepasado había contribuido a expulsar de Irak a los últimos «libertadores» occidentales (los británicos, en los años veinte) y cuyo padre había sido asesinado por Sadam Husein, había reunido una formidable milicia (el *Yaish alMahdi*, «ejército del Mesías»). En ese momento, con el apoyo de sus correligionarios de Irán, cuya seguridad nacional se había beneficiado claramente del hecho de que los norteamericanos se hallaran comprometidos en Irak, AlSáder lanzó una ofensiva para obtener el control de los suburbios de Bagdad y una gran parte del sur del país. Cuando las fuerzas de la Coalición contraatacaron, chiitas y sunitas unieron por primera vez sus fuerzas para oponerse a ellas y, aunque los soldados norteamericanos acabaron recuperando al menos el control de las ciudades, los insurgentes regresaron en cuanto ellos se hubieron retirado.

En junio de 2004, la APC se disolvió y, con su última Orden, transfirió una soberanía limitada a un Gobierno Provisional Iraquí que planeó celebrar elecciones para una nueva asamblea nacional en enero de 2005. Como la población sunita (que seguía sintiéndose molesta por la pérdida de poder tras la caída de Sadam) se negó a votar, los partidos chiitas y kurdos ganaron las elecciones de forma abrumadora e idearon para Irak una nueva constitución favorable a sus intereses. Sus planes sectarios y enfrentados impidieron la formación de un gobierno eficaz, y aunque la situación mejoró gradualmente en gran parte de la zona norte (donde los dirigentes kurdos colaboraban con la Coalición) y algunos sectores del sur (donde las fuerzas británicas permitieron a las milicias chiitas actuar casi a su arbitrio), el resto de Irak se hundió aún más en el caos. El 9 de abril de 2005, fecha del segundo aniversario de la caída de Sadam Husein, decenas de miles de iraquíes se reunieron en la plaza Firdos –esta vez para pedir a los norteamericanos que se marcharan.

En septiembre de 2005 se logró un triunfo cuando unos 8.000 soldados norteamericanos e iraquíes se apoderaron del bastión insurgente de Tal Afar, una ciudad próxima a la frontera con Turquía, en la que permanecieron mientras supervisaban tanto la rápida reconstrucción de las infraestructuras dañadas como la formación de fuerzas de seguridad iraquíes adicionales para conservar la ciudad. El presidente Bush elogió esta estrategia, denominada con la expresión «Limpiar, retener, construir», considerándola esencial para el éxito militar en Irak; pero, dada

la falta de fuerzas de seguridad iraquíes idóneas para conservar el terreno tras haberlo limpiado de insurgentes, todo aquello fue más fácil de decir que de hacer.

Tras la voladura de la mezquita AlAskari de Samarra, uno de los santuarios más sagrados del chiismo, por agentes de AlQaeda en febrero de 2006, el chiita Yaish alMahdi luchó contra los insurgentes sunitas y contra Al Qaeda por el control de Bagdad: todas las mañanas aparecían en las calles 60 o más cadáveres, habitualmente con las manos atadas y un disparo en la cabeza, y (a menudo) con señales de tortura. Entretanto, los insurgentes, reforzados para entonces por miles de muyahidines procedentes de otros países musulmanes, intensificaron sus ataques contra las fuerzas de la Coalición haciendo estallar cada mes unas 2.000 bombas al borde de las carreteras y más de 100 artefactos explosivos improvisados transportados en vehículos. Cientos de miles de iraquíes sunitas y chiitas abandonaron sus hogares para evitar aquel baño de sangre sectario: unos se unieron a los dos millones de compatriotas desplazados que vivían en otras zonas de su propio país, mientras que otros se sumaron a los dos millones de refugiados en Jordania y Siria. Este éxodo alejó a la mayoría de los ciudadanos iraquíes de clase media, que se llevaron consigo una gran parte de los conocimientos profesionales requeridos para administrar y reconstruir la nación.

Finalmente, el presidente Bush constató que se necesitaban más soldados norteamericanos para restablecer el orden en Irak, aunque ello significara ampliar los turnos de servicio activo tanto para las unidades regulares como para las de reserva. En noviembre de 2006 destituyó a Donald Rumsfeld, y dos meses después anunció el plan denominado «The Surge» («empuje», «pujanza», «arremetida»), consistente en el traslado a Irak de cinco brigadas de combate y dos batallones de marines –unos 28.000 hombres y mujeres en total– para asegurar Bagdad y su entorno. El general David Petraeus, el recién nombrado comandante para el teatro de operaciones, puso en práctica una estrategia contra la insurgencia cuyo objetivo primordial consistía en dominar las zonas donde operaban los sublevados iraquíes y los terroristas de Al Qaeda. Las fuerzas de EEUU salieron en ese momento de sus bases ampliamente fortificadas y, coordinando sus esfuerzos con contingentes recién entrenados del ejército y la policía iraquíes, comenzaron a vivir en medio de la población de Irak en pequeños Puestos de Seguridad Conjuntos y Reductos de Combate y patrullaron a pie por los barrios, en vez de hacerlo en vehículos blindados. Por esas mismas fechas, algunos dirigentes tribales sunitas de la provincia de Al Anbar comenzaron a aliarse con los norteamericanos para combatir contra las fuerzas de Al Qaeda, que habían impuesto una ideología brutal y muy mal aceptada en las zonas controladas por ellas. Estos cambios mejoraron notablemente la seguridad: entre mayo y octubre de 2007, las muertes violentas de civiles descen-

dieron de 2.000 a 800 al mes, mientras que el total de militares de EEUU muertos mensualmente en acción cayó de 126 a 26.

La operación Libertad Iraquí, que hasta el año 2008 había durado más que la intervención de EEUU en la Segunda Guerra Mundial, se cobró un precio extremadamente elevado. Los cálculos de muertos iraquíes por acciones violentas desde la invasión norteamericana de marzo de 2003 variaban enormemente (el gobierno de EEUU se negó a recopilar esa clase de estadísticas; las cifras dadas por el gobierno iraquí no eran de fiar; y los cálculos de otros grupos solían reflejar una intención programática que sesgaba los totales en algún sentido). Según los cálculos más bajos, las sumas de muertes diarias comunicadas por los depósitos de cadáveres y la prensa de todo el país suponían un total de 100.000 muertes violentas. Y según los más altos, un sondeo basado en una recogida de datos realizada en julio de 2006 de puerta en puerta (aunque no fue exhaustiva por cuestiones de seguridad), el total de muertos ascendía para entonces a 600.000. En una encuesta realizada por la empresa británica ORB en agosto de 2007, basada también en entrevistas personales, se preguntó a familias iraquíes que habían perdido en actos de violencia a algún ser querido cómo se había producido su muerte. Las respuestas mostraron que casi la mitad había perecido por heridas de disparos, y otra cuarta parte por el impacto de bombas colocadas en vehículos o por algún otro tipo de explosión, mientras que los muertos por bombardeo aéreo eran menos de una décima parte. En Irak, las muertes más violentas fueron consecuencia de las matanzas entre musulmanes. Además, la invasión y la subsiguiente guerra civil provocaron amplios daños materiales, mientras que el elevado desempleo, la escasez generalizada y la extendida inseguridad en las zonas iraquíes en disputa hicieron que la vida de los supervivientes resultara difícil y peligrosa.

También Estados Unidos pagó un alto precio por la decisión del presidente Bush de invadir Irak. A finales de 2008 habían muerto más de 4.000 soldados norteamericanos (más de 3.000 de ellos en combate) y un mínimo de 30.000 había sufrido lesiones físicas (muchos de los que se recuperaron perdieron miembros y órganos). Además, uno de cada doce soldados, aproximadamente, padecía problemas mentales, como el trastorno por estrés postraumático. Por otra parte, más de 8.000 soldados iraquíes y oficiales de policía que trabajaban con la Coalición murieron a manos de los sublevados, al igual que 200 civiles norteamericanos (la mayoría de ellos, trabajadores voluntarios para tareas específicas). En el aspecto material, el conjunto del gasto federal en defensa se duplicó desde los 350.000 millones de dólares proyectados para 2001 –antes de los atentados del 9 de septiembre– hasta una previsión de 700.000 millones para 2008, entre los que se incluían los fondos destinados a Afganistán, a Irak y a la seguridad interior. En 2007, el

gasto norteamericano en Irak pasaba por sí solo de 12.000 millones de dólares al mes –sin que se hallara a la vista el final de la guerra.

Algunos Estados explotaron el debilitamiento de la posición internacional de Estados Unidos provocado por la implicación de tantos soldados y una cantidad tan grande de pertrechos en Irak y Afganistán. Es cierto que unos pocos regímenes anteriormente hostiles (en especial Libia) realizaron gestos conciliadores; pero otros dos gobiernos aprovecharon la ocasión para satisfacer sus propias ambiciones nucleares. En julio de 2006, Corea del Norte lanzó siete misiles de prueba, y al cabo de unos pocos meses afirmó haber realizado con éxito su primer experimento nuclear; entretanto, Irán, además de desarrollar un programa nuclear, construyó misiles capaces de transportar cabezas nucleares. Como había ocurrido en tantos conflictos del siglo XX, los gobiernos occidentales, a pesar de haber demostrado una envidiable destreza para ganar batallas, demostraron no querer o no poder convertir sus victorias militares en una paz duradera.

EL FUTURO DE LA PRÁCTICA OCCIDENTAL DE LA GUERRA

Geoffrey Parker

Desde los hoplitas griegos hasta el reactor Harrier, la guerra ha actuado como fuerza impulsora del ascenso de Occidente hacia la dominación del mundo. La historia de Occidente, tanto en sus metrópolis como en ultramar, ha girado en torno a una feroz competición por el dominio entre potencias intransigentemente ambiciosas en la cual las implacables, innovadoras y decididas desbancaron a las acomodaticias, plagiarias e indecisas.

Guerras del pasado

Pero la práctica occidental de la guerra ha supuesto siempre costes elevados. Por un lado, las muertes y sufrimientos causados en la adquisición del dominio del mundo superan cualquier descripción: la invasión y conquista del Nuevo Mundo a partir de 1492, en particular, se cobró un número aterrador de vidas y, además de provocar la destrucción de culturas y pueblos enteros de americanos nativos, impuso el traslado de millones de africanos para atender a las necesidades de los vencedores en el Nuevo Mundo. Por otra parte, hubo momentos en que las luchas endémicas entre los Estados occidentales parecieron desterrar la paz por completo: la Guerra de los Treinta Años (1618-1648) devastó la mayor parte de Alemania y de muchos países vecinos; las guerras revolucionarias y napoleónicas (1792-1815) asolaron Europa desde Lisboa hasta Moscú; las dos guerras mundiales del siglo xx estuvieron a punto de destruir las civilizaciones que las habían provocado.

Este lado oscuro ha suscitado una condenación tajante. La *Iliada* de Homero, redactada en el siglo viii a.C. pero compuesta mucho antes, muestra ya a un comandante (Aquiles) angustiado por los costes de la

acción militar que está a punto de emprender; según el relato de la Guerra del Peloponeso ofrecido por Tucídides, la asamblea ateniense sopesó igualmente en el siglo V a.C. los posibles beneficios de la propuesta de expedición contra Sicilia, comparándolos con las probables pérdidas. La historia de Roma escrita por Tácito está plagada de dirigentes vanidosos e ineficaces que derrocharon hombres y materiales al servicio de malas causas, en el lugar equivocado y en el momento inadecuado, y rezuma un cáustico escepticismo cuando describe la despiadada brutalidad que acompañaba a la victoria. Los poetas, dramaturgos y novelistas occidentales han sometido también una y otra vez a juicio, y (a veces) al ridículo, las gestas de los guerreros, desde *Las troyanas* de Eurípides y *Lisístrata* de Aristófanes hasta películas como *La gran ilusión*, *Apocalypse Now* y *Salvar al soldado Ryan*, o memorias personales como *Tormentas de acero* o *Nacido el 4 de julio*, pasando por los corrosivos poemas de Wilfred Owen y Siegfried Sassoon o novelas de guerra como *Simplicissimus*, *Guerra y paz*, *Fields of Fire* o *Trampa 22*. Además, desde el 390 d.C., cuando el arzobispo Ambrosio de Milán obligó al emperador Teodosio a hacer penitencia por haber masacrado a 7.000 personas en acciones de represalia, la Iglesia cristiana ha exigido también una conducta responsable tanto al declarar una guerra como al librarla –al menos entre cristianos.

La práctica de hacer a los guerreros occidentales objeto de críticas artísticas, literarias o religiosas ha suscitado constantemente debates tanto sobre las intenciones como sobre los procedimientos de los beligerantes. Sin embargo, paradójicamente, esos constantes debates, más que impedir la actitud agresiva de Occidente, la refinaron y ratificaron en muchas ocasiones, pues la necesidad de justificar cada una de las acciones ofensivas indujo a realizar cuidadosas campañas de propaganda que enardecieron la opinión pública e incrementaron el apoyo a la declaración de hostilidades, consiguiendo así que las guerras, en vez de ser menos generalizadas y destructivas, lo fueran más.

La práctica occidental de la guerra mostró también a lo largo del tiempo otras notables regularidades. En la mayoría de las épocas tratadas en la presente *Historia* destaca la primacía de los soldados de a pie, desde los hoplitas de la Grecia antigua hasta los reclutas de la Guerra de Vietnam: es cierto que, actualmente, la artillería, los tanques y la aviación han eclipsado un tanto a los soldados de infantería, pero ésta no ha perdido nunca su carácter esencial, ni siquiera durante la invasión de Irak de 2003. Además, la actividad más común de la infantería en la mayoría de las épocas desde el tiempo de los griegos ha sido el asedio. Occidente ha demostrado una extraordinaria predilección por las fortificaciones defensivas complejas, desde Jericó (la primera ciudad amurallada del mundo), en el 8500 a.C., hasta las trincheras del frente occidental durante la Primera Guerra Mundial; y las operaciones militares

han estado dominadas por la exigencia de que, antes de continuar su avance, los ejércitos tomaran los centros fortificados, tanto si eran castillos como ciudades. Por otra parte, los asedios no sólo han sido numerosos, sino también largos: en el siglo V, París resistió cinco años a los francos mandados por Clodoveo, mientras que Ostende, en el siglo XVII, al igual que Leningrado y Sarajevo en el XX, aguantaron durante tres años, y un sinnúmero de otras plazas lo hicieron a lo largo de toda una campaña.

La capacidad logística para mantener fuerzas armadas en acción durante periodos prolongados constituye otro de los rasgos constantes de la guerra occidental. Los asedios forman también parte de otras tradiciones militares. Los ejércitos chinos, por ejemplo, procuraban sistemáticamente tomar ciudades fortificadas; pero su enorme tamaño (que superaba a menudo los 100.000 soldados) obligaba a decidir con rapidez, pues, con tantas bocas que alimentar, no se podía perder tiempo en laboriosos bombardeos preparatorios y en trabajos de atrincheramiento y minado, tan apreciados por los comandantes europeos. La mayoría de los asedios chinos concluían, por tanto, con un asalto en masa. En Occidente, en cambio, los ejércitos de tierra de más de 100.000 hombres fueron raros hasta el siglo XVIII; los distintos Estados dirigían, en cambio, sus esfuerzos a aplicar planes que requerían más capital que mano de obra. Para ello se solían dedicar más recursos al desarrollo tecnológico, la disciplina y la capacidad de resistencia que a aumentar el número de tropas, según indicamos en la Introducción. Una vez que Occidente comenzó a poner su capacidad industrial al servicio de sus empresas militares en el siglo XVIII, esa estrategia resultó irresistible. Así, la participación de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial hizo que el país experimentara la expansión mayor, más rápida y más constante jamás registrada: entre 1941 y 1945, su producto interior bruto creció un 50 por 100, la producción de acero se duplicó, la construcción naval se multiplicó por diez, y la producción de aviones por once. En concreto, Estados Unidos botó en esos años 51 millones de toneladas de embarcaciones mercantes, a un ritmo de tres barcos diarios, y algunas de esas naves pasaron de la fase de inicio a la de botadura en cuatro días y medio (al menos con fines de exhibición); al mismo tiempo fabricó también un total de 300.000 aviones, alcanzando un nivel máximo de 250 diarios en 1944.

La decisión estratégica de los dirigentes norteamericanos –y de otros en distintos momentos y lugares– de poner a disposición de la guerra recursos prodigiosos fue un factor esencial para igualar las innovaciones tanto tácticas como tecnológicas realizadas con éxito por sus adversarios. A lo largo del siglo XX abundan los ejemplos de invenciones rápidas seguidas por imitaciones igualmente rápidas; el caso, tal vez, más espectacular es el que se dio en el terreno de la tecnología atómica (donde

el monopolio nuclear de Estados Unidos duró sólo cuatro años, de 1945 a 1949); pero ese mismo proceso de copia se había dado también en épocas anteriores. Así, en 1314, en la batalla de Bannockburn (Escocia), las tropas de Roberts Bruce adoptaron deliberadamente contra los caballeros ingleses la misma técnica de combate de infantería empleada doce años antes con éxito en Courtrai por los soldados de a pie flamencos contra las fuerzas francesas (véanse páginas 93). De la misma manera, en los siglos XV y XVI, cada innovación en las armas de pólvora y en las fortificaciones pasaba con rapidez de un Estado a otro (véase el capítulo 6).

Aunque la mayoría de las sociedades, si no todas, han mostrado cierta capacidad para aprender de la derrota e imitar los métodos militares utilizados con acierto por sus adversarios, Occidente fue poco común en este sentido en cuatro aspectos. En primer lugar, la fragmentación política casi permanente de Europa, unida al carácter agresivo inculcado por sus valores guerreros, generó una competencia prolongada e intensa que primaba considerablemente la adaptación e innovación rápidas en el seno de unas estructuras institucionales duraderas. En segundo lugar, debido en parte al elevado coste de los cambios militares, Occidente desarrolló no sólo una base fiscal amplia, sino también una extensa red de crédito que permitió tanto un cúmulo de inventos onerosos como la distribución de su coste a lo largo de periodos más amplios. Esas razones han hecho que la historia militar de Occidente, en especial a partir de 1400, haya estado salpicada por una serie de revoluciones tecnológicas y tácticas nada baratas: las armas de pólvora, las fortalezas artilladas, el barco «acorazado», la división de blindados, las armas nucleares, las bombas «inteligentes». Y cada una de esas revoluciones ha exigido respuestas rápidas en aquellos adversarios capaces de aprovechar los recursos económicos necesarios y de reestructurar su economía para que la tecnología militar pudiera recibir apoyo suficiente.

En tercer lugar, Occidente acostumbró a juzgar las innovaciones militares en función, sencillamente, de criterios de eficacia. Algunas civilizaciones de otras regiones rechazaron determinadas tácticas o técnicas de demostrable superioridad por motivos culturales o religiosos: así, la aristocracia militar del Egipto de los mamelucos se negó a utilizar armas de fuego en combate porque no encajaban en su manera tradicional de hacer la guerra, lo cual condujo directamente al derrocamiento de los mamelucos por los turcos otomanos en 1517. Los guerreros europeos, en cambio, estuvieron siempre dispuestos a adoptar cualquier arma o táctica que les ofreciera alguna ventaja.

Finalmente, en cuarto lugar, aunque China desarrolló también la instrucción en orden cerrado para la infantería tanto en la época clásica como en el siglo XVI, los soldados occidentales demostraron una sensibilidad singular para las ventajas de «mantenerse unidos y a ritmo» (según la atinada expresión de William McNeill) mediante adiestramien-

to. Tucídides describía cómo los espartanos marcharon al combate en la batalla de Mantinea, el 418 a.C., «lentamente y al ritmo de la música de muchos flautistas que tocaban entre sus filas a fin de mantener el paso y avanzar de manera constante sin romper la formación». La instrucción del ejército macedonio, documentada algo más tarde por Eliano, fue la base de la adoptada en el siglo XVII por los holandeses –y más tarde por otros ejércitos occidentales–. Las maniobras en formación realizadas por el ejército romano según la descripción de Vegecio inspiraron igualmente posteriores imitaciones (veánse páginas 48 y 87). La antigua tradición occidental de la participación popular en la guerra podría explicar muy bien esta constante importancia dada a la instrucción. Tanto los ejércitos de ciudadanos de Grecia y la República romana en la Antigüedad, como las milicias de la Edad Media y los ejércitos de reclutas de Europa y Estados Unidos a partir del siglo XIX, necesitaban ser «adiestrados» con rapidez para la vida militar –cosa que no ocurría con los soldados profesionales– y un mecanismo ideal para ello eran las maniobras realizadas con precisión y al unísono. Pero a esas ventajas se sumó otra durante el siglo XVII: la combinación del adiestramiento y el empleo de armas de pólvora para producir fuego por descargas, perfeccionado mediante una práctica constante, resultó ser el principal puntal de la práctica occidental de la guerra –y la clave de la expansión de Occidente– durante los tres siglos siguientes (veáse página 161).

Este hincapié en las finanzas, la tecnología, el eclecticismo y la disciplina ha otorgado a la práctica occidental de la guerra su singular capacidad de recuperación y su carácter mortífero. Por un lado, las guerras entre Estados occidentales han tendido a producir una costosa situación de tablas: la Guerra del Peloponeso en la Grecia clásica, la Guerra de los Cien Años en la Edad Media, la Guerra de los Treinta Años, la Guerra Civil norteamericana y las dos guerras mundiales fueron testigos de cómo unos Estados luchaban durante periodos mucho más prolongados de lo que la mayoría de los observadores (y participantes) habían creído posible. Por otro lado, las guerras libradas por Occidente contra otras sociedades han resultado por lo general breves y relativamente baratas, pues la fórmula occidental le proporcionaba una ventaja decisiva. En la Guerra del Peloponeso murieron muchos más griegos que los que cayeron para detener las invasiones de los persas (en la expedición contra Sicilia, del 415 al 413 a.C., perdieron la vida cerca de 40.000 atenienses, frente a sólo 192 en Maratón, el 490 a.C.); en las guerras civiles libradas entre el 43 y el 31 a.C. encontraron la muerte muchos más legionarios romanos que en todos los desastres sufridos en Germania y Partia. Por otra parte, grupos pequeños de guerreros occidentales conseguían resultados notables en el extranjero. El ejército de Alejandro Magno, formado por menos de 50.000 hombres, marchó desde Grecia hasta el Indo y destruyó un imperio de millones de personas entre el 334 y el 323 a.C. En 1650 d.C., fuer-

zas occidentales habían logrado controlar Siberia, la mayor parte de América, sectores de las Filipinas y otras varias islas y archipiélagos en aguas del sur y sureste de Asia, así como un rosario de enclaves comerciales y ciudades fortificadas en torno a las costas de Asia y África. En 1850 se habían sumado a esas posesiones casi toda la India y Asia austral; y en 1914 había ocurrido otro tanto con África y una gran parte de Asia sudoriental y central. Casi todas esas incorporaciones se produjeron mediante el ejercicio del poder militar en una serie de guerras cortas y decisivas.

Guerras del presente

¿Perdurará esta pauta? El sorprendente éxito inicial de las fuerzas de Gran Bretaña en las Malvinas (1982) y de la Coalición en las dos guerras del Golfo (1991 y 2003) podría dar a entender una continuidad; pero esos tres conflictos se libraron exactamente de la manera precisa para la que habían sido adiestradas las fuerzas occidentales –tomar o recuperar un territorio enfrentándose a un agresor armado convencional–. Les bastó con volver a situarse en el Atlántico Sur o en el Próximo Oriente y luchar allí en vez de hacerlo en Europa. Además, Occidente ha destacado siempre por su capacidad para enviar fuerzas militares a teatros de operaciones distantes, como en las campañas de Alejandro y César, las Cruzadas y la conquista del hemisferio occidental, la represión del Motín de la India y de los bóer, la Guerra del Pacífico y las guerras del Golfo.

En los años noventa, las fuerzas armadas de los principales Estados occidentales experimentaron una serie de cambios interrelacionados que mejoraron esa capacidad para trasladar fuerzas militares a frentes distantes. Estos cambios se suelen conocer con el acrónimo inglés «RMA», de la expresión «Revolution in Military Affairs» (Revolución en Asuntos Militares), acuñada por el Office of Net Assessement del Pentágono para referirse a «la interacción entre los sistemas que recogen, procesan, fusionan y comunican información y los que aplican la fuerza militar» para posibilitar una «violencia precisa». La RMA consiste en la sinergia entre tres elementos: en primer lugar, unos servicios de inteligencia, vigilancia y reconocimiento puestos al día; en segundo lugar, unos recursos de mando, control, comunicación, informática y espionaje avanzados; y en tercer lugar, unas municiones guiadas con precisión. Es significativo que todos sus componentes principales hayan estado presentes durante décadas. En 1943, tanto Estados Unidos como Alemania comenzaron a emplear «armas inteligentes», dirigidas contra blancos (fijos o móviles) mediante señales de radio enviadas desde la plataforma de lanzamiento; en 1958, EEUU empezó a utilizar misiles de precisión guiados contra objetivos móviles; y una década después entraron en servicio los primeros misiles del tipo «dispara y olvídate», que no requerían ser guiados por una persona.

Los satélites se utilizaron por primera vez en labores de reconocimiento en 1961, y para comunicaciones en 1965; los primeros ordenadores tácticos entraron en uso en 1966; el primer correo electrónico se envió en 1972. Sin embargo, cada uno de esos elementos se empleó operativamente de manera aislada, hasta que el hundimiento de la Unión Soviética puso fin a la amenaza nuclear (al menos temporalmente) en 1989; sólo entonces, justo a tiempo para la Guerra del Golfo, comenzaron los militares a integrar esas innovaciones en un «sistema de sistemas».

La actual RMA depende de una de las características distintivas de la práctica occidental de la guerra: una fuerte inversión en investigación y tecnología para compensar una acusada inferioridad numérica y, más recientemente, para contrarrestar la aversión a sufrir bajas. La base de las actividades de investigación tecnológica en Occidente ha sido notablemente amplia, al menos desde los tiempos de Mauricio de Nassau (véase página 161). Esas actividades dependen de la comprensión y el aprovechamiento de las regularidades e irregularidades percibidas *en toda* la naturaleza para crear un amplio fondo de conocimiento que se expande de manera secuencial en función de condicionamientos previos. Esto permite a distintos individuos formular preguntas y acabar dando respuestas simultáneas en muchos terrenos de investigación diferentes. Según escribía Francis Bacon en 1620, «el camino que lleva a la ciencia no es, como el que conduce a la filosofía, una senda que sólo puede ser recorrida por una sola persona en un determinado momento». Seis años antes, Bacon había expuesto en su *Nueva Atlántida* que la ciencia experimental podría realizarse en instituciones de estudio, como su imaginaria «Casa de Salomón», con un equipo de treinta y tres investigadores (sin contar los ayudantes de investigación) divididos en observadores, experimentadores, recopiladores, intérpretes y «comerciantes de luz» –personas que viajaban para recabar conocimientos–. Al cabo de no mucho tiempo, los estudiosos de la filosofía natural habían formado en Inglaterra sociedades que se atenían a las propuestas de Bacon, como el «Invisible College», que acabaría convirtiéndose en la Royal Society. Otros Estados occidentales siguieron aquella corriente.

Los conocimientos compartidos por los estudiosos occidentales en muchos ámbitos diferentes tuvieron una consecuencia importante: los descubrimientos tendían a producirse en conjuntos y, por tanto, se reforzaban mutuamente. A veces, esos racimos de descubrimientos se producían por competencia, cuando varios Estados en guerra intentaban obtener una ventaja tecnológica; en otras ocasiones, quienes se dedicaban a la investigación en lugares distintos llegaban a una misma conclusión de manera casi simultánea, sencillamente porque habían partido de premisas similares. A menudo los avances no eran predecibles, pues es raro (a pesar de la irritación experimentada por los gobiernos a lo largo del tiempo) que los descubrimientos se obtengan

por encargo; no obstante, tal como predijo Bacon, la investigación paciente y los tediosos experimentos en que se basa han incrementado continuamente la suma del conocimiento científico en Occidente.

Las culturas donde falta esta base amplia –por ejemplo, las que respaldan creencias «fundamentalistas» que buscan la verdad en la revelación o el instinto y no en la experimentación, o aquellas donde el Estado se entromete en los detalles de la investigación– pueden realizar, no obstante, avances científicos; pero estos avances tenderán a ser (según expresión de Robert Merton) «técnicas aisladas». Los avances «aislados» se descubren normalmente por casualidad, y «aunque sus repercusiones puedan resultar, a veces, importantes, los posteriores refinamientos y adaptaciones tienden a ser limitados y no tardan en producir rendimientos decrecientes». Esto explica en parte por qué a pesar de que un señor de la guerra japonés inventó tanto la contramarcha como las descargas de mosquetería en la década de 1560 –treinta años antes de que lo hicieran Mauricio de Nassau y su primo–, ambas innovaciones no pasaron de ser unas «técnicas aisladas» que fueron abandonadas cuando Japón «dejó el fusil» a mediados del siglo XVII.

El hecho de que la práctica de la guerra en Occidente dependiera de personas que investigaban simultáneamente en muchos terrenos conllevaba dos consecuencias importantes (o «riesgos asumidos», en el lenguaje actual). En primer lugar, todas las innovaciones significativas requieren mucho tiempo hasta su completa aplicación. Para perfeccionar el fuego por descargas hicieron falta seis años (desde un esbozo inicial de la maniobra ideado por Guillermo de Nassau en 1594, hasta su primer despliegue en acción en la batalla de Nieuwpoort en 1600) y once para desarrollar la bomba atómica (del 4 de julio de 1934, cuando Leo Szilard patentó en Londres la idea de una reacción atómica en cadena –especificando que una de sus consecuencias sería una «explosión»–, hasta el 6 de agosto de 1945, día en que estalló sobre Hiroshima la bomba «Little Boy»). El segundo «riesgo asumido», debido a la fuerte dependencia de las instituciones militares respecto de la investigación y la tecnología, es la necesidad de la participación de especialistas civiles. Según Andrew Krepinevich, analista estratégico, «las tecnologías que garantizan una revolución militar suelen desarrollarse fuera del sector militar, para ser luego "importadas" y explotadas en aplicaciones militares». Por un lado, algunos de sus componentes se elaboran o reciben su primer uso en países extranjeros: en este sentido, las fuerzas egipcias fueron las primeras en emplear tanto misiles tácticos como armas «inteligentes» contra un objetivo en movimiento, empleo que constituye uno de los componentes de la actual RMA. Por otro lado, ningún país aislado puede proporcionar en su totalidad la multitud de componentes requeridos por los distintos sistemas de armamento: Estados Unidos depende de Alemania, Japón y Corea del Sur en lo referente al suministro de «recambios» para sus principales armamentos.

La participación de expertos en tantos campos y especialidades supone, naturalmente, un riesgo para la seguridad. También lo supone el hecho de que muchos otros países se han dotado ya de numerosos componentes de la RMA, especialmente de programas informáticos. Para desafiar a un adversario occidental, sus enemigos no necesitan reproducir todos los elementos del «sistema de sistemas»: podrían bastarles los necesarios para dar en el blanco de uno o más componentes esenciales o para crear un grado de «fricción» tan elevado (aparte y además de las complicaciones normales que pueden poner en peligro una campaña) que Occidente pierda su ventaja decisiva. En el futuro, el origen de esa clase de amenazas no será tanto una potencia soberana cuanto un contrincante situado en el ciberespacio.

En realidad, son pocas las hostilidades recientes declaradas por potencias soberanas en las que se han utilizado arsenales de alta tecnología: al contrario, el 90 por 100 de los conflictos declarados desde 1945 han sido guerras civiles libradas con armas relativamente sencillas –pauta que continuará, probablemente, en el siglo XXI debido a que las guerras de alta tecnología, que dan prioridad a un adiestramiento riguroso, un respaldo logístico imponente y un abundante arsenal actualizado plantean exigencias que pocas sociedades pueden satisfacer–. Lamentablemente, las guerras libradas con arsenales menos avanzados, y en especial las guerras civiles, tienden a ser más brutales y a provocar más bajas civiles. En las guerras entabladas en Europa durante el siglo XIX y principios del XX, las bajas militares sumaban entre el 70 y el 80 por 100 del total. En cambio, desde 1945, la mayoría de los aproximadamente cincuenta millones de personas muertas en guerra han sido civiles –cifra que ascendió al 70 por 100 en Vietnam–. Además, casi todas ellas murieron por heridas infligidas por armas baratas y de producción masiva con munición de pequeño calibre. A veces bastaban las armas tradicionales: la mayoría de los 500.000 a 800.000 tutsis muertos en Ruanda en 1994 en un periodo de tres meses perdieron la vida a machetazos.

Las matanzas de las guerras civiles tampoco fueron producto, normalmente, de una violencia masiva, de una «guerra de todos contra todos» en una sociedad irremediablemente dividida, según dieron a entender algunos en su momento (a menudo para justificar la no intervención). Estudios posteriores han revelado que en Ruanda, como en Bosnia, Kosovo, Liberia, Sierra Leona, Somalia y otros lugares, las masacres fueron obra de pequeños grupos, formados muchos de ellos por criminales profesionales. En Ruanda, por ejemplo, la cifra máxima de asesinos «duros» hutus fue de 50.000, mientras que otros 150.000, quizá, desempeñaban una función de apoyo –pero incluso esa suma total representaba sólo el 10 por 100 de la población hutu masculina de más de trece años–. La inmensa mayoría de los hutus no participó en la masacre; en consecuencia, habría sido relativamente fácil detener a quienes la llevaron a cabo. De la misma manera, aun-

que más de ochenta grupos de irregulares chantajearan al país en Bosnia y en Croacia en los años noventa, la mayoría eran agrupaciones reducidas. Así, el núcleo de los «Tigres», un grupo muy temido de serbobosnios dirigidos por Zeljko Raznjatovic («Arkan»), estaba formado, como máximo, por 200 hombres, la mayoría miembros del Club Oficial de Aficionados del equipo de fútbol de Belgrado Estrella Roja, cuyo presidente había sido Arkan. El grupo sumaba en conjunto menos de 1.000 miembros, que, sin embargo, asesinaron a cientos de personas, tal vez a miles, y robaron y saquearon a lo grande. Según un analista de las guerras de Yugoslavia, la gente a la que agradaba la violencia de manera activa y «deseaba hacer daño a los demás» era sólo «entre un 1 y un 5 por 100 de cualquier población o nación». Para esa pequeña minoría, tanto de los Balcanes como de otras partes, la «guerra es una ensoñación hecha realidad», pues la ausencia de limitaciones impuestas por el gobierno le permite vivir sus sueños. Y en los noventa se vivieron, realmente, en el mundo entero.

El vínculo entre guerra civil, tecnología sencilla y brutalidad no es irrompible. La explicación dada por George Grivas para justificar las tácticas guerrilleras utilizadas por él en los años cincuenta contra el Chipre británico constituye una observación válida:

> Nuestra forma de guerra, en la que cayeron unos pocos cientos en cuatro años, era mucho más selectiva que la mayoría, y hablo como alguien que ha visto campos de batalla cubiertos de muertos. No golpeábamos al azar, como el piloto de un bombardero. Sólo disparábamos contra soldados británicos, que nos habrían matado si hubiesen sido los primeros en abrir fuego, y contra civiles traidores o agentes de los servicios de espionaje.

Pero en la mayoría de las guerras civiles se han realizado escasos intentos por distinguir entre acciones bélicas cualitativas y cuantitativas, pues los objetivos políticos pueden llevar a las fuerzas de un bando a intentar exterminar al otro, y no sólo a derrotarlo. Los estudiosos han aportado un número considerable de pruebas que dan a entender que Francisco Franco, líder de la insurrección nacionalista en España desde 1936, rechazó deliberadamente cualquier opción que pudiera haber traído consigo un fin rápido de la Guerra Civil para poder matar así al mayor número de adversarios republicanos. Las guerras civiles del sureste asiático, África, América Central y Yugoslavia –y también, en menor medida, las de Irlanda del Norte y el Líbano– se han caracterizado por unas pautas muy similares, pues la ferocidad provoca represalias y, de ese modo, acaba por institucionalizarse, desembocando en una espiral de atrocidades que descarta cualquier compromiso político. En general, estos conflictos no suelen ser tampoco susceptibles de resolverse mediante el empleo de armas complejas, pues esta clase de arsenal requiere transporte

aéreo. La experiencia de Rusia en Afganistán en los años ochenta, de la campaña de bombardeo de la OTAN en Kosovo en 1999 y de la campaña aérea contra los combatientes talibanes en las montañas de Tora Bora, en Afganistán, en 2001-2002, confirmó el veredicto de la Guerra de Vietnam (1965-1973): es casi imposible erradicar unas fuerzas guerrilleras desde 4.500 metros de altura con armas convencionales.

De hecho, es difícil solucionar cualquier guerra civil, a no ser mediante la derrota completa de un bando. El problema radica en la necesidad de las partes beligerantes de alcanzar un acuerdo que les permita vivir de nuevo juntas en una única comunidad. Dada la dificultad de dividir el poder político, y puesto que los arreglos para un reparto del mismo son normalmente de breve duración, la facción más débil no suele atreverse a deponer las armas por temor a ulteriores represalias. Sólo la intervención de un poder externo capaz de negociar un acuerdo y aplicar, a continuación, sus previsiones, tiende a producir una paz de compromiso; pero a menudo, como ocurrió en los casos de Sri Lanka o el Líbano, el alto el fuego se mantiene únicamente mientras permanezca en escena un gran número de fuerzas aportadas por el negociador.

No obstante, no ha dejado de haber conflictos convencionales entre Estados soberanos –como lo atestiguan las guerras entre árabes e israelíes, los ataques de Irak contra Irán y, luego, contra Kuwait, el conflicto de las Malvinas y la invasión de Irak por las fuerzas de la Coalición en 2003–. Además, muchos gobiernos siguen invirtiendo grandes sumas de dinero en armas convencionales: Oriente Medio y el norte de África cuentan, probablemente, con más soldados, aviones, misiles y demás arsenales que cualquier otra parte del mundo, mientras que los países en vías de desarrollo gastaron en conjunto cerca de 150.000 millones de dólares en armas y ejércitos sólo en 1988, lo cual constituye un indicio de que el futuro entraña nuevos conflictos. Las guerras convencionales resultan también difíciles de terminar, a no ser que una de las partes se rinda sin condiciones. Pocos gobiernos entablan negociaciones serias mientras se hallan en lucha, pues hacerlo podría implicar debilidad, suscitar presiones internas para llegar a acuerdos o provocar disensiones con los aliados. En vez de ello, intensifican el conflicto –mediante el empleo de nuevas armas y recursos o lanzando ataques contra objetivos y frentes nuevos– y, por tanto, lo prolongan. La guerra entre Irán e Irak, que duró ocho años y causó cientos de miles de bajas, constituye una terrible advertencia del posible coste de las futuras guerras entre Estados.

Las guerras del futuro

Desde 1945 no se ha matado a nadie deliberadamente con una bomba nuclear. A pesar de que desde los años cuarenta hasta los ochenta las

superpotencias acumularon inmensos arsenales, y de que en los setenta y los ochenta la respuesta inicial de las fuerzas de la OTAN a un ataque soviético contra Europa exigía el lanzamiento de armas atómicas tácticas, ambos bandos consideraron la guerra nuclear como la «peor catástrofe posible». Los otros dos o tres Estados que poseían armas atómicas, además de ellos, pensaban de la misma manera.

Sin embargo, a raíz del hundimiento de la Unión Soviética, el mundo entró en un periodo de mayor proliferación nuclear. Aparte de la Federación Rusa, tres miembros más de la Comunidad de Estados Independientes (Ucrania, Bielorrusia y Kazajistán) se convirtieron en 1991 en potencias nucleares; también lo fueron la India y Pakistán, que realizaron con éxito pruebas con armas nucleares en 1998, como lo hicieron (al parecer) Corea del Norte en 2007, e Irán en 2008. Con el tiempo, dos, tres o cuatro Estados de cada región importante del mundo conseguirán armas nucleares. La mayoría de ellos, especialmente los que cuentan con zonas densamente pobladas y fuerzas armadas reguladas con rigor, considerarán, probablemente, las bombas nucleares como el elemento disuasorio definitivo y sólo las emplearán en una situación desesperada (durante la acerba disputa por Cachemira mantenida en 2002, tanto la India como Pakistán evitaron formular amenazas nucleares). Pero otros Estados, algunos, quizá, con población muy dispersa, y otros con fuerzas armadas escasamente controladas, podrían ver la cuestión bajo una luz distinta. Además, las armas nucleares no seguirán siendo los únicos agentes de destrucción masiva. Varios Estados agresivos han mostrado interés por desarrollar armas químicas y biológicas, menos costosas y más fáciles de utilizar.

Desde un punto de vista militar, el mundo posterior a la guerra fría se parece a la situación existente después de otros conflictos importantes que concluyeron con una victoria clamorosa: al desaparecer el «imperio del mal», un sentimiento de euforia generó presiones para que se repartieran los «dividendos de la paz». Tras la Primera Guerra Mundial, el gobierno británico declaró que, «con vistas a formular cálculos para los servicios militares, debía partirse del supuesto de que, en un momento dado, no habrá ninguna guerra importante en un periodo de diez años»; esta «regla de los diez años» no se rescindió hasta 1932 y no quedó desbancada hasta 1937. Sería una precipitación por parte de los dirigentes occidentales suponer que tras la guerra fría no va a presentarse algún problema importante, tal como surgieron la Alemania nazi y el Japón imperial en los años treinta. La posibilidad de que Occidente se enfrente a otra amenaza militar considerable no será, tal vez, inminente, pero no se puede descartar permanentemente.

Además, el número y la naturaleza de las amenazas contra la seguridad internacional a las que se enfrenta Occidente se agravan. Por un lado, las causas tradicionales de la guerra –como las disputas fronterizas

y las luchas por la independencia– siguen en pie. En el África subsahariana, por ejemplo, donde las fronteras coloniales fueron trazadas sin tener en cuenta la hostilidad persistente entre tribus distintas, es raro que los gobiernos funcionen como focos de lealtad, y las tensiones étnicas han producido un sinnúmero de guerras civiles en la mayoría de los cuarenta y cinco Estados de la región, al margen de si son grandes (como Nigeria, con su guerra de Biafra en 1967-1970) o relativamente pequeños (como Liberia, en situación de guerra civil desde 1990, o Sierra Leona, en estado de anarquía durante la mayor parte de los años noventa). Por otra parte, han surgido nuevas amenazas, como la creciente presión por los recursos terrestres y marítimos provocada por un crecimiento demográfico incontrolado sumado a unas cosechas cada vez menores en muchas zonas del mundo. Cualquier cosa que ponga en cuestión la salud, prosperidad, estabilidad social y paz política de un país puede contemplarse enseguida como una amenaza para su seguridad nacional y, por tanto, como una posible causa de guerra.

En estos momentos, sobre todo, los terroristas ponen en cuestión el dominio militar de Occidente. No les faltan ni dinero ni recursos: el primero proviene de los profundos bolsillos de quienes rechazan los valores occidentales; y los segundos, de las filas de quienes los odian. El terrorismo no es una novedad, por supuesto. En Occidente, las despiadadas campañas de asesinato y destrucción llevadas a cabo a finales del siglo XX por el Ejército Republicano Irlandés (IRA) en el Reino Unido y por ETA (organización separatista vasca) en España marcharon por una senda muy trillada: muchos otros, desde los extremistas protestantes y católicos de los siglos XVI y XVII hasta los anarquistas de finales del XIX y principios del XX, habían actuado de modo muy similar. Sin embargo, era raro que los terroristas occidentales adoptaran la estrategia utilizada por los musulmanes libaneses en el siglo XII: asesinar a sus enemigos políticos mediante misiones suicidas. Su nombre se ha introducido en todos los idiomas de Occidente: eran los *hassasin*, los Asesinos. En 1983, Estados Unidos recibió un brutal recordatorio de la supervivencia de aquella tradición cuando un atentado con bomba perpetrado por musulmanes suicidas destruyó la base de los marines de EEUU en Beirut. Quince años después, varios musulmanes suicidas hicieron volar por los aires dos embajadas de África, dando muerte a 200 personas y mutilando a miles más; en 2000, los integrantes de otro grupo musulmán sacrificaron sus vidas para hacer estallar una barca cargada de explosivos junto al navío estadounidense *Cole*, matando a diecisiete norteamericanos e hiriendo a otros cuarenta y nueve. En el caso más espectacular de todos, quince musulmanes secuestraron al año siguiente tres aviones y los estrellaron deliberadamente contra las Torres Gemelas del World Trade Center y el Pentágono, causando la muerte de, por lo menos, 3.000 personas.

Los norteamericanos estaban ya familiarizados con el terrorismo: la prensa y las emisoras de televisión de EEUU informaban con regularidad sobre cómo las bombas del IRA habían matado y mutilado a miles de civiles en Inglaterra e Irlanda del Norte. También estaban habituados a que las cifras de bajas no fueran simétricas. En la Guerra del Golfo (1991), la Coalición perdió apenas 200 combatientes, pero dio muerte a más de 100.000 iraquíes; los norteamericanos no sufrieron tampoco pérdidas en los «ataques quirúrgicos» de 1998-1999 contra Sudán, Afganistán y Yugoslavia, mientras ellos mismos causaban, una vez más, considerables bajas. En todos esos escenarios bélicos fueron otros quienes padecieron los desastres. El 11 de septiembre de 2001, unos secuestradores que no disponían de técnicas de «invisibilidad» dirigieron con destreza contra sus objetivos tres de los cuatro aviones que habían adquirido gratis, con una precisión y un efecto destructivo iguales a los de un misil de crucero Tomahawk, que cuesta 2 millones de dólares. Aunque los secuestradores padecieron un 100 por 100 de bajas, su «índice de letalidad» superó una proporción de 200 a 1 y provocaron daños inmediatos por miles de millones de dólares –por no hablar de los costes económicos del incremento de la seguridad a partir de aquel momento y del trauma psicológico derivado del destrozo de la supuesta invulnerabilidad.

Es cierto que, incluso en este panorama tan complejo, hay consideraciones favorables a los planificadores occidentales (aparte del hecho de disponer de un inmenso arsenal nuclear). En primer lugar, según ha señalado John Keegan, los enfrentamientos del pasado se han producido generalmente en un ámbito relativamente reducido y podrían mantener esa tendencia. El agua, por ejemplo, cubre aproximadamente el 70 por 100 de la superficie del mundo (en su mayor parte en forma de océanos); sin embargo, casi todos los combates navales importantes han tenido lugar en una pequeña parte de esa extensión, y habitualmente a unas pocas millas de la costa. Hay lugares por los que se ha luchado en repetidas ocasiones –como el mar del Norte (escenario de las batallas de Sluis en 1340, de la derrota de la Armada española en 1588, de unos veinte enfrentamientos en las guerras angloholandesas del siglo XVII, de la batalla de Camperdown en 1797, y de la de Jutlandia en 1916) o los estrechos del Mediterráneo central (la batalla de Actio, en el 31 a.C., se libró notablemente cerca de la de Lepanto en 1571, que fue, a su vez, el punto exacto de la de Naupacto, el primer combate naval auténtico de la Guerra del Peloponeso)–. De manera similar, el 70 por 100, aproximadamente, de la tierra firme del planeta suele hallarse a demasiada altitud o ser demasiado fría o demasiado árida para la realización de operaciones militares; estas zonas tienen, pues, poca o ninguna historia militar. En cambio, en una reducida fracción del globo se ha desarrollado, como en el caso de los enfrentamientos navales, una actividad militar despropor-

cionadamente alta. Los ejércitos han luchado una y otra vez por algunos emplazamientos: la cuenca de Beocia, cerca de Tebas, en Grecia, lugar de nueve batallas entre la de Platea, el 479 a.C., y la de Queronea, el 338 a.C.; los Países Bajos; la llanura lombarda; o Sajonia. Edirne, la antigua Adrianópolis de la Turquía europea, testigo de quince batallas o asedios entre 323 y 1913, ostenta, al parecer, el récord. La explicación de este tipo de frecuencia suele ser geográfica: Edirne se halla en la última llanura de Europa, por lo que los invasores procedentes de ambas direcciones han necesitado tomarla y apoderarse de sus recursos antes de seguir avanzando. Entre los emplazamientos frecuentados por los ejércitos se hallan otras llanuras fértiles rodeadas de montañas, bosques o desiertos, junto con los accesos estrechos que conducen a ellas. La naturaleza ha ejercido, asimismo, una fuerte influencia en la actividad militar por medio del clima. Hasta fechas recientes era raro que se realizaran operaciones de éxito en los meses de invierno; e incluso en la Segunda Guerra Mundial, las lluvias anuales de marzo y octubre, designadas por los rusos con la precisa denominación de *raspútitsa,* o «temporada sin caminos», solían provocar el cese de cualquier movimiento militar en el frente del este y resultaron ser un impedimento aún mayor que el famoso invierno ruso.

A pesar de las continuas mejoras en la tecnología militar, las fuerzas convencionales actúan, al parecer, casi en los mismos momentos y lugares que antes (aunque, según demuestran las Malvinas, Afganistán y las guerras del Golfo, hasta los climas inhóspitos pueden acabar siendo teatros de operaciones cuando es necesario); y esta concentración geográfica simplifica de manera espectacular la tarea de planificar la guerra. Además, los actuales sistemas de vigilancia al servicio de las fuerzas occidentales constituyen un seguro desconocido anteriormente frente a las amenazas que se materializan de forma inesperada. Durante las guerras del Golfo, satélites de reconocimiento observaban el movimiento de las fuerzas enemigas, señalaban la ubicación de instalaciones militares e indicaban el grado de los daños causados; satélites de alerta temprana proporcionaban información previa sobre ataques inminentes; satélites de comunicación permitían un contacto continuo entre los cuarteles generales y las unidades en acción; y satélites meteorológicos predecían las condiciones óptimas para cualquier iniciativa. Aunque la «fricción», la «niebla» y las ambigüedades de la guerra pueden hacer peligrar en todo momento la utilización apropiada de esa masa de datos, la panoplia de instrumentos de vigilancia ha reducido sustancialmente las posibilidades de que quienes los poseen sean víctimas de una sorpresa estratégica –si bien el éxito de Israel al controlar e inutilizar el sistema de alarma anticipada de fabricación rusa, mientras sus aviones destruían un posible reactor nuclear en 2007 sirviéndose de un arma electrónica conocida por el nombre de «Suter», demuestra que la sorpresa sigue siendo posible.

Sin embargo, estos sistemas complejos, como las armas que complementan, requieren un gasto enorme. El futuro de la práctica occidental de la guerra y, por tanto, del estilo de vida de Occidente y del ventajoso sistema económico en que se sustenta depende en última instancia de tres cosas: una capacidad constante para gestionar las crisis internacionales e impedir que se conviertan en conflictos armados, cuyo resultado es siempre impredecible; la disposición continua a correr con los gastos (humanos y materiales) de la defensa frente a amenazas que no son inmediatamente visibles; y el mantenimiento del control político de las fuerzas armadas de un Estado, pues, según el memorable aforismo atribuido a George Clemenceau, arquitecto de la victoria francesa en la Primera Guerra Mundial, «la guerra es un asunto demasiado serio para dejarlo en manos de los militares».

En cuanto a lo primero, siempre existe el riesgo de que los Estados occidentales (u occidentalizados) repitan el error cometido tan a menudo en el pasado –dos veces en el siglo XX– y emprendan hostilidades mutuas que les lleven a descargar unos sobre otros su aterradora capacidad de destrucción. Podría ser cierto que, según ha afirmado John Mueller (un reconocido politólogo) en un estudio reciente,

> la institución de la guerra se halle claramente en declive en algunos aspectos importantes. Ciertas variedades de guerra normales, en realidad clásicas –sobre todo las grandes guerras o las entabladas entre países desarrollados–, se han vuelto tan raras e improbables que se podría pensar que están cayendo en desuso, si es que no están obsoletas. La guerra internacional en sentido más general, la guerra civil convencional, la guerra colonial y la guerra civil ideológica se hallan también, al parecer, en una situación de notable declive.

No obstante, según señala Mueller en otro lugar de su obra *The Remants of War [Lo que queda de la guerra]*, un solo individuo carismático puede alterar esa situación. En los años treinta sólo había un dirigente que deseaba realmente la guerra: Adolf Hitler; en los primeros años del siglo XXI, sólo un dirigente mundial quería de verdad la guerra con Irak: George W. Bush. En ambos casos estalló una guerra a la que la mayor parte del mundo se oponía desesperadamente.

La segunda condición para el mantenimiento de la superioridad militar de Occidente presenta dos facetas. Por un lado, debe darse una determinación inflexible de utilizar la fuerza en circunstancias extremas, aunque ello suponga inevitablemente alguna pérdida. La intervención de Estados Unidos en Vietnam (1965-1973) y Somalia (1992-1994) se vio seriamente comprometida por la renuencia pública a aceptar bajas: la repugnancia de la población ante la vista de las «bolsas de cadáveres» que repatriaban a los soldados muertos para entregárselos a sus

afligidas familias ayudó a precipitar la ignominiosa retirada. Sometido a esas limitaciones, hasta el aparato militar más poderoso y bien equipado no pasa de ser un alarde vacuo. Según la frase lapidaria de Eliot A. Cohen, destacado analista de asuntos de defensa,

> una exigencia poco reflexiva de «proteger las fuerzas» como primera misión de los soldados norteamericanos, por delante de cualquier objetivo en función del cual se expondrían al peligro, refleja falta de voluntad para aceptar lo que significa el empleo de la fuerza; hoy día, el significado de esa propuesta no es dilapidar la fuerza temerariamente, sino conservarla de manera ligeramente menos temeraria.

Por otro lado, la continuidad del éxito militar de Occidente requiere también una inversión económica elevada e ininterrumpida. La guerra de Irak, por ejemplo, costó a los contribuyentes norteamericanos 200.000 millones de dólares en 2003 y 2004, y 12.000 millones mensuales en 2008. ¿Está dispuesta la población de Estados Unidos a soportar indefinidamente esa carga –por más que las bajas militares sean escasas–, si no se tienen pruebas claras de que la operación está haciendo que el mundo y su propio país sean más seguros? En 1692, John Hampden, escritor inglés de temas políticos, planteó esa misma pregunta (y le dio respuesta) durante la gran guerra contra Luis XIV de Francia. «El nervio de la guerra», escribió, «está hecho de grandes sumas de dinero».

> Nuestra costosa experiencia nos ha enseñado que los impuestos elevados son absolutamente necesarios para mantener ejércitos y armadas que son el requisito de nuestra seguridad, y para la defensa de nuestra religión y derechos civiles; no obstante, si logramos esos fines, nadie pensará a la larga que hemos pagado demasiado por ellos.

En el siglo XXI, como en el XVII, «quién paga y por qué» es una cuestión tan esencial para la conducción de la guerra en Occidente como la de «quién lucha y por qué»; y lo más importante de todo es, quizá, una conformidad de perspectivas entre ambas cuestiones.

La tercera condición de la que depende la actual cultura militar triunfante de Occidente es un control político eficaz de las fuerzas armadas en todos los Estados. Según ha señalado Eliot Cohen, es raro que encomendar la conducción de la guerra moderna a soldados profesionales haya producido victorias duraderas. Los sucesivos gobiernos de EEUU entre 1965 y 2001, en particular, han dejado en gran medida la ejecución de la guerra en manos de sus asesores militares de mayor rango. Dichos gobiernos no escogieron a los generales adecuados, no mantuvieron con ellos un diálogo significativo sobre temas estratégicos y operacionales, y no formularon prioridades ni mantuvieron las proporciones en unos

conflictos que, a fin de cuentas, no pasaban de ser secundarios. En resumen, los políticos perdieron la perspectiva de lo que necesitaban hacer para dirigir una guerra –tanto en Vietnam, donde se presenció una «mortífera combinación de estrategia inadecuada y control civil excesivamente débil», como en la Guerra del Golfo, donde los políticos aceptaron desastrosamente la estrecha definición de «victoria» propuesta por los militares como el «éxito en el campo de batalla», más que el «logro de la estabilidad en el golfo Pérsico». En cambio, fue raro que George W. Bush y su secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, escucharan un consejo que les llevase la contraria: marginaron al secretario de Estado Colin Powell, que había sido presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor durante la primera Guerra del Golfo y poseía, por tanto, un cúmulo de experiencias de detalle, y silenciaron a cualquier militar que los cuestionara. Cuando, poco antes de la invasión de Irak, el general Eric Shinseki, jefe de Estado Mayor del ejército, dijo al Comité de Servicios Armados del Senado que se necesitarían «varios cientos de miles de soldados» para ocupar con eficacia el país tras la victoria, fue ridiculizado por Paul Wolfowitz, el segundo de Rumsfeld (página 413).

Según Cohen, el éxito militar de Occidente depende de un «diálogo desigual» entre los militares y sus patronos civiles. Se trata de un «diálogo en el que ambas partes expresan sus opiniones sin tapujos, en algunos casos, incluso, de manera ofensiva, y no una vez, sino en repetidas ocasiones –un diálogo también desigual por el hecho de que la autoridad última del dirigente civil será inequívoca e incuestionable». Además, al prepararse para ese diálogo, los líderes occidentales que han actuado con éxito han escuchado normalmente no sólo a sus asesores militares, sino también a expertos en lingüística; no sólo a analistas de defensa, sino también a filósofos; no sólo a científicos especialistas en cohetería, sino también a historiadores. Así, la invención del fuego por descargas de mosquetería en Europa durante la década de 1590 se debió exclusivamente a que los primos Mauricio y Guillermo Luis de Nassau, tras estudiar en la universidad con Justus Lipsius, quien había pedido reintroducir la disciplina y las prácticas de las legiones romanas descritas por los autores clásicos, habían leído luego a algunos de éstos, sobre todo a Eliano (véase página 161). De la misma manera, el conde Alfred von Schlieffen dedujo su famosa estrategia del «doble cerco», o «en pinza», con la que casi se derrotó a Francia en 1914, de la lectura del vívido relato de Hans Delbrück sobre la victoria de Aníbal en la batalla de Cannas (216 a.C.), en el volumen I de su *Geschichte der Kriegskunst [Historia del arte de la guerra]*. Finalmente, la tragedia de 1914 expuesta en el libro de Barbara Tuchman *Los cañones de agosto* tuvo una función importante en la desactivación de la crisis cubana de los misiles. El 13 de octubre de 1962, Chester Bowles, enviado especial del presidente Kennedy, preguntó al embajador ruso en Washington si ha-

bía leído el libro (y cuando Dobrynin le respondió que no, Bowles pasó a resumirle los primeros capítulos). Dos semanas más tarde, Kennedy dijo a su hermano Bobby: «No voy a emprender un rumbo que permita a alguien escribir sobre esta época un libro comparable titulado *Los misiles de octubre*». («Si es que queda alguien para poder escribir después de esto», añadió melancólico.)

Pero el «diálogo desigual» no tiene como única exigencia recabar y digerir información pertinente de todas las fuentes disponibles, incluidos los especialistas civiles –sin olvidar a los de nuestros aliados–, sino que requiere también formar, a partir de todo ello, una corriente de averiguaciones, sondeos y sugerencias para presentárselos a los militares. Aunque sólo desacreditaron a sus generales y almirantes en raras ocasiones, todos los grandes líderes de épocas bélicas –Lincoln, Clemenceau, Churchill– fueron unos criticones de primera categoría. Y todos ganaron su correspondiente guerra. El diálogo desigual no les granjeó, por supuesto, el cariño de sus generales y almirantes. Dos meses después del Día D, sir Alan Brooke, presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, escribió sobre Churchill en su diario: «Nunca he admirado y despreciado simultáneamente a un hombre tanto como a él». Churchill no vio nunca esa entrada del diario, pero de haberla visto es probable que no le hubiese importado. En una conversación con otro oficial de alta graduación que se excusaba tras discrepar «con gran convicción» de una propuesta del primer ministro, Churchill se limitó a sonreír y dijo: «Ya sabe, en la guerra no hay que ser amable, basta con tener razón». Su consejo es hoy tan pertinente como lo fue hace medio siglo: para mantener su ventaja militar, Occidente debe seguir «teniendo razón» –y la mejor forma de lograrlo consiste en atenerse a las tradiciones descritas en este libro.

NOTAS*

Los pasajes griegos y romanos se citan según los números de los manuscritos y pueden ser identificados con facilidad mediante esas citas en casi todas las traducciones modernas.

Introducción: La práctica occidental de la guerra

[7] Sun Tzu, *The Art of War,* ed. de S. B. Griffith, Oxford, 1963, p. 77.

[8] Baron A. H. Jomini, *The Art of War,* eds. de G. H. Mendell y W. P. Craighill, Westport, 1977, p. 47.

[11] C. von Clausewitz, *On War,* eds. de M. Howard y P. Paret, Princeton, 1984, pp. 228, 258; cita tomada de J. L. Axtell, *The European and the Indian. Essays in the Ethnohistory of Colonial North America,* Oxford, 1981, p. 140; W. Rodney, *A History of the Upper Guinea Coast 1545-1800,* Oxford, 1970, p. 237.

[15] Citado por J. Brewer, *The Sinews of Power. War, Money and the English State, 1688-1783,* Cambridge, MA, 1988, pp. 187 y 91.

[16-17] J. P. Coen a los directores de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, 27 de diciembre de 1614, desde Java, citado en H. T. Colenbrander, *Jan Pieterszoon Coen. Levenbeschrijving,* La Haya, 1934, p. 64.

Capítulo 1. Génesis de la infantería

[22] D. D. Luckenbill, *Ancient Records of Assyria and Babylonia,* I, Chicago, 1926, p. 84, #243; Jos 6, 20-1.

---

* Las notas son referenciadas de acuerdo a la página en la que aparece cada cita.

[24] Focílides, *Fragmento* 4; Alceo, *Fragmento* 28a (cfr. Tucídides, *La guerra del Peloponeso*, 7.77.7); Jenofonte, *Económico* 5.14.

[25] Plutarco, *Vida de Licurgo*, 22.2-3.

[26] Jenofonte, *Helénicas* (*Historia de Grecia*) 6.4.11; Jenofonte, *Anábasis* 3.2.18; cfr. 3.2.27-8; Arquíloco, *Fragmento* 114; Tirteo, *Fragmento* 11.314.

[27] Tucídides, *La guerra del Peloponeso* 4.96.4; Tucídides, *La guerra del Peloponeso* 7.44.8; Jenofonte, *Memorables* (*Recuerdos de Sócrates*) 3.1.6.

[28] Estrabón, *Geografía* 10.448; Plutarco, *Moralia* (*Obras morales*) 234 E44; Polibio, *Historia de Roma* 13.3.2-6.

[29] Tucídides, *La guerra del Peloponeso* 1.15.

[30] Esquilo, *Los persas* 49-50; Heródoto, *Historia* (*Las guerras médicas*) 7.9.2.

[31] Platón, *Las leyes* 707C; Esquilo, *Los persas* 814-816, 1001-3, 240.

[32] Plutarco, *Moralia* (*Obras morales*) 214 A72 y 216 F 3; Aristóteles, *La política* 3.1279b 3-5.

[33] Tucídides, *La guerra del Peloponeso* 2.16.

[34] Tucídides, *La guerra del Peloponeso* 7.87.

[35] Jenofonte, *Helénicas* (*Historia de Grecia*), 4.3.19.

Capítulo 2. De la falange a la legión

[37] Demóstenes, 9 (*Tercera filípica*) 47-9; Jenofonte, *Ingresos* (o *Recursos económicos*), 2.3-4.

[38] Jenofonte, *Ingresos* (o *Recursos económicos*) 5.13; Jenofonte, *Helénicas* (*Historia de Grecia*) 7.5.27.

[39] Isócrates 8 (*Sobre la paz*) 55; Escoliasta de Demóstenes 2 (*Segunda olintíaca*) 17.

[40] Ifícrates, citado en Plutarco, *Vida de Pelópidas* 2.1; Onasandro, *El estratégico* 28.1; Polibio, *Historia de Roma* 18.30.910.

[41] Polibio, *Historia de Roma* 18.31.5-6; Mnesímaco, fragmento cómico 7 (cfr. Ateneo, 10.421b).

[42] Demóstenes 11 (*Carta contra Filipo*) 22; Demóstenes 9 (*Tercera filípica*) 49-51; Inscriptiones Graeccae (*Inscripciones griegas*) 11.2 5226.

[43] Antíoco, citado en Jenofonte, *Helénicas* (*Historia de Grecia*) 7.1.38; Agesilao, citado en Jenofonte, *Vida de Agesilao* 7.5-6.

[45] Frontino, *Estratagemas* 4.1.6; Polieno, *Estratagemas* 4.2.10.

[47] Antígono Gónatas, citado en Esteobeo, *Antología* 4.13.46; Plutarco, *Vida de Emilio* 19.3; Pirro, citado en Frontino, *Estratagemas* 4.1.3.

[48] Polibio, *Historia de Roma* 18.32.3-4; Polibio, *Historia de Roma* 18.32.9-11.

[49] Livio, *Historia de Roma* 42.34; Polibio, *Historia de Roma* 15.15.7.

[50] Livio, *Historia de Roma* 8.8; Livio, *Historia de Roma* 44.39; Livio, *Historia de Roma* 8.8.

Capítulo 3. La práctica romana de la guerra

[54] Tácito, *Anales* 1.35; Scriptores Historiae Augustae, *Vida de Probo* 9.35.

[55] Apiano, *Las guerras civiles* 1.7.

[56] Vegecio, *Compendio de asuntos militares* (*Epitoma rei militaris*) 1.6; Alejandro Severo, citado en Scriptores Historiae Augustae, *Vida de Alejandro Severo* 52.3.

[59] Valerio Máximo, 2.3.2.

[60] Suetonio, *Vida de Julio César* 37.

[62] Dión Casio, *Historia romana* 74.11.2-6 y 78.36.1-3.

[63] Frontón, *Cartas, Lucio Vero* 19 (*Ad Verum* 2.1.19); Adriano, citado en Frontón, *Cartas*, P4 11 (2.208); C. C. Edgar, A. E. R. Boak, J. G. Winter *et al.*, *Papyrus in the University of Michigan Collection*, Ann Arbor, 1931, p. 466, 18-32.

[64] Josefo, *La guerra judía* 3.102-7; Vegecio, *Compendio de asuntos militares* 1.1.

Capítulo 4. Las murallas romanas

[71] Scriptores Historiae Augustae, *Vida de Alejandro Severo* 58, 4-5.

[72] *Theodosiani Libri cum constitutionibus Sirmondianis et Leges Novellae*, vols., eds. T. Mommsen y P. Meyer, Berlín, 1905, 2 *CTh*, VII, 13.16; *CTh*. *Nov*. *Val*. V.1; Pactus, II 22, en *XII Panegyrici Latini*, ed. de E. Baehrens, Leipzig, 1874.

[78] Gregorio de Tours, *Historiarum libri X*, libro II, cap. 32, ed. Bruno Krusch y Wilhelm Levison, *Scriptores rerum Merovingicarum: Monumenta Germaniae Historica*, Hannover, 1951, 1.1.

[81] *Die Sachsengeschichte des Widukind von Korvei*, 1, 35, eds. de H.-E. Lohmann y P. Hirsch, *Scriptores Rerum Germanicarum*, Hannover, 1935.

[85] *Reginonis Abbatis Prumiensis Chronicon, an.* 882, ed. de F. Kurze, *Scriptores in usum scholarum: Monumenta Germaniae historica*, Hannover, 1870.

[86] *Annales qui dicuntur Einhardi, an. 782*, ed. de F. Kurze, *Scriptores in usum scholarum: Monumenta Germaniae Historica*, Hannover, 1895.

Capítulo 5. Armas nuevas, tácticas nuevas

[93] Thomas Gray, *Scalacronica*, ed. de J. Stevenson, Edimburgo, Maitland Club, 1836, p. 142. El testimonio de Gray referente a la relación entre

Courtrai y Bannockburn es de excepcional interés; Gray fue un caballero inglés capturado por los escoceses que escribió durante su cautiverio. Doy las gracias a Clifford J. Rogers por haber dirigido mi atención a este documento.

[95] Citado por R. Boutrouche, «The Devastation of Rural Areas During the Hundred Years' War and the Agricultural Recovery of France», en P. S. Lewis (ed.), *The Recovery of France in the Fifteenth Century*, Londres, 1972, p. 26.

[101] Jean Froissart, *Chroniques*, ed. *de* Kervijn de Lettenhove, III, 196; *Chronicon Galfridi le Baker de Swynebroke*, ed. de E. M. Thompson, Oxford, 1889, p. 68.

[105] Citado en R. Vaughan, *Charles the Bold*, Londres, 1973, p. 163.

Capítulo 6. La revolución de la pólvora

[107] R. Barret, *The Theorike and Practike of Modern Warres, Discoursed in Dialogue*, Londres, 1598, pp. 2-3; R. Williams, *A Briefe Discourse of Warre*, en J. X. Evans (ed.), *The Works of Sir Roger Williams*, Oxford, 1972, p. 33.

[108] F. W. Brie (ed.), *The Brut, or the Chronicles of England*, Londres, 1906, I parte, pp. 281-282; citas tomadas de C. J. Rogers, «The military revolutions of the Hundred Years' War», *Journal of Military History* LVII (1993), p. 265.

[110] J. Hogan (ed.), *Letters and Papers Relating to the Irish Rebellion between 1642-1646*, Dublín, 1936, p. 73: los lores jueces de Dublín al Parlamento inglés, 8 de julio de 1642; Laparelli, citado por V. Schmidtchen, *Kriegswesen im späten Mittelalter. Technik, Taktik, Theorie*, Weinheim, 1990, p. 206.

[111] Andrés Bernáldez, *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*, citado por W. F. Cook, «The cannon conquest of Nasrid Spain and the end of the Reconquista», *Journal of Military History* LVII (1993), p. 43; Francesco Guicciardini, *The History of Italy*, ed. de J. R. Hale, Nueva York, 1964, pp. 153-154; N. Machiavelli, *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio* (escritos en 1519, publicados en 1531), libro II, cap. 17.

[112] Informe sobre la necesidad de fortificar Bolonia, citado en R. J. Tuttle, «Against Fortifications: the Defence of Renaissance Bologna», *Journal of the Society of Architectural Historians* XLI (1982), p. 198.

[112-113] Fourquevaux, *Instructions sur le faict de la guerre*, París, 1548, f. 85.

[115-116] Carl von Clausewitz, *On War*, ed. de M. Howard y P. Paret, Princeton, [2]1984, pp. 487, 596.

[116] *Nueva colección de documentos inéditos para la historia de España*, V, Madrid, 1894, p. 368: Don Luis de Requeséns a Felipe II, 6 de octubre de 1574; British Library, *Additional* Ms 28,388 fos. 70v-71, Requeséns a don Gaspar de Quiroga, agosto de 1575.

[117] Sir William Cecil, citado por S. Adams, «Tactics or politics? "The military revolution" and the Hapsburg hegemony», en J. A. Lynn (ed.), *Tools of*

War. Instruments, Ideas, and Institutions of Warfare, 1445-1871, Urbana, 1990, p. 46.

Capítulo 7. Navíos de línea

[123] Inscripción citada en Joseph Needham, Ho Pin-Yu, Lu Gwei-Djen y Wang Ling, *Science and Civilisation in China*, V, VII parte: *Military Technology, the Gunpowder Epic* (Cambridge, 1986) p. 297.

[123-124] R. C. Temple (ed.), *The Travels of Peter Mundy*, III, I parte, Londres, 1919, Hakluyt Society, 2.ª serie, XI, V, pp. 198, 203.

[124] Kervijn de Lettenhove (ed.) *Oeuvres de Jean Froissart*, V (Bruselas, 1873) p. 259, n. 9, p. 265. Esta versión de la crónica de Froissart data de *ca*. 1400, por lo que se puede sospechar a partir de sus afirmaciones sobre sucesos ocurridos medio siglo antes. Sin embargo, es altamente significativo que en 1400 considerara «necesarios» para la defensa de un barco «cañones y culebrinas» (agradezco a Clifford J. Rogers esta observación); K. R. deVries, «A 1445 Reference to Shipboard Artillery», *Technology and Culture* XXXI (1990) pp. 818-829.

[125] Cita tomada de G. Parker, *The Military Revolution. Military Innovation and the Rise of the West 1500-1800*, Cambridge, 1988, p. 89.

[129] *Instrucciones* dictadas por el rey Manuel de Portugal en febrero de 1500, en W. B. Greenlee (ed.), *The Voyage of Pedro Alvares Cabral to Brazil and India*, Londres, 1938, Hakluyt Society, 2.ª serie, LXXXI, p. 183; Fernando Oliveira, *A arte da guerra do mar*, Lisboa, 1555 (reimpresión: Lisboa, 1983) fol. XLVIII.

[130] S. y E. Usherwood, *The Counter-Armada, 1596. The «Journall» of the Mary Rose*, Londres, 1983, p. 77.

[131] J. S. Corbett, *Fighting Instructions 1530-1816*, Londres, 1905, Navy Records Society, XXIX, 100.

[132] Alocución de lord Torrington ante el tribunal militar que lo juzgaba en noviembre de 1690, citada en J. Ehrman, *The Navy in the War of William III 1689-1697. Its State and Direction*, Londres, 1953, p. 350.

[134] G. Correa, *Lendas da India*, I.i, Coimbra, 1922, pp. 329-332; João Ribeiro, *Fatalidade historica da Ilha de Ceilão*, citado por C. R. Boxer, *Portuguese Conquest and Commerce in Southern Asia, 1500-1750*, Londres, 1985, cap. 11, 11.

Capítulo 8. La conquista de América

[137] Luis Arranz (ed.), *Cristóbal Colón. Diario de a bordo*, Madrid, 1985, p. 91.

[138] L. Arranz (ed.), *Cristóbal Colón. Diario de a bordo*, cit., pp. 170-171. Los arcos turcos estaban reforzados con cuerno de ganado vacuno. Entre los animales indígenas americanos no hay ninguno con cuernos largos, por lo que la dureza de los arcos era para los nativos tan extraña como el hierro.

[139] H. J. Biggar (ed.), *The Voyages of Jacques Cartier*, Ottawa, 1924, p. 135; René Laudonnière, *L'Histoire notable de la Floride située ès Indes Occidentales* (1586; París, 1958) pp. 113-114.

[146] *The Diario*, 75.

[147] Jean de Forest, citado en Jean-Marcel Hurault, *Français et Indiens en Guayane*, París, 1972, p. 73.

[148] Instrucciones adicionales a Verhulst, abril de 1625, en *Documents Relating to New Netherland 1624-1626 in the Henry E. Huntington Library*, trad. y ed. por A. J. F. van Laer, San Marino, 1924, p. 934.

[151] Extractado en Alexander Brown (ed.), *Genesis of the American Nation*, 2 vols., Boston, 1890, I, p. 165.

Capítulo 9. La guerra dinástica

[153] Blaise de Monluc, *Commentaires*, ed. de J. Giono, París, 1964, libro 10; Roger Boyle, conde de Orrery, *Treatise on the Art of War*, Londres, 1677, p. 15.

[154] M. L. Doglio (comp.), *Lettere di Fulvio Testi*, III, Bari, 1967, p. 204, Testi a Francesco Montecuccoli, enero de 1641.

[156] Sieur de Fourquevaux, *Instructions sur le faict de la guerre*, París, 1548 fol. 6; *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, LXXIII, 433-6 (historia de los Países Bajos escrita por Alonso Vázquez); Carlos Coloma, *Las guerras de los estados baxos*, Amberes, 1635: edición de la *Biblioteca de Autores Españoles*, Madrid, 1948, p. 20. Ambos fueron testigos oculares.

[157] F. Deleito y Piñuela, *El declinar de la Monarquía Española*, Madrid, [2]1947, p. 177, citando a Mateo Alemán, *El Guzmán de Alfarache* (1599), y un manuscrito anónimo de 1610; Martín de Eguíluz, *Milicia, discurso y regla militar*, Madrid, 1592, fols. 68-69v, donde lamenta que «ahora» todos los soldados de España visten de negro. G. Davies (ed.), «The Autobiography of Thomas Raymond», *Camden Society Publications*, tercera serie, XXVII (1917), p. 40; S. Reid, *Scots Armies of the Civil War 1639-1652*, Leigh-on-Sea, 1982, p. 18.

[158] Orrery, *Treatise*, 29; Hopton al príncipe Ruperto, septiembre de 1643, y John Strachan a lord Percy, 9 de marzo de 1644, citado en M. D. G. Wanklyn, «The King's Armies in the West of England 1642-1646», Manchester University, tesis de MA, 1966, pp. 95, 98.

[160] Archivio di Stato, Parma, *Carteggio Farnesiane* 109 [*Paesi Bassi* 4], sin fol., Don Sancho de Londoño al duque de Parma, 21 de noviembre de 1568; *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, lxxv, 236-40: el duque de Alba a Gabriel de Zayas, 8 de julio de 1573.

[164] Opinión de un miembro del consejo de guerra de Tilly (diciembre de 1631) citada por S. Riezler, *Geschichte Bayerns*, V, Múnich, 1890, pp. 395-396.

[164-165] Sir James Turner, *Pallas Armata. Military Essayes of the Ancient Graecian, Roman and Modern Art of War*, Londres, 1683, p. 237.

[166] Armand-Jean Duplessis, cardenal Richelieu, *Testament politique*, 1637-1642; Ámsterdam, 1688, p. 296; pastores calvinistas en C. A. Campan (ed.), *Bergues sur le Soom assiégée*, Bruselas, 1867, reimpresión de un folleto original de 1623, p. 247; Oficial realista, citado en C. Carlton, *Going to the Wars. The Experience of the British Civil Wars 1638-1651*, Londres, 1992, p. 207.

[167] Instituto de Valencia de Don Juan, Envío 51 fol. 1, Mateo Vázquez (que era también capellán del rey) a Felipe II, 8 de febrero de 1591.

[168] W. Beech, *More Sulphur for Basing: or, God Will fearfully Annoy and Make Quick Riddance of his Implacable Enemies, Surely, Sorely, Suddenly*, Londres, 1645; Archivo General de Simancas *Estado* 547/3, Felipe II al duque de Alba, 14 de septiembre de 1571.

[169] C. Piot, *Correspondance du Cardinal de Granvelle*, XII, Bruselas, 1896, pp. 339-341, Felipe II a Parma, 17 de agosto de 1585; Bibliothèque publique et universitaire, Ginebra, *Ms Favre* 30/73v, Felipe II a don Luis de Requeséns, 20 de octubre de 1573; *Documentos inéditos para la historia de España*, II, Madrid, 1943, p. 140: el conde de Gondomar a Felipe III, 28 de marzo de 1619.

[170] Gerhardt y Locke, citados en T. K. Rabb, *The Struggle for Stability in Early Modern Europe*, Oxford, 1975, pp. 119 ss.; la Biblia de la familia campesina, en G. Parker, *La guerra de los Treinta Años*, Madrid, [2]2004, p. 233.

Capítulo 10. Estados en conflicto

[175] Tomado de Paul Sonnino, *Louis XIV and the origins of the Dutch War*, Cambridge, 1989, p. 172; Archives de Guerre, Service Historique de l'Armée de Terre, Vincennes, Francia, A[1] 1041, #303, Luis XIV al mariscal Catinat, 21 de julio de 1691.

[177] Behr, citado en Christopher Duffy, *The Fortress in the Age of Vauban and Frederick the Great, I660-1789*, Londres, 1985, pp. 13-14; Luis XIV, en una memoria impresa en Camille Rousset, *Histoire de Louvois*, I, París, 1862, p. 517; Carl von Clausewitz, citado en Jean Berenger, *Turenne*, París, 1987, p. 514.

[178] Kara Mustafá, citado en Duffy, *The Fortress*, p. 233.

[181] Pedro I, citado en Christopher Duffy, *Russia's Military Way to the West*, Londres, 1981, p. 24.

[185] Saint Germain, citado en M. Delarue, «L'education politique à l'armée du Rhin, 1793-1794», en Memoire de maîtrise, Université de Paris-Nanterre, 1967-1968.

[185-186] Federico, citado en *Frederick the Great on the Art of War*, ed. de Jay Luvaas, Nueva York, 1966, p. 74, y J. F. C. Fuller, *A Military History of the Western World*, II, Nueva York, 1957, p. 196.

[188] Directores, citados en G. Parker, *The Military Revolution*, Cambridge, 1988, p. 133.

[190] Napoleón, citado en Fuller, *Military History*, pp. 213-214.

[191] Coronel Horace St. Paul, citado por J. M. Black, *European Warfare, 1660-1815*, Londres, 1994, p. 65.

Capítulo 11. Naciones en armas

[197] Public Record Office, Londres, *Colonial Office* 5/236, p. 28, Howe al secretario de la Guerra, 20 de diciembre de 1776; Public Record Office, *Colonial Office* 5/236, pp. 8-21, Howe al secretario de la Guerra, 30 de noviembre de 1776.

[198] Public Record Office, *Colonial Office* 5/236, pp. 55-61, Howe al secretario de la Guerra, 2 de abril de 1777.

[199] Voltaire, *Oeuvres*, ed. de M. Beuchot, XXVII, París, 1829, p. 306.

[200] Guibert, *Ecrits militaires, 1772-1790*, París, 1977, p. 57.

[201] Mauricio de Sajonia, «My Reveries on the Art of War», trad. inglesa de T. R. Phillips, en *Roots of Strategy*, ed. de T. R. Phillips, Harrisburg, 1940, p. 201.

[202] Ley del 23 de agosto de 1793, en J. Mandival y E. Laurent (eds.), *Archives parlementaires*, I serie, LXXII, París, 1907, p. 688.

[203] Goethe, citado en J. F. C. Fuller, *A Military History of the Western World*, 11, Nueva York, 1957, p. 369.

[205] Napoleón, citado en D. Chandler, *The Campaigns of Napoleon*, Nueva York, 1966, p. 53. Los historiadores se preguntan si pronunció realmente esta arenga o, sencillamente, la urdió más tarde. En cualquier caso, ilustra sus actitudes. Las fechas dadas según el calendario revolucionario se presentan de acuerdo con el calendario gregoriano.

[210] Federico, citado en Fuller, *Military History*, p. 197.

[211] Pelet, en G. Rothenberg, *The Art of War in the Age of Napoleon*, Bloomington, 1978, p. 157; arenga de Napoleón del 7 de septiembre de 1812, en Chandler, *Campaigns*, p. 799.

[213] Scharnhorst, citado en Rothenherg, *The Art of War in the Age of Napoleon*, p. 190; orden, en Gordon A. Craig, *The Politics of the Prussian Army, 1640-1945*, Oxford, 1955, p. 43.

[217] Carta de Nelson a lady Hamilton, en Fuller, *Military History*, 389.

Capítulo 12. La industrialización de la guerra

[234] Grant, teniente general de EEUU, *Personal Memoirs of U.S. Grant*, Nueva York, 1982, p. 191.

[235] Lincoln, citado en J. M. McPherson, *Battle Cry of Freedom, The Civil War Era*, Nueva York, 1988, p. 585.

[237] Grant, *Personal Memoirs of U.S. Grant*, 366.

[239] Shelby Foote, *The Civil War, A Narrative*, III, *Red River to Appomattox*, Nueva York, 1974, p. 295.

[241] Sherman, citado en W. L. Fleming, *Civil War and Reconstruction,* Nueva York, 1905, p. 76.

[242] Grant, citado en McPherson, *Battle Cry of Freedom*, p. 778; Sheridan, citado en M. Howard, *The Franco-Prussian War, The German Invasion of France, 1870-1871,* Nueva York, 1969, p. 380.

[245] Bismarck, citado en Stanley Chodorow y MacGregor Knox, *The Mainstream of Civilization,* Nueva York, 1989, p. 745.

Capítulo 13. Hacia la guerra mundial

[258] Sheridan, citado en R. Debs Heinl, Jr., *Dictionary of Military and Naval Quotations,* Annapolis, 1966, p. 155.

[268-269] Winston Churchill, *The World Crisis,* Toronto, 1931, p. 6.

[279] Bethmann-Hollweg, citado en sir Llewellyn Woodward, *Great Britain and the War of 1914-1918,* Boston, 1967, p. 24; Grey, citado en Heinl, *Dictionary of Military and Naval Quotations,* p. 363.

Capítulo 14. Occidente en guerra

[285] Barbara W. Tuchman, *The Guns of August,* Nueva York, 1962, p. 415.

[292] Churchill, citado en A. Moorehead, *Gallipoli,* Nueva York, 1956, p. 157.

[294] Pétain, citado en A. Horne, *The Price of Glory, Verdun 1916,* Nueva York, 1962, pp. 156-157.

[295] Citado en Horne, *The Price of Glory,* 279-280, 188.

[296-297] Citado en A. H. Farrar-Hockley, *The Somme,* Londres, 1970, p. 139.

[298] Erich Ludendorff, *Ludendorff's Own Story, August 1914-November 1918,* Nueva York, 1919, pp. 24, 324.

[302-303] L. Wolff, *In Flanders Fields, The 1917 Campaign,* Nueva York, 1963, p. 361.

[306] Citado en Holger Herwig, «The Dynamics of Necessity: German Military Policy during the First World War», en *German Military Effectiveness,* I, ed. de Allan R. Millett y Williamson Murray, Londres, 1988, p. 99.

[314] R. Brooke, en J. Silkin, *The Penguin Book of First World War Poetry,* Londres, 1979, pp. 81-82; S. Sassoon, *The War Poems of Siegfried Sassoon,* Londres, 1919, p. 40.

Capítulo 15. El mundo en conflicto

[323] Hitler, citado en *Akten zur deutschen auswärtigen Politik (1936-41),* serie D, 22 de agosto de 1939.

[328] Guderian, citado en R. Doughty, *The Breaking Point, Sedan and the Fall of France, 1940,* Hamden, Connecticut, 1990, p. 1.

[334-335] J. Erickson, *The Soviet High Command*, Londres, 1962, p. 587.

[335] F. Halder, *Kriegstagebuch*, entrada del 3 de julio de 1941; F. Halder, *Kriegstagebuch*, entrada del 11 de agosto de 1941.

Capítulo 16. El mundo en guerra

[342] A. Verrier, *The Bomber Offensive*, Londres, 1968.

[355] *Time Magazine*, 8 de diciembre de 1941, p. 15.

[360] Allan K. Millett, *Semper Fidelis; The History of the United States Marine Corps*, Nueva York, 1980, p. 430.

[362] Winston Churchill, *Blood, Sweat and Tears*, Nueva York, 1941, p. 314.

Capítulo 17. El mundo de la posguerra

[369] Bradley, citado en R. F. Weigley, *The American Way of War, A History of United States Military Strategy and Policy*, Bloomington, Ind., 1973, p. 390.

[370] MacArthur, citado en Weigley, *The American Way of War*, p. 391.

[377-378] Dean Rusk, *As I Saw It* (Nueva York, 1990), pp. 208-210. El presidente Eisenhower aprobó el plan de la CIA para invadir Cuba en marzo de 1960, sólo dos meses antes de que Castro consiguiera el poder, e interrumpió las relaciones de EEUU con Cuba unos pocos días antes de entregar la presidencia a Kennedy, en enero de 1961.

[379] Los textos de las comunicaciones personales entre Kennedy y Jruschev, tomados de *Foreign Relations of the United States, 1961-1963*, vol. VI, están disponibles en internet en [www.state.gov].

[382] *Time Magazine*, 22 de octubre de 1965, p. 28.

[393] Sadam Husein, citado por J. Hoagland, *Washington Post*, 13 de septiembre de 1990, A33. El nombre completo del presidente de Irak entre 1979 y 2003 es Sadam Husein Abd al-Mayid al-Tikriti. «Sadam» es un título que se dio a sí mismo y cuyo significado en árabe es «el obstinado», «el que se enfrenta». «Husein» no es un apellido (en sentido occidental), sino el nombre propio de su padre, mientras que «Abd al-Mayid» es el de su abuelo, y «Al-Tikriti» significa que nació y se crió en (o cerca de) Tikrit. Dado que ni el nombre de «Sadam» ni el de «Husein» parecen adecuados por sí solos, el presente libro se refiere a él por ambos.

[396] M. Bowden, *Black Hawk Down, A Story of Modern War* (Nueva York, 1999), basado en los reportajes de Bowden para *The Philadelphia Inquirer; Black Hawk Down*, película dirigida por Ridley Scott (2002); *Delta Force V: Black Hawk Down*, juego de ordenador creado por Novalogic (2003).

[400-401] El líder bosnio Radovan Karadzic fue detenido y enviado a La Haya para ser juzgado el verano de 2007. Para entonces, de las 161 personas en-

causadas por el TPIY, sólo tres –entre ellas Ratko Mladic– se hallaban en paradero desconocido.

[404] «Military Report on Mesopotamia (Iraq)», 1922, citado en J. M. Black, *War. Past, Present and Future* (Stroud, 2000), p. 24.

[406] *The 9/11 Commission Report* (Washington, D.C., 2004), pp. 72-73, hace hincapié en la actitud complaciente generada por la facilidad con la que el FBI detuvo a algunos de los conjurados para atentar contra el World Trade Center en 1993. Sin embargo, en la p. 316, los redactores del informe señalan que la Autoridad Portuaria, responsable de la seguridad del WTC, mejoró considerablemente los procedimientos de evacuación a raíz del atentado: en 1993 costó cuatro horas evacuar el edificio, mientras que en 2001 casi todos los que no quedaron atrapados o no pudieron físicamente escapar abandonaron el complejo en menos de una hora; *The 9/11 Commission Report*, 60, cita el testimonio de Jamal Ahmed al-Fadl en el juicio *US vs Bin Laden* celebrado en 2001.

[407] *The 9/11 Commission Report*, 47, cita el «Texto del Frente Islámico Mundial que insta a la *yihad* contra judíos y cruzados» (23 de febrero de 1998), y «Hunting Bin Laden» (PBS *Frontline*, programa emitido en mayo de 1998.)

[408] *The 9/11 Commission Report*, 118, cita un editorial de *Economist*, «Punish and be damned», del 29 de agosto de 1998, y la indignación que provocó en Sandy Berger, asesor de la Seguridad Nacional; el cálculo actual de 3.023 personas asesinadas en los atentados del 11 de septiembre se refiere únicamente a aquellas de quienes se puede *demostrar* que murieron en el WTC o sus alrededores, en el Pentágono y a bordo de los aviones secuestrados. La cifra total de los fallecidos no se podrá saber nunca, pues el gobierno de EEUU –a diferencia del español tras los atentados del 11 de marzo de 2004– no ha tomado nunca medidas para comprobar cuántos inmigrantes ilegales perdieron la vida en el WTC.

[409] *The 9/11 Commission Report*, 337, cita el discurso pronunciado por el presidente el 20 de septiembre de 2001.

[410] *The 9/11 Commission Report*, 333-334, cita la Directiva Presidencial nº 9 sobre Seguridad Nacional (25 de octubre de 2001). El texto completo de la Directiva sigue siendo secreto; Lord Hutton, *Report of the Inquiry into the Circumstances Surrounding the Death of Dr David Kelly CMG*, Londres, 2004, párrafo 9.

[412] Aunque en estos momentos se puede consultar un abundante material sobre la manera en que el presidente Bush tomó la decisión de invadir Irak, muchos más documentos siguen siendo secretos –y el presidente tiene la intención de que lo sigan siendo durante un futuro próximo («Presidential Records Act Executive Order», EO 13,233, fechado el 1 de noviembre de 2001)–. Estos documentos secretos podrían arrojar una nueva luz sobre su decisión.

[412] McNamara –el secretario de Defensa que ocupó ese cargo durante el periodo más largo de la historia de EEUU (de 1961 a 1968)–, tras haber ser-

vido en las Fuerzas Aéreas de su país, trabajó quince años en la Ford Motor Company, hasta acceder a la presidencia de la empresa. Rumsfeld, el segundo secretario por años en el cargo (de 1975 a 1977 y de 2001 a 2006), tras haber servido como piloto de las Fuerzas Navales, trabajó en el mundo de los negocios durante más de veinte años, once de ellos como presidente del Consejo de Administración de grandes empresas.

[413] US Congressional Transcripts: Senate Armed Services Committee, 25 de febrero de 2003; testimonio prestado por el general Eric K. Shinseki; y House Budget Committee, 27 de febrero de 2003, testimonio prestado por el vicesecretario de Defensa, Paul Wolfowitz. Es digno de señalar que Wolfowitz (al igual que el vicepresidente Cheney) había eludido por completo el servicio militar mediante prórrogas por estudios, y que Rumsfeld (lo mismo que el presidente Bush) no habían participado nunca en combates.

[415] G. Packer, *The Assassins' Gate: America in Iraq*, Nueva York, 2005, p. 139.

[415] Puesto que el texto de la *National Security Presidential Directive 24*, fechado el 20 de enero de 2003 y titulado «Reconstrucción de Irak en la posguerra», sigue siendo secreto, sus contenidos sólo pueden deducirse a partir de lo ocurrido posteriormente.

[416] Packer, *Assassins' Gate*, 191, que cita a Garner, y 195, que cita a Hughes. [www.cpa-iraq.org/regulations] contiene facsímiles de todos los documentos firmados por Paul Bremer como administrador de la APC, comenzando por la Normativa 1 (su acta de creación) y la Orden 1 (para la desbaathificación), ambas del 16 de mayo de 2003, y la Orden 2 («Disolución de Instituciones»), del 23 de mayo de 2003. La Orden 13, del 22 de abril de 2004, por la que se crea el «Tribunal Penal Central de Irak», que juzgaría y condenaría a muerte a Sadam y sus lugartenientes, utilizó el nuevo lenguaje.

[418] Detalles de un documento estratégico de Al Qaeda, en R. A Pape, *Dying to win. The strategic logic of suicide terrores*, Nueva York, 2005, pp. 55-57.

[419] R. S. Chari, «The 2004 Spanish Election: Terrorism as a Catalyst for Change?», *West European politics*, XXVII (2004), pp. 954-963; el cuadro de la p. 958 muestra que en las elecciones de 2004 se depositaron 2 ½ millones más de votos que en las de 2000, con una participación electoral del 77 por 100, frente a casi un 70 por 100. Según Chari, quienes se abstuvieron el año 2000, además de quienes votaban por primera vez, apoyaron abrumadoramente a los socialistas en 2004, elevando el número de votos obtenidos por ellos de menos de 8 millones a casi 11 (los votos para el PP sólo descendieron de 10,3 millones a 9,6).

[421] El informe de ORB se puede consultar en [www.opinion.co.uk /Newsroom_details.aspx?NewsId=78]. Los resultados se basan en entrevistas personales realizadas entre el 12 y el 19 de agosto de 2007 entre lo que, según ORB, era una «muestra nacionalmente representativa» de 1.720 adultos de 18 años o más, pertenecientes a 15 de las 18 provincias de Irak (sólo 1.499 ac-

cedieron a responder a la pregunta sobre las muertes en su hogar). Las provincias de Kerbala y Al Anbar fueron excluidas por motivos de seguridad; Irbil lo fue debido a que las autoridades se negaron a otorgar un permiso al equipo de campo.

Epílogo: El futuro de la práctica occidental de la guerra

[428] L. Freedman, *The Revolution in Strategic Affairs* (Oxford, Oxford University Press, 1998), p. 11; C. S. Gray, *The American Revolution in Military Affairs: an Interim Assessment*, Londres, 1997, p. 14; A. W. Marshall, Director of the Office of Net Assessment, «Statement prepared for the Subcommittee on Acquisition and Technology, Senate Armed Service Committee» [EEUU], 5 de mayo de 1995. (Agradezco al Sr. Marshall haberme enviado una copia de sus importantes observaciones.)

[429] Francis Bacon, *Novum Organum* (Londres, 1620), libro I, aforismo CXIII.

[430] Robert K. Merton, «Singletons and Multiples in Scientific Discovery», en *Proceedings of the American Philosophical Society*, CV (1961), pp. 470-486. Sobre el experimento «aislado» de Japón con la contramarcha, véase G. Parker, «From the House of Orange to the House of Bush: 400 years of Revolutions in Military Affairs», en J. A. Lynn, (ed.), *Acta of the XXVIII International Conference of Military History* (Wheaton, IL, 2003), pp. 40-71; A. F. Krepinevich, «Cavalry to Computer. The Pattern of Military Revolution», en *The National Interest* (otoño de 1994), p. 39.

[432] J. Mueller, *The Remnants of War*, Ithaca, 2004, p. 114, cita a B. Hall, *The Impossible Country: a Journey through the Last Days of Yugoslavia*, Nueva York, 1994; Grivas, citado en R. Asprey, *War in the Shadows: the Guerrilla in History*, vol. 2, Nueva York, 1975, p. 992.

[434] R. Larson, *The British Army and the Theory of Armoured Warfare 1918-1940*, Newark, 1984, p. 34.

[438] Mueller, *Remnants*, 1; véase también la ilustración de la p. 87, que muestra la frecuencia decreciente de la guerra en 1946-2003.

[439] E. Cohen, *Supreme Command: soldiers, statesmen and leadership in wartime*, Nueva York, 2002, p. 203; J. Hampden, «Some considerations about the most proper way of raising money in the Present Conjuncture», en *Cobbett's Parliamentary History of England*, vol. 5, Londres, 1809, Apéndice VI, columna liv.

[440] Cohen, *Supreme Command*, pp. 185, 198, 209; W. Erfurth, *Der Vernichtungssieg. Eine Studie über das Zusammenwirken getrennter Heeresteile*, Berlín, Mittler & Sohn, 1939, pp. 58-76; US Department of State, *Foreign Relations of the United States, 1961-63. XI Cuban Missile Crisis*, Washington DC, 1988, pp. 26-28, «Report of conversation with Ambassador Dobrynin on Saturday, October 13 [1962]».

[441] R. F. Kennedy, *Thirteen Days: a Memoir of the Cuban Missile Crisis*, Nueva York, Norton, 1969, p. 105. JFK citó también en una conversación con su hermano mantenida el 23 de octubre de 1962 las lecciones aprendidas del libro de Tuchman (*ibid*., p. 40); Cohen, *Supreme Command*, 98, pp. 128.

GUÍA DE REFERENCIAS PARA LA HISTORIA DE LA GUERRA

CRONOLOGÍA
GLOSARIO
BIBLIOGRAFÍA

CRONOLOGÍA

***ca.* 4000 a.C.**	Desarrollo de la metalurgia: comienza la Edad del Bronce.
***ca.* 3000 a.C.**	Invención de la escritura.
***ca.* 2500 a.C.**	Empleo del arco y las flechas en la guerra.
***ca.* 2000 a.C.**	Invención del carro de guerra.
1600 a.C.	Periodo micénico en Grecia (hasta el 1200 a.C.).
910 a.C.	Imperio asirio (hasta el 606 a.C.).
***ca.* 650 a.C.**	Desarrollo del trirreme en Grecia.
600 a.C.	Imperio persa (hasta el 330 a.C.).
***ca.* 600 a.C.**	Invención de la acuñación de moneda.
490 a.C.	Primera expedición persa contra Grecia: batalla de Maratón.
	Comienzo de la expansión de Roma en Italia.
480 a.C.	Segunda expedición persa: batallas de Salamina y Platea (hasta el 479 a.C.).
431 a.C.	Guerra del Peloponeso (hasta el 404 a.C.).
415 a.C.	Expedición ateniense a Sicilia (hasta el 413 a.C.).
404 a.C.	Hegemonía de Esparta en Grecia (hasta el 371 a.C.).
401 a.C.	Expedición de Jenofonte y los «10.000» a Asia Menor (hasta el 399 a.C.).
***ca.* 400 a.C.**	Primera utilización de catapultas y onagros.
371 a.C.	Los tebanos derrotan a los espartanos en Leuctra.
371 a.C.	Hegemonía tebana en Grecia (hasta el 362 a.C.).
359 a.C.	Desarrollo de la falange macedónica (hasta el 338 a.C.).
338 a.C.	Filipo II de Macedonia derrota a los griegos en Queronea.
336 a.C.	Alejandro Magno, rey de Macedonia.
334 a.C.	Alejandro Magno invade Asia.
333 a.C.	Alejandro destruye el Imperio persa (hasta el 330 a.C.).
330 a.C.	Alejandro, rey de Persia.

327 a.C. Campaña de Alejandro en la India (hasta 325 a.C.).
323 a.C. Muerte de Alejandro.
***ca.* 320 a.C.** Euclides escribe los *Elementos de geometría*.
***ca.* 300 a.C.** Comienza el desarrollo de la legión romana (hasta el 200 a.C.).
264 a.C. Primera Guerra Púnica (hasta el 241 a.C.).
***ca.* 250 a.C.** Arquímedes realiza avances en física y en poliorcética.
218 a.C. Segunda Guerra Púnica (hasta el 201 a.C.).
216 a.C. Aníbal derrota a Roma en Cannas.
190 a.C. Los romanos conquistan Siria.
149 a.C. Tercera Guerra Púnica (hasta el 146 a.C.).
107 a.C. Mario reforma el ejército romano (hasta el 105 a.C.).
88 a.C. Sila, dictador en Roma (hasta 78 a.C.).
66 a.C. Pompeyo conquista Asia (hasta el 61 a.C.).
58 a.C. César conquista las Galias (hasta el 51 a.C.).
53 a.C. Los partos derrotan a Roma en Carras.
46 a.C. Dictadura de Julio César (hasta el 44 a.C.).
31 a.C. Octaviano (Augusto) vence en la batalla de Actio.
27 a.C. Augusto asume en Roma el poder proconsular.
43 d.C. Comienza la conquista romana de Britania.
***ca.* 110** Eliano escribe su *Táctica*.
122 Construcción del Muro de Adriano en Britania; el Imperio romano alcanza su máxima extensión (hasta el 136).
***ca.* 270** Empleo de la brújula en China.
293 Diocleciano divide el Imperio romano en cuatro partes administrativas.
324 Constantino vuelve a unir el Imperio romano.
390 Vegecio escribe el *Compendio de asuntos militares* (revisado *ca.* 440).
395 Escisión definitiva de los imperios romanos oriental y occidental.
407 Las tribus germánicas irrumpen a través de la frontera del Rin e invaden una gran parte del Imperio romano de Occidente.
410 Los visigodos saquean Roma.
451 Atila invade Occidente.
455 Los vándalos saquean Roma.
476 El último emperador romano occidental es depuesto por los longobardos.
527 Reinado de Justiniano en Bizancio (hasta el 565).
533 Tropas bizantinas a las órdenes de Belisario reconquistan el norte de África (hasta el 534).
535 Belisario reconquista Italia (hasta el 554).
570 Nacimiento de Mahoma.

634 Comienzo de la conquista musulmana.
673 Los musulmanes atacan Constantinopla (hasta el 677).
***ca.* 675** Invención del «fuego griego».
***ca.* 700** El estribo llega a Occidente.
711 Los musulmanes invaden la España visigótica (hasta el 715).
737 Construcción del Danevirke.
768 Reinado de Carlomagno (hasta el 814).
773 Carlomagno conquista Italia (hasta el 774).
793 Carlomagno intenta construir el canal entre el Rin y el Danubio.
***ca.* 800** Comienzan las incursiones vikingas.
800 Carlomagno es coronado emperador de Occidente.
***ca.* 850** Utilización de la ballesta en Francia; invención de la pólvora en China.
955 Otón I derrota a los magiares en Lechfeld.
962 Otón I es coronado emperador de Occidente.
1060 Los normandos conquistan Sicilia (hasta el 1091).
1066 Batalla de Hastings: los normandos se adueñan de Inglaterra.
1096 Primera Cruzada (hasta el 1099).
***ca.* 1200** Introducción de la brújula en Occidente.
1204 Conquista latina de Constantinopla (hasta 1261).
1237 Los mongoles conquistan Rusia (hasta 1240).
***ca.* 1250** Introducción de la armadura de placas metálicas.
1302 La infantería flamenca derrota al ejército francés en Courtrai.
1314 Robert Bruce confirma la independencia de Escocia al derrotar a los ingleses en Bannockburn.
***ca.* 1320** Primer uso de la pólvora de cañón en Europa.
1337 Guerra de los Cien Años (hasta 1453).
1346 Los arcos largos ingleses derrotan a los franceses en Crécy.
***ca.* 1350** Desarrollo de la artillería naval.
***ca.* 1350** Desarrollo de las armas de pólvora manuales.
1356 Los ingleses derrotan a los franceses en Poitiers.
1385 Los portugueses consiguen la independencia de Castilla en la batalla de Aljubarrota.
1415 Los ingleses derrotan a los franceses en Agincourt.
1419 Guerras husitas en Bohemia (hasta 1436).
***ca.* 1430** Desarrollo del navío.
***ca.* 1430** Invención de la «pólvora en grano».
***ca.* 1440** Leon Battista Alberti propone la «traza italiana».
***ca.* 1450** Invención del mosquete de mecha.
1453 Fin de la Guerra de los Cien Años. Inglaterra sólo conserva en Francia la ciudad de Calais.

Caída del Imperio bizantino tras la toma de Constantinopla por los turcos.

1455 Guerra de las Rosas en Inglaterra (hasta 1485).

1462 Iván III es coronado zar de Moscovia.

1467 Carlos el Temerario, duque de Borgoña (hasta 1477).

***ca.* 1490** Invención del cañón estriado.

1492 Colón llega a las Indias Occidentales.

1494 Carlos VIII de Francia invade Italia.

1497 Vasco de Gama circunnavega África.

1511 Botadura en Escocia del primer velero de guerra.

1515 Primera fortaleza totalmente artillada (en Civitavecchia).

1519 Los españoles y sus aliados mexicanos conquistan el Imperio azteca capitaneados por Cortés (hasta 1521).

1519 Los barcos de Magallanes dan la vuelta al mundo (hasta 1522).

Carlos V unifica España, los Países Bajos, las tierras de los Habsburgo y el Sacro Imperio Romano.

1531 Los españoles conquistan el Imperio inca capitaneados por Pizarro.

1537 Niccolò Tartaglia crea la ciencia de la balística.

1556 Reinado de Felipe II de España (hasta 1598).

1571 La flota de galeras cristiana derrota a los turcos en Lepanto.

1572 Rebelión de Flandes contra los españoles (hasta 1648).

1588 La armada española no logra invadir Inglaterra.

***ca.* 1590** El ejército holandés inventa el fuego por descargas y la instrucción militar.

1600 Creación de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales.

1602 Creación de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales.

1607 Jacques de Gheyn publica el primer libro ilustrado de instrucción militar.

1616 El conde Juan de Nassau abre la primera academia militar en Siegen (Alemania occidental).

1618 Guerra de los Treinta Años (hasta 1648).

***ca.* 1620** Invención del mosquete de llave de pedernal.

1635 Guerra francoespañola (hasta 1659).

1642 Guerra Civil en las Islas Británicas (hasta 1651).

1648 La Paz de Munster pone fin a la rebelión de Flandes; la Paz de Westfalia pone fin a la Guerra de los Treinta Años.

1649 República inglesa (hasta 1660).

1659 La Paz de los Pirineos pone fin a la guerra francoespañola.

1667 Luis XIV inicia la Guerra de la Devolución (hasta 1668).

1672 Guerra francoholandesa (hasta 1678).
1678 Guerras otomanas contra Rusia y los Habsburgo austriacos (hasta 1699).
1683 Los otomanos sitian Viena.
1688 Guillermo de Orange dirige la invasión holandesa de Inglaterra y se convierte en Guillermo III, rey de Inglaterra, Escocia e Irlanda.
Guerra de la Liga de Augsburgo (hasta 1697).
1689 Pedro el Grande, zar de Rusia (hasta 1725).
***ca.* 1690** Generalización del uso de la bayoneta de cubo.
1694 Fundación del primer banco nacional: el Banco de Inglaterra.
1700 Gran Guerra del Norte (hasta 1721).
1701 Guerra de Sucesión española (hasta 1714).
1704 Batalla de Blenheim.
1706 Batallas de Ramillies y Turín.
1709 Batallas de Malplaquet y Poltava.
1740 Guerra de Sucesión austriaca (hasta 1748).
Reinado de Federico II de Prusia (hasta 1786).
1744 Guerras Carnáticas en la India entre potencias europeas y aliados indios (hasta 1754).
1756 Guerra de los Siete Años (hasta 1763).
1757 Batallas de Leuthen y Plassey.
1775 Guerra de Independencia norteamericana (hasta 1783).
1789 Revolución francesa.
1792 Guerras Revolucionarias francesas (hasta 1802).
1794 Invención del telégrafo semafórico.
1798 Nelson derrota a la flota francesa en la Batalla del Nilo.
1799 Napoleón, soberano de Francia.
1803 Guerras Napoleónicas (hasta 1815).
1805 Batallas de Austerlitz y Trafalgar.
1807 Guerra de la Independencia española (hasta 1814).
Primer viaje realizado con éxito en un barco de vapor.
1812 Napoleón invade Rusia.
1815 Derrota definitiva de Napoleón en Waterloo; Congreso de Viena.
1825 Inauguración de la primera línea ferroviaria.
1827 Invención del «fusil de aguja percutora».
1833 Invención del telégrafo eléctrico.
1848 Revoluciones en París, Viena, Venecia, Berlín, Milán y Parma.
1853 Guerra de Crimea (hasta 1856).
1859 Construcción de la primera fragata «acorazada».
1861 Guerra Civil norteamericana (hasta 1865).

1862 Richard Glatin desarrolla la primera ametralladora manual viable.
1863 Batalla de Gettysburg.
Lincoln proclama la emancipación.
1866 Guerra austroprusiana.
1870 Guerra francoprusiana (hasta 1871); deposición de Napoleón III.
1876 Invención del teléfono.
1879 Guerra zulú.
1881 Los británicos otorgan la independencia a los bóer.
1882 Los británicos conquistan Egipto.
1884 Hiram Maxim inventa la ametralladora automática.
1885 Construcción de los primeros submarinos militares.
1887 Primeros automóviles de funcionamiento satisfactorio.
1894 Guerra chinojaponesa (hasta 1895).
1895 Invención del telégrafo inalámbrico.
1896 Conquista británica del Sudán (hasta 1989).
1899 Guerra de los Bóer (hasta 1902).
1903 Primer vuelo de un aeroplano.
1904 Guerra rusojaponesa (hasta 1905).
1905 Primera Revolución rusa.
1906 Los británicos botan el primer acorazado *Dreadnought*.
1914 *28 de junio:* asesinato del archiduque Fernando de Austria.
28 de julio: Austria declara la guerra a Serbia; comienza la Primera Guerra Mundial.
4 de agosto: comienza la invasión de Bélgica por los alemanes.
5-10 de septiembre: Batalla del Marne; máximo avance alemán hacia el oeste hasta 1918.
Noviembre: el Imperio otomano entra en la guerra.
1915 *Abril:* ataque británico en los Dardanelos.
Mayo: Italia entra en la guerra.
1916 Primera utilización de tanques en combate.
Febrero-junio: Batalla de Verdún.
Julio-noviembre: Batalla del Somme.
Agosto: Rumanía entra en la guerra.
1917 Primera utilización de aviones en bombardeos estratégicos.
Febrero: Alemania reanuda la guerra submarina sin limitaciones.
Febrero: Revolución republicana en Rusia.
Abril: Estados Unidos declara la guerra a Alemania.
Octubre: La Revolución bolchevique pone fin a la República rusa.
Diciembre: Rumanía es derrotada por Alemania.

1918 *Marzo:* Comienza la ofensiva alemana «Michael» en el oeste.
Marzo: Paz de BrestLitovsk entre Rusia y Alemania.
Julio: Comienza la contraofensiva aliada.
Octubre: El Imperio otomano declara la paz.
Noviembre: Austria y Alemania firman el armisticio; alto el fuego en el frente occidental.

1919 Tratado de Versalles.

1920 Francia inicia la construcción de la Línea Maginot.

1926 Lanzamiento de un cohete propulsado por combustible líquido.

1929 Crac de la bolsa de Nueva York.

1933 Hitler es nombrado canciller de Alemania y comienza a rearmarse.

1935 Utilización del radar para detectar aviones.
Mussolini invade y se anexiona Etiopía (hasta 1936).

1936 Remilitarización alemana de Renania.
Guerra Civil española (hasta 1939).

1937 Stalin inicia las purgas militares.

1938 Alemania invade Austria.
Desmembramiento de Checoslovaquia.

1939 Primer vuelo de un helicóptero; vuelo de prueba de un avión a reacción.
Marzo: Alemania se anexiona Checoslovaquia.
Agosto: Pacto de no agresión entre Rusia y Alemania (hasta 1941).
1 de septiembre: Alemania invade Polonia.
3 de septiembre: Gran Bretaña y Francia declaran la guerra a Alemania.

1940 *Abril:* Alemania invade Dinamarca y Noruega.
Mayo: ataque alemán en el oeste: rendición de Bélgica y Holanda; primera utilización de paracaidistas en combate (en Holanda).
Churchill es nombrado primer ministro británico.
Junio: Mussolini declara la guerra a los Aliados; rendición de Francia.
Septiembre: Japón, Alemania e Italia firman un tratado de alianza.

1941 *Marzo:* comienza el programa angloamericano de préstamo y arriendo.
Abril: pacto de no agresión rusojaponés (hasta 1945).
Junio: Alemania ataca a Rusia.
7 de diciembre: los japoneses bombardean Pearl Harbor.
11 de diciembre: Alemania e Italia declaran la guerra a Estados Unidos.

1942 *Mayo:* Batalla del Mar del Coral.
Junio: Batalla de Midway.
Octubre: comienza la Batalla de El Alamein; primer lanzamiento de un misil V2.
Noviembre: desembarco angloamericano en el norte de África.
Noviembre: se consigue una reacción atómica en cadena.

1943 *Febrero:* rendición de las fuerzas alemanas en Stalingrado.
Julio: Batalla de Kursk; los Aliados desembarcan en Sicilia.
Septiembre: los Aliados desembarcan en territorio continental italiano.

1944 Primera utilización de aviones a reacción en combate.
6 de junio: desembarcos en Normandía.
22 de junio: operación soviética «Bagration»; batalla por Bielorrusia.
Julio: intento de asesinato de Hitler.
Diciembre: Batalla de las Ardenas.

1945 *Febrero:* Conferencia de Yalta.
Marzo: Tokio, destruida por las bombas.
Abril: invasión de Okinawa.
28 de abril: ahorcamiento de Mussolini.
30 de abril: suicidio de Hitler.
8 de mayo: rendición incondicional de Alemania.
Junio: aprobación de la Carta de las Naciones Unidas.
6 de agosto: lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima.
8 de agosto: los rusos atacan posiciones japonesas en Manchuria.
9 de agosto: el lanzamiento de una segunda bomba atómica sobre Nagasaki provoca la rendición incondicional de Japón.

1946 Desarrollo del primer ordenador viable.
Ho Chi Minh ataca a los franceses en Vietnam del Norte (hasta 1955).

1947 India obtiene la independencia.

1948 *Mayo:* creación del Estado de Israel: primera guerra árabe-israelí.

1949 La Unión Soviética fabrica la bomba atómica.
Firma del Tratado del Atlántico Norte –comienzo de la OTAN.
Proclamación de la República Comunista Popular China bajo Mao Tse-Tung.

1950 *Junio:* Corea del Norte invade Corea del Sur; comienza la Guerra de Corea.
Septiembre: MacArthur contraataca.
Octubre: los chinos intervienen a favor de Corea del Norte.

1953 *Marzo:* muerte de Stalin.
Julio: firma del armisticio coreano.

1954 Botadura del primer submarino atómico.
Mayo: derrota de los franceses en Dien Bien Phu (Vietnam del Norte).
Julio: los Acuerdos de Paz de Ginebra establecen dos Vietnam.
Noviembre: comienza la Guerra de Argelia (hasta 1962).

1956 Segunda guerra árabe-israelí; desembarco frustrado en Suez.

1957 La Unión Soviética lanza el primer satélite de fabricación humana.

1958 Charles de Gaulle, presidente de Francia (hasta 1969).

1960 Comienza el desarrollo de los misiles balísticos intercontinentales.

1962 Francia concede la independencia a Argel.

1965 Estados Unidos incrementa el envío de ayuda a Vietnam del Sur (hasta 1973).

1967 Tercera guerra árabe-israelí.

1968 Los norvietnamitas lanzan la Ofensiva de Tet.

1973 Primera utilización de bombas guiadas por láser («bombas inteligentes»).

1973 Los norteamericanos se retiran de Vietnam.

1973 Cuarta guerra árabe-israelí.

1979 Fuerzas rusas invaden Afganistán (hasta 1989).

1980 Comienza el despliegue de misiles de crucero.
Guerra entre Irán e Irak (hasta 1988).

1981 Ronald Reagan, presidente de Estados Unidos (hasta 1989).

1982 Guerra de las Malvinas.

1989 George H. Bush, presidente de Estados Unidos (hasta 1993).
Rusia se retira de Afganistán.

1990 Irak toma Kuwait, provocando así la Guerra del Golfo (hasta 1991).

1991 La Guerra del Golfo conoce la primera utilización de misiles de crucero en combate.

1991 Croacia y Eslovenia se declaran independientes de Yugoslavia y provocan una guerra civil (hasta 1992).

1992 Fuerzas de las Naciones Unidas intervienen en Somalia (hasta 1994).
1992 Estalla la guerra en Bosnia (hasta 1996).
1993 Bill Clinton, presidente de Estados Unidos (hasta 2001).
1993 Rusia invade Chechenia para recuperar el control (hasta 1996).
1996 Osama bin Laden marcha de Sudán a Afganistán.
1998 Estalla la guerra en Kosovo (hasta 1999).
India y Pakistán realizan con éxito pruebas con armas nucleares.
1999 Fuerzas rusas vuelven a invadir Chechenia.
2001 George W. Bush, presidente de Estados Unidos.
2001 Osama bin Laden organiza los atentados del 11 de septiembre contra Estados Unidos.
2001 Una coalición liderada por EEUU invade Afganistán.
2003 Una coalición liderada por EEUU invade Irak.
2004 Los combates por Faluya y Mosul muestran los límites de la capacidad de la Coalición dirigida por EEUU para controlar Irán.
2006 Israel invade el Líbano para erradicar a los combatientes de Hezbolá, pero fracasa.
2007 El presidente Bush anuncia un «empuje» de las tropas para recuperar la iniciativa en Irak; Corea del Norte realiza una prueba nuclear; Israel utiliza tecnología «Suter» para inutilizar el sistema de alarma anticipada de Siria.

GLOSARIO

A

acorazado. El navío de mayor tamaño y más fuertemente armado.
alabarda. Arma de asta larga rematada en forma de hacha y de pica, utilizada en los siglos XV y XVI.
ametralladora. Arma de cañón capaz de disparar balas con rapidez y de forma continua.
amok (combate). Enfrentamiento militar en Indonesia en el cual unos pocos guerreros deciden el resultado de una batalla mediante una carga única a la desesperada.
andanada. Descarga simultánea de todos los cañones del costado de un barco.
arcabuz. Arma de fuego manual de los siglos XV y XVI, más pequeña que un mosquete.
armada. Flota de barcos de guerra.
armisticio. Suspensión de las hostilidades, tregua.
armón de municiones. Caja estanca de gran tamaño para munición u otros pertrechos.
artillería (en especial, cañones y artillería de campaña). Armas para disparar proyectiles.
ataque en profundidad. Ataque que desarticula las defensas y provoca un derrumbamiento sistemático. Ataques constantes de desgaste ideados para agotar a un adversario.

B

B-52 (bombardero). Bombardero norteamericano diseñado en los años cincuenta y construido hasta los sesenta para librar una guerra nu-

clear contra la Unión Soviética; fue enormemente eficaz en las guerras convencionales contra Vietnam del Norte e Irak.

bala *minié*. Bala de plomo hueca en la base que permite a la carga explosiva presionar los bordes hacia afuera, lo cual la hace encajar con mayor precisión en el ánima estriada y le aporta giro y dirección, incrementando así su precisión.

balística. Ciencia de las trayectorias de los proyectiles.

Barl Levi, línea. Línea de fortificaciones construidas por Israel a lo largo del canal de Suez tras la guerra árabe-israelí de los Seis Días, en 1967, para preservar su control de la península del Sinaí; fue notablemente ineficaz en la guerra árabe-israelí del Yom Kipur, en 1973.

bastión. Saliente cuadrangular de una muralla defensiva o una fortificación.

batallón. Cuerpo de soldados formado por varias compañías.

bayoneta. Cuchilla metálica acabada en punta que encaja en la boca de un fusil o un mosquete para ser utilizada en los combates cuerpo a cuerpo.

BEE (British Expeditionary Force). Unidades del ejército británico en Francia al comienzo de la primera y segunda guerras mundiales.

Bf 109. Principal avión de combate alemán de la Segunda Guerra Mundial, diseñado por Messerschmitt.

bloqueo. Cierre de un espacio estratégico, como un puerto o una ruta de abastecimiento.

bomba de racimo. Bomba que libera otras más pequeñas en el momento del impacto.

bombarda. Antiguo cañón de pólvora de gran calibre.

bombardero furtivo. Avión que utiliza tecnología compleja en diseño, ordenadores, materiales especiales y pilotaje para hacer ineficaces los sistemas de radar enemigos.

Bomber Command (Mando de Bombardeo). Mando de la RAF a las órdenes de sir Arthur Harris; efectuó la campaña de bombardeo estratégico de Gran Bretaña contra Alemania en la Segunda Guerra Mundial.

borrén trasero. Parte posterior prominente de una silla de montar.

brigada. Grupo de regimientos o de batallones.

burgo. Fortaleza o ciudad amurallada de la Edad Media.

C

cabalgada. Incursión a caballo.

caballería. Soldados montados a caballo.

caballo de Frisia. Postes defensivos provistos de filas de púas metálicas salientes en ángulo recto, utilizados en la guerra de trincheras antes de la introducción del alambre espinoso.

calibre. Diámetro del ánima del cañón o de un proyectil o una bala.
carabela. Galeón con velas de gran tamaño de los siglos XV y XVI.
carabina. Arma de fuego ligera, de cañón corto, utilizada por la caballería.
carraca. Galeón con velas de gran tamaño utilizado en el Mediterráneo en los siglos XIV y XV.
casus belli. Justificación para declarar la guerra.
catapulta. Máquina de guerra para lanzar proyectiles (*véase también* catapulta de torsión).
catapulta de torsión. Catapulta que lanza sus proyectiles por la fuerza creada mediante el retorcimiento de cuerdas u otros materiales.
catty. Unidad de peso china de unos 600 gramos.
centuria. Componente básico de la legión romana (de 60 a 70 hombres).
centurión. Jefe de una centuria.
chassepot. Fusil francés de retrocarga de finales del siglo XIX.
chasseur (cazador). Soldado francés de infantería o caballería adiestrado para moverse con rapidez.
chasseur à pied (cazador de a pie). Soldado de la infantería ligera francesa.
CIA (Central Intelligence Agency). Fue creada en 1947 y se responsabiliza de todas las operaciones de espionaje de Estados Unidos en el extranjero.
cipayo. Soldado indio adiestrado para combatir al estilo europeo (siglos XVII al XIX).
cohorte. A partir del siglo II a.C., principal unidad táctica y administrativa de la legión romana; estaba formada por tres manípulos –unos 480 hombres.
comandante general en comisión. Rango temporal con autoridad de mando plena durante la Guerra Civil norteamericana; tras el conflicto, los oficiales de la Unión volvieron a su rango normal en el ejército.
Combined Bomber Offensive (Ofensiva Conjunta de Bombardeo). Plan de bombardeo estratégico conjunto preferido por el alto mando aliado en la Segunda Guerra Mundial, pero con el que sir Arthur Harris se negó a cooperar; se había ideado para integrar los esfuerzos del Mando de Bombardeo de la RAF y la 8ª y 15ª Fuerza Aérea de EEUU.
Comintern. (Tercera) Internacional comunista; asociación de partidos comunistas dominada por la Unión Soviética y disuelta por Stalin en 1943 como gesto de buena voluntad hacia sus aliados no comunistas en la Segunda Guerra Mundial.
comisión. Documento que confiere autoridad a un oficial.
compañía. Unidad de soldados formada por dos o más pelotones.

condottiere. Líder de una banda de soldados mercenarios.
conscripción. Reclutamiento obligatorio para las fuerzas armadas.
coracero. Soldado francés de caballería fuertemente armado, revestido de peto (armadura de plancha metálica para el pecho).
crucero de combate. Barco de guerra acorazado y rápido, de 25.000 a 35.000 toneladas de desplazamiento.
cuerpo. Suele estar constituido por dos o más divisiones que forman una unidad táctica.
culebrina. Cañón corto de pequeño calibre capaz de disparar proyectiles pequeños a gran distancia.

D

defensa en profundidad. Red de posiciones fuertes defensivas interdependientes emplazadas con densidad creciente a medida que avanza el atacante.
división. Unidad táctica de tres a cinco brigadas, con un cuartel general.
dragón. Soldado de caballería fuertemente armado; en el siglo XVI, soldado montado adiestrado para luchar a pie.
dreadnought. Acorazado de gran tamaño construido según el modelo de barco de guerra británico *Dreadnought* (1906), armado con grandes cañones de un mismo calibre.
dromon. Barco bizantino de guerra normalizado, con dos bancos de remeros.

E

Eje, potencias del. La Alemania nazi y la Italia fascista, aliadas desde 1936, a las cuales se unieron Japón en 1940 y, seguidamente, Hungría, Rumanía, Bulgaria, Eslovaquia y Croacia.
espionaje. Información sobre un enemigo o un conflicto potencial recogida para conseguir ventajas militares.

F

falange. Columna densa de soldados de a pie, en especial cuando iban armados con picas.
falconete. Pieza pequeña de artillería.
feudo. Tierra concedida a cambio de un servicio militar.
finta. Ataque fingido.
flak. Metralla procedente del estallido de proyectiles antiaéreos.

FLN (Front de Libération Nationale). Frente de Liberación Nacional de Argelia, que en 1954-1962 emprendió una guerra para expulsar a Francia del país.

fragata. Barco inmediatamente inferior en tamaño al navío de línea.

fundíbulo. Aparato medieval para lanzar piedras.

fusil de aguja percutora. Fusil de cerrojo que permitía una recarga rápida, adoptado por primera vez por el ejército prusiano.

G

galeaza. Barco de remos del siglo XVI mayor y más pesado que una galera.

galera. Barco de guerra largo y bajo con una sola cubierta, impulsado por remos y una vela.

gladius. Espada corta de los romanos empleada para asestar estocadas y provista de una hoja fuerte y firme afilada por ambos bordes.

grapeshot. Racimo de balas de hierro que se dispersan tras el disparo.

greba. Espinillera utilizada por la infantería griega y romana como parte de la armadura.

grupo de ejércitos. Cuarteles generales cuya misión consistía en controlar ejércitos, en especial entre los británicos, los norteamericanos y los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. Estos cuarteles generales al mando de varios ejércitos, varios cuerpos y varias divisiones fueron esenciales para ejercer una dirección operacional en el desarrollo de campañas de gran importancia.

guarnición. Soldados estacionados en una instalación militar.

guerras de las flores. Conflicto ritual entre los aztecas y sus vecinos en el valle de México en los siglos XV y XVI, con la finalidad de obtener cautivos para esclavizarlos o sacrificarlos.

guerrillero. Miembro de una milicia irregular que emplea tácticas de hostigamiento.

H

Harrier. Avión de caza de despegue y aterrizaje vertical utilizado por las fuerzas británicas en la Guerra de las Malvinas y por los marines de EEUU en la Guerra del Golfo.

hastati. «Lanceros»; soldados de la primera línea de manípulos de la legión romana, armados con jabalinas y espada *(gladius)*.

hegemonía. Dominio de una nación sobre otras.

Hellcat F&F (caza). Avión de combate naval norteamericano de la Segunda Guerra Mundial que se impuso a sus rivales japoneses en el Pacífico por su superioridad aérea.

hetáiroi. Caballería de «compañeros». Cuerpo de elite de aristócratas macedonios del siglo IV a.C., fuertemente armados y que montaban cabalgaduras robustas.

hipaspistas. «Portadores de escudo». Infantería macedonia del siglo IV a.C. que cubría el centro de la línea y solía marchar detrás de la caballería.

hombre armado. Soldado de finales de la Edad Media, fuertemente armado y, normalmente, a caballo.

hoplita. Guerrero campesino de la Grecia clásica, experto en el combate en falanges.

Hurricane. Uno de los dos aviones de combate construidos por la RAF a finales de los años treinta, de importancia fundamental para el triunfo en la Batalla de Inglaterra (*véase también* Spitfire).

I

impi. Cuerpo de guerreros zulúes que integraban una formación militar.

infantería. Soldados que combaten a pie.

instrucción. Ejercicio de destrezas y formaciones militares realizado al unísono.

intendente. Oficial de Estado Mayor responsable del transporte, alojamiento y abastecimiento de las tropas.

J

jabalina. Lanza ligera y delgada.

Jäger. («Cazadores»). Infantería ligera prusiana.

K

kamikaze. «Viento divino». Miembro de un cuerpo de asalto suicida japonés de la Segunda Guerra Mundial que lanzaba su avión cargado de bombas contra barcos de la armada de EEUU.

keep. Palabra inglesa que designa un fuerte o una torre fortificada.

Kriegsmarine. Flota de guerra alemana de la Segunda Guerra Mundial.

L

Landwehr. Milicia prusiana formada por todos los varones de diecisiete a cuarenta años no alistados en otros servicios militares.

lanza. Pértiga de madera rematada por una pieza de hierro que se sostiene con la punta contra el adversario en combates a caballo.
legión. Unidad principal del ejército romano, formada por entre 5.000 y 6.000 soldados y dividida en diez cohortes.
línea de frente. Formación de combate naval en la cual todos los barcos de guerra se enfrentan al enemigo alineados uno tras otro.
Línea Maginot. Sistema de fortificaciones construido por los franceses para impedir a los alemanes invadir Francia, pero flanqueado por éstos en 1940.
logística. Tarea del traslado y abastecimiento de los ejércitos.
Luftwaffe. Ejército alemán del aire.

M

MACV (Military Assistance Command Vietnam). Grupo de mando de las fuerzas norteamericanas en Vietnam.
«Magic». Nombre en clave de las señales navales japonesas interceptadas y descodificadas por Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial.
manípulo («Manojo»). Pequeña subunidad táctica formada por dos centurias, integrada al principio en la falange romana y más tarde en la legión.
marines. Soldados de las fuerzas navales formados y equipados para combatir en tierra.
mercenario. Soldado que combate tan sólo por la paga.
milicia. Fuerza militar constituida por ciudadanos llamados a filas o susceptibles de serlo.
misil balístico. Misil guiado en su ascenso, pero que desciende en caída libre.
misil de crucero. Misil de alta precisión guiado por ordenador, que recorre el terreno hasta el blanco siguiendo rutas previamente planificadas; tuvo un gran éxito en la Guerra del Golfo de 1991.
mortero. Pieza pequeña de artillería que dispara bombas o proyectiles pesados.
mosquete. Arma de fuego pesada, de ánima lisa y cañón largo que se dispara desde el hombro; común entre los siglos XVI y XIX.
mosquete de llave de pedernal. Arma de fuego que utiliza un pedernal para inflamar la carga.
mosquete de mecha. Arma de cañón activada por una mecha de combustión lenta colocada sobre una abertura de la recámara.
mosquete estriado. Mosquete con acanaladuras en espiral talladas en el cañón para dar giro y, por tanto, mejor trayectoria a la bala.
muñones. Pivotes sobre los que se puede hacer oscilar un cañón.

N

navío. Gran barco velero de madera con tres o cuatro mástiles, provisto de una combinación de velas cuadras para obtener fuerza motriz y triangulares (latinas) para ayudar al movimiento lateral (desarrollado por primera vez en la Europa del siglo XV).

navío de línea. Barco de guerra suficientemente grande como para mantener su posición en la línea de batalla.

O

OAS (Organisation de l'Armée Secrète). Organización terrorista cuya misión era conservar Argelia para Francia.

obús. Cañón corto que dispara proyectiles en un ángulo muy cerrado, con trayectoria ascendente y descendente muy vertical.

onagro. Catapulta de un brazo activada por la torsión de pelos o cuerdas enroscados, capaz de lanzar una piedra de 4 kilos a una distancia de 500 metros (utilizada en las guerras de la Antigüedad y la Edad Media.

ordre mince. Formaciones de combate prusianas de línea estrecha, imitadas por la infantería francesa en el siglo XVIII.

ordre profonde. Formaciones en columna de gran fondo, utilizadas por la infantería francesa en el siglo XVIII.

OTAN. (Organización del Tratado del Atlántico Norte). Fuerza conjunta de defensa antisoviética instituida en 1952 por Estados Unidos, Gran Bretaña, Canadá, Francia, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Dinamarca, Noruega, Islandia, Italia y Portugal, países a los que se unieron Grecia y Turquía en 1952, y Alemania Occidental en 1954.

P

panoplia. Conjunto completo de armadura.

Panzerdivision. División alemana de blindados.

pelotón. Pequeña agrupación de soldados.

pezetáiroi. «Compañeros de a pie». Infantería macedónica profesional del siglo IV a.C.

pica. Astil largo, normalmente rígido, de madera con punta de hierro o de acero, utilizado por los soldados de a pie.

pilum. Jabalina romana.

pistola. Arma manual de cañón.

pólis. Ciudad-Estado de la Grecia antigua.

pólvora en grano. Pólvora preparada en gránulos para impedir la separación de sus componentes (inventada en Europa *ca.* 1430).

principes. La segunda línea de manípulos de la legión romana, armada con *gladius* y jabalina.

R

RAF. (Royal Air Force). Fuerzas aéreas de Gran Bretaña.
reducto. Pequeña posición defendida.
regimiento. Gran unidad del ejército al mando de un coronel.
Reichswehr. Ejército alemán (años veinte).
rezón. Ancla pequeña de hierro en forma de garfio, con uñas metálicas.
Ruta Ho Chi Minh. (Llamada así por los norteamericanos por el nombre del dirigente norvietnamita.) Ruta construida por Vietnam del Norte a través de Laos y Camboya para facilitar la infiltración en Vietnam del Sur.

S

salida. Incursión.
saliente. Ángulo adelantado en un frente militar.
SAS (Special Air Service Regiment). Unidad británica creada por el coronel David Sterling en 1941, que daba especial importancia a las acciones furtivas, la sorpresa, la recogida de datos de espionaje y los ataques contra zonas de la retaguardia enemiga.
sátrapa. Gobernador de una provincia persa en la Antigüedad.
schiltron. Agrupación de lanceros escoceses en los combates medievales.
scutum. Escudo romano recurvado y rectangular.
Spitfire. Principal avión de combate británico de la Segunda Guerra Mundial.
SS (*Schutzstaffel* – «escuadra de protección»). Cuerpo de elite nazi.
Strategic Bombing Survey (Inspección del Bombardeo Estratégico). Análisis detallado de la eficacia de los bombardeos estratégicos de los Aliados contra la economía de guerra alemana durante la Segunda Guerra Mundial.
suboficial. Militar de grado inferior al de oficial, como, por ejemplo, sargento, cabo, artillero.

T

táctica de refriega. Serie de combates entre barcos individuales (*véase* línea de frente).

tercios. Regimientos permanentes de infantería al servicio de España, creados en 1534.

thetes. Personas pobres, sin tierra, de las ciudades-Estado griegas.

tormenta de fuego. Incendio que afecta a una gran parte de una ciudad bombardeada, en la cual la conflagración se aviva a sí misma al crear un vacío que atrae aire a su interior.

torpedo. Arma autopropulsada que corre por el agua tras haber sido lanzada por un avión, un barco o un submarino, y estalla al impactar.

traza italiana. Fortificaciones diseñadas geométricamente con bastiones cuadrangulares que sobresalen a intervalos regulares de la línea de murallas; fueron inventadas en Italia, donde se conocieron con la denominación de «estilo moderno»; *ca.* 1500.

triarii. «Los de la tercera línea.» Miembros de la tercera línea de manípulos de la legión romana, armados con lanzas.

triplex acies. Orden convencional de combate romano consistente en tres líneas sucesivas de diez manípulos, cada uno de los cuales estaba constituido por dos centurias de entre 70 y 80 hombres.

trirreme. Galera griega o romana con tres filas de remos; podía alcanzar gran velocidad y estaba equipada para embestir.

tropas de asalto. Soldados alemanes de elite adiestrados en 1917-1918; la expresión se aplicó más tarde a las unidades paramilitares del partido nazi (décadas de 1920 y 1930).

U

***Uboot* (*Unterseeboot*)**. Submarino alemán.

«Ultra». Nombre en clave del espionaje aliado en la Segunda Guerra Mundial; su fundamento era la decodificación del tráfico de mensajes alemanes de alto secreto.

unidad de comandos. Unidad militar dedicada a realizar incursiones en territorio enemigo.

USAF. (United States Air Force.) Fuerza aérea de EEUU.

V

V1. Bomba volante alemana de la Segunda Guerra Mundial.

V2. Cohete alemán de la Segunda Guerra Mundial.

velites. Merodeadores de la legión romana (soldados de a pie y jinetes) provistos de armas ligeras.

victoria pírrica. Victoria obtenida a un alto precio (denominada así por la conseguida por Pirro, rey del Epiro, contra los romanos en Heraclea).

Viet Cong. Denominación despectiva del Viet Minh.
Viet Minh. Fuerza militar comunista que en los años cincuenta libró una guerra de guerrillas contra los franceses en Vietnam.

W

Waffen SS (SS armadas.) Divisiones de elite reclutadas y adiestradas por la SS de Heinrich Himmler; sumamente eficaces en el campo de batalla, pero autoras de un sinnúmero de atrocidades por su desprecio fanático hacia sus adversarios.
Wagenburgen. Fortalezas móviles construidas con carros de granja, utilizadas en el siglo XV por los husitas de Bohemia.
Wehrmacht. Fuerzas armadas alemanas.

Z

zapador. Soldado que cava trincheras o túneles para acceder hasta el enemigo, socavar sus defensas o colocar minas.
«Zero» (caza). Avión japonés de combate de comienzos de la Segunda Guerra Mundial, cuyo alcance y capacidad de vuelo constituyeron una sorpresa para los Aliados.
zona de fuego libre (Guerra de Vietnam). Zona desalojada por la mayoría de la población survietnamita y declarada sector donde se consideraba hostil cualquier movimiento humano.

BIBLIOGRAFÍA

Las obras consideradas de especial interés o importancia aparecen marcadas con un asterisco.

Entre las numerosas historias generales de la guerra detacan seis obras: H. Delbrück, *History of the Art of War within the Framework of Political History* (4 vols., Westport, 1975-1985); J. F. C. Fuller, *A Military History of the Western World* (2 vols., Nueva York, 1957); J. Keegan, *A History of Warfare* (Nueva York, 1993); W. H. McNeill, *The Pursuit of Power. Technology, Armed Force and Society since AD 1000* (Oxford, 1983); R. L. O'Connell, *Of Arms and Men. A History of War, Weapons and Aggression* (Oxford, 1989); y A. Vagts, *A History of Militarism* (Londres, 1959). Además, M. Howard, *War in European History* (Oxford, 1976), realiza casi un milagro al exponer el tema escogido por él en 143 páginas.

Abundan también las obras sobre las causas de la guerra. E. Luard, *War in International Society. A Study in International Sociology* (Nueva York, 1986), es una de las más ambiciosas; G. Blainey, *The Causes of Wars* (Londres, 1976), una de las más legibles (aunque, en realidad, sólo tiene en cuenta el periodo posterior a 1700). R. I. Rotberg y T. K. Rabb, *The Origins and Prevention of Major Wars* (Cambridge, 1988), contiene un gran número de ensayos que examinan teorías generales además de ejemplos concretos.

Entre las reflexiones sobre cómo prepararse para la guerra y llevarla a cabo destacan E. N. Luttwak, *Strategy. The Logic of War and Peace* (Cambridge, Mass., 1987); P. Paret (ed.), *Makers of Modern Strategy from Machiavelli to the Nuclear Age* (Princeton, 1986); y W. Murray, A. Bernstein y M. Knox (ed.), *The Making of Strategy. Rulers, States and War* (Cambridge, 1994). M. van Creveld ofrece en *Com-*

mand in War (Cambridge, Mass., 1985) unas excelentes consideraciones sobre los retos planteados por la guerra a quienes tienen el control, y J. Keegan una descripción inigualable de los desafíos que supone el combate para quienes participan directamente en él, en *The Face of Battle. A Study of Agincourt, Waterloo and the Somme* (Londres, 1976). Finalmente, los diversos intentos de imponer algún límite a la guerra en Occidente son estudiados por los distintos colaboradores de M. E. Howard, G. Andreopoulos y M. R. Shulman (ed.), *The Laws of War. Constraints on Warfare in the Western World* (New Haven, 1994).

Aunque son de importancia primordial para la práctica de la guerra en Occidente, las consecuencias militares de la tecnología no atrajeron apenas la atención hasta 1945, e incluso entonces no comenzaron a aparecer obras relevantes sobre el tema hasta los años ochenta. Entre ellas ocupa un lugar de honor la trilogía de D. R. Headrick –*The Tools of Empire. Technology and European Imperialism in the Nineteenth Century* (Oxford, 1981); *The Tentacles of Progress. Technology and Transfer in the Age of Imperialism, 1850-1940* (Oxford, 1988); y *The Invisible Weapon: Telecommunications and International Politics, 1851-1945* (Oxford, 1992)–, en la cual se examina la aportación de la tecnología a la expansión de Occidente. Véase también el estudio general de M. van Creveld *Technology and War from 2000 b.C. to the Present* (Nueva York, 1989), que (a pesar de su título) trata principalmente de Europa.

Sobre la función de las armadas y el poder marítimo, véanse los estudios de carácter general de J. Glete, *Navies and Nations. Warships, Navies and State Building in Europe and America, 1500-1860* (2 vols., Estocolmo, 1993); C. S. Gray, *The Leverage of Seapower. The Strategic Advantage of Navies in War* (Nueva York, 1992); y G. Modelslki y W. R. Thompson, *Seapower in Global Politics* (Londres, 1988). Finalmente, sobre la importancia esencial del precio de la guerra (tema constante en nuestro libro), véase L. Neal, *War Finance* (3 vols., Aldershot, 1994).

Los colaboradores de este libro analizan las obras que tratan de la guerra en uno o más de los distintos periodos cronológicos estudiados en él; no obstante, dos escritos de J. Black abarcan ampliamente los cinco siglos últimos: *War and the World. Military Power and the Fate of Continents, 1450-2000* (New Haven, 1998), y *War: Past, Present and Future* (Stroud, 2000).

Capítulo 1. Génesis de la infantería

No existe ninguna exposición completa sobre la guerra en Oriente Próximo, aunque el estudio general de Y. Yadin, *The Art of Warfare in Biblical Lands in the Light of Archaeological Study* (2 vols., Londres,

1963), es a la vez accesible y agradable de leer. A. Ferrill, *The Origins of War* (Nueva York, 1985), incluye capítulos genéricos para los no especialistas sobre las formas de combate en Oriente Próximo y Egipto en la Antigüedad.

El campo de la historia militar griega se ha ampliado enormemente en los últimos veinte años, sobre todo a consecuencia de la publicación ininterrumpida de la monumental obra de *W. K. Pritchett *The Greek State at War* (5 partes, Berkeley, 1971-1991), y los trabajos adjuntos *Studies in Ancient Greek Topography* (8 vols., Berkeley, 1965-1993), que tratan de los campos de batalla y las rutas de campaña en Grecia. La conducción de la guerra antes del siglo V a.C. es el tema de la rigurosa obra de P. Greenhalgh *Early Greek Warfare: Horsemen and Chariots in the Homeric and Archaic Ages* (Cambridge, 1973), y de las de G. Ahlberg, *Fighting on Land and Sea in Greek Geometric Art* (Estocolmo, 1971), y *J. Latacz, *Kampfparänese, Kampfdarstellung und Kampfwirklichkeit in der Ilias, bei Kallinos und Tyrtaios* (Múnich, 1977).

En *F. Adcock, *The Greek and Macedonian Art of War* (Berkeley, 1957), P. Ducrey, *Warfare in Ancient Greece* (Nueva York, 1986), Y. Garlan, *War in the Ancient World* (Nueva York, 1975), y especialmente *J. K. Anderson, *Military Theory and Practice in the Age of Xenophon* (Berkeley, 1970), podemos encontrar exposiciones fiables y legibles sobre táctica, estrategia y evolución de la guerra hoplítica. En las obras generales de J. Hackett (ed.), *A History of War in the Ancient World* (Londres, 1989), J. Warty, *Warfare in the Classical World* (Nueva York, 1980), y P. Connolly, *Greece and Rome at War* (Londres, 1981), hallamos algunas interesantes recreaciones artísticas de la práctica de la guerra en Grecia, junto con valiosos mapas y gráficos.

El medio y la experiencia de la lucha hoplítica se abordan en *V. D. Hanson, *The Western Way of War. Infantry Battle in Classical Greece* (Nueva York, 1989), y V. D. Hanson (ed.), *Hoplites: The Ancient Greek Battle Experience* (Londres, 1991). Los problemas sociales y económicos de la guerra en Grecia han sido tratados por V. D. Hanson, *Warfare and Agriculture in Classical Greece* (Pisa, 1983), J. P. Vernant (ed.), *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne* (París, 1968), e Y. Garlan, *Recherches de poliorcétique grecque* (París, 1974). La base para el estudio de las armas y armaduras griegas sigue siendo los trabajos de A. Snodgrass, *Early Greek Armour and Weapons* (Edimburgo, 1964), y *Arms and Armour of the Greeks* (Ithaca, 1967). Tres obras excelentes sobre el regionalismo y la especialización en la práctica griega de la guerra son J. Lazenby, *The Spartan Army* (Westminster, 1985), G. Bugh, *The Horsemen of Athens* (Princeton, 1988), y J. Best, *Thracian Peltasts and their Influence on Greek Warfare* (Groninga, 1969). D. Kagan, *New History of the Peloponnesian War*

(4 vols., Ithaca, 1969-1987), contiene descripciones breves, pero excelentes, de las principales batallas terrestres y marítimas entre el 431 y el 404 a.C.

Capítulo 2. De la falange a la legión

No existe un estudio de conjunto de la larga y complicada historia de la guerra helenística, pero se pueden ensamblar los perfiles generales recurriendo a una multiplicidad de estudios especializados. *W. W. Tarn, *Hellenistic Military and Naval Developments* (Cambridge, 1930), ofrece una visión global poco actual, pero todavía valiosa. Son más completos el primer volumen de H. Delbrück, *Warfare in Antiquity* (Westport, 1975), J. Kromayer y G. Veith, *Heerwesen und Kriegführung der Griechen und Römer* (Múnich, 1928), y *H. Launey, *Recherches sur les armées hellénistiques* (París, 1949).

Entre las numerosas biografías de Alejandro Magno que analizan en detalle sus logros militares, N. G. L. Hammond, *Alexander the Great: King, Commander, and Statesman* (Londres, 1981), revela cómo dominó este autor durante toda su vida la historia militar de Grecia. J. F. C. Fuller, *The Generalship of Alexander the Great* (Londres, 1960), D. Engels, *Alexander the Great and the Logistics of the Macedonian Army* (Berkeley, 1978), y una serie de artículos escritos por A. M. Devine (en las revistas *Phoenix* [1983, 1986] y *Ancient World* [1985, 1986, 1987]) tratan de campañas y batallas concretas.

La creciente práctica de contratar ejércitos es el tema de G. T. Griffith, *Mercenaries of the Hellenistic World* (Cambridge, 1935), y H. W. Parke, *Greek Mercenary Soldiers* (Oxford, 1933). Las fortificaciones y las poderosas murallas de las ciudades helenísticas han sido bien estudiadas por A. W. Lawrence, *Greek Aims in Fortification* (Oxford, 1979), y F. E. Winter, *Greek Fortifications* (Toronto, 1971). F. W. Marsden analiza la progresiva evolución de las catapultas y máquinas de asedio en su obra en dos volúmenes *Greek and Roman Artillery* (Oxford, 1969-1971). B. Bar-Kochava, *The Seleucid Army* (Cambridge, 1976), es la única exposición especializada dedicada a los ejércitos de los diádocos. Tanto E. L. Wheeler, *Stratagem and the Vocabulary of Military Trickery* (Leiden, 1988), como D. Whitehead, *Aineias the Tactician: How to Survive Under Siege* (Oxford, 1990), analizan el género progresivamente abundante de la ciencia militar griega.

El primitivo ejército romano cuenta con una inmensa bibliografía. Entre las exposiciones generales accesibles a los no especialistas se hallan F. E. Adcock, *The Roman Art of War under the Republic* (Oxford, 1940), E. Gabba, *Republican Rome, the Army, and the Allies* (Oxford, 1976), L. Keppie, *The Making of the Roman Army* (Totowa, 1984), y H. M. D. Par-

ker, *The Roman Legions* (Oxford, 1971). En la obra monumental de P. A. Brunt *Italian Manpower, 225 BC-AD 14* (Oxford, 1971), así como en L. Keppie, *Colonisation and Veteran Settlement in Italy, 47-14 BC* (Londres, 1980), y C. Nicolet, *The World of the Citizen in Republican Rome* (Londres, 1983), se analizan cuestiones fundamentales sobre recursos humanos y reclutamiento durante la República. J. A. Brisson (ed.), *Problèmes de la guerre à Rome* (París, 1969), J. Suolahti, *The junior Officers of the Roman Army in the Republican Period* (Helsinki, 1955), y P. Couissin, *Les armes romaines* (París, 1926), estudian la organización y formación de la legión a lo largo del periodo republicano.

Capítulo 3. La práctica romana de la guerra

Las legiones imperiales han sido objeto de numerosos estudios convencionales. Los más accesibles, quizá, a los no especialistas son G. Webster, *The Roman Imperial Army* (Londres, ^{3}1985), G. R. Watson, *The Roman Soldier* (Londres, 1983), y M. Grant, *Armies of the Caesars* (Nueva York, 1974). Las siguientes obras analizan temas de mayor amplitud y más controvertidos sobre la estrategia imperial y la función del poder militar: *E. Luttwak, *The Grand Strategy of the Roman Empire* (Baltimore, 1976); A. Ferrill, *The Fall of the Roman Empire: The Military Explanation* (Londres, 1986); B. Isaac, *The Limits of Empire: The Roman Army in the East* (Oxford, 1990); y *C. R. Whittaker, *Frontiers of the Roman Empire* (Baltimore, 1994). E. Wheeler analiza estos diversos planteamientos sobre la gran estrategia romana en *The Journal of Military History*, lvii (1993), pp. 7-41 y 215-240.

El problema, cada vez mayor, de mantener los recursos humanos de las legiones y las condiciones reales del largo servicio profesional se aborda en E. Birley, *The Roman Army. Papers 1929-1986* (Ámsterdam, 1988); R. Davies, *Service in the Roman Army* (Nueva York, 1989); y J. C. Mann, *Legionary Recruitment and Veteran Settlement during the Principate* (Londres, 1983). Para otros problemas entre civiles y legionarios, véase R. MacMullen, *Soldier and Civilian in the Later Roman Empire* (Cambridge, Mass., 1963). El equipamiento y la infraestructura militares en Roma se fueron complicando progresivamente en la época imperial: véase A. Johnson, *Roman Forts* (Londres, 1983); H. R. Robinson, *The Armour of Imperial Rome* (Londres, 1975); M. Bishop y J. Coulston, *Roman Military Equipment* (Londres, 1993); y V. A. Maxfield, *The Military Decorations of the Roman Army* (Londres, 1981). Sobre las fuerzas no legionarias, véase G. L. Cheesman, *The Auxilia of the Roman Imperial Army* (Oxford, 1914); P. A. Holder, *Studies in the Auxilia of the Roman Army from Augustus to Trajan* (Oxford, 1980); y más recientemente D. B. Saddington, *The*

Development of the Roman Auxiliary Forces from Caesar to Vespasian (49 BC-AD 79) (Harare, 1982).

Las diversas guerras contra una multiplicidad de adversarios resueltos han sido examinadas por un gran número de excelentes exposiciones. Comencemos por J. F. Lazenby, *Hannibal's War* (Warminster, 1978); G. Webster, *The Roman Invasion of Britain* (Londres, 1980); M. Fentress, *Numidia and the Roman Army* (Oxford, 1979); e I. Rossi, *Trajan's Column and the Dacian Wars* (Londres, 1971). Sobre barcos y armadas romanas, consúltese L. Casson, *The Ancient Mariners* (Londres, 1959), y *Ships and Seamanship in the Ancient World* (Princeton, 1971); J. Rouge, *La marine dans l'Antiquité* (París, 1975); y en especial C. G. Starr, *The Roman Imperial Navy* (Nueva York, 1941). Sobre el tema de los barcos de remos en la Antigüedad, en general, es indispensable *J. S. Morrison y R. T. Williams, *Greek Oared Ships 900-322 BC* (Cambridge, 1968).

Capítulo 4. Las murallas romanas

Los lectores pueden confiar con cierta seguridad en dos historias militares sobre la Edad Media en general. La primera, por P. Contamine, *War in the Middle Ages* (Oxford, 1984), representa las investigaciones llevadas a cabo por un destacado historiador militar medievalista (realizadas, no obstante, a finales de los setenta, lo que sitúa la obra tres décadas por detrás de los estudios punteros). En 1992 se publicó en francés una edición revisada que contenía un aparato crítico actualizado. La segunda, por J.-F. Verbruggen, *The Art of War in Western Europe during the Middle Ages, from the Eighth Century to 1340* (Ámsterdam/Nueva York, 1977), ofrece una síntesis excelente, pero representa una investigación concluida antes de 1954 y no incluye, por desgracia, las notas al pie de la edición original en holandés.

Un conjunto considerable de libros importantes y relativamente recientes sobre temas concretos ha modificado notablemente las opiniones tradicionales expuestas por Contamine. *J. Bradbury, *The Medieval Siege* (Woodbridge, 1992), y R. Rogers, *Latin Siege Warfare in the Twelfth Century* (Oxford, 1992), leídos junto con B. S. Bachrach, «Medieval Siege Warfare: A Reconnaissance», en *Journal of Military History* lviii (1994), demuestran la necesidad de un replanteamiento fundamental del tratamiento dado a la historia militar medieval. La obra pionera de K. R. deVries, *Medieval Military Technology* (Peterborough, 1992), apoya también una reconsideración en este ámbito. Para una reinterpretación de la demografía militar medieval es básico *K.-F. Werner, «Heeresorganisation und Kriegsführung im deutschen Königreich des 10. und 11. Jahrhunderts», en *Settimane di Studio del*

Centro Italiano di studi sull'alto Medioevo (2 vols., Spoleto, 1968), pp. 791-843.

La interpretación de la época anterior a las Cruzadas desarrollada en este capítulo se basa en *B. S. Bachrach, *Merovingian Military Organization, 481-751* (Minneapolis, 1972), *Armies and Politics in the Early Medieval West* (Londres, 1993), y *The Anatomy of a Little War: A Diplomatic and Military History of the Gundovald Affair (568-586)* (Boulder, 1994). Para el siglo XI y el periodo posterior, veánse los brillantes artículos de J. Gillingham «Richard I and the Science of War in the Middle Ages», en J. Gillingham y J. C. Holt (eds.), *War and Government in the Middle Ages. Essays in Honour of J. O. Prestwich* (Woodbridge, 1984), pp. 78-91 «William the Bastard at War», en C. Harper-Bill, C. Holdsworth y J. L. Nelson (eds.), *Studies in Medieval History Presented to R. Allen Brown* (Woodbridge, 1989), pp. 141-158, y *«War and Chivalry in the *History of William the Marshall*», en: P. R. Cross y S. D. Lloyd (eds.), *Thirteenth Century England* (Woodbridge, 1990), pp. 1-13.

Las obras básicas sobre Inglaterra siguen siendo *C. Warren Hollister, *AngloSaxon Military Organization* (Oxford, 1962), y *The Military Organization of Norman England* (Oxford, 1965); a su vez, R. Abels, *Lordship and Military Obligation in AngloSaxon England* (Berkeley, 1988), ofrece algunas interpretaciones interesantes, y J. H. Beeler, *Warfare in England, 1066-1189* (Ithaca, 1971), es de carácter enciclopédico. Respecto a España, véase J. Powers, *A Society Organized for War: the Iberian Municipal Militias in the Central Middle Ages, 1000-1284* (Berkeley, 1988); y para Alemania, L. Auer, *Studien zum Heer der Ottonen und der ersten Salier (919-1056)* (Bonn, 1985).

En relación con las Cruzadas, *R. C. Smail, *Crusading Warfare 1097-1193* (Cambridge, 1956), y C. Marshall, *Warfare in the Latin East, 1192-1291* (Cambridge, 1992), son dos libros básicos, y deberían complementarse con D. C. Nicolle, *Arms and Armour of the Crusading Era, 1050-1350* (2 vols., Nueva York, 1988), que es una obra de referencia magistral y va mucho más allá del tema estricto de las Cruzadas. Bizancio ha sido bien estudiado en muchas obras técnicas, como, por ejemplo, J. Haldon, *Byzantine Praetorians* (Bonn, 1984), M. C. Bartusis, *The Late Byzantine Army: Arms and Society, 1204-1453* (Filadelfia, 1992), y J. R. Partington, *A History of Greek Fire and Gunpowder* (Cambridge, 1980).

R. H. C. Davis, *The Medieval Warhorse* (Londres, 1989), a pesar de adolecer de graves deficiencias, es, no obstante, una obra útil. C. Gillmore, «Practical Chivalry: The Training of Horses for Tournaments and Warfare», en *Studies in Medieval and Renaissance History*, n. s. xiii (1992), pp. 7-29, es fundamental para entender la guerra a caballo, y J. Bradbury, *The Medieval Archer* (Nueva York, 1985), es un libro decisivo para el estudio de las armas de tiro. Sobre asuntos navales, véa-

se R. W. Unger, *The Ship in the Medieval Economy, 600-1600* (Londres, 1980); A. R. Lewis y T. J. Runyan, *European Naval and Maritime History, 300-1500* (Bloomington, 1985); J. H. Pryor, *Geography, Technology, and War. Studies in the Maritime History of the Mediterranean, 649-1571* (Cambridge, 1988); y J. Hayward, *Dark Age Naval Power: A Reassessment of Frankish and Anglo-Saxon Seafaring Activity* (Londres, 1991). Todos ellos incluyen bibliografías útiles.

En *J.-F. Finó, *Fortresses de la France médiévale* (París, [3]1977), R. A. Brown, *English Castles* (Londres, [3]1976), y C. L. Salch, *Dictionnaire des châteaux et des fortifications du Moyen Age en France* (Estrasburgo, 1979), podemos hallar un cúmulo de información sobre fortificaciones. Este tema, sin embargo, está muy deficientemente conceptualizado desde la perspectiva de la historia tanto militar como bélica; cfr. B. S. Bachrach (en colaboración con R. Aris), «Military Technology and Garrison Organization: Some Observations on Anglo-Saxon Military Thinking in Light of the Burghal Hidage», en *Technology and Culture* xxxi (1990), pp. 1-17, y el breve artículo de reseña de B. S. Bachrach en, *Albion* xxiv (1992), pp. 301-304.

Capítulo 5. Armas nuevas, tácticas nuevas

Aparte de los estudios generales de Verbruggen y Contamine indicados en la bibliografía del capítulo 4, *P. Contamine, *Guerre, État et société à la fin du Moyen Age. Études sur les armées des rois de France, 1337-1494* (París, La Haya, 1972), sigue siendo una obra fundamental sobre la organización militar en la Francia de la Baja Edad Media, mientras que sus artículos completos, *La France aux XIV^e^ et XV^e^ siècles. Hommes, mentalités; guerre et paix* (Londres, 1981), incluye muchos contenidos útiles para el estudio de la guerra en ese periodo. Para Inglaterra, H. J. Hewitt, *The Organization of War under Edward III, 1338-1362* (Manchester/Nueva York, 1966), es mucho más ligero, pero, al insistir en la logística, adopta un planteamiento moderno en su estudio de la guerra. M. G. A. Vale, *War and Chivalry. Warfare and Aristocratic Culture in England, France and Burgundy at the End of the Middle Ages* (Londres, 1981), resalta y defiende el cometido de la nobleza en la guerra, mientras que su ensayo «New Techniques and Old Ideals: the Impact of Artillery on War and Chivalry at the End of the Hundred Years War», en C. T. Allmand (ed.), *War, Literature and Politics in the Late Middle Ages* (Liverpool, 1976), pp. 57-72, analiza el uso de la artillería y su impacto. B. H. St. J. O'Neil, *Castles and Cannon* (Oxford, 1960), relaciona el desarrollo del cañón con las innovaciones arquitectónicas. K. A. Fowler, (ed.), *The Hundred Years War* (Londres, 1971), es una útil recopilación de ensayos escritos por

un gran número de estudiosos, entre ellos C. F. Richmond, quien en «The Keeping of the Seas during the Hundred Years War: 1422-1440», en *History* xlix (1964), pp. 283-298, analiza la aportación y las limitaciones de la guerra naval en el marco de la época. *C. J. Rogers, «The Military Revolutions of the Hundred Years' War», en *Journal of Military History* lvii (1993), pp. 241-278, es una importante contribución al debate sobre las innovaciones militares en la Baja Edad Media. Sobre la difusión del manual militar más popular, véase C. Allmand, «The *De Re Militari* of Vegetius in the Middle Ages and the Renaissance», en C. Saunders, F. Le Saux y N. Thomas (eds.), *Writing War. Medieval Literary Responses to Warfare* (Woodbridge & Rochester, NY, 2004), pp. 15-28.

Capítulo 6. La revolución de la pólvora

Los cambios militares ocurridos en Europa en los años en torno a 1500 han suscitado gran atención. Véase *G. Parker, *The Military Revolution. Military Innovation and the Rise of the West, 1500-1800* (Cambridge, 1988; ed. revisada, 2000), y C. J. Rogers (ed.), *The Military Revolution Debate* (Boulder, 1995). Otras obras importantes sobre el cambio en el terreno militar durante esta época son C. Cresti, A. Fara y D. Lamberini (eds.), *Architettura militare nell'Europa del XVI secolo* (Siena, 1988); A. Guillerm, *La pierre et le vent. Fortifications et marine en Occident* (París, 1985); J. R. Hale, *Renaissance War Studies* (Londres, 1984); y *S. Pepper y N. Adams, *Firearms and Fortifications. Military Architecture and Siege Warfare in Sixteenth-Century Siena* (Chicago, 1986). Nuestra comprensión de la guerra de asedio ha experimentado más recientemente una transformación gracias a J. M. Ostwald, «Vauban's siege legacy in the war of the Spanish Succession» (Ohio State University, tesis doctoral, 2002). Véanse también otros dos libros dirigidos por J. Black, *War in the Early Modern World* (Londres, 1999) –una obra miscelánea que (de manera poco habitual) responde a su título al incluir capítulos sobre la guerra en todo el mundo–, y *The Cambridge Illustrated Atlas of Warfare. Renaissance to Revolution, 1492-1792* (Cambridge, 1996), que contiene cuatro secciones sobre Europa y dos sobre el mundo en general.

Capítulo 7. Navíos de línea

*C. M. Cipolla publicó un estudio que abrió nuevos caminos –*Guns and Sails in the Early Phase of European Expansion 1400-1700* (Londres, 1965)– y sigue siendo actual e informativo. A. Guillerm, *La pie-*

rre et le vent, y G. Parker, *The Military Revolution*, contienen secciones pertinentes para el tema, pero el puesto de honor le corresponde al ambicioso estudio comparativo de J. Glete, *Navies and Nations* (véase página 482). Sobre el desarrollo de la guerra en el Mediterráneo destacan dos libros: *J. F. Guilmartin, Jr. *Gunpowder and Galleys. Changing Technology and Mediterranean Warfare at Sea in the Sixteenth Century* (Cambridge, ed. revisada, 2003), y J. H. Pryor, *Geography, Technology and War. Studies in the Maritime History of the Mediterranean, 649-1571* (Cambridge, 1988). Sobre el desarrollo de la armada inglesa, véase D. M. Loades, *The Tudor Navy. An Administrative, Political and Military History* (Londres, 1992); B. Capp, *Cromwell's Navy. The Fleet and the English Revolution, 1649-1660* (Oxford, 1989); y, sobre todo, *N. A. M. Rodger, *A Naval History of Britain* (2 vols. hasta la fecha, Londres, 1997-2004): el vol. 1 abarca el periodo de 660 a 1649, y el vol. 2 el de 1649 a 1815. Sobre el poder naval español, véase R. A. Stradling, *The Armada of Flanders. Spanish Maritime Policy and European War, 1568-1668* (Cambridge, ^{2}1992), y C. J. M. Martin y G. Parker, *The Spanish Armada* (Manchester, ^{2}1999). Sobre conflictos posteriores, véase G. Symcox, *The Crisis of French Sea-Power 1688-1697* (La Haya, 1974); J. Pritchard, «From Shipwright to Naval Constructor: the Professionalization of Eighteenth Century French Naval Shipbuilders», en *Technology and Culture* xxviii (1987), pp. 1-25, y *J. Ehrman, *The Navy in the War of William III 1689-97. Its State and Direction* (Cambridge, 1953).

Capítulo 8. La conquista de América

La espectacular historia de las fulgurantes conquistas de los españoles en el Nuevo Mundo inspiró la imaginación del gran historiador narrativo del siglo xix W. H. Prescott, cuyas obras *Conquest of Mexico* (1843) y *Conquest of Peru* (1847) sentaron criterios que pervivieron más de un siglo. *J. Hemming, *The Conquest of the Incas* (Nueva York, 1970), alcanzó un nuevo nivel; y H. Thomas, *The Conquest of Mexico* (Londres, 1992), se sitúa casi a su altura. Los relatos de Cortés sobre su campaña han sido espléndidamente traducidos al inglés por A. Pagden bajo el título de *Letters from Mexico* (New Haven, 1986), y el relato de su capitán Bernal Díaz del Castillo apareció con el de *The Conquest of New Spain* (Baltimore, 1963).

Sobre Perú, el segundo volumen de los *Royal Commentaries of the Incas* (1617; Austin, 1966), de Garcilaso de la Vega, ofrece una versión de lo ocurrido escrita por el hijo mestizo de un capitán español. El mejor estudio táctico sobre la guerra de los españoles contra los incas es el de J. F. Guilmartin Jr., «The Cutting Edge: an Analysis of the

Spanish Invasion and Overthrow of the Inca Empire, 1532-1549», en K. Andrien y R. Adorno (eds.), *Transatlantic Encounters* (Berkeley, 1991). *L. Clendinnen, *Ambivalent Conquests: Maya and Spaniard in Yucatan, 1517-1570* (Cambridge, 1987), ofrece la mejor historia en inglés de la conquista de Yucatán.

Varios dirigentes religiosos españoles del siglo XVI criticaron la brutalidad de la guerra en el Nuevo Mundo. Fray Bartolomé de Las Casas, *The Devastation of the Indies* (1552, Baltimore, 1992), condenó los abusos militares. Otros sacerdotes del siglo XVI ayudaron a escritores nativos a crear relatos antitéticos o a escribir crónicas ilustradas, denominadas códices, en las que se mostraba el alcance de la devastación: fray Bernardino de Sahagún ayudó a crear uno de esos textos, conocido con el nombre de *The Florentine Codex* (12 vols., Santa Fe, 1950-1982); fray Diego Durán fue el creador de otro: *Historia de las Indias* (2 vols., México, 1967). El rey Felipe II de España consideró, sin embargo, subversivos esos relatos, y ninguna de estas dos críticas fue publicada hasta el siglo XX. *The Broken Spears* (Boston, 1962), de M. León Portilla, resume parte de esa literatura en un formato accesible. La obra de *R. Hassig, *Aztec Warfare* (Norman, 1988) estudia la práctica indígena de la guerra sirviéndose de la información recogida por clérigos críticos. Para el caso de Brasil es excelente J. Hemming's *Red Gold: The Conquest of the Brazilian Indians* (Cambridge, 1978).

D. Leach, *Flintlock and Tomahawk* (Nueva York, 1966), es una exposición deficiente pero de lectura amena sobre la Norteamérica inglesa, mientras que la obra de P. Malone *Skulking Way of War* (Lanham, 1991) ofrece un excelente relato sobre la adaptación de los indígenas a la tecnología europea. La experiencia militar holandesa en Norteamérica ha sido relativamente descuidada, pues gran parte del material sobre las primeras guerras con los nativos fue recopilado por facciones contrarias a ellas. Los autores que se oponían a la guerra fueron traducidos por F. Jameson en *Narratives of New Netherland* (Nueva York, 1909); en A. J. F. Laer, *Documents Relating to New Netherland* (San Marino, 1924), aparecen detalles de ingeniería sobre la fortaleza original levantada en Manhattan.

Las publicaciones sobre la práctica bélica de los franceses en el Nuevo Mundo han tendido a centrarse en Canadá, descuidando así la región del Caribe; véase no obstante, G. Havard y C. Vidal, *Histoire de l'Amerique Française* (París, 2003), y P. Boucher, *Cannibal Encounters* (Baltimore, 1992). Sobre Drake en el Caribe, no se han superado los volúmenes publicados por la Hakluyt Society: K. R. Andrews (ed.), *The Last Voyage of Drake and Hawkins* (Cambridge, 1972; 2ª serie, CXLII), y M. F. Keeler (ed.), *Sir Francis Drake's West Indian Voyage, 1585-1587* (Londres, 1981; 2ª serie, CXLVIII).

El estudio clásico de C. W. C. Oman, *A History of the Art of War in the Sixteenth Century* (Londres, 1937), sigue ofreciendo el relato más detallado sobre sucesos militares particulares, aunque su enfoque ha quedado anticuado. *M. S. Anderson, *War and Society in Europe, 1620-1789* (Londres, 1988), *J. R. Hale, *War and Society in Renaissance Europe, 1450-1620* (Londres, 1985), Hale, *Renaissance War Studies* (Londres, 1984), y F. Tallett, *War and Society in Early Modern Europe, 1495-1715* (Londres, 1992), son estudios globales más exigentes, aunque con menos datos concretos.

Uno de los nuevos terrenos de investigación más interesantes e importantes de este periodo es el de la logística: véase M. van Crevelt, *Supplying War. Logistics from Wallenstein to Patton* (Cambridge, 1977); J. A. Lynn (ed.), *Feeding Mars: Logistics in Western Warfare from the Middle Ages to the Present* (Boulder, 1993), que estudia los ataques lanzados por ejércitos colosales y las nuevas perspectivas; y G. Parker, *The Army of Flanders and the Spanish Road. The Logistics of Victory and Defeat in the Low Countries' Wars 1567-1659* (Cambridge, 1972; ed. revisada, 2004). La importancia del cambio tecnológico para la conducción de la guerra aparece destacada por los colaboradores de J. A. Lynn (ed.), *Tools of War. Instruments, Ideas and Institutions of Warfare 1445-1871* (Urbana, 1989).

El mejor planteamiento sobre la práctica de la guerra en Italia es el de los meticulosos estudios de casos expuestos en M. Mallett y J. R. Hale, *The Military Organization of a Renaissance State: Venice, ca. 1400-1617* (Cambridge, 1984), y Pepper y Adams, *Firearms and Fortifications* (véase la bibliografía del capítulo 6). La práctica francesa de la guerra en la Edad Moderna no ha sido tan bien tratada, quizá porque el predominio de la escuela historiográfica de los *Annales* tiende a desdeñar la importancia de la guerra. Véase, sin embargo, F. Lot, *Recherches sur les effectifs des armées françaises des guerres d'Italie aux guerres de religion, 1494-1562* (París, 1962), y P. Contamine (ed.), *Histoire militaire de la France. i. Des origines à 1715* (París, 1992). Para España, véase sobre todo I. A. A. Thompson, *War and Government in Habsburg Spain, 1560-1620* (Londres, 1976). Sobre la lucha de España por lograr la hegemonía en Europa, véase G. Parker, *The Grand Strategy of Philip II* (New Haven, 1998); Parker, *Spain and the Netherlands, 1559-1659* (Londres, 1979; ed. revisada, 1991); y Parker, *The Dutch Revolt* (Londres, 1977; ed. revisada, Harmondsworth, 1985). La Guerra de los Treinta Años ha sido tratada (entre otros) por G. Parker, *The Thirty Years' War* (Londres, ed. revisada, 1997), y H. Langer, *The Thirty Years' War* (Poole, 1980: especialmente sólida en su análisis de la historia social de la guerra). Para

las guerras en las Islas Británicas, véase la obra general clásica de J. P. Kenyon *The Civil Wars of England* (Londres, 1998), y el sustancioso análisis de *C. Carlton, *Going to the Wars. The Experience of the British Civil Wars, 1638-1651* (Londres, 1992), quizá la mejor aproximación publicada hasta la fecha a la «realidad del campo de batalla» en la Edad Moderna.

Capítulo 10. Estados en conflicto

Para obras generales acerca de la guerra y la sociedad en la Europa de la Edad Moderna, véase la bibliografía del capítulo 9. Las fuerzas militares de Luis XIV han sido objeto de mucha atención en los últimos años. El análisis más completo del ejército francés en el siglo XVII es el ofrecido por J. A. Lynn, *Giant of the Grand Siècle: The French Army, I610-1715* (Nueva York, 1997). El estudio sobre la administración militar realizado en este libro ha sido complementado y superado por D. Parrott, *Richelieu's Army: War, Government and Society in France, 1624-1642* (Cambridge, 2001), y G. Rowlands, *The Dynastic State and the Army under Louis XIV: Royal Service and Private Interest, 1661-1701* (Cambridge, 2002). La lectura de las obras clásicas de L. André, *Michel Le Tellier* (París, 1906), y C. Rousset, *Histoire de Louvois*, 4 vols. (París, 1862-1864), sigue mereciendo la pena, al igual que la de A. Corvisier, *Louvois* (París, 1983). En cuanto a la armada, no hay nada que iguale a D. Dessert, *La Royale: Vaisseaux et marins du Roi-Soleil* (París, 1996).

Véase J. A. Lynn, *The Wars of Louis XIV, 1667-1714* (Londres, 1999), para un tratamiento general de las guerras y campañas. P. Sonnino, *Louis XIV and the Origins of the Dutch War* (Cambridge, 1989), ofrece una visión interesante de la política del Rey Sol. La biografía es una forma útil y popular de analizar la guerra y la política exterior. Véase, por ejemplo, J. Bérenger, *Turenne* (París, 1987), y C. C. Sturgill, *Marshall Villars and the War of the Spanish Succession* (Lexington, 1965). S. Baxter describe la vida y obra del enemigo más acérrimo de Luis en *William III and the Defense of European Liberty, 1650-1702* (Nueva York, 1966). El último conflicto de Luis XIV, la Guerra de Sucesión española, fue el escenario de las actividades del máximo capitán inglés, el duque de Marlborough, y no es de extrañar que sus hazañas hayan sido objeto de considerable atención por parte de autores británicos: véase W. Churchill (descendiente suyo), *Marlborough: his life and times* (6 vols., Londres, 1933); *D. Chandler, *Marlborough as a Military Commander* (Londres, 1973); y *The Art of War in the Age of Marlborough* (Londres, 1976). Sobre el ejército, véase R. F. Scouller, *The Armies of Queen Anne* (Oxford, 1966).

Sobre el ascenso de Rusia como potencia militar, véase *C. Duffy, *Russia's Military Way to the West* (Londres, 1981), y sobre el propio gran zar, V. O. Klyuchevsky, *Peter the Great* (Nueva York, 1958). En cuanto a la aparición de Prusia, véase G. Ritter, *Frederick the Great: a Historical Profile*, tr. inglesa de P. Paret (Berkeley, 1968), y C. Duffy, *The Military Life of Frederick the Great* (Nueva York, 1986). Este prolífico autor describe también a los adversarios austriacos de Federico en *The Army of Maria Theresa* (Newton Abbot, 1977). Sobre el ejército británico en el siglo XVIII, véase J. A. Houlding, *Fit for Service: the Training of the British Army 1715-1795* (Oxford, 1981). El estudio estadístico más completo sobre las personas alistadas en el ejército francés es el de A. Corvisier, *L'armée française de la fin du XVIII^e siècle au ministère de Choiseul: le soldat* (2 vols., París, 1964). L. Kennett ofrece un buen estudio de la administración militar en *The French Armies in the Seven Years' War* (Durham, NC, 1967).

Sobre el abastecimiento, véase *G. Perjés, «Army Provisioning, Logistics and Strategy in the Second Half of the Seventeenth Century», en *Acta Historica Academiae Scientiarum Hungaricae*, xvi (1970), así como las obras de Van Creveld y Lynn analizadas en p. 492. El importante tema de las fortificaciones ha sido objeto de un excelente tratamiento general en tres obras de C. Duffy; para el periodo abarcado aquí, véase *The Fortress in the Age of Vauban and Frederick the Great, 1660-1789, Siege Warfare*, ii (Londres, 1985). Sobre la guerra en América del Norte, véase la breve introducción de *H. H. Peckham, *The Colonial Wars, 1698-1762* (Chicago, 1964), y la obra magistral de G. S. Graham *Empire of the North Atlantic: the Maritime Struggle for North America* (Toronto, 1958). Philip Mason ofrece un ameno relato de los conflictos suscitados en la India a través de las campañas de Arthur Wellesley en *A Matter of Honour: and Account of the Indian Army, its Officers and Men* (Londres, 1974). Esta visión anglocéntrica se debe compensar con otros puntos de vista. Véase P. Barua, «Military Developments in India, 1760-1850», en *Journal of Military History* lviii (1994), pp. 599-614, sobre las campañas y la política de la conquista. Para la creación de ejércitos de cipayos, véase J. A. Lynn, *Battle: A History of Combat and Culture*, edición revisada (Boulder, 2005), capítulo 5, «Victories of the Conquered: The Native Character of the Sepoy, 1740-1805», y C. Wickremesekera, «*Best Black Troops in the World»: British Perceptions and the Making of the Sepoy 1746-1805* (Manohar, 2002).

Capítulo 11. Naciones en armas

El mejor estudio general de las relaciones internacionales en el periodo cubierto por este capítulo es el de P. W. Schroeder *The Trans-*

formation of European politics, 1763-1848 (Oxford, 1994). La Guerra de Independencia norteamericana fue excelentemente tratada por P. Mackesy, *The War for America, 1775-1783* (Cambridge, Mass., 1965), y *D. Higginbotham, *The War of American Independence: Military Attitudes, Policies, and Practice, 1763-1789* (Nueva York, 1971). C. Royster registra los sentimientos populares respecto de la guerra, una vez iniciada ésta, en *A Revolutionary People at War: the Continental Army and American Character, 1775-1783* (Chapel Hill, 1979). Sobre la estrategia norteamericana durante la guerra, véanse los excelentes capítulos de *R. Weigley, *The American Way of War* (Nueva York, 1973). J. Shy, «Logistical Crisis and the American Revolution: an Hypothesis», en J. A. Lynn (ed.), *Feeding Mars: Logistics in Western Warfare from the Middle Ages to the Present* (Boulder, 1993), brinda nuevas interpretaciones.

Los aspectos franceses de la época aparecen descritos en una obra reciente: *J. Delmas (ed.), *Histoire militaire de France, ii, De 1715 à 1871* (París, 1992). Sobre el periodo reformista que precedió a la Revolución, véase S. Wilkinson, *The French Army before Napoleon* (Oxford, 1915); R. Quimby, *The Background of Napoleonic Warfare* (Nueva York, 1957), libro cuya principal virtud es la de haber sido escrito en inglés, y J. Colin, *L'infanterie au XVIII^e^ siècle: la tactique* (París, 1907), una obra más original y mejor, de la que Quimby ha tomado mucho en préstamo. La obra magistral sobre el ejército francés durante la Revolución es *J.-P. Bertaud, *The Army of the French Revolution: from Citizen Soldiers to Instruments of Power*, tr. inglesa de R. R. Palmer (Princeton, 1988). S. F. Scott, *The Response of the Royal Army to the French Revolution* (Oxford, 1978), analiza la composición, acciones y destino del antiguo ejército real hasta su disolución oficial en 1793. Sobre la conducción de la guerra, véase G. Rothenberg, *The Art of Warfare in the Age of Napoleon* (Bloomington, 1978), excelente introducción breve a todo el periodo. Sobre el modo de combate revolucionario tenemos la obra de J. A. Lynn *The Bayonets of the Republic: Motivation and Tactics in the Army of Revolutionary France, 1791-94* (1984, ed. revisada, Boulder, 1996). Las guerras napoleónicas han servido de inspiración a un sinnúmero de volúmenes. J. Tulard, *Napoleon: the Myth of the Saviour* (Londres, 1984), es una biografía moderna escrita por un especialista famoso. El libro clásico de D. Chandler, *The Campaigns of Napoleon* (Nueva York, 1966) sigue siendo una exposición sumamente valiosa de las tácticas y operaciones napoleónicas. Debería complementarse con la obra más crítica de Owen Connelly *Blundering to Glory: Napoleon's Military Campaigns* (Wilmington, 1988), y con la más reciente de C. J. Esdaile, *The Wars of Napoleon* (Londres, 1996). Sobre el fatal desastre en España, véase D. Gates, *The Spanish Ulcer: a History of the Peninsular*

War (1986). A. W. Palmer aborda el mayor descalabro del emperador en *Napoleon in Russia* (Nueva York, 1967).

Otras obras sobre las reformas militares austriacas y alemanas son: G. Rothenberg, *Napoleon's Great Adversaries: the Archduke Charles and the Austrian Army, 1792-1814* (Bloomington, 1982); W. O. Shanahan, *Prussian Military Reforms, 1786-1813* (Nueva York, 1945); y *P. Paret, *Yorck and the Era of Prussian Reform* (Berkeley, 1966). E. Longford relata la vida de quien fue la perdición de Napoleón en *Wellington* (2 vols., Nueva York, 1969-1972). El triunfo de Gran Bretaña en el mar aparece tratado en C. D. Hall, *British Strategy in the Napoleonic War, 1803-1815* (Manchester, 1992). E. Vincent, *Nelson: Love and Fame* (New Haven, 2004), detalla la vida del almirante más famoso de Gran Bretaña, y D. Howarth describe su máxima victoria en *Trafalgar: the Nelson Touch* (Londres, 1969).

Capítulo 12. La industrialización de la guerra*

No es de extrañar que exista una extensa bibliografía para los temas tratados en este capítulo. W. McElwee, *The Art Of War, Waterloo to Mons* (Bloomington, 1974), ofrece una visión general del periodo. Sobre la Guerra de Crimea, véase C. Hibbert, *The Destruction of Lord Raglan* (Londres, 1961), y C. Woodham Smith, *The Reason Why* (Londres, 1965). G. Craig, *The Battle of Königgrätz* (Filadelfia, 1964), presenta un cuadro convincente de la batalla decisiva de la Guerra de las Siete Semanas. D. Showalter, *Railroads and Rifles: Soldiers, Technology, and the Unification of Germany* (Hamden, 1975), trata con brillantez las repercusiones de la tecnología entre los prusianos, mientras que M. Howard, *The Franco-Prussian War* (Londres, 1961), sigue siendo el criterio de comparación para las buenas obras de historia militar.

La mejor historia de la Guerra Civil norteamericana en un solo volumen, tanto por su amenidad como por su erudición, es *J. M. McPherson, *Battle Cry of Freedom, The Civil War Era* (Oxford, 1988). Existen también dos excelentes historias sobre la guerra en tres volúmenes: B. Catton, *The Centennial History of the Civil War* (Garden City, Nueva York, 1961), y S. Foote, *The Civil War, A Narrative* (Nueva York, 1958). Entre las numerosas memorias de guerra destacan las de Ulysses S. Grant, *Personal Memoirs of U.S. Grant* (Nueva York, 1984); Mark Twain las describió, con sólo una ligera exageración, como la mejor obra literaria en inglés del siglo XIX. Finalmente, no de-

---

* El profesor John F. Guilmartin, Jr., ha tenido la gentileza de poner al día la bibliografía de los capítulos 12-17.

beríamos olvidar M. Shaara, *The Killer Angels* (Nueva York, 1974), obra de ficción que reconstruye con brillantez la batalla de Gettysburg y dice más sobre la guerra que la mayoría de los libros de historia, al igual que J. W. Thomason, Jr., *Lone Star Preacher* (Nueva York, 1941), una historia semiliteraria del 5º Regimiento de Texas de la Confederación.

Capítulo 13. Hacia la guerra mundial

Varias obras interesantes evalúan la profesionalización de los ejércitos europeos antes de la Primera Guerra Mundial. I. B. Bond, *The Victorian Army and the Staff College, 1854-1914* (Londres, 1972), enumera las dificultades experimentadas en Gran Bretaña por esa clase de iniciativas. Sobre la evolución del ejército francés tras la catastrófica derrota de 1870-1871, véase D. B. Ralston, *The Army of the Republic: The Place of the Military in the Political Evolution of France: 1871-1914* (Cambridge, Mass., 1967). G. Ritter, *The Sword and the Scepter, The Problem of Militarism in Germany* (2 vols., Miami, 1970), cubre de manera magistral el lado alemán. Sobre el contexto de la experiencia rusa, véase W. C. Fuller, Jr., *Civil-Military Conflict in Imperial Russia, 1881-1914* (Princeton, 1985). D. Walder, *The Short Victorious War, The Russo Japanese Conflict, 1904-1905* (Londres, 1973), es una exposición clara y amena. Las mejores obras sobre las guerras coloniales de las potencias europeas son las de D. R. Morris, *The Washing of the Spears, A History of the Rise of the Zulu Nation under Shaka and Its Fall in the Zulu War of 1879* (Nueva York, 1965), y T. Pakenham, *The Boer War* (Nueva York, 1979).

La bibliografía sobre los orígenes de la Primera Guerra Mundial está alcanzando proporciones inmanejables. *L. Albertini, *The Origins of the War of 1914* (3 vols., Nueva York, 1952), va a seguir siendo la obra clásica sobre el estallido de la guerra. G. Ritter, *The Schlieffen Plan: Critique of a Myth* (Nueva York, 1958), desentraña las erróneas suposiciones del Estado Mayor general alemán. Bucholz, *Moltke, Schlieffen and Prussian War Planning* (Nueva York, 1991), examina los orígenes del proceso de planificación alemán. Sobre los planes de guerra británicos, véase J. Gooch, *The Plans of War, The General Staff and British Military Strategy, 1900-1916* (Nueva York, 1974); para el contexto de la planificación en el periodo previo a la guerra, véase P. Kennedy (ed.), *The War Plans of the Great Powers, 1880-1914* (Londres, 1979). S. R. Williamson, Jr. *The Politics of Grand Strategy. Britain and France Prepare for War, 1904-1914* (Cambridge, Mass., 1969), ofrece un soprendente relato de la planificación conjunta por parte de las dos potencias.

El estudio más completo sobre la Primera Guerra Mundial sigue siendo el de C. R. M. F. Cruttwell, *A History of the Great War, 1914-1918* (Oxford, 1934); sólo recientemente se halla en preparación una obra superior: Hew Strachan, *The First World War. Volume I: To Arms* (Oxford, 2004), actualmente en proceso de producción, es de momento la única obra que va a superarlo. Pronto aparecerán dos nuevos volúmenes. W. Churchill, *The World Crisis* (Nueva York, 1930), argumenta a veces de manera sesgada, pero está escrito en un estilo tan brillante que recompensa a cualquier lector. L. Woodward, *Great Britain and the War of 1914-1918* (Boston, 1967), constituye el mejor estudio general de la experiencia de una nación concreta en la guerra. Sobre la guerra desde la perspectiva de las Potencias Centrales, véase H. H. Herwig, *The First World War: Germany and Austria-Hungary, 1914-1918* (Nueva York, 1997). J. H. Morrow, Jr., *German Air Power In World War I* (Lincoln, 1982), disipa el mito de la ineficacia de la aviación en la Gran Guerra y sitúa la guerra aérea en una perspectiva económica. F. Fischer, *Germany's Aims in the First World War* (trad. al inglés, Nueva York, 1967), sólo es objeto de controversia para quienes se siguen tragando la campaña de desinformación lanzada por los alemanes después de 1919. *J. M. Winter, *The Experience of World War I* (Oxford, 1989), ofrece una visión general evocadora en palabras, imágenes y gráficos.

Abundan las monografías valiosas sobre episodios particulares de la guerra. B. Tuchman, *The Guns of August* (Nueva York, 1962), a pesar de su ataque flagrante y sumamente injusto a Clausewitz, ofrece todavía una interesante exposición de las operaciones militares durante el primer mes de la guerra. T. Lupfer, *The Dynamics of Doctrine: The Changes in German Tactical Doctrine During World War I* (Leavenworth, 1981), abrió nuevos caminos en el replanteamiento de la dinámica táctica de la guerra, mientras que dos obras de T. Travers han modificado de manera fundamental la visión del ejército británico en el frente occidental: *The Killing Ground. The British Army, the Western Front, and the Emergence of Modern Warfare, 1900-1918* (Londres, 1987), y **How the War Was Won. Command and Technology in the British Army on the Western Front, 1917-1918* (Londres, 1992). M. Middlebrook, *The First Day on the Somme, 1 July 1916* (Nueva York, 1972), ofrece una visión descarnada de esa batalla desde la pespectiva de quienes más sufrieron: los soldados de la primera línea del frente. A. Horne, *The Price of Glory, Verdun, 1916* (Nueva York, 1962), es igualmente bueno al escribir sobre los horrores de aquella operación.

A. J. Marder, *From The Dreadnought to Scapa Flow* (6 vols., Londres, 1961), es una magistral exposición de la guerra naval desde la perspectiva británica. H. Herwig, *The «Luxury» Fleet. The Imperial*

German Navy, 1888-1918 (Londres, 1980), ofrece un relato vívido de las singulares actividades de la armada alemana. Sobre la guerra aérea, véase J. H. Morrow, Jr., *The Great War in the Air. Military Aviation from 1909 to 1921* (Washington, 1993).

Las numerosas novelas y memorias que aparecieron tras la guerra representan uno de los grandes movimientos literarios del siglo XX, aunque los estudiosos y los críticos de la literatura de Estados Unidos lo hayan ignorado o malinterpretado en su mayor parte. La mejor novela basada en las experiencias de un soldado en la línea del frente es, probablemente, la de F. Manning, *The Middle Parts of Fortune, Somme and Ancre 1916* (Londres, 1929), mientras que G. Chapman, *A Passionate Prodigality, Fragments of Autobiography* (Londres, 1933), ofrece, quizá, la experiencia autobiográfica mejor y más sincera de la guerra. C. S. Forrester, *The General* (Londres, 1936), es un retrato demoledor de un mal liderazgo militar. Sobre los terribles efectos de las muertes de soldados británicos en sus seres queridos, V. Brittain, *Testament of Youth. An Autobiographical Study of the Years, 1900-1925* (Londres, 1933), ofrece un retrato inquietante de la muerte de una generación. La poesía inglesa de guerra se halla al alcance de los lectores en numerosas publicaciones; un buen libro por el que comenzar es J. Silkin, (ed.), *The Penguin Book of First World War Poetry* (Londres, 1979). Finalmente, no deberíamos olvidar que los alemanes tuvieron una reacción fundamentalmente diferente ante la guerra: E. Jünger, *Storm of Steel* (Londres, 1929), es un relato entusiasta y de primera mano acerca de la guerra y su autor obtuvo una condecoración *Pour le Mérite* por su heroísmo; Jünger fue un soldado herido en un sinnúmero de ocasiones y un individuo que pensaba que todo aquello había sido maravilloso.

Capítulo 15. El mundo en conflicto y Capítulo 16. El mundo en guerra

Si la bibliografía sobre la Primera Guerra Mundial es inmensa, la dedicada a la Segunda Guerra Mundial es tan descomunal que resulta totalmente inmanejable. *G. Weinberg, *A World at Arms. A Global History of World War II* (Cambridge, 1994), está tan cerca como la que más de ser una historia completa de la guerra desde el punto de vista estratégico y político. Para una exposición centrada en la conducción operacional de la guerra, véase *A. R. Millett y W. Murray, *A War to Be Won: Fighting the Second World War* (Cambridge, Massachusetts, 2000). *R. Spector, *The Eagle Against the Sun. The American War with Japan* (Nueva York, 1984), ofrece una extraordinaria visión general de la guerra en el Pacífico. G. Weinberg, *The Foreign Policy of Nazi Germany* (2 vols., Chicago, 1970-1980), presenta el trasfondo que permite entender los orígenes de la guerra.

La bibliografía monográfica sigue inundando el mercado. Entre las obras mejores, M. Knox, *Mussolini Unleashed. 1939-1941, Politics and Strategy in Fascist Italy's Last War* (Cambridge, 1982), subraya la mendaz incompetencia del régimen italiano y sus militares; C. Sydnor, *Soldiers of Destruction. The Totenkopf Division* (Princeton, 1977), trata de los vínculos entre la ideología y la conducción de la guerra en el frente oriental; R. Paxton, *Parades and Politics at Vichy* (Princeton, 1966), examina la reacción de los militares franceses ante la derrota; C. Thorne, *Allies of a Kind. The United States, Britain, and the War against Japan, 1941-1945* (Oxford, 1978), presenta un examen profundo del funcionamiento de la alianza angloamericana en el Pacífico. R. J. Overy, *The Air War, 1939-1945* (Nueva York, 1982), sigue siendo la mejor exposición general sobre la guerra en el aire; Overy, **Why the Allies Won* (Nueva York, 1995), es un análisis penetrante que abarca desde la planificación estratégica y la movilización de recursos hasta las contingencias operacionales. Entre los mejores relatos bélicos sobre las campañas se hallan los ofrecidos por D. M. Glantz y J. House, *When Titans Clashed: How the Red Army Stopped Hitler* (Lawrence, Kansas, 1995); R. B. Frank, *Guadalcanal* (Nueva York, 1990); D. Graham y S. Bidwell, *Tug of War: The Battle for Italy: 1943-1945* (Nueva York, 1986); y E. J. Drea, *MacArthur's ULTRA: Codebreaking and the War against Japan, 1942-1945* (Lawrence, Kansas, 1992). R. S. Rush, *Hell in Hürtgen Forest: An American Infantry Regiment's Ordeal and Triumph* (Lawrence, Kansas, 2001), destruye el mito de la inferioridad táctica norteamericana en tierra mediante una inteligente combinación de documentos dejados por las unidades enemigas de los alemanes y los aliados. R. B. Frank, *Downfall* (Nueva York, 1995), dibuja en detalle la derrota de Japón y descarta definitivamente la idea de que algunos dirigentes japoneses pensaron en rendirse antes del lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki.

Merece la pena señalar que las historias oficiales de la guerra alcanzaron un nivel de exactitud y honradez superior al de las dedicadas a la Primera Guerra Mundial. El mejor de esos intentos escrito en inglés es el estudio de la campaña de bombardeo estratégico: C. Webster y N. Frankland, *The Strategic Air Offensive Against Germany* (4 vols., Londres, 1994). Hasta ahora han aparecido once volúmenes de la historia oficial alemana de la guerra, *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, y la Oxford University Press ha publicado seis de ellos en traducción inglesa. Esta iniciativa, producto del Departamento de Historia Militar de la República Federal de Alemania (y organizada por temas y teatros de operaciones, en vez de seguir un orden cronológico único), posee una importancia particular por el hecho de subrayar hasta qué punto la participación de la Wehrmacht en la guerra, sobre todo en el frente oriental, se sustentó en una ideología criminal. Otras obras importantes de características si-

milares son C. Streit, *Keine Kameraden. Die Wehrmacht und die sowjetischen Kriegsgefangenen, 1941-1945* (Stuttgart, 1978), y, en inglés, *O. Bartov, *Hitler's Army. Soldiers, Nazis, and War in the Third Reich* (Oxford, 1991), y *C. R. Browning, *Ordinary Men. Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland* (Nueva York, 1992). Esta nueva oleada de estudios históricos ha puesto de relieve algo sospechado en general por la mayoría de los historiadores: la total carencia de fiabilidad y honradez intelectual, incluso para lo que es normal en el género, de las memorias de posguerra escritas por generales alemanes.

Finalmente, el descubrimiento del cometido fundamental de los servicios de inteligencia en la victoria de los Aliados constituye uno de los principales avances historiográficos de finales de los años setenta. Tres de los mejores libros en esta materia contienen un cuidadoso análisis de la documentación histórica y fueron escritos, además, por miembros en ejercicio de esos servicios: R. Bennett, *Ultra in the West. The Normandy Campaign, 1944-1945* (Nueva York, 1979); P. Beesley, *Very Special Intelligence. The Story of the Admiralty's Operational Intelligence Centre, 1939-1945* (Garden City, 1977); y *R. V. Jones, *Most Secret War. British Scientific Intelligence, 1939-1945* (Londres, 1978). Para terminar, *D. Glantz, *Soviet Military Deception in the Second World War* (Londres, 1989), examina cómo las maniobras de engaño soviéticas desempeñaron una función esencial en las victorias de la Unión Soviética en el frente del este.

Capítulo 17. El mundo de la posguerra

A lo largo de la última década ha aparecido un gran número de obras de calidad sobre la historia militar del periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial. Sobre la experiencia francesa en Vietnam siguen siendo especialmente notables las obras de Bernard Fall: *Street Without Joy. Insurgency in Indochina, 1946-1963* (Harrisburg, 1964), **Hell in a Very Small place. The Siege of Dien Bien Phu* (Nueva York, 1967), y *The Two Vietnams, A Political and Military Analysis* (Nueva York, 1963). D. Pike, *PAVN: People's Army of Vietnam* (Novato, California, 1986), es la mejor obra dedicada al tema, y lo seguirá siendo, probablemente, por tiempo indefinido. Philip B. Davidson, *Vietnam at War, 1946-1975* (Novato, California, 1988), es la mejor historia militar del conflicto en un volumen. Sobre la experiencia francesa en Argelia, *A. Horne, *A Savage War of Peace. Algeria, 1954-1962* (Londres, 1977), es una obra vigorosa, tanto literaria como histórica. Sobre ese conflicto existen también dos excelentes películas: *The Battle of Algiers* y *The Lost Command*. Entre los informes sobre las numerosas guerras coloniales británicas, el libro de M. Hastings y S. Jenkins *The Battle for the Falklands* (Nueva York, 1983) es particular-

mente valioso por entretejer las circunstancias políticas y estratégicas y la realización de las operaciones. I. L. Janis, *Groupthink: Psychological Studies of Policy Decisions and Fiascoes* (Nueva York, 1983), contiene una comparación detallada sobre cómo manejó el gobierno de Kennedy las dos crisis de Cuba.

No es de extrañar que las guerras «limitadas» emprendidas por Estados Unidos hayan sido también objeto de un interés considerable entre los historiadores; pero el conflicto más importante por su impacto estratégico, la Guerra de Corea, ha sido la que menos atención ha suscitado. T. R. Fehrenbach, *This Kind of War* (Nueva York, 1964), sigue siendo la mejor historia general de dicho conflicto. La Guerra de Vietnam ha suscitado mayor atención debido al daño causado a la imagen que tenía Estados Unidos de sí mismo. Entre las monografías más interesantes se hallan las siguientes: A. F. Krepinevich, Jr., *The Army and Vietnam* (Baltimore, 1986); R. H. Spector, *Advice and Support. The Early Years of the US Army in Vietnam, 1941-1960* (Londres, 1985), y *After Tet. The Bloodiest Year in Vietnam* (Nueva York, 1993), y F. Snepp, *Decent Interval. An Insider's Account of Saigon's Indecent End Told by the CIA's Chief Strategy Analyst in Vietnam* (Nueva York, 1977). Pero la experiencia de Vietnam ha tenido también como consecuencia algunas de las mejores obras literarias y ensayísticas –de ficción y no ficción– escritas por norteamericanos en este siglo. Véase en particular: J. Webb, *Fields of Fire* (Nueva York, 1978); F. Downs, Jr. *The Killing Zone. My Life in the Vietnam War* (Nueva York, 1978); *Aftermath. A Soldier's Return from Vietnam* (Nueva York, 1984); y J. R. McDonough, *Platoon Leader* (Nueva York, 1985).

De los numerosos libros sobre el conflicto en Oriente Próximo, E. Hammel, *Six Days in June. How Israel Won the 1967 Arab-Israeli War* (Nueva York, 1993), cubre esta guerra de manera interesante, mientras que C. Herzog, *The Arab-Israeli Wars. War and Peace in the Middle East from the War of Independence through Lebanon* (Nueva York, 1984), nos brinda una visión desde dentro. Sobre el «declive de la guerra» a finales del siglo XX, véase el provocador y estimulante análisis de *J. Mueller, *The Remnants of War* (Ithaca, 2004). Sobre el liderazgo militar de Estados Unidos a partir de 1945, véase la feroz crítica del capítulo 6 de *E. Cohen, *Supreme Command: Soldiers, Statesmen and Leadership in Wartime* (Nueva York, 2002) –así como sus penetrantes análisis sobre los estilos de liderazgo en tiempo de guerra de Lincoln, Clemenceau, Churchill y BenGurion–. Sobre la Primera Guerra del Golfo, Cohen dirigió la penetrante obra en cinco volúmenes titulada *Gulf War Airpower Survey* (Washington, DC, 1993), en la que un equipo de especialistas de gran talento analiza despiadadamente los éxitos y fracasos de la campaña aérea de la Coalición. Esta guerra ha sido tratada por un cúmulo de libros, entre ellos las memorias del comandante en el teatro de operaciones (H. N. Schwartzkopf, *It Doesn't Take a Hero* [Nueva

York, 1992]) y las del presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor (C. Powell, con la colaboración de J. E. Persico, *My American Journey* [Nueva York, 1995]). La exposición, quizá, mejor informada es la de M. R. Gordon y B. E. Trainor, *The Generals' War: The Inside Story of Conflict in the Gulf* (Boston, 1995). Sobre las guerras de los Balcanes, véanse las versiones de los principales participantes civil y militar, respectivamente: R. Holbrooke, *To End a War* (Nueva York, 1998), y W. K. Clark, *Waging Modern War: Bosnia, Kosovo and the Future of Combat* (Nueva York, 2001). Por desgracia, no hay nada escrito acerca de estos conflictos que se halle a la altura del espléndido relato, repleto de pruebas aportadas por ambos «bandos», sobre los sucesos que condujeron y siguieron inmediatamente a los atentados del 11 de septiembre de 2001, *The 9/11 Commission Report* (Washington, 2004), que establece un nuevo criterio en la información y análisis de conflictos recientes. Sobre la segunda Guerra del Golfo, veáse M. R. Gordon y B. E. Trainor, *Cobra II, The inside story of the invasion and occupation of Iraq* (Nueva York, 2006); G. Packer, *The Assassins' Gate: America in Iraq* (Nueva York, 2005); y P. Mansoor, *Baghdad at Sunrise: A Brigade Commander's War in Iraq* (New Haven, 2008).

LOS COLABORADORES

Christopher Allmand se licenció por el Oriel College de Oxford en 1958 y obtuvo el doctorado en 1963. Su principal campo de interés es la historia de Europa en la Baja Edad Media, materia que enseñó en el University College of North Wales, Bangor, antes de trasladarse en 1967 a la Universidad de Liverpool, donde es actualmente profesor emérito de Historia Medieval. Ha dirigido las obras *Society at War. The Experience of England and France during the Hundred Years War* (1973); *War, Literature and Politics in the Late Middle Ages* (1976); *English Suits before the Parlement of Paris, 1420-1436* (en colaboración con C. A. J. Armstrong, 1982); y *Power, Culture, and Religion in France, ca. 1350-c. 1550* (1989). Es autor de *Lancastrian Normandy, 1415-1450. The History of a Medieval Occupation* (1983); *The Hundred Years War. England and France at War, ca. 1300-ca. 1450* (1988), traducido a tres idiomas, y *Henry V* (1992). También es director del volumen final *(The Fifteenth Century)* de la *New Cambridge Medieval History.*

Quiere expresar su agradecimiento al director del presente libro por la ayuda y consejos que le ha prestado mientas preparaba su colaboración.

Tras concluir su educación primaria y secundaria en instituciones públicas de la ciudad de Nueva York, **Bernard S. Bachrach** asistió al Queens College, Universidad de la Ciudad de Nueva York, donde se licenció con matrícula de honor en 1961, mientras se especializaba en Historia, como materia principal, y en Clásicas, como materia secundaria. Obtuvo el título de MA en 1962 y el doctorado en Historia en 1966 por la Universidad de California, en Berkeley, bajo la dirección de Bryce D. Lyon y F. L. Ganshof, y realizó trabajos de posgrado en Paleografía y Diplomacia con Jacques Boussard (en la École des Hautes Études

de París y en el Centro de Estudios Medievales de Poitiers). Tras un año como profesor en el Queens College, dio clases en la Universidad de Minnesota en calidad de ayudante, asociado (desde 1971) y, finalmente (desde 1975), catedrático titular de Historia. En 1993, el profesor Bachrach obtuvo el Distinguished Teaching Award del Committee for Excellence in Education en la Universidad de Minnesota. El profesor Bachrach ha realizado actividades al servicio de la comunidad académica. Fue director de la publicación *International Medieval Bibliography* (1967-1968); cofundador y codirector de la revista semestral *Medieval Prosopography* (desde 1980); ha trabajado en los consejos de redacción de las Monographs in the Humanities (1976-1981) de la Universidad de Minnesota, de The Speculum Anniversary Monograph Series (1985-1988, director 1987-1988), y en la revista *War in History*. Fue miembro electo del Consejo de Administración de la Haskins Society (1982-89) y del Medieval Academy Committee for Liaison with the American Historical Association (1986-1988, director en funciones 1987-1988). En 1989 fue nombrado Cornelius Loew Lecturer de la Western Michigan University; en 1991 dio clases en las universidades de Estocolmo y Uppsala y actuó como asesor del Centro de Estudios Medievales de la Universidad de Estocolmo. En 1986, fue elegido miembro de la Medieval Academy of America. El profesor Bachrach se ha centrado sobre todo en el periodo anterior a la Primera Cruzada y es autor de unas 300 publicaciones académicas, entre ellas ochenta artículos y trece libros. Entre estos últimos hay que contar: *Merovingian Military Organization 481-751* (1972), *A history of the Alans in the West* (1973); *Early Medieval Jewish Policy in Western Europe* (1977); *Fulk Nerra: The Neo-Roman Consul (987-1040)* (1993); *Early Carolingian Warfare: Prelude to Empire* (2001); *Warfare and Military Organization in Pre-Crusade Europe* (2002); y *The Normans and the Adversaries: Studies in Honor of C. Warren Hollister*, codirigido con Richard Abels (2001). La editorial Variorum Press ha publicado una recopilación de sus artículos: *Armies and Politics in the Early Medieval West* (1993).

Victor Davis Hanson se formó en la Universidad de California en Santa Cruz, en la American School of Classical Studies de Athens, y en la Universidad de Stanford, donde obtuvo el doctorado en 1980. Es autor de *Warfare and Agriculture in Classical Greece* (1983) y director de *Hoplites: The Ancient Greek Battle Experience* (1991); también ha escrito unos treinta artículos y recensiones de libros sobre historia social y económica de Grecia. Su obra *Western Way of War* (1989) ha aparecido de momento en siete ediciones y traducciones; en 1995 apareció un libro suyo sobre la vida agrícola y militar en la Antigüedad, *The Other Greeks*, seguido por *Carnage and Culture* (2001) y *Ripples of Battle* (2003). En 1992, la American Philological Association le concedió un

Premio a la Excelencia en la Enseñanza de Clásicas, por la labor realizada por él entre 1984 y 1990 para la elaboración de un programa para estudiantes universitarios de lenguas clásicas en la California State University de Fresno. En la actualidad es Senior Fellow de la Hoover Institution de la Universidad de Stanford y vive en su pequeña granja familiar con su esposa, Cara, y los tres hijos de ambos, que son la sexta generación que ha habitado ininterrumpidamente en la misma vivienda.

Desea dar las gracias a Kathleen Much, editora permanente del Center for Advanced Study in the Behavioral Sciences de la Universidad de Stanford, y a Geoffrey Parker, director general de la presente obra, quienes leyeron borradores anteriores y realizaron numerosas correcciones. El National Endowment for the Humanities, junto con el Stanford's Center for Advanced Study in the Behavioral Sciences, le proporcionó apoyo económico durante el año académico 1992-1993, durante el cual estuvo alejado de sus actividades docentes. La amabilidad de esas instituciones le permitió escribir los capítulos con los que ha colaborado en el presente libro.

John A. Lynn se licenció por la Universidad de Illinois en Urbana-Champaign, obtuvo el título de MA en la Universidad de California en Davis, y el doctorado en la UCLA en 1973. Tras haber enseñado en las universidades de Indiana y Maine, regresó a Illinois en 1978 para permanecer en su *alma mater,* donde en 2001 obtuvo el «Campus Award for Excellence in Undergraduate Teaching». Sus intereses como investigador abarcan una amplia gama de temas de historia militar, entre ellos la Europa de la Edad Moderna y el sur de Asia, junto con el estudio de la naturaleza del cambio en el ámbito militar y la relación entre cultura y práctica militar. Los siguientes títulos son algunas de sus obras principales: *Battle: A History of Combat and Culture* (2003 y 2004); *The Wars of Louis XIV, 1667-1714* (1999); *Giant of the Grand Siècle: The French Army, 1610-1715* (1997); *The Bayonets of the Republic: Motivation and Tactics in the Army of Revolutionary France, 1791-1794* (edición revisada, 1996), además de dos obras misceláneas dirigidas por él, *Feeding Mars: Logistics in Western Warfare from the Middle Ages to the Present* (1993), y *The Tools of War: Ideas, Instruments, and Institutions of Warfare, 1445-1871* (1990).

Desea agradecer a Geoffrey Parker la oportunidad de colaborar en este volumen y sus comentarios como director editorial. También quiere expresar su agradecimiento por el prolongado apoyo recibido del College of Liberal Arts and Sciences de la Universidad de Illinois, y en particular de los decanos Larry Faulkner y Jesse Delia.

Williamson Murray es profesor emérito de historia militar de Europa en la Universidad del Estado de Ohio y Senior Fellow del Institu-

te of Defense Analysis. Obtuvo los títulos de licenciatura y MA y el doctorado en la Universidad de Yale. Sirvió en la Fuerza Aérea de Estados Unidos durante cinco años y en 1992 concluyó sus obligaciones en la reserva con el rango de teniente coronel. Es autor de varios libros, entre ellos *The Changes in the European Balance of Power, 1938-1939, The Path to Ruin* (1984); *Luftwaffe* (1985); *German Military Effectiveness* (1992); *The Air War in the Persian Gulf* (1995); *Air War, 1914-1945* (1999); *A War to Be Won: Fighting the Second World War* (2000), en colaboración con Allan R. Millet, y *The Iraq War: A Military History* (2003), juntamente con el comandante general Robert Scales, Jr. También ha codirigido numerosas obras misceláneas, entre ellas *Military Innovations in the Interwar Period* (1996), con Allan R. Millett, y *The Dynamics of Military Revolution, 1300-2050* (2001), con MacGregor Knox.

Geoffrey Parker nació en Nottingham (Inglaterra) y estudió en el Christ's College de Cambridge (licenciatura en 1965; MA y doctorado en 1968; doctor en Letras en 1981). Ha enseñado en la Universidad St. Andrews (1972-1979 y 1980-1986), en la Universidad de la Columbia Británica (1979-1980), en la Universidad de Illinois en Urbana-Champaign (1986-1993; catedrático de departamento en 1989-1991), y en Yale (1993-1996), antes de acceder a la cátedra de Historia Andreas Dorpalen de la Universidad del Estado de Ohio en 1997. Ha escrito y dirigido treinta y cuatro libros, entre ellos *The Army of Flanders and the Spanish Road 1567-1659. The Logistics of Spanish Victory and Defeat in the Low Countries' Wars* (edición revisada, 2004); *The Dutch Revolt* (1977); *The Thirty Years' War* (con nueve coautores; edición revisada, 1997); *The Spanish Armada* (con Colin Martin; edición revisada, 1999); *The Military Revolution 1500-1800. Military Innovation and the Rise of the West* (edición revisada, 2000); y *The Grand Strategy of Philip II* (1998). Es también autor de más de 80 artículos.

Agradece a Sandra Bolzenius, Robert Cowley, Kenneth Duncan, Mark Grimsley, Jane Hathaway, Peter Mansoor, Peter Richards, Keith Roberts, Leif Torkelsen y a sus coautores sus útiles propuestas y comentarios.

Patricia Seed es profesora de Historia en la Universidad de California-Irvine, autora de *To Love, Honor, and Obey in Colonial Mexico: Conflicts over Marriage Choice, 1564-1821* (1988), obra galardonada con el premio Bolton. Ha publicado *Ceremonies of Possession in Europe's Conquest of the New World* (1994), y *American Pentimento: The Invention of Indians and the Pursuit of Riches* (2001), dos volúmenes que obtuvieron el premio de Historia Atlántica de la American Historical Association y que forman parte de una historia com-

parativa de la colonización europea de América en tres tomos. Un tercer volumen, ya planeado, tratará de la conquista de América. Patricia Seed trabaja actualmente en proyectos de humanidades en versión digital (apoyados por el ACLS y el NEH) sobre la historia de la cartografía de las costas del Atlántico.

Agradece a Sam Watson, estudiante de doctorado del Departamento de Historia de la Rice University, su ayuda en la investigación; a Ira Gruber por haber leído la totalidad de su trabajo; a Stuart Schwartz por haberle prestado libros que no estaban a su alcance; y a Geoffrey Parker por sus inestimables consejos como director editorial.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

«Agujero negro» (Calcuta) 192
11 de Septiembre 183, 408-411, 436, 468
Abrams, Creighton (general norteamericano, Guerra de Vietnam) 383
Actio, batalla de (31 a.C.) 436, 460
Adriano (emperador romano) 63, 460
Adrianópolis 71, 437
Aecio (general romano) 70, 71
Afganistán 46, 402, 406-411, 419, 421, 422, 433, 436, 437, 467, 468
África del norte 73-75, 272, 343
Agesilao (general espartano) 32, 43
Agincourt, batalla de (1415) 95, 96, 461, 482
Air Corps Tactical School (EEUU) 319
Aisne 285, 286, 307
Al Qaeda 406-411, 417-420
Alba, duque de 11, 157, 160, 161
Alberich 300
Alberti, Leon Battista 112, 461
Alejandro Magno 9, 78, 105, 427, 459, 484
Alejo (emperador romano oriental) 86, 420
Alfonso X de Castilla *(Siete Partidas)* 105
Alfredo el Grande 79, 83
Aljubarrota, batalla de (1385) 92, 461
Alma, río (batalla de) (1854) 228
Almagro, Diego de (conquistador español) 144, 145
Altos del Golán 388, 390
Álvarez de Toledo, Fernando 157
Allerheim, batalla de (1645) 165
Amberes 113, 117, 218, 284, 286, 351, 352
Ambrosio arzobispo de Milán 424
Amherst, Jeffrey (general británico) 191
Amiens 218, 310
Ana Comnena 86
Anastasio (emperador romano oriental) 74
Aníbal (general cartaginés) 10, 16, 105, 107, 276, 440, 460
Antietam batalla de (1862) 232, 234, 251
Antígono Gónatas (general macedonio) 47
Antioquía 63, 84
Antípatro (general macedonio) 46
Anzac 292, 293
Anzio 343
Apiano 54
Appomattox 242

Aquisgrán, Tratado de (1748) 188, 189
Ardenas 284, 325, 327, 328, 352, 466
Aridio (magnate galorromano) 78
Aristófanes (crítica de la guerra) 424
Aristóteles 32
Arkan 432
Arnhem, batalla de (1944) 351
Arquíloco 26
Aspern-Essling, batalla de (1809) 213
Assaye, batalla de (1803) 219
Assize of Arms (Inglaterra, 1181) 103
Atahualpa (gobernante inca) 144, 146
Atila, el Huno 16, 70, 460
Atlanta, batalla de (1864) 239-241
Atlántico 106, 126, 130, 133, 163, 195, 196, 270, 271, 320, 344, 345, 365, 428, 466, 476, 509
Austerlitz, batalla de (1805) 209, 463
Ayamores 145

B-17, bombardero 346
B-29, bombardero 359-361
B-52, bombardero 385, 469
Badoglio, mariscal Pietro (dirigente italiano, 1943-1944) 343
Bagdad 405, 411, 414, 416, 417, 419, 420
Bagration (ofensiva soviética, 1944) 348, 466
Balaclava, batalla de (1854) 228
Banco de Inglaterra 15, 187, 220, 463
Banks, Nathaniel Prentiss (general de la Unión) 238
Bannockburn, batalla de (1314) 93, 426, 461
Bar Lev, ruptura de la línea de (1973) 389
Barbarroja (invasión alemana de la Unión Soviética, 1941) 333, 334, 348
Barcelona 75, 78
Barret, Robert (*The Theory and Practice of Modern Wars*, 1598) 107
Barwick, Humphrey (escritor inglés de temas militares) 107
Batallón Sagrado (Tebas) 42
Bazaine, François Achille (mariscal francés en la guerra francoprusiana) 250, 251
Beachy Head, batalla de (1690) 132
Beck, Ludwig (jefe del Estado Mayor general alemán, años treinta) 317
Beda el Venerable 10
Behr, Johann 177
Bélgica 16, 276, 278, 279, 282-284, 302, 315, 325, 327, 329, 464, 465, 476
Belgrado 274, 332, 398, 401, 408, 432
Belisario (general bizantino) 74, 75, 460
Benedek, Ludwig von (general austriaco) 246, 248
Beocia 31, 33, 43, 437
Bergen-op-Zoom, sitiada (1622) 166
Berlichingen, Götz von (empresario militar, siglo XVI) 155
Berlín 191, 210, 246, 345, 353, 463
Bernhardi Theodor von (general alemán), 254
Berwick-upon-Tweed, sitiada (1333) 108
Bf 109 (Messerschmitt), avión de combate 446, 470
Biak, batalla de (1944) 358
Bicocca, batalla de (1522) 159
Birmania 342, 355, 359
Bismarck, Otto von (estadista prusiano) 243-245, 248, 249, 252, 269, 273, 311
Blackhawk, helicópteros 395, 396
Blair, Tony (primer ministro británico) 410

Blenheim, batalla de (1704) 183, 463
Bloch, Ivan (*La guerra futura*, 1899) 275
Blücher, crucero pesado alemán de la Segunda Guerra Mundial 325
Blücher, Gebhard Leberecht von (general prusiano, guerras napoleónicas) 214, 325
Bock, Fedor von (general alemán, Segunda Guerra Mundial) 323, 327, 328
Bohemia 92, 97, 100, 119, 246, 461, 479
Bolonia, defensas (1381) 111
Bonaparte, José 204-206, 208, 209, 211
Borodinó, batalla de (1812) 211-212
Bosnia 259, 272, 274, 313, 396, 398-401, 406, 431, 432, 468, 503
Bosnia-Herzegovina (guerra civil) 397-399
Boston 196, 197, 491, 498, 503
Boulogne 208, 329
Bourges 78
Boyle, Roger, conde de Orrery 153, 158
Bradley, Omar (presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor de EEUU, Guerra de Corea) 369
Bragg, Braxton (general confederado) 236, 237, 239
Braunschweig, duque de (general prusiano) 203
Breeds Hill (batalla de Bunker Hill) 196
Breitenfeld, batalla de (1631) 158, 164, 165, 168
Brest-Litovsk, Paz de (1918) 304
Brétigny, Tratado de (1360) 96
Brigada Ligera, carga de la (1854) 228
Brooke, Rupert (poeta de la Primera Guerra Mundial) 313, 441
Brooke, sir Alan, presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, 313, 441
Bruselas 105, 226, 277, 283, 311, 328, 351
Brusílov, Alexéi (general ruso, Primera Guerra Mundial) 299
Budapest, Batalla de 348
Bueil, Jean de (*Le Jouvencel*, 1466) 102
Buell, Carlos (general unionista) 233, 234
Bulgaria 259, 273, 292, 293, 311, 332, 348, 472
Bülow, Karl von (general alemán, Primera Guerra Mundial) 285
Bull Run; primera batalla de (1861); segunda batalla de (1862) 231, 232
Buller, Redvers (general británico, Guerra de los Bóer) 261, 262
Bunker Hill, batalla de (1775) 196
Burghal Hidage 80, 488
Burgoyne, John (general británico, Guerra de la Independencia norteamericana) 192
Burnside, Ambrose (general, unionista) 233, 234
Bush, George H. W. (presidente de EEUU) 393-394
Bush, George W. (presidente de EEUU) 407-412, 415-416, 419-421, 438, 440
Butler, Benjamin Franklin (general unionista) 238
Buxar, batalla de (1764) 192
Byng, John (almirante británico) 216

Caballo Loco (jefe sioux) 258
Cabo Colonna, batalla de (982) 85
Cabo de San Vicente, batalla del (1797) 216, 217
Cabos de Virginia, batalla de los 199
Cachemira, disputa por (2002) 434
Cairo (barco fluvial de la Unión) 229

Calais 102, 114, 349, 461
Camberley, academia de Estado Mayor 254
Camboya 376, 383, 385, 477
Cambrai, batalla de (1917) 303
Camden, batalla de (1780) 198
Camperdown, batalla de (1797) 216, 436
Campo Formio, Tratado de (1797) 206
Cannas, batalla de (216 a.C.) 10, 11, 51, 163, 165, 276, 340, 440, 460
Canturino, batalla de (1363) 94
cañones de agosto, Los (Barbara Tuchman) 440
Capeto, Hugo, rey de Francia 83
Caporetto, batalla de (1917) 304-305
Carcasona 96
Carlomagno 74, 77, 78, 82, 84, 86, 461
Carlos de Lorena 118, 190
Carlos el Calvo 77
Carlos el Temerario de Borgoña 99, 104, 105, 111, 118, 154, 462
Carlos I de Inglaterra 157
Carlos II de España 177, 182
Carlos II de Inglaterra 177
Carlos Martel 77
Carlos V, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico 106, 114, 118, 119, 125, 156, 165, 179, 462
Carlos VII de Francia 97, 105, 109
Carlos VIII de Francia 159, 167, 462
Carlos XII de Suecia 116, 180-181
Carlos, archiduque (general austriaco, guerras napoleónicas) 208, 212
Carnot, Lazare (líder militar, guerras de la Revolución francesa) 204
Carras, batalla de (53 d.C.) 52, 60, 460
Cartier, Jacques, sobre los algonquinos 139
Casablanca, reunión de (1943) 343
Cassel, batalla de (1328) 93
Central Intelligence Agency (CIA) 377, 471
César Augusto 61, 62, 71, 460
César, Julio (general romano) 10, 60, 61, 70, 71, 99, 105, 107, 428, 460
Châlons, batalla de (451 d.C.) 70-71
Chamberlain, Joshua (general unionista) 235
Chamberlain, Neville (primer ministro británico, 1937-1940) 320, 322, 323, 325, 329
Champaña 118, 289
Chancellorsville, batalla de (1863) 234-235
Charleston, batalla de (1766) 198
Château-Thierry, batalla de (1918) 309
Chattanooga, sitiada (1863) 237
Checoslovaquia, crisis de (1938) 317, 322, 465
Chechenia, guerras de 396-397, 405-406, 408, 417, 418, 468
Chelmsford, Frederick Augustus Thesiger, barón de (general británico, Guerra Zulú) 257
Cherburgo 96, 351
Chickamauga, batalla de (1863) 236, 237
China 5, 7, 12, 107, 108, 124, 134, 354, 361, 365, 366, 369-372, 375, 408, 426, 460, 461, 466, 471
Chipre 125, 127, 432
Christine de Pisan (*Les Faits d'Armes et de Chevalerie*, 1409) 105, 108
Churchill, John *véase* Marlborough
Churchill, Winston 268, 271, 289, 292, 325, 329, 342, 343, 362, 441, 465, 493, 498, 502
CIA 377, 378, 385, 412, 471, 502 *véase* Central Intelligence Agency
Cien Días, Napoleón (1815) 214
Ciro II (emperador de Persia) 43

Civitavecchia, defensas de (1515) 112, 462
Clark, Mark (general norteamericano, Segunda Guerra Mundial) 343, 503
Clausewitz, Carl von
Clausewitz, Carl von *(Sobre la guerra)* 11, 12, 115, 116, 177, 254, 269, 391, 498
Clemenceau, Georges (primer ministro francés, Primera Guerra Mundial) 301, 312, 438, 441, 502
Clinton, Bill (presidente de EEUU) 396, 398, 400, 403-405, 407, 468
Clinton, sir Henry (general británico, Guerra de la Independencia norteamericana) 198
Clive, Robert (soldado de la Compañía de las Indias Orientales) 192
Clodoveo (rey merovingio) 78, 425
Coen, Jan Pieterzoon 16
Cohen, Eliot A. 439, 440, 502
Colbert, Jean-Baptiste 174, 175
Colón, Cristóbal 135, 137, 138, 146, 462
Colonia 53, 148, 218, 260, 345, 372
Collingwood, Cuthbert (almirante británico en Trafalgar) 217
Comité de Salud Pública (Revolución francesa) 204
Compagnie des Indes 192
Compagnies d'Ordonnance 105
Compañía Blanca (mercenarios del siglo XV) 94
Compañía de Virginia 163
Compañía Holandesa de las Indias Orientales 135, 462
Compañía Inglesa de las Indias Orientales 188, 192, 462
Compendio de asuntos militares (390 d.C.) 10, 69, 87, 105, 460 *véase* Vegecio
Concord, batalla de (1775) 196
Condé, Luis, príncipe de (general de Luis XIV) 177
Conducción de la guerra defensiva (1916) 298
Congreso de Viena (1815) 226, 463
Conrad von Hötzendorf, Franz (general austriaco, Primera Guerra Mundial) 288
Constantino (emperador romano) 65, 460
Constantinopla 74, 75, 81, 82, 84, 110, 227, 259, 292, 461, 462
Corea 264, 268, 361, 365, 367-372, 376, 382, 386, 408, 411, 422, 430, 434, 467, 468, 502
Corea del Sur 367-369, 386, 430, 467
Corinth (Misisipí) 234
Corinto 39
Cornwallis, Charles (general británico, Guerra de la Independencia norteamericana) 198, 199
Coronea 31, 35
Cortés, Hernán (conquistador) 139, 140, 144, 145, 150, 462, 490
Courtrai, batalla de (1312) 93, 426, 461
Craso (general romano) 52, 60
Crátero (general macedonio) 46
Crécy, batalla de (1346) 95, 96, 110, 461
Creta 82, 331-333
Cronje, Piet (comandante bóer) 262
Cunaxas, batalla de (401 a.C.) 43
Custer, George Armstrong (comandante de caballería norteamericano, guerras contra los indios) 258
Cuzco 143, 144, 146, 149

Daladier, Edouard (primer ministro francés) 322
Damián de Tarso 82
Dardanelos, campaña de los (1915) 291, 292, 464
Darío I (emperador persa) 29
Daun, Leopold von (mariscal austriaco, Guerra de los Siete Años) 191

Davout, Louis Nicolas (mariscal francés, guerras napoleónicas) 209
De Bello Gallico (Julio César) 105
De Gaulle, Charles (presidente francés 1958-1962), 374, 467
De Regimine Principum (Gil de Roma, siglo XIII) 105
Decreto de Berlín (1806) 210
Delio, batalla de (424 a.C.) 27
Demóstenes 37, 42
Denain, batalla de (1712) 183
Devolución, Guerra de (1667-1668) 177, 354, 462
Diem, Ngo Dinh (dictador sudvietnamita) 376, 380
Dien Bien Phu, batalla de (1954) 372-373, 467
Dieppe, incursión sobre (1942) 349
Dijon, defensas (1417) 111
Diocleciano (emperador romano) 65, 69, 71, 460
Dión Casio (historiador romano) 62
Dipaia, batalla de (471 a.C.) 31
Directorio (Revolución francesa) 205, 206
Dithmarschen, batalla de (1319) 94
Djerba, batalla de (1560) 125
Dönitz, almirante Karl (comandante del arma de submarinos, Segunda Guerra Mundial) 344
Dordrecht (barco de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales) 135
Dorilea, batalla de (1097) 86
Douhet, Giulio (general italiano, años treinta) 319
Dowding, sir Hugh (comandante en jefe del Mando de Cazas, 1936-1940) 319, 320, 330,
Drake, sir Francis, incursión en el Caribe (1585-1586151, 491)
Dudley, Thomas (dirigente colonial inglés) 163
Dumouriez, Charles (general francés de las guerras de la Revolución) 203
Duncan, Adam (almirante británico, guerras napoleónicas) 216, 508
Dunkerque (evacuación de la Fuerza Expedicionaria Británica, 1940) 329
Dupleix, Joseph (gobernador de la India francesa, 1741-1754) 188
Dynamo (evacuación de la Fuerza Expedicionaria Británica, 1940) 329

Económico (Jenofonte) 24
Edicto de Emancipación (Prusia 1807) 213
Edirne *véase* Adrianópolis 437
Eduardo I de Inglaterra 92, 100
Eduardo II de Inglaterra 93
Eduardo III de Inglaterra 100
Eisenhower, general Dwight (comandante de la invasión de Normandía, 1944; presidente de EEUU, 1952-1960) 349, 351, 370, 376
Ejército de Liberación de Kosovo (Kosovo Liberation Army / KLA) 401
Ejército de Tennesse (Guerra Civil norteamericana) 238
Ejército de Virginia del Norte (Guerra Civil norteamericana) 232, 235-237, 239
Ejército del Potomac (Guerra Civil norteamericana) 230, 232, 233, 235, 237-239, 242
El Alaméin (1942) 341, 342, 466
El arte de la guerra en el mar (Fernando Oliveira, 1555) 129
Eliano *(Táctica)* 10, 161, 427, 440, 460
Emilio Paulo (general romano) 47
Eniwetok, batalla de (1944) 357
Enofita, batalla de (457 a.C.) 31
Enrique el Pajarero, rey de Alemania 81, 86, 87
Enrique II de Inglaterra, 118
Enrique V de Inglaterra 95, 96, 100, 101, 126
Enrique VIII de Inglaterra 128

Entente Cordial (1904) 271
Eritrea 332, 402
Escipión (general romano) 107
España 11, 49, 53, 59, 61, 62, 72-75, 87, 100, 105, 111, 117, 118, 125-130, 133, 135, 144, 145, 153, 167, 173, 177, 179, 182, 183, 187, 210-212, 215, 218, 321, 411, 418, 432, 435, 461, 462, 478, 487, 491, 492, 495
Esquilo, sobre las Guerras Médicas 30, 31
Essai général de tactique (Jacques de Guibert, 1772) 200
Essex, clase de portaaviones 357
ETA (organización separatista vasca) 418, 435
Etiopía 321, 332, 361, 402, 465
Eugenio de Saboya (general austriaco, siglo XVII) 170, 183
Eumenes (general macedonio) 46
Eurípides 424

F6F «Hellcat», avión de combate 357
Falaise, sitiada por Enrique V 96
Falkenhayn, Erich von (jefe del Estado Mayor general alemán, Primera Guerra Mundial) 290, 293-295, 297-299
Fall, Bernard (especialista en Vietnam) 380, 485, 497, 501
Farnaces derrotado por César (47 a.C.) 60
Farsalia, batalla de (48 a.C.) 60
Fayttes of Armes and of Chyvalrye (William Caxton, 1490) 105
Federico Guillermo de Brandeburgo 184
Federico Guillermo I de Prusia 185
Federico I de Prusia 185
Federico II el Grande de Prusia 184, 463
Felipe de Anjou 183
Felipe el Bueno, duque de Borgoña 99
Felipe el Temerario, duque de Borgoña 106
Felipe II de España 116, 125, 128, 130, 154, 160, 167, 168, 462
Felipe IV (el Hermoso) de Francia 100, 101
Felipe VI de Francia 100
Fernando, archiduque Francisco, asesinado (1914) 464
Filadelfia 197, 198, 487, 496
Filipinas 17, 354-356, 358, 359, 428
Filipo II de Macedonia 39, 459
Finlandia 166, 304, 323, 324
Fisher, sir John (primer lord del Mar, 1904-1910, 1914-1915) 242, 270
Five Forks, batalla de (1865) 238, 242
Flandes 91, 92, 115, 116, 161, 169, 286, 301-303, 307, 329, 462
Flavio Merobaudes (general romano) 70
Fleurus, batalla de (1794) 204
FLN (Front de Libération Nationale), Frente de Liberación Nacional argelino 373-374, 473
Focílides 24
Foch, Ferdinand (comandante supremo de los Aliados, 1918) 307, 309, 310
Forest, Jean de (soldado del siglo XVII), sobre las bajas indias en Guayana 146, 500
Fornovo, batalla de (1495) 159, 164
Francesco Laparelli (arquitecto militar del siglo XVI) 112
Franco, Francisco (general y dictador español) 321, 432
François Kellermann (general francés, guerras de la Revolución) 203
Franja de Gaza 388, 403
Franklin, batalla de (1864) 241
French, sir John (comandante de la Fuerza Expedicionaria Británica, 1914-1915) 290
Friedensturm, ofensiva (1918) 309
Fritsch, Werner von (comandante en jefe del ejército alemán, 1933) 317

Froissart, Jean (cronista de la Guerra de los Cien Años) 101, 124
Frontino 45, 105
Frontón 63
Fulk Nerra (987-1040), conde de los angevinos, 506
Fuller, J. F. C. 318, 481, 484
Fuller, J. F. C. (comentarista militar británico)

Galias 59, 60, 62, 70-75, 460
Galitzia, campaña de (1914); (1915) 288, 290
Gallípoli, campaña de (1915) 292, 293, 312
Gamelin, Maurice (comandante en jefe del ejército francés, 1939-40) 318, 327, 328
Gatacre, sir William (general británico, Guerra de los Bóer) 261
Gates, Horatio (general patriota, Guerra de la Independencia norteamericana) 198, 495
Gaugamela, batalla de (331 a.C.) 44
Gaza, 46, 388, 403
Gettysburg, batalla de (1863) 230, 234-236, 464, 497
Giap, Vo Nguyen (comandante militar del Viet Minh) 372, 383
Ginebra, Acuerdos de Paz de (1954) 373, 376, 467
Glorioso 1º de Junio, batalla del (1794) 215, 217
Gneisenau, August von (oficial prusiano) 254
Godofredo Plantagenet, conde de Anjou 10
Goethe, Johann Wolfgang von, sobre la batalla de Valmy 203
Goldwater, senador Barry (candidato a la presidencia de EEUU, 1964) 380
Golfo de Tonkín, Resolución del (1964) 381
Golfo Pérsico 390, 391, 394, 440
Gough, Hubert (general británico, Primera Guerra Mundial) 301
Gracedieu (barco de guerra inglés 1418), 126
Gran Alianza contra Luis XIV 182, 264, 270
Gran Compañía de Montréal d'Albarno 94
Gran Guerra del Norte (1700-1721) 170, 180, 463
Granada 100, 105, 109, 111, 119, 148, 391
Grande Armée, ejército de Napoleón 208
Grandson, batalla de (1476) 99
Gránico, batalla de (334 a.C.) 43, 44
Grant, Ulysses S. (general unionista) 11, 233-239, 241, 242, 485, 496
Gravelotte, batalla de (1870) 251
Graziani, Rudolfo (general italiano, Segunda Guerra Mundial) 331
Great Harry (barco de guerra inglés, 1512) 128
Great Michael (barco de guerra escocés, 1511) 128
Grecia 8, 23, 25, 26, 28, 30, 31, 34, 35, 37, 38, 42, 46, 49, 59, 60, 77, 273, 331, 332, 348, 365, 424, 427, 437, 459, 474, 476, 483, 484, 506
Greene, Nathanael (general patriota, Guerra de la Independencia norteamericana) 199
Gribeauval, Jean Vacquette de (reformador del sistema de la artillería francesa, década de 1770) 200
Grivas, George (dirigente guerrillero chipriota) 432
Grozny 397 *vease* guerras de Chechenia
Guadalcanal, batalla de (1942) 356, 500
Guardia Nacional (Revolución francesa) 202, 365, 382, 414
Guderian, Heinz (general alemán, Segunda Guerra Mundial) 328, 335, 337

Guerra Austroprusiana (1866) 464
Guerra Carnática 188
Guerra Civil española (1936-1939) 465
Guerra Civil norteamericana 11, 229, 243, 251, 427, 463, 471, 496
Guerra de 1812 (1812-1814) 218
Guerra de Argelia (1954-1962) 373, 467
Guerra de Corea (1950-1953) 365, 367, 370-372, 382, 411, 467
Guerra de Crimea (1854-1855) 226-228, 245, 463
Guerra de Devolución (1688-1697) 177
Guerra de Guillermo III (1689-1697) 133
Guerra de la Independencia española 463
Guerra de la Independencia norteamericana (1775-1781) 196, 211
Guerra de la Liga de Augsburgo (1688-1697) 182, 463
Guerra de las Falkland *véase* Guerra de las Malvinas
Guerra de las Malvinas (1982) 467, 473
Guerra de los Bóer (1889-1902) 258, 260, 263, 428, 464
Guerra de los Cien Años (1337-1453) 94, 95, 101, 102, 104, 108, 124, 186, 427, 461
Guerra de los Seis Días (1967) 388, 389, 470
Guerra de los Siete Años (1756-1763) 173, 189-192, 195, 196, 199, 200, 210, 463
Guerra de los Trece Años (1654-67) 180
Guerra de los Treinta Años (1618-1648) 155, 163, 165, 167, 169, 184, 371, 376, 423, 427, 462, 492
Guerra de Sucesión austriaca (1740-1748) 186, 463
Guerra de Sucesión española (1701-1714) 182, 183, 189, 463
Guerra del Golfo (1991) 366, 393, 394, 404, 405, 412, 415, 416, 428, 429, 436, 440, 467, 473, 475
Guerra del Pacífico (Segunda Guerra Mundial) 321, 356, 360, 428
Guerra del Peloponeso (431-404 a.C.) 10, 27, 33, 34, 424, 427, 436, 459
Guerra del Yom Kipur (1973) 389, 390, 470
Guerra franco-indígena (1754-1763) 191
Guerra francoprusiana (1870-1871) 242, 248, 464
Guerra Peninsular / Guerra de la Independencia española (1807-1814) 211
Guerra rusojaponesa (1904-1905) 464
Guerra Social (90-89 a.C.) 59, 103, 492
Guerra Zulú (1877) 464
Guerras Indias (Oeste norteamericano) 188
Guerras Médicas (490, 480-478 a.C.) 8, 29, 31, 32
Guerras Púnicas 53 *véase también* Cannas
Guibert, Jacques de (Essai général de tactique, 1772) 200
Guillermo de Orange (1533-1584), dirigente de la rebelión de Flandes 463
Guillermo I de Inglaterra, el Conquistador 82, 83, 85, 87
Guillermo I de Prusia 244
Guillermo II de Alemania 269
Guillermo III, soberano de la República de Holanda, rey de Inglaterra, Escocia e Irlanda 131, 133, 170, 182, 463,
Guillermo Luis de Nassau 161, 440
Gumbinnen, batalla de (1914) 286
Guntram de Borgoña 74
Gustavo Adolfo de Suecia 163

Habsburgo 114, 118, 119, 153, 154, 158, 170, 178, 179, 185, 186, 226, 273, 462, 463

Haider Alí (soberano de Misore, 1759-1782) 219
Haig, sir Douglas (comandante de la Fuerza Expedicionaria Británica, 1916-1918) 296, 301-303, 306, 307, 310, 312
Halder, Franz (general alemán, Segunda Guerra Mundial) 325, 335
Halicarnaso, tomada por Alejandro (334 a.C.) 46
Halleck, Henry (general unionista), 234, 236
Hamburgo, bombardeada (1943) 345
Hamilton, sir Ian (general británico al mando de la expedición de Gallípoli) 268, 292, 293
Hampden, John, sobre los impuestos y la guerra (1692) 439
Harfleur en la Guerra de los Cien Años 96, 102, 109
Harkins, Paul (general norteamericano, Guerra de Vietnam) 379
Harlech, castillo 13
Haroldo II de Inglaterra 83
Harper's Ferry, batalla de (1862) 232
Harrier, reactor de combate 423, 473
Harris, Arthur (comandante en jefe del Mando de Bombardeo de la RAF, 1942-1945) 319, 345, 470, 471
Hastings, batalla de (1066) 83, 85, 461
Hawkwood, sir John
Hawkwood, sir John (siglo XIV, capitán de una compañía libre en Italia) 94
Hellcat, avión de combate 357, 473
Henri de la Tour d'Auvergne 177
Hidaspes, batalla del (326 a.C.) 44
Hindenburg, Paul von (general y estadista alemán) 288, 290, 297
Hindenburg, plan 312
Hiroshima, bombardeo de (1945) 361, 363, 430, 466
Hisias, batalla de (669 a.C.) 35
Historia Augusta 71
Historia de la Guerra del Peloponeso (Tucídides) 10
Hitler, Adolf 286, 316, 317, 321-325, 328, 329, 331-334, 336, 337, 339-345, 347-349, 351, 353, 438, 465, 466
Hitlerjugend, división de las Waffen SS 349
Ho Chi Minh (revolucionario vietnamita) 371, 372, 376, 379, 383, 466
Ho Chi Minh, ruta 376, 477
Hoffman, Max von (oficial del Estado Mayor general alemán) 268, 288
Hohenlinden, batalla de (1800) 206
Honorio (emperador romano) 71
Hood, John Bell (general confederado) 239-241
Hooker, Joseph (general unionista), 234 235
Hopton, sir Ralph (comandante realista, Guerra Civil inglesa) 158
Howe, sir William (general británico, Guerra de la Independencia norteamericana) 196-198, 215, 217
Huaitará, batalla de (1536) 143
Hung-Wu (primer emperador chino de la dinastía Ming) 123
Husein, Sadam 391, 393-395, 405, 410-412, 414-417, 419

Ifícrates (general ateniense) 40
Imperio romano 65, 71-72, 75-77, 81-82, 156, 460
Inchon 264, 368, 369
Independence, clase de portaaviones ligeros 357
India 12, 46, 133, 135, 173, 184, 187, 188, 192, 206, 218, 256, 355, 364, 375, 408, 428, 434, 460, 463, 466, 468
Indochina 259, 354, 371
Indonesia 7, 16, 355, 402, 408, 418, 469

Inglaterra 11, 15, 78, 80-83, 87, 88, 92, 93, 99, 100, 102, 103, 105, 114, 123, 126, 128-131, 133, 147, 150, 166-168, 170, 177, 179, 184, 187, 197, 217, 220, 314, 329, 349, 429, 436, 461-463, 474
Inkerman, batalla de (1854) 228
Intifada 402, 403
Ipsos, batalla de (301 a.C.) 46
IRA (Irish Republican Army / Ejército Irlandés Republicano - Reino Unido) 275, 410, 435, 436
Irak 391, 393-395, 404, 409-416, 418-422, 424, 433, 438-440, 467, 468, 470 *véase también* Husein, Sadam
Isabel, zarina de Rusia 191
Isandhlwana, batalla de (1879) 257
Isócrates 39
Isos, batalla de (333 a.C.) 44
Iwo Jima, desembarco (1945) 359

Jackson, Thomas «Stonewall» (general confederado) 232, 235, 239, 242
Jacobo II de Escocia 110
Jacobo II de Inglaterra 170
Jaljín Gol, batalla de (1939) 354
James, expedición a la península de (1862) 232
Jankow, batalla de (1645) 165
Járkov, batallas de (1942-1943) 340, 341, 347
Jena-Auerstadt, batalla de (1806) 208, 213, 244, 249
Jenofonte (historiador y teórico militar griego) 24, 26, 27, 29, 35, 37, 38, 459
Jerjes (emperador persa) 29-32
Jerónimo, jefe apache (década de 1880) 259
Jerusalén, toma de (1099) 84, 388
Jervis, John (almirante británico, guerras napoleónicas) 215, 217
Joffre, Joseph (general francés, Primera Guerra Mundial) 284, 285, 299, 312
Johnson, Lyndon (presidente norteamericano, 1963-1969) 380, 382, 383, 485
Johnston, Albert Sydney (general confederado) 233, 238, 239
Josefo 64
Joseph (Heinmot Tooyalakel, jefe de los nez percé) 188, 191, 234, 259, 284
Jourdan, ley (Francia, 1798) 206
Juan de Nassau-Siegen 162, 462
Juan III de Polonia (Jan Sobieski) 178
Juliano (emperador romano) 62, 71
Juliano (general romano) 63
Justiniano (emperador romano oriental) 74-76, 460
Jutlandia, batalla de (1916) 123, 320, 436

Karzai, Hamid 409
Kasserine, Paso de, batallas del (1942) 343
Kellermann, François (general francés, guerras de la Revolución) 203
Kemal, Mustafá (oficial turco, Primera Guerra Mundial) 292
Kennedy, John F. (presidente norteamericano, 1961-1963) 376-379, 412, 440, 441, 497, 502
Kiggell, Launcelot (general británico, Primera Guerra Mundial) 302
Kim Il Sung (dictador norcoreano) 367, 368
Kimberley 260, 261
Kitchener, Horatio
Kitchener, Horatio (general británico) 256, 261, 262
Kluck, Alexander von (general alemán, Primera Guerra Mundial) 285
Königgrätz, batalla de (1866) 246, 496
Kosovo 396, 401, 402, 404, 405, 412, 431, 433, 468, 503
Kriegsakademie (academia de guerra prusiana) 244

Kriegsmarine 344, 474
Krupp 284
Kuropatkin, Alexéi (general ruso, Guerra rusojaponesa) 264, 266
Kursk, batalla de (1943) 346, 347, 390, 466
Kutúsov, Mijaíl (general ruso, guerras napoleónicas) 209, 211, 212
Kuwait 393, 394, 404, 411, 412, 414, 433, 467
Kwajalein, batalla de (1944) 357
Kyushu (1945, plan de desembarco) 360

La guerra futura (Iván Bloch, 1899) 116, 275
La Rochelle, batalla de (1372) 102
Laden, Osama Bin 406-409, 468
Ladysmith 260, 262
Laffargue, capitán André (táctico francés, Primera Guerra Mundial) 295
Lanrezac, Charles (general francés, 1914) 284
Laos, invadido por Vietnam (1978) 376, 385, 477
Las troyanas (Eurípides) 424
Laudonnière, René, sobre Timucua 139
Le Baker, Geoffrey, sobre la batalla de Sluys (1340) 101
Le Jouvencel (Jean de Bueil, 1466) 102
Le Tellier, Michel (ministro de la Guerra de Luis XIV) 174, 493
Leavenworth, academia de Estado Mayor 254, 498
Lechfeld, batalla de (955 d.C.) 9, 17, 84, 85, 461
Lee, Robert E. (general confederado) 11, 232, 233, 235-239, 242
Leipzig, batalla de (1813) 164, 190, 214
Lenin, Vladímir Ílich (revolucionario ruso) 304
Leningrado 334, 336, 337, 348, 425
Leon Battista Alberti *(Sobre el arte de la construcción)* 112, 461
León de Trípoli (almirante musulmán) 82
León Marino (plan alemán para invadir Gran Bretaña, 1940) 329, 330
Leopoldo de Austria 93
Lepanto, batalla de (1571) 126, 128, 409, 436, 462
Les Faits d'Armes et de Chevalerie (Christine de Pisan) 105
Leuctra, batalla de (371 a.C.) 35, 459
Leuthen, batalla de (1757) 190, 463
Lexington, batalla de (1765) 196, 493
Leyte, Golfo de, batalla del (1944) 358-360
Liaoyang, batalla de (1904) 265
Líbano 396, 403, 432-433, 468
Libia 272, 331, 361, 422
Liddell Hart, B. H. (comentarista militar británico) 318
Lieja 277, 282-284
Liga de Augsburgo, Guerra de la (1688-1697) 182, 463
Lincoln, Abraham (presidente norteamericano, 1861-1865) 230
Línea Sigfrido, ruptura de la (1918) 310
Lisímaco (general macedonio) 46
Lisístrata (Aristófanes) 424
Little Boy 430
Livio 49
Locke, John 170
Lombardía 75, 119, 156, 206
Londres 163, 167, 198, 227, 260, 302, 330, 331, 409, 430, 481-502
Longstreet, James (general confederado) 232, 236
Loos, batalla de (1915) 290
Lotario I, emperador de Occidente 10, 77
Louisbourg 189, 191
Louvois, François Le Tellier, marqués de (ministro de la Guerra de Luis XIV) 174, 177, 493

Lovaina 284
Lúculo (general romano) 60
Ludendorff, Erich von (general y estratega alemán) 272, 278, 284, 288, 290, 297, 298, 300, 303-307, 309-312, 353
Luftwaffe (fuerza aérea alemana) 320, 323, 329, 330, 332, 333, 340, 343, 346, 347, 475, 508
Luis el Germánico 77
Luis XI de Francia 105
Luis XIV de Francia 115, 131, 170, 173-177, 182-183, 185, 187, 205, 439, 462
Luis XV de Francia 191
Luis XVI de Francia 201
Lützen, batalla de (1632) 116, 165, 166
Llanos de Abraham, batalla de los (1758) 191
Lloyd George, David (primer ministro británico, 1916-1922) 303, 312

MacArthur, general Douglas 356-359, 367-370, 467
Mackensen, August von (general alemán, Primera Guerra Mundial) 290
MacMahon, Patrice Maurice (mariscal francés, Guerra Franco-Prusiana) 250, 251
MACV (Military Assistance Command Vietnam / Mando de Apoyo Militar de Vietnam) 381, 383, 475
Madrid 411, 418
Mafeking, sitiada (1899) 260
Magdeburgo, saqueada (1631) 168
Magersfontein, batallas de (1899-1900) 261
Magic, servicio de espionaje (Segunda Guerra Mundial) 356, 358, 475
Maginot, Línea 315, 325, 327, 465, 475
Mahan, Alfred Thayer (teórico del poder naval) 270
Mahdi, (Mohammed Ahmed, gobernante fundamentalista sudanés, 1883-1885) 256,
Malakoff, asaltada por los franceses (1855) 228
Malasia 355, 359, 375, 386
Malinas; defensas de (década de 1360) 111
Malplaquet, batalla de (1709) 183, 463
Malta, batalla de (1565) 125
Malvern Hill, batalla de (1862) 232
Manco (dirigente inca) 145
Manchuria 264-266, 268, 354, 361, 370, 466
Mando de Apoyo Militar de Vietnam (Military Assistance Command Vietnam – MACV) 381
Mando de Bombardeo (Royal Air Force/Fuerza Aérea Británica, Primera Guerra Mundial) 242, 345, 360, 470, 471
Mando de Cazas (RAF) 320, 330, 345
Manhattan 151, 152, 491
Manhattan, Proyecto 13
Manstein, Erich von 325, 340
Manstein, Erich von (general alemán, Segunda Guerra Mundial)
Mantinea, batalla de (362 a.C.) 35, 38, 427
Mao Tse-tung (revolucionario chino) 372, 466
Maquiavelo, Nicolás 111, 113
Mar del Coral, batalla del (1942) 455, 466
Mar Negro, flota del 396
Maratón, batalla de (480 a.C.) 29, 43, 427, 459
Mardonio (general persa) 30
Marengo, batalla de (1800) 206
María Teresa, emperatriz de Austria 186, 190
Marianas, batalla aérea de las (1944) 358, 359
Marignano, batalla de (1515) 159
Mario, Gaio (general romano) 55, 56, 58, 59, 65, 460

Market Garden (avance de Montgomery sobre Arnhem, 1944) 351
Marlborough, John Churchill, duque de (general británico) 183, 493
Marne 285, 309, 310, 464
Marshall, general George C. 10, 357
Marshall, Plan 365
Mars-la-Tour, batalla de (1870) 250
Marston Moor, batalla de (1644) 158
Masséna, André (mariscal francés, guerras napoleónicas) 208
Massu, Jacques (general de las fuerzas paracaidistas francesas, Guera de Argelia) 374
Mauricio de Nassau (dirigente holandés) 10, 161-163, 429, 430, 440
Mayflower 163
McClellan, George (general unionista) 231-234, 237, 238, 251
McNamara, Robert Strange (secretario de Defensa de EEUU, Guerra de Vietnam) 377, 381, 382, 386, 412
Meade, George (general unionista) 235, 236, 238
Mein Fehd und Handlungen [Mis querellas y acciones] (Götz von Berlichingen) 155
Messines, Cresta de, batalla de la (1917) 301
Metelo (general romano) 60
Methuen, Paul (general británico, Guerra de los Bóer) 260, 261
Metz 114, 118, 251
México 119, 139-141, 145, 151, 259, 473, 490, 491, 508
Mharata, Segunda Guerra 219
Michael, ofensiva (1918) 306, 307, 310, 465
Midway, batalla de (1942) 356, 466
Milosevic, Slobodan (dirigente serbio) 398, 400-402, 404, 405
misiles de octubre, Los 379, 440, 441
Mitrídates 53, 59, 60
Mladic, Ratko 398-400
Mnesímaco (Filipo, *ca.* 350 a.C.) 41
Moctezuma (emperador azteca) 139
Mohacs, batalla de (1687) 178
Moltke, Helmut, conde von (jefe del Estado Mayor general prusiano y, posteriormente, del alemán; 1858-1888) 10, 244, 246, 248-251, 273, 275, 279
Moltke, Helmuth, el Joven (jefe del Estado Mayor general alemán, 1906-1914) 278, 284, 285, 288
Monluc, Blaise de 153
Monro, Robert (coronel escocés del siglo XVII) 157, 167; *Monro His Expedition with the Worthy Scots Regiment Called Mackays*, Londres (1637) 167
Mons, batalla de (1914) 110, 284, 496
Mons-en-Pévèle, batalla de (1304) 93
Montcalm, marqués Louis Joseph de (general francés del siglo XVIII) 191, 192
Montgomery, vizconde Bernard Law (comandante del VIII Ejército británico, norte de África) 342, 349, 351, 353
Montréal d'Albarno (capitán de la «Gran Compañía», en la Italia del siglo XIV),
Morat, batalla de (1476) 99
Moreau, Jean (general francés, guerras de la Revolución) 206
Morgarten, batalla de (1315) 94
Mosa-Argonne, batalla de (1918) 311
Moscú, batalla de (1941) 211, 212, 229, 334, 336, 337, 371, 396, 397, 405, 423
Mueller, John (politólogo) 438, 502

Mühlberg, batalla de (1547) 159
Mukden, batalla de (1905) 266
Munda, batalla de (1905) 61
Mundy, Peter (viajero inglés, China del siglo XVII) 123, 124
Munro, Hector (soldado de la Compañía de las Indias Orientales) 192
Mussolini, Benito (dictador italiano) 316, 321, 322, 331, 343, 465, 466, 500
My Lai, masacre de (1967) 381
Mysore, Tercera Guerra de (1789-1792) 219

Naciones Unidas 367, 369, 370, 386, 387, 393, 398, 400, 403, 411, 466, 468
Nagasaki bombardeada (1945) 263, 361, 466
Nancy, batalla de (1477) 99, 201
Napoleón Bonaparte 204, 205, 209
Napoleón III, emperador de Francia 10, 248-251, 464
Nápoles 105, 119, 156, 167, 343
Narsés (general bizantino) 74, 75
Narva sitiada (1700) 180
Narvik, batalla de (1940) 325
Nasser, Gamal Abdel (presidente egipcio, 1954-1970) 387
Naupacto, batalla de (Guerra del Peloponeso) 436
Neerwinden, batalla de (1693) 182
Nelson, Horatio (almirante británico, guerras napoleónicas) 130, 206, 215-217, 255, 463
Nemea, batalla de (394 a.C.) 35
Nieuwpoort, batalla de (1600) 163, 430
Nilo 206, 216, 256, 463
Nimega, Tratado de (1678) 177
Nimitz, almirante Chester (comandante de las fuerzas navales norteamericanas en el Pacífico, Segunda Guerra Mundial) 357, 358
Nivelle, Robert (general francés, Primera Guerra Mundial) 295, 299, 300
Nixon, Richard M. (presidente norteamericano, 1968-1975) 383, 385
Nördlingen, batalla de (1634) 116, 165
Normandía 83, 96, 100, 109, 346, 348, 349, 351, 360, 466
Nueva Atlántida 429
Nueva Guinea 355-358
Nueva York 138, 148, 196-199, 406, 408, 465, 481-483, 485-488, 490, 491, 493-503, 505
Nuevo Mundo 30, 135, 137-139, 141, 142, 144, 146-151, 182, 189, 423, 490, 491
Núremberg bombardeada (1944) 345

OAS (Organisation de l'Armée Secrète) 375, 476
Octaviano 61, 460
Ofensiva Conjunta de Bombardeo (Segunda Guerra Mundial) 342, 345, 346, 364, 471
Okinawa, desembarcos (1945) 359, 360, 466
Oliveira, Fernando (El arte de la guerra en el mar, 1555) 129
Olympic (plan para invadir Japón, 1945) 360
Ollantaytambo sitiada 144, 145
Omaha, playa (desembarcos en Normandía, 1944) 349
Omdurman, batalla de (1896) 256
Onasandro, sobre la falange macedónica 40
Operación Tormenta del Desierto 394
Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) 390
Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) 365, 476
OTAN (Organización del Atlántico Norte) 365, 398-402, 404, 405, 408, 409, 411, 433, 434, 466, 476
Otón I el Grande, emperador de Occidente 84-85, 461

Otón II, emperador de Occidente 84, 85

P-51 «Mustang» 346
Paardeberg, batalla de (1900) 262
Pacto Depranio 72
Pacto rusojaponés de no Agresión (1941) 465
Pakistán 402, 410, 434, 468
Parcos, batalla de (1536) 143
París 83, 176, 192, 199, 202, 203, 205, 206, 214, 227, 251, 252, 276, 277, 282, 283, 285, 301, 309, 312, 374, 385, 425, 463, 483-486, 488, 489, 491-495, 505, 506
Passchendaele, batalla de (1917) 302, 303, 311
Paulus, Friedrich (general alemán, Segunda Guerra Mundial) 340, 341
Paullu (dirigente inca) 145
Pavía 78, 159
Pearl Harbor 264, 337, 355, 357, 359, 465
Pedro I el Grande de Rusia 179-182, 463
Pedro III de Rusia 191
Peñón de Vélez, batalla del (1564) 127
Pequot, Guerra de los (1638-1639) 147
Pérdicas (general macedonio) 46
Pértinax (emperador romano) 62
Perugia, arsenal de (1364) 111
Pétain, Philippe (general francés, Primera Guerra Mundial) 294, 301, 306, 307, 309, 329
Petersburg, batalla de (1865) 239, 242
Petrarca 95
Pickett, George (general confederado) 230, 236
Pidna, batalla de (168 a.C.) 47
Pipino I (rey carolingio) 78
Pirámides, batalla de las (1798) 206
Pirro, rey de Epiro 47, 478
Pizarro 143-146, 150, 462
Plan de Defensa Imperial (Japón) 354
Plan XVII (plan francés para la Primera Guerra Mundial) 284
Plassey, batalla de (1757) 17, 192, 463
Platea, batalla de (479 a.C.) 9, 31, 43, 437, 459
Platón 11, 31
Plevna sitiada (1877) 259
Plumer, sir Herbert (general británico, Primera Guerra Mundial) 301, 302, 306
Poitiers, batalla de (1356) 95, 96, 106, 461, 506
Polaris, submarinos 366
Polibio 28, 40, 41, 48
Polieno 45
Poltava sitiada (1709) 181, 463
Pompeyo (general romano) 60, 61, 105, 460
Pondichery 188, 192
Pope, John (general unionista) 232
Port Arthur sitiada (1904) 264-266, 268
Potomac, Ejército del (Guerra Civil norteamericana) 230, 232, 233, 235, 237-239, 242
Prevesa, batalla de (1538) 126
Primera Guerra Carnática (1744-1748) 188
Primera Guerra Mundial 170, 215, 234, 243, 253-255, 259, 268, 275, 293, 298, 317-320, 322, 334, 351, 355, 364, 370, 386, 424, 434, 438, 464, 497-500
Prince Royal (buque de guerra británico, 1610) 130
Princeton, batalla de (1777) 197
Príncipe Negro, el 96
Probo (emperador romano) 54, 191
Proclama de Emancipación (EEUU 1862) 233, 464
Ptolomeo (general macedonio, faraón egipcio) 46
Pusán cercada (1950) 367, 368

Quebec, tomada por Wolfe (1758), 191, 192
Queronea, batalla de (338 a.C.) 42, 437, 459

RAE 319-320, 330, 332, 470, 471, 474, 477 *véase* Royal Air Force / Fuerzas Aéreas británicas
Ramillies, batalla de (1706) 463
Rangún, toma de (1945) 359
Ratisbona bombardeada (1944) 346
Rawlinson, sir Henry (general británico, Primera Guerra Mundial) 296, 297, 301
Raznjatovic, Zeljko («Arkan») 432
Reagan, Ronald (presidente norteamericano, 1981-1989) 391, 396, 467
Rebelión de Flandes 116, 161, 168, 169, 462
Redoutable (barco británico en Trafalgar) 217
Regino de Prüm 85
Reichswehr (ejército alemán en la años veinte) 316, 477
Reims 96, 309
Reina Ana, Guerra de la 182
Remagen, toma del puente de (1945) 353
Remnants of War, The [Lo que queda de la guerra] 502
Rénnenkampf, Paul (general ruso, Primera Guerra Mundial) 286, 288
Representantes en Misión (Revolución francesa) 202
Requeséns, don Luis de (general español, siglo XVI) 116
Revolución bolchevique (1917) 464
Revolución francesa 195, 196, 201, 207, 212, 229, 463
Revolution in Military Affairs (RMA - Revolución en Asuntos Militares) 428
Rey Felipe, Guerra del (1675-1676) 101, 147, 491
Rey Guillermo, Guerra del (1689-1697) 182
Rey Jorge, Guerra del (1743-1748) 189
Rhee, Syngman (dirigente surcoreano) 367
Riade, batalla de (933) 86
Richelieu, cardenal 166, 493
Ridgway, Matthew B. (general norteamericano, Guerra de Corea) 369
Rimpler, George (ingeniero del siglo XVII) 178
Río Rojo, campaña del valle del (1951) 372, 376, 383
RMA 428-431 *véase* Revolution in Military Affairs
Robert Bruce (Roberto I de Escocia) 92, 93, 461
Rochambeau, Jean-Baptiste (comandante francés, Guerra de la Independencia norteamericana) 199
Rodas, tomada por los turcos (1522) 127
Rolling Thunder (campaña norteamericana de bombardeo contra Vietnam, 1965) 380
Rommel, Erwin; comandante del Afrika Korps 328, 332, 341, 342, 349
Roosebeek, batalla de (1382) 93
Roosevelt, Franklin; presidente norteamericano (Segunda Guerra Mundial) 268, 329, 342, 354, 356, 364
Rorke's Drift, batalla de (1879) 257
Rosecrans, William Starke (general de la Unión) 236, 237
Rossbach, batalla de (1757) 190
Rotterdam bombardeada (1940) 327
Royal Air Force (Fuerzas Aéreas inglesas) 477
Royal Navy 128, 129, 215, 270, 292, 320, 325, 329, 333, 344
Ruán, sitiada (1415) 96, 101, 102

Ruanda 396, 402, 431
Ruhr, cuenca del 345
Rundstedt, Gerd von (general alemán, Segunda Guerra Mundial) 323, 349
Ruperto de Baviera 284
Ruperto del Rin 157

Sacsahuamán sitiada (1536) 144
Sadat, Anuar (presidente egipcio, 1970-1981) 389
Saint-Mihiel, ofensiva de (1918) 311
Saipán, batalla de (1944) 358
Sajonia, Mauricio de, sobre los buenos oficiales 81, 84, 94, 186, 201, 204, 246, 437
Sajonia-Weimar, Bernardo de (empresario mercenario del siglo XVII) 155
Salamina, batalla de (480 a.C.) 17, 31, 459
Salerno, batalla de (1943) 343
Samsónov, Alexánder (general ruso, Primera Guerra Mundial) 286, 288
San Lorenzo (galeaza de la Armada española) 125, 139, 189, 191, 192
San Martín (galeón de la Armada española) 129
San Stefano, Tratado de (1878) 259
Sarajevo 398-400, 425
Saratoga, batalla de (1777) 198
Sassoon, Siegfried (poeta de la Primera Guerra Mundial) 314, 424
Savannah, tomada por los británicos (1778) 198
Savo, batalla de la isla de (1942) 356
Scharnhorst, Gerhard von (reformador del ejército prusiano) 213, 254
Schleswig-Holstein, tomado por Prusia y Austria (1864) 245
Schlieffen, conde Alfred von (estratega alemán) 10, 254, 271, 272, 275-278, 282-287, 327, 440
Schlieffen, Plan 271, 272, 275-279, 283-285, 287, 327
Schola Militaris (Siegen, Alemania, 1616) 162
Schweinfurt bombardeada (1944) 346
Sebastopol 227, 228, 265
Sedan, batalla de (1870) 251, 328
Seeckt, Hans von (comandante en jefe alemán de la años veinte) 316
Segismundo (emperador del Sacro Imperio Romano Germánico) 100
Segunda Guerra Carnática (1749-1754) 188
Segunda Guerra Marata (1803-1805) 219
Segunda Guerra Mundial 242, 275, 316, 319, 340, 344, 361, 363-365, 369, 374, 375, 378, 386, 400, 411, 421, 425, 437, 470, 471, 473-475, 477-479, 499, 501
Ségur, Ley (Francia, 1781) 201
Seleuco (general macedonio) 46
Semana Negra (Guerra de los Bóer) 261
Serbia 259, 272-274, 278, 279, 291-293, 397-402, 464
Sertorio (general romano) 59
Seúl 264, 368, 369
Severo, Alejandro (emperador romano) 56, 63, 71
Sha-Ho, batalla de (1904) 266
Shaka (dirigente zulú) 257
Sheridan, Philip (general unionista) 241, 242, 258
Sherman, William T. (general unionista) 237-242
Shiloh, batalla de (1862) 233, 234
Sicilia 27, 33, 53, 82, 119, 156, 343, 424, 427, 459, 461, 466
Sidi Barrani, batalla de (1940) 331
Siete Partidas (Alfonso X de Castilla) 105
Singapur 355, 359, 386
Siracusa 34

Sistema Continental (Napoleón) 210, 211
Slim, vizconde William, mariscal de campo (comandante británico en Birmania, Segunda Guerra Mundial) 342, 359
Sluys, batalla de (1340) 101
Smolensk, batalla de (1812) 211, 334, 335
Sobieski, Jan (Juan III de Polonia) 178
Sobre el arte de la construcción (Leon Battista Alberti, década de 1440) 112
Sobre la guerra (Carl von Clausewitz) 115, 391
Somalia 332, 361, 395, 402, 405, 406, 410, 431, 438, 468
Somme 295-299, 302-303, 325, 328
Soult, Nicolas (mariscal francés, guerras napoleónicas) 204, 209
Sovereign of the Seas (barco de guerra inglés, 1637) 130
Srebrenica 398, 400-402, 405
Standish, Miles, dirigente colonial inglés 163
Sudán 256, 402, 406, 407, 436, 464, 468
Sun-Tzu (teórico chino) 7, 12
Svensksund, batalla de (1790) 126
Szigeth sitiada (1566) 115

Tácito 54, 424
Tagina, batalla de (552) 75
Tanagra, batalla de (457 a.C.) 31
Tannenberg, batalla de (1914) 288
Tapia, Gonzalo de (conquistador) 143
Tapso, batalla de (46 a.C.) 60
Tarawa, batalla de (1943) 357
Teglatfalasar (rey asirio) 22
Tel-el-Kebir, batalla de (1882) 256
Tennesse 233-234, 236-238, 241
Tenochtitlán 17, 139-141, 144, 145, 150
Teodorico el Grande (rey ostrogodo) 71
Teodosio I 72
Tercera Coalición contra Napoleón (1805) 208, 220
Termópilas, batalla de las (480 a.C.) 30
Testi, Fulvio 154
Tet, ofensiva del (1968) 382-383, 467
The Theory and Practice of Modern Wars [Teoría y práctica de las guerras modernas] (Robert Barret, 1598) 107
Thomas, George (general unionista) 163, 232, 237, 241
Tifón (avance alemán sobre Moscú, 1941) 337
Tigres (grupo serbobosnio) 432
Tilsit, Tratado de (1807) 210, 213
Tilly, Jan Tserklaes, conde de (primer comandante del ejército católico en la Guerra de los Treinta Años) 164, 168
Tippoo, sultán de Misore 219
Tiro, tomada por Alejandro (332 a.C.) 46
Tirpitz, Alfred von (almirante alemán, Primera Guerra Mundial) 270, 271
Tirteo 26
Tokio 316, 354, 360, 361, 364, 466
Tokugawa, dinastía shogún 12, 263
Tora Bora 409, 433
Tormenta del Desierto 394, 395
Toulon, batalla de (1793) 114, 204, 206
Tourcoing, batalla de (1794) 204
Trafalgar, batalla de (1805) 130, 216, 217, 463, 496
Tratado de París (1783) 192, 199
Tratado de Reaseguro (1887) 269
Trenchard, vizconde Hugh Montague (jefe de Estado Mayor del servicio aéreo británico, 1919-1929) 319
Trenton, batalla de (1776) 197
Tricamerón, batalla de (535) 75
Truman, Harry S. (presidente norteamericano, 1945-1953) 365, 367, 369, 370, 382

Truppenführung (manual doctrinal alemán, 1924) 317
Tsushima, Estrecho de, batalla del (1905) 267
Tucídides (Historia de la Guerra del Peloponeso) 10, 26, 29, 33, 34, 275, 424, 427
Tuchman, Barbara (Cañones de agosto) 440, 498
Tugela, río, batallas del (1899-1900) 261, 262
Túnez, batallas de (siglo XVI) 53, 60, 119, 125, 127, 342, 343, 374
Tupac Amaru (dirigente inca) 144
Turena, Henri de la Tour d'Auvergne, vizconde de (general francés del siglo XVII) 177
Turnhout, batalla de (1597) 163

Ulm, maniobra de Napoleón en (1805) 208
Ultra, información de espionaje (Segunda Guerra Mundial) 330, 333, 351, 356
Urano (contraataque en Stalingrado, 1942) 340

V-1 y V-2, armas (Segunda Guerra Mundial) 346
Vaal Kranz, batalla de (1900) 261
Valentiniano (emperador romano) 72
Valerio Máximo, sobre Mario 58
Valmy, batalla de (1792) 203
Valutino, batalla de (1812) 211
Varo, destrucción de las legiones de (9 d.C.) 60
Vauban, Sébastien le Prestre de (ingeniero de Luis XIV) 115, 176
Vegecio *(Compendio de asuntos militares)* 10, 56, 64, 69, 87, 105, 427, 460
Verdún 77, 78, 203, 294-297, 299, 300, 311, 329, 340, 464, 498
Versalles, Tratado de (1919) 465
Vespasiano (emperador romano) 65
Vicksburg sitiada (1863) 234-236
Victory (barco insignia de Nelson) 130, 217, 492, 508
Viena 9, 178, 209, 226, 248, 273, 463
Viet Cong (Viet Minh) 376, 381-383, 479
Vietnam 243, 364, 371-373, 376, 377, 379-383, 385, 386, 388, 389, 391, 395, 404, 424, 433, 438, 440, 466, 467, 470, 475, 477, 479
Vilcabamba (fuerte inca) 144
Villars, Claude de (general francés del siglo XVIII) 183, 493
Villeneuve, Pierre (almirante francés, guerras napoleónicas) 217
Virginia Company 163
Virginia del Norte, Ejército de (Guerra Civil norteamericana) 232, 235-237, 239
Vitoria, batalla de (1813) 211, 219
Voltaire 199

Wagenburgen (carros fortificados husitas) 97, 479
Wagram, batalla de (1809) 213
Wall Street 316
Wallenstein, Albert von (empresario mercenario del siglo XVII) 155, 492
Wallhausen, Johann Jakob von (director de la Schola Militaris) 162
Wartgelt (provisión de fondos para servicios mercenarios) 155
Washington, George (comandante patriota, Guerra de la Independencia norteamericana) 10, 196-199, 218, 231, 232, 234, 356, 380, 408, 416, 440
Watergate, caso (1972-1975) 385
Waterloo, batalla de 214, 463
Weissenburg, batalla de (1870) 250
Wellington, Arthur Wellesley, duque de 211, 214, 219
Westmoreland, William (general norteamericano, Guerra de Vietnam) 380, 381, 383
Weygand, Maxime (general francés, Segunda Guerra Mundial) 328
Widukind 81
Wiener Neustadt, academia militar de 191

Wilderness, batalla de (1864) 235, 238
Wingate, Orde (comandante británico, Segunda Guerra Mundial 386)
Winthrop, John, dirigente colonial inglés 163
Wolfe, James (general británico del siglo XVIII) 191, 192
Wolseley, sir Garnet (general británico en Tel-el-Kebir, 1882) 256
World Trade Center 406, 408, 418, 435

Yalu
Yalu, río 264, 265, 369
Yamashita, Tomoyuki (general japonés, Segunda Guerra Mundial) 359
Yorktown sitiada (1781) 199
Yugoslavia 332, 397, 398, 400-402, 432, 436, 467

Zela, batalla de (47 a.C.) 60
Zhúkov, Georgui (general soviético, Segunda Guerra Mundial) 339, 354
Zitadelle (ofensiva alemana contra el saliente de Kursk, 1943) 347
Zizka, John (general husita) 97

ÍNDICE GENERAL

Prólogo 5
Introducción. La práctica occidental de la guerra (Geoffrey Parker) .. 7

PRIMERA PARTE. LA ÉPOCA DE LA INFANTERÍA MASIVA

I. GÉNESIS DE LA INFANTERÍA, 600-350 A.C. (VICTOR DAVIS HANSON) .. 21

Los pequeños propietarios de la *polis* griega, 23 – Solidaridad y disciplina, 27 – Oriente se encuentra con Occidente, 29 – Repercusiones de las Guerras Médicas, 31 – Camino del siglo IV, 35

II. DE LA FALANGE A LA LEGIÓN, 350-250 A.C. (VICTOR DAVIS HANSON)... 37

La guerra se vuelve demasiado costosa, 38 – Reinvención de la falange, 39 – El dominio macedonio, 41 – Occidente se encuentra con Oriente, 43 – Ejércitos descomunales, 46 – Génesis de los legionarios, 48 – Un ejército para todas las estaciones, 50

III. LA PRÁCTICA ROMANA DE LA GUERRA, 250 A.C.-300 D.C. (VICTOR DAVIS HANSON) 53

La aparición de un ejército mediterráneo, 53 – El auge de los ejércitos contratados, 59 – La burocracia de la guerra, 61 – Las legiones en la frontera, 63

SEGUNDA PARTE. LA ERA DE LAS FORTIFICACIONES DE PIEDRA

IV. Las murallas romanas, 300-1300 (Bernard S. Bachrach) ... 69

Primacía del asedio, 69 – Organizaciones militares de la Roma tardía, 71 – Los ejércitos romanogermánicos, 73 – De Justiniano a Carlomagno, 74 – Muros nuevos, cimientos viejos, 78 – La respuesta inglesa, 79 – La respuesta bizantina, 81 – Pequeños Estados, grandes ejércitos, 82 – La infantería contra la caballería, 84 – El asedio de las fortalezas, 87 – El mito de la caballería, 88

V. Armas nuevas, tácticas nuevas, 1300-1500 (Christopher Allmand) 91

Picas y arcos, 92 – La Guerra de los Cien Años, 94 – Asedios y artillería, 96 – Husitas y suizos, 97 – La supervivencia de la caballería, 98 – El ejército de finales de la Edad Media, 99 – La guerra naval en la Edad Media, 100 – El Estado y la guerra 102 – El ejemplo de los antiguos, 104

VI. La revolución de la pólvora, 1300-1500 (Geoffrey Parker) .. 107

El auge de las armas de fuego, 107 – Defensa de estilo italiano, 112

TERCERA PARTE. LA ÉPOCA DE LOS CAÑONES Y LAS VELAS

VII. Navíos de línea, 1500-1650 (Geoffrey Parker) 123

Pólvora y galeras, 124 – El navío de primera clase, 126 – La línea de batalla, 130 – Cálculo de costes, 132 – Los primeros imperios marítimos europeos, 133

VIII. La conquista de América, 1500-1650 (Patricia Seed) 137

El cañón: un efecto impresionante, 138 – Armas de piedra y bronce, 140 – La conquista de los incas, 142 – Alianzas estratégicas, 144 – La ventaja del hierro, 145 – Caballos, 148 – Enfermedades, 149 – Posiciones fortificadas, 150

IX. La guerra dinástica, 1494-1660 (Geoffrey Parker) 153

El auge de los ejércitos profesionales, 153 – Enseñas, uniformes y pertrechos, 156 – De los cuadros a las líneas, 159 – El auge del mosquete, 161 – La batalla de Breitenfeld, 164 – Grandes batallas y pequeñas guerras, 165 – La religión y las leyes de la guerra, 168

X. Estados en conflicto, 1661-1763 (John A. Lynn) 173

El gran monarca en armas, 173 – Batalla y asedio, 175 – Victorias habsburguesas, 178 – Pedro el Grande, 179 – Las grandes guerras de Luis XIV, 182 – Federico el Grande, 183 – Riqueza, poder y conquista colonial, 186 – La Guerra de los Siete Años, 189

XI. Naciones en armas, 1763-1815 (John A. Lynn) 195

La guerra revolucionaria en Estados Unidos, 195 – La guerra en el Sur, 198 – Nuevas ideas, nuevas armas, 199 – Los soldados ciudadanos de la Revolución francesa, 201 – La Revolución en el campo de batalla, 203 – Los instrumentos bélicos de Bonaparte, 205 – La *Grande Armée*, 208 – La úlcera española y la hemorragia rusa, 211 – Waterloo, 214 – El «toque Nelson», 215 – Gran Bretaña, dueña del comercio y el imperio, 218

CUARTA PARTE. LA ÉPOCA DE LA GUERRA MECANIZADA

XII. La industrialización de la guerra, 1815-1871 (Williamson A. Murray) 225

La Guerra de Crimea, 226 – La Guerra Civil norteamericana, 229 – La guerra en el este, 231 – La guerra en el oeste, 233 – Chancellorsville y Gettysburg, 234 – Grant se pone al mando, 236 – La derrota del Sur, 238 – Los costes del «último disgusto», 242 – Las guerras de Bismarck, 243 – La guerra francoprusiana, 248 – Alemania triunfante, 251

XIII. Hacia la guerra mundial, 1871-1914 (Williamson A. Murray) 253

La marcha de la tecnología, 254 – El Mahdi y los zulúes, 256 – La conquista del Oeste, 258 – La Guerra de los Bóer, 260 – La Guerra ruso-japonesa, 263 – El camino hacia la hecatombe, 268 – Comienza la carrera armamentista, 270 – Se cierne la tormenta, 272 – Los planes de guerra de las grandes potencias, 274 – La cuenta atrás hacia el estallido de la guerra, 278

XIV. Occidente en guerra, 1914-1918 (Williamson A. Murray) 281

Movimientos iniciales, 282 – Victoria alemana en el este, 286 – 1915: el año del fracaso de los Aliados, 289 – 1916: la guerra mortífera, 293 – El Somme, 296 – 1917: el año más negro, 299 – 1918: el año decisivo, 305 – La guerra en la patria, 312

XV. El mundo en conflicto, 1919-1941 (Williamson A. Murray) ... 315

Preparativos para la siguiente guerra, 316 – El poder aéreo y marítimo, 319 – El camino hacia la guerra, 321 – La guerra fácil de Alemania, 323 – La caída de Francia, 325 – La Batalla de Inglaterra, 329 – La guerra en los Balcanes, 331 – La Operación Barbarroja, 333

XVI. El mundo en guerra, 1941-1945 (Williamson A. Murray) 339

El Mediterráneo y la estrategia de los Aliados, 341 – La Batalla del Atlántico, 344 – La guerra aérea, 345 – El frente del este de 1943 a 1944, 346 – Victoria en el oeste, 349 – El final en Europa, 352 – La expansión japonesa, 353 – La derrota de Japón, 357 – El lanzamiento de la bomba, 360

XVII. El mundo de la posguerra, 1945-2008
(Williamson A. Murray y Geoffrey Parker) 363

Las secuelas de la Segunda Guerra Mundial, 364 – La Guerra de Corea, 367 – La guerra de los treinta años: Vietnam, I parte, 371 – La Guerra de Argelia, 373 – Una guerra no convencional: la experiencia británica, 375 – La guerra de los treinta años: Vietnam, II parte, 376 – La Ofensiva del Tet y el periodo posterior, 382 – Las guerras entre árabes e israelíes, 386 – Las guerras del Golfo, 391 – Las repercusiones de la victoria, 394 – La guerras de Chechenia, 396 – Las guerras de los Balcanes, 397 – Otras víctimas de la guerra, 402 – Lecciones no aprendidas, 404 – Atentado contra Estados Unidos, 406 – El Imperio contraataca, 409

Epílogo. El futuro de la práctica occidental de la guerra (Geoffrey Parker) 423
Notas 443
Guías de referencia 457
Cronología 459
Glosario 469
Bibliografía 481
Los colaboradores 505
Índice onomástico 511

AKAL/UNIVERSITARIA

TÍTULOS PUBLICADOS

1 Saussure, Ferdinand de. *Curso de lingüística general*.
2 Clark, Grahame. *Arqueología y sociedad*.
5 Marazzi, Massimiliano. *La sociedad micénica*.
7 Klima, Josef. *Sociedad y cultura en la antigua Mesopotamia*.
8 Finley, Moses I. *Estudios sobre Historia Antigua*.
9 Weber, Max / *et alii*. *La transición del esclavismo al feudalismo*.
10 AA.VV. *Estudios sobre la Revolución francesa y el final del Antiguo Régimen*.
11 Bianchi Bandinelli, Ranuccio. *Del Helenismo a la Edad Media*.
12 García-Posada, Miguel. *Lorca: interpretación de Poeta en Nueva York*.
15 Tomachevski, Boris. *Teoría de la literatura*.
16 Samarkin, V. V. *Geografía histórica de Europa occidental en la Edad Media*.
17 Zeigarnik, B. V. *Psicopatología*.
18 Rozet, I. M. *Psicología de la fantasía*.
19 Weber, Max. *Historia agraria romana*.
25 Mossé, Claude. *Historia de una democracia: Atenas. Desde sus orígenes a la conquista de Macedonia*.
26 Fernández Ubiña, José. *La crisis del siglo III y el fin del mundo antiguo*.
28 García Valdés, Alberto. *Historia y presente de la homosexualidad*.
29 Sanmartín Arce, Ricardo. *La Albufera y sus hombres*.
31 Perroy, Édouard. *La Guerra de los Cien Años*.
33 Cabrera Bazán, José. *Contrato de trabajo y ordenamiento jurídico*.
34 Contreras, Jaime. *El Santo Oficio de la Inquisición de Galicia. Poder, sociedad y cultura*.
37 Durkheim, Émile. *El suicidio*.
38 Durkheim, Émile. *Las formas elementales de la vida religiosa*.
39 Durkheim, Émile. *La división del trabajo social*.
45 Bianchi Bandinelli, Ranuccio. *Introducción a la arqueología*.
46 Detienne, Marcel. *Los jardines de Adonis*.

52 Huetz de Lemps, Alain. *La vegetación de la tierra*.
55 Ostrogorsky, G. *Historia del Estado Bizantino*.
56 Oliva, Pavel. *Esparta y sus problemas sociales*.
57 Gimeno Sacristán, José (coord.). *La enseñanza: su teoría y su práctica*.
58 Lerena, Carlos. *Reprimir y liberar. Crítica sociológica de la educación y de la cultura contemporáneas*.
60 Alcaide, M. *Las nuevas formas de organización del trabajo*.
61 Sahlins, Marshall. *Economía de la Edad de Piedra*.
62 AA.VV. *Manual de Radio-Higiene*.
64 Simon, Bennett. *Razón y locura en la antigua Grecia. Las raíces clásicas de la psiquiatría moderna*.
66 Soly, Hugo / Lis, Catharina. *Pobreza y capitalismo en la Europa preindustrial (1350-1850)*.
67 Saintyves, Pierre. *Las madres vírgenes y los embarazos milagrosos*.
68 Lienhardt, Gotfrey. *Divinidad y experiencia*.
70 Ackerknecht, Erwin H. *Medicina y antropología social*.
71 Goody, Jack. *La domesticación del pensamiento salvaje*.
75 Moral, José Antonio / Raymond, Henry. *La acumulación de capital y su crisis*.
76 Pope-Hennessy, John. *El retrato en el Renacimiento*.
77 Fernández, Mariano. *Trabajo, escuela e ideología*.
79 Fernández, Mariano. *Marxismo y sociología de la educación*.
80 Marrou, Henry-Irenee. *Historia de la educación en la Antigüedad*.
81 Bourdieu, Pierre. *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*.
85 Bermejo Barrera, José Carlos. *Mitología y mitos de la Hispania prerromana II*.
86 Durkheim, Émile. *Las reglas del método sociológico*.
87 Utchenko, L. *Cicerón y su tiempo*.
88 AA.VV. *Hacia una nueva Historia*.
89 Bardin, Laurence. *Análisis de contenido*.
90 Godelier, Maurice. *La producción de los grandes hombres. Poder y dominación masculina entre los Baruya de Nueva Guinea*.
91 Álvarez Méndez, Juan Manuel (ed.). *Teoría lingüística y enseñanza de la lengua. Textos fundamentales de orientación interdisciplinar*.
92 Luria, Alexander Romanovich. *Desarrollo histórico de los procesos cognitivos*.
96 AA.VV. *El modo de producción esclavista*.
97 Avdiev, V. I. *Historia económica y social del Antiguo Oriente I. El Egipto faraónico*.
98 Avdiev, V. I. *Historia económica y social del Antiguo Oriente II. Reinos y Estados del II y I milenios*.
99 Palazuelos, Enrique (coord.). *Las economías capitalistas durante el periodo de expansión (1945-1970)*.
100 Gschnitzer, Fritz. *Historia Social de Grecia. Desde el periodo Micénico hasta el final de la época Clásica*.
101 Apple, Michael W. *Ideología y currículo*.

102 Roux, Georges. *Mesopotamia. Historia política, económica y cultural.*
103 Kappler, Claude. *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*.
104 Pomeroy, Sara B. *Diosas, rameras, esposas y esclavas. Mujeres en la Antigüedad clásica*.
105 Cumont, Franz. *Las religiones orientales y el paganismo romano*.
107 Bachofen, Johann Jakob. *El matriarcado. Una investigación sobre la ginecocracia en el mundo antiguo según su naturaleza religiosa y jurídica*.
111 Rodríguez, Juan Carlos / Salvador, Álvaro. *Introducción al estudio de la literatura hispanoamericana*.
114 Schlosser, Julius von. *Las cámaras artísticas y maravillosas del Renacimiento tardío*.
115 Bloch, Marc. *La sociedad feudal*.
116 Álvarez Méndez, Juan Manuel. *Didáctica de la lengua materna. Un enfoque desde la lingüística*.
118 Willis, Paul. *Aprendiendo a trabajar*.
120 Humbert, Henri. *Los celtas y la civilización céltica*.
121 Manfred, Albert. *Napoleón Bonaparte*.
122 Vial, Jean. *Juego y educación. Las ludotecas*.
123 Forrest, W. G. *Los orígenes de la democracia griega. El carácter de la política griega entre el 800 y el 400 a.C.*
124 Bernstein, Basil. *Clases, códigos y control I. Estudios teóricos para una sociología del lenguaje*.
125 Bernstein, Basil. *Clases, códigos y control II. Hacia una teoría de las transmisiones educativas*.
126 Collins, Randall. *La sociedad credencialista. Sociología histórica de la educación y la estratificación.*
130 Châtelet, François / Mairet, Gérard (eds.). *Historia de las ideologías. De los faraones a Mao*.
132 Gaudefroy-Demombynes, Maurice. *Mahoma*.
133 Bodelón, Serafín. *Literatura latina de la Edad Media en España*.
134 Alcina Franch, José (ed.). *Arqueología antropológica*.
137 Santos Guerra, Miguel Ángel (coord.). *Hacer visible lo cotidiano. Teoría y práctica de la evaluación cualitativa de los centros escolares.*
138 Viñaofrago, Antonio. *Innovación pedagógica y racionalidad científica. La escuela graduada pública en España (1898-1936).*
139 Llinares, María del Mar. *Mouros, ánimas, demonios. El imaginario popular gallego*.
140 Lisón Tolosana, Carmelo. *Demonios y exorcismos en los Siglos de Oro. La España mental I*.
141 Lisón Tolosana, Carmelo. *Endemoniados en Galicia hoy. La España mental II*.
142 Contreras Domingo, José. *Enseñanza, currículum y profesorado*.
143 Rodríguez, Juan Carlos. *Teoría e historia de la producción ideológica.*
145 Canfora, Luciano. *Ideología de los estudios clásicos*.
146 Halphen, Louis. *Carlomagno y el Imperio carolingio*.

148 Palazuelos, Enrique (coord.). *Estructura económica capitalista internacional. El modelo de acumulación de posguerra*.
149 Maíllo Salgado, Felipe. *Crónica anónima de los Reyes de Taifas*.
150 Reig Tapia, Alberto. *Violencia y terror*.
151 Cantarella, Eva. *Según natura. La bisexualidad en el mundo antiguo*.
152 Bermejo Barrera, José Carlos. *Fundamentación lógica de la Historia*.
153 Bourdé, Guy / Martin, Hervé. *Las escuelas históricas*.
155 Vidal-Naquet, Pierre. *La democracia griega, una nueva visión. Ensayos de historiografía antigua y moderna*.
156 Sánchez Ortega, M.ª Helena. *La mujer y la sexualidad en el Antiguo Régimen. La perspectiva inquisitorial*.
158 Lisón Tolosana, Carmelo. *Individuo, estructura y creatividad. Etopeyas desde la antropología cultural*.
159 Lockhart, James / Schwartz, Stuart B. *América Latina en la Edad Moderna*.
160 Barja de Quiroga, Gustavo. *Fisiología animal y evolución*.
161 Febvre, Lucien. *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais*.
162 Eisenstein, Elizabeth. *La revolución de la imprenta en la Edad Moderna europea*.
163 Bermejo Barrera, José Carlos. *Mitología y mitos de la Hispania prerromana I*.
164 Munck, Thomas. *La Europa del siglo XVII. 1598-1700*.
171 Sartre, Maurice. *El Oriente romano. Provincias y sociedades provinciales del Mediterráneo oriental, de Augusto a los Severos (31 a.C.-235 d.C.)*.
172 Sainero, Ramón. *La literatura angloirlandesa y sus orígenes*.
173 Rodríguez, Juan Carlos. *Lorca y el sentido*.
174 Bermejo Barrera, José Carlos. *Entre historia y filosofía*.
175 García Rivera, Gloria. *Didáctica de la literatura para la Enseñanza Primaria-Secundaria*.
176 Monleón, José B. (ed.). *Del franquismo a la posmodernidad. Cultura española 1975-1990*.
177 Cantarella, Eva. *Los suplicios capitales en Grecia y Roma. Orígenes y funciones de la pena de muerte en la Antigüedad clásica*.
178 Mackenney, R. *La Europa del siglo XVI. Expansión y conflicto*.
179 Bermejo Barrera, José Carlos / Reboredo, Susana / González García, Francisco Javier. *Los orígenes de la mitología griega*.
180 Chaline, Jean. *Del simio al hombre*.
181 Maíllo Salgado, Felipe. *Vocabulario de historia árabe e islámica*.
182 Robins, Gay. *Las mujeres en el Antiguo Egipto*.
183 Reiss, Katharina / Vermeer, Hans J. *Fundamentos para una teoría funcional de la traducción*.
184 Grimal, Nicolas. *Historia del Antiguo Egipto*.
185 Black, Jeremy. *La Europa del siglo XVIII. 1700-1789*.
187 Waldmann, Peter. *Radicalismo étnico. Análisis comparado de las causas y efectos en conflictos étnicos violentos*.
188 Duque, Félix. *La estrella errante. Estudios sobre la apoteosis romántica de la historia*.

189 Martos, Eloy / Mendoza, Antonio / López, Amando. *Didáctica de la lengua para la Enseñanza Primaria*.
190 Moreno, Andrés / Vázquez García, Francisco. *Sexo y Razón. Una genealogía de la moral sexual en España (siglos XVI-XX)*.
191 Alcántara Sáez, Manuel / Abreu Fernández, Víctor / Cazorla Pérez, José / Fernández-Llebrez, Fernando / García Giráldez, Teresa / Hernández Bravo de Laguna, Juan / Montabes Pereira, Juan / Román Marugán, Paloma / Vilas Nogueira, José / Mella Márquez, Manuel. *Curso de partidos políticos*.
192 Alpert, Michael. *Aguas peligrosas. Nueva historia internacional de la Guerra Civil española, 1936-1939*.
193 Lamela Viera, M.ª del Carmen. *La cultura de lo cotidiano. Estudio sociocultural de la ciudad de Lugo*.
194 Lowenthal, David. *El pasado es un país extraño*.
195 Bethencourt, Francisco. *La Inquisición en la época moderna*.
196 Richet, Denis. *La Francia moderna. El espíritu de las instituciones*.
197 Lisón Tolosana, Carmelo. *La Santa Compaña. Antropología cultural de Galicia IV*.
198 García Quintela, Marco. *Mitología y mitos de la Hispania prerromana III*.
199 Bouza, Fernando. *Cartas de Felipe II a sus hijas*.
200 Bouza, Fernando. *Imagen y propaganda. Capítulos de historia cultural del reinado de Felipe II*.
201 Bermejo Barrera, José Carlos. *Genealogía de la Historia. Ensayos de historia teórica*.
202 Thomson, Garry. *Introducción a Brecht*.
203 Al-Andalusī, Sā'id. *Libro de las categorías de las naciones. Kitāb Ṭabaqāt al-Umam*.
204 Bloch, Marc. *Historia e historiadores*.
205 Canales, Esteban. *La Inglaterra victoriana*.
206 Dickinson, Oliver. *La Edad de Bronce Egea*.
207 Alcina Franch, José (ed.). *Evolución social*.
208 Tsuru, Shigeto. *El capitalismo japonés. Algo más que una derrota creativa*.
209 Fernández Vega, Pedro Ángel. *La casa romana*.
210 Collins, Roger. *La Europa de la Alta Edad Media*.
211 Gómez Espelosín, Francisco Javier. *El descubrimiento del mundo. Geografía y viajeros en la Antigua Grecia*.
212 Palazuelos, Enrique. *Contenido y método de la economía. El análisis de la economía mundial*.
213 Blanco, Rogelio. *La ciudad ausente. Utopía y utopismo en el pensamiento occidental*.
214 Alcina Franch, José / Calés Bourdet, Marisa (eds.). *Hacia una ideología para el siglo XXI. Ante la crisis civilizatoria de nuestro tiempo*.
215 Hinrichs, Ernst. *Introducción a la historia de la Edad Moderna*.
216 Núñez Seixas, Xosé-Manoel. *Entre Ginebra y Berlín. La cuestión de las minorías nacionales y la política internacional en Europa (1914-1939)*.
217 Foucault, Michel. *Los anormales*.

218 AA.VV. *Política de la nueva Europa. Del Atlántico a los Urales*.
219 Campillo, Antonio. *Variaciones de la vida humana. Una teoría de la historia*.
220 Detienne, Marcel. *Apolo con el cuchillo en la mano. Una aproximación experimental al politeísmo griego*.
221 Little, Lester K. / Rosenwein, Barbara H. (eds.). *La Edad Media a debate*.
222 Yun Casalilla, Bartolomé. *La gestión del poder. Corona y economías aristocráticas en Castilla (siglos XVI-XVIII)*.
223 Calame, Claude. *Eros en la Antigua Grecia*.
224 Schmitt-Pantel, Pauline / Bruit Zaidman, Louise. *La religión griega en la polis de la época clásica*.
225 Le Goff, Jacques (ed.). *San Francisco de Asís*.
226 Iriarte Goñi, Ana. *De amazonas a ciudadanos. Pretexto ginecocrático y patriarcado en la Grecia Antigua*.
227 Díez, Fátima / Bermejo Barrera, José Carlos. *Lecturas del mito griego*.
228 Gállego, Julián (ed.). *El mundo rural en la Grecia Antigua*.
229 Foucault, Michel. *Hay que defender la sociedad*.
230 Vigotsky, Lev Semenovich. *Teoría de las emociones. Estudio histórico-psicológico*.
231 Dosse, François. *Historia del estructuralismo (2 volúmenes)*.
233 Bermejo Barrera, José Carlos. *¿Qué es la historia teórica?*.
234 Hernández Sandoica, Elena. *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy*.
235 Signes Codoñer, Juan. *Escritura y literatura en la Grecia arcaica*.
236 Piedras Monroy, Pedro. *Max Weber y la crisis de las Ciencias Sociales*.
237 Foucault, Michel. *La hermenéutica del sujeto*.
238 Mckenzie, D. F. *Bibliografía y sociología de los textos*.
239 AA.VV. *Nostalgia de una patria imposible*.
240 Carlier, Pierre. *Homero*.
241 Serna, Justo / Pons, Anaclet. *La historia cultural. Autores, obras, lugares*
242 Núñez Ruiz, Gabriel / Campos Fernández-Fígares, Mar. *Cómo nos enseñaron a leer*.
243 Lisón Tolosana, Carmelo. *La fascinación de la diferencia. La adaptación de los jesuitas al Japón de los samuráis, 1549-1592*.
244 Mudrovcic, María Inés. *Historia, narración y memoria. Debates actuales en filosofía de la historia*.
245 Foucault, Michel. *El poder psiquiátrico*.
246 Roldán, Concha. *Entre Casandra y Clío. Una historia de la filosofía de la historia*.
247 Salinas de Frías, Manuel. *Los pueblos prerromanos de la península Ibérica*.
248 Castillo Gómez, Antonio. *Entre la pluma y la pared. Una historia social de la cultura escrita en los Siglos de Oro*.
249 Vidal-Naquet, Pierre. *La Atlántida. Pequeña historia de un mito platónico*.
250 Assmann, Jan. *La distinción mosaica o el precio del monoteísmo*.
251 Burke, Peter. *Lenguas y comunidades en la Europa moderna*.

252 González García (coord.), Francisco Javier. *Los pueblos de la Galicia céltica*.
253 Leveque, Pierre. *Tras los pasos de los dioses griegos*.
254 Pérez Largacha, Antonio. *Historia antigua de Egipto y del Próximo Oriente*.
255 López, Aurora / Pociña, Andrés. *Comedia romana*.
256 Bermejo Barrera, José Carlos. *Moscas en una botella. Cómo dominar a la gente con palabras*.
257 Steigmann-Gall, Richard. *El Reich sagrado. Concepciones nazis sobre el cristianismo, 1919-1945.*
258 Nieto Soria, José Manuel. *Medievo constitucional. Historia y mito político en los orígenes de la España contemporánea (ca. 1750-1814).*
259 Anderson, Allan. *El pentecostalismo. El cristianismo carismático mundial.*
260 Detienne, Marcel. *Los griegos y nosotros. Antropología comparada de la Grecia antigua.*
261 Agacinski, Sylviane. *Metafísica de los sexos. Masculino/femenino en las fuentes del cristianismo.*
262 Waines, David. *El islam.*
263 Lisón Tolosana, Carmelo (ed.). *Introducción a la antropología social y cultural. Teoría, método, práctica.*
264 Sanmartín Barros, Israel. *Entre dos siglos. Globalización y pensamiento único.*
265 Foucault, Michel. *Seguridad, territorio, población. Curso del Collège de France (1977-1978).*
266 Wulff Alonso, Fernando. *Grecia de la India. El repertorio griego del Mahabharata.*
267 Anderson, Perry. *Spectrum. De la derecha a la izquierda en el mundo de las ideas.*
268 Bettini, Mauricio / Guidorizzi, Giulio. *El mito de Edipo. Imágenes y relatos de Grecia a nuestros días.*
269 Hualde Pascual, Pilar / Sanz Morales, Manuel (eds.). *La literatura griega y su tradición.*
270 Stewart, Pamela J. / Strathern, Andrew. *Brujería, hechicería, rumores y habladurías.*
271 Loraux, Nicole. *La guerra civil en Atenas. La política entre la sombra y la utopía.*
272 Bauzá, Hugo Francisco. *Virgilio y su tiempo.*
273 Lepeines, Wolf. *La seducción de la cultura en la historia alemana.*
274 Anderson, Benedict. *Bajo tres banderas. Anarquismo e imaginación anticolonial.*
275 Martín Serrano, Manuel. *La mediación social. Edición conmemorativa del 30 aniversario.*
276 Bettini, Maurizio / Brillante, Carlo. *El mito de Helena. Imágenes y relatos de Grecia a nuestros días.*
277 Lisón Tolosana, Carmelo. *De la estación del amor al diálogo con la muerte (en la Galicia profunda).*

278 Renfrew, Colin / Bahn, Paul. *Arqueología. Conceptos clave.*
279 Flood, Gavin. *El hinduismo.*
281 Bernabé (ed.), Alberto / Casades's (ed.), Francesc. *Orfeo y la tradición órfica. Un reencuentro.*
282 Bourdieu, Pierre. *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos.*
283 Foucault, Michel. *Nacimiento de la biopolítica. Curso del Collëge de France (1978-1979).*
284 Sugirtharajah, R. S. *La Biblia y el Imperio. Exploraciones poscoloniales.*
285 Palazuelos, Enrique. *El petróleo y el gas en la geoestrategia mundial.*
286 Vázquez García, Francisco. *La invención del racismo. Nacimiento de la biopolítica en España.*
287 Norris, Pippa. *Derecha Radical. Votantes y partidos políticos en el mercado electoral.*
288 Morris, Brian. *Religión y antropología. Una introducción crítica.*
289 Viroli, Maurizio. *De la política a la razón de Estado. La adquisición y transformación del lenguaje político (1250-1600).*
290 Rodríguez-Velasco, Jesús D. *Ciudadanía, soberanía monárquica y caballería. Poética del orden de caballería.*
291 Veyne, Paul. *El imperio grecorromano.*
292 Chic, Genaro. *El comercio y el Mediterráneo en la Antigüedad.*
293 Kleinschmidt, Harald. *Comprender la Edad Media. La transformación de ideas y actitudes en el mundo medieval.*
294 Monedero, Juan Carlos. *Disfraces del Leviatán. El papel del Estado en la globalización neoliberal.*

Las naciones occidentales –encabezadas por Estados Unidos– disfrutan en la actualidad de una considerable ventaja en casi todos los enfrentamientos militares. ¿Cómo ha llegado a alcanzar tal predominio la «práctica occidental de la guerra»? El presente libro, escrito por un equipo de siete distinguidos historiadores militares, ofrece una respuesta que parte de los orígenes en la Grecia y la Roma clásicas, recorre la Edad Media (cuando los enemigos de Occidente estuvieron a punto de triunfar) y la Edad Moderna (cuando Occidente utilizó la fuerza militar para adueñarse de extensos territorios que nunca había poseído, primero en América y Siberia y, luego, en las costas de Asia y África), y llega hasta las guerras mundiales y los conflictos actuales.

En él se ponen de relieve cinco aspectos esenciales de la práctica occidental de la guerra: una combinación de técnica, disciplina y tradición militar agresiva, más una extraordinaria capacidad para responder con rapidez a los retos y servirse de recursos económicos, más que humanos, para triunfar. Aunque, a lo largo de sus páginas, la obra centra su atención en Occidente y en la función de la violencia en su auge, cada uno de los capítulos examina también la eficacia militar de sus adversarios y los ámbitos en que la ventaja militar occidental ha sido –y sigue siendo– puesta en entredicho.

Geoffrey Parker es profesor de Historia de la cátedra Andreas Dorpalen de la Universidad del Estado de Ohio. Ha escrito o dirigido más de treinta libros, entre ellos *El ejército de Flandes y el Camino Español, 1567-1659; El éxito nunca es definitivo; España y la rebelión de Flandes; España y los Países Bajos, 1559-1659; Europa en crisis (1598-1648); Felipe II; La gran estrategia de Felipe II;* y *La revolución militar. Innovación militar y apogeo de Occidente, 1500-1800.* Entre sus obras conjuntas se encuentran *La gran armada, 1588* (con C. Martin); *La guerra de los treinta años* (ed.) y *La crisis de la monarquía de Felipe IV (et al.).*

ISBN 978-84-460-2560-3
9 788446 025603
www.akal.com

akal

ACCESO ABIERTO

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.